

SÓFOCLES

Tragedias completas

Edición de José Vara Donado

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

TRAGEDIAS COMPLETAS

Letras Universales

SÓFOCLES

Tragedias completas

Edición de José Vara Donado

Traducción de José Vara Donado

DECIMOCUARTA EDICIÓN

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

Diseño de cubierta: Diego Lara
Ilustración de cubierta: Manuel Luca de Tena

El autor de la traducción disfrutó de una ayuda
a la creación literaria del Ministerio de Cultura
para la realización de este trabajo

1ª edición, 1985
14ª edición, 2007

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 4.678-2007
ISBN: 978-84-376-0507-4
Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.
Pol. Ind. Los Llanos, Gran Canaria, 12
Humanes de Madrid (Madrid)

INTRODUCCIÓN



Sófocles. Copia romana de una estatua griega.
Museo Laterano. Roma.

Biografía de Sófocles

Sófocles es ateniense, pues aunque no nació en la propia ciudad de Atenas sí nació en suelo ático. Su vida se prolonga desde el año 496 hasta el 406 a.C.[1]. Coincide, pues, con el periodo de la vida de Atenas más exuberante y a la vez más convulsivo: con las guerras Médicas (años 490-480 a.C. y subsiguientes), aguijón que despertó a Atenas de su secular letargo; con la formación y consolidación poco honesta del Imperio Ático (deshonestidad que se deja captar inmediatamente leyendo la obra histórica de un ciudadano ateniense, Tucídides; basta incluso para convencerse de ello con acercarse al triste episodio de los infelices melios[2]), lo que ocurre entre 480 y 430 a.C.; con la pasmosa actividad febril[3] ateniense a lo largo de estos mismos años, que crea en el interior obras eternas en todos los órdenes de la vida, y que en el exterior se manifiesta en un hostigamiento permanente al persa en Chipre, Asia Menor e incluso en Egipto[4]; y por último, con la larga y cruenta confrontación entre las dos potencias hegemónicas de Grecia, Atenas y Esparta, que concluyó con la caída y sumisión de la primera, hecho acontecido en el año 404 a.C., a cuyo macabro espectáculo escapó Sófocles, muerto hacía dos años. Fue, pues, testigo de las más bellas gestas de su patria, pero también de los días más luctuosos que trajo la guerra del Peloponeso. Su vida transcurrió entre luces de gloria y sombras de abatimiento.

Sófocles vio la primera luz de su vida exactamente en un pequeño lugar inmediato a Atenas, llamado Colono Hípico, de

1 *Mármol de Paros*, ep. 64 y Diodoro, 13, 103, 4.
2 Tucídides, 5, 84 y ss.
3 Tucídides, 1, 70.
4 Tucídides, 1, 89 y ss.

cuya fama dejó perenne memoria en la oda, que es uno de los cantos más bellos jamás escritos, que le dedicó en la tragedia *Edipo en Colono,* líneas 668-719. Esta oda evidencia el profundo amor que el poeta siente por su tierra y la de sus antepasados, y el orgullo que sus glorias le suscitan. La vinculación sentimental íntima de Sófocles con su terruño hizo que, al igual que el otro mejor exponente del alma de Atenas, Sócrates, y a diferencia de sus colegas Esquilo, que pasó a Sicilia, y Eurípides, a Macedonia, hiciera oídos sordos a los cantos de sirena que zumbaron en sus oídos para alejarlo de su tierra y arrastrarlo a suntuosas cortes[5]. Rehusó todas las ventajas materiales que semejantes ofertas le presentaban, igual que las rehusó Democedes[6] de Crotona al declinar con riesgo incluso de su propia vida la gloria fastuosa de ser médico de Darío.

No desentona, sino que, todo lo contrario, es absolutamente coherente con el significado de su apasionamiento por su tierra la aportación y colaboración que el ciudadano Sófocles prestó a su patria. A diferencia de Eurípides que llevó, según parece, una vida insociable y retraída, Sófocles se identificó de lleno con la ciudadanía ateniense y participó muy estrechamente en la buena marcha de la administración de sus conciudadanos. En efecto, hay documentación[7] que atestigua que Sófocles desempeñó el cargo de tesorero del Imperio en el año 443 a.C., función que prefigura su condición de hombre honrado; que ejerció el generalato[8], en compañía de Pericles, en el 440 a.C.; y que en el 413 a.C., en los días de abatimiento y luto general que siguió a la calamidad nacional ateniense que vino dada por el descalabro del ejército en Sicilia, fue elegido miembro del comité de los Diez probulos[9] con la finalidad de enderezar una situación harto comprometida.

Es, pues, Sófocles solidario con su tierra chica, Colono Hípico, y con su patria grande, Atenas, lo que hace de él un hombre fácilmente compenetrado con su pueblo. Así, cuando en el año 420 a.C. los atenienses introducen en Atenas el culto del gran dios de la medicina, Asclepio, del que tanta necesidad había a causa de los horrores de la guerra del Peloponeso, Sófocles pres-

---

5 *Vida de Sófocles*, 10.
6 Heródoto, 3, 125 y ss.
7 *IG*^{2}, i. 202.
8 *Vida de Sófocles*, 1. y Plutarco, *Pericles*, 8.
9 Aristóteles, *Retórica*, 1419 a 26.

tó un servicio público al ofrecer su vivienda como templo del dios[10]. Justamente para tamaña solemnidad compuso un peán de bienvenida al dios, cantado, según testimonio de Filóstrato[11], todavía a comienzos del siglo III d.C. Nosotros conservamos de este peán dos versos, y aun incompletos, pero suficientes para percibir el estilo, que sigue más las normas poéticas de Píndaro que las de Simónides y Baquílides. Su característica fundamental es el colorido pintoresco, logrado mediante una rica descripción y abundancia de compuestos. El sabor de lo poco conservado nos hace echar de menos lo más del peán que se perdió.

Conservamos también una prueba documental de la amistad particular que unía a Sófocles y a Heródoto. Y ello gracias a la oda dedicatoria, de la que únicamente nos queda línea y media, que nuestro poeta, a sus cincuenta y cinco años, dedica al eximio historiador. Esto constituye un precioso testimonio que avala la profunda concomitancia espiritual que ambos compartían, según ampliamente evidencian los múltiples puntos de contacto de sus obras respectivas.

En la revista de coros del año 406 a.C., previa a las Grandes Dionisiacas, pocos meses antes de su muerte, apareció en público, él y los miembros de sus coros, desprovistos ambos de las coronas rituales en señal de luto por la muerte reciente de su competidor Eurípides[12], bello y noble gesto que, aparte de estar en consonancia con nuestros datos sobre la excepcional humanidad de Sófocles, viene a refutar la mezquina doctrina de aquel conocido refrán de Hesíodo[13], que reza así: «El alfarero al alfarero detesta, y el carpintero al carpintero, y el mendigo al mendigo detesta, y el juglar al juglar.»

De la compenetración de Sófocles con los de su gremio habla elocuentemente también el hecho de haber fundado una asociación de artistas con objeto de fomentar el espíritu creador.

Pero Sófocles nos resulta humano, como un hombre más de su tiempo, y de todos los tiempos, no sólo por sus virtudes de piedad y amistad, sino también por sus debilidades. En este sentido el peripatético Jerónimo de Rodas, que vivió entre 290 y 230 a.C., cuenta en su *Recuerdos históricos* una aventura amorosa

---

[10] Plutarco, *Num.* 3.
[11] *Vida de Apolonio de Tiana,* 3, 17.
[12] *Vida de Eurípides.*
[13] *Trabajos,* líneas 25-26.

de Sófocles con un joven. Este jovenzuelo le jugó una mala pasada al venerable autor, pues, al final, tras el encuentro, escapó a la carrera llevándose consigo el manto del grave poeta, que debió regresar del campo a la ciudad malparado y humillado. El hecho transcendió, y Eurípides aprovechó la oportunidad para zaherirlo. A lo que respondió Sófocles defendiéndose ingeniosa y humorísticamente con una elegía, conservada, plena de gracia y rebosante de alegría, y que hace honor a la descripción tan concisa como acertada que de su carácter hace Aristófanes[14] al calificarlo de εὔκολος μὲν ἐνθάδε. Este aspecto festivo de la personalidad de Sófocles es retratado con certeza admirable y en estilo lacónico por Lasso de la Vega[15] de la siguiente manera: «La beatitud inalterable es su facción decisiva, una envidiable *bonhomie* y alegría de vivir.» Pues bien, a cosas de la misma naturaleza alude Platón[16], quien hace decir a Sófocles que era para él una gran satisfacción haber escapado de anciano de las pasiones que como amo furioso y salvaje lo habían dominado.

De circunstancias del mismo tenor habla la anécdota de la que nos da cuenta Ateneo 13, 603, 81 y ss., quien la tomó a su vez de Ion de Quío, contemporáneo de Sófocles, dato que contribuye a darle aires de autenticidad, acrecentada por la ironía, en la que Sófocles es maestro consumado. Ocurrió lo siguiente: en un banquete Sófocles estampó un sonoro beso en la mejilla sonrosada del joven escanciador. Luego, para corresponder al aplauso general de los comensales por la destreza con que había cumplido su plan amoroso, ironiza así: «Me ejercito, señores, en la técnica de la estrategia, ya que Pericles dijo de mí que conocía la técnica de la poesía, pero no la de la estrategia. Decidme, ¿acaso no me ha salido correcta la estratagema?» Lo mencionado es todo lo que nos queda de la producción no dramática de Sófocles.

Conforma Sófocles junto con Esquilo y Eurípides el trío estelar que brilla en el cielo resplandeciente de la tragedia griega. Frente a Esquilo, que se deleita en la creación de majestuosas y ciclópeas obras y caracteres, y frente a Eurípides, que se recrea en la elaboración de sutiles y penetrantes cuadros clínicos y psi-

---

[14] *Ranas*, lín. 82. Cfr. también *Vida de Sófocles*, 7, donde se ensalza la «gracia» del poeta, que obligaba a todos a quererlo.

[15] Lasso de la Vega, *De Sófocles a Brecht*, Barcelona, 1970, pág. 17.

[16] *República*, 1, 329b-c.

cológicos, Sófocles descuella por su gusto por la armonía y equilibrio. No es un poeta de circunstancias, sino que el fondo de su obra, al decir de Bowra[17], está basada en la propia naturaleza humana, y esto es lo que le confiere una validez perenne. Renuncia a la trilogía tan cara a Esquilo, porque imponía una obra de vastas proporciones difícilmente manejable y un coro que, con sus reflexiones, absorbía una gran proporción de la obra, renuncia que permite a Sófocles elaborar una temática más reducida y dominable, y trocar el protagonismo del coro, falto de agilidad, por una mayor movilidad dramática, acrecentada por el invento sofocleo consistente en haber aumentado el número de actores de dos a tres[18]. Se observa, pues, que Sófocles fue no sólo poeta elaborador afortunado de una temática bien estructurada, sino también un hombre preocupado por conocer y poner en práctica las más adecuadas técnicas teatrales para sacar el mejor partido y lograr la máxima vistosidad de sus creaciones poéticas.

Complemento de sus conocimientos de las mejores técnicas teatrales es su habilidad como actor, que mostró sus dotes geniales en la representación de papeles tan distintos como el de experto jugador de pelota en su obra *Nausícaa* y el de tañedor de la lira, al representar el papel de Támiris en la tragedia de igual nombre[19]. Se comprueba, pues, que Sófocles fue hombre de incansable actividad, que superó el marco de la estricta creación poética enriqueciendo el espectáculo teatral con innovaciones técnicas que, en cierta medida, excedían del cometido específico del trágico. Y logró éxito en sus empresas de carácter escenográfico sin descuidar la perfección literaria de sus obras. Pugnó infatigablemente por dos cosas que logró hacer suyas: el dominio perfecto de la ironía y el hallazgo de un estilo literario armonioso, adecuado a la armonía de sus creaciones poéticas. Gracias al dominio del recurso de la ironía o ambigüedad nos hace revivir sensaciones de efectos asombrosamente dramáticos, pues así logra resultados, bien en la estructura dramática bien en la lengua, contrarios a los ingenuamente supuestos, lo que constituye una inagotable fuente de sobresaltos que revitalizan la acción dramática. Pero cabe afirmar que, pese a ser el de la ironía sofoclea un tema manido, poco se ha logrado conocer de él en lo concer-

---

[17] C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945.
[18] *Vida de Sófocles*, 4.
[19] *Vida de Sófocles*, 5.

niente al fondo y a la forma de la técnica de la ironía usada por Sófocles[20].

De su obra teatral conservamos íntegras, como es sabido, siete tragedias. Esta circunstancia está motivada, al igual que aconteció con las siete de Esquilo y algunas de Eurípides (concretamente aquellas que se sustraen a un orden alfabético), por un proceso de selección, en el que se dedicó a la obra de Sófocles un *codex* completo, cuya capacidad era justamente de siete tragedias, como cumplidamente ha demostrado Barret[21]. Pero la crítica alejandrina conoció otras muchas obras de Sófocles, casi la mayoría de las que escribió. ¿Cuántas fueron éstas? Aristófanes de Bizancio, a cuya iniciativa y labor en Alejandría tanto debe el texto de los trágicos griegos, atribuyó a nuestro poeta 130 obras, cifra simbolizada por la grafía PΛ. En cambio, cuando los manuscritos de la *vulgata* señalan que el número de obras asignadas por Aristófanes a Sófocles fue 104, cifra cuya grafía es PΔ, es claro que ello es fruto de un error, por confusión de las unciales Λ y Δ. Aristófanes debió hacer esta afirmación en su escrito Πρὸς τοὺς Καλλιμάχου πίνακας que, como sugiere Pearson en su magnífico libro *Los fragmentos de Sófocles*, seguía la línea de investigación de los Πίνακες de Calímaco, quien, a su vez, en ciertos aspectos, particularmente en el relativo al drama, era deudor de las *didascalias* de Aristóteles, fuente esta digna de todo crédito. Por otro lado, la *Vida de Sófocles*, 18, sostiene, sin embargo, que nuestro dramaturgo escribió 113 obras, pues de las 130 que le asigna Aristófanes dice que 17 son espúreas. Por su parte la *Suda* nos informa de que fueron 123. Ahora bien, las cifras que da la *Vida* (113 obras) y las que da la *Suda* (123) son susceptibles de unificación: Bergk entiende que el error está en la *Vida* que, al copiar la fuente, escribió como obras espúreas la cifra de 17 por confusión con 7. Y esta sugerencia de Bergk es plausible, tanto porque esta confusión es fácilmente explicable desde el punto de vista técnico y paleográfico como porque el número de victorias asignadas a Sófocles arroja un total de obras que concuerda bastante bien con la cifra de 123.

---

[20] Cfr. nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles» *Emerita*, 51, 2.°, 1983, 2.

[21] W. S. Barrett, *Euripides. Hippolytos*, Oxford, 1964, págs. 50-53.

Por otro lado, resulta el hecho curioso de que se conservan títulos de obras atribuidas a Sófocles en número superior incluso a 123. Esta paradoja se explica por dos razones: porque varias obras son contabilizadas varias veces con títulos diferentes, por ejemplo *Nausícaa* o *Las lavanderas,* y por la adscripción a Sófocles de obras que no le corresponden.

El género literario de la tragedia y Sófocles

Cada época suele cultivar diversos géneros literarios, pero no todos con la misma intensidad ni con igual fortuna. Si en los albores de la historia de los pueblos griegos, en torno al siglo VIII a.C., con ocasión de la configuración y afirmación del carácter peculiar de cada uno de ellos resalta el poder de la *épica,* que ofrecía modelos de fuerza y valentía requeridos en aquel contexto histórico para hacer frente a toda adversidad, y si la inestabilidad material y espiritual de los siglos VII y VI a.C., como época de transición entre dos concepciones políticas y filosóficas, la pasada, monárquica y segura, la nueva, democrática y problemática, ofreció un terreno abonado para el desbordamiento de la personalidad íntima del individuo, cuyo mejor exponente es la poesía lírica, ocurre, en cambio, que entre tantos géneros literarios que en la Grecia del siglo V a.C., y particularmente en Atenas, sobresalieron, el mayor fue el dramático y singularmente la *tragedia.*

La selección que el tiempo, aliado con los gustos de cada época, ha hecho de la tragedia da como resultado que carezcamos de obras trágicas capaces de poner al descubierto las fuentes del género de la tragedia y el hilo de su evolución preesquilea, pues ya las más antiguas, por ejemplo, los *Persas* de Esquilo, representada en el año 472 a.C., son perfectas y esencialmente del tipo de la tragedia clásica. De la sin duda vasta producción anterior a Esquilo nada nos queda sino meros nombres, lo que hace que, vistas así las cosas, y al igual que ocurrió con la épica homérica, quepa decir que la tragedia nació perfecta, como Atenea de la cabeza de Zeus, al haber fenecido los menos perfectos y tanteadores especímenes anteriores.

Sobre el origen de la tragedia se han vertido ríos de tinta en el intento de ver claro en cuestión tan oscura. Nada esclarece al res-

pecto el problema la aportación de Federico Nietzsche[1] al afirmar de manera gratuita que la tragedia griega nace del «espíritu de la música», y esto porque opera con criterios estéticos abstractos, ajenos a la más elemental consideración histórica. Tampoco aclara el asunto el uso del método etnológico, tan caro a los ingleses, que entiende que la tragedia griega nace de ritos realizados con ocasión de algunos ciclos vegetativos como se ejecutan en ciertos lugares, pues, como Ruipérez[2] señala, la tragedia griega surge en un contexto temporal y local de características muy peculiares. En fin, entre tanta hipótesis que sobre el origen de la tragedia se ha emitido es obligado citar por caprichosa la teoría de Adrados[3], quien ha defendido la idea de que la tragedia y la comedia tienen un origen común: el *comos* dionisíaco. Esta teoría, totalmente gratuita, debe ser rechazada de raíz por falta de soporte documental. Nosotros con las investigaciones consagradas a este espinoso asunto[4] hemos llegado a la conclusión, apoyada en datos, de que la *tragedia* con sus dos elementos inseparablemente unidos que son la *parte coral* y la *parte recitada*, procede en última instancia de las *ejecuciones épicas* que consta igualmente de dos elementos inseparables unidos que son el *himno*, con que el rapsodo invoca a la divinidad en el proemio, y la posterior *parte recitada* épica. Justamente esto mismo y no otra cosa (como erróneamente se ha entendido) es lo que sostiene y enseña Aristóteles en su *Poética*. Esta tesis, por lo demás, explica todos los problemas hasta ahora inexplicables inherentes al ser de la tragedia.

Lo que sí parece claro es que el origen de la tragedia no puede ser desligado del culto de Dioniso, dios de la vida exultante y de la vegetación, como la reiterada conexión entre tragedia primitiva

---

1 Federico Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, 1871 (trad. española de E. Ovejero).

2 Martín Sánchez Ruipérez, «Orientación bibliográfica sobre los orígenes de la tragedia griega», *Estudios Clásicos*, tomo I (números 1 al 7), Madrid, 1950-1952, págs. 43-51.

3 Adrados, «Comos, comoidía, tragoidía. Los orígenes del teatro», *Emerita*, 35, 1967, y su libro *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro*, Barcelona, 1974.

4 Véase *Origen de la Tragedia griega*, Ediciones Universidad de Extremadura, Cáceres, 1995, y el artículo «El por qué las ejecuciones épicas (himno más recitación épica de índole trágica) se convirtieron en la tragedia (parte hímnica más parte recitada trágica), y huella de este paso en Esquilo», de pronta aparición en *Habis*.

y ditirambo deja traslucir. Más aún: la mentada vinculación de ditirambo y tragedia se deja detectar en la actividad de quien se supone debe de ser un autor de los más cercanos a las fuentes originarias de la tragedia, Arión de Metimna, cuyo momento cumbre hay que situar en torno al 628 a.C. Éste, según Heródoto, 1, 23, inventó el ditirambo y lo representó en Corinto. Y si a esa afirmación unimos la de la *Suda*, que afirma que Arión de Metimna inventó el *modo trágico* y la de Solón, quien, según Juan Diácono, *in Hermogenem*, asegura que Arión fue el primero en componer una *acción trágica*, tenemos garantizada la constante e inextricable ligazón entre tragedia primitiva (sea cual sea la forma exacta en que es menester concebirla) y el ditirambo. No constituyen un obstáculo insalvable a esta proximidad primitiva entre ditirambo y tragedia ciertas diferencias entre ambos de menor entidad, tal como el hecho de que el coro de la tragedia más antigua constara de doce miembros y el del ditirambo de cincuenta, y que el coro del ditirambo fuera circular y el de la tragedia rectangular, pues semejantes variaciones son susceptibles de ser explicadas sin dificultad por la hipótesis de una posterior evolución distinta de ambos géneros. Esta manera de explicar los hechos puede ser avalada por el dato concreto de que sólo muy tarde el coro de la tragedia pasó de doce a quince miembros, de lo que hay noticias que lo documentan.

Arión de Metimna llevó a cabo su actividad teatral en la doria Corinto, en la corte de Periandro, lo que viene a implicar un origen peloponesio de la tragedia. Pero los atenienses pudieron pronto contrarrestar la gloria de los dorios de aspirar a ser los creadores de la tragedia reivindicando para sí tal mérito, pues no otra cosa significa el ornato con que revistieron al ateniense Tespis de Icaria, quien, según el *Mármol de Paros*, ganó el premio en las competiciones de las Grandes Dionisiacas del año 534 a.C., lo que da a entender que el tirano Pisístrato había organizado con sus reformas las representaciones oficiales de la tragedia. Pero no estamos totalmente seguros de que Tespis no sea sino un mero nombre inventado. En cualquier caso, si no es una persona histórica, sí es al menos el nombre tras el que se oculta el inicio de la tragedia ya *literaria*, no mera improvisación como fue en sus comienzos según informa Aristóteles[5]. En efecto, a

[5] *Poética*, 1448b-23-24.

Tespis, que hizo urbanas las anteriores representaciones campesinas de su natal Icaria, se le adscriben las primeras innovaciones que harán del coro primitivo una tragedia, tal como el invento del primer actor y del diálogo[6], la desfiguración del rostro de los miembros del coro con barniz o heces de vino[7] y máscaras, elementos todos ellos fundamentales del carácter de la tragedia.

De Quérilo sabemos que participó en las competiciones trágicas de las Grandes Dionisiacas del año 523 a.C. y que en el 499 compitió con Prátinas y el joven Esquilo, durante cuyas representaciones se derrumbó el tablado de madera que servía de escenario. Más que los nombres citados nos dice el de Frínico. Según la *Suda* obtuvo una victoria en el año 511, y títulos conocidos de sus tragedias como las *Danaides* nos recuerdan los de Esquilo. Y al igual que Esquilo, quien se separó de la norma entonces habitual de acuerdo con la cual el tema de las tragedias se tomaba de las fuentes del mito, Frínico en ocasiones basó el argumento de sus tragedias, por ejemplo el de las *Fenicias*, en un hecho reciente de la historia de Grecia, concretamente la toma de Mileto por los persas. Las *Fenicias* fueron representadas en el año 476 a.C. Quizá el incitador de la novedad fuera el político y corego de la obra (esto es, el suministrador de los fondos precisos para llevar a cabo la representación trágica) Temístocles, por estar interesado en concitar los ánimos de sus conciudadanos griegos para hacer frente a los persas.

Los autores citados enlazan ya con un miembro de la tríada estelar de la tragedia, Esquilo. Su actividad teatral cubrió toda la primera mitad del siglo V a.C., aunque la más antigua de sus obras conservadas, los *Persas,* fue representada en el año 472 a.C., y la última, la trilogía de la *Orestiada,* en el 458. Sus características fundamentales o más llamativas son éstas. Sólo en la *Orestiada* hace uso del prólogo, el cual será elemento obligado en Sófocles y Eurípides, en quien alcanza un desarrollo particular y características propias y marcadas. Parece, pues que el prólogo es un elemento estructural de la tragedia que constituye una innovación que se agregó al primitivo canto coral, como innovación debió ser la interpelación del corifeo al coro, primer atisbo del diálogo de la tragedia. El coro de Esquilo con sus in-

[6] Temistio, *Or.*, 26.

[7] Horacio, *Ars poetica*, 275 y ss.

tervenciones llena la mayor parte de la tragedia, lo que implica minimización de la acción, que así resulta sacrificada en aras del estatismo del coro. De aquí resulta que como la acción era pobre, Esquilo se vio forzado, para darle consistencia y solidez, a hacer de tres asuntos uno solo mediante la práctica de la famosa *trilogía*. Si a esto agregamos que Esquilo en su primera fase no usa más que dos actores, estaremos en condiciones de entender que sus tragedias eran verdaderas moles que suplían la falta de acción por la grandiosidad de la concepción de los caracteres, por la brillantez y majestuosidad de sus imágenes y por el barroquismo de su escenografía.

El tipo de tragedia de que hizo gala Esquilo, en determinadas facetas de carácter arcaico e incluso cercana a lo que cabe suponer esencia épica de sus orígenes, es modificada por Sófocles, quien, en virtud de las innovaciones que le imprime, constituye un hito importante en la configuración definitiva de la tragedia. La *Vida de Sófocles*[8] nos informa de que se inició en el arte de la tragedia de la mano de Esquilo. No hay razón para dudar de esta aseveración, porque de los tres estilos de que hizo gala Sófocles a lo largo de su carrera dramática, el de su primera etapa, caracterizado por la ampulosidad, es justamente el típico de Esquilo, como Plutarco[9] señala. Este es el estilo que sigue justamente la más antigua de las tragedias conservadas de Sófocles, el *Triptólemo*, representado, parece ser, en el primer año de actuación de Sófocles, en el 468 a.C. Sigue igualmente Sófocles en esta primera etapa otra característica peculiar de Esquilo, el barroquismo en la escenografía, de que da cumplido ejemplo asimismo el *Triptólemo*, que resulta espeluznante por las serpientes que tiran del carro del héroe. Pero Sófocles da un paso más, y modifica el *status* de la tragedia esquilea, haciéndola más rica en acción, que es el elemento fundamental del drama, lo que consigue renunciando a la trilogía, reduciendo la extensión de las partes corales *(estásimos)*, aumentando el número de actores de dos a tres y ensanchando y prodigando sus intervenciones *(episodios)* y consiguiendo impresionar al público no tanto por aquello accidental al drama, cual es el estilo poético o por algo externo cual es la aportación del barroquismo de la esce-

[8] *Vida de Sófocles*, 4.
[9] Plutarco, *De profectibus in virtute*, 7.

nografía, como por la más sutil concatenación de los hechos de la acción dramática y por una escenografía provista de una función no externa al drama sino interna y subordinada a él, motivada por la propia estructura de los hechos. Porque Sófocles no fue quien inventó la escenografía, pues ya Esquilo hace uso y abuso de ella, sino que Sófocles lo que hizo fue mejorarla y aportar ciertas innovaciones, de las que nos da cuenta su *Vida*[10]. Se observa, pues, que todas las innovaciones de Sófocles tienden a conferir a la tragedia un carácter más técnico, cuya eficacia depende de unos principios internos a la obra y coherentes entre sí. A este fin responde también la innovación de Sófocles consistente en que el autor de la obra, que originariamente parece que fue a la vez actor de la misma, abandonara esta segunda tarea por falta de condiciones, por ejemplo, por falta del tono de voz requerido de que adolecía Sófocles, para dejarla en manos de especialistas que cumplían los requisitos exigidos, los actores profesionales. Así, Sófocles, como ya hemos dicho y según su *Vida*[11], representó el papel del propio Támiris en la tragedia de igual nombre, tañendo la cítara, y según Eustacio[12] intervino como actor en su tragedia *Nausícaa*, en la que dio pruebas de habilidad en el lanzamiento de la pelota.

También Sófocles estudió la cuestión del coro en un trabajo de carácter técnico. Si el coro, como hemos dicho, ocupa en Esquilo lo más de la tragedia, y si el coro en Eurípides significa muy poco, y menos en Agatón y trágicos posteriores, que reducen su función a entonar ciertos interludios desconectados de la acción, en Sófocles el coro ocupa un lugar intermedio entre ambos extremos. Frente a Esquilo, en quien el coro oscurece y está muy por encima de la función de los actores, el coro de Sófocles, más que espectador ideal según lo concebía Schlegel, es un actor, pero no igual a los otros actores como pretendía Errandonea[13], sino, a nuestro juicio, un subactor su-

---

[10] *Vida de Sófocles*, 6, y D. Seale, *Vision and Stagecraft in Sophocles*, Londres, 1982.

[11] *Vida de Sófocles*, 5.

[12] Eustacio, *Il.*, pág. 381, 10.

[13] I. Errandonea, *Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dramática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de los coros*, Madrid, 1958, y *Sófocles y la personalidad de sus coros. Estudio de dramática constructiva*, Madrid, 1970.

bordinado a los otros actores, pues sirve de instrumento puesto en manos de aquéllos para favorecer, facilitar o servir de pretexto a su acción, por ejemplo, refrenando la cólera del actor unas veces, incitándolo otras a la acción. Es decir, el coro de Sófocles no crea acción, tarea reservada a los actores protagonistas, pero sí la motiva. De ahí el acierto de Aristóteles[14] al afirmar que el coro de Sófocles es uno de los actores y que constituye una parte del todo de la tragedia.

A continuación es menester referirse a otros hechos caracterizadores de la tragedia de Sófocles. Uno de ellos es lo que en nuestro comentario a las respectivas obras de este autor hemos denominado *fórmulas*, para designarlo con un término con que se designan fenómenos similares de la poesía épica. Con este nombre queremos significar aquellos pequeños temas o expresiones de contenido idéntico y de forma similar que se reiteran dentro de las varias obras de Sófocles, y a veces y no pocas, compartidas por Sófocles y Esquilo singularmente, y en ocasiones por los tres grandes trágicos. Un solo ejemplo nos basta para ilustrar el procedimiento. Es éste: siempre que en la tragedia se vislumbra una catástrofe, un personaje ligado familiarmente a la posible víctima abandona bruscamente la escena, lo que da pie para que los personajes que continúan presentes en ella comenten esa brusca partida, reflexionando entre sí si no será ello preludio de otra desgracia. Pues bien, esta fórmula se cumple y repite en *Edipo Rey*, líneas 1073-1076, *Antígona*, líneas 766 y ss., líneas 1244 y ss., y *Traquinias*, líneas 813 y ss. Éste es un procedimiento usado profusamente por Sófocles, lo que significa que la tragedia está hecha a base de infinidad de pequeñas escenas que se repiten continuamente, lo que explica que la condición de poeta trágico dependa no de una especial vena poética, don caprichoso de los dioses, sino de una técnica susceptible de ser dominada y aprendida, lo que da cuenta de que el oficio de autor trágico se transmitiera de padres a hijos. A su vez, la constatación de la realidad de esas fórmulas de la tragedia facilita en no pocas ocasiones la recta interpretación de pasajes oscuros cuando éstos entran dentro de la norma de las fórmulas, como puede ser comprobado en múltiples notas de nuestro comentario.

---

[14] *Poética*, 1456 a 25.

No podemos silenciar, a su vez, la especial habilidad y gracia de que Sófocles hace gala en la narración de supuestos incidentes o accidentes, dotada de una exposición grácil, fluida, aparentemente simple, lo que confiere a la narración un aire de autenticidad, por todo lo cual se acerca al carácter de ciertos discursos de Lisias, por ejemplo el primero, en el que el supuestamente ingenuo Eufileto parece que convence al tribunal más por la sencillez de la verdad que aparentemente se deja traslucir en su narración simple y carente de toda afectación, que por la sutileza o artificiosidad de la oración. Ejemplo modelo de este tipo de narraciones sofocleas, que se asemejan a prosa metida en la horma del verso, es la narración de la supuesta muerte de Orestes, en *Electra*, líneas 680-763. Otra característica peculiar de la poesía de Sófocles es el uso que de la *ironía* hace el poeta, pero una ironía semántica, condición que viene facultada gracias a una indeterminación gramatical, apta para jugar con el sentido en una u otra forma. También de este hecho da cumplida cuenta nuestro comentario, pues ello ha servido para explicar numerosos pasajes hasta ahora no comprendidos y que de esta manera encuentran solución y un sentido claro.

En otro orden de cosas, hemos de señalar que hay constancia documental de la amistad que unía al historiador Heródoto y al trágico Sófocles, como evidencia el poema que Sófocles compuso en honor del historiador. Pues bien, esto se ve corroborado por la circunstancia de que ambos autores comparten la utilización frecuente de los mismos temas. Quien esté interesado en este aspecto puede comprobarlo en nuestro comentario a las tragedias respectivas, concretamente en las notas 1 de las *Traquinias*, 38 y 56 de *Antígona*, 103 de *Edipo Rey*, 37 de *Electra* y 15 de *Edipo en Colono*.

En cuanto a la lengua de Sófocles, no sobre su estilo, interesa subrayar que gusta de cierto tipo de *aliteraciones*, cuya función, si no es meramente fónica, es difícil de entender, concretamente del sonido *p* (cfr. *Áyax*, notas 38 y 46 y *Electra*, notas 24, 47, 95, 113 y 116) y del sonido *k* (cfr. *Electra*, nota 103). Más importancia tiene dejar constancia del hecho de que Sófocles, cuyo gusto por la sencillez de lengua en los discursos o narraciones es manifiesta, presenta hechos de lengua que preludian la *koiné*, por ejemplo el uso de *ἐν* más dativo con la significación «por intercesión de», en *Áyax*, 487 y *Filoctetes*, 102, y ἵνα más subjuntivo, en *Edipo en Colono*, línea 155, precioso

antecedente de la forma νὰ que caracteriza al subjuntivo en el griego moderno[15].

Sófocles en las letras hispanas

La obra de Sófocles no ha sido demasiado productiva en nuestras tierras. Ni sus temas han sido reelaborados en España, a diferencia de lo acontecido en Francia en donde, por no citar más que un solo ejemplo, aunque esclarecedor, Anouilh ha actualizado con singular éxito la problemática de la *Antígona*, ni sus tragedias han sido llevadas al teatro con pareja reiteración a la de otros países de Europa, aunque no es cosa de silenciar en este aspecto las beneméritas y sucesivas representaciones de las obras de Sófocles a instancias de Pemán en el teatro de Mérida en la década de los años 50, ni hasta los tiempos presentes las tragedias sofocleas habían sido vertidas a las lenguas hispanas con igual reiteración a lo hecho en este sentido en Francia, Alemania e Inglaterra, ni habían sido estudiadas filológicamente con pareja profundidad a la de esos países, fallos que hoy sin duda están subsanados.

Siguiendo un orden cronológico sobre la presencia de Sófocles en España, hay que señalar que existen referencias de que en el siglo XVI vieron la luz versiones de la obra de Sófocles a cargo de Pedro Simón Abril y Pedro Juan Núñez. Sin embargo, no son más que simples referencias sobre el particular, sin que haya prueba documental del hecho. Otro tanto es lo que cabe decir respecto a la introducción de Sófocles en la España del siglo XVII: la atribución a Vicente Mariner y a Manuel Martí, deán de Alcoy, de versiones de Sófocles. Sin embargo, es menester recordar algo positivo propio del siglo mencionado que suele pasar desapercibido, y es que en el siglo XVII uno de nuestros grandes clásicos del teatro español, Pedro Calderón de la Barca, imitó el argumento del *Edipo Rey* en su obra universalmente famosa *La vida es sueño*, cuya trama viene dada por el cumplimiento al fin y a la postre del vaticinio recaído sobre el rey Basilio de Polonia de que su hijo Segismundo lo destronaría[16].

---

[15] Cfr. A. Mirambel, *Grammaire du Grec Moderne*, París, 1969, pág. 124.

[16] Cfr. M. Mueller, *Children of Oedipus and other essays on the imitation of Greek Tragedy 1550-1800*, Toronto, 1980, pág. 130.

Esta realidad deprimente del escaso interés que en los referidos siglos suscitó la obra de Sófocles en España cambió de cuadro en el siglo XVIII, en el que el jesuita Manuel Aponte llevó a cabo una versión al castellano del *Edipo,* aunque tal versión no se ha conservado, el escolapio Pedro Estala tradujo al castellano, según parece, la obra de Sófocles con pleno acierto y corrección, Vicente García de la Huerta[17] acogió en su *Teatro Completo* las piezas *Áyax* y *Electra,* que, si sólo de lejos recuerdan las homónimas de Sófocles, al menos en aquéllas se inspiraron. A su vez el jesuita exclaustrado Pedro de Montegón editó en Alicante en 1827, bajo el título *Teatro de Sófocles,* las siete tragedias en versión elegante y fiel al original.

En el siglo XIX es de mencionar al respecto una de las mejores tragedias españolas de ese siglo, el *Edipo* de Francisco Martínez de la Rosa[18], que introduce en su obra un argumento nuevo pero ateniéndose a la estructura del original sofocleo. Ya en el siglo XX no podemos callar que el más eximio novelista español de los tiempos modernos, Galdós, en 1901 tuvo la delicadeza de tener presente en su mente a Sófocles al dar a una de sus obras, si no más, al menos el título de una de las tragedias de Sófocles, *Electra,* que no recuerda el original sofocleo si no en la nominación; J. Pérez Bojart publicó en Barcelona en torno a 1920 su trilogía *Edipo Rey, Edipo en Colono* y *Antígona,* recomendada por su fidelidad y corrección, y por la misma época y en el mismo lugar el singular Carles Riba llevó a cabo la traducción al catalán de la obra de Sófocles. Otras versiones y comentarios recientes de la obra, total o parcial, de Sófocles, dignos de mención y notables por el rigor y fidelidad al original, son: la versión del *Edipo Rey* por Adrados, en 1967, de la *Antígona, Edipo Rey, Electra,* de L. Gil, en 1969, la de M. Benavente, que abarca el total de las siete tragedias y el drama satírico *Los rastreadores,* en 1971, la versión de *Áyax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey,* de José M.ª Lucas de Dios, en 1977, la traducción de las siete tragedias reali-

---

[17] Cfr. José S. Lasso de la Vega, *Sófocles. Tragedias,* introducción de José S. Lasso de la Vega, y traducción y notas de A. Alamillo, Madrid, 1981, pág. 109.

[18] Cfr. *Biblioteca de Autores Españoles,* I, edición y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano, Madrid, 1962, págs. 203-253.

zada por Assela Alamillo con introducción de José Lasso de la Vega, en 1981.

Cabe observar que la apatía sentida tradicionalmente en España hacia Sófocles ha sido compensada últimamente con creces por la simpatía que el más trágico de los trágicos griegos ha suscitado simultáneamente y de manera independiente en numerosos helenistas españoles de la actualidad. Pero este cúmulo de versiones y comentarios recientes de la obra de Sófocles elaborados en España no es superfluo ni redundante, sino que la riqueza inmensa del original griego da para muchas versiones y estudios, cada uno de los cuales se acerca al original desde su particular sentir y entender, y desde su personal concepción de la poesía y de la filología, con lo que no se excluyen sino que se complementan.

ESTA EDICIÓN

Nuestra versión se ha atenido al texto sofocleo establecido por A. Dain y traducido al francés por P. Mazon, editado en los siguientes años: *Sophocle. Tome I. Les Trachiniennes. Antigone*, 3.ª edición, París, 1967. *Sophocle. Tome II. Ayax. Oedipe Roi. Electre*, 4.ª edición, París, 1972. *Sophocle. Tome III. Philoctète. Oedipe à Colone*, 2.ª edición, París, 1967. Únicamente hemos disentido del texto de A. Dain en los tres casos siguientes: en *Edipo Rey*, línea 270, donde hemos preferido la lección de los códices ἄροτον , y no ἀροτόν aceptada por Dain (cfr. nota 32 de las de *Edipo Rey)*; en *Edipo Rey*, líneas 326-327, que atribuimos al coro de acuerdo con nuestro entender, el de algún manuscrito y el de los escoliastas, y no a Edipo, a quien las adjudicaban otros manuscritos y el propio Dain (cfr. nota 43 de las de *Edipo Rey)*; y en *Electra*, líneas 614-615, donde la forma ἄρα es interpretada como partícula afirmativa, y no interrogativa como la concibe Dain (cfr. el apartado crítico a este respecto en la edición de A. Dain y nuestra nota 54 de las de *Electra)*. Todas las referencias a las «líneas» del texto que hay en la introducción y las notas hacen mención a las ediciones francesas.



BIBLIOGRAFÍA

Estudios

Vida de Sófocles.

R. C. Jebb, *Sophocles. The Plays and fragments,* Cambridge, 1887-1907, con traducción y comentario.

Reinhardt, *Sophokles,* Frankfurt, 1933.

Earp, F. R., *The Style of Sophocles,* Cambridge, 1944.

Bowra, C. M., *Sophoclean tragedy,* Oxford, 1945.

Waldock, A. J. A., *Sophocles the dramatist,* Cambridge, 1951.

Pohlenz, *Die griechische Tragödy,* Leipzig y Berlín², 1954.

Kirkwood, G. M., *A Study of Sophoclean Drama,* Nueva York, 1958.

J. C. Kamerbeek, *The Plays of Sophocles.* Comentaries, Leiden, 1963, 1967, 1970.

Alsina, J., «Sófocles en la crítica del siglo xx», *Emerita,* 32, 1964.

Traducciones

Adrados, F. R., *Sófocles. Edipo Rey,* Madrid, Aguilar, 1967, con traducción, prólogo y notas.

Gil, L., *Sófocles. Antígona. Edipo Rey. Electra,* Madrid, Guadarrama, 1969, con traducción, introducciones y notas.

Romilly, J. de., *Sophocle. Ayax,* París, 1969.

Lasso de la Vega, José S., *De Sófocles a Brecht,* Barcelona, 1970.

— *Sophocle,* 3 tomos, París, Les Belles Lettres, 1967, 1972 y 1967, con texto de A. Dain y traducción de P. Mazon.

BENAVENTE, M., *Sófocles. Tragedias,* Madrid, Hernando, 1971.
KELLS, J. H., *Sophocles. Electra,* Cambridge, 1973.
LUCAS DE DIOS, José M.ª, *Sófocles. Ayax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey,* Madrid, Editora Nacional, 1977.
— *Sófocles. Tragedias,* Madrid, Gredos, 1981, con introducción de José S. Lasso de la Vega, y traducción y notas de Assela Alamillo.

TRAGEDIAS COMPLETAS

ÁYAX



INTRODUCCIÓN

La fecha exacta de representación del *Áyax* de Sófocles no se conoce. Mazon[1] opina que tuvo lugar con posterioridad a la de la *Antígona* y no antes del 438 a.C. Sin embargo, la *communis opinio* tiende a considerarla la más antigua de las tragedias conservadas de este autor, incluida *Antígona*, cuya representación cabe suponer que tuvo lugar en 442-441 a.C. Esta opinión se basa, por un lado, en los pretendidos restos de lenguaje arcaico detectables en ella, según ha puesto de relieve la tesis inédita de Hoffman del año 1951, por otro, en el hecho de que el uso del tercer actor no está muy logrado, y también, por último, en el carácter de la obra, la más dura, la más violenta, la más próxima en este sentido a Esquilo y a Homero. Así, J. de Romilly parece inclinada a considerar el *Áyax* anterior a la *Antígona*, como perteneciente al estilo primero de Sófocles en que imitaba a Esquilo[2]. De acuerdo con este conjunto de datos, Ronnet[3] entiende que el *Áyax* fue representado entre 456 y 455 a.C.

El carácter de Áyax que se manifiesta en la *Ilíada* ha evolucionado mucho. En el poema homérico, Áyax, aunque considerado[4] como el héroe griego más bravo después de Aquiles, era, sin embargo, tenido ya por anticuado, con su enorme escudo de siete pieles de buey, el famoso σάκος, al ser considerado sólo como una especie de muro inerte ante el cual fracasaban los sucesivos embates de los troyanos, siendo equiparado concretamente con el tozudo asno por la resistencia tenaz que opone al enemigo[5]. Predominan

1 *Sophocle*, II, Paris, 1972, pág. 6.
2 Plutarco, *De profectibus in virtute*, 79b.
3 Ronnet, *Sophocle poète tragique*, Paris, 1969, pág. 328.
4 *Ilíada*, 2, 768-9.
5 *Ilíada*, 11, 558-62.

en él, según esta concepción, la fuerza y obstinación brutas y pasivas sobre la inteligencia. Este lado negativo de su carácter cambia en la lírica coral: Píndaro[6] transforma a Áyax en un guerrero activo y decidido, sólo que condenado al fracaso. Y es esta idea la que continúa en la obra de Sófocles.

Áyax ha sido, exceptuado el inigualable hijo de la diosa Tetis, Aquiles, el héroe más aguerrido de las huestes griegas que combaten contra Troya. A la muerte de Aquiles, los jefes del ejército deciden honrar al soldado más destacado por su valor en la contienda con la armadura de Aquiles, aquella maravillosa que su madre Tetis le había donado, fabricada nada menos que por el propio dios herrero, Hefesto. ¿Quién sale favorecido? No el que se esperaría, Áyax, sino su contrincante, Ulises. Todos estos hechos se desarrollan antes y fuera del inicio de nuestra obra, aunque constituyen la fuente que da vida y sentido al drama.

Áyax, al verse postergado, toma una decisión: vengarse de los culpables de tamaño desafuero asesinándolos tras aplicarles el correspondiente y justo suplicio. Pero cuando se dispone a ello, la diosa Atenea, enemiga de Áyax y amiga de Ulises, lo trastorna de suerte que nuestro héroe cae sobre los ganados, cual precursor de Don Quijote, en la creencia de que son sus víctimas. Al recobrar el conocimiento y comprobar que ha sido víctima de una burla aún mayor que la anterior, venida ahora de los propios dioses, decide en un lenguaje lleno de ironía quitarse la vida. Y así lo hace.

Con esto podría darse por concluida la obra. Pero aquí, igual que en la *Antígona* y las *Traquinias*, hay una continuación. La desventura que persigue al héroe no ha finalizado con su muerte: todavía su cadáver será pretexto para nuevos ataques. Sus enemigos, los hijos de Atreo, si acérrimos en vida, más aún tras su muerte, intentan privarlo del descanso eterno de la sepultura, la que consigue sólo por la intrépida decisión de su hermano Teucro, que encuentra el concurso favorable de Ulises en un rasgo que lo honra. Esto significa que no podemos aceptar la teoría de Waldock[7], quien, siguiendo la idea de un comentarista antiguo, interpreta la parte del *Áyax* subsiguiente a la muerte del héroe como simple relleno con el pobre objetivo de lograr la ne-

---

[6] *Nemeas,* 8, 23 y ss.

[7] *Sophocles the dramatist,* Cambridge, 1951, págs. 50-66.

cesaria extensión de la obra. Más cerca de la realidad creemos que está Bowra[8] al juzgar esta supuesta segunda parte destinada a la rehabilitación de Áyax cuyos méritos habían sido puestos en duda. El resultado es que, con Kirkwood[9], consideramos esta parte última extremadamente necesaria para la estructura de la obra, y con J. de Romilly[10] entendemos que «la estructura del *Áyax* sirve, pues, del principio al fin para dar a la tragedia su capacidad más profunda»

La singularidad de la obra se basa en lo siguiente: de Atenea, como diosa, se esperaría una conducta moralmente irreprochable y sin embargo se nos muestra dotada de un odio contra Áyax superior incluso al de los hijos de Atreo. Resulta, pues, que el comportamiento de la diosa es caprichoso, con lo que se conduce como los dioses homéricos, que otorgan sus favores sólo a sus favoritos, que lo son sólo por la arbitrariedad del dios. Su odio contra Áyax parece inmotivado y su razón no queda clara para el lector ni para los otros personajes. Sólo al final, tras el desastre, cuando intentan comprender las oscuras motivaciones del fracaso de Áyax, cae en la cuenta de que, en dos momentos de su existencia, se había mostrado un tanto orgulloso, esto es, había caído en el pecado de la insolencia que los dioses no perdonan. En efecto, en la despedida, cuando su padre Telamón le encarga que se porte como un digno guerrero pero siempre contando con los dioses, Ayax con un gesto duro le contesta que los ruines son buenos con la ayuda de los dioses, pero que él no la necesita por su personal valía. En otra ocasión, cuando la propia diosa Atenea lo anima en el combate, le contesta también con altivez que vaya a animar a otros porque su flanco está bien seguro. En cualquier caso, pese a la insolencia de Áyax, pecado detestado más que ningún otro por los dioses, no parece que aquí se encuentre la clave de sus desventuras, que no son siquiera adecuadas a él, habida cuenta de que las insolencias de Áyax deben entenderse más como fruto de sus limitadas dotes de inteligencia que de una voluntad consciente. Efectivamente, tal actitud de Áyax hacia los dioses no tiene «gran importancia en la obra», ni se puede construir el desenla-

[8] C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945, pág. 47.

[9] G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, páginas 47 y 107.

[10] J. de Romilly, *Sophocle. Ayax*, Paris, 1969, págs. 21-22.

ce de la obra sobre la base de una justicia divina que viniera a castigar a Áyax, como acertadamente señala J. Romilly[11]. Esta interpretación nos impide admitir la de Kirkwood[12], quien ve a Áyax como prototipo de la insolencia. Aceptamos con Ronnet[13] que no hay desprecio de Áyax hacia los dioses, sino que sus hechos son fruto de un sentimiento exacerbado del honor. En fin, es menester estar de acuerdo con los argumentos del excelente artículo de Alsina[14], que llega a la conclusión de que «el héroe de la tragedia de Sófocles es inocente, el mal que lo abruma es inmerecido». Efectivamente, debe verse en Áyax el modelo del destino del hombre honesto, bueno y valeroso condenado al fracaso, preludio de figuras como Demóstenes, con las naturales diferencias. Este enjuiciamiento de la personalidad de Áyax quizá pueda verse corroborado por el destino afortunado de su antagonista, Ulises, el prototipo de la hipocresía y del oportunismo, en lo que toca a su conducta en el momento de la génesis de los hechos que determinan el quehacer de Áyax. Porque, y ésta es otra prueba de la singularidad del Áyax, de Ulises se hubiera esperado la comprensible venganza contra Áyax, pero, sin embargo, cuando éste no está en sus cabales, Ulises noblemente lo compadece adoptando una actitud muy inteligente, pues en el espejo de Áyax se ve a sí mismo y a la vana humanidad.

¿Cuál es, entonces, la razón y el objeto primero del Áyax? No es fácil dar respuesta a esta interrogante. Podría pensarse que se trata de exponer a la consideración del pueblo las ventajas de la inteligencia representada por Ulises. Podría aducirse, en una supuesta corroboración de esta interpretación, que ya Jenófanes había exigido el culto a la inteligencia en detrimento del profesado a la fuerza. También el hecho de que Sócrates muy pronto había de enseñar que el conocimiento es la base de todo bien. Pero, sin embargo, no menos cierto es que otras veces la inteligencia es el origen de los males, como es palpable en el caso de Edipo según los rasgos de que lo dota el propio Sófocles. El desenlace de la obra no está condicionado ni por insolencia ni por

---

[11] *Op. cit.*, págs. 12 y 22-23.
[12] *Op. cit.*, pág. 102.
[13] *Op. cit.*, pág. 109.
[14] Alsina, «Sófocles en la crítica del siglo XX», *Emerita*, 32, 1964, página 316.

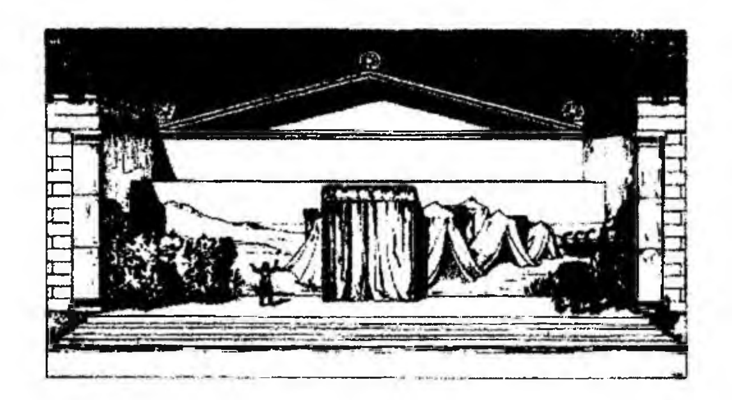
torpeza alguna de Áyax, sino sólo por su carácter dominado por una noble inocencia atenta únicamente al honor. Y sucedió lo que tenía que suceder, que a la inocencia no le va bien este mundo. Bien ha visto el problema y su solución Lasso de la Vega[15] cuando, a propósito de las causas del suicidio de Áyax, señala que «se decide a abandonar la vida por propio designio. No es un acto de desesperación, sino la reconquista meditada y bien sopesada de su honor». En definitiva, puede entenderse esta tragedia como una manifestación más, entre tantas posibles, de la aniquilación de la raza humana. Parece detectarse en toda la tragedia la explicación factual de aquella máxima sofoclea que asegura que «el bien mejor del hombre es no haber nacido, y el segundo, regresar cuanto antes al punto de partida». Pues Áyax, a pesar de todo su empeño por lograr lo contrario, es decir, gloria en este mundo, sólo consigue abatimiento y ruina, y, en cambio, con su muerte se transfigura y alcanza la salvación[16]. Esto supone que no toda obra de Sófocles persigue la felicidad, como supone Butaye[17], sino la salvación, que es cosa bien distinta, pues ésta, como en el caso de Áyax, Edipo, Antígona, Deyanira, Filoctetes, conlleva, no felicidad, sino todo lo contrario, sangre, sudor y lágrimas.

---

15 *De Sófocles a Brecht*, Barcelona, 1970, pág. 53.

16 Cfr. A. Lesky, *Die tragische Dichtung der Hellenen*, Göttingen, 1957.

17 «Sagesse et bonheur dans les tragedies de Sophocle», *LEC*, 47, 1980, págs. 289-308.



ÁYAX

(Campamento de los griegos, ULISES *examina unas huellas ante la tienda de* ÁYAX. *Aparece* ATENEA.)

ATENEA.—Querido hijo[1] de Laertes, siempre estoy atenta a ti cuando pretendes cazar alguna pista que lleve a tus enemigos. También ahora al pie de la tienda y naves de Áyax, justo en el lugar en que ocupa la posición más avanzada[2], estoy observando desde hace rato que estás haciendo de perro sabueso y cotejando sus huellas recientemente impresas, con objeto de saber si está dentro o no está dentro. Bien te llevan tus pasos, parecidos a los de una perra laconia[3] caracterizada por su buen olfato. Efectivamente, ese individuo hace un instante que se encuentra dentro, chorreando sudor su cabeza y sus manos por haber causado muertes por medio de un puñal. Ya no es cosa, pues, de que lances escrutadoras miradas al interior de la puerta sobre ningún objeto, sino de que precises por qué razón te tomaste el empeño que trasluces, a fin de que, luego, aprendas cosas de ésta que las sabe.

ULISES.—Voz de Atenea, la más querida para mí entre los dioses: aunque estés invisible cuán fácilmente reconocible, sin embargo, oigo tu timbre sonoro y lo capto con mi mente, sí, con la misma facilidad con que se identifica el de una trompeta etrusca[4] cuya

---

[1] Ulises.

[2] Áyax, como guerrero de plena garantía y capacidad frente al peligro, tiene asignado un puesto de avanzadilla.

[3] Aristóteles, *Historia de los animales,* pág. 608a, consideraba la perra espartana dotada de excelente olfato.

[4] La excelencia etrusca en las artes, especialmente en las menores, recientemente ha empezado a ser valorada en su justa estima. Cfr. también Esquilo, *Euménides,* línea 576, y Eurípides, *Fenicias,* línea 1377.

boca es de bronce. También ahora intuiste acertadamente que yo giraba mis pasos tras un individuo de aviesas intenciones, Áyax, el portador del enorme escudo. Efectivamente, él es y no otro a quien sigo los pasos desde hace rato. Pues en alguna hora de la noche presente nos ha consumado una fechoría que los ojos se resisten a ver, si es que es él el autor de esta matanza, pues de fijo nada sabemos, sino que titubeamos, y por eso yo apeché voluntario con esta cuita. Pues resulta que estamos encontrando desde hace un momento aniquilados y destrozados en masa a mano de alguien todos los ganados y junto con ellos a sus propios encargados. Y sucede que todo el mundo le echa a él la culpa de ello. Y un espía, al verlo solo atravesando campos con puñal recién bañado en sangre, lo pone en conocimiento mío y me dio de él pelos y señales. Y en seguida yo me lanzo tras sus pasos, y confirmo unos, pero en otros termino desconcertado, y no logro enterarme de a quién pertenecen. Por eso has llegado en el mejor momento, pues la verdad es que soy guiado por tu brazo en todo, tanto en el pasado como en el porvenir.

ATENEA.—Te entiendo, Ulises, y por esa razón hace un buen rato que vine como ojeadora presta al buen encauzamiento de tu sagaz cacería[5].

ULISES.—¿Entonces, amada señora, mi empeño va por buenos derroteros?

ATENEA.—Como que este crimen es obra del individuo en cuestión, ¡convéncete de ello!

ULISES.—¿Y por qué motivo impulsó su brazo tan alocado?

ATENEA.—Por estar abrumado de cólera por el asunto de la armadura de Aquiles[6].

ULISES.—¿Cómo, entonces, precipita sus pasos sobre los rebaños?

ATENEA.—En el convencimiento de que su brazo se teñía de sangre en vosotros.

ULISES.—¿Es que este su plan era como si estuviese tramado contra los griegos?

---

[5] Obsérvese la insistencia en el uso de términos de la caza.

[6] Muerto Aquiles, su armadura debía ser regalada al combatiente griego más sobresaliente tras el héroe muerto. En una votación, a lo que parece nada limpia, fue otorgada no al más valeroso, Áyax, sino al más astuto, Ulises.

ATENEA.—Y lo habría llevado a feliz término, de haberlo descuidado yo.

ULISES.—Su osadía y arrojo de ánimo están a la vista, pero ¿cómo actuaron?

ATENEA.—Sin nadie que lo acompañara se lanzó de noche lleno de astucia contra vosotros.

ULISES.—¿Es que se acercó y llegó al final?

ATENEA.—Estaba ya al pie de las dos puertas de Agamenón y Menelao.

ULISES.—¿Y cómo fue que contuvo su brazo ávido de sangre?

ATENEA.—Lo aparté yo, infundiendo en su mirada insostenibles figuraciones de un funesto gozo, y lo desvié hacia los rebaños y ganados mezclados y sin repartir que estaban al cuidado de pastores. Tras irrumpir allí, cosechaba abundante matanza de cornúpetas, partiéndoles el espinazo a diestra y siniestra. Y se figuraba, unas veces, que atrapaba y mataba por su propia mano a los dos hijos de Atreo, y otras veces a otros jefes del ejército a los que acometía. Y yo, a este individuo excitado por una exaltada locura, lo azuzaba, lo metía en afrentoso enredo. Después, una vez que hubo suspendido esta matanza, tras atar con sogas los bueyes vivos y todo el rebaño, se los trae a su tienda, en la idea de que apresaba hombres, no ganado cornúpeta. Y ahora mismo, atados unos a otros, los está maltratando. Te mostraré también a ti en toda su evidencia esta su referida locura, para que, luego de verla, la divulgues a todos los griegos. Mantente firme y no tomes por una peste a este individuo, pues yo desviaré las luces de sus ojos e impediré que se fijen en tu cara. Eh, tú[7], ése que está alineando con sogas las manos de los prisioneros, te pido que te acerques. Me refiero a ti, Áyax: ven delante de tus estancias.

ULISES.—¿Qué es lo que pretendes, Atenea? En modo alguno lo llames fuera.

ATENEA.—¿Es que no permanecerás quieto ni podrás con tu cobardía?

ULISES.—¡Por los dioses, no lo llames fuera, antes bien, baste con que continúe dentro!

---

[7] Dirigiéndose a Áyax tras abrir la puerta de la tienda.

ATENEA.—¿Qué temes que pueda ocurrir? ¿Éste no era una persona antes?

ULISES.—Sí, una persona, y concretamente enemigo de éste que te está hablando, antes y todavía en este momento.

ATENEA.—¿Y no es la risa más dulce reírse uno de sus enemigos?

ULISES.—Lo que es a mí, me basta con que ése continúe dentro de su estancia.

ATENEA.—¿Te resistes a ver a las claras a un hombre víctima de la locura?

ULISES.—Es que, si estuviera cuerdo, no lo eludiría ni me resistiría a ello.

ATENEA.—Sin embargo, ahora no hay riesgo alguno de que vaya a verte, aunque estés a su lado.

ULISES.—¿Cómo puede ser ello, si es que ve justamente con los mismos ojos que antes?

ATENEA.—Yo reduciré a una simple sombra su mirada, por mucho que se fije.

ULISES.—La verdad es que podría darse cualquier cosa si la trama un dios.

ATENEA.—Entonces guarda silencio sin moverte, y quédate en la posición en que te encuentras.

ULISES.—Puede que me quede, pero me gustaría tener la suerte de estar lejos de aquí.

ATENEA.—Eh, tú, Áyax, te estoy llamando aquí por segunda vez. ¿Por qué prestas tan poca atención a tu aliada?

(Sale ÁYAX *de su tienda, látigo en mano.)*

ÁYAX.—¡Enhorabuena, Atenea, enhorabuena, hija nacida de Zeus! ¡Qué bien me asististe! Te colmaré de despojos de oro puro en agradecimiento por el botín este.

ATENEA.—Te has expresado cuerdamente. Pero aclárame esto otro: ¿hundiste hasta el fondo el puñal en el corazón del ejército de los griegos?

ÁYAX.—De ello me jacto, y no lo niego.

ATENEA.—¿También blandiste tu brazo armado contra los hijos de Atreo?

ÁYAX.—Tanto que ya no deshonrarán jamás, estoy seguro, a Áyax.

ATENEA.—Están muertas esas personas, según he podido deducir de esta tu expresión.

ÁYAX.—Ahora, muertos, me roben la armadura que me pertenecía.

ATENEA.—¡Ea! Dime ya, ¿qué es del hijo de Laertes? ¿Qué tal le ha ido contigo? ¿Acaso se te ha escapado?

ÁYAX.—¿Me preguntas dónde está esa peste dañina?

ATENEA.—Sí, me refiero a Ulises, tu contrincante.

ÁYAX.—Señora, mi más dulce[8] prisionero está dentro, pues todavía no quiero en modo alguno que muera.

ATENEA.—Antes de su muerte, ¿qué más pretendes hacer o conseguir?

ÁYAX.—Antes de que le llegue la muerte, atado al poste del cercado cobertizo...

ATENEA.—¿Qué castigo infligirás entonces al infeliz?

ÁYAX.—... sangrará primero en la espalda a latigazos hasta que muera.

ATENEA.—¡No maltrates tanto al infeliz!

ÁYAX.—Atenea, deseo agradarte en todo lo demás, pero ése pagará este precio y no otro.

ATENEA.—Entonces, ya que tu gusto es la violencia, pon manos a la obra, no te quedes corto en nada de lo que piensas.

ÁYAX.—Marcho a mi tarea. Pero te encargo esto: que te plantes siempre a mi lado prestándome tu concurso como ahora.

ATENEA.—¿Ves, Ulises, cuán potente es la fuerza de los dioses? Y eso que ¿quién habrás encontrado tú más prevenido y más capacitado que ese hombre para llevar a término las más cumplidas exigencias?

ULISES.—Yo no sé de nadie, pero, con todo ello, no obstante su animadversión, lo compadezco, desdichado, por cuanto que es víctima de un trastorno cruel, en el que no veo en absoluto su condición sino la mía propia. Pues compruebo que nosotros cuantos vivimos no somos otra cosa más que apariencias o sombra vana.

ATENEA.—Entonces, consciente de que es tan deleznable la condición humana, no digas jamás tú ninguna bravata arrogante a los dioses ni te enorgullezcas porque valgas más que otros por la fuerza de tus brazos o por la inmensidad de tus

[8] Ironía en boca de Áyax, en contraposición a «el que se te entromete», de línea 104.

cuantiosas riquezas, porque un solo día derriba y vuelve a levantar todo asunto humano sin excepción. Los dioses aman a los sensatos y detestan a los malvados.

(Salen de escena ATENEA *y* ULISES. *Entra en escena el coro de marineros salaminos.)*

CORO.

Hijo de Telamón, dueño del solar de Salamina[9]
circundada de corrientes y angosta a causa del mar,
me lleno de alegría por ti si te va bien,
pero siempre que un mazazo de Zeus o furibundas
y malintencionadas calumnias de los griegos te cubren
siento gran retraimiento y temor
como la mirada de la alada paloma.
Es así como en la noche que ahora acaba
nos oprimen graves murmuraciones
difamantes, de que tú, luego de recorrer la pradera
por la que enloquecen los caballos, destrozaste
los rebaños de los griegos y el ganado
conseguido por la fuerza que quedaba todavía,
a los que habrías matado con refulgente acero.
Ulises es quien inventa rumores tales
y los lleva y susurra al oído a todos,
y los convence totalmente, pues ahora cuenta de ti
cosas que convencen fácilmente, y resulta que el que lo oye
disfruta más que el que lo cuenta,
al tiempo que te insulta con afrentas.
Y es que si se tira a dar a almas grandes
no se yerra el golpe, en cambio uno que
expresara tales juicios contra mí no convencería a nadie,
y ello porque la envidia se desliza tras el que tiene.
Sin embargo, los pequeños al margen de los grandes
resultan un parapeto de torreón presto a desmoronarse.
¡Claro que el pequeño se mantendría en pie a la perfección
metido entre los altos,

[9] Salamina, isla situada frente al puerto ateniense del Pireo, famosa por la batalla naval que tuvo lugar en las aguas que la bañan, y que decidió la suerte de las Guerras Médicas, es la patria de Áyax y de su padre Telamón.

y el alto amparado por los bajos!
Pero de nada vale poner a los necios
en antecedentes de estas sabias máximas.
Por individuos de esta índole eres vituperado,
y nosotros sin ti, señor, no tenemos en absoluto fuerzas
para frenar y rechazar esos infundios.
Resulta que, cuando logran escapar a tu mirada,
chillan exactamente igual que bandadas de aves según vuelan;
sin embargo, si de pronto aparecieras tú,
al instante se acurrucarían, cortada el habla,
con miedo cerval, sí, al descomunal buitre.

ESTROFA

¿Fue acaso Artemis, hija de Zeus, guardiana de los toros,
¡oh calumnia tremenda y madre de mi deshonor!, la que
te impulsó contra la grey de ganado vacuno cuya propiedad
pertenece al común del ejército,
acaso porque no le has agradecido con el debido tributo
alguna victoria que te concedió,
o acaso decepcionada de ínclitos despojos prometidos
y no ofrendados,
o bien por la muerte de algún ciervo, alcanzado por la flecha,
no retribuida con ofrendas a ella dedicadas?
¿O si resultara que el armado de broncínea coraza, Enialio[10],
te reprocha algún hecho de armas cumplido por los dos, y que
hubiera vengado la ofensa con ardides nocturnos?

ANTÍSTROFA

Pues lo que es seguro es que nunca, al menos en tu sano juicio,
fuiste a dar, hijo de Telamón, en lo siniestro
hasta el punto de caer sobre los rebaños.
Si fuera cierto, entonces es que te habría alcanzado una enfer
medad
enviada por los dioses. Sin embargo, ¡ojalá repriman
Zeus y el Purificador[11] Febo esa perversa calumnia que propalan
los griegos!

---

[10] Epíteto de Ares, dios de la guerra.
[11] Epíteto de Apolo, en su condición de protector contra infamias e impurezas.

Pero si continúan engañando
al deslizar falsos rumores los magníficos caudillos,
o el de la corrompida estirpe de los descendientes de Sísifo[12],
entonces señor, no, no me toleres ya esa perversa calumnia
quieto así en tus estancias próximas al mar.

EPODO

Antes bien, sal de esa inactividad para el combate,
que ya dura largo tiempo, a la que estás apegado
inflamando tu desgracia hasta el cielo.
Pues, mientras tanto, la desfachatez de los enemigos corre así,
sin temor alguno, por entre valles que propician la corriente de los rumores,
al tiempo que todos se carcajean
de esta grave situación dolorosa con sus pullas.
Y a mí no me abandona la tristeza.

(Sale TECMESA, *esposa de* ÁYAX.)

TECMESA[13].—Impulsores de la nave de Áyax, descendientes de la raza de Erecteo[14], nacido de la propia tierra, tenemos motivos para lamentarnos los que nos preocupamos por la casa de Telamón, lejos de ella, pues ahora Áyax, el formidable, descomunal y de robusta complexión, yace víctima de agitados tormentos.

CORIFEO.—¿En qué motivo de pesadumbre ha trocado esta noche la anterior quietud? Tú, hija de Teleutante el frigio, explícanoslo por cuanto que el brioso Áyax mantiene incó-

---

[12] Sísifo es el prototipo de la astucia. Con la expresión «el de la misma estirpe de los descendientes de Sísifo» es significado Ulises. Obsérvese también que Ulises destaca igualmente por su astucia como Sísifo, nombre parlante de la raíz de σοφός, «hábil».

[13] Tecmesa, hija del rey frigio Teleutante, secuestrada por Áyax, con motivo de una excursión por aquella región. Luego, hecha su esposa, le dio un hijo, Eurísaces.

[14] Los marineros de Salamina, que constituyen el coro del *Áyax*, son considerados aquí de raza ateniense, pues Erecteo, «nacido de la tierra» según *Ilíada* 2, 577-78, fue un mítico rey de Atenas. La vinculación de Salamina a Atenas remonta ya al citado lugar de la *Ilíada*, fruto, según los enemigos de Atenas, de la política expansionista y propaganda del imperialismo ateniense.

lume su amor hacia ti, su esposa conseguida en la guerra, de manera que no habrás de darnos una explicación sin conocer los hechos.

TECMESA.—¿Y cómo voy a hacer una narración para la que faltan palabras? Pues vas a conocer un suceso de igual gravedad que la muerte. Se trata de que nuestro ínclito Áyax se ha llenado de oprobio esta noche, al haber caído víctima de locura. De que esto es así te convencerás al ver en el interior de la tienda ganado bañado en sangre degollado por su mano, víctimas del en otro tiempo glorioso varón.

ESTROFA

CORO.
¡Qué noticia,
fruto sólo de un hombre inflamado, acabas de proporcionarme,
insoportable, pero que, sin embargo, no puedo rehuir,
propalada por los dánaos poderosos,
y que un potente rumor acrece!
¡Ay de mí! Temo lo que se me viene encima: el eximio varón
morirá, por haber rematado con convulso brazo
y atroces puñales rebaños y pastores guardianes de yeguadas.

TECMESA.—¡Ay de mí! Deduzco entonces que de allí, de allí nos llegó trayendo atadas las reses, de las cuales unas degollaba dentro arrojándolas al suelo, y a otras rompía las costillas y partía en dos. Luego tomó a un lado dos carneros provistos de blancas patas: a uno le segó la cabeza y la punta de la lengua y las arrojó con furia, y al otro lo puso derecho con las patas en alto y así lo ató al poste. Luego cogió un ronzal largo usado para atar los caballos y lo lastimó con aquel doble látigo restallador, al tiempo que le denostaba con insultos que un dios y no hombre alguno debió de enseñarle.

ANTÍSTROFA

CORO.
Sin duda es ahora el momento
de ocultar la cabeza con algún disfraz
y de levantar a la carrera el vuelo que nos substraiga de aquí,
o de ocupar el banco impulsor de la acción de remar
y así abandonarme a la nave surcadora de mares:

¡tan graves amenazas lanzan contra nosotros los dos hijos de Atreo!
Temo ser abatido junto con éste, al que un hado abominable atenaza,
y compartir con él el dolor de una muerte por lapidación.

TECMESA.—Ya no, pues tras haberse excitado y agriado, ahora, libre ya de sus inflamados chispazos, se ha calmado, igual que el viento sureño, aunque ahora, cuerdo, sufre un nuevo dolor. Pues el contemplar desastres cuya autoría sólo a él pertenece, sin que ningún otro le haya prestado la menor ayuda, le suscita profunda comezón.

CORO.—Sin embargo, si está libre de su mal, supongo que puede ser un gran éxito, pues una vez que el mal ha desaparecido su importancia decrece.

TECMESA.—Vamos a ver: si se te concediera posibilidad de elección, ¿con cuál de estas dos cosas te quedarías, con tener tú solo alegría al tiempo que causas disgusto a los amigos, o con sufrir con tus amigos compartiendo con ellos tus penas, todos a una, tú con ellos y ellos contigo?

CORO.—Mujer, sin duda el mal doble es mayor.

TECMESA.—Pues resulta que nosotros, sin estar enfermos, somos desgraciados ahora.

CORO.—¿Qué es lo que quieres decir? No sé qué pretendes dar a entender.

TECMESA.—Ese excelente varón, cuando estaba en el delirio, él personalmente encontraba contento en los males de que era víctima, aunque al mismo tiempo nos hacía sufrir a nosotros, los cuerdos. Pero ahora, tras calmarse y reponerse de su delirio, él está oprimido totalmente por una amarga pena, y nosotros no menos que antes, sino igual. Así pues, ¿no son estas calamidades dos veces más grandes que las sencillas?

CORO.—Sí, coincido contigo y mucho me temo no sea que nos alcance algún latigazo de la divinidad. Pues ¿qué se puede esperar cuando, pese a haberse liberado de la enfermedad, no está en absoluto de mejor humor que cuando estaba enfermo?

TECMESA.—Pues debes hacerte a la idea de que la situación es como te cuento.

CORO.—Y dime, ¿cómo sobrevino el inicio de su calamidad? Acláranos este punto, pues compartimos contigo el dolor.

TECMESA.—Vas a conocer por entero el asunto, porque estás con nosotros. En efecto, esa magnífica persona, luego de co-

ger un puñal de doble filo, ardía por emprender una correría a solas, a la hora más avanzada de la noche, cuando las luminarias vespertinas ya no brillaban. Y yo le increpo y le digo: «¿Qué negocio traes entre manos, Áyax? ¿Qué intentona es ésta en la que te embarcas sin haber sido llamado por los heraldos ni oído trompeta alguna? Todo lo contrario, justo ahora todo el ejército duerme.» Y él me respondió una frase concisa pero cantinela que no deja de ser entonada: «Mujer, a las mujeres el silencio[15] les procura distinción.» Y yo, que así lo entendí, suspendí mi alocución, y él salió como una exhalación en solitario. De las vicisitudes corridas allá no puedo hablar, pero sí que entró en la tienda conduciendo atados unos a otros toros, perros que guardan los rebaños y abundante grey de ganado cornúpeta. A unos los acogotaba, a otros, puestos patas arriba, los apuñalaba y derrengaba, y a otros, atados, los maltrataba como si fueran hombres, aunque en realidad arremetía contra reses. Al fin, salió corriendo fuera franqueando la puerta en pos de un fantasma[16] y lanzaba maldiciones, unas contra los hijos de Atreo, y otras relativas a Ulises, al tiempo que acompañaba esa acción de grandes risotadas, celebrando cuán grave afrenta había vengado a costa de ellos con su salida Y, luego, tras haber marchado corriendo otra vez de vuelta al interior de la estancia, recupera el sentido tras un tiempo, lo que puede decirse que le costó no poco trabajo. Y cuando se da cuenta de que el cobertizo está lleno de carnicería se puso a golpearse la cabeza y a gritar. Y hundiéndose entre los despojos de los cuerpos inertes del ganado asesinado, se quedó quieto, mesándose y aferrándose la cabellera con las uñas de sus manos. Y así estuvo mudo durante aquel[17] tiempo, que se prolongó muchísimo. Luego me amenazó a mí con aquellas tremendas expresiones, si no le aclaraba toda la desgracia que le había tocado en suerte, y preguntaba en qué situa-

[15] Cfr. Tucídides, 2, 45, que dice: «Y si debo también hacer mención de la virtud de las mujeres... con una breve indicación lo diré todo. Vuestra gran gloria consistirá en no ser inferiores a vuestra condición natural, y en que entre los hombres haya sobre vosotras las menores conversaciones posibles en buen o mal sentido.»

[16] Hacia Atenea, no vista por Tecmesa, según líneas 65 y ss.

[17] Uso del artículo determinado (como en línea 312) por ser noción ya conocida de Tecmesa.

ción se encontraba. Y yo, amigos, aterrorizada, le referí el hecho, todo aquello que sabía. Y él enseguida prorrumpió en lamentos quejumbrosos que jamás le había oído yo antes, pues siempre, en cualquier momento, había interpretado que dejarse dominar de tales sollozos era cosa de hombres viles y torpes de espíritu. Él, en contraposición a ese vil comportamiento, se lamentaba por lo bajo, evitando toda estridencia de lamentos extremados, bramando como lo hace un toro. En cambio, en la ocasión presente, ese hombre, postrado en tan triste y deshonrosa situación, está sentado inmóvil, sin comer y sin beber, hundido en medio de las reses rematadas por el hierro del puñal. Y es claro que pretende llevar a cabo alguna acción funesta, pues eso da a entender. En fin, amigos, pues a esto vine, entrad y ayudadle si en algo podéis, pues los que se hallan en la situación de Áyax se rinden a los razonamientos que les presenten sus amigos.

CORIFEO.—Tecmesa, hija de Teleutante, nos has informado de una cosa tremenda: de que nuestro hombre ha enloquecido por sus desgracias.

(Se oye la voz de ÁYAX.*)*

ÁYAX.—¡Ay de mí, ay de mí!

TECMESA.—Al parecer, pronto vendrán más ayes de dolor. ¿O no habéis oído a Áyax qué horrible grito acaba de lanzar?

ÁYAX.—¡Ay de mí!

CORIFEO.—Nuestro hombre parece o que anda mal o que se duele ahora de las viejas calamidades, compañeras suyas.

ÁYAX.—¡Ay hijo, hijo!

TECMESA.—¡Ay pobre de mí! Eurísaces[18], clama por ti. ¿Qué será lo que pretende? ¿Dónde puedes estar? ¡Ay pobre de mí!

ÁYAX.—Llamo a Teucro[19]. ¿Dónde está Teucro? ¿O es que eternamente andará a la busca de botín? Y, mientras, yo me estoy acabando.

---

[18] Hijo de Áyax y Tecmesa. Lleva un nombre parlante que significa «el portador del enorme escudo», lo que, como en el caso de Telémaco que significa «el que combate lejos», conviene al padre y por lo mismo se aplica a los hijos.

[19] Hermano de Áyax, sólo de padre. Áyax y Teucro estuvieron siempre muy unidos.

CORIFEO.—Nuestro hombre parece estar cuerdo. En fin, abrid. Acaso, al verme a mí, podría cobrar cierto comedimiento.

TECMESA.—¡Mira, abro! Puedes contemplar su hazaña y en qué situación se halla él mismo.

(TECMESA *abre la puerta y aparece* ÁYAX *rodeado de los despojos de reses muertas.)*

ESTROFA 1

ÁYAX.
¡Ay queridos tripulantes de mi nave, los únicos entre mis amigos,
los únicos, sí, que os atenéis todavía a las correctas normas,
ved qué tremendo oleaje, fruto de sangriento temporal, acaba de envolverme,
con una corriente que me anega por aquí y por allá!

CORIFEO.—¡Ay de mí! ¡Cuán demasiado acertadamente parece que prestas testimonio! Por otro lado, el hecho en sí mismo evidencia cuán demencial es.

ANTÍSTROFA 1

ÁYAX.
¡Ay, gente impulsora del arte marinero,
que navegaste haciendo girar en el mar el remo,
a la vista está que eres tú el único que veo,
por mucho que miro a todas partes, que va a librarme del mal!
En fin, ayudad a degollarme.

CORIFEO.—¡Pronuncia palabras de buen agüero! No acrecientes el daño de tu desastre, proporcionando un remedio desafortunado a tu infortunio.

ESTROFA 2

ÁYAX.
Al audaz, al animoso, al intrépido en los ardientes combates,
éste que te habla, temible por la fuerza de sus brazos,
¿lo ves ahora entre impávidas bestias?
¡Ay de mí, al parecer, de qué burla, de qué ofensa soy víctima!

TECMESA.—Áyax, mi señor, no profieras, te lo suplico, estas expresiones.

ÁYAX.—¿No te irás fuera? ¿No te vas a volver sobre tus pasos? ¡Ay, ay!

TECMESA.—¡Por los dioses, cede y sé sensato!

ÁYAX.—¡Desventurado de mí, que dejé de lado a aquellos diablos, y fui a caer sobre bueyes que, al mover los cuartos traseros, los viran en redondo, y sobre lustrosos rebaños, cuya renegrida sangre hice brotar!

CORIFEO.—Y bien, ¿a qué viene dolerte de lo consumado? Pues no ha de suceder que eso no sea así como es.

ANTÍSTROFA 2

ÁYAX.

¡Ay! Tú, hijo de Laertes, que observas todo,
que eres siempre instrumento de todo tipo de maldad
y la peor y más sucia carcoma del ejército,
sin duda que de gusto te traes grandes risotadas.

CORIFEO.—Con la intercesión divina todos ríen o se lamentan.

ÁYAX.—¡Ojalá le echara la vista encima, aunque soy desgraciado en tal grado! ¡Ay de mí!

CORIFEO.—No digas nada con altanería. ¿No ves en qué grado de desgracia estás?

ÁYAX.—¡Oh Zeus, padre de mis antepasados! ¿Cómo podría, después de destruir al más hipócrita, hostil carcoma, y a los dos reyes soberanos, morir por último también yo?

TECMESA.—Siempre que pidas eso a los dioses, pide también a la vez para mí la muerte, pues ¿qué falta me hace a mí vivir, muerto tú?

ESTROFA 3

ÁYAX.

¡Oh sombra, que eres luz para mí,
oh tiniebla la más reluciente, al menos para mí,
tomadme, tomadme como inquilino vuestro,
tomadme a mí, pues ya no merezco dirigir la mirada
ni al linaje de los dioses ni a ningún efímero mortal
en súplica de ayuda!
Al contrario, la hija de Zeus, la recia diosa,
me maltrata llevándome a la ruina.
En estas condiciones ¿a dónde huirá uno?

¿A dónde iré para quedarme
cuando está acabado esto, amigos míos,
y nosotros nos entregamos a estúpidas cacerías?
Al contrario, todo el ejército blandiría un puñal con la fuerza de ambos brazos y me mataría.

TECMESA.—¡Ay de mí, ya no puedo soportar más! ¡Que un hombre de pro llegue a proferir tan pusilánimes expresiones, que antes no habría tolerado jamás!

ANTÍSTROFA 3

ÁYAX.
¡Ay, puertos azotados por el mar,
grutas costeras y zonas del litoral,
me retuvisteis en torno a Troya durante mucho tiempo,
mucho e incluso demasiado, pero ya no, ya no me retendréis más con hálito vital!
Esto el inteligente lo entienda.
¡Oh compañeras corrientes del Escamandro[20],
favorables a los griegos,
descuidad, que ya no volveréis a ver a este varón, que es
(voy a proferir una muy atrevida expresión) como Troya
no vio en el ejército a otro alguno llegado de tierra griega.
Pero ahora yace postrado aquí, deshonrado.

CORIFEO.—La verdad es que no puedo impedírtelo ni sé cómo dejarte hablar, siendo como eres víctima de tan graves calamidades.

ÁYAX.—¡Ay, ay! ¿Quién habría pensado nunca jamás que mi nombre coincidiría tan al pie de la letra con mis calamidades? Digo esto porque ahora yo estoy en situación adecuada para lanzar *ayes*[21] de dolor dos e incluso tres veces, pues he topado con calamidades dignas de ello. El padre[22] de quien habla, lue-

---

[20] Río próximo a Troya.

[21] Sófocles relaciona aquí, por etimología popular, el nombre *Áyax* con los *ayes* de dolor, lo que, según la concepción mágica de la palabra, muy en boga en niveles sociales bajos, implica una estricta correlación factual. Sin embargo, parece que la verdadera etimología de la forma *Áyax* es αἰόλος, «rápido», concepto adecuado para un héroe primitivo, de donde Αἴας sería un hipocorístico como la forma micénica *aiwa*, nombre de buey. Cfr. Mühlestein, *Studi Micenei*, 2, 1967, 41-52.

[22] Telamón, padre de Áyax, había participado al lado de Heracles en la anterior expedición contra Troya y su rey Laomedonte.

go de conquistar entre todo el ejército el premio a la bravura, regresó del país troyano a la patria con toda gloria, mientras yo, el hijo de aquel ilustre, no obstante haber arribado al mismo lugar de Troya con fuerzas no inferiores a las suyas y haber librado, fruto de mis brazos, combates no inferiores, me estoy acabando así de despreciado por los griegos. Sin embargo, creo no confundirme en lo siguiente: si viviera Aquiles y hubiera de fallar a favor de alguien el premio al valor en el que estuviera en juego su propia armadura, ningún otro se habría hecho con ella sino yo. Pero la cuestión es que ahora los hijos de Atreo intrigaron en favor de un individuo capaz de tramar cualquier cosa, postergando así los mejores méritos del varón que habla. Pero si esta mi mirada y mis ideas no se hubieran apartado, distorsionadas, de mi plan, no habrían vuelto a fallar sentencia semejante contra ninguna otra persona. Mas el hecho es que la hija[23] de Zeus, diosa indómita y de terrorífico mirar, cuando ya dirigía yo contra ellos mis brazos, me abatió infundiéndome un rabioso delirio que me llevó a teñir de sangre mis manos en estas reses, mientras ellos ríen felices por haberse zafado de mí, no por mi voluntad; pero si un dios infiere un daño, es cierto que hasta el ruin lograría zafarse del valiente. Y ahora ¿qué procede que haga yo? Yo, que manifiestamente resulto abominable a los dioses, yo, a quien odia el ejército de los griegos y detestan Troya entera y estos campos. ¿Cuál de las dos cosas? ¿Atravesaré el mar Egeo en dirección a mi patria, dejando atrás los sitios que acogen a las naves y solos a los hijos de Atreo? ¿Y qué cara pondré al comparecer ante mi padre Telamón? ¿Cómo se resignará a verme aparecer un día no arropado con los galardones con los que él mismo obtuvo una magnífica aureola de gloria? Esa actuación no es tolerable. Si no ésa, ¿entonces me lanzaré contra la muralla de los troyanos, para luego, tras trabar combate mano a mano y perpetrar alguna proeza, morir por último? Pero es que en ese caso proporcionaría alegría a los hijos de Atreo, creo yo. Esa solución no se mantiene en pie. Es menester buscar una solución de tal envergadura que con ella consiga evidenciar a mi anciano padre que no hay cuidado de que yo haya nacido de él sin coraje, al menos en lo que a mi natural toca. Pues es vergonzoso que pretenda larga vida el hombre que no logra desasirse de las calamidades. Pues ¿qué deleite tiene la suma de un día a otro día, y la

[23] Atenea.

consiguiente resta de la muerte? No compraría por precio alguno al mortal que se inflama con vanas esperanzas. Al contrario, es menester que el hombre bien nacido viva con honra o muera igualmente con honra. Ya has oído todo mi discurso.

CORIFEO.—Nadie dirá nunca que te expresaste, Áyax, con fingido lenguaje y que no responde a tu propio sentimiento. Sin embargo, cálmate y, deponiendo estas cuitas, concede a personas amigas que prevalezcan sobre tu manera de ver las cosas.

TECMESA.—Áyax, mi señor, no hay en absoluto peor desventura para los humanos que el inevitable destino. Por ejemplo, yo nací de padre libre, poderoso y colmado de riquezas como el que más de los frigios, pero ahora soy esclava, pues así lo decidieron acaso los dioses y más que nadie tu intervención. De ahí que, desde que compartí el lecho contigo, pienso mucho en tu bien. En este sentido te suplico, en nombre de Zeus patrón de los hogares y del matrimonio, por el que te uniste a mí: no consientas que yo reciba insultos dolorosos de boca de tus enemigos, como ocurrirá si me echas en brazos de alguno de ellos. Pues el día en que mueras tú y, difunto, me dejes sola, hazte a la idea de que ese día, sea el que sea, también yo, arrastrada por los argivos a la fuerza junto con tu propio hijo, ganaré con él la manutención del esclavo. Y cualquiera de nuestros amos se referirá a mí con punzantes increpaciones, zahiriéndome con estos insultos: «Mirad a la que compartió la cama con Áyax, el más recio del ejército, qué excelente servidumbre en lugar de envidia cuaja»[24]. Denuestos de este jaez dirán y, con ello, por lo que a mí toca, mi destino continuará llevándome por donde guste, pero para ti y tu linaje esos insultos serán vergonzantes. En contra de ello, ten consideración con tu propio padre a quien abandonas en la triste ancianidad, y ten consideración con tu madre, mujer de avanzada edad, la que innumerables veces implora a los dioses que llegues con vida a casa. Compadécete también, señor, de tu hijo, si, privado de una crianza tierna y abandonado de ti, ha de pasar la vida sometido a tutores en modo alguno amigos. He ahí cuánta desgracia nos dejarás a él y a mí cuando mueras. En efecto, yo ya no tengo a nadie a quien elevar la mirada más que a ti, pues con la lanza tú aniquilaste mi patria, y a mi madre y a mi progenitor otro hado los abatió, los cuales, ahora, muertos, habitan el Hades. En esta

---

[24] Imitación de *Ilíada*, 6, 459 y ss.

situación ¿quién más que tú podría hacerme las veces de patria? ¿Quién más que tú, las de riqueza? Sólo en ti me encuentro yo a salvo por entero. En fin, mantén vivo mi recuerdo. Debes saber que es preciso que al marido le acompañe el recuerdo si alguna vez experimentó algún placer, pues es lo que en todo momento otro agradecimiento engendra. En cambio aquél cuyos recuerdos se disipan después de un beneficio recibido, ése tal ya no podría ser calificado como hombre de noble linaje.

CORIFEO.—Áyax, querría que tú sintieras, como me ocurre a mí, compasión en el fondo de tu ser, porque entonces aprobarías las sensatas palabras de esta mujer.

ÁYAX.—Sí, aprobación más grande obtendrá, al menos de mi parte, sólo con que se resigne a cumplir fielmente la recomendación que le hice.

TECMESA.—Áyax querido, si es por eso, yo estoy presta a hacerte caso en todo.

ÁYAX.—Entonces procura traerme a mi hijo para que lo vea.

TECMESA.—Tienes que saber que lo saqué de aquí sólo por miedo.

ÁYAX.—¿A causa de las calamidades presentes, o qué me quieres dar a entender?

TECMESA.—Por miedo a que acaso, ¡infeliz de él!, viniera a topar contigo y encontrara la muerte.

ÁYAX.—Ello habría estado a la altura de mi destino.

TECMESA.—Por eso precisamente yo cuidé de evitarlo.

ÁYAX.—Apruebo tu acción y las precauciones que tomaste.

TECMESA.—Entonces ¿qué ayuda podría proporcionarte en la situación actual?

ÁYAX.—Déjame que le hable y que lo vea cara a cara.

TECMESA.—Lo cuidan los criados muy cerca de aquí.

ÁYAX.—¿Cómo entonces se retrasa y no se presenta?

TECMESA.—Hijo, te llama tu padre. Tráelo aquí, tú, el criado que precisamente estás ahora con tus manos guiándolo.

ÁYAX.—¿Hablas a quien viene a rastras o hace caso omiso de tus recomendaciones?

TECMESA.—Ya lo trae cerca un criado, éste de aquí.

(Entra un esclavo llevando de la mano a EURÍSACES.)

ÁYAX.—Aúpalo, aúpalo aquí, pues no temblará, no, aunque acaso dirija la mirada a esta carnicería recién perpetrada, si es que, por parte de padre, es hijo mío legítimo. Al contrario, hace fal-

ta adiestrarlo enseguida en los crudos comportamientos de su padre y que se le iguale en su natural[25]. (ÁYAX *toma en brazos a su hijo* EURÍSACES.) ¡Hijo, ojalá seas más afortunado que tu padre, y, en lo demás, igual, que entonces no serías nada vil! La verdad es que ahora tengo que envidiarte esto, el que no te enteras en absoluto de los males presentes, pues la vida más agradable radica en la falta de conocimiento, lo que te durará hasta que empieces a darte cuenta de la alegría y de la tristeza. Cuando llegues a eso, es preciso que pongas al descubierto entre los enemigos de tu padre qué valiente eres y por qué valiente padre fuiste criado. Pero hasta entonces nútrete de suaves aspiraciones, ilusionando tu tierna alma, lo que constituirá motivo de alegría para tu madre. Ten por seguro, y de ello estoy totalmente convencido, que no hay miedo a que griego alguno te ofenda con odiosos ultrajes, ni aun estando fuera de mi protección: ¡tan decidido centinela en torno a ti dejaré de guardia, a Teucro, que no se echará atrás en lo tocante a tu crianza, no importa las dificultades que ello conlleve, aunque a la hora presente anda lejos de aquí, dedicado a la caza de enemigos! En fin, varones armados de escudo, hueste marina, al conjunto de vosotros os recomiendo que me concedáis este favor y transmitidle a él este mi encargo: que lleve a mi hijo, aquí presente, a mi casa solariega y que lo presente a Telamón y a mi madre, me refiero a Eribea, a fin de que les sirva de sustento en la vejez hasta el final de sus días, hasta que alcancen las profundidades del dios infernal. En cuanto a mi armadura, no deberán ponerla a merced de los griegos ningún árbitro en concurso alguno ni el que me echó a perder. Al contrario, tú, hijo, coge el arma que por tu nombre, *Eurísaces,* te conviene, y asegúratela haciéndola girar mediante el asidero sutilmente cosido: el sólido escudo que necesitó siete pieles de buey. El resto de la armadura quedará enterrado junto conmigo. (AYAX *entrega el niño a* TECMESA.) En fin, hazte cargo ya cuanto antes de este niño, y cierra la tienda a cal y canto, y no llores con llantos que alcancen las tiendas, pues sabido es que la mujer es un ser dado al lamento. Cierra la puerta más deprisa. No es de buen médico entonar conjuros a una herida que reclama amputación.

CORIFEO.—Siento miedo al oír este apasionamiento, pues no me agrada tu lengua demasiado afilada.

---

[25] Cfr. *Ilíada*, 6, 469.

TECMESA.—Áyax, mi señor, ¿qué es lo que andas tramando dentro de ti?

ÁYAX.—No trates de hacer conjeturas, no trates de hacer averiguaciones. Cosa hermosa es la discreción.

TECMESA.—¡Ay de mí, cómo pierdo los ánimos! ¡Por tu hijo y por los dioses, te lo suplico, no llegues a traicionarnos!

ÁYAX.—Molestas ya demasiado. ¿No sabes que yo no estoy ya obligado a dar satisfacción alguna a los dioses?

TECMESA.—Pronuncia otras palabras más respetuosas.

ÁYAX.—Díselo a quien te escuche.

TECMESA.—¿Y tú no me harás ningun caso?

ÁYAX.—Ya estás sermoneando mucho, demasiado.

TECMESA.—Es que estoy temblando, señor.

ÁYAX.—¿No la encerraréis cuanto antes?

TECMESA.—¡Por los dioses, cálmate!

ÁYAX.—Me da la impresión de que piensas necedades, si te figuras que vas a educar ahora mi carácter.

(Salen de escena TECMESA *y su hijo.* ÁYAX *entra en su tienda.)*

ESTROFA 1

CORO.
¡Oh renombrada Salamina,
tú vives feliz allá en la lejanía, azotada por el mar,
radiante siempre para todos!
En cambio yo, desgraciado de mí, ha transcurrido mucho tiempo,
tanto que he perdido la cuenta de los meses,
desde que paso continuamente las noches
soportando la estancia en las praderas próximas al monte Ida,
consumido por el curso del tiempo, albergando el triste presentimiento
de que terminaré todavía en cualquier momento en el abominable y sombrío Hades.

ANTÍSTROFA 1

Y Áyax, hostil a toda solicitud mía,
convive asiduamente, ¡ay de mí, ay de mí!,
y comparte su estancia con una demoniaca obsesión,
ése que despediste un día, hace ya largo tiempo,

cuando era el primero en los impetuosos combates.
Pero, en cambio, ahora, por sustentar ideas muy suyas,
ha resultado un tremendo motivo de aflicción para sus amigos.
Y las pasadas gestas de sus dos brazos, hijas del más abnegado valor,
se desmoronaron, se desmoronaron despreciadas por los despreciables y miserables hijos de Atreo.

ESTROFA 2

De seguro que su madre, compañera de la añosa ancianidad
y la canosa vejez, cuando llegue a sus oídos que está enfermo,
aquejado de arrebato de su mente,
lanzará la desventurada gritos desgarradores, gritos desgarradores,
y no el gemido del apenado pájaro, el ruiseñor,
sino que se lamentará con cantinelas de agudos tonos
y en sus pechos caerán estrépitos, producidos por los golpes
de sus manos, y la mesadura de su blanca cabellera.

ANTÍSTROFA 2

Estaba mejor, sin duda, oculto en el Hades éste que desvaría sin sentido,
dado que él, tras haber llegado aquí considerado el más excelente
de los esforzados griegos,
lo que le viene de casta paterna,
ya no comulga con sus consustanciales y arraigadas convicciones, sino que se mantiene al margen de ellas.
¡Oh pobre padre, qué insoportable desastre de tu hijo te queda por conocer,
desastre que hasta el día de hoy
no había sustentado ningun Eácida[26] descendiente de Zeus si exceptuamos a éste!

(Entra ÁYAX *con la espada en la mano.)*

ÁYAX.—El largo e inconmensurable tiempo trae a la vida absolutamente todas las cosas ocultas, y las visibles las oscurece. No hay nada que no se pueda esperar, sino que se rinde tanto el es-

[26] Eaco, hijo de Zeus, fue padre de Telamón y abuelo de Áyax. Los Eácidas, pues, conforman, entre otras, la familia de Áyax.

pantoso juramento como las más obstinadas ideas. Así también yo, que antes persistía en aquel proceder espantoso, como hierro al temple, he ablandado las expresiones de mi lengua conmovido por esta mujer[27]. Ello es que me da pena dejarla viuda y a mi hijo huérfano entre enemigos. Por eso me voy al baño y a las praderas costeras para purificarme de mis poluciones y desembarazarme así de la dura cólera de la diosa. Luego, una vez que alcance un campo que encuentre no hollado por nadie, haré un hoyo en el suelo y ocultaré esta mi espada, entre todas las armas la más odiosa, donde nadie logre verla. Al contrario, la conserven allá en el fondo la noche y el Hades. Todo esto porque yo, desde que regalada por Héctor, el enemigo de más aviesa intención, la cogí en mi mano, hasta el momento presente no logré de los griegos nada que merezca la pena. De ahí que es cierto el proverbio que corre en boca de los mortales: «regalos que no regalan y no aprovechan, los de los enemigos». Claro que, así, por el resto de nuestros días sabremos ceder a las recomendaciones de los dioses, y aprenderemos a respetar a los hijos de Atreo. Son jefes, de modo que hay que doblegarse. ¿Cómo no? Es claro que las realidades por tremendas y pertinaces que sean se doblegan ante las autoridades correspondientes. De acuerdo con este principio los inviernos marcados por la nieve ceden su puesto al fructífero verano, y la reiterante rueda de la noche cede su sitio al día que cabalga sobre lucidos potros para que flamee su fulgor, y una racha de espantosos vientos trae la calma al quejumbroso mar. También el todopoderoso sueño, después de atar a uno, lo desata, y no lo tiene cogido continuamente. Entonces nosotros ¿cómo no hemos de aprender a ser sensatos? Yo al menos sí, pues acabo de constatar una cosa, que el enemigo debe ser objeto de nuestra enemistad sólo hasta cierto punto, convencido como estoy de que volverá a ser nuestro amigo, y otra, que al amigo debo intentar ayudarle con mi colaboración hasta cierto punto, convencido de que su amistad no permanecerá siempre inalterable, pues el puerto de la camaradería entre los más de los mortales no es de fiar. En fin, en lo tocante a este asunto la cosa saldrá bien. Tú, mujer, entra den-

---

[27] Monólogo repleto de ambigüedad, técnica en la que Sófocles es un experto, como evidencia sobre todo en *Edipo Rey* y *Electra*. Aquí Áyax está pensando en el suicidio, aunque los oyentes interpretan el texto en sentido literal, pero equivocado.

tro, y pide a los dioses que se cumpla lo que mi corazón ansía. Y vosotros, compañeros, honradme igual que ésta con este don que os solicito, y, además, haced saber a Teucro, si es que vuelve, que me tribute a mí los cuidados debidos, y que, a la vez, sea benevolente con vosotros. Pues yo voy allá a donde debo ir. Vosotros cumplid lo que os encomiendo, y a lo mejor os enteraréis pronto de que yo estoy a salvo, aunque ahora me falta la suerte.

Estrofa

Coro.

Me estremecí de entusiasmo y embargado de alegría me remonté a las alturas.
¡Ea, ea, Pan, Pan[28],
ea, Pan, Pan, preséntate aquí viniendo por el mar
desde el rocoso collado de Cilene[28]
azotado por la nieve, ea,
tú que formas el coro de los dioses, oh soberano, para que,
formando pareja conmigo, avives
la danza de Niso[29] y de Cnoso[29] que aprendiste por ti solo!
Pues ahora a mí me entran deseos de ponerme a bailar.
¡Y ojalá que el soberano Apolo,
dios de Delos, bien conocido de todos,
se dispusiera a llegar aquí sobrepasando los mares
de Ícaro[30] y bien dispuesto a todo se uniera a mí!

Antístrofa

Ares[31] disipó aquella terrible congoja alejándola de nuestra vista.
¡Ea, ea! Ahora de nuevo

---

[28] Hijo de Hermes, nacido en Cilene, montaña de Arcadia, es Pan una de esas divinidades producto y productor de la energía vital de la naturaleza, protector de los rebaños, a los que en ocasiones, sin embargo, infunde «pánico». A él, como a otros seres de su índole por ejemplo los sátiros, les gusta la música.

[29] Niso es el lugar legendario del nacimiento de Dioniso, dios también de la vegetación y de la alegría vital. Cnoso es el lugar de los sacerdotes Coribantes, que con sus ruidos protegieron al niño Zeus de la voracidad de su padre Crono.

[30] El mar de Ícaro se sitúa entre las islas de Samos y Míconos.

[31] Ares, símbolo de la guerra y de toda violencia.

ahora, oh Zeus, es una ocasión propicia para que
hagas caer sobre nuestras veloces naves que surcan raudas
 los mares
el lúcido esplendor de un magnífico día,
cuando de nuevo Áyax se ha olvidado de sus agobios
y ha vuelto a cumplir celosamente con toda clase de ofrendas
las ceremonias en honor de los dioses
a quienes venera con el más estricto respeto a la ley.
El tiempo, que es grandioso, extingue todas las cosas
y no hay cosa que yo declarara imposible de ser sugerida,
sobre todo cuando Áyax
se enmendó de sus desesperados
arrebatos y fuertes rencillas con los hijos de Atreo.

(Entra corriendo en escena un MENSAJERO *procedente del campamento griego.)*

MENSAJERO.—Amigos, quiero comunicaros esta primicia: Teucro acaba de presentarse procedente de los riscos de Misia. Pero al llegar a la tienda del general en jefe, situada en el centro entre todas, recibe a porfía insultos en masa de todos los griegos. En efecto, enterados de que venía de lejanas tierras, lo cercaron en derredor, y luego procuraban herirlo con denuestos que le arrojaban de un lado y de otro, sin que hubiera uno solo que se abstuviera de ello, llamándolo en son de reproche hermano del loco y conspirador contra el ejército, y añadiendo que no logrará evitar morir molido todo él a pedradas. De suerte que llegaron a tanto que hasta unos y otros tiraron con sus manos de las espadas extrayéndolas de la vaina. Pero la pendencia, después de haber llegado a una situación extrema, quedó en suspenso gracias a los buenos oficios de unos ancianos varones. Pero Ayax ¿dónde se nos halla, para informarle de esto? Pues es a los amos a quienes es menester darles cuenta de todo.

CORIFEO.—No está dentro de la tienda, sino que se fue hace un instante, sometiendo nuevos planes al dictado de nuevos comportamientos.

MENSAJERO.—¡Ay, ay! Al parecer, el que nos encomendó este viaje o lo encomendó tarde o fui yo el que aparecí tarde.

CORIFEO.—¿Pero qué es lo que falta en este negocio[32]?

MENSAJERO.—Teucro se oponía a que este varón saliera del interior de la tienda y se asomara a la calle en tanto no se hubiera presentado él personalmente.

CORIFEO.—Sin embargo, se ha ido, como ves, aplicado al más lucrativo proyecto[33], a reconciliarse con los dioses y sustraerse a su cólera.

MENSAJERO.—Esas tus grandilocuencias son el colmo de la estupidez si es que Calcante[34] adivina con interpretaciones, por poco acertadas que sean.

CORIFEO.—¿Cómo? ¿Qué sabe él de este asunto?

MENSAJERO.—Lo único que yo sé por estar presente allí es esto: tras haberse distanciado Calcante del círculo de los reyes y sus asesores él solo, y apartado de los hijos de Atreo, puso afectuosamente la mano derecha en la de Teucro al tiempo que le dijo y encargó que sin escatimar recurso alguno mantuviera encerrado durante el día presente, el actual, éste de hoy, a Áyax, al abrigo de la tienda, y que no consintiera dejarlo salir, si es que quería volver a verlo con vida. Pues lo va a acosar sólo en el día de hoy la saña de Atenea hija de Zeus, según afirmaban sus palabras. En efecto, que los corpachones descomunales e inútiles se desmoronan por efecto de graves descalabros provocados por los dioses, lo proclamaba el adivino de todo aquel que, después de nacer con constitución humana, luego manifiesta pensamientos que no se corresponden a los humanos. Por ejemplo él, Áyax, enseguida al partir de su casa, se manifestó insensato ante los acertados razonamientos de su padre. En efecto, éste le dio el siguiente consejo: «Hijo, procura triunfar con la lanza, pero triunfar siempre con la ayuda de la divinidad.» Y entonces, él, Áyax, respondió jactanciosa e insensatamente: «Padre, al

---

[32] En apoyo de esta interpretación véase línea 743. El coro enjuicia lasalida de Áyax en términos económicos. Cfr. la forma τὸ κέρδιστον. Si esto es «el más lucrativo» proyecto de Ayax (el coro, sin demasiadas luces, ingenuamente, ha creído a Ayax y, estúpidamente, no se inquieta por el desasosiego del emisario) es que hay otros más, concretamente lo sugerido en línea 740.

[33] Frase ambigua con dos sentidos (la muerte, para Áyax; la salvación, para el coro).

[34] Calcante, portador de nombre parlante que significa «el que abre la boca o el que habla», algo adecuado a su función, es el prestigioso adivino de los griegos que luchan en Troya.

amparo de los dioses incluso el que nada es podría conseguir triunfos, pero yo confío que incluso al margen de ellos he de granjearme esa gloria.» Con dichos tan bravucones fanfarroneaba. Más tarde, por segunda vez, a la hija de Zeus, Atenea, en una ocasión en que ella lo animaba y le sugería que volcara toda la fuerza de su mortífero brazo sobre los enemigos, Áyax le contradice con una fanfarronada tremenda y nefanda: «Soberana, plántate al lado de los demás griegos, que donde esté yo jamás se romperá el frente de mis tropas.» Es evidente que con expresiones de ese jaez se granjeó la cólera displicente de la diosa, por ostentar pensamientos que no se correspondían a su condición de ser humano. En fin, si se mantiene con vida el día de hoy, es muy posible que consiguiéramos su salvación con la ayuda de dios. He aquí todo lo que el adivino dijo. Y Teucro me mandó enseguida, al instante, a traerte los referidos encargos, para que los cumplas con todo cuidado. Pues, si su cumplimiento se nos escapa, no se mantiene con vida aquel magnífico varón, si Calcante sabe lo que se dice.

CORIFEO.—¡Oh lacerada Tecmesa, infortunada criatura, llégate aquí y mira cuán serios anuncios proclama éste, anuncios cuyo carácter incisivo está segando a flor de piel toda posibilidad de que uno pueda tener alegría!

(Sale TECMESA *de la tienda.)*

TECMESA.—¿A qué viene, desgraciada de mí, hacerme levantar otra vez del asiento, cuando acababa de verme libre de males infinitos?

CORIFEO.—Escucha a este hombre, que ha venido a hacernos patente la suerte de Áyax que yo lamento.

TECMESA.—¡Ay de mí! ¿Qué dices, hombre? ¿No será que estamos perdidos?

MENSAJERO.—Ignoro tu suerte, pero en cuanto a Áyax, si realmente anda por ahí fuera, no abrigo esperanzas para él.

TECMESA.—¡Claro que anda por ahí fuera, por eso me está reconcomiendo la noticia que nos traes!

MENSAJERO.—Teucro exige mantener encerrado a Áyax al abrigo de la tienda y no dejarlo salir solo.

TECMESA.—¿Pero dónde está Teucro, y por qué se expresa así?

MENSAJERO.—Acaba de llegar, y presiente que esta salida va a resultar ruinosa para Áyax.

TECMESA.—¡Ay de mí, cuitada! ¿Por quién se enteró de esto?

MENSAJERO.—Por el adivino hijo de Testor[35], por quien se enteró de que había que retenerlo en la tienda durante el día de hoy, que es el que le acarrea la muerte o la vida.

TECMESA.—¡Ay de mí! Amigos, plantad cara al inexorable destino de Áyax, y apresuraos, unos, para que Teucro llegue cuanto antes aquí, y otros id a los recodos de poniente y otros a los de la solana, y rastread las huellas de nuestro hombre que salió para mal. Pues comprendo ahora que fui burlada por mi marido y desplazada de su antiguo favor. ¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer, hijo? No hay que estar sentados. Al contrario, iré también yo allá hasta donde aguante. ¡En marcha, démosnos prisa! No es hora de estar sentados, si queremos conservar sano y salvo al hombre que se apresura a morir.

CORIFEO.—Presto a la marcha estoy, y lo demostraré no sólo de palabra, pues la rapidez que pondré en actuar se dará la mano con mi rapidez en caminar.

(Salen de escena el coro, TECMESA *y el mensajero.*
Entra en escena ÁYAX.)

ÁYAX.—La espada está situada donde su filo puede resultar más incisivo, aunque uno no dispone de mucho tiempo para calcularlo, regalo que me hizo un hombre, Héctor, a quien yo odié más que a ningún otro huésped y mis ojos aborrecieron. Está fija en suelo enemigo, el troyano, recién aguzada con la piedra afiladora capaz de roer el hierro. La fijé tras haberla preparado con exquisito cuidado, con objeto de predisponerla lo más posible a favor de quien habla, con vistas a alcanzar una muerte por la vía más rápida. Así de bien preparados estamos. Ahora, Zeus, ayúdame tú antes que nadie, como es natural. Te pediré la obtención de un don nada excesivo: envíanos un mensajero a que lleve la mala noticia a Teucro, para que sea el primero que me levante del suelo abrazado a este puñal recién bañado en sangre, y no sea tirado y arrojado como presa de perros y botín de aves de rapiña, lo que sucederá si antes me echa la vista encima algún enemigo. He ahí, Zeus, todo lo que te encomiendo. Invoco al mismo tiempo al dios encargado de llevar los muertos por el mundo subterráneo, Hermes, para que me adormezca con deli-

[35] Calcante, hijo de Testor.

cadeza, luego de haber desgarrado con un salto intrépido y rápido mi costado con este cuchillo. También llamo en mi ayuda a las eternamente vírgenes y eternamente observadoras de todos los infortunios sucedidos entre mortales, las venerables Furias, ligeras de piernas, para que reparen en mí y se den cuenta de cómo perezco, desgraciado de mí, a manos de los hijos de Atreo. ¡Y ojalá que en aquellos seres dañinos claven sus garras de la manera más dañina posible y los destruyan de raíz! ¡Y ojalá que exactamente igual que van a verme a mí tambaleándome por las heridas producidas por mí mismo así perezcan a manos de sus más queridos vástagos![36]. ¡Venid, rápidas y punitivas Furias, gustad de la sangre de todos los miembros del ejército, no os la escatiméis! Y tú, Sol, que impulsas tu carro por las alturas del cielo, cuando divises mi tierra patria, detén las riendas recamadas en oro y haz saber estas mis tribulaciones y este mi destino a mi anciano padre y a mi desventurada madre. Sin duda que la pobre, cuando oiga esta noticia, lanzará tremendos gemidos por todos los rincones de la ciudad. Sin embargo, es cosa que no conduce a nada lamentarse vanamente de ello. Al contrario, hay que poner manos a la obra con cierta rapidez. ¡Ea, Muerte, Muerte, hazme una visita ahora llegándote aquí[37]! Aunque, la verdad, contigo charlaré allá, en amigable compañía. En cambio a ti, resplandor actual de este reluciente día, y a ti, Sol, auriga de tu carro, os saludo ya por última vez y nunca más en el futuro. ¡Oh, esplendor de Salamina, oh, sacrosanto solar de la tierra donde está mi casa, oh, suelo patrio de mi hogar, y Atenas famosa y tu gente entre la que me crié, y fuentes y ríos estos de aquí, y campos troyanos, os saludo, adiós, vosotros que me habéis mantenido! Esta es la última frase que os pronuncia Áyax, que el resto se lo contaré en el Hades a la gente de allá abajo.

(ÁYAX se *deja caer sobre su espada y muere. Entra en escena el* CORO *buscando* a ÁYAX. *El* CORO *va dividido en dos Semicoros.)*

SEMICORO PRIMERO.—La pena, con pena, pena produce[38]. ¿Por dónde, por dónde es por donde no anduve yo? Y sin embargo ningún sitio tiene a bien compartir conmigo sus

---

[36] Esta imprecación implica una *adivinatio ex eventu:* la tradición afirmaba la muerte de Agamenón a manos de su esposa Clitemnestra o de Egisto.

[37] En plan de amigo como el médico al enfermo.

[38] Aliteración de la *p* como en el original.

experiencias. ¡Mira, mira! Es la segunda vez que he oído un ruido.

SEMICORO SEGUNDO.—Es el tropel de nuestra nave que efectúa la misma singladura que la vuestra.

SEMICORO PRIMERO.—Entonces dime, ¿cómo va la cosa por ahí?

SEMICORO SEGUNDO.—Está hollado todo el flanco que queda a poniente de las naves.

SEMICORO PRIMERO.—¿Conseguiste algo?

SEMICORO SEGUNDO.—Sí, un gran cansancio, y nada nuevo a la vista.

SEMICORO PRIMERO.—Tampoco en parte alguna por la ruta de donde nos llegan los rayos hirientes del sol hace acto de presencia nuestro hombre.

ESTROFA

CORO.

Entonces ¿quién, quién entre los laboriosos pescadores que,
renunciando al sueño, se entregan a la pesca, o cuál
de las diosas del Olimpo, o cuál
de los ríos que fluyen al Bósforo,
me lo indicaría con un grito,
si avistara al fiero Áyax
vagando por algún sitio?
Pues es molesto que
no me llegue yo hasta Áyax con curso favorable,
yo que ando errante,
en medio de interminables penalidades,
sino que no veo a ese varón fantasmal.

TECMESA.—¡Ay de mí, ay de mí!

CORIFEO.—¿Quién lanzó un grito que partió del bosque, no lejos de aquí?

TECMESA.—¡Ay pobre de mí!

CORIFEO.—Estoy viendo, ¡pobrecilla!, a la esposa de Áyax que él consiguió por las armas, a Tecmesa, íntimamente afectada por ese lamento.

TECMESA.—Mi final ha llegado, estoy acabada, estoy destrozada, amigos míos.

CORIFEO.—¿Pero qué ocurre?

TECMESA.—He aquí a nuestro Áyax. Acaba de matarse hace un momento y yace abrazado a una espada hundida hasta la empuñadura.

CORIFEO.—¡Pobre de mi regreso! ¡Ay de mí! Mataste, señor, a este tu compañero de navegación. ¡Pobre de ti! ¡Desdichada mujer!

TECMESA.—En la situación en que éste se halla, cabe lanzar *ayes* de dolor[39].

CORIFEO.—¿Con la ayuda de quién pudo llevar a cabo esto el infeliz?

TECMESA.—Él solo por sí solo. La cosa es clara, pues esta espada de su propiedad que, clavada en el suelo, lo atraviesa de parte a parte lo dice bien claro.

CORIFEO.—¡Ay de mí, estoy perdido! Por lo visto te desangraste por estar solo, desamparado de tus amigos y, mientras, yo, sordo a todo, el colmo de la estupidez, me había despreocupado de ti. ¿Dónde, dónde yace el inflexible y portador de un nombre triste, nuestro *Ayax*[39]?

TECMESA.—Hazte cargo de que no se le puede contemplar. Al contrario, lo ocultaré con esta prenda que lo cubrirá todo alrededor, ya que no habrá nadie, ni aun siendo amigo suyo, que pueda soportar verlo exhalar del fondo de su mortal herida, por las narices, sangre renegrida emanada de su propia cuchillada. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Quién de tus amigos te levantará? ¿Dónde está Teucro? Si viniera ¡qué a punto llegaría para ayudarme a acomodar a su hermano que está aquí caído en el suelo! ¡Pobre Áyax, según eras, cómo estás! Como que mereces despertar gemidos de conmiseración incluso entre tus enemigos.

ANTÍSTROFA

CORO.

¡Claro, con el tiempo tenías, infeliz de ti, tenías
que llegar a rematar por tus obstinadas ideas la funesta
porción de tus infinitas calamidades! Las hostiles amenazas
que contra los hijos de Atreo entre quejas entonabas toda la noche
y todo el día con cruda obstinación
y presa de demoledor arrebato
tenían que terminar en esto.

---

[39] Por etimología popular relaciona Sófocles *ayes* con el nombre Αἴας, *Áyax*. Cfr. nota 21.

A las claras está que fue decisivo aquel momento, inicio
de estas desgracias, cuando se celebró entre los más aguerridos brazos
el concurso en que estaba en juego la armadura.

TECMESA.—¡Ay de mí, ay de mí!

CORIFEO.—Llega al corazón, bien lo sé, el resquemor sincero.

TECMESA.—¡Ay de mí, ay de mí!

CORIFEO.—No me extraña nada que lances ayes de dolor incluso por segunda vez, oh mujer, aquejada de la pérdida reciente de un ser querido tan valioso.

TECMESA.—Para ti eso representa un simple parecer, pero para mí sobrado convencimiento.

CORIFEO.—Coincido contigo.

TECMESA.—Hijo, ¡ay de mí!, ¡a qué amargos yugos de esclavitud estamos abocados según son los guardianes que nos tienen a su cargo a nosotros dos!

CORIFEO.—¡Ay de mí! Voceaste, con el dolor que ahora te embarga, las indecibles fechorías de los dos insensibles hijos de Atreo. Pero ¡ojalá que la divinidad lo impida!

TECMESA.—No habría salido esto así, de no andar los dioses por medio.

CORIFEO.—Sí, lo remataron con este agobio molesto en exceso.

TECMESA.—Bien es verdad que tan duro daño lo causó Palas, la terrible hija de Zeus, en atención a Ulises.

CORIFEO.—Seguro que ese pertinaz individuo hará saltar de alegría a cuenta de esto, a su renegrido corazón, y se carcajeará de estos descalabros producidos por la locura, con interminable carcajada, ¡ay, ay!, y formarán corro con él, nada más que se enteren de ello, los dos reyes hijos de Atreo.

TECMESA.—Si es por eso, que se carcajeen y se alegren a costa de las calamidades de Áyax. Claro que, a lo mejor, aunque no lo echaban de menos en vida, una vez muerto, podrían llorarlo, al verse faltos de su lanza. Pues los cortos de luces no saben que tienen en sus manos el bien hasta que lo pierden. A mí su muerte me ha resultado amarga, y a ellos tal vez dulce, pero para el propio Áyax placentera, pues logró lo que ansiaba alcanzar, la muerte, que es lo que quería. ¿A qué vendría entonces carcajearse de Áyax? Si es cadáver, lo es por decisión de los dioses, no de ellos, no. A la vista de ello, que se burle Ulises sin fundamento alguno; pues Áyax ya no significa

nada para ellos, en cambio, a mí se me ha ido dejándome angustias y lamentos.

(Sale TECMESA. *Aparece* TEUCRO *en escena.)*

TEUCRO.—¡Ay de mí, ay de mí!

CORIFEO.—¡Calla! Pues me parece haber oído la voz de Teucro entonando un cántico acomodado a este desastre.

TEUCRO.—Queridísimo Áyax, semblante de mi misma sangre, dime, ¿cerraste el trato de tus operaciones en las mismas condiciones que el rumor asegura[40]?

CORIFEO.—Teucro, nuestro hombre ha muerto, que te conste eso.

TEUCRO.—Entonces ¡ay de mi duro destino!

CORIFEO.—En la seguridad de que la realidad es ésta...

TEUCRO.—¡Ay desgraciado de mí!

CORIFEO.—... sólo cabe lamentarse.

TEUCRO.—¡Oh acelerado percance!

CORIFEO.—Sí, demasiado, Teucro.

TEUCRO.—¡Ay desgraciado de mí! Y bien, ¿qué es de su hijo? ¿En qué lugar de la región troyana se encuentra?

CORIFEO.—Está solo junto a la tienda.

TEUCRO.—Entonces tráelo aquí cuanto antes, no sea que algún enemigo nos lo arrebate, como sucede con el cachorro de una leona solitaria. Anda, date prisa, préstame tu concurso: hazte cuenta de que todos gustan de carcajearse de los muertos todos cuando los ven yacer.

CORIFEO.—Por cierto que aquel maravilloso varón, cuando todavía estaba con vida, te encargaba, Teucro, que cuidaras del niño, precisamente como de hecho ya estás cuidando.

TEUCRO.—¡Oh el más doloroso espectáculo de los que me cupo ver con estos mis ojos, y caminata que mucho más que cualquier otra hirió mis entrañas, la que ahora me acabo de dar, oh queridísimo Áyax, al seguir y rastrear tus huellas cuando me enteré de tu fatal destino! Pues corrió por entre todos los griegos, veloz como si fuera impulsado por un dios, un rumor relativo a ti, que aseguraba que te habías ido al más allá muerto.

---

[40] Imagen tomada de la práctica comercial. Teucro supone que la decisión de Áyax fue precedida de un regateo o titubeo de actitudes encontradas. Cfr. nota 32.

Yo, al oírlo, ¡pobre de mí!, cuando estaba distante de aquí lo lamentaba, pero ahora que lo veo me consumo. ¡Ay de mí! *(A un esclavo.)* Anda, descúbrelo, para ver toda la magnitud de la calamidad[41]. ¡Oh espectáculo que se resiste a ser contemplado y de cruda osadía! Tu muerte cuántos sinsabores siembra en mí. Pues ¿a dónde me es posible llegar, a qué pueblo, cuando en tus cuitas jamás te aporté mi ayuda? ¡Seguro que Telamón, padre tuyo igual que mío, me recibiría a lo mejor risueño y acogedor si me acerco a él sin ti[42]! Pues ¿cómo no ha de recibirme así? Uno que ni siquiera cuando las cosas le van bien está presto a reírse por ello con especial satisfacción. Uno así ¿qué callará, qué improperio no dirá? Me calificará de bastardo, fruto de una aventura guerrera, dirá que te traicioné a ti, queridísimo Áyax, por cobardía y pusilanimidad o con trampas, para hacerme, muerto tú, con tus posesiones y tus mansiones. Improperios de ese tenor dirá aquel hombre colérico, agriado por la vejez, pronto a enzarzarse en disputas por nada. Y, al final, a empellones seré arrojado del país, viniendo a resultar esclavo en vez de libre por argumentos convincentes. Una cosa como ésta es la que me espera en casa. A su vez, en Troya tengo muchos enemigos y poca ayuda. Y todo esto me lo encontré por tu muerte. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿De qué manera, oh desventurado, desprenderé de ti este punzante y resplandeciente filo, verdugo que, según se ve, fue quien te quitó la vida? ¿Has visto cómo, con el paso del tiempo, había de aniquilarte Héctor, aun muerto? Fijaos, por el amor de los dioses, en el destino de los dos hombres: Héctor, sujeto al barandal del carro de caballos por el cinturón que precisamente le había regalado Áyax, se desgarraba sin cesar hasta que expiró. Y Áyax, que había obtenido esta espada como regalo de Héctor, ha perecido por él, al dejarse caer sobre la espada para matarse. ¿Acaso no fue Furia quien forjó esta espada, y Hades, artesano fiero, aquel cinturón? Ciertamente yo proclamaría que son los dioses quienes urden siempre no sólo éstas sino todas y cada una de las cosas que afectan al hombre. Pero a quien este mi punto de vista no resulte grato al reflexionar sobre él, quédese con el suyo y yo con el mío.

---

[41] El esclavo descubre el cadáver de Áyax a instancias de Teucro.
[42] Irónico.

CORIFEO.—No te extiendas demasiado, antes bien discurre cómo vas a dar tierra a este hombre y qué es lo que enseguida vas a contestar. Porque estoy viendo a un enemigo, y acaso pudiera venir riéndose de alegría, como hombre sin escrúpulos que es, por estas calamidades.

TEUCRO.—¿Quién es el soldado que tienes a la vista?

CORIFEO.—Menelao, precisamente ése por quien nos hicimos a la mar.

(*Entra* MENELAO.)

TEUCRO.—Lo reconozco, pues cuando está al alcance de uno no resulta difícil de identificar[43].

MENELAO.—¡Eh, tú, ése de ahí! Te digo que no toques con tus manos ese cadáver ni lo levantes, sino que lo dejes según está.

TEUCRO.—¿Por qué empleas expresión tan dura?

MENELAO.—Porque así lo tengo decidido yo, y también lo tiene decidido quien manda en el ejército.

TEUCRO.—¿No podrías decirme cuál es el motivo que alegas?

MENELAO.—Éste: el que, cuando creíamos que traíamos de la patria a Áyax en calidad de aliado a la vez que amigo de los griegos, hemos venido a descubrir, en nuestra pesquisa, que andábamos detrás de un individuo peor enemigo que los troyanos, ése tal que planeó la matanza de la totalidad del ejército y con ese objetivo lo atacó de noche, con ánimo de hacerlo suyo por la fuerza. Y si un dios no hubiera sofocado esta intentona, nosotros habríamos perecido con la más ignominiosa muerte, y, víctimas de la suerte que Áyax ha obtenido, estaríamos de cuerpo presente, y él, en cambio, viviría. Menos mal que la divinidad cambió el rumbo de su insolencia haciéndola caer en ganados y rebaños. Por esta razón no hay varón alguno tan poderoso que sea capaz de dar tierra a este cadáver. Al contrario, echado en medio de la amarillenta arena será pasto de las aves costeras. Ante estas circunstancias, déjate de rencores amenazadores. Pues si cuando no había cerrado los ojos no pudimos dominarlo, al menos ahora muerto seremos sus amos indiscutibles, y lo enderezaremos por la

---

[43] Al parecer se presenta ufano y jactancioso, aunque su estupidez no hay quien se la quite. Es un tipo similar al Egisto de *Electra*, líneas 1429 y ss.

fuerza, aunque no te guste. Y ello porque en vida no hubo ni una sola vez en que gustara atender a mis razonamientos. Y, claro está, es propio de un ser despreciable pretender legitimar que un hombre vulgar no debe prestar atención alguna a sus jefes. Pues, en ese caso, jamás serían toleradas con gusto las leyes en un Estado en el que no estuviese implantado el temor, ni se dejaría mandar ya, dando con ello prueba de sensatez, un ejército que no tuviera en absoluto el baluarte del miedo y del respeto. Por el contrario, es bueno que todo hombre dé por sentado que, aunque se haga con un cuerpo descomunal, podría desmoronarse por efecto de una pequeña enfermedad. Ahora bien, el hombre en quien se asientan temor y recato a la vez, estate seguro de que ése tiene salvación. En cambio, aquella ciudad en la que quepa insultar y hacer lo que a uno le venga en gana, hazte a la idea de que un día, con el paso del tiempo, cae de cabeza en el hoyo, corriendo hacia él a impulsos de vientos propicios. Para evitarlo me asista un tanto de temor, el preciso, y no seamos ilusos imaginándonos que, si hacemos lo que nos plazca, luego no vamos a pagarlo dando a cambio lo que nos duela. Esas son situaciones que van sobreviniendo alternativamente. Antes ese hombre era corrosivo, insolente, pero ahora han cambiado las cosas y soy yo quien se da tono. Y te advierto que no intentes sepultarlo, no sea que, por intentar sepultar a éste, caigas tú mismo en tu propia sepultura.

CORIFEO.—Menelao, después de apuntar ideas inteligentes, no seas luego tú desconsiderado con los muertos.

TEUCRO.—Jamás me asombraría ya, hombres, del hombre que, no siendo nadie por su cuna, luego comete desatinos, cuando los que presumen de haber nacido de noble cuna los cometen tan graves con tales palabras en sus discursos. ¡Anda, repítelo desde un principio! ¿Es que eres capaz de afirmar tú que tomaste y trajiste aquí a este hombre como aliado de los griegos? ¿No, más bien, se hizo a la mar por su propia voluntad, como dueño que era de sus propios actos? ¿De dónde convertirte tú en jefe suyo? ¿Quién te ha dado derecho a regir las huestes que él trajo de la patria? Viniste en calidad de rey de Esparta, no como amo nuestro, y en parte alguna fue dictada una disposición del mando que te diera a ti el derecho de llamar al orden a éste, y que no se lo concediera a éste para que te llamara a ti: arribaste aquí sometido al mando de otros, no como jefe de todos, ¡como para que llega-

ras a mandar alguna vez en Áyax! En fin, ¡manda justo sobre aquéllos a los que tienes derecho a mandar, y castígalos con esas altivas palabras! Pues, por lo que a este cadáver respecta, digas tú que no o lo diga otro jefe[44], yo le daré tierra, como es justo, sin miedo a esa tu boca. Pues no se alistó en el ejército a causa de tu mujer[45], como los hombre plenos de penuria se han visto obligados a hacer[46], sino obligado por los juramentos a los que se había comprometido, pero lo que es por ti, en absoluto, pues para él los nadies no contaban nada. A la vista de esta mi decisión, coge contigo más embajadores y al propio comandante en jefe, y luego vuelve aquí con ellos, pues en otro caso no prestaré la menor atención a tus estridencias, mientras seas como eres.

CORIFEO.—Tampoco esta vez veo con buenos ojos que hagas uso de lengua tan mordaz, cuando estás ahogado por la desgracia. Pues tienes que saber que una actitud dura, aunque esté más que justificada, hiere.

MENELAO.—El arquero parece engreírse no poco.

TEUCRO.—Es que el oficio que aprendí no es cosa de patanes.

MENELAO.—¡Anda que no te pavonearías nada si tuvieras escudo!

TEUCRO.—Incluso a cuerpo limpio te tendría a ti a raya, aunque estuvieras bien armado.

MENELAO.—Tu incisiva lengua ¡qué tremendos humos alimenta!

TEUCRO.—Es que uno puede mostrarse orgulloso cuando tiene la razón de su parte.

MENELAO.—¿Es que es razonable que a Áyax le vaya bien, después de haberme matado a mí?

TEUCRO.—¿Que te mató a ti? ¡Anda que no es formidable lo que acabas de decir, pues ello implica que hasta muerto vives!

MENELAO.—Porque me salvó la divinidad, que lo que es por Ayax, estoy en el otro mundo.

TEUCRO.—Entonces no desprecies ahora a los dioses, si son los dioses quienes te han salvado.

MENELAO.—¿Pero cómo? ¿En qué cabeza cabe que yo esté mostrando desdén hacia las leyes divinas?

TEUCRO.—Sin embargo, así es, si de manera expresa prohíbes enterrar a los muertos.

---

44 Agamenón.

45 Helena.

46 Obsérvese la aliteración que refleja la π del original.

MENELAO.—Pero es que quien lo prohíbe está prohibiendo enterrar no a cualquier muerto sino a sus propios enemigos, porque permitirlo no está bien.

TEUCRO.—¿Es que acaso Áyax se enfrentó contigo alguna vez como enemigo?

MENELAO.—Me odiaba y yo lo odiaba, y tú eras consciente de ello.

TEUCRO.—Es que vio que con tus manejos le robaste votos.

MENELAO.—Su fracaso hay que atribuirlo a los jueces y no a mí.

TEUCRO.—¡Sí, pero es que bajo cuerda tú podrías haber tramado a la perfección cualquier fechoría!

MENELAO.—Esa palabreja va a traer disgustos a uno que yo sé.

TEUCRO.—Es posible, pero, como es de esperar, no más que causaremos.

MENELAO.—Sólo te diré una cosa: en modo alguno se va a enterrar a Áyax.

TEUCRO.—En contra de esta tu prohibición oirás que Áyax será enterrado.

MENELAO.—Ya una vez vi yo a un hombre, bravucón de lengua, que incitó a los marineros a hacerse a la mar en ocasión de una tormenta[47]. Pero a este hombre no habrías conseguido sacarle una palabra cuando estaba cogido entre el horror de la tempestad, sino que, escondido bajo su manto, se dejaba pisotear de cualquiera de los marineros. Igual que ocurrió a ése, lo mismo podría ocurrirte a ti y a tu estridente bocaza: a lo mejor una racha de viento tormentoso que sople con fuerza de una nube diminuta podría disiparte ese incesante griterío.

TEUCRO.—También yo tuve ante mis ojos a un hombre que estaba a rebosar de idiotez, el cual hacía mofa de las desgracias de sus vecinos. Luego, uno parecido a mí y de similar genio, clavándole la vista, le dirigió unas palabras de este tenor: «Pero, hombre, no trates mal a los muertos, pues, si así lo haces, sábete que te harás daño a ti mismo.» Tales eran los razonamientos con que intentaba hacer entrar en razón a aquel malhadado, cara a cara. Y tienes que saber que lo estoy viendo con mis propios ojos, y, según creo yo, no puede ser ningún otro más que tú. ¿A que no me ando con rodeos?

---

[47] Sófocles hace gala de una maravillosa χάρις en cuestión de descripción de accidentes o incidentes. Obsérvese también la narración del supuesto accidente de Orestes en *Electra*, líneas 681 y ss.

MENELAO.—Me voy, pues sería una vergüenza si se enterara el pueblo de que se limita a reprender con buenas razones quien tiene en sus manos actuar por la fuerza.

TEUCRO.—Si es por eso, márchate, pues también a mí me da vergüenza en grado sumo escuchar a un hombre vano que no cuenta más que naderías.

(Se va MENELAO.)

CORIFEO.—Esto será motivo de lucha de lo más competida. No obstante ello, acelera cuanto puedas, y apresúrate a encontrar para este cadáver una cóncava oquedad en la que pueda recibir espaciosa sepultura por siempre mentada entre los hombres.

(Entra en escena TECMESA, *acompañada de su hijo* EURÍSACES.)

TEUCRO.—Por cierto, éstos de aquí, el hijo y la mujer de Áyax, se están aproximando en el preciso momento de rendir honras fúnebres a este desventurado cadáver. Hijo, acércate aquí, y situado al lado del padre que te engendró, pon sobre él tus manos, suplicante. Siéntate, e implorante ten cogidos en tus manos estos mis cabellos y los de tu madre y en tercer lugar los tuyos, porque son el tesoro del suplicante. Y si alguno del ejército te arrancara por la fuerza de este cadáver, ¡ése tal quiera dios que sea arrojado enhoramala, como maldito que es, insepulto fuera de su tierra, segado de raíz él y toda su raza, así como yo corto este rizo! Sujeta, hijo, a tu padre, y cuídalo, y que nadie te mueva, sino, al contrario, mantente firme apegado a él. Y vosotros plantaos aquí al lado no como pobres mujeres sino como varones valientes y prestad vuestro concurso hasta que esté de vuelta yo tras haber procurado una sepultura para Áyax, lo que haré aunque todo mundo lo impida.

ESTROFA 1

CORO.
En vista de esta triste situación actual ¿cuál será el último día,
cuándo habrá de detenerse la cuenta numerosa
de los años que corren errantes
que acumula sobre mí la incesante y continua desgracia
de las cuitas sufridas con el blandir de la lanza

en la región de la espaciosa Troya,
desdichado baldón para los griegos?

ANTÍSTROFA 1

¡Debió haber desaparecido en los espacios siderales
o en el Hades, patria común de todos,
antes de haberlo llevado a efecto, aquel hombre
que enseñó entre los griegos la guerra, que a todos afecta, y el uso de las abominables armas!
¡Ay penas progenitoras de penas,
pues la guerra fue quien perdió a los humanos!

ESTROFA 2

La guerra no me concedió a mí la posibilidad
de compartir el placer que proporcionan las coronas y las hondas copas,
ni el dulce soniquete de las flautas, ¡maldita de ella!,
ni de gozar de un nocturno placer,
sino que puso fin, ay de mí, a mis amores, a mis amores.
Y, en cambio, yazgo así, abandonado a mi suerte,
con la cabellera humedecida siempre por los pertinaces rocíos,
recuerdos de la malhadada Troya.

ANTÍSTROFA 2

Antes el fogoso Áyax me servía de protección
contra el miedo a la noche y contra los dardos,
pero ahora él, helo ahí, se ha abandonado a una horrenda suerte.
En estas condiciones ¿qué goce, qué goce me quedará ya?
¡Ojalá pudiera estar en aquel lugar donde se adentra
en los pasos marinos el boscoso promontorio batido por el mar,
al pie del altozano de Sunion, para que desde allí pudiera
saludar a la sagrada Atenas!

(Entra en escena TEUCRO.)

TEUCRO.—Apreté el paso al ver al jefe del ejército, Agamenón, lanzarse hacia aquí sobre nosotros. ¡Helo ahí! Tengo bien claro que dará rienda suelta a su infausta lengua.

(Entra en escena AGAMENÓN.)

AGAMENÓN.—¡Eh, tú! Me comunican que osaste proferir contra nosotros así por las buenas, impunemente, esa horrible palabrería que me han contado. Eh, tú, a ti te estoy hablando, al hijo de la cautiva[48]. ¡Anda que no te pavonearías por lo alto y no te pasearías nada tieso, de haber sido criado por una madre de rancia estirpe, cuando, sin ser nada, te nos enfrentaste en defensa del que nada es, y juraste y perjuraste que nosotros no vinimos ni en calidad de jefes del ejército ni de almirantes de la flota de los griegos ni de ti, sino que, por el contrario, Áyax, según tus afirmaciones, se hizo a la mar como jefe independiente! ¿No son éstas grandes afrentas para escuchar de boca de un esclavo? ¿Es que fue algo especial el hombre a quien atribuiste a voz en grito tan altivas gestas? ¿A dónde llegó o dónde estuvo que no estuviera yo mismo? ¿Es que entre los griegos no había hombres de verdad más que Áyax? Me parece que el concurso a que convocamos a los griegos a propósito de la armadura de Aquiles no va a dejar de causarnos disgustos, si en todas partes vamos a parecer unos malvados por las críticas de Teucro y vosotros ni aun en situación de inferioridad os vais a contentar nunca cediendo al fallo que por mayoría los jueces tuvieron a bien emitir, sino que constantemente vais a sentenciarnos por cualquier pretexto con injurias, o nos vais a clavar una puya a traición, sólo por haber resultado frustrados en vuestra aspiración a obtener aquella armadura. Sin embargo, de acuerdo con este vuestro proceder nunca habría norma alguna que lograse imponerse, si a los que vencen con toda justicia los rechazásemos y a los de atrás los pasáramos a adelante. Todo lo contrario: hay que impedir el triunfo de tan vil proceder, pues no son los hombres de más envergadura ni los de más anchas espaldas los más sólidos, sino que los que mejor cavilan son los que se imponen por doquier. Por ejemplo, un buey, por muy grande que sea de espaldas, sin embargo con un aguijón de nada va derecho camino adelante. Y estoy viendo bien claro que esta medici-

[48] Se refiere a Hesione, hija de Laomedonte, dada por Heracles a Telamón como premio a su valor, con ocasión de la invasión troyana de Heracles y sus aliados. Es fácil comprobar en la literatura griega el intento de herir los sentimientos de un hijo con la alusión a la condición social de su madre, por ej., Eurípides era llamado «el hijo de la verdulera».

na te va a ser aplicada a ti muy pronto, a no ser que te procures alguna sensatez, tú que, por un hombre que ya no vive, sino que es ya mera sombra, fanfarroneas y despotricas bravucón contra nosotros. ¿No te va a entrar la razón? Entérate de quién eres por tu nacimiento, y, enterado de ello, procura traer aquí a algún otro hombre pero de condición libre, para defender ante nosotros tus intereses en representación tuya[49]. Pues si insistes en defenderlos tú, yo ya no me enteraría de nada, pues esa lengua tuya, propia de bárbaros, no logro comprenderla.

CORIFEO.—¡Ojalá vuestra inteligencia os hiciera a ambos sensatos, pues nada mejor que eso puedo indicaros!

TEUCRO.—¡Ay! ¡La gratitud de los vivos para con los muertos con qué rapidez se diluye y es presa convicta de traición, si no guarda ya recuerdo alguno de ti, Ayax, ni siquiera con una cosa que cuesta tan poco como son las palabras, el hombre aquí presente, por quien tú una y otra vez arriesgaste tu vida, y te afanaste en la guerra! Al contrario, todos esos tus merecimientos han caído en el vacío. Tú que acabas de decir incontables y estúpidas palabras, ¿ya no te acuerdas nada en absoluto de una vez cuando, acorralados vosotros dentro de vuestras posiciones y anonadados ya en vuestra huida, avanzó solo Áyax y consiguió poneros a salvo, cuando las llamas ardían ya a ambos extremos de donde estaba varada la flota y cuando Héctor estaba a punto de saltar por encima de los fosos a los bajeles[50]? ¿Quién lo evitó? ¿No fue Áyax quien realizó esta hazaña, de quien aseguras que no puso los pies en parte alguna donde no los pusieras tú? Y entonces, ¿qué?, ¿esa hazaña que Áyax llevó a cabo es, según vosotros, conforme a las normas de la justicia? ¿Y otra vez[51], cuando fue él solo al encuentro de Héctor, uno contra otro, por haberle correspondido en un sorteo en el que participó sin obligación alguna,

[49] Agamenón califica a Teucro de persona no libre por ser hijo de mujer no griega. En estas condiciones la legislación ateniense, que es la seguida por Sófocles, exige que el esclavo o persona no libre sea representada en los tribunales por su amo.

[50] Esta descripción corresponde *grosso modo* a los sucesos narrados en *Ilíada*, 15, 16.

[51] Se refiere al duelo entre Áyax y Héctor de *Ilíada*, 7.

en el que la suerte no había de fallarle, ya que no había introducido una bola escurridiza, un pegote hecho de tierra bien trabajada y humedecida, sino que, por el contrario, había introducido una bola tal que necesariamente tenía que salir a flote la primera del casco precioso por su penacho? Éste era el que realizaba esas hazañas, y junto con él yo que le acompañaba, el esclavo, el nacido de madre bárbara. ¡Desgraciado! ¿Adónde puedes estar mirando, que hasta las criticas? ¿No sabes que Pélope, el más antiguo de tu familia y padre de tu propio padre, era bárbaro, un frigio? ¿Tampoco sabes que Atreo, el mismo que te engendró a ti, ofreció a su hermano[52] en un banquete, ¡el colmo de la impiedad!, la carne de los propios hijos de aquél? Tú mismo naciste de una madre cretense[53], y cuando su padre sorprendió a un varón advenedizo abrazado a ella ordenó echarla a los escamosos peces para que la trituraran. ¿Tú que tienes unos antecedentes familiares de este jaez me reprochas mi tronco familiar a mí que lo tengo tan brillante como te voy a demostrar? Soy nacido de mi padre Telemón, nada menos, quien, por haber alcanzado el premio al soldado más aguerrido de todo el ejército, obtuvo como esposa a mi madre, quien, por su condición de hija de Laomedonte, era reina, y el vástago de Alcmena[54] se la entregó a mi padre como regalo extraordinario. Con estos antecedentes familiares ¿yo, que he nacido como he nacido, nobilísimo de dos nobilísimos padres, podría manchar con un deshonor a uno por cuyas venas corrió mi misma sangre, a quien ahora tú, cuando es víctima de tan gran miseria, lo rehúsas negándole la sepultura, sin darte siquiera vergüenza tratar de justificar esa tu prohibición? En ese caso, procura enterarte bien de lo que te voy a decir: si llegáis a arrojar el cadáver de Áyax a algun lugar tendréis que tirarnos también a nosotros tres[55], muertos a su lado. Pues me resulta más hermoso morir notoriamente bregando por Áyax que por tu mujer o ¿he de decir por la de tu hermano? Ante esta mi decisión cuida mucho no mi interés sino sobre todo el tuyo: porque si llegas a ofenderme lo

---

[52] Tiestes, padre de Egisto.

[53] Aerope, hija del rey de Creta.

[54] Heracles, jefe de la anterior expedición contra Troya, en la que le acompañó Telamón, padre de Áyax.

[55] Teucro, Tecmesa y Eurísaces.

más mínimo, seguro que preferirías algún día haberte rebajado hoy hasta el deshonor de la cobardía más que haber pretendido ser bravucón conmigo.

(*Entra en escena* ULISES.)

CORIFEO.—Rey Ulises, debes saber que has llegado en el momento oportuno, si vienes dispuesto no a complicar las cosas sino a ayudar a resolverlas.

ULISES.—¿Qué ocurre, varones? Pues oí de lejos griteríos de los hijos de Atreo contra este valiente[56] difunto.

AGAMENÓN.—¿Es que no hemos tenido que escuchar nosotros las más vergonzantes declaraciones, soberano Ulises, al hombre aquí presente, hace un instante?

ULISES.—¿De qué tipo? Pues yo comprendo al hombre que, enzarzándose en una riña, ataca con palabras afrentosas si previamente ha tenido que escuchar impertinencias.

AGAMENÓN.—Escuchó los desprecios con que lo insulté, porque sus acciones llevaban similar carga de desprecio contra mí.

ULISES.—¿Pues qué te hizo, hasta el punto de verte dañado?

AGAMENÓN.—Insiste en afirmar que no dejará a este cadáver privado de sepultura, sino que lo enterrará a despecho mío.

ULISES.—En ese caso ¿le está permitido a un amigo decir la verdad y, a pesar de ello, estar en paz contigo tanto o más que antes?

AGAMENÓN.—Dila, pues, en otro caso, realmente no andaría bien de la cabeza, ya que te tengo por el amigo más íntimo entre todos los griegos.

ULISES.—Escucha entonces. Al hombre que aquí yace no oses dejarlo sin enterrar ni tirarlo por ahí de esta manera, sin compasión alguna. Y que la violencia tampoco te fuerce en modo alguno a odiarlo tanto que con ello pisotees la justicia. Pues también ése fue en su día mi mayor enemigo entre todo el ejército, precisamente desde que me hice el amo de la armadura de Aquiles. Pero, con todo, no obstante ser él tan enemigo mío, no podría, por revancha, llegar a despreciarlo tanto que no quiera declarar que sólo él y nadie más que él fue el

[56] Esta palabra en boca de Ulises para calificar a Áyax evidencia desde un principio bien a las claras su posición.

guerrero más bravo que vi entre todos los griegos que alcanzamos Troya, a excepción de Aquiles. De modo que, si insistieras en despreciarlo sería despreciado por ti sin justificación alguna, pues con tus desprecios no destrozarías en absoluto a este cadáver sino las leyes impuestas por los dioses. Al hombre de bien, una vez muerto, no es justo hacerle objeto de vejaciones, ni aunque lo odies.

AGAMENÓN.—¿Tú, Ulises, propugnas esas medidas en favor de Áyax y en contra de mí?

ULISES.—Sí, y, sin embargo, lo aborrecía cuando aborrecerlo estaba bien.

AGAMENÓN.—¿Es que no deberías hasta pisotearlo, una vez muerto?

ULISES.—No te alegres, hijo de Atreo, con logros indecorosos.

AGAMENÓN.—No es fácil a un soberano ser piadoso.

ULISES.—Sin embargo, sí es fácil que brinde su aprecio a los amigos que aconsejan bien.

AGAMENÓN.—Es bueno que el hombre de bien haga caso al que tiene la autoridad.

ULISES.—¡Alto! Tienes que saber que sigues mandando si te rindes a tus amigos.

AGAMENÓN.—Recuerda a qué clase de individuo intentas otorgarle esta merced.

ULISES.—Este hombre era enemigo mío, pero caballeroso si los hay.

AGAMENÓN.—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Vas a tratar con tanto miramiento a un enemigo ya cadáver?

ULISES.—Sí, pues su hombría de bien pesa sobre mí mucho más que su enemistad.

AGAMENÓN.—Pero tienes que saber que los seres humanos que se comportan como tú son unos mentecatos.

ULISES.—Tienes razón: muchos son amigos en un momento pero luego te insultan.

AGAMENÓN.—¿Y luego recomiendas tú tomar por amigos a esos tales?

ULISES.—Desde luego lo que a mí no me gusta recomendar es un carácter inflexible.

AGAMENÓN.—¿Conseguirás tú que yo me muestre cobarde en el día de hoy?

ULISES.—Parecerás hombre justo a los ojos de todos los griegos.

AGAMENÓN.—¿Me ordenas entonces que deje enterrar al muerto?

ULISES.—Sí, pues hasta yo mismo tengo que llegar a ese punto.

AGAMENÓN.—Nadie puede negar que siempre es lo mismo: todo el mundo se afana por su personal interés.

ULISES.—¿Entonces por quién es más natural que me afane sino por mí mismo?

AGAMENÓN.—El asunto, de ser llevado a cabo, tendrá que ser considerado cosa tuya, no mía.

ULISES.—Comoquiera que lo hagas, serás hombre de bien desde todos los puntos de vista.

AGAMENÓN.—Sin embargo, no obstante esta nuestra discusión, ten por completamente seguro esto: que a ti yo te concedería una gracia superior incluso a ésta, pero a ése, a Áyax, lo mismo esté en el otro mundo que en éste, yo por lo menos lo tendré por el más enemigo. Pero tú tienes concedido hacer lo que te plazca.

(*Sale* AGAMENÓN.)

CORIFEO.—Ulises, todo el que diga de ti, siendo de esta manera, que no eres sabio en tus juicios es un necio.

ULISES.—Ahora mismo comunico a Teucro que desde hoy soy tan amigo suyo como enemigo era antes. Y con los suyos estoy presto a enterrar el cadáver que aquí yace y con los suyos a afanarme por él y a no escatimar esfuerzo alguno de cuantos los mortales deben consagrar a los varones dotados de la más excelente nobleza.

TEUCRO.—Nobilísimo Ulises, tengo todos los motivos para alabarte por tus palabras. Más aún: hiciste que mis sombríos presentimientos resultaran enteramente fallidos. En efecto, pese a ser el hombre griego más enemigo de Áyax, fuiste el único en ponerte de su lado con hechos, y expresamente no osaste, pese a estar tú vivo y él muerto, ofenderlo con la mayor afrenta, que así fue como quisieron arrojarlo fuera, ultrajado y privado de sepultura, cuando llegaron aquí, ese jefe mentecato y, a una con él, su hermano. Por eso pido al padre de los dioses, máxima autoridad del Olimpo, y Furia, de fiel memoria, y Justicia, que es la que hace efectivo el castigo, que terminen con ellos de mala manera por lo malvados que son, porque justo así fue como querían ultrajar y echar fuera a Áyax, cuando él no se merecía nada de esto. En cuanto a ti, vástago del anciano Laertes, no me atrevo a dejar que participes en el fu-

neral, no sea que, si te dejo, haga algo enojoso para el muerto. Pero en lo demás puedes también colaborar, e incluso si quieres ir a buscar a algún miembro del ejército, no tendremos reparo alguno. Yo cuidaré de todo lo que me concierne, y tú estate seguro de que eres con nosotros un hombre de bien.

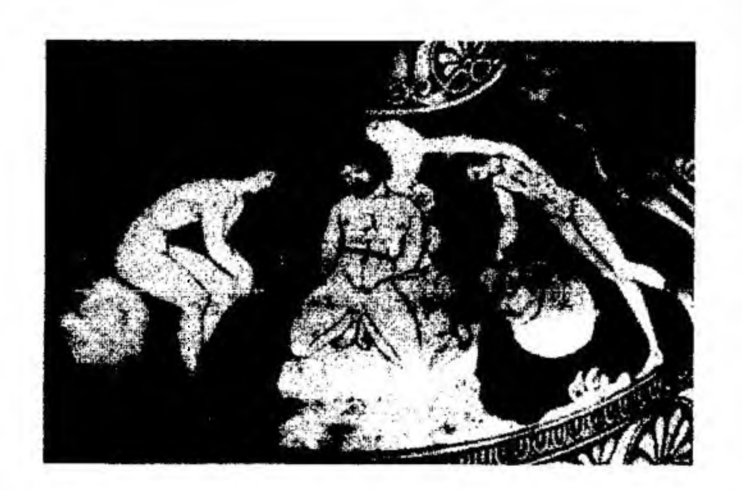
ULISES.—Mi deseo, sin embargo, era participar en el funeral, pero si no es de tu agrado que yo cumpla este quehacer, me voy, no sin aprobar tu determinación.

(*Sale* ULISES.)

TEUCRO.—¡Basta! Pues se ha alargado ya demasiado el tiempo. En fin, de vosotros, unos activad con energía la excavación de una hoya, y otros poned al fuego un trípode provisto de altas patas y que sea lo más adecuado posible para las santas abluciones. Y que una sola compañía de soldados, y ninguna más, saque de la tienda y lleve a la sepultura de Áyax todo el atavío colocado debajo del escudo. Hijo, tú levanta conmigo estos sus costados en la medida de tus fuerzas, cogiendo el cuerpo de tu padre con cariño, pues sus venas calientes están todavía exhalando el negro humor de su sangre. En fin, ¡vamos!, todo aquel que afirme acompañarlo como amigo dése prisa, póngase en marcha, afanándose por este hombre, excelente en todo y en nada inferior a ningún mortal. Lo que digo lo estoy diciendo de Áyax, cuando vivía.

CORIFEO.—Gran verdad es que a los mortales les es dado conocer muchas cosas en viéndolas, pero antes de verlas nadie es adivino para saber cómo se desarrollarán las del futuro.

LAS TRAQUINIAS



INTRODUCCIÓN

No hay seguridad absoluta sobre la fecha exacta a que corresponde la tragedia de Sófocles *Las Traquinias*. Sin embargo, sí hay elementos suficientes para enmarcarla en una determinada fase cronológica dentro del conjunto de la producción sofoclea. Una tesis entiende que *Las Traquinias* evidencian, a juzgar por ciertas supuestas coincidencias de palabras, una dependencia del *Heracles* de Eurípides, representado sobre el 421 a.C. Pero estas no son más que meras y no significativas semejanzas, insuficientes para sobre ellas dar solución al problema que nos concierne. Lejos de esta idea, y al contrario de lo que ella propugna, hay ciertos datos, aparentemente relevantes, que inducen al convencimiento de que la representación de *Las Traquinias* anda rondando las del *Áyax* y *Antígona*. En efecto, el carácter brutal del personaje Heracles conviene poco al de esas figuras humanizadas y comedidas de la última fase del teatro de Sófocles, y, en cambio, mucho al de la etapa más antigua que de él nos es conocida. Por otro lado, como señala F. R. Earp[1], ciertas palabras de *Las Traquinias* «sugieren afinidad con el estilo del *Áyax* y *Antígona* más bien que con las últimas obras». Y, por último, y quizá lo más importante y decisivo, la estructura díptica de esta tragedia la sitúa justamente en el contexto del *Áyax* y *Antígona*, como acertadamente observan Kamerbeek[2] y también Easterling[3]. Se ha advertido[4] que entre línea y línea de trímetros Sófocles admite más hiatos a medida que avanza en el tiempo.

---

[1] F. R. Earp, *The Style of Sophocles*, Cambridge, 1944, págs. 79 y 108.

[2] Kamerbeek, *The Plays of Sophocles. II. The Trachiniae*, Leiden, 1959, página 28.

[3] P. E. Easterling, *Trachiniae*, Cambridge, 1982, pág. 23.

[4] E. Harrison, en *CR*, 54, 1941, págs. 22-25, y T. C. W. Stinton, en *CQ*, n. s. 27, 1977, págs. 67-72.

Pues bien, resulta que en este aspecto *Las Traquinias* se acercan precisamente al *Áyax* y *Antígona*. Al igual que Mazon, también Ronnet[5] sitúa *Las Traquinias* entre las más antiguas tragedias conservadas de Sófocles, concretamente entre 464-462 y 450 a.C., aunque todos sus argumentos se basan en ecos de esta tragedia en otras de otros autores[6]. Por esta razón tales argumentos carecen de fuerza probatoria porque es un hecho que la tragedia griega en general está hecha de patrones típicos a los que se someten todos los autores, y que es lo que explica que el oficio de poeta trágico pueda transmitirse de padres a hijos, en razón de que el dominio de su técnica no depende tanto de la inspiración como del hábil manejo de esas fórmulas preestablecidas, lo que exige que sucesos parecidos conlleven tratamientos parejos, como demuestra hasta la saciedad la infinidad de semejanzas íntimas entre las *Coéforas* de Esquilo y la *Electra* de Sófocles, pese a la gran distancia cronológica que según la *communis opinio* media entre ellas[7].

El hilo de los hechos drámaticos de esta obra parte de ciudad de Ecalia, donde viven el rey Eúrito y su hija Yole. Preso Heracles de una ciega y bestial pasión por esta doncella, ataca esta ciudad, la reduce a escombros y consigue con ello el amor de Yole. No satisfecho con esto, Heracles envía por delante a esta joven a su palacio, en el que ha permanecido su legítima esposa Deyanira esperándolo en su larga ausencia. Pues bien, el tema de Heracles y Ecalia era bien conocido y tratado en el siglo V a.C., e incluso antes. Efectivamente trata esta temática el poeta Creófilo de Samos en su obra épica *La conquista de Ecalia*, y también se refería a ella Arquíloco de Paros, entre otros. Respecto al enjuiciamiento del contenido de esta obra de Sófocles suele afirmarse que representa la demostración ejemplar del poder inflexible de Afrodita. Pero un análisis más profundo de los hechos no parece corroborar esta opinión tan generalizada. Prueba del poder arrollador del Amor y del dominio absoluto que ejerce sobre la vida humana lo muestra Afrodita en el *Hipólito* de Eurípides, tragedia en la que la terca y piadosa impiedad del protagonista genera su propia ruina. Ahí, sí, es Amor, dirigido por Cipris, la causa direc-

---

[5] Ronnet, *Sophocle poète tragique*, París, 1969, págs. 320 y 323.

[6] «The date of the Trachiniae», *Phoenix*, 33, 1979, 210-232.

[7] Cfr. al respecto nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles», *Emerita*, 51, 2.º, 1983, 2.

ta de la tragedia. Pero en *Las Traquinias* el Amor desempeña un papel muy diferente, y se nos presenta con unas características muy distintas. Deyanira, la protagonista, no se muestra excesivamente preocupada por su esposo Heracles. Bowra[8] repetidamente califica a Deyanira de carácter «pasivo» como demostró con su comportamiento simplemente expectante en la lucha entre Heracles y el Aqueloo, y eso que de ella dependía todo su futuro, y Kirkwood[9] dice de Deyanira: «espera sin saber qué hacer», actitud en la que ve gran «estupidez». Efectivamente, sólo por consejo del aya se le ocurre enviar a su hijo Hilo a informarse sobre Heracles, lo que evidencia bien a las claras el bajo grado de intensidad de sus preocupaciones, detalle que hace decir a Waldock[10] que Deyanira «ha sido capaz de una extraordinaria pasividad». Y es verdad que de su descripción sobre las circunstancias en que conoció y tomó por esposo a Heracles, tal como se manifiesta en el prólogo de la obra, parece deducirse que nuestra protagonista representó un papel muy pasivo en ello, que lo tomó por esposo en agradecimiento a haberla liberado de males mayores, pero que, en este juego, el amor nacido de la atracción mutua y activa le resultó bien ajeno. Estimamos que también es buena prueba del escaso amor que Deyanira sentía por su esposo su fría reacción cuando conoce y recibe a la bella Yole, que, aunque presentada por el sagaz emisario Licas como simple botín de guerra, debía haberle infundido, por poca sensibilidad que tuviera y por muy obtusos que fueran sus sentimientos amorosos, algún tipo de celos, aunque fuesen débiles. Pero Deyanira nada de esto percibe por sí, lo que muestra, bien claro está, su indiferencia amorosa hacia Heracles. Se nos objetará: ¿pero no es el amor, el sentimiento de la pérdida del afecto de Heracles, lo que provocará en ella su pasión? Pues bien, entendemos que las motivaciones son otras: por un lado, la presencia de Yole significa para ella la evidencia de la pérdida de su juventud, y, por otro, la intuición de que la lozanía de Yole va a impedir las satisfacciones de sus apetencias sexuales. En efecto, la actitud de Deyanira al enterarse de la identidad de Yole y del lugar que ésta ocupaba en el corazón de Heracles delata una personalidad físicamente lozana y mentalmente muy pobre con lo que concuerda bien ese tipo de

8 C. M. Browra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945.
9 *Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, págs. 111 y 113.
10 *Sophocles the dramatist*, Cambridge, 1951, pág. 90.

reacción caracterizada por un alto grado de insensibilidad mental y, en cambio, muy susceptible a lo sexual. Porque, en efecto, todo su dolor parte del temor de perder este género de relaciones con su esposo. Y que la semblanza de Deyanira no debe distar mucho de la descrita, quizá viene corroborado por la circunstancia curiosa de que nuestra protagonista había sido pretendida por seres anormales, como el río Aqueloo y el centauro Neso. Más aún, para pretenderla el río Aqueloo no se disfrazaba de varón, sino de toro, buey y serpiente. Todos estos seres monstruosos, y sus formas, son alegorías de la fuerza y exuberancia de la naturaleza. Por tanto, cabe deducir que, si la más genuina representación de la vitalidad y robustez de la naturaleza se enamoró de Deyanira, ésta debía de ser a los ojos de aquéllos su correspondencia, su otra mitad. Deyanira sería frescachona, vital y lozana, dotada de gran dosis de sexualidad, que mostró su contrapartida en el voluminoso, fuerte y forzudo Heracles. Esto es, hay perfecta correlación y simetría entre Heracles y Deyanira, y no incongruencia alguna como a primera vista parece, y le ha parecido a Waldock[11]. La sexualidad poderosa de Heracles pudo satisfacerse desflorando a numerosas vírgenes, pero su legítima esposa Deyanira debía limitarse a las intimidades del lecho conyugal. De ahí que al prever la posibilidad de perderlas se le obnubile la mente, poco clara ya en un ser de esta naturaleza, y ciega monte en cólera[12]. Sin pensarlo dos veces, envía a su marido, a guisa de regalo de bienvenida, un manto (como el que enviará la maga Medea para perder a su rival en el amor) que, ungido con la sangre envenenada del centauro Neso y el veneno de la Hidra de Lerna, abrase el cuerpo de Heracles.

Entonces ¿cuál es la causa primera y fundamental que genera la tragedia? Sin duda la estupidez de una mujer[13] que, en lugar de buscar amor en su esposo, lo que se encargaría de traer consigo lo demás de forma natural, como lo demuestra espléndidamente el comportamiento de Ulises y Penélope, según referencia de la *Odisea*, en vez de eso, buscó sólo el sexo. De ahí que ni el carácter de Deyanira ni el de Heracles atraigan especialmente, pues ambos no son fieles representantes de los seres humanos,

---

[11] *Op. cit.*, pág. 81.

[12] Cfr. Bowra, *op. cit.*, págs. 129 y 131.

[13] Cfr. Easterling, *op. cit.*, pág. 8, donde, de forma expresa, se refiere a «la falta de conocimientos» de Deyanira.

sino que en muchos y significativos aspectos bordean lo animal, de lo que da sobrada prueba Heracles, pero también Deyanira, pues, aparte de lo citado, su modelo de suicidio clavándose la espada en el costado es típicamente hombruno y no femenino: por ejemplo Ayax y Hemón se suicidan con la espada, en cambio las femeninas Yocasta y Antígona se ahorcan. Con este carácter de seres primitivos y elementales[14] en pensamiento e instintos que ponen de manifiesto Heracles y Deyanira, coinciden también otros personajes de la obra, como el centauro Neso, y hechos, como el uso mágico del hechizo. Quizá Sófocles, al presentarnos este tipo de Deyanira no hacía más que seguir las exigencias de la tradición que, según Apolodoro[15], hablaba de que Deyanira conducía un carro y practicaba la guerra.

De todo ello se deduce que el error, base de toda tragedia según el genial magisterio de Aristóteles, viene dado aquí por la estupidez de Deyanira, incapaz de intuir el trasfondo y alcance verdaderos del regalo tan cuidado del centauro Neso (estúpida había de ser para no advertir el riesgo de don tan sospechosamente generoso del enemigo mortal de Heracles), lo que provocó su ruina y la de su esposo.

---

[14] Cfr. Easterling, *op. cit.*, pág. 1.

[15] *Bibliot.* i. 8, 1.

LAS TRAQUINIAS

DEYANIRA.—Hay un proverbio[1], hecho público en la más remota antigüedad, que dice que, antes de la muerte, no se puede llegar a conocer la vida de ninguna persona en ninguno de estos dos sentidos, si le va a resultar buena o si le va a resultar mala a uno. Pero yo, incluso antes de bajar al Hades, sé de sobra que la mía es desafortunada y dura, ya que, cuando todavía vivía en casa de mi padre Eneo[2], en Pleurón[3], tomé al matrimonio un miedo que me helaba la sangre, muy superior al que cualquier mujer etolia pudo tomarle alguna vez. Y esto porque me pretendía un río, el Aqueloo[3], el cual reiteradamente reclamaba mi mano a mi padre, revestido de tres formas distintas, pues me cortejaba unas veces bajo apariencia de toro, otras veces como reluciente serpiente que se mueve en espiral, y otras con figura humana y cabeza de buey de cuya umbrosa barba discurrían regueros de agua fontanal. Yo, agobiada por el riesgo de tener que aceptar un pretendiente tan monstruoso, continuamente y con todas mis fuerzas pedía a los dioses, ¡pobre de mí!, la muerte, antes que acercarme jamás a compartir el lecho con este monstruoso ser. Con el tiempo, tarde sí, pero con el mayor contento para mí, llegó el famoso hijo[4] de Zeus y Alcmena, quien, enzarzándose con aquél en reñida lucha, logra liberarme. Las vicisitudes de la lu-

[1] Este dicho sofocleo representa otra coincidencia más con su amigo Heródoto, I, 32, 5, pasaje en que interviene el sabio griego Solón, previniendo al opulento oriental Creso.

[2] Eneo, además de padre de Deyanira, lo fue de Meleagro (cfr. *Ilíada*, 9, 529 y ss.) y de Tideo (cfr. *Ilíada*, 5, 813 y ss.).

[3] Ciudad de Etolia: al este queda la ciudad de Calidón y al oeste el río Aqueloo, frontera entre Etolia y Acarnania.

[4] Heracles.

cha no puedo describirlas, pues no las conozco, pero cualquiera que sentado asistía al espectáculo sin temor a su resultado puede contarlas. Pues yo me encontraba aturdida de miedo, no fuera que aquella mi hermosura en cualquier instante me trajera disgustos. Pero Zeus, patrón de todo contencioso, llevó el asunto a feliz término, si es que realmente se puede llamar feliz. Digo esto porque, desde que decidí casarme y concerté el matrimonio con Heracles, no hago más que revivir continuamente espanto tras espanto, consumiéndome por él. Pues la noche me infunde nuevos motivos de espanto y la misma noche me quita los viejos, intercambiando unos con otros. Y tuvimos hijos, que Heracles ve alguna que otra vez, igual que el labriego que coge una tierra de labor a trasmano[5] la ve sólo y exclusivamente en la siembra y en la siega. A temporadas, así, a lo largo de mucho tiempo llegaba a casa y de casa partía mi marido a servir a algún amo. Y ahora, cuando él ha superado las pruebas a las que me refería, es precisamente cuando estoy más asustada que nunca. Y esto porque, desde que Heracles mató a Ifito[6] a pesar de toda la fuerza de éste, nosotros por este motivo llevados al destierro residimos aquí en Traquis[7] en casa de un amigo hospitalario[8], y nadie sabe a dónde ha ido, pero lo que sí se sabe es que está ausente, infiriéndome a mí con ello punzante y dolorosa inquietud por él. Y casi me consta que alguna desgracia lo atenaza, pues lleva ya sin dar señales de vida un plazo de tiempo en modo alguno corto, sino ya diez meses más otros cinco. Sí, ocurre alguna desgracia espantosa, y sospecho algo porque, al partir, me dejó una tablilla escrita que presagia algo

---

[5] Dato muy curioso, que implica en quien lo usa, en este caso Sófocles, un conocimiento detallado de las costumbres campesinas. Diferimos muy sensiblemente de la interpretación que de este texto da Mazon, *Sophocle I*, París, 1967, pág. 15, nota 1, quien entiende que «se trata de un pequeño cultivador que ha arrendado una finca alejada, dejando su propia tierra al cuidado de su mujer y de sus hijos, a quienes no vuelve a ver más que en el momento de los grandes trabajos, en la sementera o la recolección». El texto no ofrece base para esta interpretación.

[6] Hijo de Eúrito (cfr. líneas 270-3) y hermano de Yole, habitantes de la ciudad de Ecalia en Eubea, fue el pretexto que desencadenó la catástrofe de esta tragedia (cfr. líneas 351 y ss.).

[7] Desterrados de Tirinte, cerca de Argos, a Traquis, en el golfo de Malis.

[8] Ceix, su primo.

malo, y por esto yo cientos de veces imploro a los dioses que haberme hecho cargo de ella no implique desgracia alguna.

AYA.—Reina Deyanira[9], ya te he visto muchas veces lamentándote entre un mar de lágrimas y suspiros por la expedición de Heracles. Pero éste es el momento en que es conveniente que hasta yo misma, si es que es correcto hacer entrar en razón a las personas libres con ideas aportadas por esclavos, te indique esta pequeña cosa que te concierne: ¿cómo es posible que tengas más hijos que nadie, y sin embargo no mandas en busca de tu marido ni a uno solo, y sobre todo a ése mismo, a Hilo, el que es natural que vaya, si es que presta alguna atención, por pequeña que sea, al hecho de enterarse de que a su padre le van bien las cosas? Míralo, bien cerca de nosotras está, y, presuroso, llega muy a propósito a palacio, de manera que, si te parece que yo te sugiero algo preciso y adecuado al momento presente, de ti depende valerte de este hombre y de mis buenos oficios.

(*Entra* HILO.)

DEYANIRA.—Hijo de mis entrañas, mozo mío, por lo visto hay ciertos consejos aportados hasta por gente humilde que resultan oportunos. Así, esta mujer es esclava, pero ha expresado un razonamiento noble.

HILO.—¿En qué consiste? Madre, hazme conocedor de él, si puedo saberlo.

DEYANIRA.—Que el hecho de no enterarte tú de dónde está tu padre, pese a llevar tanto tiempo en el extranjero, reporta deshonor.

HILO.—Pero es que, si de algo vale hacer caso de rumores, lo sé.

DEYANIRA.—¿Y en qué país del mundo has oído, hijo de mis entrañas, que se encuentra él?

HILO.—Durante la hoja pasada[10], que se traduce en un largo periodo de tiempo, se asegura que bregaba al servicio de una mujer lidia.

---

[9] Deyanira es un nombre parlante compuesto de la raíz δαίω «quemar» y ἀνήρ. Esto es, *Deyanira* significa «la que quema a su marido», como así fue según la tragedia mostrará. Deyanira da pruebas sobradas de embotamiento, insensibilidad y estupidez mental, pese a su buena voluntad.

[10] Término campesino para designar el año en que unas tierras producen y otras descansan.

DEYANIRA.—Entonces, si hasta tamaña esclavitud soportó, se podría oír de él cualquier cosa.

HILO.—Pero lo que es de esa esclavitud, según tengo oído, está libre.

DEYANIRA.—¿Dónde, entonces, se notifica que está ahora vivo o muerto?

HILO.—Se asegura que el propio Heracles está atacando un país de Eubea, concretamente la ciudad de Éurito, o que es un proyecto que está aún madurando.

DEYANIRA.—¿Sabes, pues, hijo de mis entrañas, que, al partir de aquí, me dejó unos oráculos de toda garantía que hablan de este país?

HILO.—¿De qué clase son, madre? Pues desconozco la noticia.

DEYANIRA.—Indican que es ahí donde debe o alcanzar el final de su vida, o, si sale con bien de esa prueba, pasar ya en el futuro el resto de su vida con toda felicidad. Así pues, en un momento en que se halla en semejante trance, hijo de mis entrañas, ¿no vas a ir[11] a ayudarle, cuando, una de dos, o estamos a salvo si se salva él o podemos pensar que estamos en el otro mundo acompañándolo a él?

HILO.—No te preocupes, madre, que iré. Y si yo hubiera tenido conocimiento de estos oráculos, no ahora, sino hace tiempo que hubiera estado a su lado. Aunque la verdad es que la fortuna que suele acompañar a mi padre no nos dejaba precavernos ni temer demasiado por él. Pero ahora que los conozco no escatimaré esfuerzo alguno para comprobar toda la verdad que ellos puedan encerrar.

DEYANIRA.—Vete, pues, mozo mío, pues incluso al que se entera tarde de que sus cosas van bien, sin embargo, una vez enterado de ello, esta información por tardía que sea le reporta beneficio.

(Sale DEYANIRA *y entra el* CORO, *compuesto por muchachas traquinias.)*

ESTROFA 1

CORO.
Pido al Sol, al Sol,
al que la lustrosa noche con su muerte
trae a la luz y lleva al lecho cuando todavía flamea,

[11] Sugerencia similar a la hecha en la *Odisea* al joven Telémaco a que vaya en busca de su padre Ulises.

que me informe de esto, dónde,
dónde mora el para mí querido hijo de Alcmena.
¡Oh Sol, inflamado de brillo esplendente,
oh tú insuperable por la penetración de tu mirada,
dime si está tumbado en los pasos del mar o en alguno de los dos continentes!

Antístrofa 1

Pues estoy enterada de que la disputada por unos y otros,
Deyanira, por sus apasionadas y continuas inquietudes,
jamás adormece,
comportándose con ello igual que un pájaro apenado,
la añoranza de su mirada, liberándola de lágrimas,
sino que, dando pábulo a un temor obsesivo por su esposo a cuenta de su ausencia,
se consume en el lecho que la llena de angustias por estar ahora privado del esposo,
esperando ¡la pobre! de un momento a otro un fatal desenlace.

Estrofa 2

Pues tan numerosas olas, producidas
por el viento del Sur o del Norte,
como uno podría ver
ir y venir por el vasto piélago,
tantas son las olas de la vida de Heracles,
descendiente de Cadmo, las que, sumamente tormentosas como el mar de Creta,
unas lo hunden y otras lo elevan.
Sin embargo, algún dios
una y otra vez lo aparta seguro
de las mansiones del Hades.

Antístrofa 2

Por esta razón te voy a expresar en son de reproche
mi opinión, respetuosa pero contraria a tu manera de ver las cosas.
En efecto, afirmo que no debes perder la esperanza
en un futuro hermoso, pues tampoco fue vida sin dolores lo que

el rey todopoderoso, Zeus, hijo de Crono,
asignó[12] a los mortales,
sino que, por el contrario, rondan a todos ellos
pena y alegría, una tras otra,
exactamente igual que las circulares trayectorias de la órbita de la Osa.

EPODO

Pues para los mortales no permanece por siempre ni la lustrosa noche ni las calamidades ni la riqueza,
sino que de repente se les escapan, y entonces le toca a otro disfrutar de la suerte y a la vez verse privado de ella.
Por eso trato de persuadirte a que también tú, mi señora,
retengas siempre estos pensamientos sin perder la esperanza,
porque ¿quién ha visto a Zeus tan indolente con sus hijos?

DEYANIRA *(al* CORO).—Viniste aquí cuando, según cabe suponer, te enteraste de mi padecer. Pero ¡ojalá que no llegues a suponer por propia experiencia cómo se consume mi ánimo, ya que ahora no tienes de ello la menor experiencia! Pues la juventud[13] se apacienta en un terreno parecido a ella y que sólo a ella pertenece, y no la inquietan ni el ardor obra del dios ni la lluvia ni viento alguno, sino que airea una vida de placeres y libre de cuidados, hasta que en vez de moza recibe el nombre de esposa, y adquiere a la vez por la noche su porción de preocupaciones, temblando o bien por el marido o por los hijos. Entonces, examinando su propia situación, sí que podría comprender la pesadilla que me agobia. La verdad es que yo he llorado muchos sinsabores, pero el que voy a contar ahora mismo es único, en nada parecido a ningún otro anterior. Se trata de lo siguiente: cuando el soberano Heracles se disponía a emprender la última salida de su palacio, dejó en casa una vieja tablilla que guarda por escrito instrucciones que nunca antes se había atrevido a darme, pese a emprender de continuo infinidad de pruebas, sino que todo lo contrario, se marchaba seguro de que había de ejecutar algo honroso y de que no iba a morir. Pero esta vez, comportándose como si ya no

---

[12] El modelo de esta tradición lo ofrece *Ilíada*, 24, 524 y ss.

[13] El coro está formado por las muchachas de la ciudad de Traquis, de ahí su pretendida inexperiencia.

fuera a continuar con vida, enumeró, por un lado, los bienes que a mí me correspondía tomar en concepto de gananciales del matrimonio, y, por otro, enumeró la porción de tierras paternas que asignaba a cada hijo en el reparto de bienes, fijando por anticipado un plazo para la ratificación de esas operaciones, porque, según aseguraba, cuando llevara ausente del país, contando desde su partida, un año y tres meses, debía o morir entonces, dentro de ese plazo de tiempo, o, si lograba superar el término de ese plazo, debía vivir ya por el resto de sus días una vida libre de toda cuita. Indicaba que tales designios de los dioses pondrían fin a los trabajos de Heracles, porque, según aseguraba, la vieja encina lo había sugerido un día en Dodona[14] por boca de las dos palomas. Y la veracidad de estas profecías se hacen realidad en el día de hoy, que es cuando tienen que cumplirse: como que yo, que dormía dulcemente, salté del lecho, queridas amigas, temblando de miedo, horrorizada de que acaso tenga que quedarme privada del más noble de todos los hombres.

CORIFEO.—Guarda ahora silencio, pues observo que viene hacia aquí un hombre cubierto con una corona, lo que hace presagiar gratas noticias.

(*Entra un* MENSAJERO.)

MENSAJERO[15].—Reina Deyanira, anticipándome a cualquier otro mensajero te voy a liberar de tu preocupación. En efecto, que te conste que el hijo de Alcmena no sólo está vivo, sino que incluso es el triunfador y trae de la guerra primicias de dones que dedicará a los dioses locales.

DEYANIRA.—Querido anciano, ¿qué noticia es ésta que me traes?

MENSAJERO.—Que enseguida llegará a casa tu esposo por quien tanto suspiras, donde aparecerá con victorioso poder.

DEYANIRA.—¿Y quién es el conciudadano o extranjero por quien te enteraste de la noticia que nos das?

---

[14] Dodona, lugar donde estaba situado un oráculo de Zeus muy antiguo, en las montañas del Epiro. Cfr. *Odisea*, 14, 327 y ss. y Esquilo, *Prometeo Encadenado*, 832.

[15] Éste es un mensajero *de motu proprio* que, anticipándose al heraldo oficial, pretende obtener pingüe recompensa a cambio de su información. Cfr. líneas 189-191. Es un tema constante de la tragedia en general.

MENSAJERO.—Eso que te he dicho a voces lo contaba en una pradera, en la que pace ganado vacuno en el verano, su servidor, Licas el heraldo. Y yo, nada más oírselo, eché a correr hacia aquí, para darte antes que nadie esta noticia y obtener de ti algún provecho y ganar tu favor.

DEYANIRA.—¿Pero cómo es que no se presenta él personalmente aquí, si es que le sonríe la fortuna?

MENSAJERO.—Mujer, la causa de ello es que no goza de demasiada libertad de acción, pues la totalidad del pueblo meliense, apiñado en derredor, no deja de hacerle preguntas, y así no puede dar un paso adelante. Pues sucede que, al querer cada uno enterarse de aquella cuestión que le apasiona no están dispuestos a soltarlo si antes no la escuchan a plena satisfacción. De esta suerte él está con ellos a disgusto para gusto de ellos. Pero lo tendrás enseguida a la vista.

DEYANIRA.—Oh Zeus que habitas la pradera acotada del Eta[16], nos diste al fin, pese a la tardanza, alegría. Proclamadlo así, vosotras mujeres, las que estáis dentro de palacio y las que estáis fuera de él porque ahora mismo vamos a disfrutar del espectáculo que yo no me esperaba y que ha surgido de la información que acaban de transmitirnos.

CORO.

Romperá a dar gritos de júbilo alrededor del hogar
la casa que espera al novio.
Y mientras tanto ¡ea! entre en acción
el griterío masivo de los jóvenes en honor de Apolo
portador de carcaj y nuestro protector.
Y vosotras, doncellas, entonad todas a una un peán, un peán[17]
y aclamad a la hermana de Apolo,
Artemis de Ortigia,
diosa mataciervos que porta en cada mano una antorcha,
y a las ninfas sus vecinas.
Me siento flotando por la emoción, y no desdeñaré
la flauta, oh Dioniso dueño absoluto de mis sentimientos.
¡Mirad, la yedra desde hace un poco
me está trastornando, oh, oh,
envolviéndome ahora mismo en báquica emulación!

---

[16] El *Eta* es la montaña más alta de Malis, y es allí donde Heracles será entregado al pasto de las llamas.

[17] Canto en honor de Apolo *Curador* y *Sanador*.

¡Ea, ea, Peán! Fíjate, amiga:
ya puedes ver claramente, pues aquí lo tienes,
el espectáculo que navega con la proa frente a ti.

DEYANIRA.—Lo estoy observando, queridas amigas, y la aguda vigilancia de mis ojos no dejó de notar la presente comitiva. Mi primera palabra dirigida al heraldo, que se ha dignado aparecer después de tanto tiempo, es para saludarlo, si es que tú, heraldo, nos traes también algo saludable.

(Entra en escena LICAS.*)*

LICAS.—Deja de lado tus prevenciones, mujer, pues efectivamente hemos llegado con bien, y bueno es el saludo que estamos recibiendo, totalmente adecuado al éxito de la empresa. En efecto, el hombre cuyos negocios marchan bien necesariamente tiene que obtener saludos que le favorezcan.

DEYANIRA.—Oh tú, el más querido de los hombres, antes de nada infórmame de lo que antes de nada deseo saber, y es esto: si recibiré vivo a Heracles.

LICAS.—Tienes que saber que por lo menos yo lo dejé fuerte, vivo, vigoroso y no agobiado por enfermedad alguna.

DEYANIRA.—¿En qué país? ¿En tierra patria o en el extranjero? Acláralo.

LICAS.—Hay un promontorio eubeo donde se encuentra marcando espacios para levantar altares y presentando ofrendas de frutos en honor de Zeus Ceneo.

DEYANIRA.—¿Por el deseo de Heracles de hacer realidad una promesa o por sugerencias de algún oráculo?

LICAS.—Por cumplir la promesa que hizo cuando se disponía a tomar y destruir por la guerra el país de estas mujeres que ves con tus propios ojos.

DEYANIRA.—Pero, por amor a los dioses, ésas de ahí ¿quién es su padre y quiénes son ellas? Te lo pregunto porque merecen compasión, a menos que esté confundida cuando creo ver desgracias en ellas.

LICAS.—Esas son las que él, al destruir la ciudad de Eúrito, se reservó para sí y para los dioses en concepto de ganancia particular.

DEYANIRA.—¿Es que estuvo plantado también al pie de esa ciudad durante todo aquel tiempo, tanto que se pierde de cuenta y resiste al cómputo de sus días?

LICAS.—No, sino que la mayor parte del tiempo estuvo retenido entre los lidios y no como hombre libre si hemos de creer lo que él asegura, sino como esclavo objeto de trueque. Por lo demás, no hay que poner reparos a este motivo de su larga estancia en Lidia, dado que posiblemente resulte que es Zeus el responsable de ello. El hecho es que pasó, según refiere él mismo, un año completo vendido a Onfale, mujer extranjera, y tal desazón sintió por recibir esta afrenta que, comprometiéndose consigo mismo, juró, poniendo por testigos a todos los dioses, que algún día había de reducir a la esclavitud al causante inmediato de ese descalabro y con él a su hijo y a su esposa. Y esa amenaza no fue agua de borrajas, sino que, cuando se encontró purificado, marchó con un ejército de mercenarios contra la ciudad de Éurito, pues repetía una y otra vez que Éurito era el único responsable de aquel descalabro. Efectivamente, Éurito, en ocasión en que Heracles había llegado a su casa para acogerse a la protección de su hogar, dado que era viejo camarada, lo increpó muchas veces con buenas razones pero también otras muchas con aviesa intención. Por ejemplo, le decía que, aunque tenía en sus manos flechas infalibles, era inferior a sus propios hijos en la prueba del arco. Y además Éurito le gritaba una y otra vez que estaba hundido por su condición de esclavo de un hombre libre. Por fin, en ocasión de un banquete, cuando Éurito estaba completamente bebido[18] lo echó a la calle. De rabia por estas afrentas, cuando, a su vez, Ífito llegó a la cuesta de Tirinte siguiendo la pista a unos caballos que se le habían escapado, en esa ocasión, mientras Ífito estaba mirando una cosa y pensando en otra, Heracles lo arrojó desde lo más alto de la explanada repleta de torreones. A causa de este crimen se enfadó con él el soberano, el padre del mundo, Zeus Olímpico, y en represalia lo puso en venta y, una vez comprado, lo mandó al extranjero, pues Zeus no toleró que hubiera matado a Ífito a traición, aunque, justo es decirlo, fue el único hombre que Heracles mató por ese procedimiento. Pues si se hubiera defendido de Ífito en legítima defensa y cara a cara, Zeus, la verdad, lo habría perdonado por meterle mano ajustándose a las normas de la justicia. Pues los dioses tampoco admiten que uno se

[18] La borrachera funciona aquí como desencadenante de calamidades, al igual que en *Edipo Rey*, líneas 779 y ss.

propase. Por eso ellos, que se burlaban de Heracles tirándole puntadas provocativas, hoy son todos ellos habitantes del otro mundo, y su ciudad está reducida a la esclavitud. Y éstas que ves aquí, otrora afortunadas, tras topar con un género de vida sin atractivo alguno, se encaminan hacia ti, pues esto fue lo que encargó tu esposo, y yo, que soy fiel a sus mandatos, lo cumplo. Y, por lo que a Heracles mismo concierne, no dudes de que, tan pronto como haya dedicado a su padre Zeus santas ofrendas por el éxito de esta conquista, se ha de presentar aquí. Pues de la larga perorata, aun siendo hermosa toda su exposición, esto último es lo más dulce de oír.

CORIFEO.—Soberana, ahora tienes motivos de franca alegría, por éxitos que tú misma has comprobado y por otros de los que te has informado con toda garantía.

DEYANIRA.—¿Pero cómo no iba a alegrarme yo con toda justicia y razón, al oír este afortunado éxito de mi esposo? Resulta completamente obligado que mi alegría corra pareja con su éxito. Sin embargo, a los que gustan de examinar a fondo las cuestiones humanas les cabe temblar por la persona a quien le van bien los negocios, porque puede llegar algún día a dar un traspiés. Digo esto porque a mí, queridas amigas, me entró una enorme compasión al ver a estas desventuradas en un país extraño, errantes, sin casa y sin padres, las que antes nacieron quizá de hombres libres, y sin embargo en el momento presente llevan una vida de esclavas. ¡Oh Zeus, que trastornas todo, ojalá que jamás te vea avanzar contra ninguno de mis vástagos de la manera como has avanzado contra éstas, y que, si has de hacerles algún daño, no viva ya ésta que te habla cuando se lo hagas! ¡Tanta es la congoja que me ha entrado al ver a éstas! *(Dirigiéndose a* YOLE.) Eh, tú, joven desventurada, ¿quién eres? ¿Estás soltera o tienes hijos? Pues a juzgar por tu figura no estás habituada a sufrir nada de lo que ahora sufres, sino que debes de ser alguien de buena familia. *(Dirigiéndose a* LICAS.) Licas, ¿de qué familia es esta extranjera? ¿Quién la trajo al mundo, y quién es el padre que le dio el ser? Dímelo, porque es ella, de todas éstas, la que más pena me da al verla, por cuanto que también es la única que sabe comportarse.

LICAS.—¡Qué sé yo! ¿A qué viene preguntármelo a mí? A lo mejor es retoño de alguna familia de allá situada entre lo mejorcito.

DEYANIRA.—¡No será de la familia real! ¿Tenía Eúrito descendencia?

LICAS.—No sé. Es más, tampoco me he preocupado de averiguar demasiado.

DEYANIRA.—¿Tampoco sabes cómo se llama por alguna de sus compañeras?

LICAS.—¡En absoluto! Me limitaba a cumplir mi función en silencio.

DEYANIRA.—Dínoslo entonces tú, oh infeliz, por tu propia voluntad, porque tienes que saber que es una contrariedad más no saber de ti[19] al menos quién eres.

LICAS.—Por lo visto está claro, a juzgar por su actitud anterior, que no va a despegar la lengua lo más mínimo por mucho tiempo que pase, porque es una mujer que no ha declarado ni una sola cosa, ni poco ni mucho, sino que la pobre, angustiada continuamente por el peso de su infortunio, no hace más que derramar lágrimas, desde que dejó su patria surcada por los vientos. El destino, a lo que se ve, le es adverso, y por eso se comprende su actitud.

DEYANIRA.—Entonces hay que dejarla en paz. Que entre en palacio de la manera más grata posible, y ojalá que yo al menos no le incremente las desgracias presentes con otro disgusto más. Pues el que tiene ahora ya es bastante. Entremos ya en casa todos, para que tú puedas correr a donde quieres y yo ponga en orden los asuntos domésticos.

(Se va LICAS. *Cuando* DEYANIRA *se dispone a hacer lo mismo, la retiene el* MENSAJERO.*)*

MENSAJERO.—¡Quieta aquí primero un momento, para que, lejos de estos individuos, sepas qué gentes son las que estás introduciendo en casa, y te enteres también de lo que te tienes que enterar, de cosas que ni por asomo han llegado a tus oídos! Pues yo tengo información completa sobre estas cuestiones.

---

[19] Esta joven, que luego se revelará que es *Yole*, es tan taciturna como lo es Casandra en Esquilo, *Agamenón*, líneas 1035 y ss. Ambas, además, cumplen función parecida: Yole es la amante de Heracles, y Casandra de Agamenón, ambas traídas a casa como botín de guerra. Y si Agamenón murió víctima de Clitemnestra, también Heracles por Deyanira.

DEYANIRA—¿Qué ocurre? ¿A qué viene retenerme cuando me disponía a marchar?

MENSAJERO.—¡Quieta, escúchame! Pues si antes ganaste mucho con oír mi anterior relato, espero que ocurra lo mismo ahora.

DEYANIRA.—¿Entonces llamamos a aquéllos a que vuelvan de nuevo aquí, o prefieres decirnos algo a solas a éstas y a mí?

MENSAJERO.—No hay ningún inconveniente en decíroslo a ti y a éstas, pero a ésos déjalos que se vayan.

DEYANIRA.—Ya están lejos, así que deja que se expliquen tus palabras.

MENSAJERO.—Este individuo nada de lo que acaba de contar lo expresó según las rectas normas que exige la justicia, sino que o ahora es un heraldo malvado o antes lo fue injusto.

DEYANIRA.—¿Qué insinúas? Dime claro todo lo que piensas, que continúo sin entender lo que acabas de decir.

MENSAJERO.—A ese individuo lo oí yo cuando aseguraba, en presencia de numerosos testigos, que por conseguir a esta muchacha Heracles había rendido a Éurito y Ecalia, la de altos torreones, y que había sido únicamente Amor, y no otro dios, quien con sus hechizos lo había inducido a empuñar las armas en este lance, no la prestación de sus servicios entre los lidios ni su trabajosa servidumbre sometido a Onfale, ni siquiera la muerte de Ífito, despeñado desde las alturas, sino Amor, a quien ahora ese individuo mantiene al margen del asunto, para contarlo todo al revés. Al contrario, al ver que no lograba convencer al padre de que le entregara la hija para disfrutar de un amor secreto, tras inventar una recriminación y pretexto que no tenía ni una pizca de justificación, invade la patria de esta muchacha, donde, según ese individuo, ocupaba el poder el referido Éurito, y en el ataque Heracles mató al rey, el padre de esta muchacha, y arrasó la ciudad. Y, como puedes observar, Heracles ha llegado hasta enviarla a esta casa no sin atenciones, querida mujer, ni tampoco en calidad de esclava, ¡ni te lo imagines! Es algo que ni cabe suponer, ya que arde de pasión por ella. Por eso decidí aclararte, soberana, todas y cada una de las cosas que había tenido la suerte de conocer de boca de éste. Y esto lo han oído en los corrillos de la plaza de Traquis muchos traquinios exactamente igual que yo, de modo que podrían desmentirlo. Por lo demás, no dar noticias gratas es algo que

no me alegra, pero sin embargo lo que he declarado no es más que la pura verdad.

DEYANIRA.—¡Ay pobre de mí, en qué trance estoy metida! ¡A qué peste he dado cobijo en mi casa sin percatarme de ello, ay, desventurada de mí! ¡Claro, es una cualquiera cuyo nombre se ignora, justo como juraba el encargado de traerla!

MENSAJERO.—¡Y bien brillante que es por el lustre que se deriva tanto de su nombre como de su físico!: pues es hija de Éurito y se llama Yole, según decía este individuo, cuyo linaje ni una sola vez mentó, ¡claro, porque a él no le gusta hacer averiguaciones de nada!

CORIFEO.—¡Ojalá perezcan los malvados, pero no todos, sino quien forja estos malsanos ardides incongruentes con su persona!

DEYANIRA—Mujeres, ¿qué conviene hacer? Os lo pregunto porque yo estoy aturdida por la información que acabo de recibir.

CORIFEO.—Ve y pregúntale a ese hombre, segura de que enseguida contará toda la verdad si te decides a interrogarle con energía.

DEYANIRA.—Sí, iré, pues no te expresas sin razón.

MENSAJERO.—¿Y yo espero o qué debo hacer?

DEYANIRA.—Espera, porque nuestro hombre ¡míralo! sale de palacio sin haber sido llamado por ninguno de los míos sino por propia decisión.

(Sale LICAS *de palacio.)*

LICAS.—Dime, mujer, ¿qué debo decir a Heracles cuando llegue allá? Indícamelo, porque, ¡lo estás viendo!, me dispongo a marchar.

DEYANIRA.—¡Después de haber tardado tanto tiempo en llegar aquí cuánta prisa tienes para irte, sin haber dado tiempo siquiera a reanudar nuestra conversación!

LICAS.—No digas eso, pues si necesitas preguntar algo, aquí me tienes.

DEYANIRA.—¿Me darás también plena garantía de que dirás la verdad?

LICAS.—¡Sea testigo el gran Zeus de que te diré toda la verdad al menos en aquellas cuestiones de las que tengo conocimiento!

DEYANIRA.—Entonces ¿quién es esa mujer que has traído aquí?
LICAS.—Es de Eubea, pero de qué familia es no lo puedo decir.

(El MENSAJERO *se interpone entre* DEYANIRA *y* LICAS, *e interviene.)*

MENSAJERO.—¡Eh, tú, mira aquí! ¿A quién crees que estás hablando[20]?

LICAS.—¿Y tú para qué me has preguntado eso?

MENSAJERO.—Si no eres tonto, ten la valentía de responder a lo que te pregunto.

LICAS.—Estoy hablando, si es que no me encuentro viendo vanas visiones, a la reina Deyanira, hija de Eneo y esposa de Heracles, y mi propia soberana.

MENSAJERO.—Eso mismo, eso era lo que necesitaba que me aclararas. ¿Aseguras que ésta es tu soberana?

LICAS.—Como que es lo cierto.

MENSAJERO.—Y entonces ¿qué? ¿Qué castigo crees que debes sufrir en caso de resultar convicto de alta deslealtad para con ésta?

LICAS.—¿Qué significa eso de «falta de lealtad»? ¿Qué lío es éste que te traes?

MENSAJERO.—Ninguno. ¡Tú sí que andas metido en buenos líos!

LICAS.—Me voy. Era un estúpido al escucharte desde hace rato.

MENSAJERO.—No te irás sin antes haber contestado a unas pocas preguntas.

LICAS.—Habla si quieres. Pero la verdad es que no eres de los que gustan estar callados.

MENSAJERO.—A la cautiva que trajiste a palacio la conoces ¿no?

LICAS.—Así es, pero ¿para qué lo preguntas?

MENSAJERO.—Entonces ¿no decías tú una y otra vez que ibas a traer aquí a Yole, hija de Éurito, ésa que bajo tu capa de ignorancia conoces perfectamente?

---

[20] Licas, sabedor de toda la verdad, se resiste a revelarla, pero no la dirá a instancias de su señora, Deyanira, sino de un testigo, el mensajero particular. Es una escena pareja a la de *Edipo Rey*, líneas 1121 y ss. Esto, y múltiples ejemplos más, demuestran que la tragedia es una suma de escenas y comportamientos aprendidos por los trágicos de generación en generación, lo que explica que este oficio pueda transmitirse de padres a hijos.

LICAS.—¿Ante quién lo decía yo? ¿Quién habrá y de dónde vendrá un solo testigo dispuesto a testimoniar en favor tuyo haberme oído personalmente a mí tales despropósitos?

MENSAJERO.—Lo dijiste ante infinidad de habitantes de Traquis: en los corrillos que se formaban en torno a ti allá en la plaza una muchedumbre inmensa de traquinios te oyó eso justamente.

LICAS.—Sí, pero lo que yo decía no era sino que lo había oído. Y no es lo mismo, ¡cómo va a serlo!, aludir a rumores que dar cuenta de un hecho con exactitud.

MENSAJERO.—¡Cómo que rumores! ¿No afirmabas, hablando bajo juramento, que la traías para esposa de Heracles?

LICAS.—¿Que yo decía que la traía para esposa de Heracles? Por el amor de los dioses, dime, querida soberana, ¿quién es éste extranjero?

MENSAJERO.—Quien personalmente te oyó decir que la ciudad entera había sido domeñada por la pasión de Heracles hacia esta mujer, y nada de que la lidia era el motivo de haberla devastado, sino el amor por ésta que ostensiblemente surgió en él.

LICAS.—¡Soberana, que se vaya este individuo! Pues charlar con un mentecato es cosa de un hombre que no está en sus cabales.

DEYANIRA.—¡Eh, tú, por Zeus que relampaguea en los picos del monte Eta, no me ocultes la verdad! Pues, si te decides a decírmela, no la dirás a una mujer irascible ni a una que no conoce lo que afecta a la naturaleza humana, que es ley imperiosa de vida no complacerse siempre en las mismas cosas. Por lo menos quien se enfrenta a Amor, yendo a las manos con él como un púgil, no anda bien de la cabeza. Pues Amor manda a su antojo hasta en los mismos dioses, cuanto más en mí. ¿Y cómo no ha de mandar también en otra que es exactamente igual que yo? De manera que, si se me ocurre censurar a mi esposo por ser víctima de esta enfermedad, es que estoy enteramente loca, lo mismo que si se me ocurre censurar a esta mujer, que no es cómplice de nada infamante ni perjudicial para mí. Eso no es posible. Pero si mientes por ser fiel a la lección aprendida de Heracles, resulta entonces que te estás haciendo un maestro en una ciencia que es cualquier cosa menos honrosa. En otro caso, si tú te educas a ti mismo voluntariamente en esos

malos ardides, cuando pretendas hacerte honrado todos te han de ver como un malvado. Deja de lado, pues, ese indigno proceder y di toda la verdad, seguro de que para un hombre libre ser tachado de mentiroso entraña su muerte, y por cierto no honrosa. Y forma de escurrirte tampoco la va a haber, pues se lo dijiste a un sinfín de personas, que me lo dirán. Y si me tienes miedo, tu miedo no está justificado, porque no enterarme de lo que está pasando, eso sí que me dolería. En cambio ¿qué hay de malo en que me entere de la verdad? ¿No se unió ya Heracles, él solo, con otras muchísimas? Y hasta el día de hoy ninguna de ellas me ha tenido que soportar a mí una mala palabra ni un insulto, y ésta tampoco tendría por qué aguantármelos, aunque se quedara en los huesos de tanto amor, pues fue ella quien, al verla, me inspiró mayor lástima porque presentía que su belleza era la que la había echado a perder y que ella ¡la pobre! sin querer había asolado y reducido a la esclavitud a su patria. En fin, que todo eso fluya con viento favorable. Pero yo a ti te aconsejo que seas falso con otros, pero que a mí nunca me mientas.

CORIFEO.—Hazle caso, pues no dice sino lo que tiene que decir, y, si le aclaras la verdad, no tendrás más adelante nada que reprochar a esta mujer, y además lograrás que te lo agradezca yo.

LICAS.—En contra de mi actitud anterior, querida soberana, al comprobar que tú, como humana que eres, sostienes unas ideas humanas y no carentes de sentido común, pienso decirte toda la verdad sin ocultarte nada. Sí, es exactamente así como ése indica: a Heracles le entraron un día enormes deseos de poseer a esta mujer, y por lograrla su lanza destruyó su ciudad paterna, Ecalia, arrasada hasta los cimientos. Y esta realidad, pues hay que decir también lo que va a favor de Heracles, ni dijo que la ocultara ni la negó jamás, sino que fui yo quien, por decisión propia, soberana, por miedo a sus efectos sobre ti, no fuera a lastimarte el corazón con estas noticias, he cometido falta, si es que tomas esto por una falta. Pues bien, una vez que ya has constatado toda la verdad, ¡por bien de todos, de Heracles igual que tuyo, acepta a esa mujer y las amables palabras que le dijiste no te pese habérselas dicho sino mantenlas porque Heracles, acostumbrado a triunfar con la fuerza de sus músculos en todos los

demás enfrentamientos, sin embargo, tuvo que rendirse por completo al amor por esta mujer!

DEYANIRA.—No te preocupes, que así es como pienso yo también, y, en consecuencia, actuaré como dices, y, por supuesto, no voy a suscitar una nueva calamidad, por pequeña que sea, enfrentándome a los dioses en una guerra dada ya por perdida. En fin, vayamos y entremos en palacio, para que tomes nota de lo que le vas a decir y le lleves también los regalos con que es menester compensar los que él me envió. Pues no es justo que vayas de vacío cuando viniste aquí con tanto cortejo.

(Entran en palacio. Tan sólo el CORO *queda en escena.)*

ESTROFA

CORO.

Grande y contundente es la victoria que obtiene siempre Afrodita.
Prescindo de las que obtuvo
sobre los dioses, y no voy a explicar la forma en que sedujo al hijo de Crono[21]
ni tampoco al tenebroso Hades
o a Posidón, sacudidor de la tierra.
Pero veamos, ¿quiénes fueron los dos fornidos competidores que bajaron al palenque en pos de esta mujer
para tomarla por esposa y con la vista puesta en la boda con ella?
¿Quiénes los que salieron en pos de los premios asignados a certámenes ricos en golpes y fatigas?

ANTÍSTROFA

Uno era, por la fuerza, un río y, por la forma, un toro
con su alta cornamenta y sus cuatro patas,
Aqueloo, de la familia de los Eníadas, y otro vino de Tebas,
patria de Baco, blandiendo
elástico arco, lanzas y maza:
era el mozo de Zeus.
Una vez en el ruedo

---

21 Cfr. *Ilíada,* 14, 214-7.

se dirigieron los dos a la vez al centro, ávidos del nupcial lecho. Únicamente Afrodita, propicia al cambio, estaba entre ellos como juez de la justa.

EPODO

Allí había estrépito de brazos y lo había de arcos
y de cornamenta de toros enzarzados en lucha.
También había lances trabados,
y también había funestos testarazos en sus frentes,
y sordas quejas por parte de ambos.
Y ella, Deyanira, con sus preciosos ojos, delicadeza pura,
estaba sentada en un altozano divisable a lo lejos,
aguardando a recibir a su esposo.
Yo, como espectadora tranquila que fui, puedo dar cuenta de ello,
en cambio el rostro de la novia disputada
era digno de compasión.
Y en un instante se fue lejos de su madre
como ternera abandonada.

(Sale DEYANIRA *con una doncella.)*

DEYANIRA.—Amigas, mientras el forastero está gritando por toda la casa a las muchachas cautivas haciéndoles saber que se dispone a marchar, salí a la calle a hurtadillas junto a vosotras para informaros de lo que se ha preparado con mis manos, y para lamentarme con vosotras de lo que sufro. Y lo que me pasa es que he introducido en casa, como un marinero introduce en la nave la carga que será su ruina, a una doncella (bueno, en mi opinión ya no sino ayuntada con hombre), desastrosa mercancía para mi corazón. Y ahora somos dos mujeres las que esperamos los abrazos de un hombre bajo la misma manta. Este es el premio con que Heracles, a quien yo llamaba fiel y honrado, me ha pagado mis desvelos en el cuidado de la casa a lo largo de tanto tiempo. Por otro lado, no va conmigo montar en cólera con él, tan frecuentemente víctima de esta debilidad, pero también convivir con ésta bajo el mismo techo ¿qué mujer sería capaz de soportarlo, teniendo que compartir el mismo lecho? Además, si nos fijamos en la lozanía respectiva de nuestra juventud, no se me oculta que la

suya va a más, mientras la mía se está extinguiendo, y de estas dos el ojo del hombre gusta de cortar la flor de la una pero esquiva a la otra. De ahí que mucho me temo que Heracles sea de nombre esposo mío, pero marido de esa joven. En fin, como te dije, no está bien, en efecto, que monte en cólera una mujer sensata, pero, amigas mías, el único camino que me ofrece una solución liberadora, ése es el que recorrí, y os voy a explicar cuál es. Tenía yo, guardado en un cofre de bronce, un viejo regalo que me había sido donado hace tiempo por un bruto un tanto primitivo, regalo que recogí yo cuando todavía era una niña, de Neso, mejor dicho, de las heridas mortales de Neso, aquél que tenía el pecho poblado de pelaje, en el momento en que agonizaba. Este Neso transportaba por dinero a la gente cruzando el profundo y caudaloso río Eveno[22] a brazo limpio sin remos ni palas impulsoras y sin la ayuda de las velas de una nave. Pues bien, en ocasión de seguir yo el cortejo patrio en compañía de Heracles, nada más haberme convertido en su esposa, Neso me llevaba también a mí sobre sus hombros, y en el justo momento en que nos encontrábamos en mitad de la travesía empieza a palparme con sus estúpidas manos. Y yo empecé a gritar, y el mozo de Zeus, volviéndose rápido, le disparó con toda la energía de sus dos manos una flecha de larga cabellera, y ésta, silbando, le atravesó el pecho y le penetró hasta los pulmones. Y el bruto, a punto de morir, no me dijo más que esto: «Hija del anciano Eneo, si me haces caso, una ganancia tan grande como a continuación te diré obtendrás de esta mi travesía en atención a que vas a ser tú la última que pase. En efecto, si la sangre coagulada de mis heridas la recoges con tus propias manos de la zona de mi cuerpo en que la hidra de Lerna empapó estas flechas con mi negra bilis, te servirá ella de sortilegio seductor del corazón de Heracles, de suerte que él, aunque se fije en las mujeres, no se enamorará de ninguna más que de ti.» Al acordarme del sortilegio aquel, empapé esta túnica en él, pues desde la muerte de Neso lo tenía en casa celosamente guardado, habiéndole agregado cuantas sustancias mandó él en vida. Y el resultado de ello es esto que veis. ¡Pero lo que es cosa de criminales tramas quiera dios que ni las tenga ahora conmigo ni

[22] Río situado al este de Pleurón, el primero que debieron vadear Heracles y Deyanira tras la victoria de aquél sobre el Aqueloo.

llegue a aprenderlas! Es más: detesto a las mujeres que son capaces de tramarlas. En cambio mi acción está orientada a ver si logro superar a esta muchacha mediante hechizos y encantamientos dispuestos sobre Heracles. Pero todo ello, siempre que no os dé la impresión de que mi acción no tiene sentido. En otro caso pensad que mi renuncia es cosa hecha.

CORIFEO.—Sin embargo, si cabe alguna confianza en el resultado de este negocio, da la impresión, tal como nosotras lo vemos, de que no está mal concebido.

DEYANIRA.—La única confianza que ofrece es ésta: que cabe esperar de él un buen resultado, pero hoy es el día en que todavía no he tenido contacto con las pruebas.

CORIFEO.—Sin embargo, hay que conocer su resultado poniendo en acción su mecanismo, porque, aunque supongas que tienes certeza absoluta, no la puedes tener si no lo compruebas.

DEYANIRA.—Enseguida lo conoceremos, pues veo ya en la calle ¡mirad! a ese hombre. Y rápidamente llegará junto a Heracles. ¡Sólo pido estar bien a cubierto en lo que de vosotras depende! Porque, aunque uno haga cosas deshonrosas, siempre que se hagan en la sombra, jamás se caerá en el deshonor.

(Sale LICAS *de palacio.)*

LICAS.—¿Qué hay que hacer? Dánoslo a saber, hija de Eneo, porque ha pasado ya mucho tiempo y andamos tarde.

DEYANIRA.—Precisamente tienes que saber, Licas, que he estado atareada, mientras tú hablabas a las forasteras de ahí dentro, en esto mismo, sí, para que me lleves este manto[23] de fina textura como regalo para aquel ilustre varón, manto que tejí con mis propias manos. Al entregárselo, hazle saber que ninguna persona debe cubrir su cuerpo con él antes que Heracles, y que tampoco debe ser expuesto ni a la luz del sol ni a ningún recinto sagrado ni al fuego del hogar antes de que Heracles, situado en un lugar bien visible a la vista de todos, lo haya presentado a los dioses en un día en que los honre con un sacrificio de toros. Pues yo había prometido que si algún día lograba verlo sano y salvo de vuelta a casa o me enteraba

---

[23] También el manto sirve para destruir a la prometida de Jasón, *Medea*, líneas 784 y ss., en circunstancias parejas a éstas.

de esto mismo con toda certeza había de revestirlo con esta túnica y presentarlo a los dioses en calidad de oferente novedoso cubierto de novedoso manto. Y le llevarás una contraseña que avala todo esto, contraseña que, en el cerco del sello, él reconocerá fácilmente. En fin, marcha y cuida, en primer lugar, las normas debidas, que se cifran en que no se debe pretender, cuando se es mensajero, excederse en el cumplimiento de la misión, y, luego, en que el agradecimiento de Heracles y el mío, al confluir, te resulten doble gratitud en vez de simple.

LICAS.—Descuida, que, si de algo vale que lleve cumpliendo esta profesión de Hermes con paso seguro, ¡puedes estar tranquila, que no voy a cometer, nada menos cuando se trata de ti, el error de no llevarle y mostrarle esta caja según está, y de no añadir la garantía de las palabras que me dices!

DEYANIRA.—En este caso ya puedes marchar. Ya no falta nada de qué enterarte, pues hasta has constatado por ti mismo en qué situación se encuentran los asuntos domésticos.

LICAS.—No sólo los he constatado sino que le haré saber que están en perfecto estado.

DEYANIRA.—Además sabes muy bien, porque así lo has comprobado, el recibimiento que hice a esta forastera, y cuán amistosamente la acogí.

LICAS.—Tanto que mi corazón se conmovió de alegría.

DEYANIRA.—En ese caso ¿qué otra cosa puedes decirle? Me pregunto esto, porque mucho me temo que, de decirle lo que pienso, fueras a transmitirle antes de tiempo la pasión que por él siente mi corazón, antes de haber conocido yo los sentimientos de allá, esto es, si somos correspondidos con la misma pasión.

(DEYANIRA *entra en palacio.* LICAS *parte hacia Eubea.*)

ESTROFA 1

CORO.
¡Oh, vosotros que habitáis
al lado de los baños de agua caliente,
acogedores de las naves y rocosos,
y al lado también de los picos del Eta,
y los que habitáis por la zona media de la laguna Mélide

y la costa de la Virgen de áurea rueca,
donde se celebran las convenciones griegas de las Puertas!

ANTÍSTROFA 1

La flauta de hermosos sones pronto
sacará a flote para vuestra satisfacción
un susurro de ecos no funesto
sino equiparable al de la lira de la musa divina.
Y todo esto porque el mozo de Zeus y de Alcmena
vuelve a casa,
trayendo el botín logrado por su absoluta superioridad.

ESTROFA 2

Lo teníamos lejos de la patria, moviéndose por uno y otro sitio,
por los mares, esperándolo por un espacio de tiempo
de doce meses sin saber nada de él,
mientras su amante esposa, entristecida
en su triste corazón, se consumía
en un mar continuo de lágrimas.
Pero ahora el aguijón de la guerra que lo tenía trastornado le ha cortado las amarras
que lo ligaban a tiempos penosos.

ANTÍSTROFA 2

¡Que llegue, llegue! ¡Que el carro
provisto de muchos remos que conforma la nave que lo trae
no se detenga hasta terminar en esta ciudad,
luego de cambiar por éste el hogar isleño donde se le dice oferente!
¡Que llegue de allá codicioso, en extremo, de amor,
tras haber sido empapado con toda la unción de la concupiscencia,
de acuerdo con la profecía del bruto Neso!

(Vuelve a escena DEYANIRA.)

DEYANIRA.—Mujeres, ¡qué miedo tengo no sea que haya ido demasiado lejos al hacer lo que acabo de hacer!

Corifeo.—¿Qué ocurre, Deyanira, hija de Eneo?

Deyanira.—No sé, pero estoy acongojada porque recelo que pronto va a verse que he cometido una calamidad tremenda, llevada por una hermosa esperanza.

Corifeo.—¿No tendrá ello algo que ver con el regalo que le mandaste a Heracles?

Deyanira.—Precisamente muchísimo, de suerte que, tal como están las cosas, jamás aconsejaría a nadie concebir proyectos de incierto resultado.

Corifeo.—Infórmanos, si es que se puede informar, del motivo de tus temores.

Deyanira.—Lo que ha ocurrido es una cosa tal que, si os lo cuento a vosotras, mujeres, vais a extrañaros por lo inesperado del asunto. Lo que ha ocurrido es esto: el mechón de magnífica lana de oveja con el que unté hace un poco el espléndido manto destinado a cubrir a Heracles ha desaparecido sin que lo consumiera nadie de los de casa, sino que se consume comido por sí solo y se volatiliza de encima de la losa. Pero para que sepas con todo detalle cómo se desarrolló esto, me extenderé en una referencia más amplia. En efecto, yo, de los requisitos que me advirtió el bruto Centauro cuando se dolía del costado por la aguda punta de la flecha, no descuidé ninguno, sino que los conservaba en mi memoria como letra de una tablilla de bronce que no desaparece por agua que se le eche. Las advertencias que me fueron hechas y que cumplí al pie de la letra fueron éstas: que yo debía conservar siempre el sortilegio ese en lo más recóndito de la casa, lejos del fuego y apartado de toda exposición a los ardientes rayos solares, hasta que lo aplicara a algo en el justo momento de la unción. Tal y como lo cumplí. Y ahora, cuando llegó el momento de actuar, llevé a cabo la unción del regalo en casa, bien a escondidas, en el interior del edificio, con un mechón que me preparé cortando la lana de una oveja de nuestros rebaños, y el regalo, luego de doblarlo, lo metí, sin el menor contacto con la luz del sol, en el fondo de la caja, justo como visteis. Pero al volver a casa atrae mi atención un prodigio inexplicable, imposible de entender una simple mortal. Y es éste: el vellón de la oveja con que había untado el regalo lo tiré casualmente a plena luz, al alcance de los rayos del sol, y, a medida que se iba calentando, se diluía por completo, desapareciendo de la vista, y quedaba en el suelo reducido a polvo, de manera

exactamente comparable a las serraduras de un tronco por la sierra como se puede observar en ocasión de una tala. Así yace por tierra. Y del suelo donde antes estaba reborbotean espumas grumosas, igual a las que se forman cuando se vierte en el suelo el espeso líquido del pardusco fruto procedente de la cepa de Baco. De modo que no sé ¡pobre de mí! cuál es la correcta interpretación del fenómeno a que acudir, pero ¡estoy viendo que he cometido una fechoría espantosa! ¿Cómo no ha de ser así? Pues ¿de dónde y por qué! había de tener conmigo consideración alguna el bruto cuando se estaba muriendo, justamente conmigo, la única responsable de que él muriera? ¡De eso nada!, al contrario, me andaba embelesando, intentando con ello aniquilar a la persona que lo había herido de muerte. De lo que me doy cuenta demasiado tarde, cuando ya no sirve de nada. Y efectivamente yo, y nadie más que yo, ¡desgraciada de mí!, seré quien aniquile a Heracles, y no creo que me confunda un ápice. Lo pienso así porque sé que aquella certera flecha que hirió de muerte a Neso dañó hasta a un dios, a Quirón[24], y aniquila a todas y a cada una de las bestias voraces nada más que las toque. Con estos antecedentes ¿este veneno negruzco de la flecha que ha emponzoñado también la sangre de Neso después de atravesar sus heridas cómo no va a echar a perder asimismo a Heracles? Al menos eso es lo que pienso yo. Pero hete aquí que, si Heracles sucumbe, tengo decidido morir también yo con él, a la vez y de un solo golpe, pues teniendo que oír impertinencias la vida resulta insoportable a una que prefiere, antes que vivir, no haber nacido, si de nacer nace perversa.

CORIFEO.—No puede uno por menos sino echarse a temblar ante hechos tan tremendos, pero no conviene conceder más valor a un simple presentimiento que a la propia realidad.

DEYANIRA.—En los planes concebidos sin nobleza no anida presentimiento alguno capaz de proporcionarnos la menor tranquilidad.

CORIFEO.—En última instancia, el enfado de la gente con las personas que han cometido un error sin intención es blando, y ése es el que va bien con tu caso.

---

[24] El sabio y amable médico del grupo de los Centauros. Fue preceptor de famosos como Aquiles, Asclepio y Jasón. Cfr. Apolodoro, 2.5.4.

DEYANIRA.—Con razonamientos como éste podría estar de acuerdo no aquél a quien le alcance la desgracia sino aquél que está libre de tener en casa nada grave.

CORIFEO.—Convendría que te callaras lo otro que fueras a decir, si no quieres revelar lo más mínimo a tu hijo, pues está ya con nosotras, él que antes había ido en busca de su padre.

(Entra HILO, *ostensiblemente alterado.)*

HILO.—Madre, ¡cómo me hubiera gustado haber podido elegir contigo una de estas tres opciones: o que ya no vivieras o que, de estar con vida, fueras llamada madre de otro o que hubieras tomado de algún sitio, a cambio de estos sentimientos que tienes ahora, otros mejores!

DEYANIRA.—Pero, hijo, ¿qué es lo que he hecho yo para que me odies tanto?

HILO.—Debes saber que has asesinado en el día de hoy a tu mismo marido, me refiero a mi padre.

DEYANIRA.—¡Ay de mí! ¡Es muy dura la palabra que acabas de proferir, hijo!

HILO.—Con todo y con eso, es algo que no es posible que no vaya a cumplirse, pues lo dado a la luz ¿quién sería capaz de conseguir que no haya nacido ya?

DEYANIRA.—Oye, hijo, ¿qué quieres decir con ello? ¿Por quién te has enterado para afirmar que yo he cometido crimen tan repugnante?

HILO.—Por mí mismo, porque he visto con mis propios ojos la grave desgracia de mi padre, y no porque lo haya oído referir.

DEYANIRA.—¿En qué lugar lo alcanzaste y te uniste a él?

HILO.—Si se quiere que tú te enteres, entonces hay que decírtelo todo. Según iba avanzando, tras haber arrasado la famosa ciudad de Éurito, trayendo trofeos y primicias de su victoria, llegó a donde hay una playa batida de este lado y del otro por el oleaje, el promontorio Ceneo[25] de Eubea, y es justamente allí donde se dispone a consagrar altares y delimitar un recinto sagrado poblado de árboles en honor de su padre Zeus. Allí[26] fue donde primero lo vi, con gran contento para

---

[25] Situado en el noroeste de Eubea. Más al oeste queda el golfo Maliaco, y ya en el continente las *Termópilas* y *Traquis*.

[26] Sófocles es un consumado artista en estas descripciones llenas de viveza. Cfr. *Electra*, 680 y ss., donde se narra la falsa muerte de Orestes.

mí por lo mucho que lo echaba de menos. Y en el momento en que él se disponía a efectuar unos sacrificios con gran número de víctimas le llegó de casa su fiel heraldo, Licas, con un regalo, el mortífero manto. Heracles, revestido con aquella indumentaria como tú expresamente advertías, sacrifica uno tras otro doce impecables bueyes ¡el primor del botín! Pero, sin embargo, la cifra total de bueyes que pensaba sacrificar era de cien, que son los que había acercado al altar en compacta unión. Y al principio ¡el pobre! oraba con rostro radiante, contento por la brillantez del acto y más por la prenda aquella. Pero según iba ardiendo entre sangre la llama del santo sacrificio y de la madera rica en resina, le iba brotando sudor por la piel, y la túnica se le iba pegando a los costados y por todos y cada uno de sus miembros sin dejar uno, tan sutilmente adherida como si fuera la obra expresa de un escultor. Y le entró una sensación de desgarramiento convulsivo de huesos, y, luego, lo devoraba como un veneno de víbora funesta y hostil. Justamente al llegar a ese punto preguntó a voz en grito al desdichado Licas, que no era culpable en absoluto de tu perversidad, con qué intención le había llevado aquel manto. Y Licas ¡el desventurado!, que no sabía nada, le explicó que se trataba de un regalo sólo cosa tuya, y que era ni más ni menos que como tú lo habías preparado. Y Heracles, al oír esto y cogerle el pecho una convulsión que lo atravesaba y corroía, le agarró el pie por la parte en que tiene lugar el juego de las articulaciones y lo lanza contra una roca que emerge del mar y por él es batida por uno y otro lado, y le hace salir entre la cabellera los blancos sesos, esparciéndose por todos los sitios el contenido del cráneo, partido en dos, y sangre a la vez. Y toda la gente al unísono prorrumpió en gritos, por la locura de Heracles y por aquel final de Licas. Y nadie se atrevía a llegar y ponerse frente a frente de Heracles. Y ello porque se tiraba al suelo y saltaba gritando y chillando. Y resonaban en derredor las rocas, los picos de los montes de los locrios y los promontorios de Eubea. Y después que cesó de arrojarse infinidad de veces ¡el pobre! al suelo y de gritar y lamentarse infinidad de veces y de denostar su unión contigo en nefasta coyunda ¡maldita! y el matrimonio que obtuvo de Eneo por lo destructor de la vida que le resultó, entonces levantó sus extraviados ojos del humo que lo envolvía y me vio entre el numeroso gentío en-

vuelto en un mar de lágrimas, y sin dejar de mirarme me llama con estas palabras: «Hijo, acércate, no rehúyas esta calamidad que me aflige ni aunque debas morir conmigo. Al contrario, cógeme y llévame fuera de aquí. Y antes de nada ponme en un lugar en el que ninguna persona pueda verme y, si además sientes compasión por mí, entonces pásame a la otra orilla y sácame cuanto antes de este país, y que no me sorprenda la muerte aquí.» Tras estas pocas recomendaciones lo colocamos en medio de una nave y logramos desembarcarlo en este país con mucho trabajo, porque bramaba corroído por convulsiones. Y en un instante lo vais a ver, o vivo o acabando de morir. Estos son los crímenes que eres convicta, madre, de haber planeado y ejecutado contra mi padre. ¡Crímenes que ojalá te los haga pagar la vengativa Justicia y la Furia! Y si es lícito según la ley divina, a los dioses les pido ardientemente ese castigo contra ti, ¡y claro que es lícito!, porque tú misma has puesto en mis manos su licitud, por haber asesinado al hombre más sobresaliente de todos los del mundo, como no verás jamás a otro alguno.

CORIFEO.—¿Por qué te vas sin decir palabra[27]? ¿No te das cuenta de que si te callas das la razón a tu acusador?

HILO.—Dejad que se vaya, y ojalá que según va le sople una racha de viento que la lleve lo más lejos de mi vista, ¡sería maravilloso! Pues ¿qué falta hace que conserve ese nombre de madre que tanto pesa, quien no hace ni una sola cosa como verdadera madre? Al contrario, váyase en buena hora, y ojalá que el placer que está proporcionando a mi padre lo reciba ella.

ESTROFA 1

CORO.

Ved, hijas, qué pronto nos alcanzó
la palabra de la vieja profecía pronunciada por el dios,
que gritó que, cuando la hoja[28] de arada que abarca un total de doce meses acabara,

[27] Esta forma de partir una persona, callada y rápida, preludio de calamidades, es típico de la tragedia. Cfr. *Antígona,* 766 y ss. y 1244 y ss., y *Edipo Rey,* 1073 y ss.

[28] Cfr. nota 10.

pondría fin a la serie de penalidades impuestas
al que es verdadero hijo de Zeus.
Y a la vista está que el dios que emitió esos oráculos
los está dirigiendo al pie de la letra y con viento propicio a puerto seguro.
Pues el que ya no ve la luz de este mundo
¿cómo puede llegar un día en que quepa la posibilidad
de que todavía, todavía, soporte, después de muerto, una penosa esclavitud?

Antístrofa 1

Pues si, como ha ocurrido, la inevitable ruina
tramada por el engaño del Centauro
impregna los costados de Heracles con el mortal líquido de su sangre,
con el que se ha confundido el veneno
que parió la muerte y crió la lustrosa sierpe,
¿cómo es posible que Heracles vea ya más sol que el que pueda ver hoy,
cuando su cuerpo se ha confundido
con el muy espantoso monstruo que es la hidra
y lo están pinchando en su misma carne los asesinos aguijones
que sacan de quicio a su víctima, aguijones que puso en acción
el Centauro de negra y lúgubre cabellera con su engañoso cuento?

Estrofa 2

En relación con todo ello, esta desgraciada, al ver en su casa
la tremenda peste de las recientes nupcias que le cayeron encima,
no se contuvo ni aplicó lo más mínimo
la conducta más adecuada al caso,
y por eso ahora, de seguro, está llorando amargamente
los males que le sobrevinieron de parte de un individuo
que dijo cosas bien distintas de las que pensaba,
con ocasión de aquel supuesto mutuo arreglo responsable de esta muerte,
y también, sin duda, está vertiendo el fresco rocío de copiosas lágrimas.

Y el destino, que está ya en camino, preludia ruina, insidiosa y enorme.

ANTÍSTROFA 2

Un torrente de lágrimas se le ha desbordado
a Heracles, y se le ha expandido por todo su cuerpo un mal, una calamidad
tal ¡ay! como todavía nunca jamás había acontecido
que hombre tan ilustre hubiera lamentado.
¡Ay negra y lúgubre punta de aquella lanza que combatió en vanguardia,
que entonces trajiste de la escarpada Ecalia, sin pérdida de tiempo,
a la novia que está en casa, ganada en la lucha!
Y Afrodita es evidente que colaboraba con la lanza de Heracles
aunque no lo dijera en parte alguna
y que por ello es la responsable de todo esto.

SEMICORO PRIMERO.—¿Cuál de las dos cosas es la cierta: soy yo una tonta, o acabo de oír realmente el lamento de una persona que corre por la casa? ¿Con qué me quedo?

SEMICORO SEGUNDO.—Efectivamente alguien lanza ahí dentro una queja que no requiere explicaciones, sino claramente infausta, y en esta morada se está gestando alguna novedad.

CORIFEO.—Fíjate en esta anciana con qué aspecto más distinto a lo habitual y cuán fruncido el ceño viene hacia nosotras presta a informarnos de algo serio.

(Entra en escena el AYA.)

AYA.—Hijas, fácil es deducir que el regalo enviado a Heracles ha sido el inicio de calamidades nuestras no pequeñas.

CORIFEO.—Anciana, ¿cuál es la novedad ocurrida a la que te estás refiriendo?

AYA.—Deyanira ha andado ya el último y requeteúltimo de todos los caminos que hay que recorrer, y lo ha andado sin mover un pie.

CORIFEO.—¿No querrás decir que el camino andado es por haber muerto?

AYA.—Esa es la única palabra que faltaba que oyeras. Ahora ya lo has oído todo.

CORIFEO.—¿Ha muerto ¡la pobre!?

AYA.—Es la segunda vez que lo oyes.

CORIFEO.—¡Pobre desgraciada! Di la verdad, ¿cómo murió?

AYA. —¡Lo que es en cuanto a ejecución no la hay más audaz!

CORIFEO.—Mujer, di cuál es la muerte precisa con la que coincide ésa de que hablas.

AYA.—Se aniquiló a sí misma.

CORIFEO.—¿Qué arrebato o qué locura vino a envolverla en la punta de un golpe fatal? ¿De qué manera ideó esta muerte sobrevenida después de otra muerte, y de qué manera la llevó a cabo por sí sola?

AYA.—Por medio del filo de un maldito cuchillo.

CORIFEO.—Y tú, insensata, ¿viste esta desmesura sin hacer nada?

AYA.—La vi, como que me encontraba al lado de ella.

CORIFEO.—¿Quién fue el autor? ¿De qué manera ocurrió? Vamos, habla.

AYA.—Ella sola y por su sola decisión llevó a cabo esta acción por su propia mano.

CORIFEO.—¿Sabes qué estás diciendo?

AYA.—Sólo la verdad.

CORIFEO.—Esta muchacha recientemente llegada ha parido ya, ha parido ya en esta casa un monstruoso espíritu vengador.

AYA.—Sí, monstruoso en exceso. Pero si te hubieras encontrado junto a ella y hubieras visto qué cosas más tristes hizo, la hubieras compadecido todavía más.

CORIFEO.—¿Y una mano de mujer ha bastado para organizar todo ese desaguisado?

AYA.—¡Y de modo tremendo! Te vas a enterar de todo ello, a fin de que tu testimonio me avale[29]. Después que pasó al interior de la casa ella sola y vio a su hijo en el patio preparando una blanda litera con objeto de regresar al encuentro de su padre, ocultándose donde no pudiera verla nadie y dejándose caer a los pies de los altares bramaba porque se había quedado abandonada de todos, y también lloraba ante todos los utensilios que tocaba, que eran aquellos que usaba ¡la pobre! antes. Y dando vueltas por un lado y por otro de palacio, si observaba la presencia de algún criado especialmente querido, lloraba ¡la infeliz! al mirar-

[29] La descripción que hace el aya de lo sucedido en el interior de la casa es ya *un lugar común*. Cfr. *Edipo Rey*, 1237 y ss. y *Antígona*, 1301 y ss.

lo sin parar de mentar ella misma su maldito destino y su morada futura sin hijos. Una vez que cesó de esto, de pronto la veo que irrumpe en el dormitorio de Heracles. Y yo estaba ojo avizor, manteniendo oculta en la sombra mi furtiva mirada. Y veo que aquella mujer echa y extiende las ropas de la cama de Heracles. Como hubiera terminado esta tarea, de un salto se plantó encima y se quedó sentada en medio de la cama, y, rompiendo a llorar en un mar de ardientes lágrimas, se expresó así: «¡Ay de esta cama mía y de esta mi habitación de matrimonio, adiós ya para siempre, pues nunca ya me volveréis a acoger como esposa en este lecho!» Tras pronunciar todas esas palabras, desengancha con un tirón de manos el manto que disponía de un broche forjado en oro situado delante de los pechos, y puso al descubierto por completo el costado y antebrazo izquierdos. Y yo, echando a correr todo cuanto mis fuerzas me lo permitían, le indico a su hijo lo que ella estaba tramando. Y en lo que se tarda en correr allá y luego acá, la vemos herida en el costado por cuchillo de doble filo, bajo el hígado y el diafragma. Y su hijo, al verla, prorrumpió en lamentos, pues comprendió ¡el desdichado! que por su enojo había llevado a cabo esta acción, al ser informado por los de casa demasiado tarde de que lo que había hecho lo había ejecutado sin querer, engañada por la bestia salvaje. Y entonces el hijo ¡el desventurado! no había lamento alguno que no tuviera en sus labios al tiempo que gemía abrazado a ella, y no paraba de besarla tumbado junto a ella, sino que, tendido todo lo largo que era en el suelo, dejaba estar su costado junto al de su madre, lamentando, no sabes cuánto, que la había herido sin razón alguna con una acusación canallesca, doliéndose de que tendría que vivir huérfano de los dos a la vez, de su padre y de su madre. Esa y no otra es la situación de aquí dentro. Por eso que, si uno cuenta con dos días, y peor si cuenta incluso con más, es que es un necio, pues no existe siquiera el mañana mientras no pase uno bien el día de hoy.

(Entra el Aya *en palacio.)*

Estrofa 1

Coro.
¿Cuál de las dos desgracias lloro antes que otra?
¿Cuál de las dos fue elevada a una cota más alta?

He aquí cuestiones que por lo menos yo ¡pobre de mí!
me siento incapaz de discernir.

ANTÍSTROFA 1

Una de estas dos desgracias la podemos ver en casa,
y la otra, según presentimos, la esperamos de un momento a otro.
Y estar a punto de tener una cosa y tenerla ya
forma parte de un todo.

ESTROFA 2

¡Ojalá se levantara picando sobre este lugar,
sobre este mi hogar, una racha de viento huracanado,
favorable, que me levantara de estos lugares para
no morir aterrorizada de repente
con sólo ver al valeroso hijo de Zeus!
Pues la gente asegura que está llegando
a la fachada de palacio envuelto en incurables dolores,
¡todo un inenarrable espectáculo!

ANTÍSTROFA 2

Al parecer mis lágrimas, como las de un ruiseñor con sus agudos trinos,
estaban anticipando una desgracia cercana y no lejana.
Digo esto porque ve ahí viene una columna de tropas extranjeras.
Y otra cosa, ¡con qué suavidad transporta esta tropa a Heracles!
Trae un paso lento, sin hacer el menor ruido
preocupada por Heracles como por un amigo.
¡Ay, ay, mirad, Heracles viene sin pronunciar palabra!
¿Qué idea debemos formarnos de él:
que está muerto o dormido?

(Entran HILO, *un* ANCIANO *y todo un cortejo que transporta a* HERACLES.)

HILO.—¡Ay de mí, cuánto sufro, padre, por ti! ¡Ay de mí, cuánto sufro por ti! ¡Qué será de mí! ¡En qué pensaré! ¡Ay de mí!

ANCIANO.—Calla, hijo, no remuevas el feroz y acerado dolor que embarga a tu padre ya de por sí de crudo carácter, pues todavía vive aunque desfallecido. Al contrario, muérdete la lengua y cierra la boca.

HILO.—¿Cómo dices, anciano? ¿Es cierto que vive?

ANCIANO.—¡Cuida de no despertarlo ahora que lo ha cogido el sueño, y también de no remover y reavivar su extraviada y espantosa enfermedad, hijo!

HILO.—Sobre el infeliz de mí sí que pesa una carga infinita. Mi alma está fuera de sí.

HERACLES.—Zeus, ¿a qué país he llegado? ¿Quiénes son las personas entre las que me encuentro, afectado de incesantes y acerados dolores? ¡Ay cuitado de mí! Este repugnante dolor me corroe de nuevo. ¡Ay!

ANCIANO.—¿Te das cuenta ahora qué gran ventaja suponía estar callados y así pasar desapercibidos y no arrojarle el sueño lejos de su cara y sus ojos?

HILO.—Es que no veo manera de contenerme al ver esta desgracia.

HERACLES.—¡Oh pedestal de Ceneo donde erigí altares! ¡Zeus, qué sacrificios te hice allí y cómo me los has pagado, desgraciado de mí! ¡Como puede verse, qué ruina más horrorosa, qué ruina más horrorosa has hecho conmigo! Cosa que nunca jamás debía haber visto yo ¡pobre de mí! con estos mis ojos ni haber contemplado este implacable brote de locura. Pues ¿qué encantador, qué experto en curaciones por contacto hay, si prescindimos de Zeus, capaz de aplacar este frenesí? Tarde llegaría yo a ver este milagro.

ESTROFA

¡Ay, ay! ¡Dejadme, dejadme, desgraciado de mí,
dormir el sueño definitivo, dejadme, triste de mí!
(Al ANCIANO.) ¿Dónde me tocas? ¿A dónde, a dónde me inclinas?
¡Me vas a matar, me vas a matar!
Has vuelto a abrir la herida que a lo mejor ya estaba cicatrizada.
Me tiene cogido, ¡oy, oy, oy!, me está entrando, ¡mira, aquí! el dolor.
¿De dónde sois, ¡ea!, vosotros los más desleales de todos los griegos,

precisamente por quienes me partía el pecho ¡tonto de mí!
haciéndoos una gran limpia de enemigos en el mar y por los bosques todos,
y resulta que ahora no va a haber ni uno que se decida
a aplicarle fuego o a aportarle una beneficiosa espada a este enfermo.
¡Ay, ay! ¿Tampoco hay nadie que se digne acercarse y cortar de un golpe la cabeza de éste
que es objeto de aborrecimiento de todos? ¡Ay, ay!

ANCIANO.—Escúchame, hijo de este hombre: este trabajo resulta más duro que lo que mis fuerzas soportan. Ayúdame tú, pues un solo toque tuyo vale más que dos míos para mantenerlo en buena situación.

HILO.—Lo que es yo, lo estoy tocando, pero no logro ni con mi cabeza ni con mis manos el medio de quitarle esos acerados dolores; pues es Zeus quien manda tales pruebas.

ANTÍSTROFA

HERACLES.
¡Ay, ay! ¿Dónde estás? Agárrame por aquí, por aquí,
y levántame. ¡Ay, ay, oh, qué mal destino me asiste!
Aflora y vuelve a aflorar tremendo,
¡tanto que va a aniquilarme!,
sin dejar de arremeter, este feroz achaque.
¡Palas, Palas, mira, me ataca de nuevo por aquí!
Hijo, ¡por compasión hacia tu padre, saca, sin miedo
a recibir por ello reproche alguno, la espada
y dame un tajo aquí por debajo de la clavícula.
Quítame el dolor con el que me sacó de quicio tu impía madre,
a la que ¡ojalá llegue a ver hundida exactamente así,
exactamente así como me ha llevado a mí a la ruina!
¡Ay, ay! ¡Ea, tú, hermano de Zeus, dulce Hades,
acaba, acaba, con este desgraciado que soy yo
mediante una muerte rápida,
e infúndeme el sueño eterno, el sueño eterno!

CORO.—Se me pusieron los pelos de punta al oír, amigas, estas condolencias de nuestro soberano. ¡Lo que era él y por qué infortunios se ve sacudido!

HERACLES.—¡Ay de mí! Aunque mis manos habían emprendido ya y mis espaldas soportado con vigor infinidad de prue-

bas ardorosas y difíciles de verdad, sin embargo ni la esposa[30] de Zeus ni el abominable Euristeo me habían expuesto todavía a una prueba tan tremenda como es esta red tejida por las Furias, por la que muero, que la hija de Eneo, traidora bajo su apariencia de bondad, prendió sobre mis hombros. En efecto, el mal de esta red, adherido a mis costados, me ha devorado hasta lo más hondo de mi carne y me está engullendo ya los bronquios de los pulmones, en cuya compañía ahora habita. Y ya me ha sorbido la sangre fresca, y, sometido a este inexplicable lazo, imposible de desatar, tengo consumido mi cuerpo por completo. Y esto no me lo había producido todavía lanza alguna en campo limpio ni el tropel de Gigantes[31] nacidos de la Tierra ni la violencia de las fieras ni el país helénico ni el bárbaro ni tierra alguna de tantas como visité para limpiarlas de elementos nocivos. Nada de eso, sino que fue una mujer la que, a pesar de ser de condición humana femenina y no varonil, ella sola sin puñal siquiera, me abatió. Hijo, sé un hijo que de verdad ha nacido de mí y nunca más tomes por algo importante el nombre de tu madre. Trae de casa a tu madre con tus propias manos y ponla en las mías, para que vea yo claramente si sufres más por mi situación que por la de ella cuando contemples su censurable aspecto maltratado como se merece. Anda, hijo, ten valor, y compadécete de mí, digno de compasión por tantos conceptos, yo que estoy cansado de gritar y llorar como una niña. Y esto no hay uno solo que pueda decir que hubiera visto a este hombre hacerlo ni una sola vez antes de ahora, sino que seguía continuamente impasible los pasos a la adversidad. Pero, al presente, de una entereza tan admirable he venido a resultar un pobre ser afeminado. Y ahora acércate y colócate junto a tu padre, y fíjate qué criminal fue el impulso aquel por culpa del cual me encuentro agobiado por estos sufrimientos, pues te lo mostraré ¡míralo! sin tapujos. Ved, contemplad todos mi maltrecha figura, fijaos en qué estado más lamentable me hallo. ¡Ay, ay, pobre de mí, ay, ay!, la convulsión que me destroza acaba de pren-

---

[30] Se refiere a Hera, esposa de Zeus, que por odio a los hijos bastardos de éste consiguió que Heracles, hijo de Zeus y Alcmena, fuera sometido a Euristeo, que le encomendó los famosos trabajos.

[31] Heracles luchó al lado de los dioses contra los *Gigantes.* Cfr. Apolodoro, 1.6.1-2.

der otra vez aquí, por esta zona, y me recorrió los costados, y parece no dejarme tranquilo esta pertinaz enfermedad que me devora. ¡Hades soberano, recíbeme en tu seno! ¡Rayo de Zeus, párteme! ¡Blande, soberano, lanza, padre, contra mí la flecha de tu rayo! Pues este mal está haciendo presa en mí otra vez más, ya ha brotado y se dispara. ¡Manos, manos, espalda, y pecho, brazos queridos, tirados por los suelos estáis ahora vosotros, nada menos aquellos que una vez domeñasteis por la fuerza al león habitante de Nemea[32], ánima terror de los pastores, bestia inabordable e intratable, y a la hidra de Lerna y al tropel de bestias de naturaleza mixta[33], insociable, con patas de caballo, insolente, ajeno a toda ley, superior a todos en barbarie, y a la bestia del Erimanto y al cachorro tricéfalo[34] de Hades allá en el mundo subterráneo, monstruo inabordable, criatura de la horrenda Equidna, y a la serpiente[35], guardiana de las manzanas de oro allá en los confines del mundo! Y probé otras pruebas, tantas como las olas de la mar, y nadie levantó trofeos a costa de mis brazos. Pero, ahora, así de descoyuntado y hecho una piltrafa, estoy destrozado ¡pobre de mí! por este ofuscador delirio[36], yo, el llamado hijo de la más excelente madre, el proclamado hijo de Zeus, señor de las regiones estelares. Sin embargo, estad completamente seguros, por supuesto, de esto: aunque ya no soy nada y aunque no puedo moverme para nada, lo que es de esa mujer que me hizo esta mala jugada, a ésa la sojuzgaré incluso en el estado en que

---

[32] El león de Nemea que, al ser invulnerable, Heracles destrozará entre sus brazos.

[33] Los Centauros, monstruos salvajes, con la parte superior de hombre y la inferior de caballo, que vivían en los bosques y montañas de Elide, Arcadia y Tesalia. Uno de ellos fue Neso, promotor de la muerte de Heracles.

[34] Perro monstruoso que guardaba las entradas del Infierno. Según la *Teogonía* de Hesíodo, 311 y ss., tenía cincuenta cabezas. Heracles, con permiso de Hades, lo trajo a este mundo y después de mostrarlo a Euristeo lo devolvió a su primitivo lugar.

[35] El jardín de las Hespérides estaba situado en los confines occidentales del Océano, más allá de las montañas del Atlas. Las Hespérides eran las guardianas del manzano vigilado de cerca por el monstruo *Ladon,* muerto por Heracles.

[36] Heracles está sometido a un ciclo de ataques de su enfermedad como Filoctetes. Cfr. *Filoctetes,* 730 y ss.

me encuentro. Sólo pido que se me acerque, para que aprenda bien la lección y anuncie a todos que, vivo y muerto, castigaré a esa ruin canalla que son los traidores.

CORO.—¡Pobre Grecia sometida a tantas pruebas, qué triste luto intuyo que va a tener, si llega a perder a todo un héroe como éste!

HILO.—Padre, ya que tú, al guardar silencio, me has ofrecido la posibilidad de contestarte, escúchame pese a la enfermedad que te agobia. Pues te voy a pedir algo que es justo que obtenga. Entrégate a mis sugerencias, para que, así, no estés tan encolerizado de furor como ahora te recomes, pues si no me haces caso no puedes llegar a entender en qué te estás alegrando y de qué doliendo sin razón alguna.

HERACLES.—Di lo que tengas que decir, y cállate, pues yo, con mi enfermedad, no comprendo nada de lo que tú me estás pintando hace rato con tanta sutileza.

HILO.—He venido a hablarte de mi madre y a explicarte en qué situación se encuentra ahora y a decirte que cometió errores sin querer.

HERACLES.—¡Oh tú el colmo de la perversidad! ¿Has tenido la osadía de volver a mentar a esa madre asesina de tu padre, de modo que te oiga yo hablar de ella?

HILO.—Es que los hechos son de tal naturaleza que conviene no callarlos.

HERACLES.—Efectivamente, lo que son sus cargos anteriores, ésos sí que no conviene que sean callados.

HILO.—Sin embargo, tampoco oirás que conviene que sean callados los hechos acontecidos en el día de hoy.

HERACLES.—Aclara de una vez, pero ándate con mucho cuidado de que no se vea que eres un mal nacido.

HILO.—Lo aclaro: acaba de morir por reciente herida.

HERACLES.—¿A manos de quién? No sé si te das cuenta de que con esas calamidades has manifestado un prodigio sobrenatural.

HILO.—Ella sola, y no a manos de ningún extraño.

HERACLES.—¡Ay de mí! ¡Morir ella antes y de manera distinta a como debía morir: a mano mía!

HILO.—Hasta tu misma cólera cambiaría si supieras todo.

HERACLES.—Eso es el inicio de una tremenda frase, pero, en fin, dime eso en lo que estás pensando.

HILO.—El asunto resumido es éste: erró al anhelar una cosa buena.

HERACLES.—¿Hizo una buena cosa, oh tú el más perverso, al matar a tu padre?

HILO.—Es que erró su objetivo, cuando confiaba aplicarte un embrujo de amor, al ver a la novia dentro de casa.

HERACLES.—¿Y quién de los traquinios fue tan hábil mago que le enseñó el mortal ardid?

HILO.—Neso, el Centauro, logró persuadirla antaño de que te haría enloquecer de pasión por ella con un hechizo de amor de esa índole.

HERACLES.—¡Ay, ay, triste de mí! Ya estoy ¡pobre de mí! en el otro mundo. Estoy acabado. Para mí ya no hay más luz del día. ¡Ay de mí! Me doy perfecta cuenta de en qué fase de esta enfermedad me encuentro. Anda, hijo de mis entrañas, pues tu padre prácticamente ya no vive, y manda venir a toda mi progenie, tus hermanos, y manda venir a la que ha soportado tantas pruebas, Alcmena, esposa de Zeus para nada, todo ello para que os enteréis de mi última predicción de todos los oráculos que conozco yo.

HILO.—Pero es que tu madre no está en esta ciudad, antes bien, resulta que se ha establecido en la costera ciudad de Tirinte para residir allí, y tus hijos, unos los recogió ella y ella los cría, y otros sábete que habitan la ciudad de Tebas. Pero todos nosotros los que estamos junto a ti, en cualquier cosa que necesites, padre, que hagamos, te serviremos puntualmente, nada más que te la oigamos.

HERACLES.—Entonces, escucha tú el asunto. Por otro lado, has alcanzado una edad en que has de demostrar qué clase de hombre es llamado hijo mío. A saber: mi padre me había profetizado antaño que no iba a morir a manos de nadie que disfrutara del hálito de vida, sino a manos de uno que, fallecido, fuera ya habitante del Hades. Y, en efecto, esta bestia, el Centauro, justo como indicaba la divina profecía así me mató: él, muerto, a mí, vivo. Y te voy a mostrar que coinciden al pie de la letra, acordes con esos antiguos, otros oráculos recientes que, tras penetrar en el bosque sagrado de los Selos montaraces y que duermen en el suelo, copié al dictado de la encina paterna y que tantas lenguas conoce, la que insistía en asegurar que la liberación de los trabajos que me agobiaban iba a cumplirse en la temporada vigente y actual. Y yo esperaba que me había de salir bien la cosa. Pero, por lo visto, la tal liberación no era ninguna otra cosa más que mi muerte. ¡Cla-

ro, a los muertos no les agobia trabajo alguno! Pues bien, dado que esto resulta claro, hijo de mi alma, tienes que estar dispuesto, en lo que a ti concierne, a prestarme tu colaboración, y no esperar a provocar mi lengua; al contrario, cede de buen grado y actúa al dictado de mis palabras, viniendo a dar así en la ley más hermosa: obedecer los mandatos del padre.

HILO.—Padre, la verdad es que tiemblo al haber llegado a un punto tan grave en nuestra conversación, pero, aun así, cumpliré lo que decidas.

HERACLES.—Antes de nada dame tu mano derecha.

HILO.—¿Para qué y con qué intención recurres a esta garantía?

HERACLES.—Trae esa mano cuanto antes y deja de desconfiar de mí.

HILO.—Mira, ahí va, sin ninguna objeción.

HERACLES.—Jura entonces por la cabeza de Zeus que me engendró...

HILO.—¿Jurar que haré qué? ¡Supongo que esto es algo que deberá aclararse!

HERACLES—Jurar que vas a cumplir lo que te diga.

HILO.—Yo, claro que lo juro, comprometiendo a Zeus en el juramento.

HERACLES.—Y si te apartaras lo más mínimo de ello, pídele que recibas calamidades.

HILO.—¡Descuida, que no las recibiré, pues cumpliré lo prometido! Pero, aun así, lo pido a Zeus.

HERACLES.—Bien. ¿Conoces el pico más alto del Eta consagrado a Zeus?

HILO.—Lo conozco, como que he estado infinidad de veces allá arriba oficiando nada menos que de oferente.

HERACLES.—Pues bien, allá es donde tienes que llevar mi cuerpo con tus propios brazos y con ayuda de los amigos que gustes, y allá es donde, una vez que hayas cortado un montón de leña de encinas cuyas raíces sean bien profundas, y de haber metido el hacha, a la vez, a un montón de robustos olivos silvestres, tienes que arrojar mi cuerpo y prenderle fuego con la lumbre de un tizón de pino. Y que no te entren deseos de gemir ni de llorar; antes bien, si de verdad eres hijo del hombre que te habla, pon manos a la obra, sin un lamento y sin una lágrima. ¡Y si no, yo te esperaré, pues aunque esté allá abajo te maldeciré y a instancias mías tendrás pesadillas por todos los días de tu vida!

HILO.—¡Ay de mí! Padre, ¡qué cosa más horrible has dicho! ¡A qué cosas me obligas!

HERACLES.—No he dicho más que lo que tienes que hacer, y, si no, sé hijo de cualquier otro padre, pero no lleves ya el nombre de hijo mío.

HILO.—¡Ay de mí una vez más! ¡A qué cosas me incitas, padre: a que me convierta en asesino y reo de tu muerte!

HERACLES.—Nada de eso, sino sólo a que seas curador y médico de los males que me afligen.

HILO.—¿Y cómo podría curar tu cuerpo si le prendo fuego?

HERACLES.—Sin embargo, si tienes miedo a prenderme fuego, haz al menos lo demás.

HILO.—Por supuesto que en lo que concierne al transporte no habrá reparo.

HERACLES.—Dime, ¿y en cuanto al acopio de la referida pira?

HILO.—Tampoco habrá reparo en nada de esto, excepto en aquel cometido que exija el contacto directo de mis manos. Pero lo demás lo haré y no tendrás problemas en lo que a mí toca.

HERACLES.—A pesar de todo, incluso esto solo bastará. Pero añádeme y concédeme, además de esos otros magníficos dones, un pequeño favor.

HILO.—Por grande que sea, se hará.

HERACLES.—Entonces ¿conoces a la hija de Eúrito?

HILO.—Te refieres a Yole, si es correcta mi deducción.

HERACLES.—Acertaste. Hijo de mi alma, tan sólo esta pequeña cosa te encargo: a ésta, nada más morir yo, si de verdad tienes en algo respetar a tu padre, acuérdate del juramento que me has hecho, tómala por esposa habiendo estado ya acostada a mi lado, y cuidado con desobedecer a tu padre, y cuídate igualmente de que otro hombre que no seas tú se la lleve algún día, sino que, al contrario, hijo mío, contrae tú solo, y nadie más que tú, ese vínculo matrimonial. Obedéceme, pues has de saber que el desobedecerme en un detalle insignificante, aunque antes me hubieras obedecido en cosas muy importantes, anula el favor primero.

HILO.—¡Ay de mí! Enfadarme con un enfermo no está bien, pero verlo razonar de esa manera ¿quién podría soportarlo?

HERACLES.—Murmuras dando a entender que no deseas hacer nada de lo que digo.

HILO.—Es que ¿quién hay que sea capaz de aceptar a la que es responsable única de que mi madre haya muerto y también

de que tú te encuentres como te encuentras? ¿Quién que no estuviera tocado por los espíritus del mal podría aceptar a la causante de tantas desgracias? Padre, esta mi persona considera preferible morir a tener que convivir bajo el mismo techo con quien es el ser más odioso.

HERACLES.—¡Este hombre cómo se ve que no está dispuesto a cumplir conmigo, a pesar de que me estoy acabando, en la parte que le corresponde! Sin embargo, tienes que saber que la maldición de los dioses pesará sobre ti por desobedecer mis recomendaciones.

HILO.—¡Ay de mí! Según los indicios que ofreces, pronto dirás unas barbaridades tan monstruosas como tu locura.

HERACLES.—Es que tú me soliviantas y me remueves el mal que se había adormecido.

HILO.—¡Pobre de mí! ¡A qué infinidad de dificultades me encuentro incapaz de dar solución!

HERACLES.—Sólo porque no te dignas prestar atención alguna a quien te dio el ser.

HILO.—Pero entonces, padre, ¿es que debo aprender a ser impío?

HERACLES.—No hay impiedad alguna si se trata de alegrar mi corazón.

HILO.—¿Entonces tu mandato de que yo cumpla estos encargos es justificable en todos sus extremos?

HERACLES.—Así es, y de que esto es verdad pongo por testigo a los dioses.

HILO.—En ese caso los cumpliré, y no me desentenderé de ellos, pero mostrando a los dioses que el asunto es sólo cosa tuya. Pues si los cumplo por no defraudarte, cuando se trata nada menos que de ti, padre, nunca podría parecer yo un malvado.

HERACLES.—Tu conclusión es perfecta. A esto, hijo, agrega rápido el otro favor, para que me arrojes a la pira antes de que me sobrevenga alguna convulsión o punzada. ¡Vamos, daos prisa, levantadme! Tened en cuenta que el cese de estos males sólo lo logra esto: el final postrero de este hombre.

HILO.—A pesar de este tu final, nada obsta que te sean cumplidos estos encargos, cuando eres tú quien así nos mandas y hasta obligas.

HERACLES.—¡Adelante, pues, antes de que vuelva a sacudirme esta calamidad! Y tú, dura alma mía, provéete de un bocado

de hierro de esos que se usan para pegar bloques de piedras, y reprime con él todo griterío, convencida de que vas a llevar a cabo un acto no apetecible de suyo pero sí muy grato.

HILO.—Vosotros los de mi séquito, levantadlo, y, por lo que a mí toca, tomad buena nota de que no tengo responsabilidad alguna en esto, en cambio, respecto a los dioses, ved que se han desentendido por completo de lo que está ocurriendo, ellos que, después de haberle dado el ser y de ser honrados con el nombre de padres, son capaces de observar sucesos como éstos sin inmutarse. En fin, el futuro nadie lo ve de lejos, pero la actualidad presente que a nosotros nos hace sufrir llena de ignominia a los dioses, y, ¡la verdad!, molesta más que a nadie al que está soportando el peso de esta calamidad.

CORO.—No te quedes tampoco tú, muchacha, fuera de casa, cuando ya has dejado de ver las atroces e inesperadas muertes, y también una infinidad de calamidades nunca vistas. En todo esto no hay nada en lo que no ande Zeus de por medio.

ANTÍGONA



INTRODUCCIÓN

La información que nos transmite el escrito antiguo *Familia y Vida de Sófocles,* al señalar que nuestro trágico fue elegido general nueve años antes del estallido de la guerra del Peloponeso, coincide con la que consta en el argumento de *Antígona,* de Aristófanes de Bizancio, según el cual los atenienses eligieron a Sófocles general por el prestigio conseguido con esta obra, que, según este informe, debió representarse en 442-441 a.C. Los condicionamientos religiosos en que se fundaba la *polis* griega hacen tal vez verosímil, como señala L. Gil[1], la posibilidad de la realidad del generalato del poeta. Nunca como en la guerra se corre el riesgo de potenciales excesos en la explotación de la victoria, lo que, a la fuerza, había de atraer la cólera de los dioses contra la insolencia de los que incurrían en semejante desafuero. De ahí la necesidad de la presencia de un personaje notable por su piedad y dotado de prestigio suficiente para cortar de raíz los instintos brutales de destrucción del enemigo, o que, en todo caso, de darse, pudiera servir como pararrayos de la esperada cólera divina. Esa, sin duda, fue la función que cumplió repetidamente el inepto Nicias en sus distintas campañas a lo largo de la guerra del Peloponeso. Y ésta, igualmente, sería la asignada al piadoso Sófocles, con objeto de conjurar la supuesta hostilidad divina por la presunta insolencia de Pericles, vislumbrada en su hipotética aspiración a la tiranía y demostrada por su libertad religiosa y su amistad con hombres como Anaxágoras y Protágoras, proclives al ateísmo.

Muchas son las interpretaciones a que ha dado pie obra tan magistral y compleja como es *Antígona,* complejidad que le viene dada precisamente por su maestría, interpretaciones a las que

[1] L. Gil, *Sófocles: Antígona. Edipo Rey. Electra,* Madrid, 1974, págs. 18 y ss.

con frecuencia no son ajenos los sinos de los tiempos, pues las modas que imponen las circunstancias fuerzan al hombre, en este caso al investigador, a enjuiciar hechos pretéritos con la perspectiva de una lente empañada por su entorno. Así, la oposición entre los puntos de vista de Antígona y Creonte ha sido interpretada por Hegel como la pugna entre dos esferas de poder igualmente válidas, la divina y la humana, la de la familia y la del Estado. Pero hay algo en esta tragedia que no encaja con esta medida. En una lectura serena, rigurosa y no condicionada *a priori* por tesis alguna resulta que ni el personaje de Antígona atrae especialmente[2], como lo demuestra de forma palmaria el sentimiento frío del coro hacia ella, ni la figura del supuesto enemigo de los dioses, Creonte, cae mal del todo[3]. Y estos sentimientos no son falaces, como presume Bowra, sino basados en razones objetivas y no producto de una falsa ilusión. Efectivamente, que en principio no hay contraposición inharmónica entre ambos sentimientos y decisiones lo demuestra el que ambos puntos de vista no son personales ni fruto de las circunstancias, sino tradicionales y de ámbito general. Creonte, cuando proclama la prohibición de dar sepultura al enemigo de la patria y, por tanto, de los dioses, Polinices, no sólo está tomando medidas drásticas de carácter humano, sino que, implícitas en aquéllas, van otras destinadas a proteger de la destrucción a los dioses patrios, familiares y a todos en general por la inextricable compenetración entre *polis* y dioses. Esto es lo que explica, según Kirkwood[4], que el coro no vea con malos ojos las decisiones tomadas por Creonte a la vez que critica a Antígona por desafiarlas. Y lo que es más, Creonte con tales medidas no sólo no actúa contra justicia sino que la tradición legal y religiosa más pura de negar sepultura a los traidores le fuerza a ellos[5]. También H.

---

[2] Cfr. en este sentido C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945, página 67, y G. Ronnet, *Sophocle poète tragique*, París, 1969, págs. 112-3, y G. H. Gellie, *Sophocles: A Reading*, Melbourne, 1972, quien en la pág. 45 expresamente señala que Antígona no es una criatura atractiva en determinadas fases de la obra como tampoco resulta trágica su muerte.

[3] Bowra, *op. cit.*, pág. 67.

[4] G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, páginas 126.

[5] Cfr. Tucídides, I, 138, 6, Jenofonte, *Helénicas*, 1, 7, 22. Cfr. también H. J. Mette, «Die Antigone de Sopholes», *Hermes*, 84, 1956, 398-422, y G. Cerri, *Legislazione orale e tragedia greca. Studi sull'Antigone*, Nápoles, 1979.

Patzer[6] ha visto en Creonte, junto a ciertas sinrazones, otras razones. Por su parte, Antígona, que aparentemente cumple limpia e ingenuamente con un precepto religioso-familiar que manda dar sepultura a los familiares muertos, sigue una línea y conducta claras. Si la decisión de Creonte de negar sepultura a un traidor y la de Antígona de enterrar al hermano son a los ojos de los griegos una norma de rango y origen divino, no serán incompatibles entre sí. La solución, entendemos, correcta desde la perspectiva político-religiosa de aquel entonces, hubiera sido enterrar al muerto como mantenía Antígona, pero no en suelo tebano, como sostenía Creonte. ¿Qué fue, pues, lo que impidió esta solución? La coincidencia de dos mentalidades obtusas, enfrentadas entre sí, dominadas por la aguda posición del predominio del yo. Tan marcada y tan vehemente aparece la oposición entre los dos caracteres que ha llevado a doctos investigadores[7] a interpretar la tragedia como la simple secuela de tal encontrado encono. Y fue este exceso de egoísmo lo que provocó la ruina de entrambos, a la que asistió el coro (exponente del sentir normal del pueblo y, por lo mismo, de las intenciones del autor) sin demasiada simpatía por la figura de Antígona ni antipatía por la de Creonte. Tanto el uno como el otro no son enteramente buenos ni completamente malos, pues unen a una inteligencia muy mediana, una envidia exacerbada. Lo que quizá pueda explicarse así: Creonte demostró poca aptitud para el mando al tomar decisiones drásticas precipitadas[8], porque no estaba preparado[9] para ello, pues ¿cómo el cuñado del rey podía esperar ceñir la corona cuando le aventajaban en derechos, aparte del propio rey, dos jóvenes valiosos, Eteocles y Polinices? Debía encontrarse a gusto, como él mismo señala en el *Edipo Rey*[10], a la sombra del poder, viviendo plácidamente. De pronto llega

---

[6] H. Patzer, «Hauptperson und tragisches Held in Sophocles' Antigone», *Sitzungsberichte der Wissenschaftlichen Gesellschaft,* XV, NR. 2 Wiesbaden, 1978, pág. 103.

[7] Reinhardt, *Sophokles,* Francfort, 1933, Pholenz, *Die griechische Tragödie,* Leipzig y Berlín², 1954.

[8] Sobre la obcecación de Creonte, cfr. F. Rodríguez Adrados, «Religión y política en la Antígona», *Revista de la Universidad de Madrid,* XIII, 1964, 493-523.

[9] L. Gil, *op. cit.,* págs. 12-13, y G. Ronnet, *op. cit.,* pág. 92.

[10] *Edipo Rey*, 583-602.

a él el poder, que, por un lado, le embriaga y, por otro, le obliga a tomar decisiones aparatosas para ocultar precisamente su incapacidad. En efecto, todas sus intervenciones son tremendamente desafortunadas: no es acertada su tozuda oposición a enterrar al muerto, con lo que choca con su sobrina Antígona, no da razones convincentes a su propio hijo Hemón, por lo que choca también con él, y, por último, se enfrenta al adivino Tiresias. Sin duda (y esto es lo que le exime del odio general y de responsabilidad) desde el principio cree actuar convenientemente defendiendo a la vez la razón religiosa y la política. Y cegado en su ingenua intención se figura que encuentra enemigos a sueldo por todas partes. Que su único pecado es la ignorancia (y el hijo de ésta, la envidia) lo demuestra el que, solamente tras los sucesivos quebrantos, entiende la verdad. Y esto sólo le ocurre al necio, conforme con el adagio griego.

Tampoco Antígona da mayores pruebas de inteligencia. Cuando por encima de todo se empeña en dar sepultura allí en Tebas a su hermano, enemigo público de la ciudad, necesariamente había de granjearse la antipatía del coro. Porque su acción, aun concediéndole la parte de razón que le asiste y que ella sabe aprovechar, parece estar motivada más por el afán de imponer su voluntad y criterios que por convencimiento pleno de la justicia de su causa.

Lo que podría detectarse en la conducta de ambos personajes es el fiel trasunto de ocultas rencillas familiares, especiales por las peculiares circunstancias que concurrieron[11]. En efecto, el antiguo acceso inesperado al poder por parte de Edipo, impidiendo el normal y esperado de Creonte, y la conciencia que pesaba sobre la familia de Edipo de sus calamidades familiares debieron, por un lado, favorecer la creación de un círculo íntimo estrecho en torno a Edipo, cerrado a las relaciones abiertas con la sociedad de su entorno. En este contexto, Creonte había de ser visto como enemigo en potencia, como acusador mudo de los pecados de aquella familia. Y Creonte había de ver necesariamente en Edipo y su descendencia la causa de la mácula de su clan, en especial de su hermana Yocasta. Con la muerte de los herederos de Edipo el débil y obtuso Creonte encontró la oportunidad de dar brillo a su eterna oscuridad y satisfacer la venganza tanto tiempo soterrada contra Polinices y Antígona (y hasta a

[11] Waldock, *Sophocles the dramatist*, Cambridge, 1951, pág. 107.

punto estuvo de no respetar a la inocente Ismene). La causa primera que desencadenó tan terrible tormenta fue la prohibición, tan torpemente pensada, de dar sepultura al muerto. Luego los demás acontecimientos se precipitaron por sí solos, favorecidos por la pugna entre Antígona y Creonte por imponer a la fuerza sus respectivos criterios. También en el comportamiento de Antígona parece vislumbrarse destellos de la supuesta rencilla. No de otro modo cabe interpretar la escasa atención que ejerce sobre Antígona su primo Hemón, pese a las brillantes prendas de que está adornado el joven. Lo que no quiere decir que sea lícito entender el cariño que Antígona siente por su hermano Polinices como de carácter sexual, como equivocadamente algunos[12] han querido ver.

Es, pues, ésta una tragedia en la que Antígona no logra ganarse al público por la forma obstinada y escasamente reflexiva de su comportamiento. Y su obstinación, su altanería, la sinrazón de su razón y su escasa inteligencia debían resultar tan palpables y claras a los ojos del coro, y por lo mismo del público, que, pese a la simpatía lógica que consigue la causa de una mujer, y más si lucha con un ser más fuerte, no logró del todo este efecto. Así, pues, si estamos en lo cierto con esta interpretación del sentido último de la *Antígona*, de invitar a la moderación, a la reflexión y a la inteligencia, virtudes contra las que pecaron, en el fondo o en la forma, tanto Antígona como Creonte (y no sólo éste último como entiende Bowra[13]), ello concordaría con el carácter equilibrado y sensato de su autor.

---

[12] Cfr. al respecto Waldock, *op. cit.*, págs. 104-5.

[13] Bowra, *op. cit.*, pág. 114. Cfr., por el contrario, Kirkwood, *op. cit.*, página 120, donde Antígona es calificada, y no sin razón, de abrupta e intolerante.

ANTÍGONA

(Palacio real de Tebas. Raya el alba. Salen de palacio ANTÍGONA *y su hermana* ISMENE.)

ANTÍGONA.—¡Oh cabecita[1] de mi hermana que es tan mía como tuya, Ismene, ¿sabes que nuestras desgracias empiezan con Edipo y que no hay una sola que Zeus no cumpla en nosotras dos aún en vida? Te digo esto porque no hay una sola cosa dolorosa ni exenta de calamidad ni vergonzosa ni deshonrosa que no haya visto yo entre las desgracias que nos afligen a ti y a mí. Y ahora ¿qué proclama es ésa que asegura la gente que, una vez más, acaba de hacer el general a todos y a cada uno de los miembros de la ciudad? ¿Se te ocurre algo? ¿Has oído algo? ¿O es que se te oculta que se encaminan contra nuestros seres queridos afrentas que parten de nuestros enemigos?

ISMENE.—A mí, Antígona, no me ha llegado referente a los amigos ningún rumor que me produzca alegría o tristeza desde que nosotras dos perdimos a nuestros dos hermanos, muertos el mismo día el uno a manos del otro. Al contrario, una vez que se ha ido el ejército argivo en la noche presente, ya no sé nada posterior, por lo que no estoy ni más contenta ni más afligida que antes.

ANTÍGONA.—Estaba segura, y te estaba alejando de la puerta del patio precisamente por esto, para que me oyeras a solas lo que voy a decirte.

ISMENE.—¿Qué es ello? Pues muestras bien a las claras que estás dándole vueltas a una noticia muy grave.

---

[1] Expresión equivalente a la propia persona aludida, frecuente en la tragedia y en especial en los pasajes altamente emocionales, por ser la parte más noble del cuerpo. Este es procedimiento que arranca ya de la poesía épica, cfr. *Ilíada*, 8, 281, etc.

ANTÍGONA.—¿Es que en cuestión de sepultura no ha medido a nuestros dos hermanos con rasero diferente, al honrar a uno con ella y deshonrar al otro, negándosela? A Eteocles, según explica la gente, por entender que debía concederle, amén de lo que es de justicia, también los ritos de rigor, lo enterró, de suerte que es acogido con todos los honores por los difuntos de ultratumba. En cambio al otro, a Polinices, tristemente muerto, asegura la gente que un heraldo comunicó a nuestros conciudadanos que nadie le dé sepultura ni lo llore, sino, al contrario, que lo dejen abandonado sin dedicarle una lágrima y sin enterrar ¡dulce tesoro que ha de proporcionar gran placer a los pajarracos que tengan la suerte de divisarlo y devorarlo![2]. Tan intolerable comunicado afirma la gente que ha anunciado el que tan bondadoso era, Creonte, actuando contra ti y no menos contra mí —¡también contra mí!—, y que va a venir aquí a advertir y aclarar esos sus comunicados a quienes no los conozcan, y que considera la cuestión ésta no como cosa de poca monta sino que a quien contravenga algo de esto le espera la muerte lapidado por el pueblo de esta ciudad. Ahí tienes cómo está la situación, y pronto tendrás que demostrar si eres bien nacida o, aunque de padres nobles, vil.

ISMENE.—Pero, osada, si la cosa está así, ¿qué es lo que yo tendría que solucionar o emprender, y qué otra cosa podría aportar a la situación presente?[3].

ANTÍGONA.—Piensa si vas a combatir y a colaborar conmigo.

ISMENE.—¿Cuál es el riesgo que hay que correr? ¿Cuál es la determinación que has tomado?

ANTÍGONA.—Se trata de si vas a levantar el cadáver unida a estos mis brazos.

ISMENE.—Pero ¡cómo! ¿Es que se te ha ocurrido pensar enterrarlo cuando es cosa denegada a la ciudad?

ANTÍGONA.—Sí, porque se trata de mi hermano, y también del tuyo aunque no quieras. Pues, al enterrarlo, no resultaré convicta de haber cometido una traición.

---

[2] Éste es un tipo de venganza propio de los cobardes jefes, que se reitera en *Áyax,* 1047 y ss.

[3] Es una fórmula típica de la tragedia presentar dos personajes de carácter contrapuesto, uno activo y el otro pusilánime, para que así resalte más el decidido. Cfr. también *Electra*, 328 y ss.

ISMENE.—¡Oh tú, que no te detienes ante nada! ¿Serás capaz, a pesar de que Creonte lo tiene prohibido?

ANTÍGONA.—Sin embargo, no le compete en absoluto separarme de lo que es mío.

ISMENE.—¡Ay de mí! Piensa, hermana, cuán aborrecido y desacreditado llegó a ser nuestro padre, cuando él mismo por obra de su misma mano se arrancó ambos ojos impelido por los errores cometidos y que él mismo había puesto al descubierto; cómo, luego, su madre y esposa, ¡grave enunciado que implica dos conceptos bien dispares!, pierde la vida suspendida del nudo de una cuerda; y, en tercer lugar, cómo nuestros dos hermanos se mataron uno a otro ¡temerarios ellos! en un solo día, y cómo, así, alcanzaron el mismo destino a manos el uno del otro. A su vez, ahora que hemos quedado nosotras dos solas, fíjate que hemos de morir con la más grande infamia si violando la ley llegamos a transgredir la decisión o las imposiciones del soberano. Al contrario, conviene darse cuenta, por un lado, de que nacimos mujeres, lo que implica que no estamos preparadas para combatir contra hombres; y, luego, de que dependemos del arbitrio de quienes son más fuertes en cuanto a acatar estas órdenes y hasta otras más dolorosas todavía. Por eso yo, al tiempo que pido al muerto que tenga comprensión conmigo, y que se dé cuenta de que no tengo más remedio que hacer lo que hago, me someteré a los dictados de quienes están instalados en la cúspide del poder, pues el realizar acciones superiores a las posibilidades de uno no tiene sentido alguno.

ANTÍGONA.—Sabiendo ya cómo piensas, no puedo animarte a ello y si te decidieras todavía a actuar en este asunto, sábete que esta tu supuesta intervención a mi lado no me produciría, al menos a mí, satisfacción alguna. Al contrario, continúa actuando como tienes decidido, que él no se quedará sin que yo lo entierre. Es un honor para mí morir cumpliendo este deber. Querida por él, en su compañía yaceré, en compañía de quien yo quiero, tras haber perpetrado santas acciones, porque es más largo el tiempo durante el que debo agradar a los de abajo que el tiempo durante el que debo agradar a los de aquí arriba, pues allí yaceré por siempre. Pero tú, si es tu gusto, continúa despreciando lo que los dioses aprecian.

ISMENE.—Yo no hago desprecio de eso, sólo que nací incapaz de actuar y oponer resistencia a nuestros conciudadanos.

ANTÍGONA.—Tú puedes alegar estos y otros pretextos, que yo me marcho ya a dar tierra al hermano queridísimo.

ISMENE.—¡Ay de mí! ¡Qué osada eres! ¡Qué miedo tengo por ti!

ANTÍGONA.—No temas por mí. Lo que tienes que hacer es enderezar ese tu proceder.

ISMENE.—Si lo tienes decidido, por lo menos no pregones a nadie el asunto, sino mantenlo oculto, que exactamente igual haré yo.

ANTÍGONA.—¡Ay de mí! Propálalo a todos los vientos. Me resultarás todavía mucho más odiosa si te lo callas y no lo comunicas a todo el mundo.

ISMENE.—Conservas un corazón ardiente en situaciones heladoras.

ANTÍGONA.—Sin embargo, con ello sé que complazco a quienes más me conviene complacer.

ISMENE.—¡Siempre que seas capaz de ello! Pero la verdad es que ansías imposibles.

ANTÍGONA.—En ese caso, cuando ya no pueda más, me tomaré un respiro.

ISMENE.—Pero es que, ya por principio, no procede perseguir lo imposible.

ANTÍGONA.—Si vas a razonar así, yo te odiaré, y odiada por el muerto serás, y con justicia. En fin, deja que yo y este mi desatino corramos ese riesgo, pues no correré ninguno tan grave hasta el punto de morir sin honor.

ISMENE.—Si es tu gusto, vete, pero tienes que saber que si vas eres una imprudente, aunque te ganarás, y con toda razón, el aprecio de aquéllos a los que tú aprecias.

(Sale ANTÍGONA. *Entra* ISMENE *en palacio. Aparece el* CORO, *llamado por* CREONTE.)

ESTROFA 1

CORO.
¡Rayos del sol, luz
la más hermosa que nunca antes había lucido
en Tebas la de las siete puertas:
luciste por fin, oh atisbo

de un áureo día, llegando
por encima de las corrientes Dirceas[4]!
Y al monstruo de Apia[5] que vino provisto de reluciente escudo
y armado hasta los dientes lo forzaste, cuando
ya iba huyendo a la carrera, a que acelerara la marcha a rienda
suelta todavía más aguda que la que llevaba antes de que tú
aparecieras.
Polinices fue quien, impulsado por rencillas
de dudosa legitimidad, lo había traído
hostil contra nuestro país.
Y emitiendo agudos graznidos
cual águila[6] que en picado cae hasta el suelo,
así se lanzó en raudo vuelo sobre Tebas aquel monstruo,
cubierto con plumaje de blanca nieve,
y revestido de infinidad de armas
y protegido con yelmos provistos de crines de caballo.

Antístrofa 1

Y posado encima de los tejados,
tras intentar engullir en derredor
con mortíferas lanzas las bocas de las siete puertas,
marchó antes de que sus fauces
se hartaran de nuestra sangre
y de que Hefesto[7] se apoderara con sus teas
del círculo de nuestros torreones.
¡Tan formidable fue el estruendo que Ares a sus espaldas
extendió, y tan difícil de resistir fue el ataque

---

[4] *Dirce* es el nombre de una fuente de Tebas, famosa como otras de suelo helénico, por ejemplo *Pirene* de Corinto, *Castalia* de Delfos, etc., porque, siendo necesarias, no abundan en una tierra mediterránea como es Grecia.

[5] *Apia* es el nombre del Peloponeso.

[6] La imagen de la rivalidad entre águila y serpiente es frecuente en la literatura griega, por ej., en *Ilíada*, 12, 200 y ss., y en la parada del *Agamenón*. En este lugar de la *Antígona* es natural que la serpiente represente a Tebas, por dos razones: una, porque la serpiente es identificada con el espíritu local, y, otra, porque los tebanos nacieron de los dientes del dragón diseminados por Cadmo.

[7] Hefesto, dios del fuego, y que por extensión representa al mismo fuego.

que sobre nuestros enemigos lanzó la rival serpiente!
Así les fue a nuestros enemigos, porque Zeus detesta en extremo
las bravatas de una lengua larga,
y por eso, al verlos avanzar hacia aquí oleada tras oleada y con lujosos
aparejos de ruido de oro,
blandió el rayo y con él los abatió
cuando ya se disponía[8] en el punto más alto de nuestras almenas
a cantar victoria.

Estrofa 2

Y al suelo, que retumbó por efecto del golpe, cayó desplomado
y fulminado aquel enemigo que, portando una tea,
resoplaba furibundo
con alocadas pretensiones y ráfagas de un viento de lo más pernicioso.
Pero se encontró con lo que no esperaba.
Por otro lado, el descomunal Ares, que, cual corcel enganchado a la derecha del tiro,
decide el resultado de la prueba[9],
asignó a cada uno de los otros enemigos distintos castigos.
El resultado fue que siete capitanes, apostados al pie de siete puertas
pares con pares, abandonaron
a favor de Zeus Derrotador su bagaje todo de bronce,
menos los dos rivales, que, nacidos de un mismo padre
y de una misma madre,
levantaron uno contra otro las lanzas bipotentes,
y así obtuvieron los dos el lote de una muerte común a ambos.

Antístrofa 2

Sin embargo, dado que la portadora de excelso nombre, Victoria,
llegó, correspondiendo con su alegría a la alegría de Tebas,
ciudad que posee abundancia de carros,

---

[8] Se refiere a Capaneo, uno de los siete héroes argivos. Cfr. Esquilo, *Siete*, 427.

[9] Porque, al doblar en los extremos del campo de carreras, al retrasarse el caballo de la izquierda se veía forzado a pechar con todo el peso del carro. Se requería, pues, en él fortaleza y velocidad.

¡olvidar ya esta guerra!
Visitemos todas las moradas de los dioses,
formando coros que se prolonguen toda la noche.
¡Y ojalá que Baco[10], que hace vibrar el suelo de Tebas, nos dirija!
Pero el hecho es que, justo ahora, se dirige hacia aquí el rey de este país,
Creonte, el hijo de Meneceo, nuevo jefe
tras la novedosa situación que los dioses nos han deparado.
¿Cuál será el plan que viene rumiando?
Me hago esta pregunta porque propuso la convocatoria de esta asamblea de ancianos,
mandando aviso a todos y cada uno de nosotros.

(Llega CREONTE *procedente del campo de batalla y se dirige al* CORO.)

CREONTE.—Varones, la situación de la ciudad los dioses la han vuelto a enderezar sólidamente, después de haberla estremecido con un mar de conmociones[11]. Yo, por intermedio de mis emisarios, os mandé que vinierais aquí prescindiendo de todos los demas, porque sé, de un lado, que acatáis plena y permanentemente la monarquía de Layo y los poderes propios de su trono, y, de otro, que también cuando dirigía Edipo nuestra ciudad e incluso después que cayó en desgracia, os manteníais todavía en torno a los hijos de aquéllos[12] con firme fidelidad. Pues bien, una vez que ellos, por la fuerza del destino que pesaba sobre ambos, perecieron en un solo día, golpeando y golpeados con la mancilla que comporta atacarse mutuamente, me hago cargo yo de todo el poder y ocupo el trono por mi afinidad familiar con los muertos. No hay medio de conocer el espíritu, pensamien-

---

[10] Dios de la fuerza viva de la naturaleza y por consiguiente de la alegría.

[11] Está presente la idea de la imagen de la nave del Estado, de tan vieja tradición, pues nace con Arquíloco y se hace famosa con Alceo.

[12] «Los hijos de aquéllos», línea 168, se refiere evidentemente a Eteocles y Polinices, y, por consiguiente, «de aquéllos» oculta a Edipo y Yocasta. Resulta, pues, que la expresión «de aquéllos» es un eufemismo para evitar la alusión a la unión de este infausto matrimonio entre madre e hijo. En efecto, Sófocles suele identificar los pronombres con hechos de esta índole.

tos y puntos de vista de hombre alguno antes de que se aclare en contacto con el mando y las leyes. En efecto, por lo que a mí toca, sostengo ahora y antaño que todo aquél que, dirigiendo una ciudad, no se aferra a los mejores planteamientos, sino que, por el contrario, mantiene cerrada la boca por miedo a algo, es el más vil. También a todo aquél que considera a un amigo más importante que a la propia patria, a ése no lo tengo en cuenta en parte alguna. En efecto, yo, ¡y Zeus que observa todas y cada una de las cosas permanentemente sea testigo de lo que voy a decir!, ni callaría si observara que el infortunio en vez de la salvación va derecho contra mis conciudadanos, ni haría jamás amigo personal mío a un enemigo de la ciudad, consciente de esto: de que ella es la que nos salva, y de que navegando en cubierta de ella[11], avanzando derecha sin inclinarse ni a un lado ni a otro, es como conseguimos los amigos. Éstas y no otras son las normas con que voy a acrecentar yo el poder de la ciudad. También ahora he comunicado a los conciudadanos medidas en consonancia con las que acabo de señalar referidas a los hijos de Edipo: a Eteocles, que murió combatiendo en defensa de esta ciudad, destacando en todo con su lanza, he ordenado darle sepultura y dedicarle todos y cada uno de los actos rituales que convienen a los más destacados difuntos de allá abajo. Pero en cambio a su hermano, me refiero a Polinices, que, no obstante su condición de desterrado, de regreso a la patria quiso pasar a fuego hasta los cimientos a esta su tierra patria y a los dioses en cuyo seno él nació, y quiso también saciarse de sangre de todos y cada uno de los ciudadanos, y a algunos otros llevarlos como ganado, convertidos en esclavos, ha sido anunciado a esta ciudad que ninguno de sus miembros lo honre dándole sepultura ni lo llore, sino que lo deje sin enterrar, de suerte que se pueda ver su cadáver devorado y maltratado por aves rapaces y por perros. Ése y no otro es mi entender, y jamás aventajarán en ganarse el aprecio, al menos en lo que de mí dependa, los malvados a los íntegros. Al contrario, todo aquél que haga gala de buenos sentimientos hacia esta ciudad tendrá mi aprecio, tanto una vez muerto como en vida.

CORIFEO.—Tú, hijo de Meneceo, has acordado que reciban ese trato el malintencionado y el bienquisto con esta ciudad. Además, hasta cierto punto en ti está poner en práctica cual-

quier norma tanto en relación con los muertos como con todos los que vivimos.

CREONTE.—Ahora, para que seáis vigías del cumplimiento de los mandatos referidos...

CORIFEO.—Encomienda a uno más joven que cargue con lo que vas a ordenar.

CREONTE.—No estás al tanto de la marcha de estos asuntos, pues, en contra de lo que propones, ya están prestos vigías del propio muerto.

CORIFEO.—Entonces ¿qué otra cosa puedes encargar a más de ésa?

CREONTE.—Que no transijáis con quienes desafíen estas órdenes.

CORIFEO.—No hay nadie tan necio que pretenda morir.

CREONTE.—Y de seguro que el pago pensado es ése. Sin embargo, la esperanza de ganancias ha echado a perder infinidad de veces a los hombres.

(Entra un GUARDIÁN *de los encargados de vigilar el cadáver de* POLINICES.*)*

GUARDIÁN.—Soberano, no llegaré a tanto que vaya a decir que por la prisa que me he dado llego jadeante por haber movido ligeras las piernas. Pues la verdad es que me vi obligado a detenerme infinidad de veces, indeciso en idas y venidas, dispuesto a darme la vuelta, pues el subconsciente me sugería infinidad de ideas, contándome este cuento: «Osado, ¿cómo vas a un sitio donde, nada más llegar, serás bien castigado? Temerario, ¿ahora te vas a quedar de nuevo? Si Creonte llega a enterarse por algún otro de lo que está ocurriendo, dime, ¿cómo te las vas a arreglar tú para que no lo sientas?» Al darles vuelta una y otra vez a estas ideas, yo que empecé con prisa vine a terminar en lentitud, y, así, un camino corto se hace largo. Pero al cabo, ¡claro!, se impuso la idea de venir aquí, junto a ti, y aunque no vaya a decir más que simplezas, no me queda más remedio que decirlas, y esto porque vengo aferrado a la convicción de que en ningún caso puede recaer sobre mí otra cosa más que lo que el destino me tenga deparado.

CREONTE.—¿Qué es lo que te produce tanto desánimo?

GUARDIÁN.—Debo explicarte primero lo mío: en efecto, la cosa esta ni la hice ni vi quién fue el autor, y así no sería justo que recayera sobre mí algún castigo.

CREONTE.—¡Qué bien apuntas a la cosa esa y qué bien la cercas y mantienes a raya lejos de ti! Revelas bien a las claras que vas a indicar algo realmente novedoso.

GUARDIÁN.—Es que, ¡claro!, el miedo conlleva un mar de recelos.

CREONTE.—¿No vas a hablar de una vez y luego marcharte lejos?

GUARDIÁN.—Ya te lo explico: alguien, luego de enterrar al muerto, ha escapado tras esparcir sobre el cuerpo polvo seco y tras dedicarle los rituales de rigor.

CREONTE.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué hombre[13] fue el que se atrevió a esto?

GUARDIÁN.—No sé, pues allí no había golpe de pico alguno ni palada de azadón. Lo que había era tierra dura y firme, sin desmenuzar ni hollada por rueda alguna, y por eso el autor, quienquiera que hubiera sido, resultaba inidentificable. Y como el primer vigía que al amanecer montó la guardia nos mostrara lo que había ocurrido, todos quedamos sumidos en un asombro desagradable, pues el cadáver había sido recubierto, aunque no inhumado, pero lo revestía una tenue capa de polvo, lo que daba la impresión de ser cosa de algún hombre[13] que pretendía evitar un sacrilegio. Y no se veían señales de fiera ni de perro alguno, ni de que hubieran llegado ni de que lo hubieran desgarrado. Y empezaban a sonar acusaciones de carácter grave con las que se atacaban unos a otros, unos vigías intentando poner en evidencia a otros vigías, y la cosa podría haber terminado a golpes, sin que hubiera allí nadie dispuesto a evitarlo. Pues el autor no podía ser más que uno solo, pero este uno englobaba a todos y a cada uno de nosotros, aunque ni a uno solo con evidencia manifiesta, sino que todo el mundo intentaba librarse alegando no tener conocimiento de nada. Y estábamos prestos hasta a levantar con ambas manos a la vez barras de hierro incandescentes[14], y a recorrer un espacio pisando fuego, y a poner por testigos a los dioses jurando que ni habíamos cometido esa mala acción ni habíamos tenido contacto con nadie que la hubiera planeado

---

[13] Irónico, pues los espectadores saben que Antígona antes de ahora es quien ha decidido dar sepultura al muerto.

[14] Huella popular de la prueba de la *ordalía*. Cfr. Aristófanes, *Lisístrata*, 53, y Jenofonte, *Banquete*, 4, 16.

o realizado. Y al cabo, cuando pese a nuestro rastreo el estado de cosas inicial no adelantaba entre tantos hubo uno que se expresó muy cuerdamente y que obligó a todos, por el riesgo que su propuesta entrañaba, a bajar la cabeza al suelo, pues no sabíamos ni contradecirle ni cómo íbamos a salir con bien en caso de que actuáramos conforme a sus proposiciones. El meollo de su intervención defendía la idea de que había que darte cuenta del hecho y de que no había que ocultártelo, esto en modo alguno. Y esta opinión se fue imponiendo, y a este desdichado que soy yo me toca la suerte de hacerme cargo de este premio. Y aquí me encuentro con vosotros, sin que yo lo deseara ni vosotros tampoco, ¡evidentemente!, pues nadie gusta de un mensajero que anuncia malas noticias.

CORIFEO.—Soberano, tengo que decirte que mi conciencia me está sugiriendo desde hace un buen rato cierta idea que me hace temer que el hecho este hasta haya podido ser propiciado por los dioses.

CREONTE.—¡Calla, antes de que con esos tus razonamientos consigas llenarme de rabia, y no sea que vengas a resultar a la vez estúpido y viejo! Es que expresas razonamientos intolerables, al sostener que los dioses tienen cuidado del muerto este. ¿Cuál de estas dos ideas podía dar cuenta de ello? ¿Acaso fue que los dioses lo colmaron de honores por considerarlo un bienhechor, y, por eso, lo cubrían, nada menos a uno que vino a incendiar sus templos rodeados de columnas y a desbaratar las ofrendas y el suelo y sus ritos? ¿O es que observas que los dioses aprecian a los criminales? No es eso posible, sino que lo que ocurre, y esto viene de lejos, es que individuos de esta ciudad vienen soportando muy a regañadientes esta mi autoridad y por eso andan murmurando contra mí sacudiendo a escondidas su testuz, sin mantener su cerviz bajo el yugo de mi autoridad con lealtad, de suerte que redundara ello en afecto hacia mí. Me consta, y ello es una fácil deducción, que quienes han hecho esto lo han hecho a instancias de ésos, seducidos por una buena remuneración. Es que a los humanos no hay planta alguna que les brote tan pujante como la plata, falaz moneda: ésta arrasa incluso ciudades, ésta hace saltar de su casa a los hombres, ésta enseña y enajena las mentes honradas de los mortales para que se subleven y vengan a caer en una conducta deshonrosa, y les enseñó a los hombres a que estén dispuestos a hacer cualquier cosa sin

escrúpulo alguno, y a que adquieran experiencia de todo tipo de inquietudes. Y cuantos, ávidos de dinero, vienen a terminar en esta conducta, acaban en cualquier momento por pagar la pena debida. Sin embargo, puesto que Zeus continúa recibiendo todavía mi solícita veneración, ten por seguro lo que juramentado voy a decirte: si no descubrís al propio autor de este entierro y me lo mostráis delante de mis mismos ojos, no tendréis bastante sólo con la muerte ni os llegará antes de que seáis colgados vivos y así deis cuenta de esta burla, para que en adelante, sabiendo de dónde deben conseguirse las ganancias, cojáis ésas y aprendáis que no se debe pretender ganar dinero sea como sea el negocio. Pues es fácil ver que son más las personas a quienes las sucias ganancias desgracian que a quienes salvan.

GUARDIÁN.—¿Me encargarás que diga algo a los vigías, o me daré la vuelta sin más y me voy?

CREONTE.—¿No sabes que también ahora me estás molestando con tus palabras?

GUARDIÁN.—¿Te molestas por su simple sonido o por su contenido?

CREONTE.—¿Qué tienes que determinar tú dónde está mi aflicción?

GUARDIÁN.—El que cometió esta acción te aflije el alma, y los oídos yo.

CREONTE.—¡Ay de mí, se ve que lo eres ya de nacimiento, qué cosa más charlatana!

GUARDIÁN.—Sí, pero lo que es esa acción jamás la hice yo.

CREONTE.—¡Cómo! ¡Y lo que es más: vendiste tu alma por unas simples monedas!

GUARDIÁN.—¡Ay! ¡Verdaderamente es tremendo tener una opinión y que la opinión sea falsa!

CREONTE.—¡Lo que faltaba! Engalana ahora con donaire la opinión esa, pero si no conseguís mostrarme a los que cometieron esta acción, vais a declarar que las ganancias cobardes producen pesares.

(Entra CREONTE *en palacio)*

GUARDIÁN.—En fin, ¡ojalá, ante todo, que el autor de ello sea descubierto! Pero, ¡estate seguro!, sea cogido o no, pues es el destino quien lo decidirá, no hay forma de que tú me veas

volver aquí, pues ya ahora he logrado salvarme cuando ya no me lo esperaba ni me lo figuraba, de ahí que debo a los dioses un mar de gracias[15].

ESTROFA 1

CORO.

Andan por ahí infinidad de cosas formidables,
pero ninguna más formidable que el hombre.
Esa cosa que es el hombre avanza
incluso al cabo de las rutas del grisáceo mar
con borrascoso ábrego, atravesándolo
bajo la amenaza de oleajes que braman en su derredor.
Y a la tierra, óptima entre los dioses,
inagotable e infatigable, la va desgastando,
al voltearla sus arados año tras año,
y cultivarla con la raza equina.

ANTÍSTROFA 1

Y el circunspecto hombre echa el lazo a la familia
de los pájaros de prontos reflejos y se los lleva,
y también la estirpe de las fieras salvajes
y las marinas criaturas del océano
con entramadas y bien trenzadas redes.
Y con ardides consigue dominar la agreste fiera montívaga,
y ha de llegar a someter al yugo, que circunda la testera,
al caballo cuyas crines caen a uno y otro lado del cuello
y al indómito toro de los montes.

ESTROFA 2

Y aprendió por sí solo el lenguaje y las ideas
etéreas y los comportamientos que imprimen un orden a las ciudades
y a evitar los dardos de las escarchas
que dificultan la estancia a la intemperie,
y los dardos que conlleva una molesta borrasca

---

15 Palabras que en voz baja se dirige a sí mismo el guardián.

¡el hombre con soluciones para todo!
No hay evento al que se enfrente sin soluciones.
Únicamente no se procurará escapatoria del Hades.
En cambio, tiene ya concebidos medios
de escapar a enfermedades hasta ahora incurables.

ANTÍSTROFA 2

Pero aun poseedor, más de lo que cabe imaginar,
de cierta astucia, que es la que le proporciona su habilidad,
se desliza unas veces en pos del descalabro, otras del éxito.
Si entrelaza las normas de la tierra
y la justicia de los dioses permaneciendo fiel al juramento prestado
¡he ahí un ciudadano de primera!
Pero ¡sea privado de la condición de ciudadano, en pago a su osada falta de escrúpulos,
aquél con quien convive el desdoro:
ojalá que ni comparta conmigo el hogar
ni esté entre los que piensan igual que yo
quien así se comporte!

(Entra el GUARDIÁN *trayendo detenida* a ANTÍGONA.)

CORIFEO.—Ante este fantástico prodigio, ¡mirad!, no sé qué pensar. ¿Cómo podré aportar razones refutadoras de que la joven que aquí viene no es Antígona, cuando la estoy viendo? ¡Oh desventurada e hija de un desventurado padre, Edipo! ¿Qué ocurre? ¡Vamos, no puedo creer que te traen detenida, nada menos que a ti, por desafiar las órdenes del rey y por haberte sorprendido en una conducta irreflexiva!

GUARDIÁN.—Aquélla de antes, la que había llevado a cabo el hecho aquél, aquí está. La cogimos enterrándolo. Pero ¿dónde está Creonte?

(Sale CREONTE *de palacio.)*

CORIFEO.—¡Míralo! Sale oportunamente de su casa.
CREONTE—Pero ¿qué pasa? ¿Cuál es el suceso con el que coincide mi salida?

GUARDIÁN.—Soberano, no hay nada que los humanos puedan considerar imposible por juramento[16], pues las conjeturas falsean el resultado del veredicto, porque ¡tarde habría prometido yo volver otra vez aquí con lo mal que me lo hicieron pasar entonces aquellas tus amenazas! Y sin embargo (la explicación de ello es que la alegría que experimenta uno sin esperarla e incluso en contra de lo que cabría esperar no admite parangón alguno por su intensidad con ningún otro placer), aquí estoy, aunque por juramento[17] había desechado tal posibilidad, trayendo detenida a esta joven, que, al fin, fue descubierta en el momento en que preparaba la sepultura. En esta ocasión no hubo necesidad de urna que removiera las bolas, sino que la suerte esta es toda mía, y de nadie más. Y ahora, soberano, cógela y sométela a placer a juicio y refútala si niega. En cambio, yo justo es que quede libre y descargado de estos sinsabores.

CREONTE.—A ésta que traes detenida ¿de dónde la traes, cómo la cogiste?

GUARDIÁN.—Estaba sepultando al muerto aquel; con esto estás al corriente de todo.

CREONTE.—¿Te das cuenta del alcance de lo que afirmas, y lo calculas bien?

GUARDIÁN.—Sí. Justo a ésa la vi en el momento en que enterraba el cadaver que tú habías prohibido enterrar. ¿Mis alegatos no son claros y demostrativos por sí?

CREONTE.—¿Cómo la visteis y cayó en vuestras manos?

GUARDIÁN.—La cosa fue así: cuando llegué, sobrecogido por aquellas terribles amenazas que me dirijiste, tras barrer todo el polvo que cubría al muerto, y tras poner bien al descubierto el cadáver que se estaba descomponiendo, nos sentamos en lo alto de una loma al abrigo del viento, consiguiendo así sustraernos al olor que de él emanaba y que no nos alcanzara, azuzándonos vivamente unos a otros y susurrándonos castigos para todo aquel que intentara desentenderse de esta faena. Y así transcurrían las cosas durante todo ese tiempo, hasta que el disco solar se situó en medio del firmamento y despedía fuego. Entonces, de pronto, un remolino levantó del suelo una polvareda ¡colosal tormento! y abarca con ella todo el

[16] Cfr. Arquíloco, 202 (Adrados).

[17] Cfr. línea 329.

llano, lastimando la fronda de la arboleda que había en la llanura, y de ello se saturó gran parte del cielo. Y nosotros soportábamos aquella infernal calamidad cerrando los ojos. Y pasado esto al cabo de un buen rato, aparece la muchacha, que lanza agudos tonos como un ave entristecida[18] cuando ve el nido con el lecho vacío y privado de los polluelos. Exactamente así, también esa muchacha, al ver limpio el cadáver, prorrumpió en lamentos y lanzaba funestas maldiciones contra los responsables de tal acción. Y enseguida lleva con las manos polvo seco y elevando un aguamanil, de bronce bien forjado, corona al muerto con abluciones vertidas tres veces. Y nosotros, al verlo, nos abalanzamos y entre todos la apresamos enseguida, sin que ello le afectara lo más mínimo, y la responsabilizábamos de los dos hechos, el anterior y el actual. Pero ella adoptó la actitud de no renegar de la más mínima inculpación, lo que provocaba en mí dos sensaciones distintas a la vez, satisfacción y tristeza. Pues el verse uno libre de los peligros que le acechan es cosa sumamente dulce, pero meter en peligros a los amigos es triste. Sin embargo, es natural que yo tome todos estos inconvenientes en menos que mi propia salvación.

CREONTE *(Dirigiéndose* a ANTÍGONA.*)*.—¡Eh, tú! Tú, la que inclinas la cabeza al suelo, ¿afirmas o niegas haber hecho esto?

ANTÍGONA.—Sí, afirmo haberlo hecho y no reniego de ello.

CREONTE *(Al* GUARDIÁN*)*.—En ese caso, tú puedes irte exento y libre de una grave responsabilidad. *(A* ANTÍGONA.*)* Y tú contéstame sin largos discursos sino de manera concisa: ¿sabías que un edicto ordenaba que nadie hiciera lo que tú has hecho?

ANTÍGONA.—Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo si era conocido de todos?

CREONTE.—¿Y aun así osaste transgredir estas leyes?

ANTÍGONA.—Es que no fue Zeus, en absoluto, quien dio esta orden, ni tampoco la Justicia aquella que es convecina de los dioses del mundo subterráneo. No, no fijaron ellos entre los hombres estas leyes. Tampoco suponía que esas tus proclamas tuvieran tal fuerza que tú, un simple mortal, pudieras rebasar con ellas las leyes de los dioses anteriores a todo escrito

---

[18] Cfr. Esquilo, *Agamenón*, 53.

e inmutables. Pues esas leyes divinas no están vigentes, ni por lo más remoto, sólo desde hoy ni desde ayer, sino permanentemente y en toda ocasión, y no hay quien sepa en qué fecha aparecieron. ¡No iba yo, por miedo a la decisión de hombre alguno, a pagar a los dioses el justo castigo por haberlas transgredido! Pues que había de morir lo sabía bien, ¡cómo no!, aunque tú no lo hubieras advertido en tu comunicado. Por otro lado, si he de morir antes de tiempo, yo lo cuento como ganancia, pues todo aquel que, como yo, vive en un mar de calamidades, ¿cómo se puede negar que hace un gran negocio con morir? Por eso, ¡lo que es a mí, obtener este destino fatal no me hace sufrir lo más mínimo; en cambio, si hubiera tolerado que el nacido de la misma madre que yo, fuera, una vez muerto, un cadáver insepulto, por eso sí que hubiera sufrido! Pero por esto no siento dolor alguno. Por lo que a ti respecta, si mantienes la idea de que ahora me estoy comportando estúpidamente, casi puede afirmarse que es un estúpido aquél ante quien he incurrido en estupidez.

CORIFEO.—Ello evidencia el terco genio que le viene a la muchacha del terco de su padre; y no va con ella ceder a las adversidades.

CREONTE.—Sin embargo, tienes que saber que los temperamentos duros en demasía son los que más se desmoronan, y que el potentísimo hierro, por muy duro que resulte al ser templado a fuego, podrías ver que se quiebra y hace añicos infinidad de veces. En cambio, tengo visto que los caballos que se encabritan se sujetan con un simple bocado. Es que no le va bien ser jactancioso a nadie que es esclavo del prójimo[19]. Esa, ya antes cuando transgredía las normas propuestas, sabía muy bien que su comportamiento era un desafío, y, después de haber cometido esa barbaridad, he aquí el segundo desafío: ufanarse de ello y reírse por haberlo cometido. Ciertamente que no soy yo un hombre de verdad, sino que el hombre de verdad lo es ella, si el triunfo que ha logrado le ha de quedar impune. Al contrario, aunque es, por un lado, hija de mi hermana y, por tanto, en razón de nuestra consanguinidad más próxima a mí que la totalidad de los miembros de nuestro hogar que patrocina Zeus, ella y también su hermana no escaparán al destino más calamitoso. Pues, en efecto, también a aquélla

[19] La misma idea en *Áyax*, 1071-2, 1231-2 y 1235.

la inculpo, en igual medida que a ésta, de haber planeado este enterramiento. Llamadla también, pues acabo de verla, en casa, rabiosa y sin control de sus sentimientos. Es que el apasionamiento de que dan prueba los que en la sombra andan maquinando cualquier cosa de forma indebida es un ladrón que los traiciona, y por eso suele ser sorprendido antes de cometer el propio delito. Sin embargo, no dejo de odiar también a aquel que, sorprendido en un acto pérfido, osa luego dignificar ese proceder.

ANTÍGONA.—¿Pretendes algo más duro que matarme, después de hacerme tu prisionera?

CREONTE.—Yo, nada: teniendo eso lo tengo todo.

ANTÍGONA.—Entonces ¿a qué esperas? Porque no hay nada en tus explicaciones que a mí me resulte agradable ¡y ojalá que jamás llegue a agradarme! De la misma manera también a ti mi postura te es de por sí desagradable. Y, sin embargo, ¿con qué otra acción habría obtenido yo una fama que hablara bien de mí, mejor que depositando a mi propio hermano en la tumba? Todos esos hombres que están junto a ti dirían que mi acción les agrada si el miedo no les cerrara la boca. Sin embargo la tiranía, entre otra infinidad de satisfacciones que tiene, goza de la facultad de hacer y de justificar lo que le viene en gana.

CREONTE.—Tú eres la única entre los cadmeos aquí presentes que tienes ese punto de vista.

ANTÍGONA.—Este mismo punto de vista lo tienen también ellos, sólo que por miedo a ti cierran la boca.

CREONTE.—¿No te da vergüenza tener unas ideas distintas a las de éstos?

ANTÍGONA.—Es que no tiene nada de vergonzoso honrar a los engendrados en las mismas entrañas maternas.

CREONTE.—¿No es hermano tuyo también el que murió en el bando de enfrente?

ANTÍGONA.—Sí; hermano nacido de la misma madre y del mismo padre que yo.

CREONTE.—¿Cómo, entonces, lo honras con un don que significa una falta de consideración hacia él?

ANTÍGONA.—No corroboraría esos tus puntos de vista el muerto.

CREONTE.—¿Cómo que no, cuando le dedicas a él los mismos honores que al impío?

ANTÍGONA.—Es que quien murió no es un simple esclavo, sino un hermano.

CREONTE—Pero que intentaba arrasar este país, y en cambio el que se le enfrentó murió por defenderlo.

ANTÍGONA.—Con todo y con eso, el propio Hades postula que se cumplan con todos los muertos los ritos que yo he tributado a éste.

CREONTE.—Sin embargo, en lo que toca a su obtención no se puede comparar al bueno con el criminal.

ANTÍGONA.—¡Quién sabe si allá abajo esta mi conducta es santa!

CREONTE.—Tienes que saber que jamás el enemigo, ni aun muerto, es amigo[20].

ANTÍGONA.—Tienes que saber que nací no para compartir con otros odio, sino para compartir amor.

CREONTE.—Entonces ve alla abajo y, si tienes que amar, ámalos a ellos, que, mientras viva, en mí no ha de mandar una mujer.

(Sale ISMENE *de palacio.)*

CORIFEO.—Y por cierto que aparece ante el pórtico ¡mírala!, Ismene, derramando lágrimas por su querida hermana. Y el torrente que fluye debajo de sus cejas le afea el rostro enrojecido, al tiempo que le inunda sus mejillas hermosas.

CREONTE.—¡Eh, tú, que en palacio, subrepticia como una víbora, tratabas a escondidas de chuparme la sangre, sin darme cuenta de que estaba criando dos calamidades y los instrumentos para la subversión del trono!, vamos, dime ya, ¿también tú afirmarás haber participado en este enterramiento o jurarás no saber nada?

ISMENE.—He cometido el hecho siempre que ésta respalde lo que digo, y gustosamente comparto y asumo mi parte de responsabilidad.

ANTÍGONA.—Pero lo que tú pretendes no te lo permitirá la Justicia, porque ni aceptaste cuando te propuse el hecho ni yo lo llevé a cabo en unión contigo.

ISMENE.—Sin embargo, metida tú de lleno en una tormenta, no me da vergüenza compartir contigo una navegación que entraña tanto riesgo.

---

[20] Idea semejante en *Áyax*, líneas 1348, 1356.

ANTÍGONA.—Quiénes son los autores del hecho lo saben por igual Hades y los muertos. Y yo a una que ama sólo de palabra no la quiero de amiga.

ISMENE.—Por favor, hermana, no me prives del honor de morir contigo y de santificar, así, al muerto.

ANTÍGONA.—¡Nada de morir junto conmigo ni tampoco de tomar como tuyo aquello en lo que no interviniste para nada! ¡Bastará que muera yo sola!

ISMENE.—¿Y qué vida hay grata para mí si me veo privada de ti?

ANTÍGONA.—Pregúntaselo a Creonte, pues antes te mostrabas preocupada por él.

ISMENE.—¿Por qué me mortificas así sin ganar nada con ello?

ANTÍGONA.—Créeme que me produce hondo pesar reírme a costa tuya.

ISMENE.—Entonces, si es como dices, ¿qué ayuda podría prestarte yo todavía ahora, ya que no antes?

ANTÍGONA.—Sálvate tú. No te envidio que consigas escapar.

ISMENE.—¡Lo que tengo que soportar yo! ¿Hasta tengo que verme privada del destino que te espera a ti?

ANTÍGONA.—Claro que sí, pues tú optaste por vivir, y, en, cambio yo por morir.

ISMENE.—No es cierto que yo optara por vivir, si tenemos en cuenta la interpretación íntima que del hecho tuve aunque no la declarara expresamente con palabras.

ANTÍGONA.—Tú entendías que tu manera de interpretar los hechos era la correcta; en cambio, yo entendía que la correcta era la mía.

ISMENE.—Sin embargo, es el mismo el error de las dos.

ANTÍGONA.—¡Estate tranquila! Tú todavía disfrutas de la vida, en cambio mi espíritu lleva muerto ya mucho tiempo, de donde se deduce que tiene que prestar su ayuda a los muertos.

CREONTE.—Aseguro que estas dos muchachas brillan por su insensatez, una desde hace un momento, y la otra desde el mismo instante de nacer.

ISMENE.—Nada de eso, sino que, oh soberano, a los que son desgraciados como yo no les permanece inalterable la sensatez por arraigada que la tuvieran, sino que cede el sitio a otra mejor.

CREONTE.—Efectivamente eso te va bien a ti, cuando optaste por comportarte mal poniéndote del lado de los malvados.

ISMENE.—Pues ¿qué atractivo tiene la vida para mí, si me quedo sola, sin ésta?
CREONTE.—Sin embargo, procura no decir «ésta», pues ya no existe.
ISMENE.—¿Vas a matar a la prometida de tu propio hijo?
CREONTE.—Sí, pues también los campos de otras admiten arado[21].
ISMENE.—No, al menos con el grado de compenetración que había entre él y ésta.
CREONTE.—A las mujeres perversas las detesto como esposas para mis hijos.
ISMENE.—¡Queridísimo Hemón, cómo te injuria tu padre!
CREONTE.—¡Ya pasa de la raya lo que me estás molestando tú y tu condición de casamentera!
CORIFEO.—¿Es cierto que vas a privar de esta muchacha a tu propio hijo?
CREONTE.—Es Hades quien va a suspender esta boda.
CORIFEO.—Al parecer, está decidido que ésta tiene que morir.
CREONTE.—Sí, por mí y supongo que también por ti. ¡No más charlas ya! Al contrario, criados, haceos cargo de ellas y llevadlas a palacio. Además, conviene que estas mujeres estén atadas y no sueltas. Pues escapan, ¡por supuesto!, hasta los más valientes cuando ya ven cerca a la muerte que los va a privar de la vida.

(Entran todos en palacio.)

ESTROFA 1

CORO.
Bienaventurados aquéllos cuya vida está exenta de calamidades,
pues a aquéllos cuya morada sea sacudida por el dios no les falta
desastre alguno, sino que éste los persigue durante un
sinfín de generaciones.
Es igual que el oleaje del mar,
que, cuando, impulsado por los airados aires tracios,
invade el oscuro fondo submarino, remolinea
desde las profundidades la negruzca arena,

---

[21] Imagen frecuente referida a la procreación humana, observable igualmente en Shakespeare, *Sonetos de Amor*, III, pág. 42, traducción y texto crítico por A. García Calvo.

y hace que rujan con estruendo los acantilados
azotados por los vientos y los embates de las olas.

Antístrofa 1

Observo que las penalidades de la casa de Lábdaco
y sus descendientes, ahora en trance de extinción, están recayendo
desde la fundación de la casa, penalidades sobre penalidades,
y no consigue librar de ellas a una generación la siguiente generación,
sino que, al contrario,
hay algún dios que los está arruinando, y estas penalidades no tienen solución.
Digo esto porque justo lo último que de la raíz
de esta familia había despuntado, ¡un sol para la casa de Edipo!,
ahora lo va a segar también
el funesto carcoma de los dioses infernales,
unido a la falta de tacto de que ella hizo gala en sus palabras,
y el Furor de sus sentimientos.

Estrofa 2

Tu potencia, Zeus, ¿qué soberbia
humana la contendrá,
cuando ni una sola vez pueden con ella ni el sueño, que todo cautiva,
ni los incesantes meses
de los dioses, sino que, por el contrario, tú, invetusto en edad y potente,
ocupas el refulgente
destello del Olimpo?
Al futuro y al porvenir
y al pasado alcanzará
esta ley: no hay absolutamente un solo instante
que llegue sin algún desastre para la vida de los humanos,
al menos en lo más de ella.

Antístrofa 2

La muy divagante esperanza de algo
para muchos hombres se traduce en un beneficio,

pero para otros muchos en una defraudación de sus vacuas pretensiones.
Y no hay nadie que esté en el secreto de lo que le va a sobrevenir
hasta que abrasa su pie en fuego que le quema.
En efecto, la sabiduría de alguien
ha sacado a la luz pública esta famosa expresión:
que lo malo parece a veces que es bueno
a aquella persona cuya alma
empuja la divinidad al desastre.
Cuando eso ocurre, se mueve al margen del desastre durante muy poquito tiempo.

(Entra HEMÓN *en escena.)*

CORIFEO.—Mira, ahí viene Hemón, la más joven criatura de entre tus hijos. ¿Vendrá acaso dolido de la suerte de su prometida Antígona, transido de rabia por la frustración de su boda?

CREONTE.—Pronto lo hemos de saber[22] mejor que adivinos. Hijo, ¿verdad que no te presentas aquí rabioso contra tu padre, por haber llegado a tus oídos el dictamen definitivo relativo a esa tu prometida? ¿O me consideras tu amigo, haga lo que haga?

HEMÓN.—Padre, tuyo soy, y tú con tus buenas intenciones para conmigo me vas encauzando. A ellas yo me conformaré. Pues, por lo que a mí toca, hay que dar por bueno que no voy a contraer ningún matrimonio más ventajoso que el hecho de que tú me orientes bien.

CREONTE.—Sí, hijo, así es como conviene que lo tengas metido en tu más profundo interior: que todo quede postergado ante el punto de vista de tu padre. Pues por eso los hombres engendran hijos y se glorían de tenerlos obedientes en casa, para que, por un lado, los defiendan de sus enemigos, respondiendo a sus males con otros males, y, por otro, para que aprecien a los amigos de su padre igual que los aprecia éste. En cambio, de aquél que planta vástagos inútiles ¿qué otra cosa se puede decir de él sino que plantó penalidades para sí mismo, y, en cambio, a favor de sus enemigos un mar de satisfacciones? Así, pues, hijo, jamás tires por la borda esa tu magnífica

---

[22] Lo mismo en *Edipo Rey*, 84, y similar en *Filoctetes*, 539.

sensatez por el goce y a causa de una mujer, sabedor de que una mujer malvada que en casa comparte el lecho con uno resulta para su esposo un grillete helador[23]. Pues ¿qué cáncer peor puede haber que un amigo perverso? Al contrario, escupe a la muchacha esta como se escupe a un enemigo y déjala que se despose en el Hades con algún muerto. Digo esto porque, en vista de que la sorprendí en actitud desafiante, la única entre todos los miembros de la ciudad, no voy a caer en el error de defraudar ¡eso nunca! a la ciudad, sino que la mataré. Ante esta decisión dispóngase a elevar un himno a Zeus Consanguíneo. Pues si llegara a alimentar en el desorden nada menos que a las criaturas de mi propia familia ¡cuánto más a los de fuera! Al contrario, quien es hombre de bien en lo particular se verá que también en lo público es justo, pero el que con sus transgresiones fuerza las leyes o se le ocurre señalar a las autoridades lo que tienen que hacer, no es cosa de que ese individuo consiga mi aprobación. Al contrario, quien esté a la cabeza por decisión de la ciudad, a ése es menester atender, tanto en cuestiones de poca monta y justas como en las contrarias. Y ese hombre que así sabe atender, puedo asegurar que estaría dispuesto a gobernar perfectamente y a dejarse gobernar sin causar problemas, y que, en el fragor del combate, permanece alineado como un soporte leal y valeroso para sus camaradas. En cambio, no hay mal peor que la rebeldía a la autoridad: es ella quien echa a perder a las ciudades, quien hace que se desmoronen las casas, quien rompe la retirada de las armas aliadas. En cambio, la mayoría de las personas a quienes les van bien sus cosas es la obediencia a la autoridad quien las salva. Por eso hay que defender lo ordenado, y, ¡claro!, no hay que dejarse avasallar ni por lo más remoto por una mujer, pues es preferible, si llega el caso, ceder a las presiones de un hombre, pues, en ese caso, no seríamos tachados de vasallos de mujer alguna.

CORIFEO.—A nosotros nos da la impresión, si es que nuestros muchos años no hacen que estemos engañados, que das unas explicaciones sensatas de lo que tratas de explicar.

HEMÓN.—Padre, los dioses infunden a los humanos la prudencia, el bien más sobresaliente que existe. Yo no sería capaz ni

[23] Cfr. Hesíodo, *Trabajos*, y Semónides.

se me ocurriría argüir que a lo mejor esto que argumentas tú no es correcto, pero, sin embargo, ¡claro!, puede ser que también otro que vea las cosas de manera distinta tenga razón. Pues, ¡la verdad!, es natural que yo esté atento, por bien tuyo, a todo cuanto la gente dice o hace o tiene que reprochar, pues esta tu mirada resulta espantosa para el hombre del pueblo si oyes ese tipo de manifestaciones que no te agrada oír. En este sentido, a mí me es fácil escuchar en la sombra y enterarme de esto, de cómo se lamenta la ciudad, cómo, a juicio de la ciudad, se acaba de la manera más desastrosa por hechos muy insignes la mujer que menos se lo merece de todas, quien no consintió que su hermano, caído en vengativa lucha, quedara insepulto y que así desapareciera a manos de crueles perros ni de ave rapaz alguna. ¿No es ella merecedora de obtener áurea estima? Tales son los extremos que alcanza en secreto el oscuro rumor. Para mí, padre, no hay ni un solo tesoro más preciado que el que te sonría a ti la suerte en la marcha de tus cosas, pues ¿qué maravilla mayor para los hijos que un padre que disfruta de un buen nombre, y, a su vez, cuál mayor que eso mismo para un padre de parte de sus hijos? Por eso, no hagas uso en tu fuero interno de una sola manera de ver las cosas[24], pensando concretamente que lo acertado es lo que tú afirmas y ninguna otra cosa más, pues todo aquél que tiene para sí que sólo él es quien tiene razón o que sólo él tiene una lengua o un alma que no tiene nadie más, los que así piensan, si se les quita el caparazón, aparecen vacíos[25]. Al contrario, no constituye desdoro alguno para un varón, por sabio que sea, aprender infinidad de cosas y procurar no pasarse de intransigente. Es un hecho de experiencia diaria que a la llegada de corrientes torrenciales los árboles que les dejan libre el paso consiguen salvar sus ramas, mientras que los que se resisten desaparecen con tronco y todo. De igual modo, todo aquel que aprieta con fuerza las escotas de una nave y no afloja ni lo más mínimo, llega a volcar y, en adelante, tiene que navegar con la cubierta boca abajo[26]. Tú, por el contrario, cede, dale a esa tu corajina un pequeño respiro. Pues, si en el joven

---

[24] La misma idea en *Áyax*, 926.

[25] Cfr. Platón, *Banquete*, 216. Ambos pasajes responden a la misma idea.

[26] Imagen semejante que pone al descubierto los inconvenientes de la intransigencia y obcecación en *Áyax*, 1142 y ss.

que soy yo se asienta alguna inteligencia, afirmo que es una gran ventaja que el hombre nazca lleno de acierto en todo, pero, por si acaso, pues eso es algo que gusta de no seguir esos derroteros, es bonito aprender también de los que manifiestan juicios razonables.

CORIFEO.—Soberano, conviene que tú, si tu hijo discurre algo acertado, lo entiendas así, y tú, Hemón, igualmente lo acertado de tu padre, pues se han emitido juicios correctos por ambas partes[27].

CREONTE.—¿Los de tan avanzada edad hasta vamos a dejarnos enseñar ahora a recapacitar a requerimiento de una persona tan joven de edad?

HEMÓN.—Nada injusto hay en ello. Y si soy joven, no es cosa de fijarse en mi edad más que en mis hechos.

CREONTE.—¿Uno de esos tus hechos es tener consideración con los sediciosos?

HEMÓN.—Tampoco sería yo quien mandara tener consideración con los perversos.

CREONTE.—¿Es que no está tocada ésta de la enfermedad de la perversión?

HEMÓN.—La gente toda de esta ciudad de Tebas afirma al unísono que no.

CREONTE.—¿Es que me va a decir una ciudad lo que tengo que decidir?

HEMÓN.—¿Ves cómo has dicho esto comportándote como uno excesivamente joven?

CREONTE.—¿Es que tengo que gobernar este país a gusto de otro que no sea yo?

HEMÓN.—Es que no hay ciudad alguna que pertenezca en propiedad a un solo hombre.

CREONTE.—¿No es norma considerar la ciudad propia del jefe?

HEMÓN.—Si así fuera ¡qué bonito sería que mandaras tú en un país completamente deshabitado excepto por ti!

CREONTE.—Éste, según parece, está coaligado con esa mujer.

HEMÓN.—Es verdad, siempre que tú seas una mujer, pues en realidad tú eres por quien me preocupo.

CREONTE.—¡Oh tú el colmo de la perversión!: ¿entras en querellas con tu padre?

---

[27] Esta idea es una fórmula de la tragedia, cfr. *Electra*, 369-71.

HEMÓN.—Es que estoy viendo que faltas a lo que es de justicia.

CREONTE.—¿Es que falto por guardar alta consideración a esta mi autoridad?

HEMÓN.—Es que no guardas consideración alguna cuando pisoteas nada menos que los honores debidos a los dioses.

CREONTE.—¡Infame individuo! ¡Mira que subordinarse a una mujer!

HEMÓN.—Tienes que saber que no me cogerías sometido en lo más mínimo a nada deshonroso.

CREONTE.—Sin embargo, tu discurso de ahora es todo él un alegato en pro de ella.

HEMÓN.—Y también de ti más que de ningún otro, y de mí y de los dioses infernales.

CREONTE.—No hay forma alguna de que contraigas matrimomonio nunca jamás con ella viva.

HEMÓN.—Entonces hay que deducir que ella morirá y que con su muerte arrastrará a alguien.

CREONTE.—¿Es que llegas hasta a amenazarme y a revolverte contra mí así, con tanto descaro?

HEMÓN.—¿Qué amenaza hay en replicar juiciosamente a unos puntos de vista vacíos de todo sentido?

CREONTE.—Las lágrimas son las que te harán entrar en razón a ti que careces por completo de sensatez.

HEMÓN.—Si no fueras mi padre, habría dicho que no estás en tu sano juicio.

CREONTE.—Siendo como eres vil esclavo de una mujer, no me aburras con tu cháchara.

HEMÓN.—¿Te gusta despacharte a placer y luego que no llegue a tus oídos lo más mínimo?

CREONTE.—¿Ah, conque sí? Sin embargo, ¡por el Olimpo aquí visible!, estate seguro: no te vas a alegrar de mofarte de mí con tus burlas. *(Dirigiéndose a un servidor.)* Lleva de una vez a esa aborrecida muchacha para que muera ahora mismo a la vista y al lado de su novio que la asistirá.

HEMÓN.—¡Eso de a mi lado, no te lo imagines ni por asomo! Ni ella morirá a mi lado ni tú me volverás a ver la cara con tus ojos, todo ello para que, así, rabies en compañía de los amigos que te lo soporten.

(Sale HEMÓN *precipitadamente.)*

CORIFEO.—Soberano, este hombre ha escapado a la carrera preso de ira. A esa edad una cabeza que se siente dolida es capaz de cualquier cosa[28].

CREONTE.—¡Lejos de aquí lleve a cabo con sus manos y conciba en su mente hechos superiores a los que corresponde a un ser humano hacer y pensar: que, lo que es a estas dos muchachas, no las va a librar de la muerte!

CORIFEO.—¿Es que piensas matarlas a las dos?

CREONTE.—A la que no tocó nada, a ésa no. Pues, efectivamente, tu razonamiento es acertado.

CORIFEO.—¿Con qué tipo de muerte proyectas matarla?

CREONTE.—La llevaré a un lugar donde no existan huellas humanas, y allí la encerraré viva en una gruta rocosa, ofreciéndole tan sólo la mínima cantidad de comida que la religión exija para que la ciudad entera se substraiga a una mácula pecaminosa. Allí, si se lo pide a Hades, que es el único de todos los dioses a quien rinde veneración, a lo mejor consigue de él evitar la muerte[29], o, lo que es más de esperar, comprenderá entonces al fin, ya que no antes, que rendir veneración a las fuerzas del Hades es empeño baldío.

(Entra CREONTE *en palacio.)*

ESTROFA

CORO.

Amor[30], invencible en combate,
Amor, que irrumpes en los ganados,
que pernoctas en las tiernas mejillas de la doncella,
y te paseas por el mar y entre
las majadas campestres.
Y no escapa a ti ninguno
ni de los dioses ni

---

[28] Fórmula de la tragedia, cfr. *Edipo Rey,* 1073-1075.

[29] Irónico.

[30] Desarrolla aquí Sófocles el conocido tema del poder absoluto del Amor como medio de la continuación de las especies, que arranca, al menos, del *Himno a Afrodita* y, tras recorrer la literatura griega, alcanza el inicio maravilloso del poema de Lucrecio.

de los efímeros mortales,
y el que se hace contigo, enloquece.

Antístrofa

Tú pasas los pensamientos de los justos
a injustos, para su afrenta.
Tú has promovido también esta disputa
entre hombres unidos por la sangre.
Pero a la postre se impone, patente en la mirada,
la pasión por la novia que promete un buen lecho,
pasión que tiene su fundamento
en las leyes eternas grandiosas en autoridad.
La explicación de ello es que entra en juego
una diosa invencible, Afrodita.
Pero ahora ya, hasta yo mismo hago caso omiso
de las susodichas leyes, al comprobar lo que está ocurriendo aquí,
y ya no soy capaz de contener torrentes de lágrimas,
cuando compruebo que ésta, Antígona, va a dar con sus huesos
en la cámara donde todos duermen.

Estrofa 1

Antígona.
Aquí me veis, conciudadanos de la tierra paterna,
recorriendo ya el último viaje,
y contemplando por última vez el fulgor del Sol,
que nunca más volveré a ver, sino que Hades,
que infunde en todos el sueño eterno, me empuja
aún con vida a la ribera del Aqueronte[31], sin
haber resultado agraciada con dedicatoria alguna
de cantos nupciales, y sin que hasta ahora loa alguna
se me haya entonado al pie de la cámara nupcial,
sino que es el Aqueronte con quien me voy a desposar.

[31] Nombre de uno de los varios ríos del Infierno.

CORO.
No se puede negar que marchas ilustre y merecedora de toda alabanza
a esta celda de los difuntos
sin haber sufrido el azote de una enfermedad agotadora
y sin haber obtenido el pago que dan los puñales,
sino que eres la única de verdad entre todos los mortales que por decisión propia
vas a bajar al Hades.

ANTÍSTROFA 1

ANTÍGONA.
Oí que pereció de la manera más triste,
junto a la cima del Sípilo,
aquella extranjera frigia[32],
hija de Tántalo, a la que, a guisa de yedra tenaz,
domeñó un saliente rocoso,
y a quien, según ciertos varones afirman,
al tiempo que se derrite por efecto de las lluvias
jamás la abandona la nieve, mientras inunda
con un sinfín de lágrimas, que bajan por sus párpados,
los collados. Pues bien, completamente igual a ella,
me va a someter a mí el destino al sueño eterno.
CORO.
Pero tienes que saber que era diosa y por dioses engendrada,
y en cambio nosotros humanos y por mortales engendrados.
Sin embargo, es ya una gran cosa para una mujer perecedera tener fama
de haber obtenido viva y, después, muerta, consorcio con los semidioses.

ESTROFA 2

ANTÍGONA.
¡Ay de mí, soy objeto de risión! ¡Por los dioses de nuestros padres!,

---

[32] La frigia es *Níobe*, hija de Tántalo, transformada en roca sobre el monte *Sípilo* de Lidia, tras perder a sus seis hijos y a sus seis hijas a manos respectivamente de Apolo y de Artemis, en castigo a su jactancia.

¿por qué
no esperas para burlarte de mí a que haya muerto,
en lugar de hacerlo ante mi propia cara?
¡Oh mi ciudad, oh potentados varones
de mi ciudad!
¡Ay fuente de Dirce y alameda sagrada
de Tebas bien provista de carros!:
pese a todo os tomo a todos en bloque por testigos
de ¡cómo soy yo y cómo las leyes por las que, sin recibir el consuelo de las lágrimas de
amigo alguno,
me encamino a la reclusión tumularia
de un insólito enterramiento!
¡Ay desgraciada de mí: no voy a ser
convecina ni de mortales ni de difuntos
ni de vivos ni de muertos!

CORO.—Abusaste llegando al colmo de la osadía, y por eso, hija, chocaste fuertemente con el sublime pedestal de la Justicia, y con ello estás pagando alguna mala acción de tus padres.

ANTÍSTROFA 2

.NTÍGONA.
Me tocaste la fibra más sensible, la pesadilla
por la desgracia una y otra vez removida de mi padre
y el compendio del destino fatal que nos ha correspondido
a nosotros, los famosos descendientes de Lábdaco.
¡Ay, locura de mi madre, traducida en aquellas sus coyundas!
¡Ay! ¡Que se acostara mi madre con su propio hijo,
mi desventurada madre con mi propio padre!
Esto les aconteció a aquéllos de quienes un día yo, abrumada ahora en mi mente
de molestos recuerdos, nací, y hacia quienes ahora me dirijo a compartir la morada, ¡maldita y soltera!
¡Ay, hermano[33], al contraer malhadado matrimonio,
tú, una vez muerto, me despojaste a mí de la vida que aún tenía!

---

[33] Polinices, al contraer matrimonio con la hija del rey de Argos, *Argía*, .ajo como aliados contra Tebas a los argivos.

CORO.—Tributar las honras debidas constituye una honorabilidad valiosa, pero la autoridad de aquél a quien el ejercicio de la autoridad obsesiona es cosa que en modo alguno se puede transgredir. Y a ti te perdió tu impetuosidad decidida por tus particulares resonancias.

EPODO

ANTÍGONA.—Sin consuelo de las lágrimas de nadie, sin amigos, sin haberme casado, voy a recorrer ¡yo que tanto he sufrido! este camino que me espera. Ya no me es lícito, ¡desgraciada de mí!, contemplar este sacro espectáculo del Sol. Y esta mi suerte, que no logra arrancar a nadie lágrima alguna, no hay ni un solo amigo que la deplore.

(Sale CREONTE *de palacio.)*

CREONTE.—¿Veis cómo no hay nadie que antes de morir ponga fin a cantinelas y lamentos por si le valiera de algo emitirlos? ¿No la empujaréis[34] cuanto antes? Luego, tras encerrarla en un túmulo bien recubierto, como ya he dicho, dejadla sola, abandonada de todos, bien sea que deba morir o bien quedar enterrada viva bajo semejante cubierta. Pues, en esas condiciones, nosotros estamos limpios de culpa en lo que a esta muchacha respecta. En todo caso, quedará privada de la convivencia con la gente de aquí arriba.

ANTÍGONA.—¡Oh túmulo, oh cámara nupcial, oh excavado habitáculo[35] que me aguardó por siempre, a donde avanzo junto a los míos, infinito número de los cuales, acabados de mala manera, ha recibido en el mundo de los muertos Perséfone, la última de los cuales yo, y de la peor manera con mucho, bajo allá antes de que se me haya agotado mi plazo de vida! Sin embargo, me recreo vivamente en la esperanza de que, cuando llegue allí, mi presencia será grata a mi padre, y más que grata para ti, madre, y grata a ti, hermano. Y esto porque, cuando moristeis, os lavé y preparé vuestra mortaja y sobre vuestro sepulcro ofrecí libaciones, todo con mis propias manos. Pero ahora, Polinices, por recubrir tu cadáver, mira lo

[34] El sujeto son los criados de Creonte.
[35] Este tipo de castigo se sugiere también en *Electra*, 378-382.

que consigo. Y sin embargo, a juicio de los inteligentes, no hice otra cosa que tributarte las honras debidas. Pues ni aunque se hubiera tratado de unos hijos nacidos de mí, ni de un marido, que, muertos, se estuvieran descomponiendo, jamás habría arrostrado esta prueba llevando la contra a mis conciudadanos[36]. Pues bien, ¿en gracia a qué ley me expreso así? Simplemente porque marido, muerto uno, otro habría, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido al primero. Pero, ocultos en el Hades madre y padre, no hay hermano alguno que pueda retomar jamás. Sin embargo, pese a haberte dedicado los más altos honores de acuerdo con tal ley, Creonte entendió que ese mi comportamiento constituía un delito y una osadía tremenda, ¡oh hermano! Y ahora, tras cogerme en sus manos, me lleva así, sin haber conocido el tálamo, sin haber escuchado los cantos de mi boda, sin haber obtenido asignación de matrimonio alguno ni de una criatura infantil, sino que, así como veis, abandonada de los amigos ¡desventurada de mí! me encamino viva a las profundidades de los muertos, ¿por haber transgredido qué legalidad de los dioses? ¿De qué me vale ¡desdichada de mí! levantar ya mis ojos hacia los dioses? ¿A qué aliado llamar en mi ayuda? Bien se ve que con mis buenas consideraciones lo que gané fueron estas amargas desconsideraciones. Sin embargo, si se confirma que las medidas tomadas contra mí son bien vistas por los dioses, una vez que sufra el castigo impuesto podría reconocer que he faltado, pero si los que faltan son éstos, entonces ¡que no lleguen a sufrir un daño mayor que el que me afligen fuera de toda razón!

CORIFEO.—Lo que es a ésta, le embargan todavía el alma las mismas ráfagas y los mismos vientos.

CREONTE.—¡Te aseguro que a éstos que la llevan les van a saltar las lágrimas por tanta lentitud!

ANTÍGONA.—¡Ay de mí! ¡Ese grave enunciado es el que más de cerca ha llegado a tocar mi muerte!

CREONTE.—No quiero suscitar la más mínima esperanza de que acaso no vaya a confirmarse esta decisión en los términos concebidos.

[36] Sófocles sigue aquí el modelo de su amigo Heródoto, 3, 119, referido a la mujer de Intafernes.

ANTÍGONA.—¡Oh ciudad paterna de la tierra tebana y dioses progenitores! Ya me llevan sin más tardanza. Mirad, autoridades de Tebas, a la única que quedaba de las infantas ¡cómo soy yo y cómo los hombres que me infligen tamaña afrenta, y eso por acatar el más piadoso acatamiento!

(Se llevan a ANTÍGONA.)

ESTROFA 1

CORO.

También la figura de Dánae[37] fue capaz
de trocar la luz del cielo por una estancia cerrada con llave de bronce,
pero encerrada en cámara sepulcral fue obligada a rendirse.
Y sin embargo, oh muchacha, muchacha, no sólo era honorable por su linaje
sino que atesoraba también la casta de Zeus llegada en forma de corriente de oro.
Sin embargo, la fuerza del destino es algo tremenda:
ni la dicha ni Ares ni una fortaleza
ni las negras naves zarandeadas por la mar conseguirían esquivarla.

ANTÍSTROFA 1

También fue obligado a rendirse el colérico hijo de Driante[38],
rey de los edones, a causa de sus mordaces enconos,
soterrado por Dioniso en rocosa prisión.
En tal situación la tremenda y floreciente furia

---

[37] *Dánae,* hija de Acrisio, rey de Argos. Éste había sido vaticinado que moriría a manos de su nieto. Por eso encerró a su hija en una cámara de bronce, pero allí fue visitada por Zeus bajo la especie de lluvia de oro. Al enterarse Acrisio del nacimiento de su nieto, llamado *Perseo,* depositó a ambos en una cesta en las aguas del mar (tradición similar a la de Moisés, típica de hombres a quienes espera excepcional futuro) y llegaron a la isla de Sérifo. Con el tiempo, tras haberse convertido Perseo en un héroe por matar a la *Medusa,* volvieron a Argos para visitar al anciano Acrisio y, con ocasión de la celebración de unos juegos, Perseo mató involuntariamente a su abuelo al lanzar el disco.

[38] *Licurgo,* retenido en una caverna por oponerse a la introducción del culto de Dioniso.

de su locura se va agotando. Entonces vino a reconocer
que había herido a aquel dios con mordaces puntadas.
Pues trataba de frenar a las endiosadas mujeres
y sus antorchas acompañadas de ovaciones
y enfadaba a las Musas encariñadas con la flauta.

ESTROFA 2

Junto al piélago donde se asientan las *Oscuras Rocas* situadas entre dos mares
están las costas del Bósforo y la playa de los tracios de nombre Salmideso:
allí fue donde su convecino Ares les vio a los dos hijos[39] de Fineo
una maldita llaga causante de su ceguera,
provocada por la salvaje esposa de Fineo,
llaga cegadora de las órbitas de sus ojos, crimen que clama venganza,
llaga producida sin lanzas, por sanguinarias
manos y con la punta de lanzaderas.

ANTÍSTROFA 2

Y consumiéndose lloraban ¡cuitados! las cuitas de su desgracia,
por tener su origen en la infausta boda de su madre:
ésta, la hija de Bóreas, y por tanto de los dioses, por casta se remontaba a los Erectidas, de viejo
cuño, y se había criado en extraviados antros entre los huracanes paternos
corriendo por las cumbres de las escarpadas colinas codo a codo con las yeguas.
Pero, pese a ser hija de dioses, también con ella
se ensañaron los *Destinos* longevos, querida niña.

(Entra TIRESIAS, *el adivino ciego, conducido por un lazarillo.)*

TIRESIAS.—Príncipes de Tebas, hemos recorrido juntos el camino por uno solo viendo los dos, pues ésta es la andadura posible a los ciegos: gracias a los buenos oficios de un guía.

---

[39] Su madrastra les sacó los ojos. Previamente su padre, *Fineo*, había abandonado y encarcelado a su madre *Cleopatra*.

CREONTE.—¿Qué hay, anciano Tiresias, de nuevo?

TIRESIAS.—Te lo explicaré, y tú obedece al adivino.

CREONTE.—El hecho es que, antes al menos, no disentía de tu buen juicio.

TIRESIAS.—Precisamente por eso pilotabas a derechas esta ciudad.

CREONTE.—Mi experiencia me permite atestiguar tu utilidad.

TIRESIAS.—Piensa que ahora, por el contrario, estás situado al borde de la ruina.

CREONTE.—¿Qué ocurre? ¡Porque esa expresión de tu boca me pone los pelos de punta!

TIRESIAS.—Te vas a enterar de lo que ocurre al oír las pruebas que aporta mi profesión. Ello es así: sentado en el viejo poyo, atalaya observadora de las aves, donde tenía a mi disposición la arribada de toda clase de aves, oigo un ignoto griterío de aves que chirriaban con crueles y bárbaros picotazos. Y me di cuenta de que unas a otras se despedazaban a muerte con las uñas, pues el estruendo de sus alas no era difícil de interpretar. Y, sobrecogido, corriendo me dispuse a probar los sacrificios en altares dispuestos enteramente para recibir las llamas. Pero la llama no brillaba en las ofrendas, sino que la grasa que manaba de los muslos se consumía en la ceniza y humeaba y salpicaba, y la bilis se diluía en el aire, y los muslos, una vez escurridos, quedaban despojados de la grasa que antes los recubría. Tales aconteceres captaba por este muchacho: que los vaticinios propios de las ceremonias aquellas se consumían sin dar una información clara. Pues éste me sirve a mí de guía y yo a los demás. Y esto es una enfermedad que padece la ciudad por tu particular manera de interpretar las cosas, pues los altares y lares permanecen repletos con todas sus ofrendas por culpa de haber devorado aves y perros al desdichado hijo de Edipo que cayó en combate. Por eso los dioses no admiten ya las súplicas que les dirigimos con nuestras ofrendas ni la llama de los muslos de esas ofrendas, y tampoco los pájaros chirrían un tipo de griterío fácilmente interpretable, por haber engullido, de la sangre que echó a perder a aquel hombre, la parte grasienta. Por tanto, hijo, recapacita. Pues común a todos y a cada uno de los hombres es equivocarse, pero después de equivocarse ya no es insensato ni desdichado quien, tras caer en esa enfermedad, procura curarse y no hacerse inflexible. La obstinación, ¡por supuesto!, incurre en torpeza. En fin, cede

ante el muerto, y no insistas en herir a un difunto. ¿Qué heroicidad hay en volver a matar al que ya está muerto? Porque te quiero bien, te doy buenos consejos. Y, además, dulcísima cosa es aprender de quien da consejos si esos consejos reportan beneficio.

CREONTE.—Viejo, como los arqueros disparan al blanco así disparáis todos vosotros al hombre que te habla. Y no estoy libre siquiera de los manejos de vuestra profesión vaticinadora, sino que por las intrigas de esta raza estoy vendido a cambio de cualquier cosa y tratado como mercancía desde tiempos atrás[40]. Enriqueceos, traficad con el ámbar de Sardes[41], si os apetece, y con el oro de la India. ¡Todo menos enterrarlo! Ni aunque las águilas de Zeus se decidan a atraparlo con sus garras y llevarlo como carroña hasta los tronos de Zeus, ni aun así permitiré enterrarlo, sin miedo a que ello constituya mácula, pues bien sé que no hay hombre alguno que pueda mancillar a los dioses. En cambio, viejo Tiresias, los hombres, hasta los muy hábiles, se derrumban cayendo al suelo de manera ignominiosa cuando presentan con los más bellos argumentos propósitos inconfesables por afán de lucro.

TIRESIAS.—¡Ay! ¿Es que hay algún hombre que sepa, alguno que se dé cuenta de...

CREONTE.—¿De qué cosa? ¿Qué es eso que aplicas a todos en general?

TIRESIAS.—... en qué medida es la prudencia la mejor de las riquezas?

CREONTE.—Sí, justo igual que, en mi opinión, obcecarse en no ser sensato es la ruina más grande.

TIRESIAS.—Sin embargo, tú estás lleno de ese mal.

CREONTE.—No quiero responder con reproches a los reproches del adivino.

TIRESIAS.—La verdad es que lo haces al decir que vaticino falsedades.

CREONTE.—Es que la raza de los adivinos está toda ella encariñada con el dinero[42].

---

[40] Acusación típica de los dictadores contra los que no secundan sus planes. Es un tipo de fórmula repetida en *Edipo Rey*, 380 y ss.

[41] *Sardes*, capital de Lidia, famosa por sus riquezas al igual que por lo mismo famoso su rey Creso. Cfr. Heródoto, 1, 26 y ss.

[42] Fórmula repetida en *Edipo Rey*, 388.

TIRESIAS—Y la de los monarcas lo está con las ganancias vergonzosas.

CREONTE.—¿Sabes que lo que digas lo dices de uno que es jefe?

TIRESIAS.—Lo sé, pues por mí has salvado esta ciudad.

CREONTE.—Hábil adivino eres tú, pero enamorado de la injusticia.

TIRESIAS.—Me vas a obligar a sacar a la luz lo que no se debe remover del fondo del alma.

CREONTE.—Remuévelo, sin otra condición que la de no hablar por lucro.

TIRESIAS.—En efecto, ahora creo que lo voy a hacer, así como dices, en lo que a ti toca.

CREONTE.—No harás negocio con mi decisión; hazte a esa idea.

TIRESIAS.—En fin, tienes que saber, pero que muy bien, que ya no pasarás muchas revoluciones consecutivas del sol sin que dentro de este breve plazo de tiempo no hayas permutado tú mismo a uno, fruto de tus propias entrañas, ya cadáver, en compensación de otros cadáveres, por cuanto, por un lado, has arrojado abajo a una persona propiedad de los dioses de arriba y has enterrado su vida indignamente dentro de un sepulcro, y, por otro, mantienes aquí, por el contrario, un cadáver propiedad de los dioses de abajo, expoliado en sus derechos, exento de honras fúnebres, execrado. Dioses infernales sobre los que ni tú ni los dioses de arriba tenéis competencia y, sin embargo, sufren por ti este acto de fuerza. Reprobadoras de ello, te acechan dispuestas a destruirte en cualquier momento las *Venganzas* de Hades y de los dioses, para que seas apresado en las redes de estas mismas afrentas. Y esto mira a ver si lo digo por dinero, pues un lapso de tiempo, y no largo, hará patentes en tus mansiones lamentos de hombres y mujeres. Con odio se conturban todas las ciudades de todos aquéllos cuyos muertos las únicas honras fúnebres que reciben son los desgarrones que les dedican o fieras o algún ave alada que lleva un nefando olor hasta la ciudad que mantiene el fuego del hogar. Tan incisivas flechas disparé a manera de arquero contra la furia de tu corazón, pues me estás molestando, flechas certeras a cuya febril picadura tú no escaparás. *(Al lazarillo.)* Muchacho, llévanos a casa, para que ése descargue su cólera contra gente más joven y aprenda a tener más cuidado y a moderar más su lengua y su manera de pensar mejor que ahora lo hace.

CORIFEO.—Este hombre, soberano, se ha ido tras vaticinar cosas tremendas. Y vengo constatando, desde que estoy cambiando este cabello de negro en blanco, que todavía no ha habido ni una sola vez que haya proclamado una mentira a la ciudad.

CREONTE.—Me he dado cuenta también yo, y por eso tengo mi alma con mucha desazón. Pues el ceder es cosa espantosa y, a su vez, enfrentarme y lastimar así mi coraje con un desastre[43] entra también en la categoría de lo espantoso.

CORIFEO.—Lo que ahora hace falta es mucha prudencia, Creonte, hijo de Meneceo.

CREONTE.—Entonces ¿qué conviene hacer? Dilo, que yo te haré caso.

CORIFEO.—Ve allá y saca a la muchacha del cobertizo subterráneo y dispón sepultura para el cadáver que yace a la vista de todos.

CREONTE.—¿Llegas hasta a aconsejarme eso, y entiendes que debo hacerlo?

CORIFEO.—Sí, soberano, y cuanto antes, pues los castigos que envían los dioses a carrera tendida acorralan y cortan el paso a los insensatos.

CREONTE.—¡Ay de mí! Mucho trabajo me cuesta, pero, sin embargo, depongo mi corajina renunciando a mi resolución, pues contra el destino no se debe en modo alguno sostener un combate condenado al fracaso.

CORIFEO.—Ve entonces allá y haz lo que decimos, y deja de lado cualquier otro menester[44].

CREONTE.—En ese caso marcharía allá así como estoy. ¡Vamos, vamos[45], séquito mío, el presente y el ausente, coged hachas

---

[43] Es una variante del proverbio «dar golpes contra el aguijón», como Esquilo, *Prometeo Encadenado*, 323.

[44] Suele ser entendido «y no encomiendes esta tarea a otros». Sin embargo, hay que convenir en que la idea del texto es idéntica a la de *Áyax*, 809, donde se expresa la decisión de actuar frente a la inactividad o la dedicación a otros menesteres. Idéntico a nuestra interpretación es *Áyax*, 772, y *Filoctetes*, 897, y Heródoto, 2, 92.

[45] Está más cerca de una exclamación que de su primitivo valor verbal. Obsérvese que es frecuente este hecho, como viene demostrado por el uso, incoherente sintácticamente, de segunda persona singular del imperativo seguida de primera del plural, Jenofonte, *Memorables*, 1, 6, 4. Cfr. también sobre incoherencia sintáctica en el imperativo Aristófanes, *Ranas*, 1378, y Platón, *Leyes*, 797d.

en vuestras manos, corred al lugar que se divisa allá! ¡Y yo, dado que mi decisión tomó estos derroteros, igual que fui yo quien la aprisioné también me presentaré allá y la pondré en libertad. Pues me temo que sea lo mejor cumplir las leyes establecidas si con ello salvo la vida[46].

(Sale de escena CREONTE.)

ESTROFA 1

CORO.
¡Oh tú, multinominado, honra y prez de la desposada cadmea,
y vástago de Zeus[47] de grave bramido,
que a la ínclita Italia[47]
proteges y mandas
en los valles comunales
de la eleusinia Deméter, oh Baco,
que habitas Tebas, la ciudad materna de las bacantes,
junto a la húmeda
corriente del Ismeno y al pie
del sembrado del feroz dragón!

ANTÍSTROFA 1

La llama destellante te ha visto en lo alto de la roca de doble cresta,

---

[46] Nuestra interpretación está en la línea de las varias expresiones que indican «salvar la vida aun a costa de renunciar a las creencias personales», por ejemplo, «haz caso y sálvate», Platón, *Critón*, 44b. Ésta es la idea de las líneas anteriores, *Antígona*, 992-994, y 1058, que vienen a significar: «Creonte ha salvado a la ciudad por cumplir los dictados del adivino, esto es, por cumplir las leyes establecidas.» Por último, el significado de esta expresión, según nuestro entendimiento, refleja un espíritu sumamente interesado y materialista, proceder propio del antihéroe, y ello encaja bien con la figura de Creonte que, por encima de todo, pone la *salvacion de su vida*, y así huye vergonzosamente ante la amenaza de la espada de su hijo Hemón, cfr. líneas 1233-1234. En definitiva, la expresión de Creonte sería un bonito antecedente de la famosa «París bien vale una misa».

[47] Se refiere a *Dioniso*, que recorre los viñedos de la *Magna Grecia* y, particularmente, varios lugares de la Grecia central como la *Gruta Coricia* del Parnaso. Dioniso está especialmente ligado a Tebas por ser su madre *Sémele* hija de Cadmo, rey de Tebas.

adonde enfilan las ninfas Coricias hijas de Baco[48]
y también la corriente de Castalia[49].
También te dejan partir[50],
entre ovaciones de inmortales cánticos
las hederíferas alturas y la verde
ladera, rica en pámpanos, de los montes Niseos[51],
cuando miras los caminos que llevan a Tebas.

ESTROFA 2

Entre todas las ciudades es ésta a la que
estimas por encima de todas
tú y, junto contigo, tu madre fulminada[52].
Ahora más que nunca, dado que la ciudad
y todos sus miembros es presa de violenta enfermedad,
ven con purificador pie franqueando
la Parnasia pendiente o el gemebundo estrecho.

ANTÍSTROFA 2

¡Ay, jefe de los coros de luceros
que exhalan fuego, observador de nocturnos
griteríos,
mozo, vástago de Zeus, aparécete aquí,
soberano, junto con la comitiva de tus
Tíades[53], las que, fuera de sí, corean
durante la noche entera a su amo Baco!

(Entra en escena un MENSAJERO.)

MENSAJERO.—Vecinos de las mansiones de Cadmo y de Anfión: mientras esté en pie la vida de un hombre no llegaría

---

[48] En sentido religioso. Expresión del tipo «hijas de María».
[49] Fuente de Delfos.
[50] Sobre esta expresión y sobre cualquier problema filológico de la obra total de Sófocles, cfr. nuestro comentario en nuestro *Sófocles,* que publicará en breve publicado por Ediciones de la Universidad de Salamanca.
[51] Sófocles aquí los sitúa en Eubea. Son montes donde Dioniso pasó su infancia.
[52] Sémele.
[53] Ninfas que acompañan a Dioniso.

yo, ¡no hay tal!, ni a elogiarla ni a censurarla jamás[54]. Pues siempre es el hado quien levanta y el hado quien derriba al bienhadado y al malhadado, y no hay ni un solo adivino de los aconteceres humanos. Veréis: Creonte en su momento era envidiable, en mi opinión, cuando logró salvar de los enemigos esta tierra cadmea y cuando se hizo él solo con el mando absoluto del país y lo dirigía floreciendo por la más genuina semilla de sus hijos. Pero ahora todo se ha perdido. Pues cuando un hombre destruye los objetos motivo de su satisfacción, yo apuesto a que ése no vive sino que lo considero un muerto que conserva la respiración. En efecto, ¡sé rico de capital con abundancia de riqueza si te apetece y vive con porte de rey, pero si está lejos de eso el estar contento, lo demás, si de lo que se trata es de conseguir alegría, yo no se lo compraría a nadie por el valor de la sombra del humo!

CORIFEO.—Pero ¿cuál es esta nueva carga que traes a los reyes?

MENSAJERO.—Muertos son, y los que viven son los culpables de que hayan muerto.

CORIFEO.—¿Y quién los asesinó? ¿Y quién es la víctima? Explícate.

MENSAJERO.—Hemón ha perecido y se desangró a instancias propias.

CORIFEO.—¿Por cuál de las dos ha perecido, por mano paterna o propia?

MENSAJERO.—Por sí solo, colérico con su padre por cuestión del asesinato.

CORIFEO.—¡Oh adivino! ¡Con cuánta exactitud, según se ve, cumpliste aquella grave profecía!

MENSAJERO.—En la seguridad de que esto es así, procede deliberar sobre lo demás.

(Sale EURÍDICE *de palacio.)*

CORIFEO.—Mirad: veo aquí a la cuitada Eurídice, la esposa de Creonte. Viene de casa, ¡qué sé yo!, o por oír hablar de su hijo o por simple casualidad.

---

[54] Idea repetida en Heródoto, 1, 32, 5, manifestada por Solón a Creso, rey de Lidia, y que se ha hecho fórmula de la tragedia. Cfr. también *Edipo Rey,* 1527 y ss.

EURÍDICE.—Conciudadanos todos, percibí vuestras palabras según me encaminaba a la salida para llegarme a dirigir unas oraciones de súplica a la diosa Palas. Me encontraba descorriendo los cerrojos de la hoja de la puerta que abre hacia atrás[55], y en ese preciso instante la alusión a una calamidad familiar me hiere a través de los oídos, y aterrorizada caigo de espaldas sobre mis criadas y quedo estupefacta. Sin embargo, sea cual sea el mensaje, decidlo de nuevo, pues seré capaz de oírlo ya que estoy acostumbrada a las desgracias.

MENSAJERO.—Soberana amada, yo, que por cierto fui testigo de lo ocurrido, te lo diré y no omitiré expresión alguna por grave que sea, que toque la verdad. ¿Pues para qué habría de consolarte con suaves descripciones respecto a las que más tarde habíamos de parecer mentirosos? Lo correcto es siempre la verdad. Pues bien, yo había acompañado a tu esposo guiando sus pasos hasta el final de la llanura, donde yacía privado de toda compasión, desgarrado por los perros, el cadáver de Polinices. Y tras suplicar a la diosa de los caminos subterráneos y a Plutón que contuvieran benévolos sus ímpetus furiosos, luego de someter el cadáver a un baño santo, reunimos y quemamos los restos que quedaban ya en medio de unos arbustos recién arrancados, y después de levantar un túmulo empinado de tierra patria estábamos entrando entonces para llegar a la cóncava cámara nupcial, enlosada con piedra, que, propiedad de Hades, albergaba a la muchacha. Y en ese instante oye alguien en torno a la execrable estancia un sonido venido de lejos, de agudos lamentos, y llegándose apresuradamente se lo anuncia al soberano Creonte. Y a éste le envuelven sonidos ininteligibles de penoso griterío según va avanzando más cerca y, prorrumpiendo en sollozos, emite esta grave confesión de lúgubres trenos: «¡Ay cuitado de mí! ¿Que no soy adivino? ¿Que no estoy recorriendo el más desdichado trayecto de todos los caminos pasados? Me está saludando la voz del muchacho. Pero, servidores míos, acercaos pronto y, situándoos junto al enterramiento, examinad, introduciéndoos hasta la misma entrada por la juntura del túmulo que admite se-

---

[55] En relación con esta interpretación hay que tener en cuenta a *Edipo Rey*, 1261. Se trata de una puerta con dos hojas que encajan, al cerrarse, mediante los cerrojos, y de esas dos hojas sólo abre una, como demuestra el caso presente.

paración de las piedras, a ver si acierto en mis conjeturas de que se trata de la voz de Hemón o si soy víctima de una ilusión de los dioses.» Y según el encargo del descorazonado soberano lo examinábamos. Y al fondo del enterramiento la vimos a ella suspendida por el cuello, atada con una cuerda hecha de su velo, y a él junto a ella, abrazado a su cintura, lamentando la ruina de su unión conyugal con la joven muerta, las ruindades de su padre y su desventurada boda. Y él, cuando lo ve, lanzando un terrible gemido, pasa a dentro junto a aquél y con lamentos lo llama así: «¡Cuitado! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Mira lo que se te fue a ocurrir! ¡Con qué desgracia te has echado a perder! Sal, hijo de mis entrañas, te lo pido suplicante.» Y el muchacho, clavándole la mirada con ojos fieros, escupiéndole en la cara y no contestándole nada, extrae la espada de doble filo, y falló el golpe, porque su padre corría a escape. Luego, ¡el desdichado!, tensó su pecho, según se encontraba entonces de irritado consigo mismo, apretó sobre sus costados la espada hasta la mitad y, aún consciente, estrecha a la doncella en sus débiles brazos. Y respirando con dificultad arroja brusco efluvio de un chorro de sangre sobre la blanca mejilla de la muchacha. Y allí quedó muerto abrazado a un cadáver, tras haber obtenido en suerte la celebración de los ritos nupciales ¡el pobre! en las moradas de Hades, poniendo al descubierto cómo la intransigencia es con mucho la más grande calamidad que asedia al hombre.

(Entra EURÍDICE *en palacio.)*

CORIFEO.—¿Cómo interpretarías esto? Esta mujer se ha ido de nuevo, sin dar explicación ni buena ni mala[56].

MENSAJERO.—También yo estoy asombrado, pero me sustento en la esperanza de que no ocurre más que, al oír las desgracias de su hijo, no consideraría de buen gusto lamentarse de ellas ante el público, sino que, dentro bajo techo, pensará proponer a las criadas llorarlo en familia. Pues no ha dado pocas pruebas de buen juicio, ¡como para cometer un desatino!

CORIFEO.—No sé, pero, por lo que a mí toca, la verdad es que me parece que es igual de grave el silencio en demasía que el constante griterío sin sentido.

---

[56] Fórmula repetida en la tragedia. Cfr. nota 30.

MENSAJERO.—Si pasamos a palacio, sabremos si no guarda a escondidas en su corazón irritado alguna obsesión. Pues la verdad es que razonas bien: en efecto, también en el demasiado silencio hay a veces gravedad.

(Entra en palacio. Aparece CREONTE *con su séquito, llevando en brazos a su hijo* HEMÓN.)

CORIFEO.—¡Mira ahí!: el rey en persona viene hacia aquí, portando entre sus brazos clara evocación, una ruina, si no es pecado decirlo, no causada por extraños sino fruto de su particular error.

ESTROFA 1

CREONTE.
¡Ay, yerros de mis mentes demenciales,
intransigentes, mortales!
¡Oh vosotros que contempláis a los asesinos y
a las víctimas entre sí emparentados!
¡Ay de mí, qué cosa más desdichada las decisiones que tomé!
¡Ay, muchacho, moriste, te quitaste de en medio
prematuro con prematura muerte,
ay, ay, ay, ay,
por intransigencias mías y no tuyas!

CORIFEO.—¡Ay de mí, qué tarde parece que has visto lo acertado!

CREONTE.—¡Ay de mí, lo he aprendido en medio de mis desgracias! Por lo visto fue la divinidad quien entonces, sí, entonces me cogió y descargó sobre mi cabeza todo el enorme peso de sus golpes y quien me zarandeó metiéndome en un proceder salvaje ¡ay de mí! ¡derribando mi alegría que rueda por los suelos! ¡Ay, ay, penosas penas de los mortales!

(Sale un MENSAJERO *de palacio que refiere lo que ha ocurrido en él, un* MENSAJERO *de interior.)*

MENSAJERO INTERIOR.—Soberano, ¡cuántas calamidades tienes en tus manos y cuántas has añadido todavía! En efecto, se ve que has llegado aquí trayendo unas en tus brazos, éstas de aquí, y que has de contemplar enseguida otras dentro de casa.

CREONTE.—¿Pero qué otra calamidad hay peor todavía que las calamidades que ahora me afligen?

MENSAJERO INTERIOR.—Tu esposa ¡la pobre! ha muerto, la madraza de este cadáver, por golpes de reciente incisión poco ha infligidos.

ANTÍSTROFA 1

CREONTE.

¡Ay, ay, puerto de Hades, imposible de drenar!
¿Por qué, por qué me echas a perder?
Tú que me has traído una información calamitosa y dolorosa,
¡qué triste es la noticia que me das!
¡Ay, ay, a un hombre que estaba acabado acabaste de rematar!
¡Qué grave es el hecho del que das cumplida prueba, muchacho!
¡Qué otra grave novedad me evidencias,
ay, ay, ay, ay:
que yace muerta a cuchillo, víctima de su perdición, mi esposa!

(Se abre la puerta de palacio y se ve el cuerpo sin vida de EURÍDICE.*)*

MENSAJERO INTERIOR.—Puedes verla, pues ya no está oculta.

CREONTE.—¡Ay de mí! Estoy contemplando ¡cuitado!, ve aquí, otra segunda calamidad. A la vista de esto ¿qué destino, cuál, me aguarda aún? Acabo de coger entre mis brazos a mi hijo cadáver ¡cuitado de mí!, y veo ahí delante ese otro cadáver. ¡Ay, ay, madre infeliz, ay, hijo!

MENSAJERO INTERIOR.—Ésta, al pie del altar, abrazada a espada de agudo filo, iba entornando en la obscuridad sus párpados, después de emitir amargos lamentos primero por el que había muerto antes, Megareo[57], y por su gloriosa suerte, luego por éste, y por último te achacó a ti perversas ruindades calificándote de asesino del muchacho.

ESTROFA 2

CREONTE.

¡Ay, ay, ay, ay!
¡Me conmuevo de espanto! ¿Por qué no me asestó

[57] Hijo de Creonte, uno de los siete capitanes tebanos.

alguien un golpe frontal con espada de doble filo?
Soy un miserable ¡ay, ay!, y
en miserable angustia estoy sumido.

MENSAJERO INTERIOR.—Eras recriminado por esta muerta como si tuvieras toda la responsabilidad de estas y aquellas muertes.

CREONTE.—¿Pero de qué manera puso fin a su vida y se entregó al suicidio?

MENSAJERO INTERIOR.—Se hirió ella misma con su propia mano hasta el hígado, una vez que se enteró del caso este extremadamente lamentable del muchacho.

CREONTE.—¡Ay de mí, ay de mí! Estos hechos no se atribuirán nunca a ningún otro hombre sustraídos a mi responsabilidad. En efecto, yo te maté, yo te maté, ¡miserable de mí!, yo, y no digo más que la pura verdad. ¡Ea, esclavos, llevadme cuanto antes lejos de aquí, llevadme fuera de aquí, a mí, que más que un miserable soy uno que ya no existe!

CORIFEO.—Lo que aclaras es cosa provechosa si es que hay algún provecho en las calamidades, pues las calamidades que nos embargan, cuanto más breves, mejor.

ANTÍSTROFA 2

CREONTE.
¡Que llegue, que llegue,
que haga acto de presencia entre mis hados venturosos el que tiene
lo más hermoso, el que excelso me trae a mí el día final! ¡Que llegue,
que llegue, para que ya no contemple otro día más!

CORIFEO.—Esas son cosas que pueden esperar. Conviene hacer algo de lo que ahora urge, pues esto que urge incumbe a los que debe incumbir, a los familiares.

CREONTE.—Sin embargo, lo único que anhelo es lo que de forma resumida supliqué.

CORIFEO.—Entonces no añadas ninguna súplica más, pues para los mortales no existe escapatoria del acontecer que les esté destinado.

CREONTE.—Si aceptarais mis súplicas llevaríais lejos de aquí a un hombre estúpido que, hijo, sin ser su voluntad te mató, y también a ti, ésta de aquí, ¡ay infeliz de mí!, y no sé cómo ni

a cuál de las dos cosas prestar atención, pues todo lo que cae en mis manos se desmorona, y, por otro lado, se abatió sobre mi cabeza una desgracia insoportable.

CORO.—La sensatez resulta con mucho lo primero y principal de la felicidad, y también conviene no cometer impiedad alguna, al menos en lo tocante a los dioses. Pues los razonamientos inmoderados de los arrogantes, al sufrir como castigo golpes inmoderados, les enseñan con la vejez la sensatez.

EDIPO REY



INTRODUCCIÓN

El *Edipo Rey* es otra tragedia más cuya fecha de representación no es absolutamente segura. Pero también es susceptible de ser enmarcada dentro de ciertos límites cronológicos. Es un hecho seguro que es anterior al año 424 a.C., pues la línea 27 de los *Acarnienses* de Aristófanes, comedia representada en 425 a.C., es una imitación de la línea 629 del *Edipo Rey*. En cambio, la hipótesis de que la peste descrita en *Edipo Rey*[1] sea una evocación inmediata de la famosa peste de Atenas del año 429 a.C. que Tucídides[2] describe tan detallada y magistralmente carece de fundamento sólido, entre otras razones porque el *Edipo Rey* refiere una peste de corte mítico y universal[3], de corte similar a la descrita en el libro primero de la *Ilíada*[4], frente a la de Atenas, que es parcial. Ahora bien, hay datos que invitan a situar esta obra en los aledaños de la *Antígona:* la figura del adivino Tiresias está revestida de los mismos ingredientes y actitudes, el tipo del Edipo de aquí comporta unos caracteres muy similares al del Creonte de allí. Por consiguiente, hay que concluir que la fecha del *Edipo Rey* está entre los años 440-425 a.C., quizá más cerca de los primeros que de los últimos. Ronnet[5] la coloca antes del año 430 a.C.

La estructura de la obra arroja una unidad lineal perfectamente lograda[6]. El personaje central, Edipo, es mucho más

---

[1] *Edipo Rey*, líneas 14-30.

[2] Tucídides, 2, 47, 3-54.

[3] Mazon, *Sophocle. Tome II*, París, 1972, pág. 67.

[4] *Ilíada*, 1, líneas 9-10 y 43-53.

[5] Ronnet, *Sophocle poète tragique*, Paris, 1969, pág. 329.

[6] Cfr. Mazon, *op. cit.*, pág 66, donde al respecto se manifiesta así: «Difícilmente hay otro drama mejor construido y donde el interés sea llevado con más acierto y seguridad.» Cfr. también G. Ronnet, *op. cit.*, pág. 58, donde recoge el común sentir que considera el *Edipo Rey*, «la realización más perfecta del arte de Sófocles».

que todo eso: realmente él es la tragedia entera, pues de él parten todos los estímulos y todos llegan a él. Lo que de la actitud de Edipo se diga, eso se está diciendo de la tragedia entera. En este sentido cabe afirmar que el desarrollo de la acción es magistral. Al principio de la obra se nos presenta el hundimiento de la ciudad frente a la solidez de Edipo, lo que no deja de ser una ironía trágica desde la perspectiva de los espectadores, conocedores de la saga de Edipo. La causa de la peste que afecta a todo ser viviente de Tebas (personas, animales y plantas) radica, según declaración del oráculo de Delfos, en la existencia en su suelo de un ser contaminado y contaminador que es menester expulsar o matar. Edipo, como cabía esperar de él habida cuenta de su amor a la ciudad y su pasión por la búsqueda de la verdad, concentra todas sus fuerzas en descubrir al culpable. Luego, a medida que avanza la acción, Edipo va perdiendo aquella seguridad mayestática en aras de una inquietud vaga pero no por ello leve, que le llega por la revelación inesperada de su posible culpabilidad que le indica el adivino, y, luego, de manera más impresionante, por las palabras de Yocasta, conforme a las cuales el asesinato de Layo debió ocurrir en un cruce de caminos, lo que le hace revivir una experiencia ya olvidada en el fondo de su conciencia. Él, el antes cazador a la vista del pueblo, se va convirtiendo lentamente (lo que aumenta el dramatismo) en probable pieza, víctima de sus propios y precipitados dardos, cercada por la red de datos de un rompecabezas que van denunciando ya cierto sentido. Pero Edipo todavía puede no dar por totalmente perdida su esperanza de salvación: el testigo, ahora ausente, habló de que el autor del homicidio no había sido un individuo aislado, sino un grupo de bandoleros. Es de presumir la enorme agitación psíquica y física, la tensión y el *suspense* durante el intervalo que media entre la denuncia de los supuestos bandidos y el fallo que emitirá al respecto el testigo. Luego, y por último, se precipitarán los acontecimientos, precipitación que arrastra consigo al propio Edipo, pues llegará el *clímax* de la obra, la identificación de la personalidad de Edipo, tan triste para él, precisamente a cargo del emisario que creía traerle una noticia sumamente grata. Lo que sigue (muerte de Yocasta y ceguera de Edipo) es la distensión, aunque dramática, esperada tras la prolongada y tensa situación anterior.

Es comprobable, pues, en la estructura del drama una progre-

siva aunque lenta marcha[7] *in crescendo.* La unidad está totalmente lograda y el interés del espectador no sólo no decae en ningún momento sino que va en aumento, desde el inicio en que Edipo aparece en la cúspide de la gloria hasta el final, en que aparece hundido en la más baja de las situaciones imaginables: al principio era el rayo de luz resplandeciente y ahora, al final, privado de sus ojos, es la oscuridad misma. Para la recta comprensión del ser de esta tragedia entendemos que no vale de mucho la tesis de Freud de que esta obra puede servir de paradigma del famoso complejo que precisamente lleva el nombre de su protagonista. Porque no asoma por parte alguna ningún síntoma que revele atracción sexual, ni consciente ni inconsciente, ni de la supuesta madre de Edipo, Mérope, reina de Corinto, ni de Yocasta, la real aunque ignorada madre, sobre Edipo[8]. Tampoco nos aclara nada nuestro objeto conocer el meollo del fondo de esta tragedia, su presunta base histórica en hechos del antiguo Egipto, ni los elementos folclóricos (exposición del niño en la montaña y subsiguiente salvación merced a los buenos sentimientos de unos pastores, el parricidio y el incesto) que en la obra anidan[9]. Es una obra griega en cuanto a espíritu y sentimientos. Antes de ahora hemos podido comprobar, así en el asunto de *Las Traquinias,* que la última causa del drama radicaba en la supina ignorancia de algunos personajes, en especial del protagonista. A primera vista este parámetro parece no servir para medir y comprender esta tragedia, porque, si de algo ha dado pruebas Edipo, es precisamente de inteligencia. ¿Quién, si no, descifró el enigma de la Esfinge? Más aún: no necesita que nadie le advierta las medidas que debe tomar para combatir la peste o para identificar al culpable. En ambos casos se anticipa Edipo a las sugerencias de sus interlocutores. No sólo Edipo sabe tener ideas, no sólo intuye, sino que es sumamente sagaz al seguir la pista a los datos que se le ofrecen. Tampoco Edipo puede ser acusado de ruindad o vileza. Todo lo contrario. Es extremadamente noble y pendiente del bienestar de su pueblo, extremadamente valiente pues, aunque vislumbre su ruina, no se arredra, cuando Yocasta,

---

[7] G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama,* Nueva York, 1958, página 55, califica la estructura del *Edipo Rey* de *estilo lineal.*

[8] Cfr. en este sentido L. Gil, *Sófocles: Antígona. Edipo Rey. Electra,* Madrid, 1974, pág. 92.

[9] Cfr. L. Gil, *op. cit.,* págs. 88 y ss.

una mujer al cabo, ya hacía tiempo que había puesto coto a sus peligrosas cavilaciones, cuando intuyó que el horizonte de su resultado no se presentaba sin amenaza de tormenta. Lo mismo debe decirse de su gran cualidad humana: aun sospechando que los hechos van a demostrar el esperado y supuesto estrato social bajo al que pertenece no vacila en continuar las investigaciones en la idea de que, confirmada la hipótesis, no había de desmerecer por ello el ahora excelso Edipo. En suma, reúne en sí todos los elementos que hacen de él un héroe excepcional, porque sabe ganar batallas morales más difíciles de conseguir que las materiales, sobre todo cuando son victorias ganadas a costa de uno mismo. No podemos pensar tampoco que los crímenes cometidos por él, pero sin él saberlo, pueden serle, ni desde la perspectiva legal ni ético-religiosa, imputables hasta el punto de ser merecedores del castigo que cae sobre Edipo, pues la falta de voluntariedad le eximía de responsabilidad legal, y, en cuanto a la mácula contraída pese a su ignorancia, cabe afirmar que no se monta sobre ella el peso de los acontecimientos. El autor no pone demasiado énfasis en ello. Menos aún es justificable la tragedia de Edipo por sus personales defectos, que los tiene, pero ninguno de una envergadura tal que esté en consonancia con sus desgracias. Porque el excesivo celo de su poder que reacciona agriamente contra Creonte y el adivino Tiresias, cuando la fuerza de los acontecimientos se vuelve contra él, y el no saber aceptarla de inmediato, antes bien albergar sospechas de conspiración contra él, dando muestra de falta de control, son reacciones normales. Todos estos errores son insignificantes y sin demasiada trascendencia en la economía de la obra, porque Edipo cae en este frenesí de forma puramente instintiva y refleja, dado que los sucesos se precipitan sobre él imprevisiblemente. De su parte de error con esta conducta se purifica suficientemente en el transcurso de la acción al aceptar estoicamente la verdad. Este conjunto coherente de virtudes que adornan a Edipo impide ver en parte alguna una culpa tan grande que racionalmente sea equivalente al castigo sufrido, culpa que Bowra[10] se empeña a todo trance en encontrar, aunque bien difícil le resulta la empresa. Acertadamente ha enjuiciado los hechos Alsina[11] cuando se expresa así: «No es posible aceptar la cómoda actitud de creer

---

[10] C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945, págs. 165 y 169.

[11] Alsina, «Sófocles en la crítica del siglo xx», *Emerita*, 32, 1964, pág. 319.

que en Edipo se ha cumplido una justa sentencia por un crimen no cometido.»

Además, es clara la grandeza con que se alza Edipo al final de la obra. Esta grandeza depende precisamente de haber sufrido mucho sin habérselo merecido nada. Resulta evidente que, si su sufrimiento inmenso hubiera sido la consecuencia correlativa de sus pecados, Edipo no habría alcanzado esa aureola y altura inaccesibles. Es, pues, Edipo una buena lección para estos tiempos hedonistas a ultranza, pues la grandeza de la humanidad de Edipo es el fruto no de sus éxitos lisonjeros, sino de su capacidad de sufrimiento que ha logrado extraer la quintaesencia de la maravillosa humanidad, cuando es humana. Bien ha visto el meollo de la cuestión Lasso de la Vega[12] cuando en un estilo conciso sentencia así: «En Sófocles el dolor no sólo visita a los culpables, sino preferentemente a los inocentes.»

¿Cuál es, pues, el verdadero manantial del que fluye la fuerza dramática de los acontecimientos? Es un hecho cuyas consecuencias debe pagar Edipo sin ser merecedor de ello, al producirse un desequilibrio entre culpa y pena, pero hecho igualmente dramático para la persona afectada, pues tanto tome una decisión como otra, en ambas está cercado por el drama, por la desgracia, situación en la que el protagonista se halla inmerso sin que su voluntad desempeñara papel alguno en esta decisión. En efecto, Edipo, por pura casualidad y sin que él fuera responsable de ello, se salva cuando estaba destinado a morir en la montaña. Luego, sin quererlo, interviene en una serie de acontecimientos, todos normales. Pone toda su voluntad, que no es poca, y toda su inteligencia, que es mucha, en saber quién es, conforme al mandato délfico. En otras tragedias sólo la estupidez ha sido la última responsable de la calamidad. Pero en *Edipo Rey* la cosa no es tan simple, porque no es la ignorancia culpable de nada, ni la inteligencia perspicaz evita la catástrofe. Ahí radica el extremo dramatismo: en situaciones extremadas se evidencia que la inteligencia humana significa exactamente igual que la ignorancia. En efecto, a Edipo su inteligencia lo lleva cada vez más a la conciencia de su nulidad[13]. Según el entender de Sófocles, debe deducirse de ahí que el mejor de los bienes que asisten al hombre, la inteligencia, no es más que pura sombra. Por tanto, si la igno-

[12] Lasso de la Vega, *De Sófocles a Brecht*, Barcelona, 1970, pág. 24.
[13] Cfr. Mazon, *op. cit.*, pág. 65.

rancia humana no nos libera de la realidad de la triste condición del hombre, su comprensión, la inteligencia de ello, evidencia a las claras que al hombre le es dado conocer poco, tarde y en vano. ¿Qué es, pues, más dramático, la ignorancia o la inteligencia? Con la ignorancia el hombre se acerca en su inconsciencia a la bestia, con la inteligencia al menos se libera de su lastre terrenal, por la función catártica que ella lleva consigo. Por eso Edipo (contando con que su entorno trágico está tratado con dimensiones enormes, como conviene a un modelo) reúne las condiciones idóneas para servir de paradigma al hombre de bien que, consciente de sus limitaciones, sabe hacerles frente.

Y como una paradoja e ironía más (entre las numerosas[14] que esta obra posee, tantas que en general conlleva dos lecturas, una para los actores, y otra distinta, y a veces contrapuesta, para los espectadores) está la siguiente: el Edipo glorioso del principio de la obra cegaba con su intenso resplandor a los espectadores, induciéndolos a interpretar la vida ilusoriamente, en cambio el Edipo ciego del final es el que de verdad emite una diáfana luz al público, que, gracias a ella, acierta a ver el verdadero alcance y límites de la condición humana. Bien ha captado el fondo del asunto Lasso de la Vega[15] cuando al respecto escribe: «En todos ellos [los protagonistas] el dolor comportado con una capacidad absoluta de sufrimiento, con hondura y casi siempre con aplomo, descubre finalmente lo más verdadero que en ellos se alberga, su verdad verdadera "y" el hallazgo de la propia alma, del más íntimo centro de ella, lo consigue el héroe en el alumbramiento doloroso»[16].

---

[14] Cfr. Kirkwood, *op. cit.*, págs. 247 y ss., y nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles», *Emerita*, 51, 2.°, 1983, págs. 269-300.

[15] Cfr. *op. cit.*, pág. 45, y también *Sófocles: Tragedias*, Madrid, 1981, Biblioteca Clásica Gredos, pág. 48.

[16] Buxton, «Blindness and limitis», *JHS*, 100, 1980, págs. 22-37.

EDIPO REY

(Ante el palacio de EDIPO *en Tebas, un grupo de jóvenes y ancianos están sentados en las gradas del altar. Portan en sus manos ramos de olivo con cintas de lana. Al frente del grupo, un sacerdote. Sale* EDIPO, *les dirige una mirada; y luego, la palabra.)*

EDIPO.—Hijos, descendencia nueva de Cadmo[1] el de antaño, ¿con qué intención me venís corriendo[2] a estos asientos coronados con ramas de suplicantes? Además, la ciudad rebosa toda a la vez de incienso y toda a la vez de peanes[3] y lamentos. He considerado justo, hijos, escuchar la respuesta no de boca de mensajeros, que son cosa distinta, y por eso me he presentado aquí en persona, el llamado por todos ilustre Edipo[4]. En fin, anciano, pues resultaste ser el más llamado a hablar en nombre de éstos, aclara: ¿con qué mira os halláis aquí? ¿Por miedo, o por deseo de algo? Estad seguros de que

---

[1] Cadmo, hijo de Agenor, rey de Tiro, llegó conducido por una vaca de Delfos a Tebas donde fundó su ciudadela, la Cadmea. Por consejo de Atena sembró los dientes del dragón que había matado y, tras aniquilar a unos, sobrevivieron cinco, convertidos en los antepasados de la nobleza tebana. Según la tradición, Cadmo introdujo en Grecia la escritura de Fenicia.

[2] Sobre esta interpretación y en general sobre cualquier otro problema filológico no discutido en esta obra cfr. nuestra versión y comentario que sobre la obra en general de Sófocles ha sido publicada por Ediciones de la Universidad de Salamanca.

[3] El peán es un himno en honor a Apolo en su condición de curador de calamidades.

[4] El supuesto extranjero Edipo, tras adivinar el enigma de la Esfinge que asolaba a Tebas, salvó a esta ciudad consiguiendo en premio la mano de la reina Yocasta, entonces viuda.

yo aceptaría enfrentarme a todo, pues sería indolente, ¡y eso no!, de no compadecer tan estremecedora actitud de suplicantes.

SACERDOTE.—En fin, Edipo, dominador de mi país, ya nos ves a qué edades estamos sentados junto a tus altares: unos todavía no con fuerzas para volar un largo vuelo[5], otros, la clase sacerdotal, y concretamente yo, sacerdote de Zeus, pesados con su vejez, y éstos de aquí escogidos entre los jóvenes. El resto de la gente, coronada de ramos de suplicantes, está sentada en la ceniza oracular de Ismeno[6]. Pues la ciudad, justamente como tú mismo lo observas, zozobra[7] y no es capaz de levantar cabeza de las profundidades y del sangriento oleaje: se está consumiendo a causa de los brotes de la tierra que no llegan a aflorar, y se está consumiendo también a causa de los ganados vacunos que se echan a perder y a causa de los partos infecundos de las mujeres. Y la ignífera diosa, la peste sumamente detestable, tras precipitarse sobre la ciudad, la aflige, y por ella se va vaciando el solar cadmeo mientras el negro Hades se va enriqueciendo con lamentos y gemidos. Pues bien, estamos sentados suplicantes, sin llegar a compararte con los dioses ni yo ni estos jóvenes, pero sí juzgándote el primero de los hombres en las desgracias de la vida y en los tratos con los dioses, tú que, nada más llegar, liberaste la ciudad cadmea de la inflexible cantora[8] y del tributo que le ofrecíamos, y eso que por nosotros no habías sabido ni fuiste informado de nada en absoluto, sino que tú, según las explicaciones y juicios nuestros, nos enderezaste la vida por la ayuda del dios[9]. Y ahora, Edipo, poderosísimo según todos, todos éstos te suplicamos, vueltos a ti, que nos halles algún remedio, bien sea porque hayas oído un mensaje a algún dios o bien porque lo conozcas por algún hombre. Porque observo que es a los experimentados a quienes resultan más vivos también los resul-

---

[5] Imagen que compara a los niños con los pajarillos incapaces de volar.
[6] Nombre de un semidiós, hijo de Apolo Ismenio.
[7] La imagen de la nave del Estado, de tan larga y afortunada tradición.
[8] Se refiere a la Esfinge.
[9] Palabras ambiguas. Cfr. al respecto nuestro comentario en *Sófocles*, publicada por Ediciones de la Universidad de Salamanca, y nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles», *Emerita*, 51, 2.º, 1983, págs. 269-300.

tados en los planes[9]. ¡Vamos, tú, el más destacado de los mortales, levanta la ciudad! ¡Vamos, agárrate[9] bien! Porque ahora este país te celebra llamándote salvador por tu buena disposición anterior. Y que no tengamos que acordarnos de tu mandato porque nos levantamos derechos y caímos después. Al contrario, levanta esta ciudad con solidez. Dado que entonces trajiste la suerte con feliz auspicio, sé igual en este momento. Porque si es que[9] has de continuar rigiendo este país justamente como lo mandas, es más hermoso que mandes en él lleno de hombres que vacío. Consciente de que nada son ni el torreón ni la nave sin hombres que los ocupen[10].

EDIPO.—Mis sentidos hijos, os acercasteis a mí en solicitud de hechos propios para ser conocidos por mí y no desconocidos[9]. Pues sé muy bien que andáis mal todos, pero aunque andáis mal, como yo[9], no hay entre vosotros ninguno que ande igual de mal. Pues vuestro dolor afecta a uno solo por sí y a ningún otro, en cambio mi espíritu llora a la vez por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despertáis de dormir un sueño ¡de eso nada! Al contrario, sabed que he vertido ya muchas lágrimas y que he recorrido muchos caminos en andanzas de preocupación[9]. Y el único remedio que en un meticuloso examen encontré, ése lo puse en práctica[9]. En efecto, comisioné al hijo de Meneceo, Creonte, mi propio cuñado, a las mansiones informativas de Febo[11], para que se informara de cuál es el hecho o cuál la palabra con que conseguir yo poner a salvo esta ciudad[12]. Y al darse la circunstancia de que el tiempo ya transcurrido hasta hoy se ajusta a la teórica duración del viaje, me preocupo pensando en qué negocios anda metido, pues se retrasa más de lo debido, más del tiempo adecuado. Pero cuando llegue, en aquel instante maldito sería yo[9] de no hacer todo cuanto pudiera indicar la divinidad.

SACERDOTE.—He aquí dos cosas, una a propósito de la otra: tú acabas de hablar de él y éstos de aquí ahora mismo me hacen señas de que Creonte se acerca.

---

[10] Esta circunstancia es referida con reiteración en la literatura griega, por ej., Tucídides, 7, 77, Dión Casio, 56, 6 y Heródoto, 8, 61. Cfr. también *Antígona*, líneas 737 y 739.

[11] Al oráculo de Apolo, dios de las purificaciones, en Delfos.

[12] Pues él no tendrá salvación, lo que dice sin querer.

EDIPO.—Soberano Apolo, ¡ojalá llegue con alguna suerte que resulte tan salvadora como llega de radiante en la mirada!

SACERDOTE.—Sí, al parecer viene satisfecho, pues en otro caso no caminaría así, coronado por entero de laurel con fruto y todo.

EDIPO.—Pronto lo sabremos[13], pues está a la justa distancia como para que nos oiga. Soberano[14], familiar mío, hijo de Meneceo, ¿con qué información del dios llegas para nosotros?[15].

(Entra CREONTE *en escena.)*

CREONTE.—Buena, pues tengo razones para decir que incluso lo difícil, si hubiera suerte de que saliera bien, sería por completo una buena ventura.

EDIPO.—Pero ¿de qué índole es la respuesta? Pues no estoy ni contento ni en realidad atemorizado por ahora, al menos por tu actual comunicación.

CREONTE.—Si quieres oírlo en presencia de éstos, presto estoy a hablar o, si lo prefieres, también lo estoy a entrar dentro.

EDIPO.—Habla delante de todos, pues tengo más pena por éstos que incluso por mi propia vida aunque esté en juego.

CREONTE.—Si[16] es así, podría explicar qué clase de cosas oí de boca del dios. El soberano Apolo claramente nos ordena a nosotros[9] echar la mancilla del país, dando a entender que ha crecido por completo en esta tierra, y no acrecentarla hasta lo irremediable.

EDIPO.—¿Con qué clase de purificación? ¿Cuál es la característica del suceso?

CREONTE.—Expulsando a un hombre o remediando un asesinato de nuevo con otro asesinato, dando a entender que la sangre esta de aquí[17] está atormentando a la ciudad.

---

[13] Fórmula. Cfr. *Antígona,* nota 22.

[14] Aunque los miembros de la familia real pueden recibir este título, aquí en boca de Edipo, que es el auténtico soberano, no puede sugerirnos sino otra ambigüedad. Efectivamente Creonte es ya soberano de Tebas en potencia y pronto el real.

[15] Obsérvese que la tragedia usa como cosa habitual el pronombre plural por el singular: *nosotros* por *yo.* De nuevo hay aquí una fuerte ambigüedad.

[16] Porque un optativo potencial, línea 95, presupone normalmente, como es sabido, una condicional.

[17] Significando indirectamente a Edipo.

EDIPO.—¡Vamos a ver! ¿A qué persona corresponde el suceso que denuncia?

CREONTE.—Soberano, fue Layo caudillo de esta tierra en otro tiempo, antes de que levantaras a esta ciudad.

EDIPO.—Lo conozco de oídas, pues, lo que es verlo, todavía no lo he visto, esto ¡seguro![18].

CREONTE.—Muerto él, ahora nos encarga claramente castigar con nuestra mano a los ejecutores materiales de aquella muerte, unos que andan por ahí[19].

EDIPO.—Y éstos[20] ¿en qué parte del mundo están? ¿Dónde se ha de encontrar esta[20] huella, tan difícil de comprobar, de una culpa vieja?

CREONTE.—En este[20] país, decía. Por lo demás, lo buscado es hallado y en cambio escapa lo descuidado.

EDIPO.—¿Y dónde, en casa o en los campos o en tierra extraña, se encontró Layo con este[20]... asesinato?

CREONTE.—Salió al extranjero, según comentaba, como consultor del oráculo, y ya no regresó más a casa tras su partida.

EDIPO.—¿Y no lo vio ningún mensajero ni nadie que hiciera el mismo camino a quien se pudiera interrogar y sacar provecho?

CREONTE.—Es que se van muriendo, excepto uno solo que, tras escapar por miedo, de lo que vio[9], nada excepto una sola cosa pudo aclarar con seguridad.

EDIPO.—¿Y esa cosa de qué tenor es? Pues una sola cosa podría dar pie a que nos enteráramos de otras muchas si consiguiéramos un punto de esperanza por pequeño que fuera.

---

[18] Es una frase ambigua (no visto ni por Jebb ni por Kamerbeek) y por ello la gramática y el significado quedan un tanto imprecisos, por ejemplo, su objeto directo queda en el aire sin matizar. El objeto directo de ambos verbos es Layo según piensa Edipo, pero *el enderezamiento de la ciudad* según piensa el espectador y que indica Edipo sin querer. Esto es, Edipo sin querer dice según el espectador: «Sé de oídas que he enderezado la ciudad, pues, de comprobarlo, eso todavía no lo he comprobado.» Como es cierto.

[19] Se refiere a *unos* no totalmente desconocidos, sino que es un indefinido enfático, y que el espectador intuye ya a quién se refiere. Cfr. *Electra*, 1107.

[20] Obsérvese el uso reiterativo del demostrativo de primera persona, que alude, sin querer, a que la presa buscada está allí, al lado y delante de ellos: Edipo.

CREONTE.—Decía que unos bandidos se habían topado con él y que lo habían matado no con violencia de uno solo sino con multitud de brazos[21].

EDIPO.—Pero ¡bueno! ¿Cómo ese bandido habría llegado a tal extremo de osadía si no se hubiera tramado algo desde aquí con dinero[22]?

CREONTE.—Esa era la opinión generalizada. Pero, muerto Layo, no surgía ningún auxiliar suyo entre las calamidades[9].

EDIPO.—¿Pero qué clase de obstáculo calamitoso impedía, habiendo caído de esta forma el poder, aclarar este punto?

CREONTE.—La cantora de abigarrados tonos, la Esfinge, nos forzaba a nosotros a que, dejando de lado lo oscuro, prestáramos atención a lo que teníamos entre manos.

EDIPO.—Sin embargo, yo lo aclararé de nuevo desde el principio, pues convenientemente Febo y convenientemente tú os habéis tomado esta solicitud de parte del muerto[9]. Por ello, en atención a la justicia del caso, veréis también en mí un aliado dispuesto a reivindicar el honor de este país y a la vez también del dios. Pues en favor de seres queridos en modo alguno lejanos, sino en favor de mí mismo barreré esta inmundicia lejos de mí[23]. En efecto, quienquiera que fuera el que lo mató, pronto osaría castigarme también a mí con fuerza semejante. Por eso, al defenderlo a él me favorezco a mí mismo. En fin, cuanto antes, hijos, levantaos de los peldaños, alzando estas ramas de suplicantes, y que otro cualquiera reúna aquí al pueblo de Cadmo, seguros de que yo haré todo[24]. Pues con la ayuda de dios hemos de salir o afortunados o abatidos.

(Entran EDIPO *y* CREONTE *en palacio.)*

---

[21] Como latín *manipulus*, es un grupo, banda o sección de hombres. Es frecuente en Esquilo y Sófocles. Es una frase llena de ironía: todos menos Edipo inocentemente hablan de *muchos* asesinos de Layo (por tanto no Edipo), pero Edipo insiste en hablar de *uno*, por ej., en línea 124.

[22] Típica sospecha de tirano, repetida en el Creonte de *Antígona*. Es ello una fórmula de la tragedia, cfr. nota 40 de *Antígona*.

[23] Ambiguo.

[24] Ambiguo: para los actores significa *en la idea de que yo no regatearé esfuerzo alguno para solucionar el problema*, pero para el espectador *en la idea de que yo solo haré todo, seré el agente que mueve el asunto, y seré el objeto del asunto*. El texto que sigue continúa esta idea y la confirma.

SACERDOTE.—Hijos, levantémosnos, pues habíamos venido aquí en busca de las promesas que éste proclama. ¡Y ojalá que Febo, que mandó estos oráculos, nos haya llegado como salvador y a la vez a poner fin a la epidemia!

ESTROFA 1

CORO.
Oh información de Zeus portadora de dulce mensaje,
¿con qué mensaje has llegado a la brillante Tebas
desde el lugar rico en oro de la Pitonisa?
Estoy tenso en mi espantada mente,
temblando de miedo,
¡oh dios de la curación[25], delio, salvador!,
angustiado en torno a ti por cuál va a ser el
pago que me has de exigir que te haga efectivo,
si va a ser uno nuevo o si es de los que están ya siendo pagados
cada vez que reiteradamente transcurre un determinado tiempo.
Dímelo tú, hijo de la áurea Esperanza,
Verbo inmortal.

ANTÍSTROFA 1

Primero te invoco a ti, hija de Zeus,
inmortal Atena,
y a la que recorre este país, tu hermana
Artemis, que se asienta en el trono glorioso de en torno a la plaza,
y a Febo, el flechador a distancia. ¡Ay!
Llegad a mi presencia los tres poniendo coto a nuestros males.
Si alguna vez, al precipitarse como ahora un anterior desastre
sobre la ciudad, terminasteis con el resentimiento
de nuestro sufrimiento en el destierro,
llegad también ahora.

ESTROFA 2

¡Ay, ay! Pues soporto innumerables
sufrimientos. Está enferma toda mi

---

[25] Invocación a Apolo.

hueste, y no hay a mano una lanza de imaginación
con que defenderse uno. Pues ni crece la semilla
de la ínclita tierra ni en los partos
sufren fatiga quejumbrosa las mujeres.
Puedes ver a uno tras otro, exactamente igual que pájaro dotado
de buen ala, precipitarse
con más fuerza que el invencible fuego
hacia la costa del dios de la oscuridad[26].

Antístrofa 2

Perece una población innumerable.
Y los niños, a quienes es negada toda compasión,
yacen en el suelo heridos de muerte sin ser llorados[27].
Y, entretanto, esposas y hasta canosas madres acuden unas
tras otras ante el ara del altar a suplicar y a llorar
por sus tristes penas.
Y relumbra el peán y su convecino el gemebundo alarido.
Envía, áurea hija de Zeus, a propósito de estas calamidades
tu sonriente protección contra ellas.

Estrofa 3

Y que el violento Ares[28] que
ahora, desprovisto del bronce de los escudos,
me quema saliendo a mi encuentro envolviéndome con griterío,
girando sobre sus espaldas no deje de correr
desterrado de la patria hasta el vasto

---

[26] Hay quienes han pensado que se trata de una semejanza con los efectos de la peste de Atenas, según la refiere Tucídides, 2, 47 y ss.

[27] Habitualmente se entiende que los niños yacían muertos sin enterrar, siendo portadores de contagio. Nosotros opinamos que o engloba esta frase tanto a los muertos como a los agonizantes o exclusivamente a estos últimos. De Tucídides, 2, 51-52 (quizá espejo de la descripción de Sófocles), se deduce que, aunque llegaban a amontonarse los cadáveres sin enterrar en las calles o en los templos, la tendencia era a enterrarlos, lo que, en consecuencia, no se aviene con la idea de que Sófocles implique que estaban sin enterrar. Más bien Sófocles parece coincidir con Tucídides, 2, 52, 2.

[28] Personificación de la muerte, y aquí de la peste.

aposento de Anfitrita[29]
o hasta el oleaje tracio, inhóspito de puertos.
Pues si la noche deja algo con vida, él es quien
viene por el día a acabarlo. Por eso,
tú que administras los dominios
de los destellos igníferos,
Zeus padre, aniquílalo bajo el peso de tu rayo.

ANTÍSTROFA 3

Soberano Liceo, querría que tus dardos,
alejándose de las curvas cuerdas del arco trenzadas en oro,
se distribuyeran indómitos,
plantándose delante en defensa mía, y con ellos las igníferas
antorchas de Artemis[30], con las cuales
recorre los montes licios.
Y llamo en mi ayuda al de la áurea diadema
que dio nombre a este país,
el de los ojos vináceos, Baco, el de la evocación:
que, acompañado de la hueste de las Ménades[31],
se ponga a mi lado, inflamado
con el pino refulgente
contra el único dios que entre los dioses está privado de honores.

(Sale EDIPO *y se dirige al* CORO.*)*

EDIPO.—Estás formulando una petición. Pero, respecto a lo que pides, si te dignas prestar atención y aceptar mis propuestas y ayudar a la peste[9], podrías conseguir protección y alivio a tus calamidades. Propuestas que yo enunciaré desde mi condición de huésped[9] de estas consideraciones y huésped[9] del hecho, porque yo solo no llegaría lejos en mis pesquisas, si no dispusiera de alguna pista. Por eso ahora, dado que, yo ciudadano, soy inscri-

---

[29] Se refiere al océano Atlántico, en construcción polar con el mar *Tracio*.
[30] Artemis, hermana de Apolo, y por lo mismo vinculada con Licia.
[31] Mujeres que con esta denominación o la de *Bacantes* o *Tíades* rinden culto a su patrono Baco, recorriendo los bosques o montañas, adornadas con coronas de laurel, vestidas con pieles de animales y envueltas en danzas y ritos frenéticos.

to en el registro de los ciudadanos con posterioridad a los demás, a vosotros, todos los cadmeos, os proclamo este mensaje: «Quienquiera que de vosotros sepa a manos de qué individuo pereció el hijo de Lábdaco, mando a todo el mundo que me lo denuncie. Y si el propio individuo teme, que se substraiga al cargo denunciándose voluntariamente, pues no le ocurrirá ninguna otra cosa desagradable más que salir del país, pero con garantías. Y si alguien, a su vez, conoce al autor del hecho, bien sea otro o de otra tierra[9], no lo calle, pues le asignaré el pago correspondiente y además le quedará mi agradecimiento. Pero si, por el contrario, os calláis y la gente, temerosa por un ser querido o incluso por sí misma, no hace caso de estas mis propuestas, debéis oírme las medidas que en ese supuesto tomaré. Al individuo ese, quienquiera que sea, prohíbo que en este país cuya jefatura y tronos ostento lo admita o le dirija la palabra alguien o lo haga partícipe en las oraciones o en las ofrendas a los dioses o le asigne parte alguna en las abluciones. Ordeno, por el contrario, que lo echen todos lejos de sus casas, en la seguridad de que éste es nuestra mancilla, como el oráculo Informador del dios me lo acaba de manifestar a mí[9]. Como veis, éste es el tipo de aliado en que me convierto yo del hado[9] y del hombre que murió. Y si el ejecutor pasa desapercibido, bien sea que se trate de uno solo, alguno de por ahí, o bien sea que actuara en compañía de más gente, pido solemnemente a dios que pase él, ¡miserable!, desgraciadamente una vida desventurada. Y pido también que, si llegara a compartir mi hogar en mis propias mansiones con conocimiento mío, sufra[9] justamente lo que imprequé hace un instante contra ellos. Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas órdenes, por mí mismo[9], por el dios y por este país, consumido tan estéril y tan dejado de la divinidad. Pues aun en el supuesto de que el asunto no fuera requerido por la divinidad, no sería natural que vosotros lo dejárais así, sin purificarlo, cuando la víctima es el hombre más destacado, el rey, sino, al contrario, que le siguierais la pista. Y ahora, puesto que se da el hecho de que tengo yo el mando que él tuvo antes, y que ocupo su lecho y esposa, fecunda para los dos, y puesto que nos habría surgido comunidad de hijos comunes si no le hubiera salido a él desventurada la descendencia (pero la realidad es que esa desventura[9] se abatió sobre su cabeza), en fin, en justa correspondencia a estas circunstancias combatiré con estas medidas en defensa de él como si de mi propio padre se tratara, y

llegaré a todo, intentando detener al autor del asesinato, para satisfacción del hijo de Lábdaco[9] y de Polidoro y del anterior a éste, Cadmo, y del más antiguo, Agenor. Y en cuanto a los que no cumplan estas órdenes impreco a los dioses para que no les dejen brotar semilla[32] alguna de la tierra ni mucho menos hijos de sus mujeres, sino que tengan que consumirse con la peste actual e incluso con otra más abominable que ésta. En cambio a vosotros[33] los demás cadmeos, a cuantos estas medidas son gratas ¡ojalá que la Justicia y todos los dioses os asistan por siempre con su grata compañía!

CORIFEO.—Con la contundencia con que me incluiste en tus maldiciones, con ésa misma, soberano, contestaré: y la respuesta es ésta, ni lo maté ni puedo[34] señalar al que lo mató. Pero este asunto consistía simplemente en la búsqueda del que envió[35] la comisión..., de Febo, para que señalara quién puede ser el que lo ha realizado.

EDIPO.—Acabas de argumentar rectamente, pero no habría hombre alguno capaz de forzar a los dioses a lo que no quieran.

CORIFEO.—Tras esta sugerencia puedo dar una segunda que se me ocurre.

EDIPO.—Aunque sea una tercera, no dejes de indicarla.

CORIFEO.—Me consta que hay un soberano que ve tanto como el soberano[36], concretamente Tiresias[37] igual que Febo, por

---

[32] Disentimos de la edición de Dain, que acepta la lección ἀροτόν, línea 270, de Ellendt, que significa *arable*. Es preferible la lección de los códices ἄροτον, *semilla, fruto*, con quien concierta τινα, ambos siendo complementos de ἀνιέναι cuyo sujeto son *los dioses*. Cfr. *Himno a Deméter*, 332.

[33] Fuertemente ambiguo e irónico. Edipo, sin querer, se excluye de la compañía de la Justicia.

[34] Tiene dos matices bien diferenciados: *no saber* en el sentido de *ignorar*, y *no tener fuerzas para, no atreverse a*, implicando que se sabe lo que era preciso contestar pero que no se atreve. Aquí juega irónicamente con ambos valores, de alguna manera implicando temor a revelar el nombre del asesino que parece circulaba *sotto voce* entre la gente. Cfr. línea 731 y *Antígona*, 270.

[35] Se trata de un texto deliberadamente abstracto e inconcreto gramaticalmente: prueba ello de ambigüedad.

[36] Ambiguo. El espectador ve en la forma *soberano* a Edipo, cuya denominación normal es. Cfr. líneas 276, 286: Edipo conoce al asesino igual que Apolo.

[37] Adivino cuyo nombre, parlante, significa *el prodigioso* y que, por su condición, tiene por patrón al dios de los oráculos, Febo Apolo.

quien uno que prestara atención a estos asuntos, oh soberano, podría captarlos con toda evidencia.

EDIPO.—Pero es que me ocupé de esa cuestión no dejándola tampoco en olvido. En efecto, envié a instancias de Creonte[38] una comisión de dos personas[39]. Y es extraño que no esté aquí hace tiempo.

CORIFEO.—¡Claro, todos los demás rumores son obtusos y viejos[40]!

EDIPO.—¿Cuáles son ésos? Pues examino todo dato.

CORIFEO.—Se argumentó que había muerto a manos de determinados caminantes.

EDIPO.—Lo he oído también yo. Pero nadie ve al que lo vio[9].

CORIFEO.—Sin embargo, sólo con que tenga un poco de miedo, al oír las maldiciones tuyas[41], tan fuertes, no aguantará.

EDIPO.—Quien no tiene miedo al cometer la acción, tampoco las palabras por graves que sean lo atemorizan.

(Entran TIRESIAS, *guiado por un lazarillo,*
y los enviados de EDIPO.)

CORIFEO.—Pero hay quien lo va a poner en evidencia, pues, ¡mira!, éstos conducen ya aquí al divino vate, en quien, solo entre los hombres, radica la verdad.

EDIPO.—Tiresias, tú que sabes interpretar todas las cosas, las que se enseñan y las que se callan, las celestes y las de a ras de tierra: la ciudad, aunque no ves, sin embargo sabes con qué peste convive, de la que sólo a ti te hemos encontrado, oh soberano, protector y salvador. En efecto, por si no les ha oído nada a quienes acudieron a buscarte, Febo contestó a nuestro mensaje con este otro: que sólo llegaría solución a esta pestilencia si, tras identifi-

---

[38] Este es un precioso toque que deja caer Sófocles para preparar y justificar las líneas 555-556, y 705.

[39] En contra de Jebb y otros comentaristas, los dos comisionados no fueron sucesivamente, sino juntos como juntos regresan, línea 297. Hasta tal punto se considera una sola embajada que se usa el singular por el plural para referirse a ambos, en línea 289, lo que sería imposible si se tratara de dos embajadas distintas.

[40] Frase ambigua: los actores lo entienden como *dichos tontos y chochos*, pero el espectador como *dichos serios que circulan en secreto sin ruido y desde hace largo tiempo*, lo que está en consonancia con línea 277, 530 y 731.

[41] Este adjetivo posesivo es ambiguo, como es frecuente en Sófocles. El espectador lo refiere a *maldiciones contra ti*, equivalente a un genitivo objetivo, no subjetivo como lo entiende el coro.

car bien a los que mataron a Layo, los matábamos o los deportábamos al destierro fuera de la patria. Así, pues, no nos niegues tú ni las indicaciones de las aves[42] ni ninguna otra vía de adivinación que tengas a tu disposición, y así sálvate a ti mismo y a la ciudad, y sálvame también a mí, y deja a salvo toda mancilla del muerto. Pues en tus manos estamos. Por lo demás, tratándose de un hombre, prestar ayuda[9], con los medios de que disponga y pueda, es la más hermosa de las empresas.

TIRESIAS.—¡Ay, ay! ¡El saber qué tremendo es cuando no reporta beneficio al que sabe! En efecto, yo, que conocía bien esta sentencia, la había olvidado, pues, en otro caso, no habría llegado aquí.

EDIPO.—¿Pero qué ocurre? ¡Qué desanimado entraste!

TIRESIAS.—Mándame a casa, pues, si me haces caso, muy fácilmente sobrellevarás tú tu asunto y yo el mío[9].

EDIPO.—No has dado ni una respuesta legítima ni amable para con la ciudad esta que te crió, al privarla de esa tu información.

TIRESIAS.—Es que veo que tampoco a ti te salen las palabras a la medida oportuna. Así, pues, para que no me pase a mí lo mismo...

EDIPO.—¡Por los dioses! Si lo sabes no te des la vuelta, porque todos éstos nos postramos[43] suplicantes ante ti.

TIRESIAS.—Es que todos vosotros no sabéis nada. En cambio yo, no hay cuidado de que declare alguna vez mis desgracias... por no decir las tuyas.

EDIPO.—¿Qué afirmas? ¿Que, aunque lo sabes, no vas a decirlo, sino que piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS.—No seré yo quien te haga sufrir a ti o a mí. ¿Por qué me sometes en vano a este examen? Pues de no ser un tonto, no me harías preguntas.

EDIPO.—¡Tú, el más perverso entre los perversos! (es que, lo que es tú, serías capaz de irritar incluso a una criatura de piedra[44]),

---

[42] De buen o mal auspicio.

[43] A nuestro juicio, estas palabras, a causa del contenido del verbo que es impropio del rey, Edipo, son dichas por el coro, como indican algunos manuscritos.

[44] No *una roca, una piedra*, sino *criatura de piedra, hijo de la piedra*, como línea 869, y *Antígona*, 345. Más aún: esta expresión es ambigua, refiriéndose al propio Edipo como *criatura de piedra*, en cuanto que *piedra* debe ocultar la zona montañosa del Citerón, cfr. líneas 1026, 719-720 y sobre todo 1089-1092. Por otro lado, recordemos de una vez por todas que las formas *irritación* y las demás formas de esta raíz pertenecen casi en exclusiva a Edipo, cfr. líneas 337, 339, 344, 345, 364 y 807.

¿no declararás de una vez? ¿O, por el contrario, vas a mostrarte tan impenetrable a toda sugerencia e inabordable?

TIRESIAS.—Acabas de imputarme a mí capacidad para irritar a los demás, pero la capacidad que de ello tienes tú, aun conviviendo contigo, no la has visto y, sin embargo, me la reprochas a mí.

EDIPO.—¿Pues quién no se irritaría al oír tus arrogantes ofensas con las que ahora desprecias a esta ciudad?

TIRESIAS.—En efecto, tienes razón, ello llegará por sí solo aun cuando lo oculte yo con mi silencio[45].

EDIPO.—Así, pues, si es que ello llegará, es bueno que también tú me lo expliques.

TIRESIAS.—Ya no aclararé más. Ante esta decisión, si es tu gusto, enfurécete con la irritación más salvaje que haya[9].

EDIPO.—Te aseguro que, con la irritación que tengo, no callaré, ¡eso nunca!, nada de lo que intuyo. En efecto, sábete que me das la impresión de que eres incluso tú quien ha urdido el crimen y quien lo ha cometido, sólo que no lo mataste con tus manos. Y si gozaras de la vista, incluso el crimen ese habría afirmado que habría sido cosa sólo tuya.

TIRESIAS.—¿De verdad? Puntualizo que tú estás incurso en el mismo bando que proclamaste, y que desde el día de hoy no tienen que dirigirte la palabra ni éstos ni yo[46], porque eres mancillador sacrílego de este país.

EDIPO.—¿Tan desvergonzadamente levantaste este infundio? ¿Y dónde esperas ponerte a salvo de lo que ello comporta?

TIRESIAS.—A salvo estoy, pues mimo a la verdad[47], que es fuerte.

EDIPO.—¿De quién recibiste esta enseñanza? ¡Pues lo que es por tu profesión, no!

---

[45] Esta frase evidencia que el adivino está tentado por un momento a hablar. Es típico de la tragedia presentar un personaje decidido a mantener una postura determinada pero que luego titubea mantenerla, estando propenso por un instante a ceder en sus pretensiones, para, luego, reafirmarse en su primer punto de vista, por ej., Orestes, que duda matar a su madre, para luego reafirmarse en matarla, como era su primera decisión, cfr. Esquilo, *Coéforas*, 896 y ss., y en especial 899.

[46] En contra de la interpretación de los comentaristas el sujeto de *dirigir la palabra* no es *tú* (éste es el sujeto del infinitivo) sino *éstos* y *yo*.

[47] Fórmula que se repite, aplicada por igual a *verdad* y *justicia*. Cfr. *Filoctetes*, líneas 1246, 1251 y *Edipo Colono*, línea 880.

TIRESIAS.—De ti, pues tú me obligaste a que diera explicaciones en contra de mi voluntad.

EDIPO.—¿Qué clase de explicación? Repítelo otra vez para que lo entienda mejor.

TIRESIAS.—¿Es que todavía no lo has captado ni lo has sacado por deducción? ¿O es que me estás tentando a que continúe dando más explicaciones[48]?

EDIPO.—No tanto que llegue a decir que me es conocido. Por eso aclaralo otra vez.

TIRESIAS.—Afirmo que eres tú el asesino que andas buscando encontrar[9].

EDIPO.—No lo pasarás nada bien si se te ocurre pronunciar otra vez esos ultrajes.

TIRESIAS.—¿Diré entonces también otros secretos con que te vas a irritar aún más[49]?

EDIPO.—Sí, cuantos gustes, porque serán vanas palabras.

TIRESIAS.—Afirmo que se te oculta que tienes trato, el más infame, con los seres más queridos, y que no te das cuenta en qué tremenda infamia estás metido.

EDIPO.—¿Es que esperas que vas a referir de continuo estas cosas hasta con satisfacción?

TIRESIAS.—Las referiré, si es que la fuerza de la verdad es algo que valga la pena[47].

EDIPO.—Sí la vale, menos para ti, pues para ti eso no vale, porque eres ciego de oído, de razón y de vista[50].

TIRESIAS.—Y tú un completo desgraciado, que lanzas estos reproches que no hay ni un solo de entre éstos que no te los reconvendrá pronto a ti.

---

[48] Esta línea tiene dos oraciones principales, ambas interrogativas. Cuando, como en este caso, un interlocutor hace dos preguntas a la vez, el otro interlocutor habitualmente sólo responde a la primera y no a la segunda, como aquí. Cfr. líneas 108/110; 334-335/337.

[49] Kamerbeek comenta a propósito de esta frase la excesiva crueldad de Tiresias. Hemos de suponer que ve esta crueldad al interpretar ἵν᾽ ὀργίζῃ como subjuntivo con valor final. Sin embargo ello no es nada seguro. Más bien hay que ver en este ἵνα su primitivo valor adverbial-relativo *en donde, con lo que*, rigiendo aquí no subjuntivo sino indicativo, como en línea 367 y *Electra*, 22, 855 y 936. Similar a este ἵνα es ὅπως con indicativo, con valor consecutivo, en *Electra*, 1134.

[50] A veces las apariencias engañan. Respuesta precipitada de Edipo que pretende contrarrestar el contenido de las líneas 366-367.

EDIPO.—Eres criado sólo por la noche, por lo que no se rebajaría jamás ni yo ni ningún otro que contempla la luz a hacerte daño[51].

TIRESIAS.—Es que no está predestinado que caiga yo a manos tuyas, porque está de mi parte Apolo, quien está interesado en culminar este asunto.

EDIPO.—¿Esto es invención de Creonte o tuya?

TIRESIAS.—Creonte no representa ningún peligro para ti, sino que el único peligro tuyo eres tú.

EDIPO.—¡Oh riqueza y poderío y profesión regia que superas a toda profesión! ¡A causa de la vida que facultáis tan atractiva para muchos cuánta envidia se oculta en vosotros, si es que, solamente a causa de esta jefatura que la ciudad puso en mis manos regalada, no solicitada, Creonte ¡el fiel![52], ¡el amigo de siempre![53], desea expulsarme de ella en secreta intriga, infiltrando a un impostor de este calibre, intrigante enredador, fe-

---

[51] Estas líneas, 374-377, constituyen una verdadera *cruz* para los filólogos. Los errores cometidos son: aceptar la lección βλέψαι que es evidentemente una *lectio facilior*, en sustitución de la *difficilior* βλάψαι, falta facilitada por el contagio con las numerosas formas que la rodean significando *luz;* aceptar la no menos *lectio facilior* sugerida por Brunck σε... γ' ἐμοῦ en sustitución de la *difficilior* με... γε σου de los códices: haber interpretado ἐμέ y ἄλλον como objeto de βλάψαι, lo que ha traído como consecuencia sustituir las formas de los códices με... γε σοῦ por σε γ' ἐμοῦ por. De todo ese tejemaneje resulta que los más interpretan esto así: *Eres (Edipo) fruto de una noche interminable, de suerte que ni a mí ni a ningún otro que contempla la luz podrías hacerle daño jamás*, a lo que contestaría Tiresias: *Es que no es mi destino que tú caigas por mí, pues es bastante Apolo a quien compete llevar a cabo tu ruina.* Sin embargo, es obligado respetar el texto, aceptando en todo caso la *lectio difficilior* y no inventando nada, así: hay que conservar βλάψαι, (línea 375) y με... γε σοῦ (línea 376). Ello explica por qué nadie maltratará al adivino: porque está ciego, por respeto, lo que viene a justificar por qué Edipo, tras amenazarlo duramente, no cumple esas amenazas. Así ἐμέ y ἄλλον, son sujeto de βλάψα. Y coherente con esto es que exista με... γε σοῦ. Todo esto lo había sugerido Knox (cfr. Kamerbeek en su comentario al *Edipo Rey*, págs. 95-96).

[52] Fórmula. Semejante es *el bueno*, de *Antígona*, 31.

[53] οὑξ ἀρχῆς φίλος, línea 385, significa efectivamente *el amigo de siempre*, pero quizá en la mente de Edipo da vueltas la idea de querer significar también *el amigo que pasa por amigo a causa del poder*, pues Edipo, al acusar a Creonte de traición, es lo primero que le reprocha, cfr. líneas 399-400, 535, etcétera.

mentido pordiosero, uno que[9] sólo en el lucro[54] fija su mirada, pero que en su profesión es ciego! Porque ¡vamos! di, ¿dónde te has mostrado tú adivino lúcido? Cuando estaba aquí la perra[55], que cantaba cuestiones bien urdidas, ¿cómo no indicabas a estos tus conciudadanos alguna solución?[56]. Y, sin embargo, descifrar el enigma no era cosa de un hombre que acababa de llegar[9], sino que exigía el arte de la adivinación, que tú evidenciaste no haber aprendido ni de las aves ni de ninguno de los dioses. En cambio, yo, Edipo, el que según tú no sé nada, nada más llegar le puse freno acertando con mi inteligencia y sin aprenderlo de las aves, yo precisamente a quien tú intentas expulsar, esperando situarte al lado de tronos Creonteos[57]. Me parece que tanto tú como el que tramó esta intriga vais a expulsar al sacrílego con lágrimas. Y si no me hubiera parecido que eres un viejo[58] caduco, habrías aprendido sufriendo un castigo exactamente igual a tus maquinaciones.

CORIFEO.—Nosotros suponemos y nos parece que tanto los duros reproches de éste como los tuyos, Edipo, han sido dictados por la irritación. Y no es eso lo que se necesita, sino ver la forma de resolver los vaticinios del dios de la mejor manera.

TIRESIAS.—Aunque eres el monarca, por lo menos el derecho a réplica debe ser igual para todos. Pues de esta facultad también yo soy dueño, ya que en modo alguno vivo esclavo tuyo

---

[54] Fórmula. Cfr. *Antígona*, nota 42.

[55] La Esfinge, cfr. Esquilo, fr. 236 N².

[56] En contra de Kamerbeek, parece preferible tomar esta forma como sustantivo. Aunque en Sófocles puede ser tanto sustantivo como adjetivo, parece que en Eurípides, *Alcestis*, 224, es sustantivo. Esto nos aconseja interpretarlo igual en Sófocles.

[57] δοκῶν θρόνοις... τοῖς Κρεοντείοις, líneas 399-400, es una expresión bastante similar a τῶν 'Ορεστείων κακῶν, *Electra*, 1117. Entendemos que en uno y otro caso se trata de frases ambiguas, para lo cual Sófocles ha elegido el adjetivo Κρεοντείοις *esperando situarte muy cerca de los tronos de Creonte*, para gozar de su influencia, pero para el espectador significa además: δοκῶν le sugería la forma e idea de δακών, y Κρεοντείοις, la forma y contenido de κρεωτεῖοις *de carne*. En efecto, sobre esta posibilidad desde el punto de vista de la lengua y de la realidad histórica, cfr. nuestras notas 141 y 160 de la *Electra*, en *Sófocles*, publicado por Ediciones de la Universidad de Salamanca.

[58] Sin duda despectivo, como *Antígona*, 281 y Aristófanes, *Caballeros*, 1349.

sino de Loxias[59], por lo que no llevaré sobre mí esta marca: «propiedad de Creonte[60]». Y te voy a decir una cosa, dado que me insultaste con lo de «ciego» incluso: tú miras incluso fijamente, pero no ves en qué tremenda calamidad estás metido ni dónde habitas ni en compañía de quiénes vives. ¿Sabes acaso de quién eres? Y no te enteras de que resultas hostil a tus propios allegados, a los que están abajo en el otro mundo y a los que están arriba en la tierra. Y día vendrá en que te echará de este país la maldición, provista de pies espantosos y de doble filo, de tu padre y de tu madre, a ti que ahora tienes una mirada correcta pero que luego la tendrás oscura. ¿Qué puerto, qué Citerón[61] no acompañará con sus ecos el griterío que tú levantarás cuando te enteres de las nupcias inhospitalarias a que arribaste, tras haber gozado de feliz travesía? Y no adviertes multitud de otras calamidades que te identificarán contigo mismo y con tus propios hijos. En esta situación denigra a Creonte y a mi boca, porque no hay entre los mortales uno que jamás vaya a ser exterminado de peor forma que tú.

EDIPO.—¿Y además se puede tolerar oírle esto? ¿No irás a la ruina? ¿No muy pronto? ¿No girarás sobre tus espaldas y te marcharás de regreso de esta casa?

TIRESIAS.—Lo que es a mí, ni siquiera se me hubiera ocurrido venir, de no haberme llamado tú.

EDIPO.—Es que no tenía ni la menor idea de que dirías tantas necedades, porque en ese caso tarde te hubiera mandado venir a mi casa.

TIRESIAS.—Yo, según tu opinión, soy tal, necio, pero según los progenitores que te dieron el ser, inteligente.

EDIPO.—¿Cuáles? Espera. ¿Quién me dio el ser?

TIRESIAS.—El día de hoy te dará el ser y te lo quitará.

EDIPO.—¡Qué enigmáticas e imprecisas explicas todas las cosas! ¡Demasiado!

TIRESIAS.—¿Es que no eras tú muy sagaz para descubrirlo?

EDIPO.—Lánzame reproches de un tenor tal por los que vendrás a descubrir que soy grande.

---

[59] Epíteto de Apolo en su condición de dios de los oráculos, pues Loxias que significa *el zigzagueante* conviene al dios de los enigmas.

[60] Como podía suceder con los caballos o esclavos.

[61] Utilizado como genérico de montaña dado el especial significado que en la vida de Edipo tuvo particularmente el monte *Citerón*.

TIRESIAS.—Sin embargo, justamente ese éxito te perdió.

EDIPO.—Pero no me importa si puse a salvo[62] a esta ciudad.

TIRESIAS.—Entonces me voy. *(Al lazarillo.)* ¡Eh, tú, muchacho, llévame!

EDIPO.—Sí, que te lleve, porque, lo que es tu presencia aquí, constituye un obstáculo y una molestia, y si te marchas no me harás sufrir más.

TIRESIAS.—Me iré una vez que haya dicho aquello por lo que vine, sin miedo a tu mirada, pues no ha lugar a que tú me mates. Esto es lo que tengo que decirte: el individuo ese al que hace tiempo buscas amenazando y proclamando públicamente como el asesino de Layo, ése está aquí. A juzgar por las explicaciones es extranjero afincado aquí, pero luego se evidenciará que es un tebano indígena, y no se alegrará por esa suerte, pues marchará ciego tras haber visto, y mendigo en vez de rico, a tierra extraña tanteando el suelo con un bastón a medida que va caminando. Y se evidenciará que él es a la vez, pese a tratarse de una sola persona, hermano y padre de sus propios hijos, y de la mujer de la que nació hijo y esposo, y de su padre compañero de fecundación a la vez que su asesino. Y estas afirmaciones ve adentro y medítalas. Y si me sorprendes en una mentira, divulga por ahí que yo ya no capto nada con la adivinación.

ESTROFA 1

CORO.

¿Quién puede ser aquél del que la roca
de Delfos, que pronuncia proféticas sentencias, refirió
que había consumado lo inaudito entre lo inaudito
con asesinas manos?
Es hora de que en la huida lance sus piernas al trote con más bríos que yeguas tan veloces como el huracán.
Pues sobre él se dispone a saltar armado
con fuego y rayos el hijo de Zeus,
a quien acompañan las temibles
Harpías, infalibles en el golpe.

---

[62] Frase ambigua, pues Edipo sin querer indica que no está seguro de haber salvado a Tebas.

Antístrofa 1

Pues brilló desde el nevado Parnaso
la orden recién publicada
de que todo el mundo[63] rastreara a ese desconocido individuo.
Vaga, en efecto, entre la selvática
arboleda, por recovecos y
rocas a guisa de toro,
cojo ¡el desgraciado! de un desgraciado pie,
rehuyendo los oráculos nacidos del
centro de la tierra. Pero éstos, siempre
vivos, revolotean a su alrededor.

Estrofa 2

Espantos, sí, espantos suscita
el experto augur,
que ni son de admitir ni son de rechazar.
Ignoro cómo interpretarlos.
Y vuelo por los aires de las presunciones sin
comprobar nada aquí ni atrás.
Pues ¿qué rencilla existía, bien de los descendientes de Lábdaco
contra el hijo de Pólibo[64] o bien del hijo de Pólibo contra los descendientes de Lábdaco[64]?
Lo que es yo, nunca antes de ahora ni todavía ahora
supe de nadie por razón del cual[65]
me vea obligado yo a ir, con pruebas, contra la fama de Edipo

---

[63] πάντα, línea 476, es el sujeto de *rastrear*. En efecto, hay varios pasajes que sugieren respecto a la búsqueda del criminal la interpretación no *por todas partes*, como entiende Jebb, sino *todo el mundo*, así líneas 220-221 y línea 107.

[64] Edipo, criado en Corinto, en la corte de Pólibo, se consideraba y era considerado hijo de Pólibo. Obsérvese la acumulación de partículas disyuntivas *o...o* para más gráficamente marcar la posibilidad de una rencilla recíproca.

[65] πρὸς ὅτου, línea 439, no pertenece al género neutro, como piensa Jebb, sino masculino. Lo demuestra el hecho de que el coro está obsesionado exclusivamente por la sospecha única de que Tiresias esté acertado, y es al único al que, en consecuencia, quiere invalidar. Justamente la antístrofa pone todo su empeño en anular al adivino. Además πρός con genitivo es más usual con personas que con cosas.

bien asentada entre el pueblo,
por socorrer a los descendientes de Lábdaco
en el asunto de su misteriosa muerte.

ANTÍSTROFA 2

Sin embargo, ¡la verdad!, Zeus y Apolo
son inteligentes y conocedores
de los asuntos de los mortales.
Pero que, tratándose de hombres, un adivino me gana a mí,
no es cuestión clara,
pues el hombre puede sobrepasar
una habilidad con otra habilidad.
En fin, yo, por lo menos, jamás asentiría
a sus detractores antes de ver
confirmadas sus imputaciones.
Pues una vez llegó al pie de él y a la vista de todos la alada muchacha,
y se evidenció con pruebas hábil y dulcificador de la ciudad.
Por eso, a mi entender,
jamás será reo de maldad.

(Entra CREONTE.)

CREONTE.—Varones conciudadanos, informado de que el dictador Edipo me imputa espantosas acusaciones, no las tolero, y por eso estoy aquí. Pues si en las circunstancias actuales sospecha haber recibido, al menos de mi parte, por razonamientos conscientes o de obra, algo que lleve a su ruina, os aseguro que no deseo una vida longeva soportando esa injuria. Pues el daño de tal imputación no me afecta en cosa de poco interés, sino en lo más importante, ser motejado en la ciudad de ruin, y de ruin por ti y mis amigos.

CORIFEO.—No hagas caso. Sin duda pudo haber surgido este reproche forzado quizá por la irritación más que por convencimiento de su fuero interno.

CREONTE.—¿Se hizo pública la imputación de que el adivino argumentaba falsas pruebas persuadido por ideas mías?

CORIFEO.—Eso es lo que se sugería, pero no sé con qué idea.

CREONTE.—¿Pero con un mirar derecho y con un recto pensar se me imputaba esa acusación?

CORIFEO.—No sé, pues no paro mientes en quienes mandan. Por lo demás, él mismo en persona sale ya, helo ahí, de palacio.

(Entra en escena EDIPO.)

EDIPO.—¡Eh, tú! ¿Cómo viniste aquí ¿O tienes tanto descaro y osadía que has alcanzado mi propia vivienda, pese a ser, como está a la vista, asesino[66] de este hombre que te habla y claro depredador de mi poder? ¡En nombre de los dioses, venga, di! ¿Viste en mí algo de cobardía o estupidez y, por eso, decidiste tramar esa acción? ¿O lo hiciste en la creencia de que no había de descubrirte esta maquinación que se desliza contra mí a traición, y de que, de enterarme, no había de hacerle frente? ¿Es que no ves que es estúpido tu intento, lanzarse a la caza del poder sin tropas ni partidarios, objetivo que se consigue con tropas y recursos?

CREONTE.—¿Sabes qué has de hacer? Igual que has hablado tú, escucha mi réplica y luego juzga tú solo con conocimiento de causa.

EDIPO.—Tú eres un maestro formidable, y yo un discípulo tuyo malogrado, pues te he descubierto malintencionado y molesto para mí.

CREONTE.—Primero escúchame ahora cómo enjuiciaré eso mismo.

EDIPO.—No trates de decirme esto: que no eres un miserable.

CREONTE.—Si de verdad crees que vale de algo la arrogancia desligada de la sensatez, no piensas cuerdamente.

EDIPO.—Si de verdad crees que haciendo mal a una persona de la familia no incurrirás en castigo no piensas acertadamente.

CREONTE.—Convengo contigo en que esas afirmaciones son dichas con arreglo a lo que es justo. Pero el agravio que afirmas haber sufrido, demuéstramelo.

EDIPO.—¿Anduviste intentando convencerme, o no, de que convenía que mandara a alguien a buscar a ese individuo, el altivo adivino?

CREONTE.—Incluso ahora continúo aferrado a esa opinión.

EDIPO.—Entonces ¿cuánto tiempo, más o menos, hace ya que Layo...

---

[66] Esta expresión es una fórmula. Cfr. *Áyax*, 1126-7.

CREONTE.—¿Es responsable de qué clase de acción? Pues no te entiendo.

EDIPO.—... desaparece y se va por una manipulación[67] mortal?

CREONTE.—Largos y viejos años podrían contarse.

EDIPO.—Pues bien, ¿andaba entonces el adivino ese metido en su negocio?

CREONTE.—Sí, experto en manera similar y por igual estimado que ahora.

EDIPO.—Entonces ¿hizo alguna mención de mí en aquella fecha?

CREONTE.—Ciertamente no, en ningún sitio, al menos delante de mí.

EDIPO.—¿Pero no os aprestasteis a seguir la pista al muerto[68]?

CREONTE.—Sí, nos aprestamos, ¡cómo no iba a ser así!, pero no tuvimos éxito.

EDIPO.—En ese caso, ¿cómo el experto ese no sugería entonces lo que ahora sugiere?

CREONTE.—No sé. Pues en las cuestiones que no entiendo me gusta callar.

EDIPO.—Lo que es la siguiente cosa sin importancia, sí que la sabes, y me la podrías explicar, con buena comprensión...

CREONTE.—¿Cuál es ella? Pues si es que la sé, no la negaré.

EDIPO.—... que jamás se habría referido a mi[69] asesinato de Layo si no se hubiera confabulado contigo.

CREONTE.—Si realmente da razones de esto, eres tú quien lo

---

[67] La expresión *manipulación mortal* es irónica. El espectador la identifica al punto con Edipo, por el empleo de la raíz *mano*, que es una forma consustancial con Edipo en esta obra.

[68] Es una expresión ambigua. Aunque Edipo quiere decir *seguir la pista al criminal*, la verdad es que dice *seguir la pista al muerto*. Como esto a primera vista no tiene sentido, ha habido intentos (por ej., Herwerden, etc., cfr. Kamerbeek, pág. 128) de sustituir θανόντος, que es una *lectio dificilior* por κανόντος, que a todas luces es una *lectio facilior*. Todo se aclara desde la óptica de la ambigüedad (cfr. línea 134). El actor entiende lo que Edipo pretendía decir pero que no dijo, y en cambio el espectador entendió lo que dijo, aunque no lo quería decir, que fue «seguir la pista al muerto», y ese muerto es Edipo, bien porque en sus orígenes fue dado por muerto (cfr. líneas 717-719), bien porque, como criminal, había que darlo por muerto. Esto explica que quede en el aire, como es propio de la ambigüedad, el complemento de ἐκύρσαμεν, línea 567.

[69] Texto ambiguo, propio de los adjetivos posesivos (cfr. nota 57). Edipo quiso decir *no me habría imputado a mí la muerte de Layo*, pero en realidad dijo *no habría mencionado la muerte de Layo, que es cosa mía*.

sabe[70]. Por lo demás, considero justo formularte unas preguntas de igual forma que tú ahora me las formulaste a mí.

EDIPO.—Pregunta lo que quieras, pues con seguridad no seré convicto de asesinato.

CREONTE.—¡Vamos a ver! ¿Te casaste con mi hermana y continúas con ella?

EDIPO.—No cabe negación en lo que preguntas.

CREONTE.—¿Mandas tú asignándole a ella el mismo poder sobre el país que el que te asignas a ti?

EDIPO.—Lo que sea, si lo quiere, todo lo consigue de mí.

CREONTE.—¿Es que no me igualo yo con vosotros dos, ocupando el tercer puesto?

EDIPO.—Sí, y precisamente ahí evidencias ser un vil amigo.

CREONTE.—No te parecería así si te dieras cuenta por ti mismo de cuál es mi situación. Fíjate primero en esto, si crees que alguien preferiría mandar durmiendo envuelto en sobresaltos más que durmiendo tranquilamente, cuando va a tener exactamente los mismos poderes. Pues bien, ni yo nací con anhelos de ser rey más que de hacer mi real deseo ni otro alguno que sepa controlarse. En efecto, ahora llevo todo sin miedo gracias a ti, pero, en cambio, si fuera yo mismo el jefe, haría muchas cosas aun en contra de mi voluntad. ¿Cómo entonces una dictadura iba a ser para mí más agradable de ostentar que un mando y un poder ajenos a toda preocupación? Todavía no ando tan trastornado que busque otras cosas que las bellas y útiles a la vez. Ahora me llevo bien con todos, ahora todo el mundo me saluda, ahora los que te necesitan a ti me llaman a mí, pues todo su éxito está aquí. ¿Cómo entonces iba yo a querer aquello renunciando a esto? No puede hacerse perversa una inteligencia si piensa bien. Al contrario, ni nací enamorado de semejante idea ni sería capaz de acompañar a otro en una maquinación de este tipo. Y como comprobación de lo que te digo, por un lado, ve a Pitón[71] y pregúntale lo vaticinado, si te lo transmití al pie de la letra; y esto otro: en el supuesto de que me cojas convicto de haber planeado algo criminal en común con el adivino, no me mates con un solo voto, sino con dos, el mío junto con el tuyo, si me coges convicto, pero por razón de una idea indemostrable no me acuses infundadamente. Pues no es justo tomar sin razón a los malos por buenos ni a los buenos por malos. En efecto, echar por

---

[70] Texto ambiguo.
[71] Esto es, el oráculo de Delfos.

la borda a un amigo honrado lo interpreto igual que echar por la ventana el tesoro más íntimo que uno más estima. Sin embargo, con el tiempo conocerás esto sin margen de error, porque sólo el tiempo muestra al hombre justo. En cambio, al ruin podrías conocerlo hasta en un solo día.

CORIFEO.—Bien habló para el que se resiste a hundirse, soberano, pues los que se apresuran a formular juicios no son seguros.

EDIPO.—Cuando hay un conspirador que a escondidas avanza presuroso, también yo debo tomar otras medidas presuroso. Porque si he de esperar tranquilo, las pretensiones de éste serán realidad y las mías un fracaso.

CREONTE.—Entonces ¿qué pretendes? ¿Expulsarme de verdad fuera del país?

EDIPO.—Nada más lejos de la realidad. Tu muerte, no tu destierro, es lo que deseo.

CREONTE.—Cuando hayas conseguido demostrar en qué se fundamenta tu odio.

EDIPO.—¿Hablas como si no fueras a rendirte y ni siquiera a creerme?

CREONTE.—Es que te veo que no calculas acertadamente.

EDIPO.—Sí, al menos en lo que a mí me interesa.

CREONTE.—Es que igualmente debes hacerlo también en lo que me interesa a mí.

EDIPO.—Es que tu natural es ruin.

CREONTE.—¿Y si todas tus intuiciones no son más que tonterías?

EDIPO.—Aún así soy yo quien debe mandar.

CREONTE.—Y yo no obedecer a quien manda sin ninguna razón.

EDIPO.—¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE.—También la ciudad es cosa mía, no sólo tuya en exclusiva.

CORIFEO.—¡Calma, soberanos! Observo que sale de casa en dirección a vosotros muy oportuna, ¡hela ahí!, Yocasta[72], con quien es bueno arreglar esta disputa.

(Sale YOCASTA *de palacio)*

---

[72] Hermana de Creonte, antigua esposa de Layo, de quien tuvo a Edipo. Luego, en su ignorancia, se casó con su propio hijo Edipo, del que tuvo a Polinices, Eteocles, Antígona e Ismene. Ἰοκάστα es un nombre parlante y contrapuesto, cuyo primer elemento significa *hijo* (cfr. i-jo del micénico, KN V1523, etc., y el nombre Ἰόλη) y el segundo *sobresalir* (de la raíz de κέκασμαι como Κάδμος).

YOCASTA.—¿A qué viene, osados, suscitar esta irreflexiva conmoción de vuestra lengua, sin que os dé vergüenza remover problemas particulares cuando el país está en tal epidemia? ¿No te irás tú a palacio, y tú, Creonte, a tus viviendas, sin llevar a extremos una desazón de nada?

CREONTE.—Hermana, Edipo, tu esposo, decide darme trato espantoso, optando entre estos dos castigos, o echarme de la tierra patria o apresarme y matarme.

EDIPO.—Lo confirmo, pues lo he sorprendido, esposa, intentando causar daño a mi persona con malas artes.

CREONTE.—¡Quiera dios que no salga con bien ahora sino que perezca maldito si es que te he hecho algo de lo que me acusas que intentaba hacer!

YOCASTA.—¡Por los dioses, Edipo, créele, ante todo por respeto al juramento que ha formulado a los dioses, y luego también por respeto a mí y a éstos que te acompañan!

CORIFEO.—Haz caso de buen grado y con sensatez. Te lo suplico, soberano.

EDIPO.—¿Qué es en lo que quieres que te haga caso?

CORIFEO.—Trata con consideración a éste que ni antes era pueril y ahora es grave en el juramento.

EDIPO.—¿Es que sabes lo que pretendes?

CORIFEO.—Lo sé.

EDIPO.—Aclara entonces qué es lo que dices pretender.

CORIFEO.—Que al amigo juramentado jamás lo metas para su deshonor en inculpaciones basado sólo en argumentos indemostrables.

EDIPO.—En ese caso, que te conste bien, al pretender eso, estás pretendiendo mi propia ruina o que sea desterrado de este país.

CORIFEO.—No, ¡por el dios que está en vanguardia de todos los dioses, el Sol! Porque acabara yo en el peor de los finales, abandonado de los dioses y abandonado de los amigos si de verdad tengo esta intención. Sino que lo que ocurre es que el país con su consunción me consume ¡desventurado de mí! el alma, si han de sumarse a los males de antes los males de aquí provocados por vosotros[73].

EDIPO.—Entonces váyase él, aunque definitivamente tenga yo que morir o deshonrado ser arrojado violentamente de este

[73] Idea semejante a ésta es la de *Electra*, líneas 1070-1071.

país. Pues me apena tu lastimoso lenguaje, no el de él. En cambio, él, donde quiera que esté, será objeto de todo mi despecho[74].

CREONTE.—Es claro, cuando terminas en cólera[9], que cedes al despecho y también al agravio. Las criaturas de ese carácter resultan para sí mismas, y con toda razón, molestísimas de soportar.

EDIPO.—¿Es que no me dejarás y te irás lejos?

CREONTE.—Me iré, luego de haber encontrado tu desconocimiento, y en relación con éstos igual[9].

CORIFEO.—Mujer, ¿por qué te demoras en llevarlo dentro de palacio?

YOCASTA.—Lo llevaré, sí, cuando me haya enterado de cuál era la cuestión.

CORIFEO.—Surgieron sin estar probados unos alegatos basados en simples suposiciones, pero se recela también el comportamiento que no se atiene a la justicia[75].

YOCASTA.—¿De las dos partes?

CORIFEO.—Exactamente.

YOCASTA.—¿Y cuál era el fondo de la cuestión?

CORIFEO.—A mí por lo menos me parece, cuando el país va de un mal a otro peor, que debemos darnos por más que satisfechos, por más que satisfechos, con que la cosa quede ahí donde paró.

EDIPO.—¿Ves adónde has venido a parar por ser un hombre bondadoso de sentimientos, al quitar y embotar mi corajina[9]?

CORIFEO.—Soberano, no lo dije únicamente una sola vez sino que lo diré una vez más: sábete que yo habría resultado de cortas luces, incapaz de sensatez, si te rechazo nada menos a ti que con viento favorable guiaste a mi amada tierra presa de angustias. También en las circunstancias actuales ojalá seas un buen timonel.

YOCASTA.—¡Por los dioses! Enséñame también a mí, soberano, cuál es el asunto por el que has concitado y continúas concitando tan gran cólera.

---

[74] Fórmula. Cfr. también *Áyax*, 1372-3.

[75] Como indica el manuscrito Σ es una defensa que hace el coro tanto de Creonte contra Edipo (la primera parte) como de Edipo contra el adivino (la segunda parte).

EDIPO.—Te diré respecto a Creonte (pues te tengo, esposa mía, en más que a éstos) qué maquinaciones ha tramado y continúa tramando contra mí.

YOCASTA.—Explícate, si en tus acusaciones has de referirte a la disputa con demostraciones claras.

EDIPO.—Asegura que yo me confirmo como asesino de Layo.

YOCASTA.—¿Lo asegura basándose en un conocimiento particular o en una información recibida de otro?

EDIPO.—Lo asegura presentando a un adivino, ¡un canalla!, porque ¡claro! la responsabilidad personal la deja libre de toda sospecha su pico de oro[76].

YOCASTA.—Si es así, descuídate de las cuestiones a las que te estás refiriendo, escúchame a mí y entérate de que no hay ningún mortal que domine la profesión de la adivinación. Y te voy a mostrar una prueba concisa de esta afirmación: a saber, llegó un día un oráculo a Layo, no diré, naturalmente, del propio Febo sino de sus servidores, en el sentido de que había de alcanzarlo el destino de morir a manos del hijo, uno que naciera de su unión conmigo. Y a él, al menos si nos atenemos a los rumores, lo asesinaron en su día unos extranjeros[77], unos bandidos, en una bifurcación de caminos, y, en cambio, no habían acabado de cumplirse tres días de la vida del niño y ya él, tras juntarle las articulaciones de ambos pies, lo había arrojado, a manos de terceros, al fondo de un monte inaccesible. Y en eso Apolo ni le cumplió que llegara a ser asesino de su padre ni a Layo el temor que tenía, morir a manos de su hijo[9]. Tal fue el alcance preciso de la voz del oráculo, a nada de lo cual prestes atención, pues aquello cuya realidad persiga el dios con facilidad lo denunciará él solo.

---

[76] Los más interpretan *pico de oro* como complemento directo de *deja libre* (cuyo sujeto sería *él, Creonte)* y *todo* como predicado de *pico de oro*. Pero si fuera *pico de oro* complemento de *deja libre* no significaría *dejar libre de culpa*, sino *dejar libre la lengua o la boca para hablar lo que le venga en gana*, como demuestra el compuesto ἐλευθεροστομέω de Esquilo, *Prometeo*, 180, y Eurípides, *Andrómaca*, 153. Por tanto esa interpretación debe quedar excluida. Además, es una constante el hecho de que Edipo considera a Creonte *hábil en el manejo de la palabra*, cfr. líneas 426 y 545. Y sin duda ésa es la idea de *pico de oro*, que es evidentemente sujeto. A su vez, *todo* no es predicado de *pico de oro* sino de τόγ' εἰς ἑαυτόν.

[77] Ambiguo: *extranjeros* según los actores, pero *amigos unidos por ciertos vínculos*, esto es, Edipo, para el espectador.

EDIPO.—¡Qué confusión de espíritu y conmoción de alma me embargan, esposa, según acabo de oírte!

YOCASTA.—¿Que preocupación te envuelve para expresarte así?

EDIPO.—Me pareció haberte oído esto: que Layo había sido asesinado junto a una bifurcación de caminos.

YOCASTA.—En efecto, ése era el comentario que se hacía y que continúa sin haber cesado todavía.

EDIPO.—¿Y dónde está el lugar ese donde ocurrió este suceso?

YOCASTA.—El país se llama la Fócide, y el lugar exacto del suceso está donde viene a coincidir la bifurcación de caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO.—¿Y qué tiempo ha transcurrido desde entonces?

YOCASTA.—Se transmitió esa noticia a la ciudad un poco antes de aparecer tú haciéndote cargo del mando de esta tierra.

EDIPO.—¡Oh Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

YOCASTA.—¿Qué significa, Edipo, ese tu desánimo?

EDIPO.—No me hagas preguntas todavía, sino que, respecto a Layo, aclárame qué tipo tenía y en qué momento de su edad se hallaba.

YOCASTA.—Era alto y acababa de empezar a encanecer la florida cabellera de su cabeza y no distaba mucho de tu mismo aspecto.

EDIPO.—¡Ay cuitado de mí! Parece que no me enteraba de que hace un instante me precipité a *mí* mismo en espantosas maldiciones.

YOCASTA.—¿Qué has querido significar? Sábete, soberano, que no me atrevo a mirarte a la cara.

EDIPO.—Estoy terriblemente fuera de mí ante el temor de que el adivino posea sagaz mirada. Me lo demostrarás más con sólo que me expliques ya una cosa.

YOCASTA.—Te aseguro que me da miedo, pero lo que preguntes, si lo sé, te lo diré.

EDIPO.—¿Iba solo, sin darse importancia, o acompañado de muchos hombres de escolta como hombre que dirige un gobierno?

YOCASTA.—Eran cinco en total, y en este número estaba el heraldo. Y un único carro de mulas llevaba a Layo.

EDIPO.—¡Ay, ay! Esto es ya de clara evidencia. ¿Quién fue, esposa, el que os dio a vosotros esta información?

YOCASTA.—Un determinado criado, que fue el único que logró escapar sano y salvo y llegar aquí.

EDIPO.—¿Coincide acaso que se encuentra en casa ahora mismo?

YOCASTA.—No por cierto, pues desde que llegó de allí y vio a la autoridad y a ti que te hacías cargo del poder y a Layo muerto, empezó a suplicarme encarecidamente, cogiéndome la mano, que lo mandara a mis fincas[78] y más concretamente al pastoreo de los ganados para alejarse lo más posible de aquí de la ciudad. Y yo lo mandé, pues era merecedor, en la medida en que un esclavo puede serlo, de conseguir este favor e incluso otro superior a él.

EDIPO.—¿Qué haríamos entonces para que regresara cuanto antes?

YOCASTA.—Es asunto que depende de nosotros. Pero ¿por qué lo anhelas tanto?

EDIPO.—Estoy acongojado por mí mismo, esposa, no sea que haya hecho muchas afirmaciones ¡demasiadas![79]. Por eso necesito verlo.

YOCASTA.—En fin, llegará, pero creo que merezco también yo enterarme de ese tremendo desconsuelo que te embarga, soberano.

EDIPO.—No hay cuidado en absoluto de que se te niegue ello, al estar yo metido de lleno en tan serios presentimientos. Pues ¿a quién otro mejor que a ti se lo explicaría, al pasar por una situación tal? Por lo que a mí toca, Pólibo de Corinto era el padre, y Mérope de la estirpe doria[80] la madre. Y era tenido por el hombre más importante de los ciudadanos, bueno, de los de allí, hasta que ocurrió un suceso[81] de este tenor, merecedor, sí, de extrañeza pero, sin embargo, ¡la verdad!, no merecedor del interés desmedido con que yo lo tomé. Ocurrió esto: un hombre en un festín, saturado en exceso de vino, dice, en su estado de embriaguez[82], que yo era hijo supuesto de mi padre. Entonces yo, mo-

---

[78] Así interpretamos ἀγροὺς, línea 761, porque, aunque significa *campo en general*, se refiere aquí al campo particular del rey, como Lisias, t. 1, 11 y 1, 22. Así parece haberlo entendido Edipo, pues en la línea 859 se refiere a él como *obrero*, trabajador de la tierra, como Heródoto, 4, 109.

[79] ἄγαν, línea 767, tiene siempre en Sófocles valor enfático, con una connotación de ironía y amargura.

[80] Texto lleno de ironía y ambigüedad.

[81] Obsérvese que también τύχη, *suceso*, es un término que ronda una y otra vez al *hijo de la suerte*, Edipo, por ej., líneas 773, 776.

[82] Fórmula: una persona en estado de embriaguez dice una verdad que desencadena infinidad de desgracias. Cfr. también *Las Traquinias*, líneas 268-9.

lesto, a duras penas resistí el día de autos, pero al otro me presenté a la madre y al padre e intentaba sacarles la verdad. Y ellos dirigieron duros reproches[9] contra el que soltó la afirmación. Y yo me alegré de la indignación de ambos, pero sin embargo me picaba siempre esa cosa, pues se me había metido muy dentro. Entonces, a escondidas de la madre y del padre[83], me encamino al lugar de la Informadora, y Febo me despidió sin haber conseguido el honor de aquello a que fui, pero se apareció declarándome ¡infeliz de mí! otras respuestas tan espantosas como lamentables: que yo debía tener relaciones con mi madre y que mostraría a los hombres una descendencia insoportable de entender[84], y que sería asesino del padre que me dio el ser. Entonces yo, al oír esto, calculando en adelante la situación de la tierra corintia basándome en las estrellas, huía de ella a donde jamás viera en trance de cumplirse las afrentas de los oráculos nefastos que me estaban destinados. Y avanzando, alcanzo estos parajes en el ámbito de los cuales dices tú que pereció el caudillo ese. Y te aclararé, esposa, la verdad. Cuando en mi camino estaba llegando cerca de esa triple confluencia de caminos[85], ahí mismo toparon de frente conmigo un heraldo y un hombre del aspecto que aseguras, montado en un carro tirado por unas potras. Y tanto el guía como el propio viejo intentaron por la fuerza arrojarme fuera del camino. Entonces yo golpeo con toda mi furia al que intentaba desviarme, al conductor. Y el viejo, acechándome, cuando observa que estoy sobrepasando el carruaje, me alcanzó de lleno la cabeza con dos golpes. Te aseguro que no sólo pagó igual castigo, sino que en un instante cae al punto boca arriba rodando desde la caja del carro tras haber sido golpeado con el bastón por esta mi mano[86], y mato a todos sin excepción. Y si al extranjero ese le une algún lazo familiar con

---

[83] Obsérvese que por medio de la ironía y ambigüedad no indica que fueran los suyos.

[84] Ésa es la interpretación de ὁρᾶν, línea 792, pues su significado es *comprobar, observar, intuir*, no simplemente *ver*. En efecto, no se refiere aquí a la contemplación material de los hijos de Edipo sino a la *comprobación* del modo en que fueron concebidos.

[85] Cfr. P. Mazon, *Sophocle. Tome II*, pág. 98, nota 1, que viene a decir: «para los griegos la confluencia de dos rutas hace tres caminos, y el cruce de dos rutas hace cuatro caminos».

[86] Es una constante la referencia a la *mano* de Edipo para referirse a la forma y medio con que Edipo mató a Layo.

Layo ¿quién hay ahora más desgraciado todavía que este hombre que os habla? ¿Qué hombre podría haber sido más aborrecido de los dioses? Este soy yo, a quien no es dado que nadie ni de los extranjeros ni de mis conciudadanos me admita en sus mansiones ni siquiera me dirija la palabra sino que debe arrojarme lejos de sus casas. Y no fue ningún otro sino yo el que lancé contra mí mismo las maldiciones estas. Y mancillo los lechos del muerto con mis propias manos, por las mismas por las que pereció. A la vista de esto ¿no resulté acaso un miserable? ¿Acaso no resulté un ser impuro por entero? Pues no hay otra salida más que ser desterrado, y con mi destierro no estarme permitido ver a los míos ni pisar en mi patria o en caso contrario estoy condenado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a mi padre, Pólibo, que me crió y me dio el ser. ¿Uno que sometiera a examen estos hechos no daría acaso con la explicación interpretando que vienen de un espíritu cruel dirigidos contra este hombre? ¡Por favor, no, por favor, no llegue a ver, oh pura santidad de los dioses, ese día, sino que consiga alejarme de los mortales sin dejar huella antes que ver la mancha de una afrenta tan infamante caída sobre mí!

CORIFEO.—Soberano, a nosotros esa posibilidad nos causa espanto. Pero, ¡la verdad!, hasta que lo compruebes por el que estuvo presente en el hecho mantén la esperanza.

EDIPO.—Sí, toda la esperanza que me queda es ésta: aguardar únicamente a ese hombre, al pastor.

YOCASTA.—Y una vez que se haya presentado ¿cuál es tu intención?

EDIPO.—Yo te haré conocedora de ello. Ocurre esto: en el supuesto de que se nos muestre que da las mismas informaciones que a ti[87], yo, por lo menos, quedaría totalmente exento de desgracia.

YOCASTA—¿Qué clase de información de especial relevancia me oíste?

---

[87] Preferimos entender *lo mismo que te dijo a ti*. Otros lo entienden *lo mismo que dijiste tú*. Aunque gramaticalmente ambas interpretaciones son posibles, el contexto parece favorecer la primera. Pues si la línea 841 pudiera favorecer la segunda, sin embargo, las líneas 842 y ss. claramente favorecen la primera. La fuerza de la argumentación se basa no en la coincidencia de palabras entre las del criado y Yocasta sino entre las del criado con las suyas propias.

EDIPO.—Decías que él había dicho con toda precisión que lo habían matado unos bandidos. Así, pues, si llega a indicar todavía, de manera convincente, el mismo número, entonces no lo maté yo, pues no puede ser igual uno solo que muchos. Pero si alude a un hombre solo que viaja sin compañía, claramente el crimen ese recae ya sobre mí.

YOCASTA.—Sin embargo, que te conste bien esto, que esa precisa expresión fue hecha pública[88]. Y no le cabe tirar por la borda esa precisa expresión contradiciéndose, pues lo oyó la ciudad, no únicamente yo. Pero incluso si se retractara algo de su anterior explicación, te aseguro, soberano, que jamás demostrará concretamente el asesinato de Layo acertado en su integridad, precisamente quien había dictaminado Loxias que tenía que morir a instancias de mi propio hijo. Y, sin embargo, lo que es él ¡el pobre! jamás lo mató, sino que él fue quien pereció antes. De modo que, en lo que respecta a los oráculos y por razón de ellos, yo no me fijaría en absoluto ni si van a salir por aquí ni tampoco si por allí.

EDIPO.—Juzgas bien. Pero con todo y con eso manda a alguien a buscar al criado y no dejes de lado ese asunto.

YOCASTA.—Lo mandaré presurosa. Pero entremos en palacio. Pues[89] en otro caso no haría nada que no te sea grato.

ESTROFA 1

CORO

¡Ojalá mi destino consistiera en que yo albergara
la santa pureza[90] en todas aquellas palabras

---

[88] No alude a la idea de *hablar* sino a la de *hacer público*. Es decir, Yocasta no alude aquí, como suele entenderse, a que el criado *habló*, sino a que τοῦτος, *esa palabra de especial relevancia aquí* (ληστὰς ἄνδρας), fue *hecha pública* ante muchos. La idea de que determinado mensajero no puede desmentir una información anterior suya por haberla hecho pública ante mucha gente, como ocurre aquí, es ya una fórmula de la tragedia, cfr. *Las Traquinias*, 351-352.

[89] En contra de la promesa de Yocasta de *mandar inmediatamente venir al pastor*, se comprueba que ella no la cumple (cfr. línea 1069, donde Edipo invita a alguien a que traiga el pastor). ¿Qué ha de deducirse de esta promesa no cumplida? Que Yocasta, cuando pronuncia esas palabras de las líneas 861-862, está intuyendo la verdadera identidad de Edipo o al menos que sea el asesino de Layo. Y eso la obliga a evitar a toda costa la presencia del pastor (cfr. línea 1056).

[90] Pues es la que ahora está en juego.

y obras que presiden las leyes
caminantes por las alturas, engendradas
en el firmamento celestial, cuyo único padre
es el Olimpo
y que en modo alguno trajo al mundo
una criatura mortal de hombres,
ni tampoco hay cuidado de que algún día
un descuido las adormezca:
grande es el dios que anida en ellas, y éste tampoco envejece!

Antístrofa 1

La soberbia[91] engendra al dictador. La soberbia, si
se harta tontamente de muchos ingredientes
que no son oportunos ni tampoco convenientes,
tras escalar lo más alto de la cornisa[92],
se precipita al punto en una abrupta fatalidad,
donde se sirve de un pie inservible[93].
Y en cuanto a la lucha que resulta bien
a la ciudad, suplico al dios
que jamás la quiebre.
Al dios nunca dejaré de tenerlo por patrono.

Estrofa 2

Pero si uno pasa
mirando por encima del hombro con gestos o palabras
impávido a la Justicia y sin
reverenciar las sedes de los dioses
¡ojalá lo marque un funesto destino
en compensación de su desdichada presunción!,
si es que no va a lucrarse con lucros de manera justa
ni separarse de lo irreverente o si, por el contrario,
va a poner sus manos sobre lo intocable, neciamente.

---

[91] Últimamente Edipo ha incurrido en ella, al sobrepasarse en su conversación con el adivino Tiresias y con Creonte, su cuñado.

[92] Esta idea es una fórmula que se repite, por ej., en *Antígona*, líneas 853-855, aquí y allí emitida por el coro.

[93] Evidente alusión a la *cojera* de Edipo.

¿Qué hombre en situación como la descrita puede haber que llegue todavía a enorgullecerse de
apartar de su alma los dardos del coraje de los dioses[94]?
Pues si comportamientos de este tenor son apreciados
¿qué necesidad tengo yo de participar en un coro en honor de los dioses?

ANTÍSTROFA 2

Ya no iré al intangible ombligo[95]
de la tierra como devoto
ni al templo de Abas[96]
ni a Olimpia,
a menos que estas profecías
resulten señaladas con el dedo
y a la medida de todos los mortales sin excepción.
En fin, oh caudillo, Zeus, que reinas en todo,
si es que escuchas lo correcto,
que no se te olvide esto
a ti y a tu mando sempiterno.
Pues los oráculos concernientes al lejano Layo, al estar en trance
de acabar en nada,
hay quienes los están pasando ya a la reserva,
y en ninguna parte se ve a Apolo con honores
sino que va a su perdición lo divino.

(Sale YOCASTA *de palacio acompañada de criados.)*

YOCASTA.—Soberanos del país, tuve la ocurrencia de llegarme a los templos de los dioses llevando en mis manos esto de aquí: guirnaldas e incienso[97]. Pues Edipo monta en cólera muy por lo alto ¡demasiado!, con aflicciones de todo tipo y no deduce

[94] Se evidencia en estas líneas la triple y progresiva secuencia, tan cara al pensamiento arcaico y clásico, de *hartura, insolencia* y *castigo.*

[95] Delfos.

[96] Célebre santuario de Apolo en la Fócide. (Cfr. Heródoto, 1, 46, 8.

[97] La idea de evitar las desgracias que amenazan por la visita al templo o a la tumba es una fórmula de la tragedia. Cfr. *Electra,* líneas 404 y ss. y *Antígona,* líneas 1184 y ss.

como hombre inteligente lo nuevo por lo viejo, sino que está a merced del que da explicaciones con tal que esas explicaciones infundan pavor. Así, pues, dado que pese a mis consejos no consigo ningún resultado más, a ti, Liceo Apolo, pues eres el que me quedas más cerca, he llegado suplicante con este ruego, que veas la manera de procurarnos una solución honorable, porque ahora todos estamos sobrecogidos, como cuando se ve así al timonel de la nave, al ver asustado a Edipo.

(Entra en escena un MENSAJERO.*)*

MENSAJERO.—¿Acaso puedo enterarme por vosotros, extranjeros, dónde es donde están las mansiones del rey, de Edipo? Y sobre todo decidme, si lo sabéis, dónde está él.

CORO.—La vivienda es ésta de aquí, y él está dentro, extranjero. Y su mujer, la madre[98]... de sus hijos es ésta de aquí.

MENSAJERO.—Entonces ¡ojalá viviera por siempre afortunada y en compañía de afortunados, dado que es la señora totalmente consumada nada menos que de él!

YOCASTA.—Igualmente tú, extranjero[99], pues te lo mereces por tu magnífico saludo afectuoso. Sin embargo, explica qué es lo que buscas con tu venida, y también qué noticia te dignas comunicar.

MENSAJERO.—Buena para tu casa y sobre todo para tu propio esposo, oh señora.

YOCASTA.—¿Cuál es? ¿Y de parte de quién has llegado?

MENSAJERO.—De Corinto, y con la magnífica noticia que enseguida te expondré ¡ojalá te alegres! ¿Pues cómo no habría de ser así? Pero a lo mejor pudieras intranquilizarte.

YOCASTA.—¿Qué ocurre? ¿Cuál es ese doble significado que tiene?

MENSAJERO.—Sus paisanos van a elevarlo a la categoría de rey de la tierra corintia, según se comentaba allí.

---

[98] Texto lleno de ambigüedad.

[99] Se trata de un avispado corintio que a instancias propias y no comisionado por la ciudad de manera oficial (cfr. líneas 935-936) va a dar la noticia para recibir una recompensa. Eso explica que su información se reduzca al rumor y no a la certeza (cfr. línea 940). Es habitual este proceder: el mensajero espera una recompensa si lleva una buena noticia, pero se queda sin ella si la noticia no es buena. Por eso a veces se disputan el privilegio de la primacía de la información. Cfr. Sófocles, *Electra*, 772 y ss., 800 y ss., y Esquilo, *Agamenón*, 32 y ss.

Yocasta.—¿Pero cómo? ¿No está todavía en el mando el anciano Pólibo?

Mensajero.—No por cierto, ya que la muerte lo ha llevado a la sepultura.

Yocasta.—¿Cómo dices? ¿Que ha muerto Pólibo?

Mensajero.—Más aún: si no es verdad por lo menos esto que estoy anunciándote tengo a bien morir.

Yocasta.—Doncella, ¿no llegarás al instante[100], lo más rápidamente posible, junto al señor y le darás esta noticia? Vosotros, oráculos de los dioses, ¿dónde estáis? Hace tiempo que Edipo, por miedo a ese hombre, lo esquivaba no fuera a ser que llegara a matarlo, y ahora él ha muerto por obra de su destino y no a instancias de éste.

(Sale Edipo *de palacio.)*

Edipo.—Queridísima esposa Yocasta, ¿a qué me mandaste salir aquí de casa?

Yocasta.—Escucha a este hombre y, al oírlo, fíjate a dónde han ido a parar los venerables oráculos del dios.

Edipo.—Y ése ¿quién es y qué noticia trae?

Yocasta.—Viene de Corinto, a comunicarte en relación con tu padre la noticia de que ya no existe Pólibo, sino que ha muerto.

Edipo.—¿Pero qué es lo que dices, extranjero? Sé tú mismo quien me lo indiques.

Mensajero.—Si primero debo anunciar claramente esto, estate seguro de que él está lejos, muerto.

Edipo.—¿De qué manera? ¿A traición o de resultas de una enfermedad?

Mensajero.—Un pequeño achaque obliga a guardar cama a las personas de edad avanzada.

Edipo.—De enfermedad, según parece, falleció ¡el cuitado!

Mensajero.—Y también por contar muy largo número de años.

Edipo.—¡Ay, ay! ¿Para qué entonces, esposa, prestaría uno atención al hogar oracular de la Pitonisa o a las aves que graznan

---

[100] μολοῦσα, de la raíz de *molior, esforzarse,* implica *apresurarse a alcanzar.* Cfr. también línea 765.

en lo alto, según la interpretación de las cuales había yo de matar a mi propio padre? Sin embargo éste, muerto, está oculto muy bajo tierra, y yo heme aquí sin tocar una lanza. ¡A no ser que falleciera por la añoranza que sentía de mí! En ese caso habría muerto por mí. Pero el hecho es que Pólibo descansa en casa de Hades, llevándose consigo los oráculos que había, merecedores de ninguna estima.

YOCASTA.—¿Es que no hace ya mucho tiempo que te lo advertía yo con buenas razones?

EDIPO.—Lo sugerías, pero yo me dejaba seducir por el miedo.

YOCASTA.—Ahora ya no tomes en serio nada de ello.

EDIPO.—¿Pero cómo no he de mostrar reparos a las relaciones con mi madre?

YOCASTA.—¿Por qué había de temer un hombre en quien mandan las circunstancias de su destino y cuya previsión no es clara en nada[101]? Lo mejor fuera vivir al azar, como se pudiera[102]. Tú no tengas miedo a los noviazgos con tu madre, pues, en este sentido, ya infinidad de mortales se acostaron en sueños con su madre[103], pero quien no valora en nada esos hechos es quien mejor lleva la vida.

EDIPO.—Todas estas reflexiones que has pronunciado serían acertadas si no se encontrara con vida la que me trajo al mundo, pero ahora, puesto que vive, hay necesidad imperiosa de sentir reparo, pese a tus acertados razonamientos.

YOCASTA.—Pero verdaderamente representa muy grande rayo de luz la muerte de tu padre.

EDIPO.—Grande, supongo. Sin embargo hay miedo por la que vive[104].

MENSAJERO.—¿Concretamente por qué mujer teméis?

---

[101] Estas palabras son claramente irónicas. Yocasta quizá pretende hacer observaciones de alcance general, pero el espectador sabe que se adaptan perfectamente a Edipo.

[102] Jebb interpreta estas oraciones como *potenciales*. Sería mejor interpretarlas como *desiderativas*. Es un mero deseo que no se cumple. La ausencia absoluta de la partícula ἄν puede favorecer nuestra idea.

[103] Cfr. sobre esta historia Heródoto, 6, 107, Pausanias, 4, 26, 3. Fue éste un pasaje que, según parece, influyó mucho a Freud. Cfr. Platón, *República*, 9, 571 C.

[104] Frase ambigua: Edipo quiere decir *miedo a la que vive, Mérope*, pero el espectador entiende *miedo tiene la que vive, Yocasta*, como así es. Pues Yocasta se resiste a continuar las investigaciones.

EDIPO.—Por Mérope, anciano, con la que estaba casado Pólibo.

MENSAJERO.—¿Qué hay entre ella y vosotros que os produce miedo?

EDIPO.—Extranjero, un oráculo espantoso promovido por la divinidad.

MENSAJERO.—¿Se puede decir o en modo alguno está permitido que lo sepa alguno más?

EDIPO.—¡Claro que se puede decir[105]! En efecto, Loxias dijo una vez de mí que había de unirme a mi madre y recoger la sangre paterna en mis propias manos. Razón por la cual Corinto y mi casa de allí hace tiempo que fue dejada allá lejos por mí, con mucha fortuna, pero, sin embargo, la cara de los padres de uno es la cosa más dulce de ver.

MENSAJERO.—¿De verdad que por reparo a esto estabas ausente de la ciudad lejos de allí?

EDIPO.—Buscando, anciano, no ser asesino de todo un padre.

MENSAJERO.—¿Cómo entonces yo que vine con los mejores sentimientos hacia ti, soberano, no te libré al punto de este temor?

EDIPO.—La verdad es que recibirías toda una recompensa, equivalente en valor a mi categoría[106].

MENSAJERO.—La verdad es que vine sobre todo a eso, con intención de hacer un buen negocio[107] en el momento en que hubieras llegado tú a tu casa de allá.

EDIPO.—Sin embargo, jamás iré a unirme con los que precisamente me dieron el ser.

MENSAJERO.—Pero, hijo, se ve bien que no sabes qué estás haciendo...

---

[105] En relación con μάλιστά γ' obsérvese que sigue la norma habitual: ante una doble pregunta se contesta por lo común sólo a la primera.

[106] El genitivo ἐμοῦ, línea 1004, suele ser interpretado como de separación, *recibir de mí.* Nosotros por el contrario lo consideramos dependiente de ἀξίαν. En efecto, λαμβάνειν, *tomar algo de alguien,* se construye con preposición, lo que no ocurre aquí, por ej., línea 1039, Heródoto, 8, 10 y Sófocles, *Electra,* 12. Más aún: Sófocles nos da en otro lugar la interpretación de éste. Y justamente allí no hay duda de que se refiere a *premio correspondiente a la categoría de* Clitemnestra. Se trata de las líneas 800-801 de *Electra.*

[107] Es una fórmula: el mensajero *de motu proprio* corre a dar una información para, gracias a ello, obtener la debida recompensa. Cfr. *Filoctetes,* 552 y *Electra,* 797-801.

EDIPO.—¿Cómo, anciano? ¡Por los dioses, infórmame!
MENSAJERO.—... si es que en razón de esto rehúyes volver cuanto antes[108] a tu casa.
EDIPO.—Sí, rehúyo, concretamente por miedo a que Febo me resulte a la postre cierto.
MENSAJERO.—¿No sea que acaso te impregnes de mácula con tus padres?
EDIPO.—Eso mismo, anciano. Eso es lo que me aterroriza constantemente.
MENSAJERO.—Si es así ¿sabes entonces que temes una cosa que, desde el punto de vista de la justicia, no tiene razón alguna de ser?
EDIPO.—¿Cómo que no, si resulta que soy nada menos que hijo de estos progenitores?
MENSAJERO.—Por cuanto que efectivamente Pólibo no estaba en absoluto emparentado contigo.
EDIPO.—¿Qué acabas de decir? ¿Es que no me dio el ser Pólibo?
MENSAJERO.—No más que el hombre que te habla sino igual.
EDIPO.—¿Cómo que es igual quien dio el ser que el que no es nada más que uno cualquiera?
MENSAJERO.—En contra de lo que crees, no te engendró ni él ni yo.
EDIPO.—Sin embargo ¿en razón de qué me llamaba hijo?
MENSAJERO.—Por haberte recibido en su día, estate seguro, como regalo que le ofrecieron mis propias manos[9].
EDIPO.—¿Y luego me mimó así tan intensamente, aun viniendo de mano extraña?
MENSAJERO.—Es que lo indujo a ello su anterior falta de hijos.
EDIPO.—¿Y tú me entregaste a él traficando conmigo o por haber tenido la suerte de dar conmigo?
MENSAJERO—Tras haberte encontrado en las faldas boscosas del Citerón[109].
EDIPO.—¿Y para qué recorrías esos pagos?
MENSAJERO.—Me encontraba allí al cuidado de rebaños serranos.

---

[108] Sobre el significado de μολεῖν cfr. nota 100.

[109] Donde había sido entregado por el pastor de Layo al pastor de Pólibo que aquí habla. Este tipo de circunstancias dramáticas de las que sale indemne un niño constituyen el mejor preludio de la grandeza futura, por ej., cfr. los casos de Edipo, Ciro el Grande, Rómulo y Remo, Moisés, etc.

EDIPO.—¿Es que eras pastor y te dedicabas a la trashumancia de ganados a cambio de una soldada?

MENSAJERO.—Sí, y además, hijo, nada menos que salvador tuyo en aquella ocasión.

EDIPO.—¿Qué lesión tenía yo cuando me recogiste en esa situación calamitosa?

MENSAJERO.—Tus propias articulaciones de los pies podrían testimoniarlo.

EDIPO.—¡Ay de mí! ¿Por qué mencionas por su propio nombre[110] esa afrenta que me viene del principio de mi vida?

MENSAJERO.—Te desaté cuando tenías atravesadas las puntas de ambos pies.

EDIPO.—Recibí toda una espantosa injuria de mis pañales[9].

MENSAJERO.—De suerte que de este suceso recibiste el nombre que llevas.

EDIPO.—¡Por los dioses! ¿Y el suceso este ocurrió a cargo de mi madre o de mi padre? Acláralo.

MENSAJERO.—No lo sé. El que te entregó a mí conoce esos extremos mejor que yo.

EDIPO.—¿Es que acaso me recogiste de otra persona y no me encontraste tú mismo?

MENSAJERO.—No, sino que fue otro pastor quien te entregó a mí.

EDIPO.—¿Quién es él? ¿Sabes indicarlo por su nombre?

MENSAJERO.—Se llamaba, me parece, un tal, no me acuerdo bien de su nombre, de los pastores de Layo.

EDIPO.—¿Entonces era del que fue rey de este mismo país en un tiempo muy lejano?

MENSAJERO.—Exactamente. Era pastor suyo, señor.

EDIPO.—Otra cosa: ¿está vivo todavía, de suerte que pueda verlo yo?

MENSAJERO *(Dirigiéndose al* CORO*)*.—Nadie mejor que vosotros, sus paisanos, podría saberlo.

---

[110] Parece que no da sentido interpretar la línea 1033 como lo hace Jebb (y todos los demás con él): «Why dost thou speak of that old trouble?» Pues si así fuera lo correcto, ¿a qué venía Edipo a lamentarse de lo que él mismo solicita? No es ésa la buena interpretación. Edipo de lo que se lamenta es de la escasa finura del pastor o, mejor, de su brutalidad, que habla sin rodeos, por su propio nombre y con toda precisión, de la afrenta. Y justamente ése es el valor de *ἐννέπω*.

EDIPO.—¿Hay alguno de vosotros, de los que os encontráis junto a mí, que conozca al pastor al que se refiere éste con todo lujo de detalles, bien sea por haberlo visto efectivamente en las fincas de labor o también aquí? Señaladlo, porque ha llegado el momento preciso de que esto quede claro.

CORO.—Según creo, no se refiere a ningún otro sino al de las fincas, justo al que buscabas antes ver. Pero de estos extremos puede dar razón no menos que nadie ésta que viene ahí, Yocasta.

EDIPO.—Esposa, ¿recuerdas a aquél, uno que hace un momento requeríamos a que llegara aquí cuanto antes y al que ése se refiere con todo lujo de detalles?

YOCASTA.—¿Qué es lo que dijo de ese uno? No le prestes la menor atención. Lo que haya dicho procura ni siquiera recordarlo en vano.

EDIPO.—Eso sí que no acontecería, que no haya de aclarar yo mi linaje luego de haber conseguido datos de tan algo significado.

YOCASTA.—¡Por los dioses! Si es que te importa algo, por poco que sea, tu propia vida no indagues eso. Bastante hay con que sufra yo.

EDIPO.—¡Ánimo! Pues tú no resultarás mancillada ni aunque venga a ser yo esclavo, en tercera generación, de una antepasada esclava a su vez en tercera generación[111].

YOCASTA.—Pese a todo hazme caso, por favor. No te metas en esto.

---

[111] No puede ser otra sino la abuela. Pero, además, *tercera* recoge a la vez el valor de τρί-δουλος. Generalmente no se tiene en cuenta esto último. Obsérvese el valor enfático de la raíz τρι- que le es habitual: así Áyax entiende como máximo número de ayes τρίς, *Áyax*, 433; Creso gritó *tres veces* Σόλων, Heródoto, 1, 86. Por otro lado, resulta aquí en realidad un esclavo en la sexta generación. Se ve, pues, que es una teoría tradicional el uso del número *tres*, cardinal u ordinal, para referirse al colmo absoluto de un todo. Esta teoría se observa también en los *Evangelios*, con su particular gusto por el empleo de *tres* para designar lo último de algo, por ejemplo, en Mateo, 26,61 y Marcos, 14,58, Jesús puede reedificar el Templo en *tres* días; en Juan, 21,15-17, Jesús formula la misma pregunta a Pedro *tres* veces. En fin, cfr. también Mateo, 26,40-44, Marcos, 14,72 y Lucas, 2,46.

EDIPO.—No puedo hacerte caso, ¡eso no!, en no informarme claramente de esto.

YOCASTA.—Te aseguro que te quiero muy bien y por eso te aconsejo con conocimiento de causa lo mejor.

EDIPO.—Entonces tienes que saber que ese *mejor* me está irritando[112] hace rato.

YOCASTA.—¡Oh desdichado! ¡Ojalá nunca llegues a enterarte de quién eres!

EDIPO.—¿Irá alguien y me traerá aquí al pastor? A ésa dejadla que se recree en su acaudalada familia[113].

YOCASTA.—¡Ay, ay, desgraciado! Pues éste es el único saludo que estoy en disposición de dirigirte y nunca otro más.

(Entra YOCASTA *apresuradamente en palacio.)*

CORIFEO.—Edipo, ¿por qué se ha marchado a la carrera esta mujer, presa de cruel dolor? Estoy aterrorizado no sea que acaso de este silencio haga saltar por los aires ecos de calamidades[114].

EDIPO.—¡Que haga saltar lo que quiera[115]! Pero yo continuaré en mi deseo de conocer mi estirpe por humilde que sea. Ésa, quizá, pues tiene ideas de grandeza como mujer[113] que es, se avergüenza de mi nefasta estirpe[116]. En cambio yo, aunque me señale a mí mismo hijo de la Fortuna que reparte bienes, no sufriré merma alguna en mi honor. Pues soy hijo de ésa[116]... madre y, a su vez, los meses, mis parientes, me deter-

---

[112] Es una fórmula: uno aconseja no proseguir una acción, y el otro se enfada por la propuesta. Cfr. *Áyax*, 589.

[113] Edipo interpreta el horror de Yocasta a la prosecución de su identificación como motivado por el temor a que se descubra su posible bajo nivel social, demérito para su alta alcurnia. Cfr. sobre el afán de notoriedad de la mujer Aristófanes, *Nubes*, 46-70.

[114] Es una fórmula de la tragedia. Cfr. *Antígona*, nota 30.

[115] El sujeto de ἀναρρήξει (líneas 1075-6), χρῄζει y ῥηγνύτω es Yocasta, y ello en contra de la opinión de muy doctos comentaristas. Es un tópico o fórmula de la tragedia el hecho de que ciertos personajes escapan a toda prisa tras enterarse de las calamidades. Pues bien, siempre que ello ocurre los personajes de la escena se refieren a aquéllos como sujetos en tercera persona, que es lo que conviene aquí, por ej., *Antígona*, 767, referido a Hemón; 1245, a Eurídice, y *Las Traquinias*, 819-820, a Deyanira.

[116] Ambiguo.

minaron insignificante e importante. Y cuando he nacido así, ya no resultaría nunca otro, como para no informarme de mi linaje.

ESTROFA

CORO.
Si soy adivino
y ducho de inteligencia,
¡por el Olimpo!, no serás desconocedor, Citerón,
no, durante el ciclo lunar de mañana,
de que no te exalte yo como compatriota,
nodriza y madre de Edipo,
y de que recibas los honores de nuestros coros,
porque vas a traerles alegría a mis soberanos.
Febo, honrado con ayes lastimeros, ojalá te sea grata esta mi suposición.

ANTÍSTROFA

¿Quién, hijo, fue ella, quién la que te trajo al mundo,
tras haber tenido relaciones con uno de los dioses de larga vida[9],
tal vez acaso el montaraz Pan[117]?
¿O a ti, sí, te trajo al mundo alguna que durmió
con Loxias? Pues a éste son gratas todas las altiplanicies de pasto campestre.
También cabe que fuera el soberano de Cilene[118]
o acaso el dios báquico, que habita en las cumbres de las montañas,
quien consiguió dar con el tesoro que eres tú, gracias a
alguna de las ninfas del Helicón, con quienes se entretiene muy a menudo.

(Entra el anciano pastor acompañado de dos siervos de EDIPO.*)*

EDIPO.—Si estoy autorizado también yo, ancianos, pese a no haber tenido todavía trato con él, a hacer cábalas, tengo para

---

[117] Dado que Edipo apareció en el monte Citerón, debe deducirse que su padre fue alguien vinculado especialmente a los referidos parajes, por ej., Pan, Loxias o Apolo, Hermes y Dioniso.

[118] Monte de Arcadia, lugar de nacimiento de Hermes.

mí que estoy viendo al pastor, justo al que buscamos hace tiempo. Pues concuerda en su extremada vejez perfectamente con este hombre y, por lo demás, he reconocido en quienes lo traen a mis propios criados. Pero tú podrías aventajarme tal vez en su identificación, por haber visto antes al pastor.

CORO.—Sí, lo reconozco. Estate seguro de ello, pues era en su condición de pastor hombre de confianza de Layo como el que más.

EDIPO.—¡Eh, tú, es a ti, el extranjero corintio, a quien primero pregunto! ¿Te referías efectivamente a éste que viene ahí?

MENSAJERO.—Sí, al mismo que estás viendo.

EDIPO.—¡Eh, tú, anciano, mira hacia aquí, y contesta a cuanto te pregunte! ¿Perteneciste tú en tiempos a Layo?

CRIADO.—Efectivamente, fui su esclavo, no por compra sino criado en casa.

EDIPO.—¿De qué tarea estabas encargado y qué género de vida llevabas?

CRIADO.—Durante lo más de mi vida acompañaba[119] a los rebaños.

EDIPO.—¿Y por qué parajes andabas, y cuáles eran los que frecuentabas más?

CRIADO.—Se trataba del Citerón, por un lado, y, por otro, de los pagos que dan a esos parajes.

EDIPO.—¿Reconoces entonces a este hombre de aquí por haberlo conocido en algun lugar de por ahí?

CRIADO.—¿A qué negocio se dedicaba? Más aún: ¿a qué hombre te refieres?

EDIPO.—A éste que está a nuestro lado. ¿O acaso lo conoces por haber tenido con él algún trato en alguna cosa?

---

[119] *Acompañaba*, no *cuidaba*. Pues συνέπομαι significa lo primero y no lo segundo. Hay entre ambos conceptos una diferencia fundamental: *cuidar* implica preocupación inmediata y directa de los ganados, y *acompañar* conlleva sólo la idea de la supervisión general. Y que este esclavo tenía encomendada esta función especial y relevante quizá lo muestra el que él fue hombre de confianza de Layo, que lo acompañaba en sus viajes (cfr. líneas 756-764) y es de pensar que no iba a quedar relegado al triste menester de simple pastor. Pero hay otro argumento mejor: la línea 1135 dice que nuestro hombre visitaba la zona del Citerón διπλοῖσι ποιμνίοις, lo que implica necesariamente la presencia de más subalternos. De todo ello se deduce que: cada uno de los dos rebaños de Edipo tenía un pastor propio, y nuestro hombre los acompañaba en misión de supervisión.

CRIADO.—No tanto que pueda afirmarlo de pronto y de memoria.

MENSAJERO.—La verdad es que no es absolutamente nada extraño, soberano. Sin embargo, yo lo sacaré evidentemente de su olvido[120]. Pues estoy seguro de que se acuerda de cuando andábamos por la zona del Citerón, él con dos rebaños y yo con uno, que fue cuando me relacioné con este hombre durante tres temporadas enteras de seis meses cada una, de primavera a otoño, pues ya por el invierno conducía yo mis ganados a las majadas y ése a los apriscos de Layo. ¿Acierto o no de que algo de esto ha tenido lugar?

CRIADO.—Dices la verdad a pesar del largo tiempo transcurrido.

MENSAJERO.—¡Vamos, dime ahora! ¿Sabes que en aquella fecha me entregaste cierto niño para que yo me criara la criatura para mí mismo?

CRIADO.—¿Y qué pasa? ¿Para qué me haces esa pregunta tan seria?

MENSAJERO.—Éste es, amigo mío, aquél que entonces era niño.

CRIADO.—¡No te perdieras! ¡No te estarás callado!

EDIPO.—¡Ea, anciano, no fustigues a éste, porque esas tus duras palabras son las que precisan un fustigador más que las de éste!

CRIADO.—¿Pero qué es en lo que falto yo, oh tú, el mejor de los amos?

EDIPO.—En no dar detalles del niño por el que ése está preguntando.

CRIADO.—Es que está dando datos sin saber nada real sino que actúa a ciegas.

EDIPO.—Tú por las buenas no hablarás, pero sí por las malas.

CRIADO.—¡Por los dioses, no maltrates, por favor, a este pobre viejo!

EDIPO.—¿No le pondrá alguien inmediatamente las manos atrás?

CRIADO.—¡Pobre de mí! ¿En pago de qué culpa? ¿Qué es lo que quieres saber?

---

[120] Escena formularia: una persona de autoridad se ve en apuros y dificultad de hacer confesar a un inferior, y entonces halla el concurso voluntario de otro, que es de categoría igual al inferior. Cfr. *Las Traquinias*, 402 y ss.

EDIPO.—¿Entregaste a éste el niño por el que pregunta?

CRIADO.—Se lo entregué. ¡Y ojalá me hubiera muerto aquel día!

EDIPO.—Hasta eso llegarás si no das detalles concretos de lo que procede.

CRIADO.—Muchísimo más voy a perderme si aclaro el asunto.

EDIPO.—Este hombre, a lo que parece, quiere dar largas al asunto.

CRIADO.—Lo que es yo, no hago eso, sino que ya hace rato dije que lo había entregado.

EDIPO.—¿De quién lo habías recogido? ¿Lo habías recogido porque era tuyo o de algún otro?

CRIADO.—Mío no, sino que lo recibí de uno.

EDIPO.—¿De quién de estos conciudadanos era y de qué casa?

CRIADO.—No, por los dioses, no me preguntes más, señor.

EDIPO.—Estás perdido si tengo que repetirte otra vez esta pregunta.

CRIADO.—Entonces tienes que saber que era una criatura de la casa de Layo.

EDIPO.—¿Esclavo o algún pariente suyo emparentado con él?

CRIADO.—¡Ay de mí! Estoy ya al borde mismo de declarar la cuestión terrorífica.

EDIPO.—Y yo de oírla, pero sin embargo hay que oírla.

CRIADO.—Sí, efectivamente, se comentaba que era hijo suyo exactamente. Además, la de dentro, tu mujer, puede decir mejor que nadie la verdad de este asunto.

EDIPO.—¿Es que te lo entregó ella?

CRIADO.—Exactamente, señor.

EDIPO.—¿Sabes con qué finalidad lo hizo?

CRIADO.—Para que lo hiciera desaparecer.

EDIPO.—¡Osada! ¿Después de haberlo traído al mundo?

CRIADO.—Por miedo a unos oráculos nefastos.

EDIPO.—¿Cuáles?

CRIADO.—La profecía era que él había de matar a sus progenitores.

EDIPO.—¿Cómo entonces lo pasaste tú al viejo este?

CRIADO.—Por compasión, señor, en la esperanza de que había de llevárselo a otras tierras, allá de donde era él. Pero éste lo salvó para las más grandes calamidades. Pues si eres ése que él asegura, sábete que has resultado desventurado.

EDIPO.—¡Ay, ay! Si esto es así, la totalidad de las incógnitas podrían a la postre haber resultado claras. ¡Oh luz del sol: ojalá

te mire ahora por última vez, yo, de quien se ha demostrado haber nacido de quienes no debí y tenido relaciones con quienes no debí y matado a quienes no procedía!

ESTROFA 1

CORO.
¡Ay, generaciones de los mortales, cómo os computo
que vivís
igual que vive lo que no vale nada!
Pues ¿qué hombre, qué hombre consigue
más cantidad de felicidad
que tanta cuanta necesita para aparentarla
y luego de aparentarla declinar?
En verdad que cuando pienso en ese tu ejemplo,
en ese tu destino, el tuyo ¡oh
desgraciado Edipo!, ninguna realidad
de los mortales llamo dichosa.

ANTÍSTROFA 1

Tú que tras haber disparado el arco competitivo
a una distancia superior a la de todos,
conseguiste el triunfo
de una prosperidad afortunada en todo,
¡oh Zeus!, por haber destruido de raíz
a la doncella de curvas garras,
la cantora de enigmas[121], y entonces
te erguiste hecho un torreón
defensivo a favor de mi país contra las muertes.
A partir de lo cual no sólo fuiste nombrado rey
mío sino también honrado con los máximos
honores al reinar sobre la gran Tebas.

ESTROFA 2

En cambio en este momento, si de oír calamidades de alguien se trata

[121] La Esfinge.

¿quién más desgraciado que tú?,
¿quién que conviva más que tú con desastres salvajes,
quién que conviva más que tú entre penalidades,
por un revés de fortuna?
¡Ay ilustre Edipo!,
a quien un puerto grande y único bastó
para arribar a él en calidad de hijo y padre[9] visitador de la cámara nupcial.
¿Cómo es, cómo es que los surcos sembrados por tu padre[122]
fueron capaces de soportarte en silencio
¡cuitado de ti! hasta tal punto?

ANTÍSTROFA 2

Te descubrió, pese a tu oposición, el tiempo que todo lo comprueba.
Y es el tiempo quien incoa proceso desde hace tiempo a tu incasable casamiento,
engendrador y engendrado. ¡Ay hijo de Layo!
¡Ojalá, ojalá yo no te hubiera visto jamás!
Pues lloro emitiendo por mi boca ayes de dolor por encima de toda comparación.
Pero, a decir verdad, gracias a ti respiré
y di plácido sueño a mis ojos desvelados[123].

(Sale de palacio un MENSAJERO *de la casa.)*

MENSAJERO DE LA CASA.—Oh vosotros siempre honrados los que más de este país, qué clase de sucesos vais a oír y qué clase vais a ver con vuestros propios ojos y cuán gran pena suscitaréis si es que todavía, al modo de vuestra tradición familiar, prestáis atención a la casa de Lábdaco. En efecto, creo que ni el Istro ni el Fasis[124] podrían lavar con agua purificadora esta

---

[122] Imagen frecuente relativa a la procreación humana. Cfr. *Antígona*, nota 22.

[123] Sin duda, la idea de esta frase es la misma que expresa Píndaro, *Pítica*, 1, estrofa y antístrofa una, sobre el poder de la música, capaz de calmar los instintos más fieros o situaciones más angustiosas.

[124] Se corresponden respectivamente con los actuales *Danubio* y un río de la *Cólquide*.

vivienda y cuantas calamidades oculta ni otras que enseguida sacará a la luz del día, ocurridas por voluntad propia y no sin ella. Y entre las penalidades, las que hacen sufrir más son las que surgen por voluntad propia.

CORO.—Tampoco las que conocíamos de antes distan nada de no ser aptas para graves lamentos. Y en adición a ellas ¿qué es lo que afirmas?

MENSAJERO DE LA CASA.—La más rápida de las informaciones, tanto de comunicar como de entender, hela aquí: es cadáver la divina cabeza de Yocasta[125].

CORO.—¡Pobre de ella! ¿Quién es el responsable de su muerte[126]?

MENSAJERO DE LA CASA.—Ella sola y nadie más. Y de lo acontecido lo más doloroso está lejos de nuestro alcance, pues su contemplación no es posible. Pero, sin embargo, has de saber las desdichas de aquella infortunada al menos en la medida en que continúa en mí algún recuerdo de los hechos[127]. En efecto, una vez que pasó de largo, presa de cólera, al interior del vestíbulo, se lanzó directamente a la cámara nupcial, mesándose la cabellera con las uñas de ambas manos. Y tras cerrar de un portazo las puertas, una vez que entró adentro, invoca a Layo muerto hace tiempo ya, dedicando un recuerdo a su lejana sembradura por obra de la que él mismo había muerto y por obra de la que a ella la había dejado que trajera al mundo otra cosecha descastada labrada con su hijo, para unirla a los propios hijos suyos. Y lamentaba su tálamo en el que ¡desgraciada de ella! había dado a luz a dos generaciones, de un marido otro marido, e hijos de otros hijos. Y cuando, tras esto, muere ya nada veo, pues envuelto en griterío irrum-

---

[125] Conocida dicción, originada quizá en el especial relieve que dentro de las partes del cuerpo cobra la parte más noble que es la cabeza. Cfr. *Antígona,* nota 1.

[126] No se refiere al motivo, como habitualmente se entiende (cfr. Jebb), sino a la imputación de la responsabilidad de su muerte, como lo demuestra de forma palmaria la respuesta, línea 1237. Por eso, en cualquier caso hay que interpretar αἰτίας como *responsabilidad* y no como *causa.* Hay que agregar que pasajes idénticos al comentado evidencian un proceder idéntico al defendido por nosotros. Ante una muerte se pregunta no por la *causa* o *motivo* sino *a manos de quien murió,* por ej., *Antígona,* 1173-1177, 1312-1313 y Esquilo, *Euménides,* 579-580.

[127] Escena formularia. Cfr. *Las Traquinias,* 899 y ss.

pió Edipo, por lo que no era posible espiar desde fuera[128] el fin calamitoso de aquélla, sino que fijábamos nuestros ojos en él, que daba vueltas en torno a nosotros, pues se puso a andar de acá para allá exigiéndonos que le procuráramos una lanza y preguntándonos por la esposa no esposa rica en maternidad, dónde había de dar con ella, tierra labrada con dos cosechas, la de él mismo y la de sus hijos. Y a él, que tenía mirada de lobo rabioso, se lo indica un dios, pues no lo hizo ninguna de las personas que nos encontrábamos allí, sino que, al impulso de un grito espantoso, cargó como si se lo insinuara alguien sobre la puerta de doble hoja y obligó a doblar hacia atrás, de sus puntos de apoyo, los cerrojos, que resultaron curvados, y cae de espaldas[9] en la habitación. Justamente allí vimos, de frente, pendiendo, a la mujer colgada por el cuello de una cuerda lazada que se columpiaba. Y él, cuando la ve, lanzó un bramido espantoso ¡el pobre! y suelta la cuerda columpiante suspendida. Y cuando ¡el pobre! yacía en el suelo, entonces el espectáculo siguiente era espantoso de ver. En efecto, tras arrancar de su vestimenta los broches labrados en oro con que se adornaba, los puso en alto y así golpeó el recinto

---

[128] ἐκθεάσασθαι, línea 1253, significa evidentemente *espiar desde fuera al interior de una habitación cerrada,* en contra de la interpretación de Jebb y el común de los comentaristas. Cfr. Plutarco, *Moralia,* 521, 12, donde para la idea de *fisgar el interior de una casa al pasar por la calle* cita, entre otros verbos que indican *mirar,* las formas θέαμα, θεάματος. Además, es un tópico o fórmula la descripción del mensajero de la casa, cuyos elementos son: el mensajero ha logrado ver directamente todas las desgracias ocurridas en el interior de la casa relativas a una persona determinada, esas desgracias las ve en dos fases, unas a las claras, pero otras, las que tienen lugar en habitaciones, por medio del *fisgoneo;* cuando va a llegar el momento decisivo del suicidio de la desgraciada persona se ve obligado, por una u otra causa, a no poder contemplar el espectáculo; el mensajero ha sufrido en los dos aspectos, por la crueldad de los hechos en sí, pero sobre todo por el dolor que conlleva observar su realización; por último, la puerta cerrada donde acontece el crimen se abre por otro protagonista y entonces el mensajero contempla a sus anchas el triste cuadro. Pues bien, todo esto se da en *Las Traquinias* igual que en este pasaje del *Edipo Rey.* Compárense *Las Traquinias,* 874-946 con *Edipo Rey,* 1235-1285, y *Las Traquinias,* 903 con *Edipo Rey,* 1244, y *Las Traquinias,* 899 con *Edipo Rey,* 1240, y *Las Traquinias,* 903 con *Edipo Rey,* 1244, y *Las Traquinias,* 914 con *Edipo Rey,* 1253, y *Las Traquinias,* 927-929 con *Edipo Rey,* 1254, y por último *Las Traquinias,* 930 con *Edipo Rey,* 1263.

de sus órbitas oculares, veladamente dando a entender intenciones de este tipo, que era un hecho decidido que sus ojos no habían de verle ni las calamidades que estaba sufriendo ni las que había causado, sino que en adelante, gracias a su obscuridad, habían de ver a los seres que no hacía falta que hubiera visto y, a su vez, no habían de reconocer a los que hubiera venido bien haber reconocido. Al tiempo que entonaba esas cantinelas golpeaba sus ojos cargando sobre ellos una y otra vez. Y las pupilas de sus ojos, ensangrentadas, inundaban en tromba sus mejillas y no dejaban remitir[129] el goteo chorreante de sangre, sino que chorreaba en tromba una negra inundación de granizo coagulado y de sangre. Estas calamidades han surgido por obra de dos, no de uno solo, sino que son calamidades compartidas por marido y mujer. La prosperidad de antes y ya ancestral era antes prosperidad con razón, pero ahora, en el día de hoy, llanto, desastre, muerte, deshonor, de todas las calamidades que puedan enumerarse ningún nombre falta.

CORIFEO.—¿Y el cuitado ahora está en algún descanso de su calamidad?

MENSAJERO DE LA CASA.—Grita que le abran de una parte y de otra de las dos hojas de la puerta los cerrojos y que muestren a la totalidad de los cadmeos al parricida, al que a su madre[130]... profiriendo veladamente palabras sacrílegas y no pro-

---

[129] οὐδ' ἀνίεσαν, línea 1277, es interpretado por Jebb y Kamerbeek como *send forth*, esto es, *enviar fuera*, y otros ligan la negación no a ἀνίεσαν sino al complemento μυδῶσας σταγόνας. Esto segundo es a todas luces inadmisible, pues οὐδέ evidentemente va con el verbo principal en primera instancia. Jebb y Kamerbeek interpretan ἀνίημι con un significado que efectivamente tiene, pero este verbo también significa *hacer remitir, abandonar*. Se trata, sin duda, de una gradación triple *in crescendo: y sus pupilas ensangrentadas no dejaban remitir* (οὐδ' ἀνίεσαν) el *goteo chorreante de sangre, sino que chorreaba en tromba una negra inundación de granizo coagulado y de sangre*. En efecto, μυδῶσας acompañado de σταγόνας implica que no cesaba el goteo sino que era *cuantioso*. Sobre esta significación de ἀνίημι, frecuente por lo demás, sobre todo cuando va precedido de negación, cfr. Jenofonte, *Ciropedia*, 7,5,71, y más claro *Edipo en Colono*, 1608.

[130] Silencio intencionado o aposiopesis, figura retórica que oculta una expresión dura, pero que por el contexto se explica y se adivina: en este pasaje la palabra *adúltero* o semejante.

nunciables por mí, dando por hecho que se arrojará a sí mismo fuera del país y que ya no permanecerá en palacio, con tan dura maldición como[131] se condenó. Sin embargo, claro está, necesita fuerzas y un lazarillo, pues su mal es superior a lo que se puede soportar. Y te lo mostrará también a ti, pues los cerrojos de la puerta ¡vedlos! se están corriendo a un lado y a otro. Y enseguida vas a ver personalmente un espectáculo tal como para que se compadezca de él incluso quien lo aborrece.

(Se abren las puertas del palacio y aparece EDIPO *con el rostro ensangrentado, y ciego.)*

CORIFEO.—¡Oh descalabro espantoso a la vista de los mortales, oh el más espantoso de todos con cuantos había topado yo hasta ahora! ¿Qué locura, cuitado, te atacó? ¿Qué demonio fue el que saltó una zancada superior a las más largas para sumarse a tu endemoniado destino? ¡Ay, ay, desventurado! Ni siquiera soy capaz de mirarte a la cara, pese a querer preguntarte mucho, enterarme de mucho y examinarte mucho. ¡Hasta tal punto me espantas!

EDIPO.—¡Ay, ay, desgraciado de mí! ¿A qué país me lanzo, cuitado de mí! ¿Por dónde va a echarse al viento con ímpetu furioso mi griterío? ¡Ay, demonio, hasta donde saltaste!

CORIFEO.—Hasta algo espantoso, que no se puede oír ni ver.

ESTROFA 1

EDIPO.

¡Ay, nubarrón de obscuridad que me agobia, que se resiste a desviarse,
que giró sobre mí, para el cual no hay nombre apropiado
invencible e imposible de evaporarse!
¡Ay de mí!

[131] En la frase ἀραῖος ὡς ἠράσατο, línea 1291, tiene que ser interpretado ὡς no como causal ni temporal, sino como una especie de segundo término de comparación pues el primero va implícito en ἀραῖος, *sometido a una maldición dura en demasía.* Este ὡς es igual que el de *Odisea,* 17, 344 y *Edipo en Colono,* 1124.

¡Ay de mí muchas veces! ¡Qué punzada de estos aguijones
y también qué recuerdo de mis calamidades acaba de clavárseme!

CORIFEO.

No es nada extraño que en tan grandes calamidades
llores males por duplicado y sufras males por duplicado.

EDIPO.—¡Ay amigo mío! Tú me visitas todavía como médico[132], solidario con mi dolor. Pues todavía me consuelas, cuidando solícito de este ciego. ¡Ay, ay! En efecto, no me pasas inadvertido, sino que entiendo con toda precisión[133], pese a mi obscuridad, todas esas tus veladas sugerencias.

CORIFEO.—¡Oh tú, ejecutor de algo espantoso! ¿Cómo fuiste capaz de apagar tan drásticamente las luces de tus ojos? ¿Qué divinidad te impulsó a ello?

ESTROFA 2

EDIPO.

Apolo fue, Apolo, queridos amigos, quien echó a perder esto,
quien llevó a cabo aciagos males contra mí, obra suya, hela aquí, sufrimientos míos.
Pero las luces de mis ojos no las hirió con su mano nadie
sino este cuitado que soy yo.
¿Pues qué falta hacía que viera
precisamente yo que, de ver algo, no disponía de ningún espectáculo dulce a la vista?

CORIFEO.

Era exactamente así como incluso tú mismo aseguras.

---

[132] Aquí está oculta la idea del médico o amigo que visita al amigo enfermo. El vocabulario así lo indica. Cfr. Heródoto, 3,130 y Tucídides, 2,47,4 y 2,51. Este pasaje del *Edipo Rey* es similar a Tucídides, 2,51,4.

[133] γιγνώσκω, línea 1325, no significa como habitualmente se entiende *reconozco* tu voz (γιγνώσκω), sino que significa lo que es propio, esto es, *interpretar el significado o el fondo de algo*, cfr. *Ilíada*, 24, 353, Demóstenes, 18, 276 (γιγνώσκετε τοῦτον), no su físico sino su alma. Esto está en consonancia con el significado de su complemento αὐδήν línea 1326, que no significa simplemente *voz*, sino *veladas sugerencias o alusiones*. Por el contrario, en contexto semejante, pero en el que se trata de *identificar la voz* y no su intencionalidad se usa φθέγμα, φώνημα y, a su vez, cuando se trata de *entender la intencionalidad de una conducta* se usa ἐπέγνως. Nos estamos refiriendo a *Áyax*, 14-19.

EDIPO.
Entonces ¿qué cosa que pudiera ser vista por mí había
que pudiera ser apetecida? ¿O me es posible todavía,
amigos, escuchar noticias con deleite?
Echadme al destierro cuanto antes,
echad, amigos, a esta peste enorme,
a este más que maldito
y hasta incluso el más odioso de los mortales a los dioses.
CORIFEO.
¡Pobre de ti tanto por tu clarividencia como por tu desgracia!
¡Cómo hubiera querido no haberte conocido nunca jamás!

ANTÍSTROFA 2

EDIPO.
¡Ojalá hubiera perecido quien me
quitó las trabas campestres sobre la hierba de los pastos y me
libró de la muerte y me devolvió la vida!
Porque no cumplió tarea alguna que redundara en agradecimiento[134].
Pues de haber muerto entonces
no habría sido para mis allegados ni tampoco para mí una pena tan grande.
CORIFEO.
Eso habría contado también con mi propia aquiescencia.
EDIPO.
En ese caso no habría resultado asesino
nada menos que de mi padre ni tampoco hubiera sido llamado
por los mortales marido de aquélla de quien nací.
Pero ahora soy abandonado de los dioses e hijo de sacrílegos
y compañero de procreación de aquéllos de quienes yo mismo ¡infeliz de mí! recibí el ser.
Y si hay todavía una afrenta
que tiene prelación sobre otra afrenta
ésa la obtuvo en suerte Edipo.
CORIFEO.—No veo forma de poder afirmar que hayas tomado una decisión acertada, pues mejor que viviendo ciego estabas no existiendo ya.

[134] Fórmula de la tragedia. Cfr. nota 107.

Edipo.—De que estas acciones no están hechas así correctamente no continúes todavía dándome lecciones ni tampoco consejos. Pues no sé con qué mirada o con qué ojos habría dirigido la vista[135] a mi padre el día que bajara al Hades ni tampoco a mi sufrida madre, contra los cuales dos cometí acciones que no se pagan con la horca. Sin embargo, ¿se me objetará acaso diciendo que el espectáculo de mis hijos era, después de brotar como brotó, atractivo para atraer mi mirada? Ciertamente no era atractivo, al menos para mis ojos, ¡eso nunca! Ni hasta la misma ciudad ni sus torreones ni las sagradas imágenes de los dioses eran atractivas para atraer mi mirada, de todo lo cual yo, ¡el colmo de la osadía!, después de haberme consolidado en la forma más honrosa posible sin que ningún otro me hiciera sombra al menos en Tebas, me privé a mí mismo al indicar de una forma expresa que todos sin excepción expulsaran a éste impío, a éste al que mostraron los dioses sacrílego y, para colmo, de la familia de Layo. Después de haber revelado como mía tan grave mácula ¿iba yo a mirarlos con la mirada alta? Eso de ninguna manera. Al contrario, si fuera posible todavía la obstrucción del canal auditivo que corre a través de los oídos, no me habría contenido de cerrar a cal y canto esta mi desgraciada persona, con lo que[136] quedaría ciego y sin oír nada, pues el hecho de que el pensamiento viva alejado de las calamidades es cosa dulce. ¡Ay, Citerón!, ¿por qué me acogiste? ¿Por qué no me mataste en seguida que me recibiste, con lo que jamás hubiera habido preocupación de que me hubiera mostrado a los hombres de dónde era nacido? ¡Oh Pólibo y Corinto y las viejas mansiones, paternas según las justificaciones de las palabras! Según se ve ¡qué preciosidad de pústula ocultadora de males me criasteis! En efecto, ahora ha quedado al descubierto que soy un maldito e hijo de malditos. ¡Oh tres rutas y recóndito valle y bosque y, sobre todo, angosto paso en la zona de los tres caminos!, que absorbisteis de mis propias manos mi propia sangre, la de mi padre, ¿os

---

[135] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Áyax*, líneas 462 y ss.

[136] ἵν', línea 1389, en contra de Kamerbeek y Jebb, no es final sino adverbial-consecutiva, que va con indicativo para hacer resaltar no la finalidad sino el resultado real y objetivo. Lo que decimos de este ἵν' con indicativo vale también para ὡς más indicativo, de línea 1392.

acordáis acaso de mí, de que[137], tras cometer qué crímenes ante vosotros, qué otros llevaba a cabo posteriormente cuando llegué aquí? ¡Oh matrimonios, matrimonios! Me engendrasteis a mí y luego, habiendo vuelto a engendrar de mí, dejasteis brotar mi propia sembradura[9] y me mostrasteis a mí como padre, hermano, hijo, asesino de un familiar íntimo, y a la mujer como esposa y madre, y los crímenes más horrendos que acontecen entre los hombres. En fin, pues no es honroso aludir a hechos que tampoco es honroso realizar, ¡por los dioses!, escondedme cuanto antes en cualquier lugar lejano, o matadme o arrojadme al mar[138] donde no haya cuidado de que volváis a verme nunca más. Acercaos, tened a bien tocar a un hombre desgraciado. Hacedme caso, no temáis, pues ningún mortal que no sea yo está cualificado para cargar con estas mis calamidades.

CORIFEO.—En fin, respecto a lo que pides, se presenta Creonte, helo ahí, oportunamente para lo que tenga que hacer y para lo que tenga que aconsejar, ya que ha quedado en sustitución tuya como único guardián del país.

EDIPO.—¡Ay de mí! ¿Qué explicación sólida le daré entonces? ¿Qué garantía mía le parecerá lo suficientemente correcta? Pues en todas mis relaciones anteriores con él me he revelado desafortunado.

CREONTE.—Edipo, no he llegado ni con ánimo sarcástico ni con intención de reprochar error alguno pasado[139]. Sin embargo, si todavía no te ocultas por vergüenza de la estirpe de los hombres, por lo menos avergüénzate de la luz del soberano Sol que a todos los seres vivifica, de mostrar así, al descubierto, tan grave mácula que ni la tierra ni la lluvia santa ni la luz han de aceptar acoger. En fin, introducidlo en casa cuan-

---

[137] Recordemos que seguimos la edición de Dain y por eso leemos μέμνησθ' ὅτι, en línea 1401. Resulta una construcción anacolútica, igual a *Antígona*, 2-3.

[138] Líneas 1410-1412: posible alusión a la condición de φαρμακός según Kamerbeek.

[139] Respecto a las líneas 1422-1423 en que Creonte dice a Edipo que no ha venido a burlarse de él, etc., hay que cuidar no traducir un *te* o algo parecido, como suele hacerse, pues ello entrañaría ya burla o denuesto, algo que Creonte procura, y lo consigue, evitar escrupulosamente. Que esto se refiere a Edipo sólo lo señala el vocativo Οἰδίπους, alusión amable y diplomática a la vez.

to antes, pues compete a la familia especialmente la obra piadosa de contemplar las calamidades familiares, y sólo a ella oírlas.

EDIPO.—En nombre de los dioses, ya que me dejaste estremecido, sacándome de mis sombríos presentimientos, al haber llegado como el hombre más noble junto a mí el más ruin, concédeme una cosa, pues he de hacerte una aclaración por bien tuyo y no mío.

CREONTE.—¿Y qué cosa porfías tanto tener la suerte de conseguir?

EDIPO.—Arrójame de este país cuanto antes a un lugar donde no se me ha de ver dirigir la palabra a ningún mortal[140].

CREONTE.—Es una tarea que hubiera acometido, estate seguro de ello, que la hubiera acometido, si no hubiera considerado conveniente antes de nada preguntar al dios qué se debe hacer.

EDIPO.—Sin embargo, lo que es su mensaje, fue claro por completo: hacer desaparecer a este parricida, a este impío que soy yo.

CREONTE.—Sí, ésas fueron sus palabras pero, sin embargo, en la grave situación a que hemos llegado es mejor preguntarle qué decisión hay que tomar.

EDIPO.—¿Pero es que vais a comportaros tan generosamente y a pedir información en relación y a favor de un desgraciado?

CREONTE.—Sin duda, si estás tan favorablemente impresionado por este solícito consejo al dios[141], también podrías tú ahora conceder fiabilidad al dios.

EDIPO.—Y justo a ti te encargo y he de hacerte un ruego: en relación con la que está en casa dispón personalmente el sepelio que gustes pues sin duda has de cumplir rectamente este ri-

---

[140] προσήγορος con valor activo, como *Antígona,* 1185, lo que está en consonancia con el valor del proverbio προσ-, indicando dirección, no hacia el hablante, sino del hablante hacia otro. También está en consonancia con la proclama de Edipo (líneas 236-241 y 352) que impedía, no que el culpable dirigiera la palabra, sino al revés, que se la dirigieran a él. Se daba por sentado que el público rehuiría hablarle, la única posibilidad era que él osara dirigir la palabra a otros.

[141] Esta condicional, como es habitual, viene exigida por el potencial. Creonte, queriendo con esta frase halagar a Edipo y corresponder a su extremado agradecimiento, resulta a la postre un tanto inoportuno, al recordarle su antigua oposición al dios de Delfos.

tual a favor de los tuyos. Pero en cuanto a mí jamás esta ciudad patria juzgue adecuado acogerme para que habite en ella vivo. Al contrario, déjame que habite en la montaña, allí donde hay una famosa, la mía, el Citerón, ése que mi madre y mi padre me asignaron en su vida como sepultura definitiva, a fin de que muera a instancias de ellos, los que pretendían matarme. Aunque, sin embargo, lo que es esto sí que lo sé: que ni enfermedad ni ningún otro mal podría destruirme, pues en otro caso nunca, cuando estaba a punto de morir, me habría salvado, no, jamás[142], para una espantosa calamidad. Sin embargo, vaya mi destino exactamente a donde va. En relación con los niños[143], a los varones, Creonte, no les prestes atención. Son hombres, de suerte que no van a encontrar nunca dificultad en ganarse la vida donde quiera que estén. En cambio, de estas dos doncellas hijas mías, desdichadas y dignas de compasión, a las que jamás les fue puesta la mesa carente de comida sin la compañía de quien os habla ni jamás mi propia mesa fue puesta carente de ellas sino que cuantos alimentos probaba yo de todos ellos participaban siempre las dos: de éstas dos cuídame[144]. Y sobre todo, déjame tocarlas con mis manos y que me desahogue llorando nuestras calamidades. ¡Anda, soberano, anda, oh tú, magnánimo por tu magnanimidad! Sábete que con sólo tocarlas con mis manos recibiría la impresión de tenerlas igual que cuando las miraba. ¿Qué digo?[145]. ¡Por los dioses, ¿no he oído ya por ahí a mis dos se-

---

142 La negación μὴ, línea 1457, no afecta a lo que le sigue ((ἐ)πὶ τῷ δεινῷ κακῷ), como suele entenderse, sino que es una negación redundante de la frase negativa anterior, cosa habitual. Su significado exacto es: *no, no hay cuidado de ello, no hay miedo a que esto no sea como aseguro*.

143 Somos conscientes de que esta forma oculta el significado *hijo* en el sentido material, pero eso lo oculta, no lo dice expresamente. Y como al español le ocurre lo mismo con la palabra *niño* cuando es dicha por el padre, como es aquí el caso, entendemos que ésta es la versión más exacta y fiel.

144 Estas líneas, 1463-1464, son el fruto de una tremenda tensión emocional de Edipo. Ello da cuenta de la fuerte concentración de la frase.

145 No es un simple *¿Qué digo?*, mera exclamación, sino mucho más. Implica que no se sabe qué decir y cómo reaccionar ante algo que se comprende (aquí, la llegada de las hijas), pero a lo que resulta difícil prestar crédito por lo maravilloso del caso (que Creonte haya permitido su presencia y tan pronto tenga allí a las hijas, sin haberle contestado todavía que accedía a su petición).

res queridos derramar lágrimas?! ¿Y Creonte compadeciéndose de mí me mandó a estas dos queridísimas hijas fruto de mis propias entrañas? ¿Expreso algo que tenga sentido?

(Entran ANTÍGONA *e* ISMENE *guiadas por un criado.)*

CREONTE.—Lo expresas. En efecto, yo soy el que procuré esto al intuir tu actual delectación en ellas, deduciéndola por la que te embargaba antaño[9].

EDIPO.—En fin, ¡ojalá que la suerte te acompañe y que, en honor a esta tu visita[146], tengas la suerte de que la divinidad te proteja mejor que a mí! Hijas de mis entrañas, ¿dónde es donde estáis? Acercaos aquí, llegaos a estas manos mías hermanas vuestras, las que procuraron que los antes brillantes ojos del padre vuestro sembrador os contemplaran así, sin vista, ya que yo, hijas de mis entrañas, por no hacer comprobaciones ni investigaciones resulté ser progenitor vuestro por medio del campo en el que yo mismo había sido labrado. Lloro por vosotras dos, dado que no tengo capacidad física para veros, al intuir el futuro de vuestra amarga vida. ¡Cuán amargamente vais a tener que vivir vosotras dos por culpa de los hombres! Pues, ¿a qué reunión de ciudadanos os presentaréis y a qué fiestas, de donde no regresaréis a encerraros en casa envueltas en lágrimas en vez de disfrutar del grato espectáculo? Y, en fin, cuando ya lleguéis a la sazón del casamiento ¿quién habrá, dónde está ése que decidirá drásticamente, hijas de mis entrañas, cargar con tales reproches que fueron la ruina de mis progenitores igual que serán[147] la de vosotras dos? Pues

---

[146] No, como entienden algunos (por ej., Jebb y Kamerbeek), *la llegada de las hijas* o *favor* por la llegada de las hijas, sino simplemente *por la llegada o visita de Creonte* a Edipo cuando era lo menos que podía suponer. Obsérvese que ya antes (línea 1322) Edipo ha agradecido la visita del coro, y véase también la insistencia e hincapié que se hace en esta *visita de Creonte*, líneas 1422 y 1433. En fin, dado que esta expresión no va acompañada de ningún otro determinante, es de pensar que se refiere al sujeto de la frase que es Creonte, pues si se refiriera a las hijas se esperaría que así se señalara expresamente.

[147] Seguimos el texto de Dain, y por ello conservamos γονεῦσιν ἔσται, línea 1495, porque es la lección *difficilior*, frente a γοναῖσιν que es evidentemente la *facilior*. ἔσται es una forma condensada, que engloba tanto el pasado (de su madre, Yocasta) como el futuro de sus hijas. Se impuso el futuro porque aquí predomina la idea de futuro sobre la de pasado.

¿qué afrenta falta? Vuestro padre mató a su padre, labró la tierra que lo había traído al mundo, justamente aquélla de la que él mismo había sido cosechado, y os recolectó a vosotras de los mismos campos de los que había brotado él mismo. Tales son los reproches que recibiréis. Y luego, ¿quién va a casarse con vosotras? No habrá nadie, hijas de mis entrañas, sino que evidentemente vais a tener que consumiros estériles y solteras. Hijo de Meneceo, en fin, ya que eres tú el único padre que les ha quedado a las dos, pues nosotros dos los que les dimos el ser hemos perecido, los dos que éramos, no permitas que seres de la misma sangre vivan de la mendicidad, sin marido, vagabundos, ni las equipares a mis calamidades. Al contrario, compadécelas viéndolas tan pequeñitas, abandonadas de todos excepto de lo que a ti toca. Dime que sí, noble pariente, tocándome con tu mano[148]. Por lo demás, a vosotras dos, hijas de mis entrañas, si tuvierais ya razón, os daría infinidad de consejos pero, dado vuestro estado actual, hacedme esta súplica a los dioses: que viváis donde la oportunidad del momento os deje, pero que consigáis vida mejor que la que consiguió el padre que os dio el ser.

CREONTE.—Has llegado con tu llanto bastante lejos. En fin, entra en palacio.

EDIPO.—Debo obedecer aunque no es nada grato.

CREONTE.—Es que la bondad de cualquier cosa depende del sentido de la oportunidad.

EDIPO.—¿Sabes entonces bajo qué condición me moveré de aquí?

CREONTE.—Tienes que explicarla y entonces, una vez que la haya oído, lo sabré.

EDIPO.—Con la condición de que me mandes desterrado del país.

CREONTE.—Lo que solicitas sólo al dios compete.

EDIPO.—Justamente para los dioses he resultado el más odioso.

CREONTE.—En ese caso probablemente conseguirás tu deseo.

EDIPO.—¿Me das seguridad de ello entonces?

CREONTE.—Es que no gusto de afirmar en vano lo que no pienso.

---

148 Como garantía de la promesa. Se trata de la mano de Creonte y de Edipo, pues el preverbio ξυν- va también con ψαύσας.

EDIPO.—Llévame entonces ya de aquí.

CREONTE.—Camina, pues, y suelta a tus hijas.

EDIPO.—No se me quite de ninguna manera nada menos que a éstas.

CREONTE.—No pretendas salirte siempre con la tuya, pues también aquellos hechos en los que lo conseguiste te siguieron pero no para bien de tu vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEO.—Habitantes de Tebas, mi patria, mirad, éste es Edipo, quien resolvía los famosos enigmas y era el hombre más preeminente, envidiado a causa de sus éxitos. ¿Quién de entre sus conciudadanos no vivía con la mirada fija en él? ¡A qué enorme oleaje de espantosas desgracias ha venido a dar! De modo que nadie considere feliz a quien todavía tiene que morir, sino que le debe examinar con toda atención todos los días de su vida incluido el último en que vea la luz, hasta que franquee el límite de su vida sin haber sufrido nada doloroso[149].

---

[149] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Antígona,* nota 56.

ELECTRA



INTRODUCCIÓN

Tampoco está rigurosamente probada la fecha en que fue representada la *Electra* de Sófocles. Parece verosímil afirmar que es anterior la de Sófocles a la homónima de Eurípides. No habría demasiado margen de error si la situáramos en torno al 415 a.C. P. Klimpe[1] considera el 414/3 como *terminus ante quem* para la *Electra* de Sófocles, y hasta llega a proponer el año 417 como la fecha más tardía en que pudo representarse esta obra. Esto pone de manifiesto la prodigiosa capacidad inventiva y teatral de Sófocles en su más acusada ancianidad, pues en 415 a.C. nuestro autor tenía ya ochenta años.

El tema central de la obra, la venganza impuesta a Orestes por la tradición legal y religiosa del crimen cometido por Clitemnestra y Egisto en la persona de Agamenón, era ya entonces viejo. Conocido de la épica, había sido tratado extensamente por la lírica coral, y luego había adquirido unas líneas precisas en el teatro a instancias de Esquilo en la *Orestíada*. En la fase anterior a Sófocles dos rasgos fundamentales destacan: el carácter hombruno de Clitemnestra, rayano en lo paranoico, por un lado, y por otro, la venganza consiguiente a la muerte de Clitemnestra buscada en la cabeza de su asesino, su hijo Orestes. Esos dos ingredientes están ausentes en Sófocles: aquí el carácter de Clitemnestra, sin dejar de ser odioso y perverso, lo es sólo en la medida en que puede serlo cualquier mujer, pero no con aquella intensidad esquilea, que está a la altura de un espíritu maléfico. Y el castigo inherente al crimen de Orestes al matar a su madre, lo elimina Sófocles. De Esquilo a Sófocles se nota una secularización evidente de la temática: el designio de los poderes religio-

[1] P. Klimpe, «Die *Electra* des Sophokles und Euripides *Iphigenie bei den Taurern*», *G.A.B*, Göppingen, 1970, págs. 134 y 161.

sos, que es el hilo motor en Esquilo, deja de serlo en Sófocles, que lo reduce a un asunto humano.

A esta tragedia, integrada por personajes de condición normal, le falta, naturalmente, grandeza épica, una grandeza espectacular a la medida de la altura inaccesible de un *Agamenón* de Esquilo o del propio *Edipo Rey* de Sófocles. Esta diferencia es constatable no sólo en el tipo de los caracteres particulares de los personajes sino incluso en el desarrollo de toda la obra, pero se comprueba particularmente en la capacidad poética de los coros. Sin embargo todos estos datos no son sino diferencias, lo que no implica juicio alguno de valor, pues datos diferentes exigen para su correcta interpretación unos parámetros igualmente diferentes. Afirmar que la *Electra* de Sófocles se ha acercado en su tratamiento al nivel humano y se ha puesto a ras de tierra no significa que desmerezca si la comparamos con otras tragedias de noble altura.

En efecto, según puede deducirse de un epigrama de Dioscórides[2], muchos antiguos consideraban las mejores tragedias de Sófocles la *Antígona* y la *Electra*. Efectivamente, debemos afirmar que la *Electra* de Sófocles alcanza una perfección técnica excepcional, sólo comparable a la del *Edipo Rey*. Este juicio es compartido por todos los críticos. J. H. Kells[3] se expresa al respecto de manera contundente así: «la *Electra* de Sófocles es indudablemente una de las más grandes obras del mundo», y Lasso de la Vega[4] concuerda con él con estas palabras: «la economía dramática es de una gran sabiduría». Kirkwood[5] reiteradamente compara la estructura de la *Electra* a la del *Edipo Rey*, y a su vez Mazon[6] alude a la soberana maestría y seguridad del movimiento dramático en la *Electra* de Sófocles. Por nuestra parte es menester añadir que la similitud entre el *Edipo Rey* y la *Electra* no es sólo de carácter estructural, lineal en ambas obras, sino también en algo peculiar de Sófocles, y que él circunscribe casi exclusivamente a estas dos obras: nos referimos al uso profuso que de la ambigüedad hace en ambas obras, hasta tal punto que gran par-

---

2 *Antología Palatina*, 7, 37.

3 J. H. Kells, *Sophocles. Electra*, Cambridge, 1973, pág. 1.

4 Lasso de la Vega, *Sófocles: tragedias*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1981.

5 Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, págs. 55-77.

6 Mazon, *Sophocle. Tome II*, París, 1972, pág. 133.

te de estas dos piezas conllevan dos lecturas simultáneas pero distintas y opuestas[7].

El interés del espectador en el decurso de la acción es constante e indeclinable. Desde que al principio de ella aparece en escena nuestra protagonista, lamentándose de su triste situación de esclava en su propio palacio y suspirando sin desfallecer por la presencia salvadora de su hermano Orestes, todo el resto de los acontecimientos se generan y fluyen armónicamente de forma natural, como natural es la dirección de la corriente de los ríos. Electra se balancea entre el platillo de sus desgracias, que tiran de ella al decaimiento, y la esperanza en la presencia de su hermano, que le da fuerzas para mantenerse erguida. El coro, oportuno, la invita, por un lado, a no dejarse arrastrar por la desgracia y, por otro, a confiar en su hermano. Pero Electra, mujer no muy dada a la reflexión, y muy inclinada a las decisiones impulsivas, al dar por buena la noticia de la muerte de su hermano Orestes, opta por tomar venganza personalmente ella, para lo que solicita el concurso de su hermana Crisótemis. Pero ésta, cobarde, no se arriesga. Sólo la circunstancia de unos ensueños experimentados por Clitemnestra hace renacer en Electra cierto grado de optimismo. Pero, como es habitual, el optimismo de Electra y la angustia de Clitemnestra se invierten enseguida: un viejo forastero anuncia la muerte de Orestes. Ello hace que veamos a Electra angustiada y a Clitemnestra eufórica. Pero, como es de rigor, el juego de la ironía dramática se encargará de efectuar la mágica mutación de los sentimientos. En efecto, Crisótemis, plenamente convencida por la calidad de los cabellos dedicados sobre la tumba de Agamenón de la presencia de Orestes, rebosante de alegría, por un instante está a punto de contagiar de la misma alegría a Electra. Pero no, no son cabellos de Orestes, porque Electra oyó la noticia del forastero acerca de la muerte del hermano. Continúa, pues, el juego de la ironía. Tras un largo decaimiento de Electra, se presenta el propio Orestes pero bajo aspecto de forastero. Aquí se alcanza el *clímax* de la tensión de Electra: cree tener entre sus manos la urna con las cenizas de Orestes, y en ese momento el supuesto forastero se identifica. Resulta ser Orestes. A continuación los acontecimientos se precipitan. Clitemnestra, ya satisfecha por la noticia de la muerte de

---

[7] Cfr. Kirkwood, *op. cit.*, págs. 258-9, y nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles», *Emerita*, 51, 2.°, 1983, 269-300.

su mayor enemigo, su hijo Orestes, alcanza alegría indescriptible cuando se le presenta la urna con sus supuestas cenizas. Pero a esta alegría desbordante sigue el dolor máximo, su muerte por los fingidos forasteros, pero que son en realidad sus más próximos allegados. Queda Egisto. Viene eufórico del campo por la noticia relativa a la supuesta muerte de Orestes. Enseguida el supuesto muerto vive y mata al aparentemente vivo, Egisto.

Pareja a la maestría técnica va la capacidad de inventiva, habilidosa y graciosa por igual. Es la *Electra* la tragedia más lograda técnicamente de las de Sófocles, inigualable en este aspecto. No conmueve por la grandiosidad de los caracteres ni por el terror ni por el amor, pero convence por la sutilidad del engranaje de la máquina de los acontecimientos.

¿Es cierto que la *Electra* es una simple obra de arte, pensada para el goce estético de los espectadores y no para transmitirles ningún mensaje, como en alguna ocasión se ha dicho? Es extraño. Sería la única obra entre las conservadas de este autor que sólo tuviera sentido en su contemplación, sin enviar nada trascendente a la ejecución de la pieza. Ya antes indicábamos que la ausencia del castigo de Orestes por el crimen cometido es algo significativo y, por supuesto, no casual. Cabe deducir, pues, que si Sófocles no alude al posterior castigo de Orestes es porque él no lo castiga, o, lo que es igual, alaba la acción. ¿Y cuál es la acción? La muerte de dos amantes que han echado por la borda el honor de una casa de solera asesinando al cabeza de familia, en quien se condensa el alma de la casa, por el adulterio de los amantes. Por consiguiente, el fin último de la obra es, más que «la liberación de Electra» como lo entiende Ronnet[8], la liberación de aquella casa y familia del deshonor con que la habían mancillado las dos ahora víctimas. La liberación de Electra, aunque asociada a la de la familia, no es el fin primero buscado: Electra lucha por la reivindicación del honor y buen nombre de su padre. Obsérvese que, en efecto, las últimas líneas de la obra[9], que son su culminación, aluden expresamente, a guisa de corolario, a *la liberación de la familia de Atreo,* y no de Electra.

Sófocles, aprovechando el voto favorable a Orestes concedido en las *Euménides* de Esquilo por el tribunal del Areópago y la propia Atenea que lo eximía de castigo, estaba facultado para

---

[8] Ronnet, *Sophocles poète tragique,* París, 1969, pág. 213.
[9] *Electra,* líneas 1508-1510.

dar por sentada ante el público ateniense la exención de castigo de Orestes. Pero en las *Euménides* hay un salvador de Orestes: el Areópago y Atenea. ¿Quién no mencionado en la obra de Sófocles lo salva a él y a su espiritual colaboradora Electra? Sin duda, y aquí está el mensaje de la obra, el crimen cometido por Egisto y Clitemnestra y que, además, lo que es el colmo de la insolencia y de la injusticia, continúa perpetuándose día tras día por cuanto los dos asesinos son, a la vez, adúlteros que mancillan permanentemente el honor de la familia y de los dioses que la protegen. Y, como expresamente es sabido, el adulterio estaba castigado con la muerte del adúltero sorprendido *in fraganti*, según elocuentemente demuestra el caso de Eufileto[10], marido burlado que venga su honor matando a Eratóstenes, el adúltero. Por tanto, si Egisto podía y debía ser matado, por extensión podía ser aplicada la misma pena a su inseparable amiga. Por supuesto que, junto a este mensaje capital, surgen otros accidentales, como el amor filial por sí solo.

[10] Lisias, 1, 26.

ELECTRA

(Ante el palacio real de Micenas. Al fondo, la llanura de la Argólide. Amanece.)

AYO.—Hijo de Agamenón, el que fue en otro tiempo jefe del ejército que luchó en Troya, ahora te es permitido contemplar directamente aquello de lo que estabas siempre anhelante. En efecto, la rancia Argos que añorabas hela aquí, sacra alameda de la hija de Inaco[1] fustigada por el tábano. Y ésa de ahí, Orestes, es la plaza del dios matalobos, el Liceo. Y éste de aquí, el de la izquierda, el famoso templo de Hera. Y di del lugar a donde hemos llegado que estás contemplando a Micenas, la que nada en oro, y éste de aquí el edificio desastroso de los Pelópidas[2], de donde yo un día, tras el asesinato de tu padre, luego de recogerte de manos de tu consanguínea y hermana, te saqué y salvé y crié hasta este punto de tu juventud, para que, en bien de tu padre, seas vengador de su asesinato. Pues bien, ahora Orestes y tú, Pílades, el más querido de los huéspedes, hay que decidir con prontitud qué conviene realizar, porque el brillante resplandor del sol nos suscita ya, perceptibles, los matinales gorjeos de los pájaros, y la negra noche estrellada ha declinado ya. Así, pues, antes de que algún hombre salga de su cobijo, unificad vuestros respectivos criterios, pues hemos llegado a un punto en el que lo oportuno ya no es titubear sino la culminación de la obra.

---

[1] *Inaco,* dios-río de Argos, es el padre de *Yo,* sacerdotisa de Hera en Argos. Zeus se enamoró de ella y, para sustraerla a los celos de Hera, su esposa, la transformó en vaca que fue torturada constantemente por un tábano.

[2] *Pélope* es el padre de *Atreo* y *Tiestes.* Atreo sacrificó a los hijos de su hermano sirviéndole a la mesa su propia carne. A su vez Agamenón fue asesinado por su esposa Clitemnestra con la colaboración de su amante Egisto.

ORESTES—Tú, el más querido de los hombres de mi servicio, ¡cuán claras pruebas me ofreces de que te viene de raza ser bueno con nosotros! Pues igual que un caballo de buena raza aunque sea viejo no pierde en los peligros su fogosidad sino que levanta enhiesta la oreja, justo de la misma manera tú nos empujas a nosotros y nos sigues tú mismo el primero. Pues bien, te mostraré nuestra decisión, y tú, prestando fino oído a mis palabras, si en algo no estoy acertado corrígeme[3]. En efecto, cuando yo alcancé el oráculo Informador[4] para conocer de qué manera obtener justicia en honor a mi padre de parte de sus asesinos, Febo me contestó respuestas de esta índole, de las que vas a enterarte al punto: que yo, expedito de escudos y ejército, disfrazara con ardides las justas matanzas de mi mano. Así, pues, dado que hemos escuchado un oráculo tal, ve tú, cuando la oportunidad te induzca a ello, a dentro de la casa esta de aquí, y observa todo lo que allí se hace, a fin de que, una vez enterado, nos des una información precisa. Pues no hay cuidado, gracias a la vejez y al largo tiempo transcurrido, de que te reconozcan, ni siquiera sospecharán de ti con tan florida cabellera. Y haz uso de una explicación de este tenor, que eres un extranjero focense, llegado de parte de un hombre, Fanoteo. Pues éste resulta ser el más importante de sus aliados de guerra, y anuncia, acompañándolo con juramento, que es un hecho incontrovertible que[5] Orestes ha muerto de un accidente inevitable en las competiciones píticas, enrollado a[6] los carros movidos por ruedas. Quede así la historieta. Nosotros, por nuestra parte, tan pronto como cubramos, según encargaba el dios, la sepultura de mi padre con libaciones y exuberancia de cabellos cortados de la cabeza, re-

[3] El esclavo, ya anciano, se considera, y de ello da buenas pruebas, dotado de gran experiencia.

[4] El de Apolo Pítico en Delfos.

[5] ὁθούνεκα, línea 47, forma muy usada por Sófocles, es una completiva, pero no equivalente íntegramente a ὡς sino que, sobre ésta, posee un alto valor enfático en dos aspectos, por depender de un verbo afectivo en más o menos grado y por introducir un predicado verbal cuya realidad se pretende que sea especialmente resaltada. Cfr. Sófocles, *Áyax*, 123, 553, *Electra*, 47, 617, 1308, *Filoctetes*, 634, *Edipo en Colono*, 944 y *Edipo Rey*, 1271.

[6] Ello implica que la acción verbal se cumple en contacto directo con *los carros*. Obsérvese un caso similar en *Áyax*, 1030.

gresaremos enseguida de nuevo aquí, portando en las manos una urna de cuerpo de bronce que también tú sabes que oculté yo en el matorral a fin de traérsela[7] a ellos, disfrazando así tu dulce información de mi muerte con esta información de que mi cuerpo ha sido aniquilado, incinerado ya y reducido a ceniza. Pues ¿qué me molesta ello cuando, muerto bajo palabra de honor, de hecho voy a salvarme y a alcanzar renombre? No tengo por malo ningún discurso acompañado de provecho, pues ya he visto muchas veces a los sabios ladinos morir falsamente bajo palabra de honor, y luego cuando regresan de nuevo a casa son estimados en razón de ello todavía más[8]. Así también respecto a mí presumo que a resultas de este cuento brillaré en su momento, tras echar sobre mis enemigos mirada centelleante[9] a manera de astro. En fin, tierra patria y dioses del lugar, acogedme en este viaje con buen paso, y también tú, mansión paterna, pues vengo a purificarte por medio de la justicia, impulsado por los dioses. Y no me expulséis deshonrado de esta tierra, sino acogedme como dueño de mis riquezas y restaurador de mis mansiones. Pues bien, éste es mi comunicado. Y corra ya de tu cargo, anciano, entrar y vigilar tu cometido. Nosotros dos nos alejamos, pues es la ocasión, justamente la que constituye el más poderoso garante de todo asunto humano.

---

[7] Según nuestra interpretación, el objeto directo de *traer,* línea 57, es *la urna de cuerpo de bronce,* de línea 54. El dato decisivo que parece confirmar nuestro punto de vista es la frase de la línea 1109 que presenta el mismo verbo φέρω, y que, puesta en boca de Orestes, dice: φήμης φέροντες ἐμφανῆ τεκμήρια, en donde ἐμφανῆ τεκμήρια oculta el τύπωμα antes mencionado.

[8] Se refiere a tradiciones según las cuales se dieron casos de sueños de larga duración. Así, se cuenta de *Epiménides de Creta* que en una ocasión durmió durante ciento cincuenta y siete años. Sucesos semejantes se contaban de Pitágoras, Zalmoxis, Aristeas de Proconeso, Abaris y Empédocles.

[9] Es una especie de acusativo resultativo adverbial unido a δεδορκότα, del tipo de *Odisea,* 19,446 e *Ilíada,* 3,342. Se observa que Orestes apenas alude a que saldrá vivo de esta empresa (no lo duda, lo sabe porque Apolo así lo ha sugerido). En lo que hace hincapié, y está preguntando ya, es en la gloria y fama que cosechará como resultado de esta venganza. De ahí que δεδορκότα no haya que entenderlo en el sentido de *vivo,* sino en línea con toda la frase, que describe el efecto deslumbrador de la mirada que Orestes echará sobre sus enemigos.

ELECTRA *(Dentro del palacio)*.—¡Ay desgraciada de mí!

AYO.—De verdad, hijo, me pareció haber percibido el lloriqueo de alguna sirvienta por dentro de las puertas.

ORESTES.—¿No será acaso la desgraciada Electra? ¿Esperamos aquí y escuchamos los lamentos, te parece bien?

AYO.—De ninguna manera. Procuremos no hacer nada antes que los mandatos de Loxias[10]. Y de acuerdo con ellos empecemos por el principio vertiendo abluciones en honor de tu padre. Pues esto es lo que nos va a reportar la victoria y el triunfo en la empresa.

(Salen los tres personajes y hace acto de presencia ELECTRA.*)*

ELECTRA.—¡Luz santa y aire copartícipe con ella de la tierra, cuán numerosas cantinelas de lamentaciones y cuán numerosos golpes, alzados contra mi pecho ensangrentado, has percibido siempre que la oscura noche escapa! Y, por otro lado, mi detestable lecho de esta ajetreada vivienda es testigo de mis fiestas nocturnas[11], de cuánto es lo que lloro a mi padre, el pobre. Al que en tierra extraña[12] Ares[13] asesino no acogió en su seno sino que fueron mi propia madre y el que comparte el lecho con ella, Egisto, quienes le cortaron la cabeza con hacha asesina como una encina los leñadores. Y ninguna queja por estos crímenes sale de otro más que de mí, por ti, padre, muerto tan injusta y lamentablemente. Pero no cejaré en absoluto de mis lamentos y molestos gemidos, en tanto que vea con mis ojos los destellos refulgentes de las estrellas y también el día que renace. No cejaré, no, a manera del ruiseñor que ha perdido a sus polluelos, de proclamar, envuelta en gemidos, ante estas puertas paternas para que el eco llegue a todos, lo siguiente: mansión de Hades y Perséfone, subterráneo Hermes y augusta Maldición y venerables Furias, hijas de los dioses, que no olvidáis a quienes mueren injustamente y tampoco olvidáis a quienes les son substraídos los tálamos propios, llegad, ayudadnos, vengad el asesinato de nuestro padre y

---

[10] Epíteto de Apolo que significa *el zigzagueante*, conveniente, pues, con un dios de la adivinación.

[11] Es irónico, luego aclarado.

[12] Se refiere a la larga estancia en torno a Troya en la expedición bélica.

[13] Dios de la guerra.

traedme a mi hermano, pues sola ya no valgo para sobrellevar la carga de mi aflicción que se me empieza a descompensar[14].

(Entra el CORO, *formado por mujeres de Micenas.)*

ESTROFA 1

CORO.
Hija, hija de la más desgraciada madre,
tú, Electra, cómo
te consumes sin cesar, así, en incontenibles ayes de dolor
por Agamenón cogido tiempo ha
con engaños y de la manera más impía
por tu fraudulenta madre, víctima de
perversa traición. ¡Ojalá que quien tramó este crimen
perezca, si me es lícito proclamar este deseo!

ELECTRA.
Hijas de nobles padres,
habéis llegado para consuelo de mis fatigas.
Sé y comprendo lo que me decís. No se me oculta
en absoluto. Pero no admito abandonar esto,
¡no, no lo quiera dios!, dejar de llorar a mi padre infeliz.
Al contrario, vosotras las que me correspondéis con el favor
de un cumplido afecto, dejadme delirar así,
ay, ay, por favor.

ANTÍSTROFA 1

CORO.
Pero tienes que saber que lo que es a tu padre no lo vas
a resucitar de la laguna del Hades, común a todos,
ni con lloros ni con súplicas.
Sin embargo te destrozas gimiendo sin cesar,
empezando por dolores moderados para terminar en otros
incontenibles,

[14] ἀντίρροπον, línea 120, representa la imagen de la balanza: en un platillo pesa la fortaleza de Electra, en el otro la carga de sus angustias. Pues bien, la balanza tiende ahora a inclinarse a favor del platillo de las angustias.

en los que no radica solución alguna a tus males.
¡A qué pretenderme tú esas pesadas cargas!

ELECTRA.

Necio es quien olvida
a sus progenitores que acabaron lamentablemente.
Sin embargo el pájaro[15] gemebundo encaja conmigo, sí, con mi sentir,
el mensajero de Zeus, que angustiado llora sin cesar a Itis, Itis.
¡Ay, Níobe[16], soportaste más que nadie desgracias, pero al menos yo te
tomo a ti por un dios, la que en tu sepultura pétrea
ay, ay, lagrimeas!

ESTROFA 2

CORO.

Sábete, hija, que no eres tú la única
entre los mortales que se encontró con dolor,
en el que tú, comparada con los de casa, eres algo excesiva,
a pesar de ser igual a ellos por origen y consanguinidad de nacimiento,
en comparación de como vive Crisótemis e Ifianasa[17],
y el dichoso en medio de una juventud[18] resguardada
de dolores, al que la famosa
tierra de los micenenses
recibirá un día en calidad de hijo de noble padre, cuando por voluntad
complaciente de Zeus alcance esta tierra, Orestes.

---

[15] El pájaro es el ruiseñor, en el que fue convertida *Procne* por matar a su hijo *Itis* para vengar la afrenta que su esposo *Tereo* le había infligido a su hermana Filomena. Cfr. Esquilo, *Agamenón*, 1142 y Aristófanes, *Aves*, 203 y ss.

[16] *Níobe* se había jactado de ser más fecunda que la propia *Letona*, pues ella tenía seis hijos y seis hijas, mientras *Letona* sólo dos, Apolo y Artemis respectivamente. Por esta insolencia sus hijos e hijas fueron asaeteados por Apolo y Artemis, y ella misma convertida en roca, situada en el monte Sípilon. Cfr. Pausanias, 1,21,3.

[17] Hermanas de Electra.

[18] Cfr. sobre este particular, y sobre cualquier otro problema de carácter filológico de la obra en general, nuestro comentario expuesto en *Sófocles*, publicado por Ediciones de la Universidad de Salamanca.

ELECTRA.
Precisamente es él a quien yo estoy siempre esperando
incansablemente, sin hijos, soportando todo lo que hay que soportar,
sin esposo, empapada en lágrimas, presa de
esta suerte interminable de calamidades. En cambio él se olvida
de lo que le ocurrió y de lo que se enteró, pues ¿cuál de sus mensajes
no me llega a mí decepcionante?
En efecto, siempre lo añora pero pese a sus añoranzas
no se digna aparecer.

ANTÍSTROFA 2

CORO.
¡Ánimo, ánimo, hija mía!
Todavía es poderoso en el firmamento
Zeus, que observa y domina el mundo.
Delega en él ese tu exceso de cólera[19]
y no te agobies demasiado por los que odias ni los olvides.
Pues el tiempo es un dios de fáciles salidas.
En efecto, ni el muchacho hijo de Agamenón que habita Crisa,
ribera de pastizales para el ganado bovino,
vive ajeno a este problema
ni el dios que reina en el Aqueronte[20].
ELECTRA.
Pero es que a mí se me ha pasado ya
gran parte de mi vida sin esperanzas y ya no resisto,
pues me consumo sin padres
y en defensa de mí no se levanta ningún hombre amigo

---

[19] Entendemos que el coro invita a Electra sólo a evitar las posturas extremadas (en consonancia con lo que ha señalado en líneas 155-160, Electra es extremada, en cambio sus hermanas y hermano, actuando con más sentido común, van sobrellevando las penas), delegando en Zeus la parte de cólera que excede del justo punto, para que así Electra se quede con un enfado llevadero. En efecto, la interpretación que ve este pasaje como invitación a delegar en Zeus toda la cólera de Electra choca de frente con las palabras que a continuación añade el coro «y no te olvides». Sería ello una contradicción.

[20] El *Aqueronte* es uno de los ríos del Infierno.

sino que, como si fuera una extranjera despreciable,
cuido las estancias de mi padre
con una ropa así de desastrada[21]
y recorro las mesas vacías[22].

Estrofa 3

Coro.
Funesto saludo se dedicó a tu padre al regreso de Troya
y también funesto fue el que se le dedicó en el lecho paterno
cuando se abalanzó sobre él el zarpazo
frontal del filo de bronce puro.
Engaño fue el instigador, amor el asesino,
con lo que crearon una figura horriblemente
espantosa, bien fuera un dios, bien uno de los mortales
quien urdió estos crímenes.
Electra.
¡Oh, el día aquél que me resultó
más que todos con mucho el más odioso!
¡Oh noche, oh estremecedora gravedad de banquetes nefandos!
Eso[23] lo vio mi padre,
una muerte, no hecha a su medida, por dos manos
que me quitaron la vida
a traición y que me destruyeron.
¡Ojalá que a los criminales el dios poderoso, el Olímpico,
procure hacerles pasar experiencias expiadoras[24]
y ojalá que nunca gocen de lucimiento,
por haber cometido tales desmanes!

---

[21] Quizá el significado propio de ἀεικεῖ σὺν στολᾷ, línea 191, sea *vestida con ropa no hecha a mi medida*, en el sentido material y social. Sin embargo, cabe ver en esta línea y la siguiente la situación de Electra a quien se contrapone en líneas 359-362 la situación de Crisótemis, ésta luciendo vistosa vestimenta y gozando de abundante mesa.

[22] No sólo de alimentos y asiento (de ahí el uso del verbo ἵσταμαι, línea 192), sino como persona a quien se le hace el vacío, sin que nadie la acompañe en ese menester tan íntimo y familiar.

[23] τούς, línea 207, es un demostrativo referido a *banquetes*, pero concertando por atracción con θανάτους que lo explica.

[24] Obsérvese la aliteración del sonido *p*, fiel reflejo del original.

Antístrofa 3

Coro.

Procura no hablar más.
¿No te das cuenta por qué motivos tan baladíes[25]
has incurrido en el presente tan ignominiosamente
en desastres personales?
En efecto, has sobreañadido bastante cantidad de calamidades
por originar constantemente pugnas con tu malhumorado espíritu.
Y esto no es discutible: enfrentarse a los poderosos.

Electra.

He sido forzada a ello por hechos espantosos, por hechos espantosos.
Lo sé, no se me oculta mi vehemencia.
Pero mientras esté entre hechos espantosos no daré fin
a estas desazones, mientras me asista la vida,
pues ¿a quién, gente querida,
oiría ya un razonamiento correcto, cuando incluso vosotras pensáis así?
Dejadme, dejadme de aconsejar,
pues ésta será mi decisión irreductible
y nunca jamás por cansancio daré fin
de esta manera tan incontable a mis lamentaciones.

Epodo

Coro.

Pero sábete que yo, en quien puedes confiar igual que en una madre,
te sugiero con todo afecto
que no engendres desastre tras desastre.

[25] Es éste un pasaje que no siempre ha sido bien interpretado. A nuestro juicio el coro insiste en hacer ver a Electra que evite ser extremada en sus críticas contra Clitemnestra y Egisto, que es lo que implica la línea 213, consciente de que su penosa situación actual le viene de motivos fútiles al principio pero que, no frenados, llegaron a una situación tan grave. Es una frase similar en forma y contenido a la de las líneas 140-141 que dice *empezando por dolores moderados para terminar en uno incontenible.*

ELECTRA.

¿Y qué moderación hubo en la maldad de ellos? ¡Vamos![26]
¿Cómo puede estar bien despreocuparse de las víctimas?
¿En qué persona humana surgió esta idea?
¡No quiera dios que reciba honores de individuos que piensan así,
ni, si es que me asiste algo bueno,
conviva tranquila con ese proceder si con desprecio de mis progenitores restara alas
a los gemidos de agudos trinos!
Pues si él ¡el pobre! yaciera reducido
a polvo y a nada de valor y, en cambio, éstos
no van a pagar la pena equivalente a su delito
desaparecerían el recato y la piedad
del común de los mortales.

CORIFEO.—Yo, hija, vine aquí por interés tuyo igual que mío. Pero si no discurro acertadamente, tuya sea la victoria, pues a ti te seguiremos todas a una.

ELECTRA.—Me da vergüenza, mujeres, que os dé la impresión de que me excito demasiado con excesivas lamentaciones. Pero, pues la provocación violenta de que soy objeto me obliga a actuar así, comprendedme, pues, ¡cómo!, ¿cualquier mujer biennacida no actuaría así, al comprobar las desgracias paternas, las que compruebo yo de día y de noche que se acrecientan más que menguan? A mí, a quien, en primer lugar, el comportamiento de la madre que me engendró me resulta sumamente hostil. Luego en casa, en la mía propia, convivo con los asesinos de mi padre y a las órdenes de éstos estoy y de éstos depende que yo consiga algo al igual que ser privada de ello. Por último, ¿qué días piensas que paso yo cada vez que veo a Egisto sentado en los tronos, los de mi padre, y cada vez que lo miro cuando usa la misma vestimenta que él y vierte libaciones junto al hogar donde lo mató? ¿Y cada vez que veo ¡el colmo de su desfachatez! a nuestro mismo asesino en el lecho de mi padre en compañía de mi descarada madre, si es que procede llamarla madre a la que se acuesta con él? Pero ella es tan descarada que hasta convive con ese espíritu contaminador sin miedo a Furia alguna. Al contrario, como riéndo-

[26] Es preferible entender esto como proposición independiente expresando indignación.

se de sus crímenes nada más que da[27] con el día aquel en que antaño mató con engaño a nuestro padre en él dispone coros y sacrifica ovejas como ofrendas mensuales a los dioses salvadores. Y yo, al comprobarlo, desgraciada de mí, lloro en casa, me consumo y gimo por el llamado ¡maldito de él! festín de mi padre, sola a solas, pues ni siquiera me es dado llorar todo lo que mi corazón gusta de llorar. Pues ésa, la mujer de bien a juzgar por sus justificaciones[28], me insulta con reproches de este jaez: «¡Ser abominable, detestable a los dioses! ¿Sólo a ti se te ha muerto el padre? ¿Ningún otro mortal está de luto? ¡Ojalá perecieras de mala manera y que jamás te liberaran de las lamentaciones actuales los dioses infernales!» Así me insulta, menos cuando oye a alguien que va a venir Orestes. Entonces frenética grita encima de mí: «¿No eres tú la culpable de esta mi situación? ¿No es cosa tuya el hecho este, tú que[29] me quitaste a Orestes del alcance de mis manos y lo pusiste en lugar seguro? Pero sábete que pagarás, sí, el conveniente castigo.» Me ladra con amenazas de este tipo y la incita a ello, presente y unido al lado de ella, el ilustre, su amante, ese individuo el colmo de la cobardía, el colmo de la maldad, el que planta batalla a las mujeres. Y yo, mientras espero constantemente a Orestes que llegue para poner fin a esta situación, me consumo, desgraciada de mí, pues él con sus constantes proyectos de llevar a cabo algo sonado ha destrozado todas mis esperanzas, las de aquí y las de allá. Por eso, queridas, en tal estado de ánimo no puede una ni dominarse ni ser respetuosa, sino que, en medio de afrentas, es inevitable en alto grado hacerse un experto en afrentas.

CORIFEO.—¡Vamos! Di, ¿nos dices esto cuando Egisto está por aquí cerca o cuando está fuera de casa?

---

[27] εὑροῦσα, línea 278, en el caso presente no significa *habiendo descubierto*, etc., en la idea de que Clitemnestra debiera hacer cálculos para hallar una solución, sino que significa *nada más que da con, tan pronto como alcanza o llega a*, en el sentido de que espera anhelante llegar a él, encontrarse con ese día.

[28] No sólo de boca, pues λόγος, línea 287, implica siempre *palabra con una buena dosis de lógica, razonamiento, justificación*. Aquí alude a las aparentemente nobles justificaciones con que Clitemnestra pretenderá dar por bueno su crimen. Cfr. líneas 528 y ss.

[29] ἥτις, línea 296, tiene valor intensivo, habitual en Sófocles, cfr. *Edipo Rey*, 1184, 1335.

ELECTRA.—Con mucho lo último. ¡No vayas a creer que si estuviera por aquí andaría yo fuera! Al contrario, ahora está en el campo.

CORIFEO.—Entonces también yo, más segura ya, entraría en conversación contigo, si es que esto es así.

ELECTRA.—En la seguridad de que ahora está ausente pregunta lo que te apetezca.

CORIFEO.—Efectivamente, voy a hacerte unas preguntas. Respecto a tu hermano ¿qué aseguras? ¿Que llegará enseguida o que es un mero proyecto? Es lo que quiero saber.

ELECTRA.—Es lo que él asegura pero, aunque lo está asegurando, no cumple nada de lo que dice.

CORIFEO.—Es que suele titubear la persona que planea un plan importante.

ELECTRA.—Te aseguro que lo que es yo lo salvé sin titubeo alguno.

CORIFEO.—¡Ánimo! Es de natural bueno para defender a sus seres queridos.

ELECTRA.—En eso confío, pues, en otro caso, no sería mucho lo que yo hubiera vivido.

CORIFEO.—Ahora no digas ya nada, pues observo a tu propia hermana, Crisótemis, criatura del mismo padre, ¡bueno! y de la misma madre, portando en ambas manos ofrendas fúnebres que ofrece palacio[30] iguales a las que se dedican a los seres que están lejos bajo tierra.

CRISÓTEMIS[31].—¿Qué palabrería es ésta que una vez más estás profiriendo, hermana, fuera del vestíbulo, a donde saliste? ¿Y te niegas rotundamente a aprender tras un largo tiempo a no halagar a esos tus humos sin sentido de proyectos vanos? Y, sin embargo, sé también de mí misma tanto como esto, sí, que estoy dolida de la situación actual, de suerte que si tuvie-

---

[30] No puede interpretarse δόμων, línea 324, como genitivo-ablativo de separación. Para nosotros esta forma cumple dos funciones: una, que la presencia de esta palabra al principio de frase es el resultado de un impulso psicológico tendente a llamar la atención, para forzar al silencio a Electra, de algo relacionado con *palacio*. Sin duda, Electra, que actúa un tanto a escondidas, al oír la palabra *palacio* callaría; otra, que *palacio* depende de ἐντάφια, en el sentido de *ofrendas a los muertos, que dedica palacio o la gente de palacio*. Cfr. efectivamente línea 406.

[31] Fórmula de la tragedia: se contraponen dos figuras o personajes para hacer resaltar a uno de ellos. Cfr. *Antígona*, nota 7.

ra fuerzas mostraría qué sentimientos albergo hacia ellos. Pero ahora en medio de la tempestad me parece conveniente navegar con velas recogidas y no hacerme la ilusión de que, sí, de que estoy creándoles dificultades y de que, en cambio, no los molesto[18]. Otro tanto me gusta que hagas también tú. Y, sin embargo, lo correcto es no como yo propugno sino como tú lo interpretas. Pero si he de vivir libre hay que obedecer en todo a los que mandan.

ELECTRA.—Es espantoso que tú, siendo hija de un padre como el tuyo, te hayas olvidado de él, y que sin embargo tengas en cuenta a la que te trajo al mundo. Pues la totalidad de tus reprensiones contra mí las has aprendido de ella y no dices nada de tu propia cosecha. Por eso elige una de dos, o que tienes pensamientos equivocados o que, si los tienes acertados, no guardas recuerdo de tus seres queridos, tú que, por un lado, acabas de decir que si tuvieras fuerzas evidenciarías tu odio contra ellos, pero, en cambio, cuando yo trato de vengar todas las afrentas en honor de nuestro padre no sólo no colaboras sino que incluso tratas de hacer desistir a la que se esfuerza en ello. ¿No encierra este proceder cobardía además de maldad? Porque ¡vamos a ver!, enséñame o aprende de mí qué ventaja me reportaría cejar en estas lamentaciones. ¿No vivo? Malamente, lo sé, pero ello me basta. Pero los atormento a ellos, con lo que aplico honores al difunto, si es que hay allá alguna satisfacción. En cambió tú, amiga nuestra que odias, odias de palabra pero de hecho estás al lado de los asesinos de nuestro padre. Yo, por mi parte, quede claro, jamás me rebajaría a ellos ni aunque llegaran a ofrecerme los regalos que a ti, con los que ahora presumes. A ti te sea puesta copiosa mesa y te abunden los medios de vida. A mí, sábetelo, me sea dado sólo el que no se me atragante la comida[18], en cambio conseguir tus privilegios no me apasiona, ni tampoco te apasionaría a ti de tener un poco de sentido por poco que fuera. Pero ahora, cuando te era posible ser llamada hija de un padre el más eximio de todos, sé llamada hija de madre[32]. De esta manera, evidentemente, parecerás ruin a la vista de la mayoría de la gente, por traicionar a tu padre muerto y a tus seres queridos.

---

[32] Identificar a una persona por relación a su madre equivalía a ser juzgada *hijo de padre desconocido*.

CORIFEO.—¡Nada de discusiones, por los dioses! Porque en ambos puntos de vista hay provecho, si tú aprendieras a poner en práctica el de ésta, y ésta, a su vez, el tuyo[33].

CRISÓTEMIS.—Yo, mujeres, estoy más o menos habituada a sus insultos, y nunca le habría mencionado nada si no me hubiera enterado, por oídas, de que le amenaza un daño muy serio que la hará cesar en sus prolongadas lamentaciones.

ELECTRA.—¡Vamos! Cuenta ya ese horror, pues si me indicas algo peor que esta situación ya no te contradiría.

CRISÓTEMIS.—Entonces te diré todo lo que sé. En efecto, si no cesas en estas lamentaciones proyectan enviarte a donde jamás verás la luz del sol, sino que, por el contrario, vivas bajo techo abovedado[34], lejos de este lugar entonarás tus calamidades. Ante esta situación reflexiona y no me reproches nunca después, tras la dura experiencia, pues ahora es el momento oportuno para pensar.

ELECTRA.—¿Conque ahora han decidido tomar contra mí esa medida?

CRISÓTEMIS.—Exactamente. Precisamente cuando regrese a casa Egisto.

ELECTRA.—Entonces, si es por eso, ¡ojalá estuviera de vuelta cuanto antes!

CRISÓTEMIS.—¡Cuitada! ¿Qué significa esa imprecación que has pronunciado?

ELECTRA.—Que llegue él si realmente piensa llevar a cabo algo de esto.

CRISÓTEMIS.—¿Para experimentar qué sensación? ¿En qué locura estás inmersa?

ELECTRA.—Para escapar lo más lejos posible de vosotros.

CRISÓTEMIS.—¿No tienes añoranza de la vida presente?

ELECTRA.—¡Claro, mi existencia es hermosa[35], como para admirarla!

CRISÓTEMIS.—Pero lo sería si te entrara en la cabeza ser sensata.

ELECTRA.—No me enseñes a ser ruin con los seres queridos.

---

[33] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Antígona*, nota 28.

[34] Lugar subterráneo, idéntico al ocupado por Antígona en la tragedia de igual nombre, por castigo de Creonte, donde había de morir de inanición.

[35] Expresión irónica.

CRISÓTEMIS.—Es que no te lo enseño, sino sólo a rebajarte a los que mandan.

ELECTRA.—Tú, halágales con esa sumisión. Hablas de comportamientos que no son los míos.

CRISÓTEMIS.—Sin embargo es sumamente inteligente no sucumbir por irreflexión.

ELECTRA.—Sucumbiremos, si es preciso, vengando el honor de padre.

CRISÓTEMIS.—Padre, lo sé, tiene comprensión[36] por este proceder que sustento.

ELECTRA.—Ésas son presunciones buenas para ser aprobadas por los ruines.

CRISÓTEMIS.—Pero ¿tú no me harás caso de ninguna manera ni aprobarás mis proposiciones?

ELECTRA.—No, por cierto. ¡No sea todavía tan privada de juicio!

CRISÓTEMIS.—Marcharé entonces justamente a donde se me encargó que fuera.

ELECTRA.—¿A dónde te diriges? ¿A quién llevas estas ofrendas?

CRISÓTEMIS.—Madre me manda a verter libaciones sobre la tumba de padre.

ELECTRA.—¿Cómo dijiste? ¿En honor del hombre más odiado por ella?

CRISÓTEMIS.—Al que ella misma mató, pues esto es lo que quieres dar a entender.

ELECTRA.—¿A instancias de qué amigo? ¿A quién se le ocurrió esta bonita idea?

CRISÓTEMIS.—A instancias de cierto espanto nocturno, a mi parecer.

ELECTRA.—¡Dioses de mis antepasados, asistidme, si no antes al menos ahora!

CRISÓTEMIS.—¿Ves algún motivo de esperanza en este espanto?

ELECTRA.—Si me explicas la visión te lo diría entonces.

CRISÓTEMIS.—Pero no sé si no te referiré una cosa de nada.

ELECTRA.—Explícame al menos eso. Sábete que a menudo explicaciones de nada derribaron o levantaron ya a algunos mortales.

---

[36] Todo esto es formulario. Cfr. *Antígona*, líneas 65-66.

CRISÓTEMIS.—Razones de cierto peso indican que ella vio por segunda vez la aparición de padre, tuyo y mío, tras haber subido él al mundo de la luz; que luego, tras coger el cetro que usaba en otro tiempo él y en el tiempo presente Egisto, lo había plantado en el hogar, y que de él había brotado exuberante una rama por la que había quedado oculto bajo las sombras todo el país de los micenenses[37]. Tal descripción se la oí referir a uno que estaba presente cuando Clitemnestra declaraba al Sol[38] su sueño. Y no sé más que eso, excepto que me envía ella en razón de su miedo a ello. Así, pues, te suplico en nombre de nuestros dioses familiares que me hagas caso y que no caigas en la irreflexión[18], pues si me rechazas ahora me buscarás de nuevo cuando estés envuelta en calamidades.

ELECTRA.—En fin, querida, de eso que tienes en tus manos no apliques nada a la sepultura, pues no te es lícito ni santo dedicar de parte de una mujer enemiga ofrendas ni tampoco ofrecer libaciones a padre, sino hazlas desaparecer arrojándolas al viento o bajo tierra, excavada en profundidad, donde no haya de llegar jamás al lecho de padre nada de ello, sino que se conserve en el subsuelo como tesoro a disposición de ella para cuando muera. Pues, para empezar[39], si no hubiera resultado la mujer más osada de todas jamás habría aplicado estas malintencionadas efusiones en honor de aquél, justamente al que ella misma mató. En efecto, mira a ver si te parece a ti que recibirá amablemente estas mercedes el muerto que está en la tumba, quien, tras morir a manos de ésta, fue mutilado[40] de forma ignominiosa como enemigo, y ésta, para purificarse,

---

[37] Coincide de nuevo Sófocles en este tipo de sueños con su amigo Heródoto, 1,108, y 1,19.

[38] Parece que los sueños nefastos se creía poder evitar anunciándolos de mañana al sol como primer purificador, según parece desprenderse de *Ifigenia en Taúride*, 42, y el comentario que a este personaje dedica el comentarista de los escolios.

[39] Aunque ἀρχήν, línea 439, seguido de negación enfatice la negación, es evidente que enfatiza a la vez toda la frase completa, tanto más cuanto más separación haya entre ambas formas. Por otro lado, ἀρχήν más negación no es distinto de ἀρχήν en frase positiva, por ej., Heródoto, 1,9, etc.

[40] Este rito se denominaba *sobaquera*, y consistía en que el asesino cortaba los pies y las manos de sus víctimas, y los ataba debajo de los sobacos para que de esta forma el muerto se viera incapacitado para tomar venganza. Cfr. *Coéforas*, 439.

enjugó luego sus manchas de sangre en la cabeza de él[41]. En estas condiciones ¿piensas acaso llevar estas ofrendas destinadas a servir de absolución de su crimen? No hay tal, sino que olvídate de ellas y, en cambio, tras cortar la punta de los rizos de tu cabeza y de la mía también ¡cuitada de mí!, esta cosa insignificante pero, sin embargo, lo que tengo, dedícale estos cabellos de suplicante[42] y mi cinturón no adornado con lujo. También suplícale postrada que venga él en persona de debajo de la tierra como benévolo auxiliar nuestro contra los enemigos, y que haga que su hijo Orestes caiga vivo, como consecuencia de un brazo más potente, sobre sus enemigos pisoteándolos, para que, en el futuro, lo cubramos con medios más generosos que con los que ahora lo honramos. En fin tengo para mí, tengo para mí, que en alguna medida es él también quien cuida de mandarle estos sueños de desagradable visión. No obstante ello, hermana, hazme este pequeño favor que te digo, para bien de ti misma y de mí y del más querido de todos los mortales, nuestro común padre que yace en el Hades.

CORIFEO.—La muchacha se expresa con la vista puesta en la piedad. Y tú, querida, si eres sensata harás lo que te dice.

CRISÓTEMIS.—Lo haré, pues a propósito de lo que es justo no tiene sentido discutir entre dos, sino que lo que tiene sentido es acelerar su ejecución. Y, por los dioses, queridas, guardadme secreto de que yo voy a poner manos a esta empresa, porque si llega a enterarse de ello la que me trajo al mundo tengo para mí que el manejo este que voy a emprender me va a traer muchas desazones.

ESTROFA

CORO.
Si no he resultado ser estúpida adivina
y falta de sabia intuición
se pondrá en camino la profética

---

[41] Para, en un acto simbólico y apotropaico, hacer recaer sobre Agamenón la responsabilidad del crimen. Cfr. *Odisea*, 19,92 y Demóstenes, 18,294.

[42] Texto corrompido.

justicia con la intención de alcanzar por sus dos brazos el triunfo justiciero.
Atacará, hija, dentro de no demasiado tiempo.
En mí subyace confianza, porque acabo de enterarme de unos sueños de dulce fragancia.
Pues nunca olvida, no, tu progenitor, el rey de los griegos,
ni tampoco la vieja hacha de doble filo y broncíneo ataque[43]
que lo mató en medio de los más deshonrosos ultrajes.

Antístrofa

Llegará provista no sólo de muchos pies sino también de muchos brazos la
que se oculta en terribles emboscadas,
Furia de broncíneos pies.
Pues asaltaron a quienes no era lícito
pretensiones de coyundas ilegítimas y fuera del matrimonio
manchadas por el asesinato.
En vista de ello tienes que saber que me embarga el sentimiento de que jamás, jamás, se nos acercará este prodigio sin reproche para los autores y coautores. En otro caso tienes que saber que no existen profecías que afecten a los humanos ni en los sueños por espantosos que sean ni en los oráculos de los dioses a menos que esta aparición de la noche termine bien.

Epodo

¡Oh la pasada y de pena potente conducción de Pélope de la ecuestre carrera[44],
que constantemente llegas a este país!
En efecto, desde que el náufrago Mírtilo durmió el sueño eterno arrojado de cabeza
de los carros de oro macizo

[43] El hacha de doble filo, propia de los sacrificios igual que del trabajo normal.

[44] Porque los pecados de Pélope son el origen de todos los males. Pélope consiguió la mano de Hipodamia, hija de Enomao, comprando la confianza del cochero de Enomao, Mírtilo. Pero luego Mírtilo pretendió abusar de Hipodamia y por ello fue arrojado por Pélope al mar, y en su caída lanzó maldiciones contra Pélope y sus descendientes, que dieron buen fruto. Obsérvese también la aliteración del sonido *p*.

en tristes afrentas, desde entonces todavía no
faltó de esta casa la afrenta de potente pena.

CLITEMNESTRA.—Al parecer andas libre de nuevo de acá para allá. Es que no está aquí Egisto, quien siempre te impedía que no[45] desprestigiaras nada a los tuyos por lo menos con tus salidas a la puerta. Pero ahora, como él está ausente, a mí no me haces el menor caso. Y sin embargo ya has dicho de mí, sí, infinidad de veces a infinidad de gente que mando con insolencia y excediéndome del justo límite para herirte a ti y tus sentimientos. Yo, voluntad hiriente no tengo, lo que ocurre es que te critico porque con frecuencia críticas son las que te oigo a ti. En efecto, que tu padre ha muerto a instancias mías constituye para ti ninguna otra cosa sino un mero pretexto siempre a punto. A instancias mías, sí, bien lo sé. No está en mí renegar de ello. Pues[46] la Justicia, no sólo yo, lo apresó, con la que debías colaborar tú si fueras sensata. Porque ese padre tuyo a quien lloras sin cesar fue el único entre los griegos que osó sacrificar a los dioses a un ser por el que corría tu misma sangre, porque no sufrió fatigas dolorosas igual que yo cuando la engendró como yo que la traje al mundo. ¡Ea! Enséñame ya en razón de qué, de quiénes[18] quiero decir, la sacrificó. ¿De los griegos, dirás acaso? Sin embargo no competía a ellos matar a la que no era más que mía. Y entonces, después de matar él lo que era mío, en vez de hacerlo su hermano Menelao con lo que era suyo, ¿no iba a pagarme la pena por este crimen? ¿Acaso no tenía aquél una pareja de hijos, los que era adecuado que murieran más que ésta, al ser de un padre y de una madre en razón de la que se desarrollaba esta travesía? ¿O es que acaso Hades deseó de darse un banquete con mis propios hijos más que con los de aquélla? ¿O es que a tu padre ¡maldito de él! se le había pasado la pasión por sus pequeños[47] nacidos de mí, y en cambio per-

---

[45] Es una negación de carácter psicológico, superflua desde una perspectiva lógica.

[46] γάρ, línea 528, explica a ἐξ ἐμοῦ *a instancias mías.* Evidentemente τῶνδ' ἄρνησις οὐκ ἔνεστί μοι es una frase parentética. Con esta simple explicación, cuyo núcleo lo constituye la interpretación de ἐξ ἐμοῦ, *a instancias mías* y no *por mí*, quedan obviados los complejos y arbitrarios manejos a que se ven obligados a recurrir Jebb y otros. Así conserva también perfectamente su fundación propia.

[47] Con estas formas procuramos reflejar la sugestiva aliteración de la *p* que muestra el original.

sistía por los de Menelao? ¿No es esto propio de un padre desconsiderado y perverso de sentimientos? Eso tengo para mí aunque argumente de forma distinta a tu opinión. También lo afirmaría naturalmente la víctima si pudiera hablar. Por ello yo no estoy desanimada por mi acción. Pero si te parece a ti que mis ideas son equivocadas, fórmate primero un juicio correcto y luego censura al vecino.

ELECTRA.—En modo alguno podrás decir de mí, al menos en esta ocasión, que fui yo la que empecé a molestarte y que por eso, luego, escuché de tu boca estos denuestos. Pero, si me permites, podría alegar buenas razones en defensa del muerto igual que de mi hermana.

CLITEMNESTRA.—Bien, te lo permito. Si me hubieras dirigido[48] siempre así la palabra no resultarías molesta de oír.

ELECTRA.—Te hablo ya. Afirmas haber matado a padre. ¿Qué expresión habría ya más vergonzosa que ésta, tanto si lo hiciste con razón como si lo hiciste sin ella? Además, te explicaré que no lo mataste con razón alguna sino que te arrastró a ello la seducción emanada de las insinuaciones de un hombre ruin con quien ahora mismo convives. Además, pregunta a la cazadora Artemis en pago a qué culpa retuvo en Áulide la totalidad de los vientos. ¿O te lo explico yo? Pues la ley natural no permite enterarse por ella. Según tengo oído yo, entreteniéndose una vez mi padre por el bosque sagrado de la diosa levantó al dar pasos uno tras otro[49] un ciervo moteado, de abundante cornamenta, con ocasión del degüello del cual, tras certero disparo, resulta que lanzó jactanciosa expresión. Y furiosa por esto la muchacha de Leto retenía a los griegos con objeto de forzar a mi padre a que sacrificara a su propia hija en compensación del animal. Así aconteció su sacrificio, pues no había otra solución para el ejército ni para regresar a casa ni para llegar a Troya. Por lo cual, muy a la fuerza y reacio, le costó mucho sacrificarla, en absoluto por atención a Menelao. Pero, en fin (pues me referiré también a tu punto de vista),

---

[48] ἐξῆρχες, línea 557, es un término musical, que procuramos reproducir así.

[49] El dual ποδοῖν, línea 567, implica no sólo *la acción de caminar* sino que es más que eso. Es una forma enfática que alude al hecho de que Agamenón levanta la pieza por el efecto intensivo que viene producido por *la acción de dar pasos tras pasos*. Cfr. Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, 213.

si hubiera llevado a cabo esa acción aceptando favorecer a aquél ¿debía por eso morir él a manos tuyas? ¿De acuerdo con qué ley? Ten cuidado no sea que al fijar esta ley a los mortales fijes para ti misma dolor y pesar. Pues si hemos de matar a uno por otro, tienes que saber que tú serías la primera que morirías si recibieras tan justo merecido. En fin, ten cuidado no sea que estés inventando un pretexto que no existe, pues si te atreves[50] enseña cuál es la razón por la que ahora mismo estás cometiendo el crimen más ignominioso de todos, tú que te acuestas con el criminal con quien habías matado antes a nuestro[51] padre y ahora procreas[52] y en cambio has arrojado a la calle a tus anteriores vástagos, limpios y fruto de situaciones limpias. ¿Cómo puedo aprobar esta conducta? ¿O también dirás que con ello recibes compensación por tu hija? Vergonzosamente, aunque trates de justificarlo, pues no está bien tener relaciones de casada con los enemigos a causa de tu hija. Pero es que ni siquiera es posible hacerte entrar en razón, porque pones todos tus argumentos en afirmar que maltratamos de palabra a la madre. Además, lo que es yo te tengo para con nosotras no menos por ama que por madre ya que vivo una vida penosa, envuelta siempre en un mar de disgustos a instancias tuyas y de tu compinche. Y el otro, el pobre Orestes, tras escapar a duras penas de tus manos, pasa en el destierro una vida desventurada. Ya muchísimas veces me has inculpado de criarlo para que te exija cuentas. En efecto, lo hubiera hecho si hubiera sido capaz, estate bien segura de ello. Si es por eso, proclámame a todos los vientos, si te va bien, llamándome ruin o mordaz o bien el colmo de la desvergüenza. Pues si mi naturaleza se ha hecho experta en estos menesteres, en cierto modo no desprestigio tu propio natural.

CORIFEO.—Observo que está exhalando[53] cólera, pero de estar del lado de la justicia de eso ya no le veo miramiento alguno.

---

[50] Porque θέλω, línea 585, y ἐθέλω implican normalmente una *actio contra naturam* o al menos un querer muy forzado.

[51] Más rico desde el punto de vista afectivo que *mío*.

[52] Clitemnestra tuvo con Egisto una hija llamada *Erígone*.

[53] Evidentemente referido a Clitemnestra, no a Electra. Téngase en cuenta que constituye ya un tópico el que el coro se refiera a algo que va a venir mediante el uso del verbo ὁράω o βλέπω por ej., *Áyax*, 1041, 1042, *Antígona*, 804-806.

CLITEMNESTRA.—¿Pero qué miramiento voy a tener nada menos que con ésta, una que ha insultado a la que la trajo al mundo, y eso que es una niña aún? En esta situación[54] es evidente que tiene que parecerte que ella, privada de vergüenza, llegaría a cometer cualquier barbaridad.

ELECTRA.—Ahora, que te conste bien que me da vergüenza de esto aunque no te lo parezca. Me doy cuenta, además, de que mi conducta constituye un despropósito y que no es adecuada a mi persona. Pero es que la animadversión que me tienes y tus acciones me obligan a hacer esto a la fuerza, pues una conducta fea se aprende de otra fea.

CLITEMNESTRA.—Criatura desvergonzada, efectivamente yo y mis dichos y mis hechos te están forzando a ti a decir[18] muchas cosas ¡demasiadas!

ELECTRA.—Tú te lo dices, no yo, pues tú realizas el hecho, y los hechos hallan en mí las correspondientes palabras.

CLITEMNESTRA.—Pero, ¡te lo juro por la soberana Artemis!, no escaparás a esta insolencia cuando regrese Egisto.

ELECTRA.—¿Lo ves? Te dejas llevar por la cólera después de haberme permitido que te declarara lo que considerara conveniente, y todavía no has asimilado saber escuchar.

CLITEMNESTRA.—¿Es que no me dejarás siquiera[55] que haga el sacrificio al amparo de palabras piadosas[18] una vez que ya te dejé, nada menos que a ti, aclarar todo?

ELECTRA.—Ya te dejo y te invito a ello, sacrifica y no eches la culpa a mi lengua, porque pienso no hablar ya nada más.

CLITEMNESTRA.—Tú, mi acompañante, levanta ya las ofrendas de toda clase de frutos a fin de que eleve al soberano aquí presente[56] mis votos en petición de liberación de los temores que ahora me embargan. Puedes ya prestar atención, Febo protector, a mis secretas palabras, pues no tiene lugar a la vista de amigos mi comunicación ni tampoco procede sacar todo a la

---

[54] Preferimos ver aquí una frase afirmativa y no interrogativa, apartándonos en esta interpretación de Dain y Mazon. Clitemnestra se dirige en este tono al coro, invitándolo a estar de acuerdo con ella.

[55] Afirma Jebb que οὐδέ, línea 630, va con θῦσαι. Si así fuera, aparecería μηδέ, dado que se trata de un infinifivo dependiente de verbo de deseo. Por tanto, οὔκουν, como μηδέ, va con ἐάσεις. Enfatizando la negación.

[56] Apolo, presente en imagen. Es parte de una fórmula reiterativa en la tragedia, cfr. *Antígona*, líneas 1184 y ss., y *Edipo Rey*, líneas 911 y ss.

luz cuando ésta de aquí se encuentra cerca de mí, no sea que por envidia y con deslenguado griterío siembre vanos rumores por toda la ciudad. En fin, escúchame de esta forma pues de esta forma te explicaré también yo. En efecto, respecto a lo que vi esta noche, las apariencias de los dos[57] sueños, ésas, Liceo soberano, si aparecieron buenas para mí dales cumplimiento, pero si contrarias remítelas de vuelta contra mis contrarios. Y si algunos planean con engaños expulsarme de la riqueza presente, no lo consientas sino que sea yo la que siempre de esta manera, viviendo con una vida indemne, ocupe las mansiones y estos cetros de los Atridas, conviviendo con los amigos con quienes ahora convivo pasando buenos días y con aquéllos de mis hijos en quienes[52] no reside contra mí malquerer ni rencor amargo. Atiende a esto, Liceo Apolo, favorablemente y concédenos a nosotros todos justamente según te solicitamos. Y todo lo demás aun callándomelo yo supongo que al ser tú un dios te has enterado de ello, pues es natural que los hijos de Zeus se enteren de todo.

(Entra el AYO.)

AYO.—Mujeres extranjeras para mí, ¿cómo puedo saber de forma clara si las mansiones del caudillo Egisto son éstas de aquí?

CORIFEO.—Éstas son, extranjero. Por ti solo lo has deducido bien.

AYO.—¿Es que también acierto al deducir que ésta de aquí es su esposa? Pues destaca a la vista como una reina.

CORIFEO.—Aciertas absolutamente en todo. Ésta de tu lado es ella.

AYO.—¡Ea, salud, soberana! He llegado con noticias dulces para ti y también para Egisto de parte de un hombre amigo.

CLITEMNESTRA.—Bienvenido sea tu saludo. Pero necesito saber por ti antes de nada quién fue el hombre que te envió.

AYO.—Fanoteo el focense, encargándome un asunto importante.

CLITEMNESTRA.—¿Cuál, extranjero? Di, pues al venir de parte

---

[57] Aunque διοσός, línea 645, puede significar *ambiguo*, como es el caso aquí de los sueños, sin embargo parece que en este texto su significado, como en *Áyax*, 57, διοσοὺς Ἀτρείδας, es *dos*. Que se trata en el caso presente de sueños ambiguos lo indicaría no διοσῶν sino las frases siguientes de μεν y δε.

de una persona amiga anunciarás, lo sé claramente, noticias agradables.

AYO.—Ha muerto Orestes. Lo digo resumiéndolo en pocas palabras.

ELECTRA.—¡Ay desgraciada de mí! Soy perdida en el día de hoy.

CLITEMNESTRA.—¿Qué dices, qué dices, extranjero? No la escuches.

AYO.—Que ha muerto Orestes lo digo ahora y también antes.

ELECTRA.—Estoy perdida ¡desgraciada de mí!, ya no soy nada.

CLITEMNESTRA.—Tú métete en tus cosas[58]. Y tú, extranjero, dime la verdad, ¿de qué manera pereció?

AYO.—Para este cometido fui enviado y por ello te aclararé todo, punto por punto. En efecto, él, tras haberse presentado a la renombrada diversión en Grecia del concurso con motivo de los juegos délficos[59], cuando oyó las agudas proclamas del hombre que proclamaba la carrera pedestre, competición que ocupa el puesto primero, entró radiante, la maravilla de todos los de allí. Y tras igualar el resultado de la carrera con su porte salió llevándose el premio sumamente valioso de la victoria. Y cómo enumerarte entre tantas unas pocas hazañas y triunfos de tan distinguido hombre no sé. Pero sábete una cosa: en efecto, de cuantas carreras atléticas de ida y vuelta y de cinco pruebas, que son famosas[60], proclamaron los árbitros, al conseguir de todas ellas los primeros premios, era felicitado siendo proclamado *argivo* y su nombre: *Orestes hijo de Agamenón,* el que reclutó en su día el famoso ejército de Grecia. Y estos hechos son así. Pero cuando un dios pega, nadie puede por fuerte que sea escapar. En efecto, él, otro día cuando, a la salida del sol, iba a tener lugar la prueba de velocidad de los carros hípicos[61], entró en compañía de numerosos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta, dos libios[62], adalides de carros conducidos por una pareja uncida, y él en medio de éstos con yeguas tesalias[63], el quinto, el sexto de Etolia con po-

---

[58] Clitemnestra se dirige a su hija Electra.

[59] Bien cantados éstos y otros por los poetas de la lírica coral.

[60] Texto corrompido.

[61] Esta descripción de las pruebas hípicas no es rigurosamente fiel a la realidad pero no por ello menos famosa. Cfr. Mazon, *Sophocle,* tomo II, París, 1972, págs. 162-3, nota 1.

[62] Africanos de Cirene, colonia griega fundada el 630 a.C.

[63] Fueron siempre famosas en la antigüedad, cfr. Heródoto, 1196, Teócrito, 18,30 y Platón, *Hipias Mayor,* 284 A.

tras alazanas, el séptimo un hombre de Magnesia, y el octavo con una pareja blanca eniano de raza, el noveno procedente de Atenas, fundada por los dioses, beocio otro completando el carro décimo. Y luego de pararse donde los árbitros asignados los colocaron por sorteo y situaron los carros, se lanzaron a la señal de la broncínea trompeta. Y ellos, a la vez que chillaban a las yeguas, agitaban las riendas con ambas manos. Y allí toda la pista rebosó del estruendo de los ruidosos carros. Y se levantaba hacia arriba polvareda, y todos a la vez entremezclados no ponían tasa alguna al uso de aguijones, a fin de adelantar[64] cada uno de ellos por delante de los demás el cubo de su carro y las relinchantes yeguas. En efecto, los resoplidos de las yeguas salpicaban todo alrededor sus lomos y también las ruedas a medida que giraban[65]. Y él con tesón acercaba siempre el eje al pie mismo del borde del mojón y dando rienda al caballo[66] de la derecha contenía al que quedaba cerca de aquél. Y hasta entonces habían estado en pie todos los carros, pero luego, desbocadas las potras del eniano, tiran violentamente y a la media vuelta[67], cuando llevaban la vuelta sexta, e incluso la séptima ya[18], chocan de frente con los carros de los Barca[68] y a partir de allí, por un solo fallo, un carro destroza a otro carro y el llano de Crisa se abarrotó de despojos de carros. Al darse cuenta de ello el de Atenas, hábil

---

[64] Otros entienden que cada uno intentaba sobrepasar el carro y pareja de los contrarios. Nosotros sostenemos que cada uno intentaba aventajar, adelantar *su* carro y *su* pareja. Aunque el resultado es el mismo en una y otra interpretación, el medio difiere. Dos datos nos invitan a sostener este punto de vista: uno, que la opinión contraria a ésta *exige inventar* algo ajeno al texto, lo que significa que por sí solo no basta para aquella interpretación; y otro, que efectivamente lo que se deduce del texto es nuestra interpretación.

[65] Los comentaristas interpretan νῶτα καὶ τροχ. βάσεις como regidos de la preposición ἀμφί, línea 718, y hacen intransitivos a ἤφριζον y εἰσέβαλλον. Sin embargo tanto un verbo como el otro son transitivos.

[66] Cosa curiosa: como indica el artículo masculino τόν, línea 722, ahora el ayo dice que la pareja de Orestes son *caballos*. Ha olvidado por la emoción del momento que antes (líneas 703-704) nos había dicho que eran *yeguas tesalias*.

[67] Sagaz interpretación la de Kamerbeek, *The Plays of Sophocles. Comentaries*. Véase *Electra*, págs. 100-101. Cfr. Polibio, 2,25,3, y otros.

[68] Esto es, de Cirene. Relaciónese este nombre de los Barca con el epíteto de la familia de *Aníbal*.

auriga, tira hacia afuera y sostiene la marcha[69] dejando a un lado el embrollado conjunto de carros y caballos del centro de la pista. En ese momento conducía en último lugar, manteniendo retrasadas sus potras, Orestes, con la confianza puesta en el final, pero cuando observa que sólo ha quedado aquél, insuflando a las veloces potras por las orejas agudo estrépito va tras él y luego de igualar ambos el yugo corrían adelantando una cabeza[18] de caballos que tiraban del carro unas veces uno y otras veces otro. Y durante todas las demás vueltas, impecables, anduvo correcto el pobre con correctos carruajes. Pero, luego, al aflojar la rienda izquierda al caballo en el momento de doblar, sin darse cuenta choca con el borde del mojón y rompió por la mitad el buje del eje y se deslizó al suelo desde el pescante y se enreda entre las correas de los tiros y, según cae él al suelo, las potras tiraron cada una por su lado[70] hacia el centro de la pista. Entonces los tendidos, cuando lo ven caído del carro, gritaron a voz en grito *oh, oh, ese muchacho qué hazañas había realizado y qué mala suerte tuvo,* zarandeado[71] hasta el suelo y otras veces mostrando por delante sus piernas al cielo, hasta que los cocheros, deteniendo muy a duras penas la carrera de las potras, lo soltaron ensangrentado, tanto que ningún allegado lo habría reconocido al ver su maltrecha figura. Y nada más incinerado en una pira unos hom-

[69] No se entiende la interpretación de quienes dicen que «el auriga ateniense se detiene y deja pasar el maremágnum de carros que estaba hecho un lío». Pues si estaba hecho un lío y embrollado, como efectivamente lo estaba, no podía pasar. De hecho quien pasó de largo fue el auriga ateniense, dejando el embrollo a un lado.

[70] Jebb entiende que el verbo διασπείρω, línea 748, implica necesariamente que *yeguas* en mayor o menor número *se soltaron del carro.* Kamerbeek, pág. 106, por el contrario, se da cuenta de que el hecho de que Orestes fuera arrastrado enredado en las riendas se explica mejor si todas las yeguas del carro permanecieron unidas. Efectivamente, en contra de la suposición de Jebb, διασπείρω no implica en absoluto disgregación total de los elementos unidos sino solamente *la tendencia a ir cada uno hacia un lado.* Lo normal es eso. Es muy raro que en esas circunstancias tiren todos los caballos en la misma dirección. Cfr. en fin lo que ocurre en el mito de Platón, *Fedro,* 253d y ss.: el caballo dócil va ὀρθός pero el otro σκολιός, εἰκῆ συμπεφορημένος.

[71] Se sobreentiende *unas veces,* pues las contraposiciones quedan suficientemente definidas con que una de ellas lleve la marca de la oposición.

bres focenses, designados al efecto, traen su cuerpo grandísimo reducido a una pobre ceniza en pequeña urna de bronce a fin de que obtuviera sepultura en la tierra paterna. Así te son estos hechos, a juzgar por su relato, dolorosos, pero para los que los vieron como nosotros los vimos las más grandes de todas las desgracias que yo he visto.

CORIFEO.—¡Ay, ay! Según parece, está acabada de raíz toda la familia de los antiguos señores.

CLITEMNESTRA.—¡Oh Zeus! ¿Cómo son estos hechos? ¿En cuál de los dos sentidos los interpreto, afortunados o espantosos, pero ganancia al fin? Por lo demás es triste si[72] salvo mi vida a costa de mis propias desgracias.

AYO.—¿Por qué, oh mujer, te desanimas tanto por este mi mensaje?

CLITEMNESTRA.—Cosa formidable es dar a luz, pues ni siquiera recibiendo mal[73] le entra a una odio contra los que da a luz.

AYO.—Entonces, por lo visto, nosotros hemos llegado aquí para nada.

CLITEMNESTRA.—Eso de que para nada te aseguro que no. Pues ¿cómo puedes decir que para nada si[74] has llegado trayéndome pruebas fidedignas del muerto, uno que, aunque nacido de mis entrañas, vivía extrañado y huido, tras apartarse de mis pechos y de mi crianza? Y a mí, una vez que salió de esta tierra, ya no había vuelto a verme. Al contrario, inculpándome del asesinato de su padre amenazaba con llevar a cabo contra mí algo espantoso, de suerte que ni de noche ni de día me abrigaba sueño dulce sino que cada instante que pasaba me mantenía sin cesar en vilo en la idea de que iba a morir. Pero ahora (pues en el día de hoy me veo libre del miedo que me

---

[72] Pensamos que se interpreta el sentido del original mejor así que con una completiva, como habitualmente se hace. Pues εἰ, línea 768, tras verbos de afecto no equivale absolutamente a una completiva, con lo que el hecho se daría por seguro, sino que conserva aún esencialmente el valor hipotético del hecho, con ligera tendencia a la objetividad y realidad. Cfr. líneas 774 y 798.

[73] A pesar de cualquier paralelismo para justificar el uso del participio masculino πάσχοντι, línea 771, en vez del femenino, creemos que esa pretensión es inoportuna para el caso presente. Simplemente tenemos ese participio, mejor participio neutro, porque concierta con τὸ τίκτειν (bajo lo cual, efectivamente, se oculta la *madre* pero formalmente es neutro).

[74] Cfr. nota 72. Se oculta aquí cierta dosis de ambigüedad.

venía por culpa de ésta y de aquél, pues ésta era un castigo todavía mayor, al convivir conmigo, consumiéndome continuamente la sangre pura de mis entrañas), ahora pasaremos los días tranquilamente, creo yo, en lo que respecta a las amenazas de ésta.

ELECTRA.—¡Ay pobre de mí! Pues ahora es el momento de llorar tu desgracia, Orestes, cuando, encontrándote como te encuentras, eres ultrajado por ésta, tu madre. ¿Es que ello está bien?

CLITEMNESTRA.—Créeme, tú, no, pero él según está, está bien.

ELECTRA.—¡Escucha, espíritu vengador del recién muerto!

CLITEMNESTRA.—Ha oído lo que debe y lo cumplió bien.

ELECTRA.—Mófate, pues ahora estás de buena suerte.

CLITEMNESTRA.—Tanto que Orestes y tú ya no pondréis fin a esta mi felicidad.

ELECTRA.—Nosotros somos los que estamos acabados, cuanto más acabar contigo.

CLITEMNESTRA *(Al* AYO*)*.—Extranjero, puede que hayas llegado merecedor de obtener grandes cosas si con ello obligaste a ésta a que pusiera fin a su deslenguado griterío.

AYO.—Entonces podría partir si esto de aquí se encuentra bien[75].

CLITEMNESTRA.—De ninguna manera, porque en ese caso no habrías hecho un negocio[76] de acuerdo con mi categoría ni con la del amigo aliado que te envió. Al contrario, entra dentro y a ésta déjala que grite fuera sus propias calamidades y las de sus amigos.

(Entran CLITEMNESTRA *y el* AYO *en el palacio.)*

ELECTRA.—¿Os parece a vosotras que llora y siente fuertemente a su hijo, perecido tan tristemente, ¡maldita de ella!, como si estuviera dolida y entristecida, y que no se ha ido riendo?[18]. ¡Pobre de mí, Orestes queridísimo, cómo me aniquilaste con tu muerte! Pues te has ido tras arrancar de mis entrañas las únicas esperanzas que me quedaban ya, de que tú

---

[75] Frase ambigua con doble sentido, uno para Clitemnestra (que entiende que su situación actual es buena), y otro para el viejo (pues la situación actual es buena para él, porque Clitemnestra ha tragado el anzuelo).

[76] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Edipo Rey*, nota 107.

algún día llegarías vivo para vengar a padre y a esta cuitada que soy yo. Pero ahora ¿a dónde debo ir? Pues estoy sola, al ser privada de ti y de padre. Ahora debo volver a servir entre las personas más odiosas para mí, los asesinos de padre. ¿Es que acaso me lo merezco? Pero, te lo aseguro, lo que es yo no entraré en absoluto a convivir con ellos por el resto de mi vida, sino que, dejándome caer junto a esta puerta, quemaré mi vida sin amigos. Ante esta decisión me mate alguien de los de casa si se siente molesto, porque me vendrá alegría si me mata y en cambio pena si vivo. Y además no tengo deseo alguno de vivir.

Estrofa 1

Coro.
¿Dónde están los rayos de Zeus, y dónde a su vez el radiante Sol
si al ver estos sucesos
se ocultan tranquilos?
Electra.—¡Oh, oh, ay, ay!
Coro.—Hija, ¿por qué lloras?
Electra.—¡Ay!
Coro.—No grites demasiado.
Electra.—Me aniquilarás.
Coro.—¿Qué quieres decir?
Electra.—Si me sugieres que tenga esperanza en quienes claramente se han ido al Hades me pisotearás aún más, cuando ya estoy agotada.

Antístrofa 1

Coro.—Es que sé que el caudillo Anfiarao[77] fue llevado a la cripta por culpa de los collares de su mujer, provistos de eslabones de oro, y ahora bajo tierra...
Electra.—¡Oh, oh, ay!
Coro.—... reina lleno de vida...

---

[77] *Anfiarao* tenía en Beocia un oráculo como héroe ctónico. Se refiere al castigo de *Erífile*, esposa de Anfiarao, que, seducida por el regalo de oro donado por Polinices, forzó a su esposo a participar en la expedición de *los siete contra Tebas*, no obstante su conciencia de que encontraría allí la muerte.

ELECTRA.—¡Ay!
CORO.—Es comprensible este ay, pues la maldita...
ELECTRA.—... fue sometida[78].
CORO.—Sí.
ELECTRA.—Lo sé, lo sé. En efecto, se presentó, se presentó un auxiliar en defensa del que estaba de luto.
En cambio a mí ahora ya no me queda nadie, pues el que hasta ahora me quedaba es ido, arrancado de este mundo.

ESTROFA 2

CORO.—¡Triste de ti! No consigues sino tristezas
ELECTRA.—También yo soy testigo y más que testigo de los agravios tan espantosos como detestables de que soy víctima, infinitos en el cúmulo de sus torbellinos y en el cúmulo de meses que duran.
CORO.—Nuestros ojos vieron la situación que describes.
ELECTRA.—Entonces ya no me induzcas, no, a donde no...
CORO.—¿Qué dices?
ELECTRA.—... existen ya ayudas puestas en esperanzas de hermanos carnales e hijos de doble padre.

ANTÍSTROFA 2

CORO.—A todos los mortales es natural la muerte.
ELECTRA.—¿Acaso también topar en competiciones velocípedas con las correas de los tiros como aquél infortunado?
CORO.—Cosa confusa[79] es ese desastre.
ELECTRA.—Pues ¡cómo no! si, como un extraño sin el concurso de mis manos...
CORO.—Ya, ya.
ELECTRA.—... está oculto[79], sin haber obtenido sepultura alguna ni lamentaciones nuestras.

(Entra CRISÓTEMIS.)

CRISÓTEMIS.—Tienes que saber, queridísima, que imbuida de gozo me lancé a la carrera olvidando toda compostura para

---

[78] La esposa de Anfiarao que murió a manos de su hijo *Alcmeón*.
[79] Forma provista de ambigüedad.

llegar cuanto antes, pues traigo gozo y el descanso de las calamidades que antes sufrías y lamentabas.

Electra.—¿De dónde puedes sacar tú ayuda a mis penares para los que no cabe ver curación?

Crisótemis.—Está con nosotros Orestes ¡estate segura de ello cuando yo te lo digo!, claramente, exactamente como me ves a mí.

Electra.—¿Pero es que te has vuelto loca, cuitada, y te ríes de tus propias calamidades y de las mías?

Crisótemis.—No, por el hogar paterno. Al contrario, lo digo no en son de burla sino convencida de que él está con nosotras dos.

Electra.—¡Ay cuitada de mí! ¿Y a quién le oíste esta noticia para concederle tan excesivo crédito?

Crisótemis.—Yo concedo crédito a esta exposición directamente por mí misma y no por otra, al haber visto señales claras.

Electra.—¡Oh cuitada! ¿Al haber visto qué motivo de crédito? ¿A qué miraste que te me inflamas con esta fiebre incurable[80]?

Crisótemis.—Si piensas así, ¡por amor a los dioses!, escucha, para que, tras informarte de mí, en adelante me llames sensata o loca.

Electra.—Bien, habla si en el hablar hallas algún placer.

Crisótemis.—Sin más demora te voy a decir todo cuanto vi. En efecto, cuando marché al viejo sepulcro de padre observo regueros de leche recién vertidos de lo alto del túmulo y la tumba de padre recubierta en derredor con todas las flores que existen. Y al verlo me quedé estupefacta y miro en derredor no sea que acaso alguien tope conmigo, pasando a mi lado. Y cuando comprobé, tras una observación meticulosa, todo el lugar en absoluta calma, me llegué más cerca de la tumba y observo en lo más alto[81] del monumento funerario un mechón recién cortado y, ¡cuitada de mí!, enseguida que lo vi me asalta en el alma una idea habitual, que estaba comprobando allí delante de mí una prueba del más querido entre todos los hombres, de Orestes. Y cogiéndolo en las manos, en cuanto a pronunciar yo pa-

---

[80] Parece como si la frase ocultara un proverbio o creencia de que, al ver ciertos objetos, caía uno en fiebre delirante, del tipo λύκον ἰδεῖν. Cfr. Platón, *República*, 336d, y Teócrito 14,22.

[81] Cfr. líneas 893-894.

labras fuera de lugar[82] de eso nada, pero de alegría lleno enseguida de lágrimas mis ojos. Y ahora igual que entonces me consta con toda seguridad que el ornato que aquí ves[18] no vino de nadie más que de él, pues ¿a quién concierne esto más que a ti y a mí? Y yo no lo hice, eso me consta, ni tampoco tú, pues ¡cómo! si ni siquiera te está permitido a menos de pagarlo con lágrimas marcharte un momento a hacer una visita a los dioses desde esta vivienda. Por lo demás, tampoco en absoluto es de madre ni gusta su mente de ocuparse en esos menesteres ni, de hacerlo, pasaba desapercibida[83], sino que ése es el pago[84] de Orestes. En fin, querida, ¡ánimo! Sábete que no siempre asiste el mismo destino a las mismas personas. ¿Para nosotras dos fue detestable en la situación anterior? Entonces el día de hoy a lo mejor marque el marchamo de muchos bienes.

ELECTRA.—¡Ay, qué insensatez! ¡Cómo te compadezco desde hace rato!

CRISÓTEMIS.—Pero ¿qué sucede? ¿No comunico esta noticia para tu satisfacción?

ELECTRA.—No sabes en qué terreno ni en qué profundidades te mueves.

CRISÓTEMIS.—¿Pero cómo que yo no sé precisamente lo que vi a las claras?

ELECTRA.—Está muerto ¡infeliz de ti! La cosa esa de la salvación depositada en él se ha perdido. No fijes más tu mirada por lo menos en él.

CRISÓTEMIS.—¡Ay desgraciada de mí! ¿A quién se lo oíste?

ELECTRA.—A quien se encontraba bien cerca de él cuando pereció.

CRISÓTEMIS.—¿Y dónde está ése? La verdad es que estoy llena de asombro.

ELECTRA.—Está en palacio, agradable y no molesto para madre.

CRISÓTEMIS.—¡Ay cuitada de mí! ¿De qué persona era entonces aquella abundancia de ofrendas a la sepultura de padre?

ELECTRA.—Lo que es yo creo, más que ninguna otra cosa, que alguien las depositó en recuerdo del difunto Orestes.

---

[82] A nuestro juicio ésta es la interpretación buena. Cfr. Esquilo, *Agamenón*, 1078-1079.

[83] Al insistir en la realidad del acontecimiento, ἐλάνθανεν, línea 914, no precisa de la presencia de ἄν, que le hubiera conferido un matiz de cierta duda, circunstancia que no se da aquí.

[84] Así interpretamos τἀπιτίμια, línea 915, forma que es menester conservar, y desechar en cambio la lección τἀπιτύμβια de Dindorf.

CRISÓTEMIS.—¡Oh desventurado![85]. ¡Y yo apuraba mis pasos, embargada de alegría, portadora de noticias sin sentido, sin saber por lo visto en qué desastre nos encontrábamos! Ahora al llegar aquí me encuentro, por el contrario, con las calamidades que había antes y otras más.

ELECTRA.—Así está la situación. Pero si me haces caso te librarás del peso del sufrimiento presente ahora.

CRISÓTEMIS.—¿Significa eso que resucitaré algun día a los muertos?

ELECTRA.—No es eso precisamente a lo que me referí, pues no nací así de estúpida.

CRISÓTEMIS.—¿Pues qué me encargas de lo que yo sea un buen aval?

ELECTRA.—Que tengas arrestos para hacer realidad lo que te aconseje yo.

CRISÓTEMIS.—Bien. Si hay alguna utilidad en ello no me echaré atrás.

ELECTRA.—Date cuenta de esto: comprueba que sin esfuerzo nada afortunado se obtiene.

CRISÓTEMIS.—Me doy cuenta de ello. Contribuiré en todo en la medida de mis fuerzas.

ELECTRA.—Entonces escucha ya cómo tengo decidido actuar. Respecto a una posible asistencia de amigos sabes también tú, ¡vamos, creo yo!, que no nos queda ninguno sino que Hades, al llevárselos, nos ha privado de ellos y que hemos quedado nosotras dos solas. Yo, mientras oía que el hermano florecía con vida, albergaba esperanza de que algún día había de llegar a vengar el asesinato de padre, pero ahora cuando ya no existe pongo mis miradas precisamente en ti, en la esperanza de que no vacilarás matar en compañía de ésta de aquí, tu hermana, al autor material del asesinato de padre, a Egisto, pues ya no hay necesidad de que yo te oculte nada. Pues ¿hasta cuándo[86] permanecerás impasible? ¿A dónde mirarás todavía que ofrezca garantía segura? Tú, a quien sólo te queda lamentarte al estar privada de la herencia de los bienes paternos y sólo te queda sufrir al enveje-

---

[85] δυστυχής, línea 934, se refiere no a la propia Crisótemis sino a Orestes. Hay un dato que lo aclara: la partícula δέ que acompaña y sigue, marca esa contraposición. Cfr. Eurípides, *Orestes*, 622 y Heródoto, 1,115.

[86] Cfr. Aristófanes, *Lisístrata*, 526, ποῖ γὰρ καὶ χρῆν ἀναμεῖναι. Sin duda esta frase es reflejo de la de Calino μέχρις τεῦ κατάκεισθε; κότ' ἄλκιμον ἕξετε θυμόν.

cer soltera y sin boda a tan avanzada edad. Y hete aquí que no esperes ya en modo alguno que lo conseguirás algun día, pues no es Egisto hombre tan incauto que deje que nos brote algún día a ti o a mí familia, porque ello constituye martirio evidente para sí mismo. Por el contrario, si aceptas mis proposiciones, en primer lugar te granjearás de padre, que está muerto allá abajo[87], y a la vez de nuestro hermano el título de pariente legítimo[18]. A más de eso, serás considerada en adelante libre, exactamente como viniste al mundo, y alcanzarás un matrimonio digno de tu condición, pues todo el mundo gusta de poner sus ojos en lo bueno. Y además de eso, que es ya mucho, ¿no ves cuán grande excelente reputación nos procurarás a ti misma y también a mí gracias a los elogiosos comentarios de la gente si me haces caso? Pues ¿qué conciudadano o forastero no nos estrechará la mano al vernos, con alabanzas de este tenor: «mirad, amigos, a estas dos hermanas, las que sacaron a flote la casa paterna y que, arriesgando la vida, se prestaron a matar a sus enemigos en aquel entonces bien apoyados. A éstas dos procede quererlas, a éstas dos procede que todos las admiremos. A éstas dos, tanto en las fiestas profanas como en las reuniones religiosas en la acrópolis en las que participa todo el pueblo, procede que todos sin excepción las honremos en atención a su valor? Tienes que saber que todo mortal dirá de nosotras elogios de ese tenor, de suerte que no nos va a faltar fama ni vivas ni muertas. En fin, querida, haz caso, trabaja conmigo en favor de padre, esfuérzate conmigo en favor del hermano, líbrame a mí de calamidades y líbrate a ti misma, consciente de esto, de que para los que son de natural noble es vergonzoso vivir vergonzosamente.

CORIFEO.—En asuntos de esta índole la prudencia es buena aliada tanto para quien propone como para quien atiende.

CRISÓTEMIS.—Mujeres, si ésa gozara de una inteligencia no perniciosa, antes de pronunciar una sola palabra habría puesto por lo menos tanto cuidado en dejar a salvo su seguridad como ha prescindido de ello. Pues ¿en dónde puedes tener puesta tu mirada para que te armes tú misma de tanto valor y me invites a mí a apoyarte? ¿No te das cuenta? Naciste mujer[88]

[87] Obsérvese la ironía de este participio θανόντος, línea 969, concertando sólo con πατρός y no con τοῦ κασιγνήτου. Sófocles se burla del hablante que dice la verdad sin quererlo y sin pensarlo.

[88] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Antígona*, líneas 61 y ss.

y no varón y, por otro lado, eres menos potente en fuerzas auxiliares que los contrarios. Y la suerte, a ellos les es favorable día tras día y en cambio a nosotras se nos escurre y no nos viene por nada. En estas condiciones ¿quién que planee someter a un hombre tan poderoso escapará indemne de castigo? Ten cuidado no sea que cuando nos van mal los negocios demos con males de mayor envergadura, si llegan a oídos de alguien estas sugerencias tuyas. Pues a nosotras nada nos soluciona ni de nada nos sirve que, por conseguir una gloriosa fama, luego muramos ignominiosamente, pues no es lo más odioso morir sino cuando una necesita morir y luego ni siquiera eso puede conseguir. Por el contrario, ¡te lo ruego!, antes de que nosotras, arruinadas totalmente por completo, nos arruinemos a nosotras mismas y exterminemos nuestra familia, reprime tu cólera. Y en cuanto a tus propuestas yo te las guardaré en secreto y sin efecto, pero en cuanto a ti ten precaución alguna vez por fin, ya que no antes, de ceder a los poderosos si no tienes defensa alguna.

CORIFEO.—Haz caso. La naturaleza no concedió a la especie humana disponer de una ventaja mejor que la prudencia y una sana precaución.

ELECTRA.—Nada has dicho que no esperara. Bien sabía que tú rechazarías lo que te proponía. Pues bien, la acción que traigo entre manos tiene que ser acometida por mí sola y con mis solos brazos, pues de ningún modo la dejaremos en huecas palabras, ¡eso nunca!

CRISÓTEMIS.—¡Ay! ¡Ojalá hubieras sido de tal decisión en el momento de la muerte de padre! Habrías llevado a cabo todo lo que se te pusiera por delante.

ELECTRA.—Sin embargo lo era en impulso natural, aunque en perspicacia inferior entonces a ahora.

CRISÓTEMIS.—Procura mantenerte así, con aquella inteligencia, a lo largo de tu vida.

ELECTRA.—Intentas con este consejo hacerme entrar en razón, dando a entender que no colaborarás en absoluto.

CRISÓTEMIS.—Es que es natural que si uno se mete en estas manipulaciones le salgan las cosas mal.

ELECTRA.—Te envidio por tu perspicacia pero te detesto por tu cobardía.

CRISÓTEMIS.—Soportaré de buen grado oírte también cuando hables bien de mí.

ELECTRA.—Pero ¡no te preocupes, que no te darás esa satisfacción, al menos en lo que de mí depende!
CRISÓTEMIS.—El porvenir es suficientemente largo como para decidir esta cuestión.
ELECTRA.—Márchate, pues en ti no se encuentra colaboración.
CRISÓTEMIS.—Se encuentra. En ti sí que no existe posibilidad de que me entiendas.
ELECTRA.—Ve y revélale todo esto a madre... la tuya.
CRISÓTEMIS.—¡Qué error el tuyo! De ninguna manera te odio yo con tanto odio.
ELECTRA.—Pues entonces date perfecta cuenta a qué grado de deshonra pretendes empujarme.
CRISÓTEMIS.—De deshonra nada sino de precaución por ti.
ELECTRA.—Según eso ¿tengo que atenerme a tu reglamento?
CRISÓTEMIS.—Es que cuando pienses acertadamente entonces nos guiarás tú.
ELECTRA.—¡En verdad que es terrible expresarse una[89] tan bien para luego errar por completo!
CRISÓTEMIS.—Has interpretado correctamente el mal de que eres víctima.
ELECTRA.—Pero ¿cómo? ¿No te parece que lo enjuicio con razón?
CRISÓTEMIS.—Pero es que a veces incluso la razón trae malas consecuencias.
ELECTRA.—A mí no me apetece vivir de acuerdo con esas normas que sustentas tú.
CRISÓTEMIS.—Si llegas a hacer lo que piensas, algún día aprobarás esta mi conducta.
ELECTRA.—Efectivamente lo haré, sí, sin dejarme aterrar nada por ti.
CRISÓTEMIS.—¿Lo dices de verdad? ¿Será ésta tu última determinación?
ELECTRA.—Es que no hay nada más odioso que una determinación ruin.
CRISÓTEMIS.—Das la impresión de no tener en cuenta nada de lo que te argumento.
ELECTRA.—Hace tiempo tengo tomada esa decisión y no hace un momento.

[89] Con ironía y amargura pensando en Crisótemis, línea 1039. Cfr. este valor irónico y amargo de la expresión εὖ λέγεις en Platón, *Apología*, 24e y Demóstenes, 5,2.

CRISÓTEMIS.—Entonces me voy, pues ni tú aceptas aprobar mis advertencias ni yo tus maneras.

ELECTRA.—¡Cómo no! Entra en palacio. No te preocupes, que jamás iré tras de ti ni aunque a lo mejor lo ansíes ardientemente, porque es de gran insensatez ¡cómo no! andar a la caza de empresas inconsistentes[18].

CRISÓTEMIS.—En fin, si es que te parece a ti misma que eres tú la que piensa algo consistente, continúa pensando así, que cuando estés ya metida de lleno en las desgracias aprobarás mis advertencias.

(Entra CRISÓTEMIS *en palacio.)*

ESTROFA 1

CORO.

¿Cómo nosotros, viendo a las sensatísimas aves del cielo
preocupadas del sustento
de aquellos de quienes nacen
y de quienes consiguen placer[90],
no cumplimos estos deberes igual que ellas?
Pero, ¡por el rayo de Zeus
y la celestial Providencia!, los criminales
no estarán por mucho tiempo indemnes, no.
¡Oh subterránea Palabra, que estás a disposición de los mortales,
grítameles mi lastimera voz hacia abajo
a los Atridas que están en el otro mundo,
al tiempo que les llevas estos reproches no alterables,

ANTÍSTROFA 1

que, por un lado, los asuntos de su casa ahora van mal
y, por otro, que las cosas de sus hijas[91], esto es,
la disputa entre ambas

---

[90] Se trata de las cigüeñas. Cfr. Aristófanes, *Aves*, 1355 y ss., Aristóteles, *H.A.*, 9,615 y 23 y Platón, *Alcib.*, 1,135e.

[91] Recordemos que seguimos la edición de Dain. Siguiendo este texto mantenemos que tanto τὰ μὲν ἐκ δόμων, línea 1070, como τὰ δὲ πρός τέκνων, línea 1071, son ambos nominativos, en estricta correlación, el primero sujeto de νοσεῖται y el segundo de ἐξισοῦται.

ya no se arregla
en amable arbitraje
sino que Electra anda a la deriva abandonada a su suerte y sola,
llorando sin cesar
¡la pobrecita! la muerte de su padre, a manera de ruiseñor
anegado en llanto,
no sólo sin preocupación alguna de tener que morir
sino incluso dispuesta a no ver la luz
con tal de haber sometido a las dos Furias[92].
¿Qué vástago habría tan amante de su padre?

Estrofa 2

Ningún ser noble acepta
afear con una vida ignominiosa su buena fama
perdiendo su buen nombre, hija, hija. Es así como
también tú, al dotar[93] el conjunto de
toda tu vida del arma de un río de lágrimas,
postulado nada agradable[94],
optaste por conseguir dos resultados en una sola cuenta
ser llamada hija sabia y la mejor.

Antístrofa 2

¡Ojalá continuaras teniendo vida superando a tus enemigos
por la fuerza de tus brazos y por las riquezas tanto cuanto
ahora vives bajo su férula!
Porque te he encontrado, por un lado, que estás
metida de lleno en un destino que no se puede llamar bueno,
pero, por otro, veo que, por tu devoción a Zeus,

---

[92] O espíritus del mal, Egisto y Clitemnestra.

[93] Estas líneas (1086-1089) constituyen una verdadera *cruz* para los comentaristas. Y todos se empeñan en desconfiar de la buena tradición de la forma ὁπλίσασα o en darle un significado impropio y que no es el suyo. Los primeros, en contra de las buenas normas de la crítica textual que sentencia que es preferible la *lectio difficilior* a *facilior*, siguen el camino inverso; los otros dan a esta forma el significado *vencer* cuando el suyo propio es *armar*.

[94] Cfr. el uso irónico, frecuente por lo demás, de καλός, sobre todo aplicado a la vida, en *Electra*, 393. Esta idea es recogida posteriormente en líneas 1094-1095.

te estás llevando la palma en el cumplimiento de las normas más grandes que se han generado.

(Entran ORESTES *y* PÍLADES *con dos criados, uno de los cuales porta una urna.)*

ORESTES.—Mujeres, ¿es que hemos sido informados acertadamente, y llevamos con acierto el camino a donde precisamos?
CORIFEO.—¿A qué pieza sigues la pista, y qué deseas para haber llegado aquí?
ORESTES.—A Egisto. Dónde vive es lo que vengo preguntando desde hace rato.
CORIFEO.—Entonces has venido bien, y quien te informó resulta irreprochable.
ORESTES.—Si es así, ¿quién de vosotras anunciaría a los de casa nuestra ansiada llegada, compuesta por dos peatones?
CORIFEO. *(Señalando a* ELECTRA).—Ésta de aquí, si es el más allegado el más llamado a anunciarlo.
ORESTES.—Ve, mujer, entra y hazles saber que varones focenses buscan a Egisto, unos determinados.
ELECTRA.—¡Ay cuitada de mí! ¿A que portáis, por fin, la prueba evidente del presagio[95] que oímos? ¡A que sí!
ORESTES.—¡No conozco el rumor que conoces tú, pero a mí el viejo Estrofio[96] me encargó un mensaje relativo a Orestes.
ELECTRA.—¿Cuál es, extranjero? ¡Qué miedo me entra!
ORESTES.—Andamos con cuidado, trayendo como ves los insignificantes restos del muerto en una pequeña urna.
ELECTRA.—¡Ay desgraciada de mí! ¡Aquí está lo que yo me esperaba! Según puede deducirse ya tengo a la vista, con toda evidencia y a mano, el motivo de angustia[97].

---

[95] Cfr. la aliteración del sonido *p* reflejo del original de línea 1109. Todas estas formas están dotadas, al modo habitual en Sófocles, en lo que nuestro autor es maestro, de doble sentido, uno para los interlocutores y otro para la audiencia que está al corriente de los hechos, ignorados por los interlocutores.

[96] El focense en cuya mansión se había exiliado el joven Orestes. Sin duda también este nombre está tomado deliberadamente en atención a su condición de *parlante* que significa *el que pone la zancadilla al contrario* o *el que va cercando al enemigo.*

[97] Ambigüedad: según cree Electra, para sí, pero, como sabe la audiencia, para Clitemnestra, y Egisto.

ORESTES.—Si es que acaso lloras por las calamidades oresteas[98], sábete que esta urna oculta su cuerpo.

ELECTRA.—Extranjero, permíteme entonces, ¡por los dioses!, si es que este aparato lo oculta, que lo tome en mis manos para que, teniendo conmigo esta ceniza, llore y lamente a mí misma y a toda mi familia a la vez.

ORESTES.—Dádselo, quienquiera que ella sea, acercádselo, pues a lo que se ve, no lo solicita como si estuviera con él en enemistad sino como una de sus amistades o como criatura de la misma sangre.

ELECTRA.—¡Oh recuerdo[99] del más querido de los hombres para mí, falto de[100] la vida de Orestes! ¡Qué en contra de[100] las esperanzas no precisamente de aquéllas con las que te despedí, te he recibido! En efecto, ahora te tomo entre mis manos cuando no eres nada[100] y en cambio, hijo, te envié de casa en todo tu esplendor. ¡Ojalá que yo hubiera dejado la vida antes de haberte enviado a tierra extraña y de haberte recuperado sano y salvo de la muerte tras substraerte con estas manos, con lo que[101], si hubieras muerto en la fecha de entonces, realmente habías descansado, al haber obtenido por suerte y en común un trozo de la tumba paterna! Pero ahora, fuera de casa y desterrado en tierra extraña, pereciste de mala manera, a distancia de tu hermana, y ni yo ¡cuitada de mí! te adecenté con baños entre mis amorosas manos ni, como era lo normal, recogí del fuego que te hizo todo llamas la funesta carga, sino que, ¡pobre de ti!, luego de recibir rodeado de manos amigas los cuidados[102] has llegado convertido en un pequeño cargamento metido dentro de un pequeño hueco[103]. ¡Ay cui-

---

98 Ambiguo: según Orestes y la audiencia, las calamidades que Orestes causará a los enemigos, pero, según Electra, los sufridos por Orestes.

99 Hay que recordar la anécdota que a este respecto refiere Aulo Gelio, 7,5, según el cual el actor Polo representó el papel de Electra teniendo entre sus manos la urna conteniendo las cenizas de su hijo recientemente muerto, con un dramatismo real.

100 Oculta ambigüedad no sólo esta forma sino infinidad de las siguientes: un sentido para Electra, otro para Orestes y la audiencia.

101 ὅπως, línea 1134, con indicativo. Es no final sino consecutivo, resaltando la objetividad y realidad de la consecuencia.

102 κηδευθείς, línea 1141, con doble sentido: las ceremonias fúnebres, para unos, y los cuidados del ayo y Pílades (ξένοι) para otros.

103 Obsérvese la aliteración del sonido gutural *k* que refleja la del original.

tada de mí por la inútil y lejana comida con que te cuidé, que yo te ofrecía tan a menudo con dulce sacrificio! Pues jamás fuiste tú, eso nunca, más amigo de madre que de mí, ni eran los criados tu nodriza sino yo, y constantemente me llamabas *hermana*. Pero ahora, en un solo día con tu muerte ha desaparecido esto, pues has recorrido el camino[104] arrastrando contigo todo como un vendaval. Nos ha dejado padre, yo estoy muerta para ti[105], tú te has alejado solo, muerto, y ríen nuestros enemigos y enloquece de alegría madre desmadrada, por quien a menudo tú me enviabas a escondidas mensajes diciéndome que aparecerías personalmente como su castigador. Pero este objetivo nos lo arrancó el malhadado destino, el tuyo y el mío, que te me envió así, ceniza y sombra vanas, sustitutas de tu queridísima figura. ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Oh miserable figura, ay, ay! ¡Oh tú que fuiste enviado a un viaje, ay de mí, el más formidable, amantísimo! ¡Cómo me has hundido, oh cabeza confraternal! Así, pues, acógeme en esta tu cobertura[106] a mí que no soy nada en ésta que nada es, para habitar en el futuro en compañía tuya abajo[107], pues también cuando estabas arriba[107] compartía contigo la misma situación. También ahora anhelo, tras mi muerte, no ser privada de tu sepultura, pues no veo que los muertos sufran.

CORIFEO.—Electra, eres hija de un padre mortal, date cuenta de ello. También mortal Orestes. Por ello no te lamentes en exceso, pues todos nosotros debemos pagar esta deuda.

ORESTES (*hablando para sí mismo).*—¡Ay, ay! ¿Qué diré? ¿A qué palabras acudiré en esta mi confusión? Pues ya no soy capaz de dominar la lengua.

---

104 Doble sentido: el de la muerte, y el que lo ha traído a su tierra.

105 Doble sentido: para Electra, en la idea de que su vida es una vida muerta, y para el espectador significa que Electra no colabora con su hermano.

106 Con doble sentido esta forma στέγος, línea 1165: para Electra, el que oculta las cenizas de Orestes, para el público, el que sirve para disimular a Orestes.

107 Doble sentido tienen estas formas ἄνω, línea 1167, y κάτω, línea 1166: para Electra *en la tierra y en el mundo subterráneo,* respectivamente, pero para el espectador al norte de Micenas (cfr. Heródoto, 1,72, ἄνω πρὸς βορέην ἄνεμον y 1,142), esto es, *en Fócide,* y *al sur,* esto es, *en Micenas,* respectivamente. Cfr. nuestro artículo «Ambigüedad semántica y gramatical en Sófocles», *Emerita,* 51, 2.°, 1983, págs. 269-300.

ELECTRA.—¿De qué dolor eres víctima? ¿A causa de qué resulta que has dicho esto?

ORESTES.—Dime, ¿la renombrada faz de Electra es ésta, la tuya?

ELECTRA.—Ésta es aquélla, aunque esté muy ajada.

ORESTES.—¡Ay de mí entonces por esta intolerable desgracia!

ELECTRA.—¡Vamos, no será que gimes estos sollozos, extranjero, por mí!

ORESTES.—¡Oh figura consumida ignominiosa y despiadadamente!

ELECTRA.—¡Es seguro ya, amigo extranjero, que no murmuras de ninguna otra más que de mí!

ORESTES.—¡Ay por esta tu condición de persona mayor soltera y desventurada!

ELECTRA.—Extranjero, estás gimiendo al tiempo que examinas tan fijamente en mí ¿qué cosa?

ORESTES.—Cuantas calamidades, por lo visto, no conocía yo de las mías propias.

ELECTRA.—¿En qué expresión mía reconociste eso?

ORESTES.—Al verte que estás envuelta más que nadie en infinidad de dolores.

ELECTRA.—Lo que es ver, te aseguro que estás viendo bien poca cosa de mis calamidades.

ORESTES.—¿Pero cómo podría haber otras todavía más ignominiosas que éstas que están a la vista?

ELECTRA.—Sí, el hecho de que comparto la mesa con los asesinos.

ORESTES.—¿Con los asesinos de quién? La desgracia esta que señalaste ¿a quién concierne?

ELECTRA.—Con los de padre[108]. Y luego les sirvo a ellos como esclava a la fuerza.

ORESTES.—¿Pues quién te empuja a esa obligación?

ELECTRA.—Quien recibe el nombre de *madre* pero que en nada se parece a una madre.

ORESTES.—¿Cuáles son las acciones que lleva a cabo? ¿Con sus manos o con privación de comida?

ELECTRA.—Con sus manos y con privaciones y con todo tipo de afrentas.

ORESTES.—¿Y no te asiste nadie que te defienda y que lo impida?

[108] Continúa la ambigüedad. Cfr. *Edipo Rey*, líneas 774-5 y 787-8.

ELECTRA.—Ciertamente no, pues el que me asistía, tú[109], me lo presentaste reducido a ceniza.
ORESTES.—¡Oh desventurada! ¡Qué pena me da desde hace rato el verte!
ELECTRA.—Sábete entonces que eres el único mortal que se ha compadecido alguna vez de mí.
ORESTES.—Es que soy el único que ha llegado dolido por tus calamidades.
ELECTRA.—¡No será que has llegado de algún sitio estando emparentado con nosotros!
ORESTES.—Aclararía lo que ocurre si nos acompaña el afecto de éstas[110].
ELECTRA.—Sí, existe ese afecto, de suerte que hablarás a personas de confianza.
ORESTES.—Suelta ahora esta urna, a fin de que te enteres de la totalidad del asunto.
ELECTRA.—¡En nombre de los dioses, por favor, no me hagas esto, amigo extranjero!
ORESTES.—Haz caso a quien te habla y nunca te equivocarás.
ELECTRA.—¡No, por tu barbilla[111], no me quites el tesoro más querido!

(Intenta quitarle la urna.)

ORESTES.—Te aseguro que no te lo dejaré.
ELECTRA.—¡Ay cuitada de mí por cuestión relacionada contigo, Orestes, si es que me veré privada de que te entierre a ti!
ORESTES.—Pronuncia palabras agradables, pues no te lamentas con razón.
ELECTRA.—¿Cómo que lloro sin razón a mi hermano muerto?
ORESTES.—No te va bien a ti pronunciar esta afirmación.
ELECTRA.—¿Hasta tal punto soy privada del derecho al muerto?
ORESTES.—Tú no eres privada del derecho a nada. Es que eso no es tuyo en absoluto.

---

[109] Forma ambigua lograda por una pausa intencionadamente ambigua: aposición al sujeto de *asistía*, y sujeto de *presentaste*.
[110] Fórmula. Cosa parecida es *Electra*, líneas 310-316, y sobre todo *Edipo Rey*, líneas 91-92. Cfr. también *Filoctetes*, 578-590.
[111] Rito adecuado para una súplica ardiente.

ELECTRA.—Naturalmente que sí, si es que[112] lo que sostengo es el cadáver de Orestes.

ORESTES.—Pero no es de Orestes, excepto en la medida en que está preparado sólo con palabras convincentes.

ELECTRA.—¿Entonces dónde está su sepultura, desgraciado de él?

ORESTES.—No la hay, pues del vivo no hay sepultura.

ELECTRA.—¿Pero qué pretendes, pequeño[113], insinuar?

ORESTES.—Nada de lo que te digo es mentira.

ELECTRA.—Dime, ¿es que vive?

ORESTES.—Naturalmente, si es que estoy con vida yo.

ELECTRA.—Dime, ¿es que tú eres él?

ORESTES.—Mira este sello de padre y entérate si digo la verdad.

ELECTRA.—¡Queridísimo lucero[114]!

ORESTES.—Queridísimo. Soy testigo de ello.

ELECTRA.—¡Oh, qué timbre de voz! ¡Llegaste por fin!

ORESTES.—Ya no lo preguntes a otro.

ELECTRA.—¿Te tengo en mis brazos?

ORESTES.—¡Como ojalá me tengas siempre en el futuro!

ELECTRA.—Queridísimas mujeres, conciudadanos, comprobad, vedlo aquí, a Orestes, muerto con argucias pero ahora con argucias salvado.

CORO.—Lo estamos viendo, hija, y de satisfacción por este feliz acontecimiento se me desliza una lágrima de mis ojos.

ESTROFA

ELECTRA.
Retoño,
retoño de un tipo[115] el más querido para mí,

---

[112] Ambiguo. Cfr. notas 72 y 74.

[113] Nuestra traducción está condicionada por la preocupación por reflejar la aliteración del sonido *ρ* dei original, línea 1220. Igual aliteración en *Edipo en Colono*, 1104.

[114] φίλτατον φῶς, línea 1124, se refiere no a la luz del día sino al *lucero* que significa Orestes para Electra, como Electra para Orestes en la línea siguiente. Se demuestra suficientemente por la estricta correlación con ὢφθέγμα , «qué tono de voz», aceptado por supuesto por todos los comentaristas que se refiere a la voz de Orestes. Por si hiciera falta, obsérvese idéntica expresión en línea 1354, referido evidentemente al ayo, también en boca de Electra. Cfr. sobre todo Esquilo, *Coéforas*, 131 y también *Ilíada*, 6,401.

[115] σωμάτων, *tipo*, línea 1233, se refiere al *tipo* o *figura* de Orestes, no a la persona de Agamenón. Obsérvese que esta expresión γοναὶ σωμάτων es similar a la que usa Ulises para referirse al joven Neoptólemo en *Filoc-*

llegaste poco ha,
encontraste, alcanzaste, viste a los que precisabas.

ORESTES.—Aquí estoy, pero guarda silencio y espera.

ELECTRA.—¿Qué ocurre?

ORESTES.—Es mejor callar, no sea que desde casa nos oiga alguien.

ELECTRA.

¡No, por Artemis la siempre indómita,
jamás admitiré tener miedo a esto,
al lastre superfluo de las mujeres
que están siempre dentro de casa!

ORESTES.—Con todo y con eso observa que Ares se instala también en las mujeres. Bien lo sabes tú por propia experiencia, creo yo.

ELECTRA.—¡Oh, oh, oh, oh, oh! Has arrojado sobre mí una tormenta sin nublados y que nunca se disipará, y que nunca se me olvidará cómo fue.

ORESTES.—Lo sé bien, pero cuando las circunstancias nos inviten a ello entonces es cuando hay que recordar estos asuntos.

ANTÍSTROFA

ELECTRA.

A mí me resultaría precisa la presencia permanente,
la presencia permanente del tiempo para expresar[116]
estas desgracias con justicia.
Mi boca ya libre la cierro ahora muy a mi pesar.

ORESTES.—Te lo creo. Precisamente por ello mantenla así, cerrada[117].

---

tetes, 51, γενναίος τῷ σώματι. A su vez, en línea 1181 Orestes se refiere a Electra como σῶμα. La recíproca es igualmente de esperar.

[116] Obsérvese la aliteración del sonido *p*, referido del original, de línea 1254.

[117] Otros entienden que τόδε, línea 1257, se refiere a la libertad de palabra de que ahora goza Electra. Pero ocurre que *mantener la libertad de palabra* equivale a *mantener expedita la lengua*, es decir, hablar cuanto quiera. Y esto aquí, como el texto exige, es inadmisible. Por otro lado, es habitual el uso de σώζω (activo o medio) para la idea de *guardar o mantener algo en secreto*, como es nuestra interpretación del presente texto, por ej., *Electra*, 993-994, *Edipo en Colono*, 1530 y Esquilo, *Prometeo*, 522 y ss. En confirmación de esta interpretación obsérvese que las líneas 1257-1259 están en estricta responsión de con-

ELECTRA.—¿Qué haré para ello?

ORESTES.—Cuando no es el momento oportuno no gustes de hablar prolijamente.

ELECTRA.

En ese supuesto, precisamente cuando tú te nos has aparecido,
¿quién haría este negocio tan ruinoso, permutar
la posibilidad de decir cosas por un silencio valorado
igual que la posibilidad de hablar[118]?
Y todo eso ahora, cuando
inexplicable e inesperadamente te vi.

ORESTES.—Entonces me viste cuando los dioses me impulsaron a venir.

ELECTRA.—Acabas de señalarme una alegría superior aún a la anterior, si es que fue la divinidad quien te encauzó a nuestros techos. Yo tengo esto como cosa de los dioses.

ORESTES.—En un sentido me resisto a contener tu alegría pero en otro temo el hecho de que estás demasiado dominada por la satisfacción.

ELECTRA.—¡Ay! Después de haberte dignado tras larga tardanza venir a mostrárteme así, en un viaje queridísimo, cuando me has visto tan apenada no me...

ORESTES.—¿Qué es lo que no debo hacer?

ELECTRA.—... no me prives del placer de tu cara, de suerte que tenga que renunciar a ella.

ORESTES.—Sin embargo la verdad es que montaría en tremenda cólera contra otros nada más verlos[119].

ELECTRA.—¿Me lo prometes?

ORESTES.—¡Cómo no!

ELECTRA.—Querido mío, acabo de oír la insinuación[18] que ni siquiera habría esperado. Y al oírla he contenido callada, des-

---

tenido (cfr. Kamerbeek, *op. cit.*, pág. 167) con 1236-1259, y por tanto la línea 1257 con la 1236: la invitación a guardar silencio es, pues, clara. Cfr. también J. H. Kells, *Sophocles. Electra*, Cambridge, 1973, pág. 203.

[118] Jebb habla de un valor absoluto de ἄξιαν, línea 1260. Nada más lejos de la realidad, pues todos los casos que él menciona se explican fácilmente por el contexto. Igualmente aquí se entiende que su régimen es de nuevo λόγων que depende, pues, en primera instancia de μετα (βάλλομαι) y después de ἄξιαν.

[119] Otros, la mayoría, entienden que *si los viera intentar lo mismo, a saber, arrancarte de mi cara o vista.* Sin embargo la idea es que Orestes, tras haber visto tan maltratada a Electra, montaría en cólera si viera a los culpables.

graciada de mí, mi cólera y sin proclamarla a todos los vientos. Pero ahora te tengo, pues has aparecido con tu queridísimo aspecto, que yo ni siquiera en medio de calamidades podría olvidar.

ORESTES.—Las explicaciones superfluas ahórratelas. Y ni me expliques que madre es ruin ni que Egisto agota la herencia paterna de la casa y que funde una y despilfarra otra sin sentido, pues sábete que una exposición así desplazaría del lugar que le corresponde a la oportunidad de esta ocasión. En cambio lo que me vendrá[120] bien para el momento actual de ahora señálalo, esto es, dónde, a las claras o a escondidas, pondremos fin a la risa de los enemigos con nuestra actual llegada[121]. Pero ¡cuidado con esto[18], que madre no reconozca por tu cara radiante que somos nosotros dos quienes hemos llegado[122] a casa! Al contrario, continúa lamentándote como por el desastre que es objeto de falsas alegaciones, pues cuando consigamos el éxito entonces será posible alegrarse y reír libremente.

ELECTRA.—Bien, hermano, así como es tu gusto también será el mío, pues al haber conseguido gracias a ti las satisfacciones no las adquirí como don de mi exclusiva propiedad. Y si es a costa de molestarte tan sólo un poco a ti no consentiría conseguir personalmente una ganancia por grande que fuera, pues en ese caso no secundaría dignamente al hado que nos asiste. Pasando a otra cosa, conoces la situación de aquí, ¿cómo no?, ya que has oído decir que Egisto no está en palacio, pero que, en cambio, madre sí está en casa. Respecto a la cual no temas nunca que vaya a ver mi cara radiante por efecto de la risa, pues un odio que me viene de antiguo se me ha soldado confundiéndose conmigo y, además, una vez que te reconocí no cesaré jamás de derramar lágrimas de alegría. Pues ¿cómo po-

---

[120] μοι, línea 1293, es regido en primera instancia, por ἁρμόσει Cfr. Aristófanes, *Tesmoforiazusas*, 260, 263, ἁρμόσει μοι, y *Edipo Rey*, 902. En efecto, muestra resistencia a hacer acompañar a σημαίνω del dativo, por ej., *Edipo en Colono*, 51, 320, 1668 y *Edipo Rey*, 1050. Un caso en cierto modo similar al presente es *Filoctetes*, 22, ἅ μοι προσελθὼν σῖγα σήμαιν' en donde μοι va regido en primera instancia por προσελθὼν y a distancia por σήμαιν'.

[121] La de Orestes y sus acompañantes. Cfr. línea 68.

[122] ἐπελθόντοιν, línea 1297, no significa *entrar en casa*, pues en ἐπέρχομαι predomina, conforme con el valor del preverbio, la idea de *llegada* sobre la de *entrada*. Se refiere a que, por fin, *han llegado a casa*.

dría cesar de ello, yo que te he visto en una sola embajada, la de hoy, muerto y vivo a la vez? Me has sumido en un mar de confusiones, de suerte que si padre se me presentara vivo ya no lo consideraría un milagro sino que creería verlo en la realidad. Así, pues, dado que nos has recorrido un viaje tan inesperado, manda tú según tu gusto, sabedor de que yo, de haber quedado sola, no habría fallado en estas dos cuestiones a la vez, pues o me habría salvado a mí misma dignamente o habría perecido también dignamente.

ORESTES.—Te aconsejo que te calles, pues he oído a alguien de los de dentro caminar hacia la salida.

ELECTRA.—Entrad, extranjeros, con tanta más razón cuanto que traéis lo que nadie de la casa podría rechazar ni alegrarse una vez que lo reciba[123].

(Se presenta el AYO.)

AYO.—¡Locos sin tasa y carentes de perspicacia! ¿Es que ya no os interesa nada la vida, o no hay en vosotros sentido alguno congénito, cuando no os dais cuenta de que os encontráis no ya cerca de las calamidades más grandes sino metidos de lleno dentro de ellas? En fin, si yo no me hubiera plantado en las jambas de la puerta, éstas de aquí, vigilando desde hace rato, habría pasado a dentro de casa vuestra intentona antes que vuestras personas[124]. Menos mal que ante esta vuestra imprudencia tomé yo las debidas precauciones. Y ahora poned fin a esas prolongadas explicaciones y al insaciable griterío este que se desarrolla en un ambiente de alegría, pasad adentro, porque en el punto en que se encuentra este asunto el andarse con demoras es peligroso y en cambio es el mejor momento para verse libre[125].

ORESTES.—En ese caso y teniendo en cuenta que voy a entrar, ¿cómo están las cosas de ahí dentro en lo que a mí concierne?

---

[123] Otra ambigüedad más: ahora juega con ella Electra, que antes fue su víctima. La ambigüedad es ésta: según lo entiende Clitemnestra, se habla del cadáver de Orestes, pero según lo interpreta el grupo de los conjurados y el espectador, del castigo que la acción encierra.

[124] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Antígona,* líneas 491-494.

[125] Cfr. *Electra,* 21-22. Es decir, ἐν τοῖς τοιούτοις, línea 1339, es equivalente a ἐνταῦθ' ἵμεν ἵνα de *Electra,* 21-22, esto es, se refiere al punto concreto en que se encuentra la estratagema, y no a la estratagema en general.

AYO.—Bien. Pues lo primero que tienes a tu favor es que no te va a reconocer nadie.

ORESTES.—Por lo visto me has anunciado como que he muerto.

AYO.—Ten presente que aquí eres un hombre de los que están en el Hades.

ORESTES.—¿Se alegran con estas noticias? ¿Y cuáles son sus comentarios?

AYO.—Si los sentimientos que revelan sus comentarios fueran a confirmarse[126] te los explicaría. Sólo te diré que, según los sentimientos de esos comentarios, todas las cosas suyas según están ahora están bien, incluso las que a lo mejor de buenas no tengan nada.

ELECTRA.—Hermano, ¿quién es ése?[127]. ¡Por los dioses, dímelo!

ORESTES.—¿No te lo imaginas?

ELECTRA.—No sólo eso sino que ni siquiera consigo traerlo a las mientes[18].

ORESTES.—¿No conoces a uno en cuyas manos me pusiste un día?

ELECTRA.—¿Cuál? ¿Qué dices?

ORESTES.—Aquél por quien fui sacado subrepticiamente al país de los focenses gracias a tu previsión pero por sus manos.

ELECTRA.—¿Acaso ése es aquél, el único que entre tantos encontré fiel un día lejano con ocasión del asesinato de padre?

ORESTES.—Éste es. No me sometas a prueba con más preguntas.

ELECTRA.—¡Lucero queridísimo[128], el único salvador de las

---

[126] Los más interpretan el genitivo τελουμένων, línea 1344 como *al final* (de la acción y del éxito esperado). Pero resulta que el ayo no vuelve a aparecer en escena y, por tanto, nunca si no es ahora responderá a la anterior pregunta de Orestes. Es inimaginable que Sófocles dejara esta cuestión en el aire, sin respuesta, o que la reservara para fuera de la obra. Ambas soluciones caen fuera de una buena estructura dramática, en que precisamente la tragedia *Electra* es una obra maestra. Para nosotros la interpretación es otra: τελουμένων y ὡς δὲ νῦν ἔχει se refiere a los mismos hechos (los demás comentaristas los separan), concretamente al ambiente que se respira en casa (con lo que el ayo responde ya a la pregunta formulada por Orestes), la forma τελουμένων refiriéndose a los sentimientos que Clitemnestra alberga para el futuro (liberación del miedo gracias a la muerte de Orestes y, sin duda, amenazas contra las hermanas Electra y Crisótemis, amenazas ya hechas patentes incluso antes de saber de la muerte de Orestes, cfr. líneas 626-627, y que ahora, libre, aumentará, de lo que debe ser reflejo y exponente lo que ya dijo públicamente ante el ayo, en líneas 791, 793, 795, 801-807).

[127] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Filoctetes,* líneas 573-4.

[128] Cfr. nota 114.

mansiones de Agamenón! ¿Cómo llegaste? ¿De verdad que tú eres aquél que nos salvaste de tantas calamidades a éste y a mí? ¡Queridísimas manos, tú, autor del dulcísimo servicio de tus pies! ¿Cómo es que estuviste conmigo tan largo tiempo y te me ocultabas y no te identificabas, al contrario me destrozabas con tus palabras cuando traías entre manos acciones las más dulces para mí? ¡Salud, padre, pues a padre creo estar viendo ante mí! ¡Salud! Y sábete que te odié y amé al que más de todos los hombres en un solo día.

AYO.—Me parece que ya está bien, pues en cuanto a las noticias que ahora quedan a medias numerosas noches e iguales días vuelven y vuelven, los que, Electra, te mostrarán esos detalles bien a las claras. En fin, a vosotros dos aquí presentes matizando[129] os insisto en que ahora es el momento de actuar: ahora Clitemnestra está sola, ahora no hay en casa ningún varón, pero si os retrasáis haceos a la idea de que tendréis que luchar contra los presentes y a la vez contra otros más numerosos y más astutos que los presentes.

ORESTES.—En ese caso[130], Pílades, el negocio que traemos entre manos ya no precisaría en absoluto de prolongadas explicaciones sino de pasar cuanto antes a dentro tras besar con reverente inclinación las estatuas sedentes, heredadas de nuestros antepasados, de los dioses que ocupan los pórticos estos de aquí.

(*Entran en palacio* ORESTES, PÍLADES *y el* AYO.)

ELECTRA.—Soberano Apolo, escucha favorable a éstos dos y, a más de éstos, a mí, que te ofrecí con manos a porfía[131] real-

---

[129] *ἐννέπω*, línea 1367, es mucho más que el simple *decir*. Significa *insistir en algo matizando*. Cfr. *Edipo en Colono*, 932, εἶπον μὲν σὺν καὶ πρόσθεν, ἐννέπω δὲ νῦν y *Edipo Rey*, 350, *Áyax*, 746, Esquilo, *Suplicantes*, 603. A su vez, *Electra*, 1367, es un buen ejemplo de ello: ya antes el ayo les ha hecho ver que es el momento de la acción (líneas 1337-1338), y ahora *insiste matizando*.

[130] Ésta es la condicional requerida por el optativo potencial. Cfr. la verdadera comprensión de la gramática y sentido de esta frase y otras semejantes.

[131] Los comentaristas interpretan λιπαρεῖ, línea 1378, como *suplicante* o, como Kamerbeek, *insistentemente suplicante*. Aducen como corroboración *Electra*, 451, pero resulta que allí se trata de una forma corrupta, que no ofrece ga-

mente mucho de aquello de lo que disponía en cada ocasión. Y ahora, oh Liceo, Apolo, desde la situación en que me encuentro te ruego, suplico, imploro: sé auxiliar nuestro decidido en estos planes y muéstrales a los hombres qué clase de pago dan los dioses por la impiedad.

(Entra ELECTRA *en palacio.)*

ESTROFA

CORO.
Ved a dónde avanza
Ares[132] bufando sangre inexorable.
Acaban de plantarse bajo los techos de palacio
unos perros de los que será imposible escapar,
sabuesos a la caza de perversas y absolutas faltas de escrúpulos.
Esto revela que ya no tardará en aparecer
el fantasma del castigo exigido por mi mente pero que hasta ahora
andaba flotando en ella.

ANTÍSTROFA

Pues con pérfido avance se introduce en el interior de la vivienda
a las sedes de rancio abolengo de su padre el auxiliar de los que están
en el otro mundo, asiendo con ambas manos la recién aguzada crueldad.

---

rantía de autenticidad. Pues bien, esta forma nada tiene que ver con *suplicante*, y la interpretación de Kamerbeek sólo en lo de *insistentemente* es correcta. En efecto, λιπαρής sólo significa *pertinaz, obstinado, reiterativo* en la acción de que se trate, acción determinada por la palabra que complete y precise a este adjetivo. Lo que ha ocurrido es que como λιπαρής acompaña a menudo a formas que significan *pedir*, erróneamente se le ha atribuido el significado de la forma a quien acompaña, por ej., *Edipo Rey*, 1435, y *Edipo en Colono*, 776. En definitiva, es claro que λιπαρεῖ χερί que se halla en un contexto de ofrendas, significa que, dado que sus posibilidades económicas eran pocas, lo que Electra perdía en cantidad procuraba subsanarlo por medio de un mayor número de ofrendas.

[132] Ares, que simboliza Guerra y Muerte.

Y el hijo de Maya,
Hermes, ocultando en la sombra su perfidia,
los empuja hacia la misma meta
y ya no los tiene en suspenso.

(Sale ELECTRA.)

ELECTRA.—Queridísimas mujeres, los hombres cumplirán dentro de un instante su tarea. Pero aguarda en silencio.

CORIFEO.—¿Cómo están las cosas ahora? ¿En qué se ocupan ahora?

ELECTRA.—Ella prepara la urna para el entierro y ellos dos se han situado junto a ella.

CORIFEO.—Y tú, ¿para qué corriste fuera?

ELECTRA.—Para estar vigilante, con objeto de que[133] Egisto no nos coja desprevenidos si vuelve a casa.

CLITEMNESTRA *(Desde el interior del palacio).*—¡Ay, ay! ¡Ay casa carente de amigos pero llena de asesinos!

ELECTRA.—Alguien grita dentro. ¿No oís, amigas?

ESTROFA

CORO.—Oí algo inaudito ¡desgraciada de mí!, como que me entraron escalofríos.

CLITEMNESTRA.—¡Ay desgraciada de mí! Egisto, ¿dónde es donde puedes estar?

ELECTRA.—Mira, alguien clama otra vez más.

CLITEMNESTRA.—Hijo, hijo, ten compasión de la que te trajo al mundo.

ELECTRA.—Sin embargo no alcanzó compasión de ti él ni el padre que lo engendró.

CORO.—¡Oh ciudad, oh sufrida estirpe! El fatal destino cotidiano que te ha afectado se está acabando, se está acabando ahora[18].

CLITEMNESTRA.—¡Ay de mí! Soy objeto de golpes.

ELECTRA.—Dale si puedes doble.

CLITEMNESTRA.—¡Ay de mí, otra vez más!

ELECTRA.—¡Ojalá ese ay fuera a la vez de Egisto!

---

[133] ὅπως, línea 1402, final, no completiva. Cfr. Eurípides, *Helena,* 742, con ὅπως ἄν.

CORO.

Las maldiciones de los muertos cumplen su función: están con vida
los que descansan bajo tierra,
pues los que murieron antaño chupan a sus asesinos la sangre que
ahora revierte hacia ellos.
Y ved, helos aquí. Su mano sanguinaria chorrea incienso ofrendado a Ares
y no puedo censurarlo.

(Salen ORESTES *y* PÍLADES *de palacio.)*

ELECTRA.—Orestes, ¿cómo os ha ido?

ORESTES.—Lo de casa bien, si es que Apolo vaticinó acertadamente.

ELECTRA.—¿Está muerta la malvada?

ORESTES.—Ya no temas que te ultrajen más veces los caprichos de una madre.

ELECTRA.

....

....

ORESTES.

....

ANTÍSTROFA

CORO.—Cesad la conversación[134], pues estoy distinguiendo ya a Egisto con total evidencia.

ELECTRA.—Hijos, ¿es que no vais a volver a entrar?

ORESTES.—¿Tenéis por ahí al alcance de vuestra vista a ese individuo? ¿Está cerca de nosotros él?

ELECTRA.—Avanza ufano y contento del arrabal.

CORO.—Id portillo abajo[18] cuanto antes para que, ya que habéis salido en bien de los asuntos de antes, salgáis otra vez ahora de los que se avecinan.

ORESTES.—¡Ánimo, cumpliremos!

---

[134] Es una fórmula de la tragedia. Cfr. *Áyax,* 1040, *Electra,* 324, *Las Traquinias,* 731.

ELECTRA.—Actúa, pues, de prisa en el sentido que piensas.

ORESTES.—Ahora ya estoy aquí lejos.

ELECTRA.—En ese caso lo de aquí podría correr de mi cargo.

CORO.—Convendría susurrarle al oído, al individuo éste de aquí, muy pocas palabras pero en tono meloso, con objeto de que se precipite en el concurso promovido por la justicia y que él no se imagina.

(Entra en escena EGISTO.*)*

EGISTO.—¿Quién de vosotras sabe dónde es donde están los extranjeros focenses de quienes se afirma que nos han informado de que Orestes ha dejado la vida entre desastres de carreras de carros? *(A* ELECTRA.*)* Eh, tú, a ti te interrogo, sí, a ti, la valiente antes de ahora, porque supongo que te importa más que a nadie y que, en consecuencia, podrías informar con más conocimiento de causa que nadie.

ELECTRA.—Mi conocimiento de lo que preguntas es exacto, ¡cómo no!, pues en otro caso estaría al margen de la suerte[135] de mis seres más queridos.

EGISTO.—¿Dónde entonces pueden estar los extranjeros? Indícamelo.

ELECTRA.—Dentro de casa, pues vinieron a acabar[135] con una patrona amable.

EGISTO.—Si es así, dime, ¿informaron de su muerte dando plena garantía de autenticidad?

ELECTRA.—No, sino que incluso lo mostraron con hechos[135], no sólo con explicaciones.

EGISTO.—¿Está entonces con nosotros, hasta el punto de poder comprobar incluso su evidencia?

ELECTRA.—Efectivamente está junto a ti, y, además, un espectáculo muy poco atractivo.

EGISTO.—En contra de lo que es habitual en ti has venido a decirme *pásalo muy bien*[136].

ELECTRA.—Podrías alegrarte si lo que te aguarda te resulta grato.

EGISTO.—Ordeno que te calles, y que abran las puertas de par en par a todos los miceneos y argivos de suerte que lo com-

---

135 Otra ambigüedad más bien reflejada tanto por la palabra griega como por la española.

136 Bonita ambigüedad: Egisto entiende que es el principio de su felicidad y en cambio el espectador que es su adiós definitivo.

prueben, a fin de que, si alguno de ellos se dejaba arrastrar antes por esperanzas vanas puestas en este hombre, cuando lo vea cadáver acepte mi freno y no tenga que procurarse buen juicio a la fuerza al encontrar en mí el corrector[137].

ELECTRA.—Incluso ya está dando sus resultados en lo que a mí toca[138], pues con el tiempo aprendí cordura, con el resultado de avenirme a los más poderosos.

(Se abren las puertas de palacio y se contempla un cadáver cubierto con un velo, y en pie a ambos lados de él aparecen ORESTES *y* PILADES.*)*

EGISTO.—¡Zeus! Observo un fenómeno acontecido no sin enojo divino, pero si me amenaza venganza por decirlo no lo digo. Descorred del todo el velo de su rostro, a fin de que el allegado que es él[18] alcance lamentaciones también de mi parte.

ORESTES.—Levántalo tú mismo. No es cosa mía sino tuya el comprobar y saludar esa cosa, tus amigos[18].

EGISTO.—Sí, tu consejo es correcto y voy a hacerte caso. Y tú *(A* ELECTRA), si a lo mejor está en casa mi Clitemnestra[139] llámala.

ORESTES.—¡Es ésa de ahí, la que está junto a ti. Ya no la busques con tu mirada en otra dirección!

EGISTO.—¡Ay de mí, qué veo ante mis ojos!

ORESTES.—¿A quién temes? ¿A quién no reconoces?

EGISTO.—¿Quiénes son los individuos entre cuyas tupidísimas redes he caído ¡desgraciado de mí!?

ORESTES.—¿Es que no te das cuenta todavía de que tú, que estás vivo, estás dando órdenes a los muertos igual que a su vez éstos a ti[18]?

EGISTO.—¡Ay de mí! He comprendido por conjetura esa muy seria expresión. En efecto, no hay posibilidad alguna de que éste que me habla no sea Orestes.

---

137 Toda esta perorata de Egisto está llena de ambigüedad: él piensa que la lección de la muerte de Orestes hará refrenar los intentos sediciosos que Orestes suscitaba mientras vivía, sin embargo, el espectador entiende todo lo contrario.

138 Ambigüo de nuevo: Electra pretende significar, para el espectador *mi cometido está dando sus resultados* (engañar a Egisto), y para Egisto *la comprobación de la ruina de mis amigos está haciendo no sólo que eche buen sentido sino incluso está dando ya sus resultados.*

139 Así traducimos el dativo ético.

ORESTES.—Y siendo un adivino tan magnífico ¿erraste tanto tiempo?

EGISTO.—¡Estoy perdido ya, desgraciado de mí! Pero déjame decir aunque sólo sea una pequeña cosa.

ELECTRA.—¡Por los dioses, hermano, no dejes que se explique más ni que alargue las explicaciones! Pues ¿cómo podría ganar tiempo el que tiene que morir, cuando los mortales están envueltos en medio de calamidades?[140]. Al contrario, cuanto antes mátalo y, tras matarlo, ofréceselo a los enterradores[141] que es adecuado que consiga éste, lejos de nuestra vista. Porque para mí sólo esto puede significar liberación de mis calamidades.

ORESTES.—En ese caso puedes ya caminar a dentro, deprisa, pues ahora no se trata de un juego de concursos dialécticos sino de un concurso en el que está en juego tu vida.

EGISTO.—¿Por qué me empujas al interior de palacio? ¿Cómo, si ésta es una acción hermosa, precisa de oscuridad y no estás presto a matarme públicamente?[142].

---

[140] Ha sido ésta (líneas 1485-1486) una frase sumamente discutida, e interpretada de forma distinta. Pero debe quedar claro: primero, que Egisto, como condenado a muerte que es, tiene el máximo interés en ganar tiempo, lo que representa una ganancia para él y para nadie más. Cfr. Tucídides, 3,38, χρόνου διατριβὴν ἐμποιησάντων ὅ ἐστι πρὸς τῶν ἠδικηκότων y ss. Resulta, pues, que todo tiempo que gane es para él un bien precioso, de donde toda interpretación diferente a ésta es errónea; segundo que Electra, por el contrario, está interesada en acelerar la muerte de aquél; tercero, que a lo largo de toda la *Electra* de Sófocles y de las *Coéforas* de Esquilo, y también de las *Euménides*, aparecen Egisto y Clitemnestra como μιάσματα (cfr. *Euménides*, 600), impureza de la que Orestes y Electra desean limpiarse cuanto antes echándola como presa a los perros. Otro tanto sucede con la figura de Edipo en el *Edipo Rey*. Tanto Edipo como Egisto y Clitemnestra son considerados como una especie de φαρμακός que deben morir cuanto antes o ser expulsados. En suma, βροτῶν ἂν σὺν κακοῖς μεμιγμένων, línea 1485, es un genitivo absoluto con matiz complejo pero que oscila entre temporal, condicional, causal. Que esto es así lo evidencia este dato: se trata de una oración interrogativa con optativo potencial. Pues bien, es una norma casi absoluta que este tipo de oraciones vayan acompañadas, expresa o tácitamente, de una oración condicional-temporal-causal (o relativa, con esos valores), que aclara la imposibilidad de acceder a lo que indica la oración principal, en atención a las razones que la subordinada alega en contra.

[141] Se refiere a los enterradores que convienen a un asesino, perros y aves de rapiña.

[142] πρόχειρος, línea 1494, no significa solamente *presto a*, sino *presto a una acción pública*. Pues es una forma que a menudo está a caballo entre su signi-

ORESTES.—No asignes cometidos. Camina al mismo lugar en donde mataste a mi padre, para que mueras en el mismo sitio que él.

EGISTO.—¿Es que es inevitable de todo punto que este edificio contemple las calamidades que son ya un hecho y las que están en trance de serlo, entre Pelópidas?[143].

ORESTES.—Sí, es inevitable por lo menos las tuyas. Yo soy adivino cierto en estas cuestiones que te afectan.

EGISTO.—Te jactas de un arte no heredado de tu padre.

ORESTES.—Eres demasiado respondón, y mientras, el viaje se retrasa. Deja eso y avanza.

EGISTO.—¡Guía!

ORESTES.—Debes marchar tú delante.

EGISTO.—¿No sea que escape de ti?

ORESTES.—Responderé a tu pregunta: no sea que mueras a tu gusto. Debo cuidar de que ello te resulte amargo. Además, era conveniente que se diera al instante a todo el mundo, a cualquiera que osa actuar con transgresión de las normas establecidas, este castigo: matarlo, pues así esa canalla no abundaría tanto.

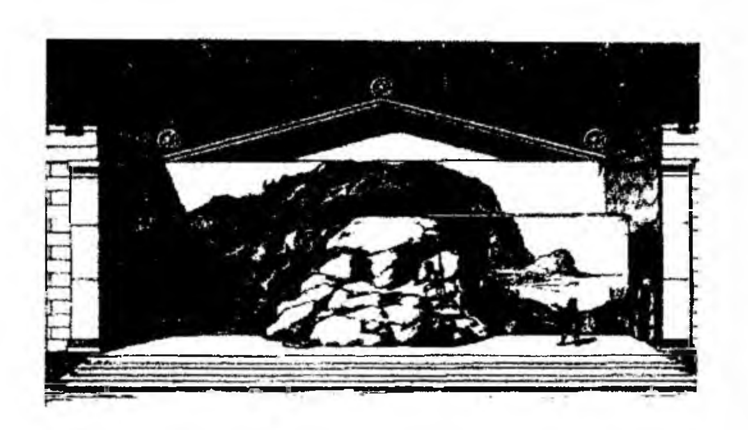
CORO.—¡Oh casta de Atreo, tras haber experimentado cuántos avatares, lograste a duras penas salir por los campos de la libertad coronada por el reciente impulso!

---

ficado primero *entre manos* y otro posterior, derivado de aquél, *a la vista*. Cfr. Platón, *Teeteto*, 198d y *Fedón*, 61b. En nuestro caso no se trata sólo de *matar cuanto antes*, sino además *a la vista del público*, lo que es coherente con el contexto.

[143] Es una fórmula: la inminente víctima recurre a la petición de un arreglo con el agresor. Cfr. Esquilo, *Coéforas*, líneas 908, 922 y 926. Esta escena de la *Electra* guarda estrecho parecido en otros muchos aspectos con la citada de Esquilo, *Coéforas*.

FILOCTETES



INTRODUCCIÓN

Esta tragedia fue representada en el año 409 a.C. y obtuvo el primer premio. En esa fecha Sófocles rondaba los ochenta y cinco años. Esta circunstancia nos fuerza a constatar que las obras de la ancianidad de Sófocles tienen una especial virtud, consistente en la perfección técnica y en lo logrado de su unidad estructural. Pues incluso la presencia del *deux ex machina* de Heracles engarza bien con las exigencias de la obra, dado que Filoctetes y su arco se deben a Heracles de suerte que la aparición del héroe divinizado es connatural con la trama de la pieza, a diferencia de los casos del *deux ex machina* de Eurípides, que son puro artilugio, motivado por la necesidad de salir de un callejón sin salida natural. De ahí que no sin razón Waldock[1] considera este *deux ex machina* «un admirable ejemplo de este tipo de recursos». A su vez J. P. Poe[2] lo elogia en los siguientes términos: «Lejos de ser anticlimático o externo al drama, es su conclusión lógica.»

La trama y argumento de la obra es el siguiente: se informa al principio de la obra de que llegan a Lemnos Ulises y Neoptólemo, hijo de Aquiles. Han sido comisionados por el ejército griego que combate en Troya para llevar a Filoctetes y su arco a Troya, porque, según el adivino troyano Héleno, que había sido hecho prisionero por Ulises, sólo por la presencia de Neoptólemo y de Filoctetes y su arco caería Troya. En primer lugar, entendemos que la elección de los dos embajadores está muy bien calculada. Waldock[3] califica la elección conjunta de Ulises y Neop-

---

[1] Waldock, *Sophocles the dramatist*, Cambridge, 1951, pág. 206.

[2] J. P. Poe, *Heroism and divine Justice in Sophocles' Philoctetes*, Lugduni Batavorum, 1974.

[3] Waldock, *op. cit.*, pág. 197.

tólemo de «a clever manoeuvre». Neoptólemo estaba en buenas condiciones de poder convencer a Filoctetes gracias a su inocencia de responsabilidad de la triste situación actual del héroe y de su abandono, por un lado, y, por otro, el destino de ambos los unía ya, pues ambos estaban elegidos por el hado para alcanzar la gloria de la conquista de Ilión. En cuanto a Ulises, sabido es que es el embajador natural de todas las misiones de singular dificultad. Pero la exigencia natural de la elección de estos dos comisionados había de traer consigo dificultades a la hora de la acción: Ulises sólo podía actuar desde fuera, entre visillos, pues no podía presentarse directamente a Filoctetes por ser el máximo responsable del abandono de nuestro héroe en la solitaria isla de Lemnos cuando Filoctetes resultaba insoportable por el hedor que su herida, producida por la mordedura de la serpiente, despedía. Había que dar por descontado que para Filoctetes la sola presencia de Ulises sería intolerable. ¿Cómo actuaría, pues, Ulises? Aconsejando arteramente a Neoptólemo, quien sí estaba en óptimas condiciones para entablar amistad con Filoctetes.

Las cosas empiezan así: Ulises instruye al joven Neoptólemo, primero, de que es preciso llevarse a Filoctetes y su arco, y segundo, de que el único método para lograrlo consistía en engañar al solitario héroe y en no decirle nunca la verdad, por la oposición radical de Filoctetes a toda colaboración con el ejército griego. La propuesta de Ulises conlleva un drama para uno de los dos protagonistas. Porque hemos de afirmar que Neoptólemo es probablemente más protagonista que Filoctetes, porque el dilema trágico del primero es íntimo, de conciencia, y el del segundo, material. Neoptólemo, el joven hijo de Aquiles, se parece a su padre[4]: su natural es actuar a las claras y noblemente, en lo que difiere radicalmente de la condición de Ulises y de su método habitual de acción: actuar por la astucia. Aquí se enfrentan dos estilos bien distintos de comportamiento: Neoptólemo, tras dura oposición, acaba por rendirse y resignarse a la seducción de las arteras mañas de Ulises. Pero es claro que Neoptólemo obra contra conciencia, lo que es menester no olvidar, pues ello será una permanente obsesión que tira de Neoptólemo a actuar precisamente en sentido contrario a su efectiva educación. Y a la larga vendrá a imponerse. El hecho es que, de momento, sigue los consejos de Ulises, traba conversación con Filoctetes, se dan

[4] Cfr. *Iliada*, 9, 307 y ss.

a conocer mutuamente, y Neoptólemo, tras declararse enemigo acérrimo de Ulises y los Atridas, se gana el afecto y el cariño de aquél que tan necesitado de ello estaba, Filoctetes. Al final de una prolongada conversación, Neoptólemo finge despedirse para hacerse a la mar, lo que fuerza a Filoctetes a rogarle encarecidamente que lo lleve consigo, y el coro (de acuerdo previo con Neoptólemo) intercede por él. Entonces Neoptólemo accede a llevar a Filoctetes, pero el acceso de una de sus habituales crisis obliga a demorar la marcha. Filoctetes cae en un sueño, ante los síntomas del cual encarga a Neoptólemo que cuide de su arco. ¿Aprovechará el joven hijo de Aquiles esta oportunidad única para apoderarse del arco y del propio Filoctetes, como le sugiere el coro, y para llevárselo a Troya? No, con lo que la fuerza de la nobleza de su carácter empieza a recobrar su natural condición. Cada vez más es Neoptólemo presa del remordimiento interno de su conciencia, por su proceder que él considera contrario a la justicia. Así, en un arranque de valentía, y tras dura y dolorosa reflexión, opta por contar a Filoctetes toda la verdad. Sólo falta para que las cosas vuelvan a la situación inicial que Neoptólemo devuelva el arco a su legítimo dueño. Lo que estuvo a punto de suceder. Sólo la presencia oportuna de Ulises lo impidió. Ulises de momento tiene éxito, pero al fin es tal la inquietud y el desasosiego de Neoptólemo que devuelve de hecho el arco a Filoctetes. Todo el esfuerzo anterior de Neoptólemo y Ulises ha sido vano, pues Filoctetes se niega en redondo a acompañarlos. No sin razón tiene concentrado en sí el odio de diez años solitarios contra los responsables, los Atridas y Ulises particularmente. En este estado de cosas la aparición divina de Heracles, que goza de gran ascendiente sobre Filoctetes, consigue sacar a todos, y de manera digna, de aquel callejón: Filoctetes se resigna por sugerencia de su amigo, ahora dios, Heracles, porque, además, se alzará con la gloria de la conquista de Troya; Ulises conseguirá sus propósitos, aunque su conducta deshonrosa, basada en el engaño y en la fuerza, se ha demostrado ineficaz y, por lo mismo, él es quien ha quedado en situación poco airosa; y Neoptólemo ha triunfado espléndidamente. Su noble conducta, fundada en la verdad y en la justicia, se ha visto coronada por el éxito.

Hay quien interpreta como asunto fundamental tratado por esta tragedia la cuestión del tipo de educación que conviene a la juventud. Según esta teoría, Sófocles querría contraponer aquel tipo de educación fundamentado en la propia naturaleza, de

suerte que el hijo será necesariamente lo que fue su padre, modelo defendido por la aristocracia y por la poesía de un Píndaro, con el tipo de educación derivada de la enseñanza moderna y mejor representada por la Sofística. Es un hecho que Neoptólemo sigue fielmente la conducta de su padre, pero en modo alguno es lícito deducir de ello que la tragedia sea un panegírico de semejante filosofía. Es mucho más que esto. Resulta claro de lo siguiente: Neoptólemo no se limita a seguir los impulsos de su naturaleza, como hizo su padre Aquiles. Para Aquiles ello era natural, no problemático. No así para Neoptólemo. Para éste ello es el resultado de una grave crisis de conciencia. Se ha visto obligado a someter, a instancias de Ulises, a análisis crítico y examen de conciencia su conducta: así, ¿qué es preferible, la mentira o la verdad? Tras mucho titubeo, ha comprendido que sólo la verdad y la honradez es lo digno. No es sólo cuestión de educación, es mucho más que esto: es una interpretación global, no de meras formas, sino de cuestiones esenciales de la vida humana. No se trata de seguir a ultranza y a toda costa el ideal de la naturaleza y de rechazar por principio el ideal de la educación sofística. Sófocles no reniega de los valores ínsitos en la educación impuesta por los sofistas, como afirma Craik[5], sino, todo lo contrario, usa con gusto los procedimientos dialécticos de la Sofística en boca de Ulises, para, merced a ellos, conseguir que Neoptólemo acierte a ver, gracias al análisis, lo que procede y rechace lo improcedente. La solución que a este espinoso problema ha dado el anciano Sófocles está en línea con la que por las mismas fechas le confirió Sócrates. Sócrates, en efecto, prefirió la verdad, fundamento según él de la bondad, al engaño. Tanto Neoptólemo como Sócrates optan por la verdad, y es ella la que los salva. Entendemos, pues, que el núcleo de la tragedia es la fidelidad de dos hombres (Filoctetes y Neoptólemo) a sus profundas convicciones pese a los inconvenientes que les comporta. Es difícil, pues, prestar crédito al juicio que del carácter de Filoctetes da J. P. Poe[6], al calificarlo *too passive*. Es una tragedia exclusivamente humana, sufrida por hombres, de la que los dioses, en contra de lo que Bowra[7] intenta hacernos creer, quedan lejos.

---

[5] Craik, «Sophocles and the sofists», *L'Antiqueté Classique*, 49, 1980, páginas 247-253.

[6] *Op. cit.*, pág. 6.

[7] C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945.

Efectivamente, a este respecto Ronnet[8] se manifiesta así: «Aquí los hombres no dependen de los dioses y el destino, sino simplemente de sí mismos, sus pasiones y sus escrúpulos», y J. P. Poe[9], en actitud crítica y polémica, declara lo siguiente: «La interpretación de *los pietistas* de la actitud religiosa de Sófocles distorsiona seriamente la interpretación de cada una de las siete tragedias de Sófocles.» Por otro lado, del personaje Filoctetes, inferior desde el punto de vista dramático al de Neoptólemo, cabe decir que emerge de su capacidad de aguante físico y moral, duro y prolongado, un rayo de luz y de esperanza para esta dolida humanidad, cuyos horizontes en muchas ocasiones se toman oscuros o negros. Ello significa que Sófocles, en el umbral de la otra vida, prevé el triunfo definitivo de la verdad sobre el aparente triunfo inmediato de la mentira.

---

[8] Ronnet, *Sophocle poète tragique*, Paris, 1969, pág. 267.
[9] *Op. cit.*, pág. 1.

FILOCTETES

(La escena tiene lugar en un paraje abandonado de la costa de Lemnos. A lo lejos se divisa una cueva sobre un acantilado. Entran en escena NEOPTÓLEMO, ULISES *y un marinero.)*

ULISES.—Mira, éstos son los acantilados de la tierra de Lemnos circundada por el agua del mar, sin huella de mortales y mucho menos habitada, donde, oh criatura de un padre el más sobresaliente de los griegos, tú, Neoptólemo hijo de Aquiles, un día al meliense[1] hijo de Peante dejé expuesto yo mismo, comisionado para perpetrar esa acción por los jefes cuando supuraba en el pie por una herida cancerosa, porque no nos era posible entregarnos tranquilos ni a las libaciones ni a los sacrificios sino que continuamente tenía en vilo al ejército entero por sus descomunales despropósitos entre gritos y lamentos. Sin embargo, ¿esos extremos qué necesidad[2] hay de exponerlos? Pues éste es un momento que exige de nosotros no largas exposiciones[2], no sea que se entere de que he llegado yo y eche yo por tierra todo mi artilugio[2] con el que espero apresarlo enseguida. En fin, ahora ya es asunto tuyo llevar a buen puerto todo lo demás y ojear dónde hay por ahí una roca con dos bocas dispuestas en forma tal en la que, en el frío, existe un doble asiento al sol y, en el verano, la brisa que corre por el pasillo agujereado de parte a parte provoca sueño. Y un

[1] Filoctetes, hijo de Peante. La región de *Malis* es la zona bañada por el golfo *Maliaco* recorrida por el río Esperquio, y situada al este del monte *Eta*.
[2] Fórmula de tragedia: exposición, silencio y hora de actuar. Cfr. *Electra*, 15-22.

poco más abajo, a la izquierda, puedes ver a lo mejor agua de una fontana, si es que se conserva. Acércate y en silencio hazme señas si esos datos corresponden todavía a este mismo sitio donde estamos o si al fin se confirman en otro sitio distinto, para que el resto de la información tú la oigas y yo te la explique, y las cosas marchen al unísono entre los dos.

NEOPTÓLEMO.—Soberano Ulises, eso de que hablas no anda lejos, pues tengo la presunción de estar observando directamente una cueva de las características que acabas de decir.

ULISES.—¿Vista desde el lado de arriba o desde abajo? Pues no entiendo.

NEOPTÓLEMO.—Por aquí, por la parte de arriba. Y lo que es de pasos, no hay ruido alguno.

ULISES.—¡Observa, no sea que se halle acurrucado durmiendo!

NEOPTÓLEMO.—Observo el habitáculo vacío sin personas.

ULISES.—¿Y no hay dentro ningun producto casero?

NEOPTÓLEMO.—Sólo follaje hollado como para alguien que se aloje ahí dentro.

ULISES.—¿Y lo demás está solo, y no hay nada guardado?

NEOPTÓLEMO.—Únicamente un porrón hecho de un solo tronco, invento de algún hombre poco habilidoso, y justamente, aquí se ven, los trebejos de la lumbre.

ULISES.—Eso que indicas es su mobiliario.

NEOPTÓLEMO.—¡Mira, mira! También, además, helos ahí, están al calor unos andrajos llenos de pus de alguien.

ULISES.—Sin lugar a dudas el varón habita estos lugares, y está por ahí, no lejos. Pues ¿cómo un hombre infectado en la pierna por una vieja herida puede llegar lejos? Al contrario, ha salido en busca de comida o de alguna planta con poder analgésico que a lo mejor ha visto en algún sitio. Así, pues, manda a tu acompañante[3] a espiar, no sea que se me eche encima sin darnos cuenta, en el convencimiento de que preferiría cogerme a mí más que a todos y cada uno de los griegos.

(NEOPTÓLEMO *manda partir al marinero.)*

NEOPTÓLEMO.—Sí, ya va y se vigilará el sendero. Por otro lado, tú, si estás interesado en algo, indícamelo con un segundo informe.

---

[3] Personaje mudo que acompaña habitualmente al guerrero.

ULISES.—Hijo de Aquiles, debes ser valeroso en aquello para lo que has venido, no sólo en fuerza física sino que si acaso te enteras de alguna novedad que antes no has oído debes colaborar, dado que como auxiliar nos acompañas.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué es lo que mandas entonces?

ULISES.—Debes cuidar de ganarte a base de engaños el ánimo de Filoctetes, argumentándole con razonamientos convincentes[4]. Cuando te pregunte quién eres y de dónde vienes, dile que hijo de Aquiles. Esto no hay que ocultarlo en modo alguno. Y navegas con intención de llegar a casa tras abandonar la expedición marina de los griegos, por aborrecerlos con odio enorme ya que, después de mandarte venir de tus mansiones con súplicas, pues ésta es la única posibilidad que tienen de la conquista de Troya, no te consideraron digno de la armadura aquilea, de dártela cuando llegaste pese a reclamarla con pleno derecho, sino que la entregaron a Ulises, relatando cuantas vilezas gustes contra mí, hasta las más refinadas entre las más refinadas, pues con eso no me molestarás lo más mínimo. En cambio, si haces cualquier cosa menos ésta harás sufrir a todos los argivos. Pues si el arco[5] de éste no se llega a conseguir, no te es posible devastar el llano de Dárdano[6]. Y de que el trato con éste no me resulta fiable ni seguro en absoluto a mí pero sí a ti, entérate de ello: tú has participado en la navegación no juramentado con nadie ni por una necesidad ineludible ni formaste parte de la primera expedición, y en cambio a mí nada de esto me es posible desmentir. Por lo que si él, en poder del arco, me reconoce, estoy perdido, y al estar contigo te perjudicaré también a ti. Lejos de eso, tenemos que ingeniarnos esto mismo, la forma de llegar a ser expoliadores de esa invencible armadura. Bien sé que a tu naturaleza no le es natural manifestar ni tramar tales argucias. Sin embargo, dado que es claro que es cosa dulce hacerse uno con el tesoro de la victoria ¡consiente en ello! En otra ocasión nos mostraremos honrados. Pero ahora date, te lo pido por fa-

---

[4] La descripción de un suceso falso con ánimo de engañar a la víctima es una fórmula de la tragedia. Cfr. *Electra*, 45 y ss.

[5] El arco de Filoctetes fue heredado de Heracles. Héleno, hijo de Príamo, y adivino, hecho prisionero por Ulises, había predicho que Troya no caería mientras los griegos no consiguieran el concurso simultáneo del hijo de Aquiles, Neoptólemo, y de Filoctetes con su arco.

[6] *Dárdano*, antepasado de los troyanos.

vor, al descaro durante un breve momento del día, y luego por el resto de tu vida goza del placer de ser llamado el más piadoso de todos los hombres.

NEOPTÓLEMO.—Yo, hijo de Laertes, las explicaciones que me duele oír las detesto también poner en práctica[7], pues mi natural es no practicar nada por malas artes, ni yo mismo ni, según aseguran, el que me dio el ser. Sin embargo, estoy dispuesto a llevarme a ese varón por la fuerza y no por ardides, pues con un solo pie no logrará sometemos por la fuerza a nosotros que somos tantos. Sin embargo, dado que he sido mandado aquí nada menos que como colaborador tuyo, me resisto a ser llamado traidor. Pero prefiero, soberano, fracasar actuando honradamente más que vencer actuando vilmente.

ULISES.—Hijo de un noble padre, también yo mismo cuando era joven tenía la lengua inactiva y el brazo activo. Pero ahora, viniendo a dar en la comprobación, observo que a los mortales es la lengua y de ninguna manera la acción quien marca la pauta en todo.

NEOPTÓLEMO.—Y bien, ¿qué otra cosa me mandas menos que le argumente con mentiras?

ULISES.—Te estoy explicando que te apoderes de Filoctetes por medio de la astucia.

NEOPTÓLEMO.—¿Pero qué necesidad hay de llevármoslo por astucia más que por convencimiento?

ULISES.—No hay cuidado de que te haga caso. Por la fuerza no lo cogerías.

NEOPTÓLEMO.—¿Es que tiene en su poder alguna cosa formidable, capaz de infundirle confianza en su resistencia física?

ULISES.—Sí, unas flechas inesquivables y que producen la muerte.

NEOPTÓLEMO.—¿No es cosa siquiera de atreverse a intimar con él según es?

ULISES.—No, a menos que te lo ganes con astucia, como yo te digo.

NEOPTÓLEMO.—¿No consideras entonces deshonor el argumentar con mentiras?

ULISES.—No, si la mentira trae consigo toda una salvación.

NEOPTÓLEMO.—¿Con qué cara osará uno entonces pronunciar esas palabras?

---

[7] Neoptólemo, como buen hijo de su padre Aquiles, tiene el mismo carácter que aquél evidencia en la *Ilíada* con ocasión de la visita de la embajada compuesta entre otros por Ulises.

ULISES.—Cuando se hace algo en provecho[8] de uno, no procede titubear.

NEOPTÓLEMO.—¿Y qué provecho representa para mí que él llegue pronto a Troya?

ULISES.—Sólo su arco conquistará Troya.

NEOPTÓLEMO.—¿Entonces no soy yo el que había de tomarla, como se afirmaba por allí?

ULISES.—Ni tú sin él ni él sin ti.

NEOPTÓLEMO.—Entonces sería cosa de cazarlo, si es que esto es así.

ULISES.—Convencido de que, si perpetras esa gran gesta, consigues dos premios.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué dos? Pues si los conozco no me negaría a actuar.

ULISES.—Serás llamado a la vez hábil y generoso conjuntamente.

NEOPTÓLEMO.—¡Venga!, lo haré, dejando a un lado todos mis escrúpulos de deshonor.

ULISES.—¿Recuerdas lo que te aconsejé?

NEOPTÓLEMO.—Desde el momento que estoy de acuerdo contigo en llevarlo a cabo, estate seguro de que lo recuerdo.

ULISES.—Quédate entonces y espéralo aquí. Yo me voy, no sea que si me quedo sea divisado. Y enviaré de nuevo al espía[9] junto a la nave. Y en el caso de que me deis la impresión de que os entretenéis demasiado tiempo, mandaré de nuevo otra vez aquí a este mismo hombre[9], disimulando su figura con remedos de capitán de barco, a fin de que resulte irreconocible. En estas condiciones, hijo, cuando este hombre, en medio de una abigarrada exposición, haga veladas sugerencias, toma en cada momento de sus explicaciones lo pertinente al caso. Yo me voy a la nave dejando a tu cargo estos asuntos. ¡Que Hermes[10] el Falso que nos mandó nos guíe, y también Victoria Atenea, patrona de mi ciudad, la que me salva siempre en cada situación!

---

[8] A esta idea responde perfectamente el carácter de la sociedad ateniense. Cfr. Tucídides, 1,70-71.

[9] Este personaje es el que aparecerá en la línea 542 bajo la apariencia de *mercader* y capitán de su propio barco.

[10] Patrono de ladrones y gentes que transitan los caminos.

Estrofa 1

Coro.
¿Qué es lo que conviene, qué es lo que conviene, señor, que yo,
extraño en tierra extraña,
oculte o que explique a un hombre suspicaz?
Aclláramelo,
pues aventaja a otra argucia
la argucia e intuición de aquél que rige
el cetro divino de Zeus.
Y a ti, hijo, te viene esta
autoridad de muy lejos. Por ello precísame
qué ayuda conviene que te preste.

Neoptólemo.
Ahora, pues quizás quieres mirar
el lugar que ocupa al fondo,
examínalo tranquilo. Pero cuando se acerque
el horrible viajero, avanza desde estas
estancias siempre a mi vera y
procura atender a lo que exijan las circunstancias del momento.

Antístrofa 1

Coro.
Me hablas, soberano, de un cuidado del que cuido hace tiempo:
que mis ojos estén al acecho, atento sobre todo a la oportunidad
del momento para tu bien.
Pero ahora explícame
en qué estancias habita y se asienta y qué lugar ocupa,
pues el que me entere de ello no es cosa inoportuna,
no sea que se me eche encima desde algún sitio sin enterarme.
¿Cuál es el lugar, o cuál su asentamiento? ¿Qué huellas ha dejado?
¿Hacia dentro o hacia fuera?

Neoptólemo.
Estás comprobando lo que es su habitáculo, de lecho roqueño,
helo ahí, con salida por ambos lados.

Corifeo. *(Al ver que no está en el interior.)*
¿Pues a dónde se ha ausentado él ¡el cuitado!?

Neoptólemo.
Es evidente, al menos para mí, que por falta de comida
deja tras sí una línea de huellas, helas aquí, al caminar a algún lugar cercano,

pues es fama que él tiene este tipo
de subsistencia, cazar animales
con aladas flechas, él, un desgraciado, desgraciadamente,
y que nadie le proporciona un sanador de sus males.

ESTROFA 2

CORO.
Yo al menos le compadezco el que,
sin que ninguno de los mortales lo cuide,
y sin recibir atención alguna amiga,
¡el pobre!, solo constantemente
padezca un sufrimiento atroz
y esté angustiado por toda la serie de necesidades
de cualquier cosa que le van surgiendo. ¿Cómo, cómo es que
¡el desdichado! resiste?
¡Oh capacidades inventivas[11] de los mortales,
oh desdichada raza de los humanos
a quienes el desarrollo de su vida no se ajusta a ningun patrón determinado!

ANTÍSTROFA 2

Ese, no inferior quizás
a nadie en casa de rancio abolengo,
privado de todo en la vida,
yace solo, abandonado de los demás,
entre animales moteados y
velludos, preso de inquietudes incurables
¡el pobre! en medio de dolores que lo corroen y también de hambre molesta.
Y el eco provisto de boca sin puertas
con su lejana reaparición
hace resonar sus amargas lamentaciones.

NEOPTÓLEMO.
Nada de esto me resulta extraño,
pues por impulso divino, si es que también yo discurro algo acertado,

---

[11] Es una fórmula de la tragedia para referirse a las habilidades del hombre pero que, pese a ser muchas, se estrellan ante la muerte o el imprevisible destino. Cfr. *Antígona*, 332-362.

le sobrevino esa famosa desgracia de la cruel Crise[12].
Y lo que ahora sufre, carente de cuidadores
no es posible que ello no ocurra por interés
de algún dios, para que éste no tense los arcos
invencibles de los dioses contra Troya
antes de que se hubiera cumplido el tiempo, que coincide con el
presente, en el que con fundamento se dice
que aquélla debe ser sometida por estos dardos.

(Se escuchan gritos de dolor.)

ESTROFA 3

CORIFEO.
¡Cierra bien la boca, muchacho!
NEOPTÓLEMO.
¿Qué es ello?
CORIFEO.
Un ruido,
producto connatural de un hombre como si sufriera,
surgió por algún sitio: o por aquí o por ahí.
Me llega, me llega con certeza
el sonido propio de uno que arrastra sus pasos
a la fuerza, y no me pasa desapercibida
la angustiada voz lejana
que sacude a un varón. Es que emite algo perceptible.

ANTÍSTROFA 3

CORIFEO.
En fin, procúrate, hijo,...
NEOPTÓLEMO
Di qué.
CORO.
... ideas adecuadas a esta nueva situación,
en el convencimiento de que nuestro hombre no anda lejos sino por las cercanías,

[12] La ninfa que habita el islote del mismo nombre cercano a Lemnos.

no ocupado en melodías bailables de una flauta
a guisa de pastor que anda por los montes
sino que grita lastimeros ayes cuyo eco responde a lo lejos,
bien acaso porque caiga al suelo sin poderlo remediar
bien porque divise el puerto sin acoger nave alguna.
Pues emite gritos desgarradores.

(Entra en escena FILOCTETES.)

FILOCTETES.—¡Oh! ¡Unos forasteros! ¿Quiénes sois vosotros que habéis arribado con remo naviero a este lugar no provisto de puerto ni habitado? ¿Considerándoos de qué patria o raza acertaría? En efecto, el tipo de vestimenta empieza por ser de Grecia, la más querida para mí. Pero anhelo oír vuestra voz. Y no tengáis cuidado ni miedo ni os asustéis de mí porque esté convertido por completo en un ser salvaje, sino que, por compasión a un hombre desgraciado, solitario, abandonado de esta manera y sin amigos, contestad a su llamada si es que habéis llegado en son de amigos. En fin, responded, pues no es imaginable ni que yo no consiga de vosotros esa cosilla de nada ni vosotros de mí.

NEOPTÓLEMO.—En fin, forastero, lo primero que tienes que saber es esto: que efectivamente somos griegos, pues eso es de lo que deseas enterarte.

FILOCTETES.—¡Oh queridísima frase, qué alegría haber recibido el saludo de un hombre de esta naturaleza tras tan largo tiempo! ¿Qué necesidad, hijo de mi alma, te obligó a arribar aquí, cuál fue la que te trajo hasta aquí? ¿Qué viento queridísimo? Dame a conocer todo esto, de forma que sepa quién eres.

NEOPTÓLEMO.—Yo por mi familia soy de la insular Esciro[13], navego a casa y se me dice hijo de Aquiles, Neoptólemo. Ya sabes todo.

FILOCTETES.—Joven hijo de un padre queridísimo, oh tú de una tierra querida, criatura del anciano Licomedes, ¿cuál fue la razón de tu expedición marina para arribar a este país, y de dónde vienes navegando?

---

[13] Pequeña isla al noroeste de Eubea, donde su padre Peleo o su madre Tetis habían ocultado a Aquiles, al saber por un oráculo que moriría en Troya. Allí Aquiles conoció a Deidamia, hija del rey de la isla Licomedes, de la que le nació Neoptólemo.

NEOPTÓLEMO.—¡Anda, mira! Marcho en mi nave, ahora en esta ocasión, procedente de Ilión.

FILOCTETES.—¡Qué acabas de decir! Pues lo que eres tú, no eras en absoluto, al principio, pasajero de nuestra expedición contra Ilión.

NEOPTÓLEMO.—¿Acaso participaste también tú en esta empresa?

FILOCTETES.—Hijo de mi vida, ¿es que no sabes quién soy yo, éste a quien estás viendo cara a cara?

NEOPTÓLEMO.—¿Pues cómo voy a conocer nada menos a uno que no había visto nunca jamás?

FILOCTETES.—¿No te enteraste de oídas ni siquiera de mi nombre ni tampoco de rumor alguno de mis calamidades, en las que yo me consumía?

NEOPTÓLEMO.—Tienes que saber que yo no sé nada de lo que preguntas.

FILOCTETES.—¡Ay de mí, qué desgraciado soy, qué detestable a los dioses! Yo, de quien no ha corrido ni siquiera rumor de que me encuentro así a mi patria ni por ningún otro sitio de la tierra de la Hélade sino que los que me arrojaron impíamente se ríen de mí guardando silencio y en cambio mi enfermedad cada vez crece y va a más. Hijo de mi alma, hijo de tu padre Aquiles, tienes que saber que yo, éste que ves, soy aquél de quien quizás has oído que es el amo de la armadura heraclea, el hijo de Peante, Filoctetes, a quien la pareja de generales y el rey de los cefalenses[14] arrojaron ignominiosamente así, a tal abandono, cuando estaba consumido por una brutal herida, ésta que aquí ves, por haber sido sacudido por la bestial dentellada de una serpiente[15] matahombres, herida con la que aquéllos me dejaron abandonado aquí, hijo, y se alejaron, luego de haber arribado en marina expedición procedentes de la oceánica Crise. Entonces, contentos al verme dormido a la orilla, al abrigo de una ahuecada roca, a consecuencia de una fuerte sacudida, se alejaron tras poner delante de mí unos tra-

[14] La *Ilíada,* 2,631, denomina *cefalonios* al conjunto de los habitantes de *Cefalonia, Zacinto* e *Itaca,* lugares que componían el reino de Ulises.

[15] Como señala el argumento I de la tragedia, Filoctetes fue mordido por la serpiente que guardaba el altar de Atena en la isla *Crise,* donde debían sacrificar los griegos en su expedición a Troya, altar que solo Filoctetes conocía por haber estado allí anteriormente.

pos de nada y tras dejarme también algo de comida, ¡qué migajas de ayuda para un hombre desgraciado! ¡Ojalá que ellos se encuentren con una ayuda semejante! Hijo de mi alma, ¿en aquella situación con qué incorporación crees tú que me incorporé yo del sueño entonces tras su partida? ¿Qué lágrimas crees que vertí, qué calamidades crees que lamenté, al comprobar que las naves con las que navegaba se habían ido todas y que, en cambio, no había ni un solo varón por aquellos lugares ni uno para ayudarme ni uno para echarme una mano en mi enfermedad cuando estuviera afectado por ella? Al contrario, al examinar todo encontraba que no quedaba a mi lado nada sino sufrir, de esto mares de abundancia, hijo de mi alma. Entonces se me pasaba tiempo y más tiempo, y había que írselas arreglando, mejor o peor, uno solo al abrigo de este deleznable cobertizo. Lo necesario para el estómago venía a conseguírmelo el arco este que ves, al alcanzar con él las palomas prontas a alzar el vuelo. Luego, hasta la pieza que me alcanzara la flecha impulsada por la cuerda yo mismo ¡cuitado de mí! me arrastraría tirando de mi desgraciado pie hasta ella. Y si acaso había que coger también agua para beber o a veces partir algunos palos cuando caía una helada, por ejemplo en el invierno, para proporcionarme eso me las ingeniaría arrastrándome ¡cuitado de mí! Luego no habría fuego, pero frotando un pedrusco contra otros pedruscos logré no sin dificultad alumbrar la invisible lumbre, que es la que me salva permanentemente. Pues, la verdad, el habitáculo del cobertizo junto con el fuego me soluciona todos los problemas menos el que yo esté enfermo. ¡Venga, hijo de mi alma, a enterarte ahora de lo relativo a esta isla! Aquí no arriba de grado ningún navegante, pues no hay fondeadero alguno ni un lugar al que navegar para obtener pingües ganancias a cambio de sus mercancías o encontrar hospedaje. Las navegaciones de los mortales prudentes no andan por aquí. Acaso, la verdad, arribó alguien sin querer, pues hechos de esta índole pueden darse en abundancia en la larga vida de los hombres. Esos, hijo de mi alma, cuando llegan se compadecen de mí con razonables palabras y acaso me dieron además hasta una ración de comida o alguna ropa por compasión. Pero esa cuestión importante cuando se la menciono nadie la acepta: ponerme a salvo en mi casa, sino que me consumo ¡cuitado de mí! hace ahora diez años, alimentando con mi hambre y calami-

dades esta enfermedad que no se cansa de devorarme. Tal es el sufrimiento que los hijos de Atreo y la bestia de Ulises, muchacho, me han causado ¡cual ojalá los dioses del Olimpo les dé algún día a ellos a sufrir en pago a mi sufrimiento!

CORIFEO.—Es natural que te compadezca también yo igual que los forasteros que han llegado aquí, hijo de Peante.

NEOPTÓLEMO.—También yo soy testigo de la razón que asiste a estas tus palabras y sé que son ciertas por haberme tropezado con esos perversos varones que son los hijos de Atreo y la bestia de Ulises.

FILOCTETES.—¿También tú tienes alguna imputación que hacer a esos malditos hijos de Atreo, tanto que estés colérico por lo que te han hecho sufrir?

NEOPTÓLEMO.—¡Ojalá me fuera dado satisfacer algun día mi cólera con mi brazo, para que se enterara Micenas y también Esparta de que también Esciro resultó ser madre de varones aguerridos!

FILOCTETES.—¡Bravo, hijo de mi alma! Dime, has llegado[16] hasta aquí imputándoles a ellos así la culpa de ese gran enfado ¿originado por qué hecho?

NEOPTÓLEMO.—Hijo de Peante, te lo aclararé, aun con dolor te aclararé los ultrajes de que fui objeto por parte de ellos nada más que llegué. En efecto, una vez que el destino hizo que Aquiles muriera...

FILOCTETES.—¡Ay de mí! No me digas más hasta que me entere primero de esto: ¿es que ha muerto el hijo de Peleo?

NEOPTÓLEMO.—Ha muerto, no a manos de varón alguno, sino de un dios, sometido, según explican, por Febo, al ser alcanzado por una flecha.

FILOCTETES.—Entonces de buena familia eran tanto el que mató como el que murió. No sé cuál de las dos cosas hacer, si inquirir primero, hijo de mi alma, tus propios sufrimientos o si llorar a aquél.

NEOPTÓLEMO.—Creo que lo que es a ti, te bastan, dada tu triste situación, tus propios dolores ¡cuitado de ti!, de manera que no llores los de tus vecinos.

---

[16] No hay que interpretarlo en el sentido de *llegar en la exposición a acusar*, como habitualmente se hace, sino *has llegado en tu viaje por mar hasta aquí trayendo contigo esa imputación contra...*, pues es una expresión similar a líneas 403-404.

FILOCTETES.—Bien te has expresado. Así, pues, explícame otra vez de nuevo el asunto en que te ofendieron.

NEOPTÓLEMO.—Llegaron en busca de mí con una nave equipada con toda suerte de lujos el divino Ulises y el ayo de mi padre, argumentando, bien una cosa cierta, bien, por lo visto, realmente con falsedad, que no era legítimo, una vez que había muerto mi padre, que conquistara la ciudadela otro más que yo. Al singularizar así esa magnífica expresión, forastero, no me esperaron mucho tiempo ¡nada de eso!, sino que me hice al punto a la mar, sobre todo en verdad por afecto al muerto, con objeto de lograr verlo sin enterrar, pues no lo conocía, y luego además, y hay que admitirlo así, se sumaba a ello también esa razón preciosa, si yendo allá había de tomar la ciudadela de Troya. Y era el segundo día de mi navegación y ya estaba arribando yo a la amarga Sigeo[17] con remo favorecido por el viento. Y enseguida que desembarqué me saludaba en derredor todo el ejército, jurando ver con sus propios ojos, vivo de nuevo, al que ya no existía, Aquiles. Pues bien, aquél estaba de cuerpo presente, y yo ¡desdichado de mí! una vez que lo lloré, no mucho tiempo después habiéndome llegado a los hijos de Atreo les exigía, amistosamente como era natural, la armadura y todas las demás cosas de mi padre. Y ellos ¡ay de mí! contestaron con una justificación molestísima: «Oh casta de Aquiles, las demás propiedades paternas están a tu disposición para hacerte con ellas, pero en aquella famosa armadura manda ahora otro hombre, el vástago de Laertes»[18]. Y yo, prorrumpiendo en lágrimas, me levanto al punto con rabia cargante, y profundamente dolido les digo con toda razón: «Oh, personas sin escrúpulo alguno, ¿osasteis realmente entregar a alguien en vez de a mí la armadura de mi propiedad, antes de preguntármelo a mí?» Entonces él, Ulises, pues resulta que estaba muy cerca, contestó: Sí, muchacho[19], la entrega de esta armadura que aquí ves, efectuada por ésos, es un acto

---

[17] La tradición sitúa la tumba de Aquiles precisamente en el promontorio de *Sigeo* cercano a Troya. Alejandro Magno rindió homenaje a Aquiles visitando su tumba en el inicio de sus operaciones militares de Oriente. Sabido es que la *Ilíada* era el libro preferido de Alejandro.

[18] Laertes es el padre de Ulises.

[19] Despectivo.

de estricta justicia, pues yo con mi presencia la puse a salvo y también su cadáver.» Y yo, enfurecido, enseguida lo fustigaba con todo tipo de denuestos, sin ahorrarme ninguno en absoluto, si él iba a privarme de lo que era mío, la armadura. Y en este punto él, habiéndose acercado, recomido, aunque no se deja fácilmente irritar, por lo que me oyó me replicó así: «No estabas donde nosotros sino que estabas lejos donde no debías, y, en cuanto a esta armadura, dado que incluso te atreves a hablar con lengua larga, te aseguro que no hay cuidado de que arribes con ella a Esciro.» Tras oír y haber sido ofendido con tamañas vejaciones, embarco hacia mi patria, privado de mis pertenencias a manos del más pernicioso e hijo de perniciosos, Ulises. Pero no lo culpo a él como a las más altas magistraturas, pues la ciudad toda y el ejército en su totalidad se debe a sus jefes, y los mortales desordenados son malos por las enseñanzas de sus maestros. Mi razón está explicada por entero. ¡Y el que detesta a los hijos de Atreo ojalá fuera querido por los dioses como lo es de mí!

Estrofa

Coro.

Tierra montaraz de todos nutricia,
madre del propio Zeus,
que tienes asignado en propiedad el caudaloso Pactolo, rico en oro,
ante ti protestaba, madre augusta[20], también allí
cuando toda suerte de insulto
de los hijos de Atreo venía a terminar en este muchacho,
cuando prescindiendo de él dieron la armadura paterna, la más excelsa maravilla,
¡ay bienaventurada que cabalgas
sobre leones matatoros!, al hijo de Laertes.

Filoctetes.—Según parece, forasteros, habéis arribado junto a mí con prueba clara de disgusto, y vuestro caso concuerda con el mío, de suerte que me doy perfecta cuenta de que ello es obra de los hijos de Atreo y de Ulises. En efecto, sé muy bien que él se agarraría con su lengua a todo vil razonamien-

[20] Se refiere a la Gran Diosa de Asia, *Cibeles*, madre de los dioses.

to y a una total falta de escrúpulos, a partir de lo cual no hay cuidado de que había de llevar a término nada bueno. Sin embargo, nada de eso es extraño al menos para mí, pero lo que me resulta extraño es que, presente Áyax el mayor, se contuviera al observarlo.

NEOPTÓLEMO.—Ya no estaba vivo, forastero, pues sólo con que hubiera vivido él, jamás habría sido yo objeto de ese expolio.

FILOCTETES.—¿Qué dijiste? ¿Pero es que también ése ha marchado muerto al más allá?

NEOPTÓLEMO.—Hazte a la idea de que él ya no está en el mundo de la luz.

FILOCTETES.—¡Ay, cuitado de mí! Sin embargo, el descendiente de Tideo[21] ése no, ni tampoco el comprado por Laertes a Sísifo[22], ésos sí que no hay cuidado de que mueran, cuando son ellos los que hacía falta que no vivieran.

NEOPTÓLEMO.—Ciertamente no han muerto, que conste bien eso, sino que están ahora pero que muy florecientes en el ejército de los griegos.

FILOCTETES.—¿Y qué es del que era viejo y honrado y amigo mío, Néstor el de Pilo? Pues ése contenía precisamente las vilezas de aquéllos con sus hábiles propuestas.

NEOPTÓLEMO.—Precisamente a él le va ahora mal, porque se le ha ido muerto al otro mundo Antíloco, justo el que era su descendiente.

FILOCTETES.—¡Ay de mí! Estos dos hombres que indicaste que murieron son los dos que menos habría querido yo oírlos muertos. ¡Ay, ay! ¿Qué falta por ver, cuando éstos están muertos y en cambio el propio Ulises está incluso aquí, cuando lo bueno era que se hablara de él como cadáver en vez de éstos?

NEOPTÓLEMO.—Él es hábil manipulador, pero sin embargo incluso las hábiles ideas, querido Filoctetes, numerosas veces son víctimas de zancadilla.

FILOCTETES.—¡Vamos, di, por los dioses! ¿Pues dónde estaba entonces Patroclo, que era el favorito de tu padre?

NEOPTÓLEMO.—También él estaba muerto. En concisa explicación te aclararé este asunto: la guerra no se toma de buen gra-

---

[21] Diomedes es el hijo de Tideo. Según una tradición, él y Ulises llevaron a Filoctetes de la isla. Diomedes forma a menudo pareja con Ulises, por ejemplo, cuando mataron a *Reso*.

[22] Prototipo de la astucia.

do a ningún hombre ruin sino siempre a los honrados.

FILOCTETES.—Concuerdo contigo. Y precisamente en este mismo sentido te preguntaré por una persona indigna pero tremenda y astuta de lengua, cómo se encuentra ahora.

NEOPTÓLEMO.—¿Quién es ése de quien has de hablar más que Ulises?

FILOCTETES.—No me referí a él, sino a cierto Tersites[23] que había, quien no se habría contentado con hablar sólo una vez aunque nadie se lo permitiera. ¿Sabes de él si se encuentra vivo?

NEOPTÓLEMO.—No lo vi pero pude oír que él todavía estaba con vida.

FILOCTETES.—¡Había de estarlo!, porque todavía no pereció nada auténticamente malo sino que los demonios a esa especie la cuidan bien. Y se complacen, no sé cómo, devolviendo del Hades a la vida a la gente que hace a todo y que es pícara, y en cambio a la justa y honrada la despachan siempre de aquí. ¿Cómo puede ser bueno recibir ese pago, cómo, alabarlo cuando resulta que, si apruebo lo divino, vengo a encontrar ruines a los dioses?

NEOPTÓLEMO.—Yo, oh descendiente de tu padre que vive en el país del Eta[24], de ahora en adelante aunque vea lejos a Troya y a los hijos de Atreo me cuidaré mucho de ellos. Los hombres entre quienes el malo puede más que el bueno, y pierde la bondad y el vil se impone, a esos varones yo jamás les tendré afecto. Por eso la rocosa Esciro me será en adelante suficiente, para, dadas estas circunstancias, encontrarme a gusto en casa. Y ahora me voy para la nave. Y tú, hijo de Peante, ¡salud la más posible, salud! Y que los dioses te levanten sacándote de la enfermedad como quieras. Y nosotros pongámosnos en camino, para que en el momento en que la divinidad nos dé navegación en ese mismo instante partamos.

FILOCTETES.—¿Ya, hijo del alma, os disponéis a haceros a la mar?

NEOPTÓLEMO.—Es que el sentido de la oportunidad nos invita a estar atentos a la navegación no de lejos más que de cerca.

---

[23] *Tersites*, según *Ilíada*, 2,212 y ss., era el modelo del antihéroe, dotado de todos los defectos.

[24] Filoctetes, héroe tesalio, procede de la península de *Magnesia*.

FILOCTETES.—Entonces, ¡por tu padre y por tu madre, hijo de mi alma, y por todo aquello que en tu casa te sea grato!, te suplico suplicante: no me dejes así, solo, abandonado, en medio de estas calamidades que son tan graves como tú estás comprobando y tan numerosas como me oíste que son en las que yo convivo. Al contrario, tómate mi problema como asunto que haces sobre la marcha. Infinita es la dificultad, bien lo sé, inherente a esta carga, pero no obstante sopórtala. Tienes que saber que para los seres nobles sólo lo repugnante es hostil y lo honroso glorioso. Respecto a ti, si dejas de lado este encargo te acompañará un reproche nada agradable y en cambio si lo llevas a cabo, oh muchacho, la valiosísima recompensa del buen nombre, en el caso de que yo llegue vivo al país eteo. ¡Vamos! Habida cuenta de que la molestia no es siquiera de un solo día entero, decídete, llévame y échame donde quieras, en la bodega, en la proa, en la popa, en un lugar en donde moleste lo menos posible a los pasajeros. Mueve simplemente la cabeza en sentido afirmativo, por el propio Zeus patrono de los suplicantes, hijo de mi alma, hazme caso. Me postro de rodillas ante ti, aunque esté débil ¡cuitado de mí! y cojo. En fin, no me dejes abandonado así, fuera de las huellas de los humanos sino sálvame llevándome sólo a tu casa o a las estancias de Calcodonte de Eubea. Desde allí la marcha no me será larga hasta el Eta y la colina Traquinia o al caudaloso Esperquio, para que me presentes ante mi querido padre, por el cual ya hace largo tiempo que estoy angustiado yo, no sea que se me haya ido al otro mundo. Pues por los que han llegado aquí infinidad de veces le mandaba recado enviándole ruegos suplicantes, en el sentido de que me enviara una nave para este concreto negocio y para que, sacándome de aquí, me llevara sano y salvo a casa. Pero o ha muerto o lo que pasa con los recaderos, ellos, como es probable según creo, estimando en poco mi negocio, apresuraban el regreso a casa. Pero ahora, pues he venido a encontrar en ti a uno que puede llevarme y a la vez a uno que puede anunciarme, sálvame tú, compadécete de mí al comprobar personalmente que a los humanos toda situación es temerosa y que les está reservado, amenazadoramente, recibir unas veces bien pero otras veces lo contrario. Por eso conviene cuando se está fuera de los sufrimientos comprobar estas situaciones temero-

sas, y cuando uno viva bien, precisamente entonces prestar la máxima atención a la vida, no sea que inadvertidamente se eche a perder.

ANTÍSTROFA

CORO.

Compadécete de él, señor. Ha dado cuenta de pruebas
infinitas y de difíciles penalidades,
con ninguna de las cuales ojalá tope ninguno de mis seres queridos.
Y si odias, señor, a los desabridos hijos de Atreo,
yo transformaría el daño que te causaron aquéllos
en bien para éste, y lo llevaría
en la bien equipada rauda nave
precisamente a donde ansía,
a sus mansiones,
sustrayéndome así
a la venganza de los dioses.

NEOPTÓLEMO.—Ten cuidado no sea que ahora te muestres resuelto a ello y, en cambio, cuando te hartes de su enfermedad a causa de tu contacto con ella entonces ya no parezcas el mismo en esas bien razonadas palabras[25].

CORIFEO.—De ninguna manera. Ese reproche no hay manera de que puedas alguna vez hacérmelo a mí con causa justificada.

NEOPTÓLEMO.—En fin, es una vergüenza, la verdad, que yo vaya a parecerle al forastero con menos capacidad de sufrimiento precisamente que tú en lo que proceda. En fin, si es su gusto, hagámosnos a la mar, que se dé prisa, y la nave, en efecto, lo llevará y no será rechazado. Sólo pido a los dioses que nos conserven sanos y salvos en nuestra navegación desde este país y hasta allá a donde desde aquí quisiéramos navegar[26].

FILOCTETES.—Oh día queridísimo, y varón dulcísimo, y marineros amigos, ¿de qué manera os resultaría yo, de hecho, evidente cuán amable hacia vosotros me dispusisteis? Pongámos-

---

[25] Fórmula: locuacidad en la bonanza, y decaimiento en la adversidad. Cfr. *Áyax,* líneas 1142-4.

[26] Ambigüedad: Neoptólemo está pensando en Troya.

nos en camino, muchacho, tras haber saludado los dos el interior, inhabitable habitáculo, para que también te enteres respecto a mí con qué medios sobrevivía y de qué coraje hice gala. Creo, en efecto, que de no ser yo ningún otro habría soportado ni siquiera esto solo, captar con su mirada este espectáculo. Pero yo con el paso del tiempo aprendí, pues no había otro remedio, a tener cariño a mis desgracias.

(Se dispone a entrar en la cueva.)

CORO.—Esperad los dos. Veamos qué quieren, pues dos hombres, uno tripulante de tu nave y el otro que habla cosas que no se entienden[27], vienen de camino. Una vez que os informéis de lo que quieren, entráis de nuevo.

(Entra el MERCADER *guiado por un marinero.)*

MERCADER.—Hijo de Aquiles, a éste que viene conmigo, que estaba de guardián de tu nave junto con otros dos, le mandé que me indicara dónde cabía que te encontraras, justamente cuando me cupo encontrarme de cara con ellos cuando menos me lo esperaba, sino por suerte, ¡no sé cómo!, habiendo venido a anclar al mismo sitio. En efecto, navegando como patrón de un barco con mercancía no abundante hacia mi casa, allá en Pepareto[28], la de espléndidos viñedos, cuando oí a los marineros que todos formaban parte de tu expedición, decidí no continuar mi navegación callado antes de darte una información, alcanzando por ello el pago adecuado. Tú no sabes nada, supongo, de cosas en las que te estás jugando mucho, de las recientes decisiones que en torno a ti han tomado los argivos, y no sólo decisiones sino hechos puestos en práctica, ya no descuidados.

NEOPTÓLEMO.—Sí, forastero, mi agradecimiento a tu advertencia, si mi natural no resulta ser ruin, te quedará bien dispues-

---

[27] ἀλλόθρους, línea 540, no es *extranjero*, como suele interpretarse, sino que conserva su primitivo valor de que habla cosas extrañas que no se entienden. Es una expresión similar en la forma e idéntica en el sentido a *Ilíada* 9,313. Cfr. *Filoctetes*, 86-87.

[28] *Pepareto*, es una isla situada al noreste de Eubea, que vivía del comercio del vino del que surtía al ejército griego de operaciones en Troya. Cfr. *Ilíada*, 7,476 y ss.

to[29]. Pero aclárame todo lo que dijiste, para que me entere de qué nuevo plan, obra de los griegos, tienes conocimiento.

MERCADER.—Lanzados son en persecución tuya, en marina expedición, el venerable anciano Fénix[30] y los mozos de Teseo[31].

NEOPTÓLEMO.—¿Con intención de llevarme de nuevo a la fuerza o con razones?

MERCADER.—No sé, sólo que aquí estoy ante ti para anunciarte lo que oí.

NEOPTÓLEMO.—¿Es que Fénix y sus compañeros de tripulación actúan con tanto ahínco para dar satisfacción con ello a los hijos de Atreo?

MERCADER.—Hazte a la idea de que ello está en fase de ejecución, ya no de proyecto.

NEOPTÓLEMO.—¿Cómo entonces no estaba presto Ulises a navegar en calidad de heraldo directo para este objetivo? ¿O es que había algún motivo de preocupación que lo retenía?

MERCADER.—Precisamente él y el hijo de Tideo se disponían a partir en busca de otro hombre en el instante en que yo me hacía a la mar.

NEOPTÓLEMO.—¿Quién era ese otro en busca de quien navegaba el propio Ulises?

MERCADER.—Sí, era un tal... *(Reparando en* FILOCTETES) pero éste de aquí indícame primero quién es y lo que digas no lo pronuncies alto.

NEOPTÓLEMO.—Este es nada menos que el famoso Filoctetes, oh forastero.

MERCADER.—Entonces no me preguntes más, sino que, cuanto antes, cógete y hazte a la mar fuera de este país.

FILOCTETES.—¿Qué informe trae, muchacho? ¿Qué negocio es el que se trae a expensas mías el marinero contigo, con ese cuchicheo y a escondidas?

NEOPTÓLEMO.—No sé aún cuál es el informe que trae, pero debe decir a las claras lo que haya de decir, ante ti y ante mí y ante éstos.

---

[29] Fórmula: agradecimiento por la información. Cfr. *Edipo Rey*, nota 107.

[30] Preceptor de Aquiles y miembro de la embajada que pretendió convencer a Aquiles a que volviera a la lucha. Cfr. *Ilíada*, 9,168.

[31] Los hijos de Teseo son *Demofonte* y *Acamante*, citados aquí, como es cosa habitual en Sófocles, para exaltar a Atenas.

MERCADER.—Oh casta de Aquiles, no me indispongas con el ejército por decir lo que no debo. Yo doy y recibo de ellos mucho y bueno desde mi situación de hombre pobre.

NEOPTÓLEMO.—Yo soy enemigo de los hijos de Atreo, y ése, amigo mío queridísimo por el hecho de que odia a los hijos de Atreo. Por eso, dado que has llegado queridísimo al menos para mí, no debes ocultarnos nada de lo que has oído.

MERCADER.—Mira bien lo que haces, muchacho.

NEOPTÓLEMO.—Lo estoy considerando también yo desde hace rato.

MERCADER.—Te haré responsable de esto.

NEOPTÓLEMO.—Hazme pero habla.

MERCADER.—Me explico ya. Estos dos hombres, precisamente los que acabas de oír, el hijo de Tideo y la bestia de Ulises, se dirigen por mar en busca de éste, juramentados de que con toda seguridad lo llevarán o convenciéndolo con razones o por imposición de su fuerza. Y eso todos y cada uno de los griegos lo oían claramente a Ulises que lo decía, pues era él quien tenía más seguridad que el otro en que había de hacer realidad esa promesa.

NEOPTÓLEMO.—¿Y con motivo de qué asunto los hijos de Atreo volvían su mirada hacia éste tras tan excesivo tiempo, justamente al que habían expulsado ya largo tiempo ha? ¿deseo de qué les entró ahora? ¿O fue acaso la fuerza y venganza de los dioses, precisamente los que rechazan las acciones criminales, quienes los han obligado a ello?

MERCADER.—Yo, pues quizá no lo has oído, te informaré de todo ello. Había un adivino de rancio abolengo, hijo de Príamo, y se llamaba de nombre Héleno, al que había hecho prisionero, cuando salió de noche él solo, ése que está acostumbrado a oír todos los reproches vergonzosos y censurables que se le dirijan, el falso Ulises, y llevándolo esposado públicamente lo había mostrado a los griegos, ¡codiciada presa! Pues bien, fue él quien les adivinó todo lo demás y sobre todo lo relativo a la fortaleza de Troya, esto es, que no había cuidado de que la tomaran algún día a menos que convencieran a éste de aquí con razones y se lo llevaran de esta isla en la que habita de momento. Y tan pronto como el hijo de Laertes oyó al adivino declarar esto se comprometió al punto a llevar y presentar a los griegos a este hombre, haciéndose con él por su propia voluntad, ¡y esto es que él

quisiera creer[32] más que nada!, y si no accedía, en contra de su voluntad. Y se dejaba cortar la cabeza de quien quisiera si no lo conseguía. Ya oíste, muchacho, todo. Y te aconsejo no sólo a ti sino también si hay alguien por quien te preocupes que os deis prisa.

FILOCTETES.—¡Ay cuitado de mí! ¿Que aquél, la malicia personificada, juró que me convencería y me llevaría ante los griegos? Sí, así como él me va a convencer igual seré convencido por otros a salir del Hades a la luz una vez muerto, justamente como hizo su padre[33].

MERCADER.—Eso no lo sé. En fin, yo me voy a la nave, y que la divinidad os conceda a vosotros dos lo que más os convenga.

(Se va el MERCADER.)

FILOCTETES.—Muchacho, ¿no es terrible que el hijo de Laertes espere que va a conseguir con halagüeñas argumentaciones llevarme en la nave y mostrarme algún día en medio de los griegos? No. Antes haría caso a la que es para mí con mucho la más odiosa, la víbora que me puso así, impedido. Sin embargo, no hay límite alguno a sus argumentaciones y ninguno a su osadía. Y ahora sé que llegará de verdad. En fin, hijo de mi alma, pongámosnos en camino para que nos separe de la nave de Ulises la mayor extensión posible de agua marina. Marchemos. Tienes que saber que la prisa oportuna trae el sueño y el descanso una vez que termina el trabajo.

NEOPTÓLEMO.—Bien. Una vez que el viento de proa amaine entonces nos pondremos en marcha, pues ahora nos da de cara.

FILOCTETES.—Siempre es hermosa la navegación cuando se escapa de calamidades.

NEOPTÓLEMO.—No, pues también a ellos les es contrario el viento.

FILOCTETES.—No hay viento contrario para los piratas[34], cuando está a mano la posibilidad de robar y saquear por la fuerza.

---

[32] οἴοιτο, línea 617, constituye una expresión perentética. Es un optativo de deseo.

[33] Se entiende *Sísifo*, no Laertes.

[34] Por tal entiende a Ulises, por ir en busca de la presa que es el propio Filoctetes.

NEOPTÓLEMO.—En fin, si estás decidido pongámosnos en camino una vez que hayas cogido de dentro todo aquello por lo que más necesidad e interés tengas.

FILOCTETES.—Sí, hay algo que necesito, aunque no hay mucho donde elegir.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué es ello, que no exista nada menos que en mi nave?

FILOCTETES.—Tengo siempre al lado cierto tipo de hoja con la que adormezco siempre esta herida muchísimo, como que me la calma por completo.

NEOPTÓLEMO.—Entonces sácala. Dime, ¿qué otra cosa más deseas coger?

FILOCTETES.—Si algo de este arco se me ha caído por un descuido para no dejárselo a nadie que se haga con ello.

NEOPTÓLEMO.—¿Acaso el arco famoso es éste que manejas ahora?

FILOCTETES.—En efecto, éste es y no otro alguno: el que tengo en mis manos.

NEOPTÓLEMO.—¿Entonces es posible incluso verlo de cerca, y cogerlo y venerarlo como a un dios?

FILOCTETES.—Lo que es a ti, hijo de mi alma, estará a tu disposición no sólo esto sino también cualquier otra cosa de mi propiedad que necesites.

NEOPTÓLEMO.—La verdad es que tengo enormes deseos, pero los constrinjo a esta condición: si me es lícito aceptaría, pero, si no, déjalo.

FILOCTETES.—Hablas piadosamente y te es, hijo de mi alma, lícito, pues precisamente sólo tú me has otorgado que viera directamente esta luz del sol, tú, que viera la tierra del Eta, tú, a mi anciano y venerable padre, tú, a mis amigos, tú, quien cuando me encontraba debajo de mis enemigos me levantaste más allá de su alcance. ¡Ánimo! Te será posible, por un lado, tocarlo y, por otro, devolverlo a quien te lo dejó, y jactarte de haber acariciado tú solo entre los humanos este arco en honor a tu virtud. Pues también yo mismo lo conseguí por mi buena conducta.

NEOPTÓLEMO.—No me pesa haberte conocido y haberte cogido de amigo, pues todo aquél que sabe hacer bien tras haber recibido bien resultaría un amigo preferible a toda riqueza. Podrías ir adentro.

FILOCTETES.—También te introduciré a ti, pues mi enfermedad pide que te coja de compañero.

(Entran ambos en la cueva.)

ESTROFA 1

CORO.

Por convincente referencia me enteré, aunque en absoluto lo he visto,
que el todopoderoso hijo de Crono arrojó
a la rueda presurosa encadenado[35]
al intruso en los tálamos de Zeus.
Pero, aparte de él, al menos yo no conozco ni de vista ni de oídas
a nadie de los mortales que haya topado con destino más odioso que éste,
quien, sin hacer ningún mal ni arrebatar nada a nadie,
al contrario, siendo hombre cabal entre cabales,
perecía tan inmerecidamente.
Y de nuevo[36] me tiene anonadado esta maravilla, cómo es posible que,
oyendo solitario y en torno a él
los rugidos de los acantilados, cómo es posible que
resistiera vida tan triste.

ANTÍSTROFA 1

Vida con la que sólo él estaba en contacto, por no tener posibilidad de caminar
ni tampoco un mal vecino[37] de los lugareños

---

[35] *Ixión,* quien, tras haber llegado suplicante a la mansión de Zeus, osó pretender a su esposa Hera, siendo castigado por ello a estar eternamente encadenado a una rueda giratoria.

[36] *De nuevo,* pues el coro se había extrañado ya de lo mismo en línea 169 y ss.

[37] κακογείτονα, línea 692, hay que entenderlo en su propio sentido *un mal vecino,* aquí *ni siquiera un mal vecino,* pues es algo, al menos tenía con quien reñir para olvidarse de sus angustiosos dolores. No se le ocurre pedir un *buen vecino,* porque eso ni siquiera el más afortunado suele encontrarlo.

con quien desahogar el llanto devorador
y sangriento, capaz de encontrar en él el eco correspondiente,
ni tampoco quien la ardientísima sangre que manaba de las heridas
del pie atacado por la víbora le calmara
si le sobrevenía con suaves hojas,
cogiéndolas de la apacentadora tierra,
arrastrándose entonces como
un niño sin su querida nodriza
al primer sitio de donde le surgiera la posibilidad de proporcionarse
recursos, cuando amainara
la desgracia que corroía su corazón.

ESTROFA 2

No recogería para su alimentación la mies de la sagrada tierra ni
otros frutos que recolectamos los hombres obteniéndolos con nuestro esfuerzo
salvo si alguna vez con las flechas voladoras del arco de agudo disparo
llegaba a conseguir alimento para su estómago.
Oh alma desgraciada,
que tampoco de la bebida del vino escanciado gustó[38] en el transcurso de un decenio,
sino que, si en sus pesquisas conoció algún sitio donde había
un charco de agua, hasta él dirigía una y otra vez sus pasos.

ANTÍSTROFA 2

Pero ahora resultará al fin afortunado y grande tras aquella situación
gracias a haberse topado con un muchacho de honrada familia
que lo lleva en leño surcador de los mares, tras
cantidad de cuantiosos meses, a la estancia paterna,
al lado de los ribazos
de las ninfas de Malis y del Esperquio, donde el varón de broncíneo escudo

[38] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Áyax*, 1199 y ss.

va a reunirse con los dioses todos, refulgente de fuego divino, en las cumbres de las montañas del Eta.

(Salen de la cueva NEOPTÓLEMO *y* FILOCTETES. *Pero este último se detiene aquejado de un súbito dolor.)*

NEOPTÓLEMO.—Avanza si quieres. ¿Por qué te callas así, sin ninguna explicación, y te quedas así, conmocionado?

FILOCTETES.—¡Ay, ay, ay, ay!

NEOPTÓLEMO.—¿Qué ocurre?

FILOCTETES.—Nada malo sino que continúa, hijo de mi alma.

NEOPTÓLEMO.—¿Acaso sientes dolor por la herida que tienes?

FILOCTETES.—Al menos yo no, de verdad, sino que ahora mismo creo sentir alivio. ¡Ay, dioses!

NEOPTÓLEMO.—¿Por qué invocas a los dioses así entre gemidos?

FILOCTETES.—Para que lleguen como salvadores y clementes con nosotros. ¡Ay, ay, ay, ay!

NEOPTÓLEMO.—¿Qué te ocurre? ¿No lo dirás sino que estarás así, mudo? Se te nota bien que te encuentras en algún mal.

FILOCTETES.—Estoy perdido, hijo de mi alma, y no seré capaz de ocultar ante vosotros mi mal, ¡ay, ay, ay! Me traspasa, me traspasa. ¡Desdichado y cuitado de mí, estoy perdido, hijo de mi alma, sufro de dentelladas, ay, ay, ay, ay! En nombre de los dioses, hijo de mi alma, si tienes a mano una espada dame un tajazo en la parte alta del pie, córtamelo cuanto antes, no tengas miramiento por mi vida. Anda, muchacho.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué novedad tan brusca hay para que levantes ese griterío y gemidos tan grandes?

FILOCTETES.—Lo sabes, hijo de mi alma.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué es?

FILOCTETES.—Lo sabes, muchacho.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué te ocurre? Pues no lo sé.

FILOCTETES.—¡Cómo que no lo sabes! ¡Ay, ay...!

NEOPTÓLEMO.—¡Terrible carga la de tu enfermedad!

FILOCTETES.—Sí, terrible e indecible. Sin embargo ten compasión de mí.

NEOPTÓLEMO.—En estas condiciones ¿qué haré?

FILOCTETES.—No me abandones por miedo, pues este mal llega después de mucho tiempo, quizá cuando se ha hartado de sus correrías por ahí fuera.

NEOPTÓLEMO.—¡Ay, ay, desdichado de ti, que se te ha visto efectivamente desdichado en medio de todo tipo de dolores! ¿Quieres entonces que te coja y te toque algo?

FILOCTETES.—Eso ¡de verdad que no!, sino que cógeme este arco justamente como me lo solicitabas hace un instante, hasta que remita el dolor este de mi enfermedad que ahora tengo, y consérvalo y guárdalo, pues, sí, me vence el sueño precisamente cuando se me pasa este dolor, y no es posible que cese antes del sueño. Es entonces cuando conviene dejarme dormir tranquilo. Y si en este tiempo llegan ellos te encargo en nombre de los dioses que ni de grado ni a la fuerza ni con pretexto alguno les entregues a ellos este arco, no sea que te conviertas en asesino tuyo y a la vez mío, que soy tu suplicante.

NEOPTÓLEMO.—En cuestión de precaución estate tranquilo. No se entregará a nadie sino a ti y a mí. Tráemelo en buena hora.

FILOCTETES.—Mira, cógelo, muchacho. Y suplícale al dios de la envidia que no te resulte penoso el arco, y no como a mí y al que lo poseyó[39] antes que yo.

NEOPTÓLEMO.—Oh dioses, ojalá nos resultara eso a nosotros dos y además ojalá la navegación nos resultara con vientos favorables y con viaje feliz hasta llegar a donde la divinidad considera justo y la expedición se dispone[40] a ir.

FILOCTETES.—Sin embargo mucho me temo, muchacho, no sea que tus votos sean ineficaces para mí, pues me gotea otra vez ¡mírala aquí! esta sangre asesina que mana del interior, y presiento lo peor. ¡Ay, ay, oh muchos ay, ay, oh pie, qué dolores me produces! El dolor avanza hacia aquí, está llegando cerca, ¡míralo aquí! ¡Ay pobre de mí! Soportad esta molestia, no escapéis de ninguna manera! ¡Ay, ay! Oh prójimo cefalonio[41], ojalá se clavara en el fondo de tu pecho este dolor. ¡Ay, uf, otro más uf! Oh los dos caudillos, Agamenón y Menelao, ¿por qué no soportaríais vosotros en sustitución mía y durante igual tiempo que yo esta enfermedad? ¡Ay de mí! Oh Muerte, Muerte, ¿cómo no eres capaz de llegar por fin, a pesar de que eres invocada siempre así día tras día? Hijo de mi alma, persona de gran corazón, cógeme de una vez y abrásame en este famoso fuego de Lem-

---

[39] Heracles. En Sófocles y Herodoto es frecuente la creencia de que los dioses no toleran por envidia la excesiva felicidad humana.

[40] Expresión ambigua: Neoptólemo piensa en Troya.

[41] Ulises. Cfr. nota 14.

nos, persona de gran corazón. Tienes que saber que también yo acepté en su día satisfacer esta petición al hijo de Zeus a cambio de esta arma que ahora guardas tú. ¿Qué dices, muchacho? ¿Qué dices? ¿Por qué callas? ¿Dónde es donde estás situado, hijo de mi alma?

NEOPTÓLEMO.—Me duelo hace rato llorando tus males.

FILOCTETES.—Sin embargo, hijo de mi alma, ten confianza, porque esta visita me viene aguda y se marcha rápida. En fin, te lo suplico, no me dejes solo.

NEOPTÓLEMO.—¡Ánimo!, esperaremos.

FILOCTETES.—¿Esperarás de verdad?

NEOPTÓLEMO.—Tenlo por seguro.

FILOCTETES.—La verdad es que no mereces que te someta a todo un juramento, hijo de mi alma.

NEOPTÓLEMO.—Como que no me está permitido en absoluto llegar sin ti.

FILOCTETES.—Dame tu mano en señal de garantía.

NEOPTÓLEMO.—Te la doy en garantía de que esperaré.

(FILOCTETES *señala con la mano el emplazamiento de la cueva para que lo conduzca a ella* NEOPTÓLEMO.)

FILOCTETES.—Allá, allá, ahora a mí...

NEOPTÓLEMO.—¿A dónde te refieres?

FILOCTETES.—Arriba...

NEOPTÓLEMO.—¿A qué este nuevo delirio? ¿Por qué miras fijamente al círculo solar de arriba?

FILOCTETES.—Suéltame, suéltame.

NEOPTÓLEMO.—¿Que te suelte para ir dónde?

FILOCTETES.—Suéltame de una vez.

NEOPTÓLEMO.—Te aseguro que no te dejaré.

FILOCTETES.—Acabarás conmigo si me tocas.

NEOPTÓLEMO.—Ahora mismo te suelto si con esto estás ya algo más tranquilo.

FILOCTETES.—¡Ea, tierra, trágame moribundo como me encuentro, pues este mal no me deja ya levantarme!

(FILOCTETES *va quedándose dormido.*)

NEOPTÓLEMO.—Parece claro que de este hombre se apoderará el sueño en no mucho tiempo, pues su cabeza, vedla, cae hacia

atrás. Resulta que todo un mar de sudores le inunda por completo el cuerpo, y una obscura vena ha reventado en la parte más alta del pie produciendo una hemorragia. En fin, amigos, dejémoslo tranquilo para que caiga en sueño profundo.

Estrofa

CORO.
Sueño desconocedor de la pena y también Sueño desconocedor de los dolores,
ojalá nos llegues con viento propicio, con buen tiempo, con buen tiempo,
¡oh soberano! ¡Y ojalá consigas contrarrestar esta mirada
fulgurante de sus ojos que en este momento está en tensión!
Ven, ven, salvador mío.
Hijo de mi alma, mira dónde te colocarás
y a dónde marcharás y cómo va a estar a partir de aquí la cosa de tu pensamiento!
Lo estás comprobando ya.
¿A qué esperamos para actuar?
Has de saber que la ocasión que tiene en cuenta todos los extremos
consigue en un instante una victoria grande, grande.

NEOPTÓLEMO.—Sí, éste no oye nada, pero yo compruebo que en realidad no nos vale de nada tener la presa esta del arco si navegamos sin él. Pues suya es la aureola, él es quien proclamó el dios que lo lleváramos. Por otro lado, jactarse de una empresa sin éxito, esto es a más de mentira una ofensa vergonzosa.

Antístrofa

CORO.
Sin embargo, hijo de mi alma, respecto a lo que dices será la divinidad[42] quien verá lo que tiene que hacer.

---

[42] Respecto a la interpretación de esta línea 843 que explica con la forma τάδε el contenido de las líneas anteriores 839-842, hay que darse cuenta de que es un lugar común, una fórmula, que sigue este esquema: aparecen dos interlocutores, de los que uno *afirma* una cosa dándola por hecha, pero luego el otro le objeta viniendo a decir algo que en español suena así *¡eso que afirmas está por ver!* o *¡eso lo veremos! ¡eso son los dioses quienes lo verán!* Igual al pasaje comentado es *Electra*, 863-864 y *Edipo en Colono*, 1443-1444.

Pero en lo que me contestes otra vez, emíteme, hijo de mi alma,
un rumor de palabras bajo, bajo,
porque en una enfermedad el sueño de cualquiera
es insomne, presto a ver, a mirar.
Al contrario, mira bien
cómo vas a realizar
aquello, sí, aquello en secreto, en secreto lo más que puedas.
Pues sabes a quién me refiero.
Si continúas manteniendo ese punto de vista en relación con él
tienes que saber que los problemas muy difíciles de ver es a los inteligentes a quienes compete verlos.

EPODO

Has de saber, hijo de mi alma, que el viento nos es favorable,
que el viento nos es favorable. Y nuestro
hombre, sin vista y sin disponer tampoco de ayuda,
está tendido en un mundo de obscuridad
(¡el sueño al calor del sol es estupendo!),
sin ser dueño ni de sus manos ni de sus pies ni de nada
sino que está como uno que yace al borde de Hades.
Ten cuidado, mira si pronuncias
palabras oportunas. Pero esta idea, muchacho, es aprehendida
por mi reflexión: la empresa que no inquieta es la mejor.

(Se despierta FILOCTETES.)

NEOPTÓLEMO.—Pido silencio y no desvariar en el sentido común, pues nuestro hombre mueve los ojos y levanta la cabeza.

FILOCTETES.—Oh claridad sucesora del sueño, ¡vaya atención que han tenido conmigo estos forasteros: increíble de suponer! Realmente, muchacho, jamás habría afirmado taxativamente yo esto, que fueras capaz de soportar tan compasivamente mis penares con presencia y ayuda hacia mí. En verdad que los hijos de Atreo no soportaron esto con tan buen aguante, ¡los buenos[43] caudillos! En cambio tú (pues esta tu

[43] Irónico. Cfr. *Antígona*, línea 31.

persona, hijo de mi alma, es bien nacida y de padres bien nacidos) no diste importancia alguna a todo esto, pese a estar agobiado por mi griterío y malos olores. Y ahora, una vez que parece haber ya cierto olvido y descanso de este mal, hijo de mi alma, levántame tú mismo, ponme en pie tú, hijo de mi alma, a fin de que en el momento en que me abandone la fatiga corramos a la nave y no retrasemos la navegación.

NEOPTÓLEMO.—En fin, me alegro de verte ya, en contra de mis pensamientos, con una mirada y una respiración tranquilas, pues esos síntomas tuyos, teniendo en cuenta las desgracias que te aquejan, parecían dar a entender como que ya no vivías. Pero ahora levántate o, si es más de tu agrado, cargarán contigo éstos, pues no hay que rehuir este trabajo desde el momento en que decidimos actuar así tanto tú como yo.

FILOCTETES.—Apruebo, muchacho, estas palabras, y levántame justo como piensas. A ésos déjalos, no sea que se molesten por el mal olor antes de lo debido, pues bastante trabajo será para ellos el de la nave, el convivir conmigo.

NEOPTÓLEMO.—Así se hará. En fin, levántate tú mismo y apóyate.

FILOCTETES.—¡Tranquilo, pues la costumbre, familiar ya por lo habitual, me levantará!

(Empieza a caminar, pero NEOPTÓLEMO *se detiene de pronto, bruscamente.)*

NEOPTÓLEMO.—¡Ay, ay! En estas condiciones ¿que haria yo sobre todo a partir de aquí?

FILOCTETES.—¿Qué sucede, hijo? ¿A dónde derivaste con tu razonamiento?

NEOPTÓLEMO.—No sé a dónde acudir para transmitir esta grave noticia que me presenta un problema irresoluble[44].

FILOCTETES.—¿Qué problema tienes tú? No digas eso, hijo.

NEOPTÓLEMO.—Sin embargo me encuentro ya metido por completo en este difícil momento de mi desgracia[45].

---

[44] La idea de esta línea 897 es igual a la de *Electra,* 1174-1175.

[45] Nuestro texto se refiere efectivamente a que Neoptólemo insiste en que está metido en un difícil problema que no sabe cómo resolver, pero que tiene que resolver. Esto es un lugar común, una fórmula, esta expresión. Tiene su paralelismo en *Edipo Rey,* 1169 y *Electra,* 1175.

FILOCTETES.—¿No será que la dificultad que entraña mi herida te ha convencido de que no me lleves ya como pasajero de tu nave?
NEOPTÓLEMO.—Absolutamente todas son dificultades cuando uno renuncia a su propio ser y hace lo que va contra sí mismo.
FILOCTETES.—Sin embargo, lo que es tú no haces ni dices nada que se aparte del que te dio el ser cuando auxilias a un hombre bueno.
NEOPTÓLEMO.—Apareceré a la vista de todos como un desvergonzado. Ésa es una idea que me está obsesionando hace rato.
FILOCTETES.—Ciertamente no al menos en lo que haces pero en lo que sugieres temo que sí.
NEOPTÓLEMO.—Oh Zeus, ¿qué haré? ¿Por segunda vez seré convicto de perfidia al callar lo que no debo y al decir las más desvergonzadas mentiras?
FILOCTETES.—Si yo no soy pobre de inteligencia este hombre parece que emprenderá la navegación traicionándome y abandonándome.
NEOPTÓLEMO.—Precisamente yo estoy molesto hace rato no porque te abandone sino mucho más no sea que te lleve a disgusto tuyo.
FILOCTETES.—¿Qué es lo que quieres decir, hijo de mi alma? Porque no te comprendo.
NEOPTÓLEMO.—Nada te ocultaré: en efecto, tienes que navegar a Troya junto a los griegos y el cuerpo expedicionario de los hijos de Atreo.
FILOCTETES.—¡Ay de mí! ¿Qué acabas de decir?
NEOPTÓLEMO.—No te lamentes antes de informarte.
FILOCTETES.—¿De qué clase de información? ¿Qué es lo que piensas hacer de mí al fin?
NEOPTÓLEMO.—Salvarte de esta mala situación lo primero, y luego ir y devastar contigo los campos de Troya.
FILOCTETES.—¿Y piensas de verdad hacer eso?
NEOPTÓLEMO.—Una necesidad ineludible lo impone. Y tú no te irrites al oírlo.
FILOCTETES.—Estoy perdido, cuitado de mí, soy traicionado. ¿Qué me has hecho, extranjero? Devuélveme el arco cuanto antes.
NEOPTÓLEMO.—Pero no es posible, pues la justicia y la conveniencia obliga a hacer caso a las autoridades.

FILOCTETES.—Tú, fuego y el colmo del horror y artilugio el más odioso de formidable ruindad, ¿qué me has hecho? ¡Cómo me has engañado! ¿Y no te da vergüenza mirarme cara a cara a mí que te suplico, que te ruego, oh tú, maldito? Me has quitado la vida al cogerme el arco. Devuélvemelo, te lo suplico, devuélvemelo, te lo ruego, hijo de mi alma. Por los dioses de tus padres, no me quites la vida. ¡Ay cuitado de mí! Sin embargo, ni siquiera me habla ya sino que da la impresión de que jamás lo soltará y con un gesto así me vuelve la vista. Oh puertos, oh promontorios, oh compañías de fieras montaraces, oh rocas hendidas, a vosotros, pues no veo a ningún otro a quien decírselo, a vosotros mi habitual compañía os lamento lo siguiente: ¡qué crimen ha cometido conmigo el hijo de Aquiles! Tras haber jurado que me llevaría a casa, a Troya es a donde me lleva. Y después de haber estrechado mi mano derecha, luego de coger mi arco sagrado, que fue de Heracles, hijo de Zeus, se queda con él y pretende exhibirlo a los argivos. Pensando que ha vencido a un hombre fuerte me lleva a la fuerza y no sabe que está matando a un muerto o a una sombra de humo, vano simulacro, pues de tener fuerza yo, no me habría vencido, más aún, ni siquiera encontrándome como me encuentro, a no ser con engaño. Pero la realidad es que he sido engañado, desdichado de mí. ¿Qué me conviene hacer? En fin, devuélvemelo. Sí, todavía puedes actuar razonablemente. ¿Qué contestas? Te callas. No soy nada, desdichado de mí. Oh estampa de la roca con dos entradas, de nuevo otra vez más entraré junto a ti, desnudo, sin medios de subsistencia, sino que me marchitaré solitario en este cobijo por no matar con este mi arco ni un pájaro alado ni una fiera montívaga sino que yo mismo ¡cuitado de mí! les ofreceré de muerto un banquete a aquéllos por los que era alimentado, y aquéllos a los que yo cazaba antes me cazarán a mí ahora. Y pagaré ¡cuitado de mí! con mi muerte el pago a las muertes que yo causaba, y esto por culpa del que aparentaba no saber nada malo. ¡Ojalá perezcas... todavía no, sin haberme enterado antes si de nuevo cambiarás de opinión! y si no ¡ojalá mueras vilmente!

CORIFEO (*A* NEOPTÓLEMO).—¿Qué hacemos? En ti está ya, señor, tanto el que nos hagamos a la mar como el acceder a sus razonamientos.

NEOPTÓLEMO.—Me ha entrado una gran compasión por este hombre, no ahora por primera vez sino ya hace rato.

FILOCTETES.—Por los dioses, ten compasión, muchacho, y no les dejes a los mortales motivos de reproche contra ti por haberme engañado.

NEOPTÓLEMO.—¡Ay de mí! ¿Qué haré? Nunca debí dejar Esciro, tan angustiado estoy por las circunstancias presentes.

FILOCTETES.—No eres pérfido tú sino que trasluces que llegaste aquí tras haber aprendido de hombres pérfidos la desvergüenza. Y ahora entrega esa tu desvergüenza a otros a los que les corresponde, y hazte a la mar tras dejarme el arma de mi propiedad.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué hacemos, señores?

(Entra en escena violentamente ULISES *seguido de dos marineros.)*

ULISES.—Oh el más cobarde de los hombres, ¿qué haces? ¿No regresarás tras dejarme a mí ese arco?

FILOCTETES.—¡Ay de mí! ¿Qué individuo es ése? ¿No es Ulises a quien he oído?

ULISES.—Sí, a Ulises, estate seguro de ello, precisamente a mí a quien ves cara a cara.

FILOCTETES.—¡Ay de mí! Estoy vendido y perdido. Éste era, ¡claro!, quien se apoderó de mí y me privó de la armadura.

ULISES.—Yo, estate seguro, no otro. Lo admito.

FILOCTETES.—Devuélveme el arco, muchacho.

ULISES.—Eso ni aunque lo pretenda jamás lo haré realidad. Al contrario, hasta tú mismo a más del arco tienes que partir o te llevarán a la fuerza.

FILOCTETES.—¿Que a mí, ¡oh tú, el más malo entre los malos y el más osado!, me llevarán éstos a la fuerza?

ULISES.—A menos que te pongas en camino por tu propia voluntad.

FILOCTETES.—Oh tierra de Lemnos y fulgor todopoderoso obra de Hefesto, ¿es tolerable ya esto, que ése vaya a arrancarme a la fuerza de tu seno?

ULISES.—Es Zeus, para que lo sepas, Zeus, el señor de esta tierra, Zeus, quien lo ha decidido y yo lo secundo.

FILOCTETES.—Oh ser espantoso. ¡De qué manera te las ingenias para justificarte: pretextas a los dioses y con ello pones a los dioses por mentirosos!

ULISES.—No, sino verdaderos. En fin, hay que andar el camino.

FILOCTETES.—Lo que es yo te aseguro que no.

ULISES.—Y yo te aseguro que sí, y esto es lo que hay que obedecer.

FILOCTETES.—¡Ay pobre de mí! Por lo visto, y ya está claro, mi padre me engendró para esclavo, no para libre.

ULISES.—No, sino igual a los mejores, en compañía de los cuales debes tú conquistar Troya y derruirla por la fuerza.

FILOCTETES.—¡Jamás de los jamases!, ni aunque tenga que sufrir yo toda suerte de calamidades, mientras disponga yo del suelo escarpado de esta tierra.

ULISES.—¿Qué pretendes hacer?

FILOCTETES.—Haré añicos enseguida esta mi cabeza lanzándome de lo alto de la roca contra las peñas.

ULISES.—Agarradlo fuertemente. No quede a merced suya esa decisión.

FILOCTETES.—Oh, manos mías, qué humillación sufrís a falta del arco querido, apresadas por mandato de este individuo. Oh tú, que no tienes el más mínimo pensamiento sano ni noble, cómo me engañaste de nuevo, cómo me cazaste tomando como coraza tuya a este muchacho desconocido de mí, inadecuado a tu forma de ser y totalmente adecuado a la mía, que no sabía sino cumplir lo ordenado, y resulta claro incluso ahora que está dolido por los errores que él ha cometido y por las angustias que yo he padecido. Pero tu pérfido espíritu, que ausculta siempre hasta los arcanos, al muchacho, aunque iba contra su natural y se rebelaba contra ello, previamente había cuidado de enseñarle bien que fuera hábil en ruindades. ¿Y ahora, miserable, piensas llevarme atado de esta costa a la que me arrojaste sin amigos, solitario, lejos de la ciudad, un muerto entre vivos? ¡Ay! ¡Ojalá perezcas! Ya numerosas veces solicité encarecidamente a los dioses esto para ti. Sin embargo, pues los dioses no me otorgan nada agradable, tú estás contento de vivir, y en cambio yo me duelo de esto mismo, de vivir envuelto en un mar de calamidades ¡cuitado de mí!, víctima de tus risas y de las de los dos generales hijos de Atreo, a quienes tú secundas en estos menesteres. Y sin embargo tú navegas con ellos sólo tras haber sido sometido al yugo de su secuestro y a la fuerza[46], mientras a mí, ¡el colmo

[46] Ulises se había fingido loco para evitar ir a la guerra de Troya pero Palamedes lo descubrió por una estratagema. Ulises no lo perdonó jamás.

de la desventura!, que me hice a la mar por propia voluntad marinero con siete naves[47], me arrojaron de la manera más indigna, ellos según afirmas tú, pero tú según afirman ellos. Y ahora ¿para qué me lleváis? ¿Para qué me arrancáis de aquí? ¿Por qué razón? Nada menos a mí que no soy nada y que hace tiempo estoy muerto para vosotros. ¿Cómo no te resulto ahora tullido, fétido, oh tú, el más odioso a los dioses? ¿Cómo es posible ahora quemar ofrendas en honor de los dioses a pesar de que llegue yo por mar, cómo, ofrecerles todavía libaciones? Pues ése era tu pretexto para abandonarme. ¡Ojalá perezcáis de mala manera! Y sí, pereceréis por haber ofendido a este hombre, si a los dioses les importa la justicia. Y sé muy bien que les importa ¡y mucho!, porque, si no fuera así, jamás habríais emprendido esta expedición marina motivada por un pobre hombre, si no os hubiera empujado un aguijón divino a por mí. En fin, oh tierra paterna y dioses que observáis todo, vengaos, si no antes, cuando sea, de todos ellos sin excepción, si es que hasta por mí sentís alguna compasión porque vivo miserablemente, pero si los viera aniquilados a ellos me parecería estar curado de mi enfermedad.

CORO.—El extranjero está furioso y furiosa es la declaración que ha pronunciado, sin ceder a las advertencias, Ulises.

ULISES.—Infinidad de razonamientos podría alegar contra sus argumentos si fuera momento de ello. Pero ahora me voy a atener a una sola consideración. A saber, cuando se requiere determinado tipo de persona, ése tal soy yo, y cuando se trata de elección entre hombres justos y honrados, no encontrarías ninguno más piadoso que yo. Y, la verdad, nací con un interés innato por vencer en todas partes, excepto sobre ti. Y ahora voluntariamente cederé precisamente a ti. *(A los marineros.)* Sí, soltadlo y no lo toquéis ya. Dejadlo que se quede. Tampoco sentimos especial interés por ti[48] al

---

[47] Cfr. *Ilíada*, 2,718-720.

[48] Se ha discutido a menudo si para conquistar a Troya se requiere la presencia conjunta de Filoctetes y su arco o si basta el arco. Se observa que Ulises se refiere a este asunto mostrando especial interés en conseguir el arco, cfr. líneas 68, 77, 113, 115, 1055, y en cambio el resto de los personajes de la tragedia exigen expresamente la presencia en Troya no sólo del arco, sino también de Filoctetes, cfr. líneas 612, 840, 915, 1427, con lo que no hacen sino reflejar el punto de vista del oráculo, cfr. líneas 606-613 y 1329-1339. ¿Cómo hay que explicar la interpretación de Ulises, que pone todo el énfasis en apo-

tener en poder nuestro esta excelente arma, ya que está con nosotros Teucro, que conoce esta técnica del arco, y yo, que no creo en absoluto que dominaría esta arma ni la tensaría en mi mano con pericia inferior a ti. ¿Qué necesidad, pues, hay de ti? Que lo pases bien, pisoteando el suelo de Lemnos. Nosotros caminaremos. Y quizá el premio que te pertenece a ti podría proporcionarme a mí el honor que debías alcanzar tú.

FILOCTETES.—¡Ay de mí! ¿Qué haré, desdichado? ¿Te mostrarás tú a los griegos ornado con mi armadura?

ULISES.—No me repliques ni una palabra, porque me marcho ya.

FILOCTETES.—Oh casta de Aquiles, ¿tampoco seré correspondido ya por tu voz sino que te marcharás así, sin más?

ULISES.—Tú camina. No lo mires aunque seas piadoso, con lo que no echarás a perder nuestro éxito.

FILOCTETES.—¿Es que voy a ser dejado ya tan abandonado también por vosotros, amigos extranjeros, y no vais a compadeceros de mí?

CORO.—Este muchacho es nuestro capitán de barco: cuantas razones te dé él, ésas también nosotros te las corroboramos.

NEOPTÓLEMO.—Mis oídos tendrán que escuchar a Ulises que mi persona estuvo llena de debilidad compasiva, pero, sin embargo, esperad, si le parece bien a ése, en tanto que los marinos disponen los preparativos de la nave y oramos a los dioses. Y en el intervalo ese podría concebir una idea mejor de

---

derarse del arco y mucho menos de Filoctetes? Sólo por un intento sagaz de no sobrevalorar en exceso a Filoctetes, ya que reconoce, y a veces de forma expresa, la exigencia de la propia presencia de Filoctetes en Troya. Cuando en la línea que motiva este comentario se dice *no tenemos especial necesidad de ti dado que hay otros que pueden suplirte,* esto no responde a una convicción interna de quien lo dice, Ulises, sino que es el resultado del *climax* a que han llegado en el enfrentamiento Ulises y Filoctetes, resultado que constituye un *lugar común,* una fórmula, cuyo precedente más antiguo está al final de la riña entre Aquiles y Agamenón, en *Ilíada,* 1,172-181, donde Agamenón, pese a ser consciente de la necesidad de Aquiles, lo increpa llevado de la cólera con esta *boutade: Márchate si quieres, pues junto a mí hay también otros, que me honrarán,* línea 175 de *Ilíada,* 1, que es igual a Filoctetes, línea 1056, que dice: *Quédate si quieres... pues está con nosotros Teucro, que conoce bien esta técnica.*

nosotros. Bueno, nosotros dos marchamos y vosotros, cuando os llamemos, acudid rápidos.

(Salen ULISES *y* NEOPTÓLEMO.)

ESTROFA 1

FILOCTETES.
Oh hueco de la cóncava roca,
caluroso y helador. Por lo visto
¡cómo no había de abandonarte
jamás, pobre de mí, sino que
serás testigo hasta de mi agonía!
¡Ay de mí, de mí, de mí!
Oh aposento llenísimo
de la pena mía, pobre de ti.
¿Cómo me vendrá en el futuro el alimento cotidiano?
¿Qué ración de comida conseguiré,
con qué esperanza, desgraciado de mí?
Id a lo alto del firmamento
asustadizas aves cortando el aire de agudo sonido:
ya no puedo apresaros.

CORO.
Sí, tú[49], sí, tú fuiste quien elegiste esto,
oh desventurado en exceso.
Este estado de cosas no te vino del prójimo, por fuerza mayor,
sobre todo cuando, estando en tu mano ser inteligente,
preferiste al destino mejor
optar por el peor.

ANTÍSTROFA 1

FILOCTETES.
En estas condiciones, ay cuitado, cuitado de mí
y vejado por el dolor,
que en adelante, en el futuro,
ya no habitaré en compañía de hombre alguno,
cuitado de mí, y aquí pereceré,
ay, ay,
al no atrapar ya comida

[49] Filoctetes.

ni conseguirla con mi alada arma,
cogida entre mis tenaces manos,
sino que las impenetrables
y falsas palabras bondadosas de una mente dolosa me sedujeron.
Pero ¡ojalá vea
al que tramó esta maquinación preso de la angustia que me aflige
durante igual tiempo que me ha afectado a mí!

CORO.

El hado, el hado de los dioses fue quien
te asignó esta desgracia, y lo que es a ti no te cogió
un engaño a mano mía. Dirige tu terrible
y ominosa maldición sobre otros.
Pues también a mí me preocupa esto,
que rechaces mi amistad.

ESTROFA 2

FILOCTETES.

¡Ay de mí, ay de mí, sentado
en algún lugar, a la orilla blancuzca del mar,
se ríe de mí, blandiendo en su mano
el medio de mi sustento, desgraciado de mí,
que nadie jamás había tocado!
Oh arco querido, de mis
manos secuestrado,
creo con toda seguridad que miras compasivamente, si tienes alguna
inteligencia, al heracliota[50],
tan desgraciado, porque en adelante ya no te usará
sino que eres manejado pasando a mano de otro hombre el más tramposo,
donde tendrás oportunidad de observar
sus infames engaños
y a su aborrecible odiosa persona
mientras inventa infinidad de hechos desvergonzados, cuantos
ningún otro hombre tramó contra mí.

---

[50] Filoctetes, por ser el heredero del arco de Heracles.

CORO.—Tienes que saber que es cosa de hombre alegar buenas razones, pero luego de alegarlas, no hablar con el resentimiento de la envidia. En efecto, ése de quien hablas, comisionado él solo entre muchos con el encargo de esta misión, cumplió un favor que redunda en bien de todos y cada uno de sus amigos.

ANTÍSTROFA 2

FILOCTETES.
Oh fieras voladoras y raza
de fieras de brillante mirada, que, criadas
por los montes, mantiene este lugar,
ya no os acercaréis para luego escapar de mis cobijos
por rehuirme a mí, pues ya no tengo en mis manos la anterior fuerza de las flechas,
oh desdichado de mí en el momento presente,
sino que este campo está negligentemente defendido y
ya no resulta temible para vosotros.
Corred a venir, bien está ahora
que saciéis con placer vuestro estómago, vengador con mi muerte de sus muertes,
con mi carne descompuesta,
pues en breve dejaré la vida.
¿Pues de dónde saldrá sustento para mí?
¿Quién en estas circunstancias se alimenta del aire,
sin hacerse ya con nada de cuanto regala
la tierra dadora de vida?

CORO.
¡En nombre de los dioses, si tienes algún miramiento para con un amigo extranjero, acércate
a quien se acerca a ti con la mejor intención!
Sin embargo, reconoce, reconoce claramente que en tus manos está
escapar a esta desgracia.
Pues triste es de alimentar e indisciplinada
para soportar la infinita carga que cohabita con él.

FILOCTETES.
Me has hecho recordar
otra vez, la vieja angustia,
oh tú que has sido el mejor de todos los que hasta ahora me han visitado.
¿Por qué me perdiste? ¿Qué me has hecho?

CORO.
¿Qué has querido decir con eso?
FILOCTETES.
Si esperaste llevarme
a la tierra troyana detestable para mí.
CORO.
Es que pienso que esto es lo mejor.
FILOCTETES.
Entonces dejadme ya.
CORO.
Esa orden que pronunciaste me es grata,
grata, y como para ponerla en práctica de grado.
Vayamos, vayamos
al lugar de la nave a donde nos está ordenado ir.
FILOCTETES.
No, por Zeus protector de los suplicantes, no marches,
por favor.

CORO.—Domínate.

FILOCTETES.—Oh amigos extranjeros, esperad, por los dioses.

CORO.—¿Qué dices?

FILOCTETES.—¡Ay, ay, destino, destino! Estoy perdido, pobre de mí. Oh pie, pie, ¿cómo te cuidaré ya, cuitado de mí, en el futuro? Oh amigos extranjeros, volved a llegaros cerca de mí.

CORO.—¿Qué es lo que quieres que hagamos en ayuda de una decisión tan distinta a las que manifestabas anteriormente?

FILOCTETES.—Hazte cargo de que no se puede reprochar que, torturado por un dolor atormentador, me exprese incluso sin razón.

CORO.—Entonces ponte en camino como te aconsejamos, cuitado.

FILOCTETES.—Jamás, jamás, tenlo por seguro, ni aunque el ignífero y fulminador Zeus venga a abrasarme con los rayos del trueno. Piérdase Troya y todos los que están al pie de ella y que osaron arrojar el miembro de este mi pie. En fin, amigos, dispensadme aunque no sea más que un solo favor.

CORO.—¿Qué petición es ésta que vas a formular a la que concedes tanta importancia?

FILOCTETES.—Mirad si conseguís de algun sitio una espada, un hacha o alguna flecha, y me la mandáis.

CORO.—¿Con intención de llevar a cabo qué maquinación?

FILOCTETES.—Para cortar con mi mano de parte a parte la cabeza toda y los miembros. Mi mente ansía ya la muerte.

CORO.—¿Para qué?

FILOCTETES.—Para ir al encuentro de mi padre.

CORO.—¿A qué lugar del mundo?

FILOCTETES.—Al Hades, pues lo que es en el mundo de la luz ahí ya no está. Oh ciudad, oh patria, ¿cómo conseguiría contemplarte yo, un hombre el más desgraciado, que, necio de mí, abandoné tus sagradas corrientes para venir a ayudar a los Dánaos[51], mis enemigos? Ya no soy nada.

(Entra en la cueva FILOCTETES.)

CORIFEO.—Tienes que saber que yo estaría llegando junto a mi nave incluso hace ya un buen rato de no haber visto a Ulises caminar derecho aquí, y también al vástago de Aquiles andar hacia aquí junto a nosotros.

(Entran en escena, discutiendo, NEOPTÓLEMO *y* ULISES.)

ULISES.—¿No puedes decir por qué recorres otra vez de vuelta el camino, tan rápido y con tanta prisa?

NEOPTÓLEMO.—Para lograr verme libre de cuanto erré en fases anteriores.

ULISES.—Cosa realmente tremenda es la que indicas. ¿Y cuál fue el error?

NEOPTÓLEMO.—El que, por hacerte caso a ti y al conjunto del ejército...

ULISES.—¿Qué acción realizaste que no te resultara adecuado haber realizado?

NEOPTÓLEMO.—... me apoderé con mentiras infames y engaños de un hombre.

ULISES.—¿De quién? ¡Ay de mí! ¿Que no planeas algo novedoso? ¡Cómo me lo temo!

NEOPTÓLEMO.—Nada de novedoso, sino que al hijo de Peante...

ULISES.—¿Qué le harás? ¡Pues me entró miedo!

NEOPTÓLEMO.—... de cuyas manos recibí este arco, otra vez de nuevo...

---

[51] Otra denominación de los griegos que participaron en la expedición contra Troya.

ULISES.—Oh Zeus, ¿qué enunciado comunicarás? ¿No es tu intención, por lo que veo, devolvérselo?

NEOPTÓLEMO.—Sí, pues lo tengo en mi poder tras haberme hecho con él con infamia y no con buenas razones.

ULISES.—Por los dioses, ¿dices esto sólo por mortificarme?

NEOPTÓLEMO.—Sí, si decir la verdad es mortificación.

ULISES.—¿Qué es lo que estás asegurando, hijo de Aquiles? ¿Qué contenido tienen las palabras que has pronunciado?

NEOPTÓLEMO.—¿Quieres que te repita la misma explicación dos y tres veces?

ULISES.—Para empezar, me hubiera gustado no haberlas oído ni una sola vez.

NEOPTÓLEMO.—Ahora considera haber oído toda mi explicación.

ULISES.—Hay alguien, hay alguien que te impedirá llevarlo a cabo.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué pretendes decir? ¿Quién será el que me lo impedirá?

ULISES.—Las huestes de los aqueos todos a una y yo el primero.

NEOPTÓLEMO.—Aunque eres de natural inteligente no estás sugiriendo nada inteligente.

ULISES.—Tú sí que eres quien no dices ni pretendes hacer nada inteligente.

NEOPTÓLEMO.—Sin embargo, si es justo es preferible a lo inteligente.

ULISES.—¿Y cómo es justo volver a soltar precisamente lo que habías conseguido gracias a unos planteamientos míos?

NEOPTÓLEMO.—Como el error que cometí es infame, intentaré desquitarme de él.

ULISES.—¿Y no temes al ejército de los griegos si lo haces?

NEOPTÓLEMO.—Yo, aliado con la justicia, no temo a ese ejército con el que te llenas la boca.

ULISES.—[...] el miedo.

NEOPTÓLEMO.—Sin embargo tienes que saber que tampoco le hago caso a la fuerza de tu brazo para actuar yo.

ULISES.—Entonces hazte a la idea de que combatiremos no contra los troyanos sino contra ti.

NEOPTÓLEMO.—¡Sea lo que haya de ser!

ULISES.—¿Ves mi mano derecha que está tocando la empuñadura?

NEOPTÓLEMO.—Entonces tienes que saber que me verás también a mí hacer lo mismo y no demorarlo ya.

ULISES.—¡Bueno, te dejaré! Pero iré y le explicaré esto a la totalidad del ejército, que te las hará pagar.

(Se va ULISES.)

NEOPTÓLEMO.—Entraste en razón. Y si en el futuro continúas pensando así, quizá mantendrías tus pasos lejos de lamentaciones. *(Dirigiéndose a* FILOCTETES, *que está dentro de la cueva.)* Y tú, ¡ea!, hijo de Peante, me refiero a Filoctetes, sal y múdate de estas rocosas viviendas.

FILOCTETES.—¿Qué significa este estrépito y griterío que se está levantando otra vez junto a mis cuevas? ¿A qué me llamáis fuera? ¿Necesitados de qué, amigos extranjeros? ¡Ay de mí! ¡Mal asunto! ¿Que no os presentáis para añadirme algún mal a los otros males? ¡Cómo me lo temo!

NEOPTÓLEMO.—¡Ánimo! Escucha los razonamientos que he venido a presentarte.

FILOCTETES.—Los temo yo, pues también el negocio de antes lo hice mal por dejarme llevar de tus sagaces razonamientos, persuadido por esos tus argumentos.

NEOPTÓLEMO.—¿Es que no cabe arrepentirse luego?

FILOCTETES.—También eras lo mismo en tus razonamientos cuando andabas robando mi arco, fiable pero en el fondo pernicioso.

NEOPTÓLEMO.—Pero ahora no hay nada de eso, ¡de verdad! Al contrario, deseo oírte cuál de las dos decisiones tienes tomada, si continuar aferrado a la idea de quedarte aquí o hacerte a la mar con nosotros.

FILOCTETES.—Calla, no hables más, pues lo que vayas a decir todo será dicho en vano.

NEOPTÓLEMO.—¿Esa es tu decisión?

FILOCTETES.—Y estate seguro de que mucho más decidida de lo que parece.

NEOPTÓLEMO.—Sin embargo hubiera querido que hubieras hecho caso a mis razonamientos. Ahora bien, si resulta que no expreso ninguna idea acertada me callo.

FILOCTETES.—Es que todo lo que apuntaras lo ibas a apuntar en vano, pues jamás te granjearías la benevolencia de mi mente, nada menos tú que con engaños me quitaste y privaste de mi vida. ¡Y luego vienes y me das lecciones de sensatez, tú que has salido el más nefasto del mejor padre! ¡Oja-

lá perezcáis, los hijos de Atreo sobre todo, y luego el hijo de Laertes, y tú!

NEOPTÓLEMO.—No continúes con tus imprecaciones. Recibe de mi mano las flechas estas.

FILOCTETES.—¿Qué dijiste? ¡A que soy por segunda vez víctima de engaño!

NEOPTÓLEMO.—Renuncié al engaño por el juramento que hice a la santidad altísima del sagrado Zeus.

FILOCTETES.—Oh tú, que has pronunciado algo queridísimo si es que expresas intenciones veraces.

NEOPTÓLEMO.—Su realidad será patente. En fin, tiende tu mano derecha y hazte dueño de tus armas.

(Entra en escena ULISES.*)*

ULISES.—Pero yo, a quien como testigo asisten los dioses, lo prohíbo terminantemente en nombre de los hijos de Atreo y del total del ejército.

FILOCTETES *(A* NEOPTÓLEMO*)*.—Hijo de mi alma, ¿de quién es esta voz? ¡A que oí a Ulises! ¡Cómo me lo temo!

ULISES.—Estate seguro de ello, y no sabes lo cerca que me estás viendo, a mí que te mandaré a la fuerza a los campos de Troya tanto si quiere como si no quiere el hijo de Aquiles.

FILOCTETES *(Disponiéndose a disparar una flecha con su arco)*.—¡Pero no será con demasiado placer si acierta esta flecha!

NEOPTÓLEMO. *(Sujetándole los brazos para impedirle el disparo)*.—¡Eh, por los dioses, de ninguna manera, no dispares la flecha!

FILOCTETES.—¡Por los dioses, suéltame[52] la mano, amantísimo hijo de mi alma!

NEOPTÓLEMO.—Si es para esa barbaridad no puedo soltarte.

(Se va ULISES.*)*

FILOCTETES.—¡Ay! ¿Por qué me privaste de un hombre hostil y enemigo, de que lo matara con mi arco?

NEOPTÓLEMO.—Es que eso no es decoroso ni para ti ni para mí.

FILOCTETES.—Pero es que debes saber esta gran verdad, que los jefes del ejército, los falsos heraldos de los griegos, son cobardes para la lucha, pero, en cuestión de justificaciones, de palabra atrevidos.

---

[52] Pues Filoctetes ya ha puesto sus manos sobre el arco.

NEOPTÓLEMO.—¡Ea! Ya tienes el arco, y no hay ya razón alguna para que continúes con odios ni reproches hacia mí.

FILOCTETES.—Estoy de acuerdo, y con ello, hijo de mi alma, has evidenciado el ser del que brotaste, en absoluto de un padre Sísifo sino de Aquiles, quien, mientras estaba entre vivos, gozaba de la mejor reputación, y también ahora entre los muertos.

NEOPTÓLEMO.—Me produce gran placer que tengas en tan buena consideración a mi padre y a mí mismo. Pero escucha lo que pretendo que me concedas tú. A los hombres les es obligado soportar las suertes dadas por los dioses, pero cuantos son víctimas de desgracias que ellos mismos se buscan exactamente como tú, a ésos es justo que nadie les tenga consideración ni los compadezca. Tú te muestras agrio y no sólo no admites ningún consejero sino que, si uno te hace alguna advertencia, hablándote con buena intención, lo detestas empezando por tildarlo de enemigo y mal intencionado. Pero, pese a ello, te lo advertiré. Y para ello invoco a Zeus, protector del juramento. Y lo que voy a decirte, guárdalo y grábalo dentro de tu corazón. A saber, tú sufres esta terrible dolencia por un azar divino, por haberte acercado a la guardiana de Crise, guardiana que protege, oculta, el recinto sagrado que está al descubierto, la serpiente cuidadora de su vivienda. Y el punto final a esta grave enfermedad tienes que saber que, mientras el mismo sol se levante por ahí[53] y vuelva a ponerse de nuevo por aquí, jamás vas a poder conseguirlo hasta que alcances por tu propia voluntad los campos de Troya, y seas aliviado de esa enfermedad tras tener la suerte de contactar con los hijos de Asclepio[54], que se encuentran con nosotros, y se demuestre que has destruido la ciudadela troyana con ayuda de estos arcos y mía. Y cómo sé que esto es así, yo lo aclararé. En efecto, está en poder nuestro un hombre hecho prisionero a Troya, Héleno, excelente adivino, quien claramente explica que tiene que acontecer esto e incluso, además de esto, que es indeclinable que Troya entera sea tomada en el presente verano o que, de lo contrario, se entrega voluntariamente a que lo maten, en el supuesto de que mienta en su explicación de estos acontecimientos. Así, pues, al saber eso,

[53] El actor señala primero al naciente y luego al poniente.
[54] Los hijos del dios médico Asclepio son Macaón y Podalirio.

accede voluntario, pues justa es la compensación que consigues, por un lado, venir a dar en manos curadoras tras ser considerado tú solo el mejor de los griegos, y, luego, alcanzar la gloria más alta tras conquistar la que ha causado tantas lágrimas, Troya.

FILOCTETES. Oh detestable suma de los días de mi vida, si es para esto, ¿para qué me mantienes todavía en el mundo de arriba, con los ojos abiertos, y no me arrojaste lejos, para que llegara al Hades? ¡Ay de mí!, ¿qué hacer? ¿Cómo no hacer caso de la argumentación de éste que me aconsejó teniendo la mejor intención hacia mí? Sin embargo, ¿cederé en estas condiciones? Si así lo hago, ¡desdichado de mí!, ¿cómo saldré a la luz pública si cometo esa barbaridad? ¿Por quién seré saludado?[55]. Oh órbitas de mis ojos que habéis visto todas las desgracias que me han acontecido, ¿cómo soportaréis esto, verme conviviendo con los hijos de Atreo que fueron los que me perdieron? ¿Cómo, con el maldito hijo de Laertes? Pues no me remuerde el dolor de lo pasado, sino que tengo la impresión de estar vislumbrando las calamidades que debo sufrir todavía de parte de éstos, pues a quienes la conciencia resulta una vez madre de crímenes, ésta les cría luego todos los demás crímenes. Y por cierto que me extrañó ese comportamiento nada menos viniendo de ti y continúo con esa extrañeza: a saber, tu obligación particular era no ir tú jamás a Troya, y que me lo impidieras a mí, pues ésos te ultrajaron al expoliarte el honor[56] de tu padre. ¿Y luego vas a ir tú a ser su aliado y me fuerzas a mí a ello? En estas condiciones, no, hijo de mi alma. Al contrario, como me prometiste bajo juramento, envíame a casa y quédate tú mismo en Esciro y deja que perezcan malditamente ellos que son unos ruines. Y de esta manera te granjearás de mi parte doble[57] agradecimiento y doble de mi padre, y no parecerás ser igual que los malvados por favorecer a los malvados.

NEOPTÓLEMO.—Discurres cosas apropiadas al caso, pero con todo quiero que, con confianza en los dioses y en mis razonamientos, zarpes de este país en compañía de quien te habla.

---

[55] La expresión *¿Por quién seré saludado?* es un lugar común, una fórmula, que sigue a cualquier acción vergonzante, igual que *atreverse a mostrarse en público*. Cfr. *Áyax*, 462-463 y *Edipo Rey*, 238, 352, 1338 y 1437.

[56] El honor o privilegio de su padre Aquiles es la armadura.

[57] Por salvar a Filoctetes y por privar a los Atridas de su ayuda.

FILOCTETES.—Dime, ¿hacia los campos de Troya y el muy detestable hijo de Atreo, con este pie miserable?

NEOPTÓLEMO.—Bueno, mejor será decir que hacia los que te harán dos cosas, librar del dolor esta tu supurante planta y sanarte de la enfermedad.

FILOCTETES.—Oh tú que me cuentas una espantosa historia, ¿definitivamente qué afirmas?

NEOPTÓLEMO.—Aquello cuyo cumplimiento considero lo mejor para ti y para mí.

FILOCTETES.—¿Y no te da vergüenza de los dioses al expresar ese juicio?

NEOPTÓLEMO.—¿Pues cómo le daría a uno vergüenza con tal de salir favorecido?

FILOCTETES.—¿Esta ayuda la entiendes para los hijos de Atreo o para mí?

NEOPTÓLEMO.—Naturalmente que para ti, dado que soy tu amigo e igualmente amiga es mi palabra.

FILOCTETES.—¿Cómo se explica eso de *amigo mío*, si nada menos que pretendes entregarme a mis enemigos?

NEOPTÓLEMO.—¡Tonto![58]. Aprende a no ser tan arrogante en medio de las desgracias[59].

FILOCTETES.—Me perderás, te conozco, con estos seductores razonamientos.

NEOPTÓLEMO.—Lo que es yo, no. Te aseguro que no me entiendes.

FILOCTETES.—¿Que no sé yo que fueron los hijos de Atreo quienes me expulsaron?

NEOPTÓLEMO.—Sin embargo debes mirar si, luego de expulsarte, te salvarán de nuevo.

FILOCTETES.—Jamás, si ello entraña que contemple por mi libérrima libertad a Troya.

NEOPTÓLEMO.—¿Qué puedo hacer entonces yo si es que por medio de razonamientos no voy a ser capaz de convencer al intransigente que eres tú, de nada de lo que te propongo? Como que lo mejor para mí es dar fin a mi argumentación y, en cuanto a ti, vivir como ya estás viviendo, sin salvación.

---

[58] Dicho con cariño.

[59] Esta expresión es un lugar común, una fórmula. En efecto, el coro o un amigo aconseja al protagonista *no tener demasiados humos* cuando está en situación de inferioridad. Cfr. *Antígona*, 472,853 y ss., y *Electra*, 213-220.

FILOCTETES.—Déjame que sufra lo que tenga que sufrir. Pero lo que al estrecharme la diestra me prometiste, llevarme a casa, cúmplelo, hijo de mi alma, y no tardes ni me menciones ya a Troya, pues bastante me he lamentado con gemidos.

NEOPTÓLEMO.—Si te parece bien, pongámosnos en marcha.

FILOCTETES.—Oh tú, ¡qué palabra más noble has pronunciado!

NEOPTÓLEMO.—Asegura tus pasos ahora.

FILOCTETES.—Todo cuanto pueda.

NEOPTÓLEMO.—¿Pero cómo lograré escapar a la inculpación de los griegos?

FILOCTETES.—No te preocupes.

NEOPTÓLEMO.—¿Y qué pasa si saquean mi país?

FILOCTETES.—Presentándome allí yo...

NEOPTÓLEMO.—¿Qué ayuda me proporcionarás?

FILOCTETES.—... con las flechas de Heracles...

NEOPTÓLEMO.—¿Qué quieres decir?

FILOCTETES.—... les impediré poner los pies en ella.

NEOPTÓLEMO.—Camina, tras saludar a esta tierra.

(Cuando están a punto de abandonar la escena aparece por los aires HERACLES.)

HERACLES.—No, todavía no, hasta que te enteres, hijo de Peante, de lo que voy a decirte. Y piensa que estás percibiendo en tus oídos la voz de Heracles y que contemplas su aspecto. He venido para satisfacción tuya tras dejar mis celestes sedes para aclararte los designios de Zeus e impedirte el viaje que proyectas. Y tú, presta oído a lo que voy a decirte. En primer lugar, te explicaré mis avatares, cuántas desgracias tuve que penar y recorrer hasta conseguir el privilegio de la inmortalidad, como puedes comprobar. También tú, estate seguro, debes experimentar lo mismo, conseguir una vida gloriosa gracias a tus presentes penares. Tras haber llegado en compañía de este hombre a la ciudadela troyana, primero te liberarás de tu enfermedad luctuosa y tras haber sido elegido el mejor del ejército por tu distinguido valor, a Paris, que fue culpable de estas calamidades, lo privarás de la vida con mis arcos y destruirás Troya, y los despojos que recibas en calidad de máximo galardón del ejército los mandarás a tu patria Eta. En cambio, los despojos que recibas tú de esta

expedición en consideración a mi arco, cuida de llevarlos a mi pira. Estos encargos te los hago también a ti, hijo de Aquiles, pues ni tú sin éste tienes fuerza para tomar el lugar de Troya ni éste sin ti. Por eso, como dos leones que forman pareja, guardaos éste a ti y tú a éste. Y yo mandaré a Troya a Asclepio como finalizador de tu enfermedad. En efecto, Troya debe ser tomada por mi arco por segunda vez. Y cuando saqueéis el país, acordaos de esto, de respetar lo relativo a los dioses, en la idea de que todas las demás cuestiones las sitúa en segundo lugar el padre Zeus, pues la piedad no muere con los mortales, sino que, ya vivan ya mueran, ella no perece.

FILOCTETES.—Oh tú, que acabas de emitir una voz añorada por mí y que has aparecido con demasiada tardanza, no desobedeceré estas tus sugerencias.

NEOPTÓLEMO.—También yo dispongo mi decisión de igual modo.

HERACLES.—Entonces no demoréis más tiempo poner manos a la obra. La ocasión y el momento de hacerse a la mar es éste, pues aprieta el viento sobre la popa[60].

(*Se va* HERACLES.)

FILOCTETES.—¡Vamos! Entonces según marcho invocaré a este país. Adiós, estancia, compañera mía de vigía, y Ninfas cristalinas y de las praderas, y viril estruendo del ponto y prominencia, donde numerosas veces mi cabeza fue humedecida en el fondo de la cueva por los latigazos del ábrego, y donde el monte Hermeo[61] me devolvió infinidad de veces a mí, atormentado, el gemido resonante de mi propia voz. Pero ahora, fuentes y líquido Licio, os dejamos, os dejamos ya, sin que jamás me hubiera pasado por la mente que esto pudiera llegar. Adiós, oh campo de Lemnos, cercado por el mar, y mándame irreprensiblemente con feliz na-

---

[60] Así queda resuelto el problema que suscita el totalmente anómalo lugar ocupado por γάρ, línea 1451. Sin duda ἐπείγει es impersonal, y, de sobreentender algo, es *el viento.*

[61] Situado al noreste de la isla de Lemnos, es citado también por Esquilo, *Agamenón,* 283, en el famoso pasaje de la transmisión de la noticia de la conquista de Troya por medio de hogueras nocturnas.

vegación a donde el poderoso Destino cuida de llevarme y la decisión de mis amigos y la deidad omnipotente que coronó esta empresa.

CORO.—Marchemos ya todos juntos, haciendo votos a las ninfas marinas por que alcancemos el regreso sanos y salvos.

EDIPO EN COLONO



INTRODUCCIÓN

La línea cincuenta y ocho de esta tragedia califica el demo de *Colono* (patria chica del propio Sófocles en honor de la cual compuso una de las más bellas y sentidas odas que jamás se han escrito, abarcando el *estásimon* compuesto por las líneas 668-719) de *valladar de Atenas*, con evidente alusión al fracaso que las tropas espartanas, mandadas por Agis, sufrieron en el golpe de mano intentado por esa zona el año 407[1]. Como Sófocles murió en la segunda mitad del año 406 a.C., resulta que la obra debió ser ultimada a finales del 407 o en la primera mitad del 406. En esa fecha sobre el poeta pesaban ya largos años, sobre los noventa, circunstancia que es preciso recordar al enjuiciar la obra. No fue presentada a concurso por su autor sino por su nieto homónimo Sófocles el Joven, el nacido de su hijo *Aristón*, este último habido de sus relaciones con quien no fue esposa legítima, *Teóride de Sición*, en el año 401, obteniendo el primer premio.

En cuanto al aspecto formal, conviene poner de manifiesto que Sófocles da cabida copiosa en esta obra a los procedimientos retóricos y sofísticos entonces de moda, evidenciados particularmente en los largos parlamentos de Creonte, líneas 728-760 y 939-959, en la respuesta del propio Edipo, líneas 761-799, en los discursos de su hijo Polinices, líneas 1254-1279 y 1284-1345, y en el suyo de contestación, líneas 1348-1396, caracterizados en gran medida por razonamientos sumamente astutos en el contenido y en el aspecto formal.

¿Cabe suponer en relación con hechos auténticos de la biografía de Sófocles la circunstancia mítica del distinto trato que da Edipo a sus hijos? Hay una rica tradición que habla de

[1] Jenofonte, *Helénicas*, 1, i. 33, Diodoro XIII, 72, 3, y escolios a Sófocles, *Edipo en Colono*, 92.

que las relaciones afectivas familiares de Sófocles con su esposa *Nicóstrata* y su hijo legítimo *Yofonte* fueron más que agrias, hasta el punto de que Sófocles pasaría a convivir con Teóride de Sición. En la misma línea la tradición cuenta que Yofonte entabló proceso contra su padre para incapacitarlo por supuesta denuncia. Y, desde luego, lo que es cierto es que el referido Sófocles el Joven fue quien se hizo cargo de la presente tragedia, la última de Sófocles. Es decir, parece deducirse de esta mezcla de circunstancias, transmitidas por la leyenda e históricas, que Sófocles concedió el afecto de su corazón a unos miembros de su familia en detrimento de los otros, de manera semejante a Edipo. Puede dar cierta base de realidad a esta tradición el que ambos, Edipo y Sófocles, se comportarían así en la última parte de su vida, en la extrema ancianidad.

Si algo resalta nítidamente del variopinto colorido de esta tragedia es un ambiente que todo lo inunda y penetra de misterio[2] y prodigio, logrado perfectamente por la maestría del poeta, ambiente que conviene de lleno a un ser sobresaliente en trance de dejar este mundo visible y entrar en el otro de las sombras. Este halo misterioso se deja aprehender en numerosos datos. Uno de ellos es la llegada y presencia de Edipo, ciego, y su joven lazarillo Antígona al bosque de las Erinias sin indicación alguna, guiados sólo en sus pasos por las potencias divinas. Es misterioso, por supuesto, el propio bosque a causa de las diosas que lo habitan, misteriosas ya de por sí desde el momento en que ni siquiera su nombre es pronunciable, por la impenetrabilidad del bosque al acceso humano, por la constitución cúprea de su terreno. La propia persona de Edipo ha sido y es altamente misteriosa: sin saberlo mató a su padre; sin saberlo se unió a su madre. No menos misterioso se manifiesta su aspecto físico: no se cumple en él la ley entonces en vigor de una estricta correspondencia entre físico y espíritu. Su aspecto es detestable por su monstruosidad física, vestido con harapos, repleto de suciedad, con las órbitas de sus ojos arrancadas, todo ello de lo más adecuado para suscitar en los espectadores sentimientos de repulsa. Su presencia llena al coro de ancianos del lugar de una dualidad

[2] A. J. A. Waldock, *Sophocles the dramatist*, Cambridge, 1951, pág. 221, alude a ello con esta gráfica frase: «Ghosts from other tragedies move in the air of the *Coloneus*», cfr. también G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, pág. 152

de pensamientos encontrados, si protegerlo o expulsarlo. Pero la cota más alta de misterio se evidencia en que un ser aparentemente tan repulsivo como Edipo es solicitado vehementemente, no por uno, sino por varios, por Creonte y Polinices e incluso por el dominio de su persona flota en el aire el riesgo de una guerra. Misterioso es que una persona tan nociva físicamente aparezca dotada de virtudes salvíficas, de suerte que donde él repose en descanso eterno desde allí se irradiará una luz de salvación. Se siente y se percibe el misterio cuando el tránsito de Edipo al otro mundo viene precedido por algo de por sí sobrecogedor cual son los rayos y truenos, de manera similar a como la tradición revistió el paso de Jesús de éste al otro mundo[3]; cuando Edipo camina al más allá en el instante definitivo, él ciego, hasta entonces necesitado del inevitable lazarillo, guía ahora por sí solo a Teseo que lo acompaña. Asimismo milagroso y misterioso es que sólo a Teseo y a nadie más, ni siquiera a sus propias hijas, transmita el último mensaje, y desaparezca sin dejar huella alguna.

Este predominio de lo misterioso no es casual sino bien pensado. Sófocles quizás, a dos pasos ya de su tránsito al más allá, presiente o intuye o desea la pervivencia eterna. Sófocles, después de una vida larga que le sonrió generosamente, se siente entristecido. Para él esta vida no merece la pena ser vivida, sólo el más allá tiene razón de ser. Y ese más allá es el que él vislumbra dotado de vitalidad, en el que, quien en este mundo anda a ciegas y a tientas, ése mismo puede conceder luz y potencia a los de aquí. Parece que, en definitiva, se trata de la aspiración a vivir eternamente, la resistencia a morir para siempre. Porque Edipo no concede garantía a fuerza humana alguna por poderosa que sea de momento, la única garantía la ve en la divinidad, conforme indican las líneas 606-628[4]. Y si esta aspiración puede anidar en el corazón de cualquiera, nuestro poeta parece verla acompañar particularmente a esos seres vapuleados y maltratados incomprensiblemente desde la perspectiva humana. Tal es el caso de Edipo. Más aún: cabe afirmar que el destino de la inmortalidad está reservado a esos seres sorprendentemente peculiares. Esto es, mientras Edipo era físicamente impecable resultó que en el fondo e internamente era el colmo de la mácula y lo peca-

---

[3] G. H. Gellie, *Sophocles. A Reading*, Melbourne, 1972, pág. 159.
[4] Cfr. sobre el particular Kirkwood, *op. cit.*, pág. 152.

minoso, sólo cuando afeó su otrora bello aspecto, fue justamente entonces cuando su alma, su vida y sustancia se ven dotadas de un halo misteriosamente positivo, de algo divino en espíritu y potencia. Es inevitable que ello traiga el parangón con otra figura contemporánea de Sófocles, igualmente monstruosa por fuera pero llena de divinidad por dentro: Sócrates. No sin acierto lo equipara Alsina[5] a los héroes de la tragedia de Sófocles. Sócrates es un sileno[6] por fuera pero por dentro una joya, ser privilegiado de la divinidad, de quien es la mejor manifestación terrena, que vivía más pendiente del más allá que de este mundo. Para Sócrates como para Edipo, sólo el otro mundo goza de plena vigencia.

[5] Alsina, «Sófocles en la crítica del siglo XX», *Emerita,* 32, 1964, página 314.

[6] Platón, *Banquete,* 215 y ss.

EDIPO EN COLONO

(Bosque consagrado a las Euménides. A un lado, la estatua del héroe epónimo de Colono. Al fondo, la ciudad de Atenas. Entra en escena EDIPO *guiado por su hija* ANTÍGONA.)

EDIPO.—Hija entrañable de un viejo ciego, Antígona, ¿qué lugares son éstos que hemos alcanzado? O, si se trata de alguna ciudad, ¿a quién pertenece? ¿Quién al errante Edipo acogerá en el día de hoy, que pide poco pero que consigue todavía menos que poco? Pero aun este poco me basta. Es que los sufrimientos y la larga edad que me acompaña me enseñan a contentarme, y también, en tercer lugar, mi propio carácter. En fin, hija entrañable, si ves algún sitio adecuado para sentarme bien al borde de lugares transitados bien junto a alamedas sagradas de los dioses, colócame y asiéntame, para informarnos de dónde es donde estamos[1]. Pues hemos venido a aprender de ciudadanos en nuestra condición de extranjeros, y a cumplir lo que oigamos.

ANTÍGONA.—Padre Edipo avezado a las desgracias, hay lejos según puede juzgarse a simple vista torreones que ocultan una ciudadela. El lugar este es sagrado, como es claro deducir, pues rebosa de laurel, olivar y viñedo. Y entre un mar de revoloteos dentro por todo él trinan deliciosamente los ruiseñores. Dobla tus piernas aquí sobre esta áspera roca, pues llevaste a cabo un viaje demasiado largo para lo viejo que eres.

EDIPO.—Siéntame entonces y cuida de este ciego.

ANTÍGONA.—Por el largo tiempo que llevo haciéndolo, no necesito aprenderlo ahora.

---

[1] El oráculo ha anunciado a Edipo que busque un lugar determinado, de ahí su interés por verificar si lo ha conseguido. Cfr. líneas 84 y ss.

EDIPO.—¿Puedes enseñarme ya qué lugar es éste en el que nos hemos establecido?

ANTÍGONA.—Sí, reconozco la ciudad de Atenas, pero este lugar no.

EDIPO.—En efecto, todos y cada uno de los viajeros nos indicaban precisamente eso.

ANTÍGONA.—Entonces ¿corro a algún sitio y me entero de qué lugar es?

EDIPO.—Sí, hija de mis entrañas, si es que está habitado.

ANTÍGONA.—No lo dudes, de seguro que está habitado y creo que no necesito ir a preguntar nada, pues observo cerca de nosotros dos a un hombre, éste de aquí.

EDIPO.—¿Viene derecho hacia aquí con paso apresurado?

(*Entra en escena un* EXTRANJERO.)

ANTÍGONA.—Tanto que de hecho ya está ahí. Y cualquier razonamiento que consideres oportuno alegar, díselo reduciéndote a él, porque el hombre está aquí.

EDIPO.—Extranjero, al oír a ésta, que ve por mí y por ella misma, que efectivamente has llegado como providencial observador nuestro para indicarnos en relación con lo que ignoramos...

EXTRANJERO.—Entonces, antes de continuar preguntando más, levántate de este asiento, pues no puedes hollar un lugar sagrado.

EDIPO.—¿Y qué lugar es? ¿A qué divinidad se entiende que está dedicado?

EXTRANJERO.—Es un lugar intangible y no habitable, pues lo ocupan las temibles diosas, las hijas de Tierra y Sombra.

EDIPO.—¿Quiénes son ellas, y cuál su venerable nombre? Pues, una vez que me entere de ello, querría dedicarles mi oración.

EXTRANJERO.—Concretamente la gente aquí las llamaría *Las Bienintencionadas que todo lo ven,* pero en cada sitio distinto tienen nombres diferentes, todos hermosos.

EDIPO.—Entonces ¡ojalá acojan favorables a este suplicante!, en la idea de que no saldría ya del asiento de esta tierra.

EXTRANJERO.—¿Qué significa eso?

EDIPO.—La contraseña de los avatares que me esperan.

EXTRANJERO.—Sin embargo, a pesar de lo que te dije, tienes que saber que tampoco tengo yo la osadía de expulsarte de aquí

sin el consentimiento de la ciudad, al menos hasta que le indique a ella qué es lo que debo hacer.

EDIPO.—Entonces, extranjero, por los dioses, no prives a este tan desgraciado vagabundo que soy yo del honor de decirme lo que voy a solicitarte.

EXTRANJERO.—Pregunta, y no resultarás privado de ese honor al menos por mí.

EDIPO.—¿Qué lugar es, pues, éste en el que hemos entrado?

EXTRANJERO.—Cuanto sé yo también lo oirás y sabrás tú. El lugar este es todo él sagrado, y los derechos del dominio sobre él los tiene el venerable Posidón y también el dios ignífero, el Titán Prometeo. Y el sitio que pisas se llama *umbral de broncíneo pedestal* de este país, *valladar*[2] *de Atenas*. Y los campos vecinos se ufanan de que éste que aquí ves[3], Colono el Caballero, fue su autoridad primera, y todos ellos llevan el apelativo de éste como denominación común. Hazte a la idea, extranjero, de que esta zona es así, honrada no con simples relatos, sino mucho más con la gente que aquí se consagra.

EDIPO.—¿Es que entonces habita alguien estos lugares?

EXTRANJERO.—Y tanto que sí. Los llamados precisamente con el nombre de este dios.

EDIPO.—¿Manda alguien en ellos, o las decisiones las toma el pueblo?

EXTRANJERO.—Estos lugares están gobernados por el rey de la capital.

EDIPO.—¿Y quién es ése que se impone por la razón y por la fuerza?

EXTRANJERO.—Se llama Teseo, hijo de su predecesor Egeo.

EDIPO.—¿Puede acaso llegarse hasta él un emisario de entre vosotros?

EXTRANJERO.—¿Con qué intención, y para qué? ¿Para explicarle lo que sucede, o para convencerlo de que venga?

EDIPO.—Para que obtenga una ganancia enorme por una insignificante ayuda que me preste.

EXTRANJERO.—¿Y qué ayuda puede esperarse de un hombre que no ve?

EDIPO.—Todo cuanto le declare se lo explicaré de forma lúcida.

---

[2] Porque en el año 407 a.C. había sido detenido en Colono un ataque de un contingente militar dirigido por Agis de Esparta.

[3] Señala a una estatua que encarna al héroe mítico *Colono.*

EXTRANJERO.—¿Sabes, extranjero, cómo no errar ahora? Te digo esto porque eres, a juzgar por lo que se ve, noble excepto en tu suerte. Quédate aquí, exactamente donde apareciste, mientras yo voy a explicarles esto a los habitantes del pueblo de aquí, no de la capital, pues éstos decidirán efectivamente si es bueno que te quedes o si, por el contrario, que te marches.

EDIPO.—Hija de mis entrañas, ¿se nos ha ido el extranjero?

ANTÍGONA.—Sí, se ha ido, de suerte que puedes, padre, hablar tranquilamente todo, pues yo soy la única que estoy a tu lado.

EDIPO.—Soberanas de terrorífico mirar, dado que ahora flexioné yo mis piernas tomando asiento en vuestros dominios antes que en ningún otro lugar de este país, no seáis desconsideradas conmigo y tampoco con Febo, quien, al vaticinarme aquellas famosas e innumerables calamidades, me señaló con claros argumentos que el hecho de llegar yo, transcurrido largo tiempo, a un país venerable, significaba mi descanso definitivo. También me dijo que en el lugar mencionado reposaría mi desgraciada vida, habitando para provecho de los que me hayan acogido y para desgracia de los que me despidieron, que en realidad me expulsaron. Y me garantizaba que había de llegar en prueba de ello o un terremoto o un trueno o el rayo de Zeus. Pues bien, me doy buena cuenta de que no es posible que no me haya dirigido este viaje hasta este bosque sagrado algún fiel augurio obra vuestra, pues al recorrer tantos caminos nunca habríais sido vosotras las primeras con quienes hubiera venido a toparme, yo sobrio con vosotras que aborrecéis el vino, ni me habría asentado en este venerable y tosco asiento. En fin, diosas, de acuerdo con los oráculos de Apolo, concededme ya la conclusión y el acabamiento de mi vida, a menos que os dé la impresión de que he sufrido todavía demasiado poco, yo que he sido esclavo permanente de las fatigas más imponentes que en los humanos caben. Vamos, dulces hijas de la prístina Sombra, vamos, Atenas, denominada según la excelsa Palas, ciudad la más digna entre todas, compadeceos de esta ajada imagen del varón Edipo, pues ya no es éste su prístina figura.

ANTÍGONA.—Calla[4], pues se acercan ya, helos ahí, unos hombres de edad madura a inspeccionar tu asentamiento.

---

[4] Fórmula de la tragedia: es menester callarse ante la llegada de un extraño o enemigo. Cfr. *Áyax*, 1040, y *Las Traquinias*, 731 y ss.

EDIPO.—Me callaré y tú oculta mis pasos lejos del camino, en el interior de la sagrada alameda, hasta que me entere en qué sentido se expresan, pues en la buena información radica la precaución a la hora de actuar.

(Se ocultan ambos en el bosque. Mientras tanto van entrando ancianos de Colono que forman el CORO.*)*

ESTROFA 1

CORO.
Busca[5] por ahí. ¿Quién era entonces? ¿Dónde se halla?
¿Dónde se encuentra instalado, alejado a toda prisa de este lugar
ése que se siente insatisfecho con todo, absolutamente con todo?
Escudriña todo, hay que encontrarlo,
infórmate por todas partes.
Un vagabundo, un vagabundo era el viejo y no un
lugareño, pues de no ser así no habría
pasado nunca a un lugar que está prohibido pisar, la sacra alameda
de estas invencibles muchachas cuyas imágenes ves,
a quienes nos aterroriza nombrar,
e incluso cuando pasamos ante ellas
sólo nos atrevemos a dedicarles la comunicación de un pensamiento piadoso,
sin mirarlas de frente, sin pronunciar su nombre[6], sin referirnos a ellas.
Pero ahora hay información de que ha llegado uno
que no respeta nada,
a quien yo, pese a buscarlo por todo
el recinto sagrado, todavía no puedo
descubrir dónde se me encuentra.

(Salen del bosque EDIPO *y* ANTÍGONA.*)*

[5] Fórmula de la tragedia es este modelo de búsqueda. Cfr. *Ayax,* líneas 866 y ss. También aparece este modelo en la comedia, cfr. Aristófanes, *Acarnienses,* 204 y ss.

[6] Porque, de mencionar su propio nombre, redundaría en daño para quien lo mencionara, por el poder mágico de la palabra, pues son nombres *tabú.* Sólo puede contrarrestarse el mal dirigiéndose a ellas por eufemismos.

Edipo.—Ese que buscáis aquí está, soy yo, pues según reza el dicho os veo por el sonido de vuestras palabras.

Corifeo.—Oh, oh. Es espantoso a la vista y espantoso al oído.

Edipo.—Por favor, no me veáis como algo anormal.

Corifeo.—Zeus Ahuyentador[7] de males, acude en nuestro auxilio. ¿Quién puede ser el viejo?

Edipo.—Uno que no es posible en absoluto considerarlo feliz por éxitos de primera magnitud, oh guardianes de este país. Y os lo voy a demostrar: si no fuera así como os digo, en efecto, no me deslizaría de esta manera con la ayuda de ojos ajenos ni anclaría yo tan grande sobre una cosa tan pequeña como es mi hija.

Antístrofa 1

Coro.

¡Eh, oye! ¿Estás dotado por nacimiento
de un mirar ciego?
Mala y larga vida has pasado, según es dado deducir.
Pero te aseguro que por mi parte no te voy a dar motivos
de añadir más imprecaciones a las que acabas de pronunciar.
Sí, has pasado, has pasado. Sin embargo no te propases[8]
hasta el sitio, situado dentro de este inefable
bosque herboso, en el que la cratera[9] repleta de agua
confluye con la corriente
de melosos y bebibles líquidos.
Extranjero, tú el colmo de la desgracia, guárdate bien
de estas diosas, cambia de sitio, salte fuera. El trecho que nos separa es enorme.
¿Me oyes, oh muy desventurado vagabundo?
Si vas a dar alguna explicación
a mi plática, tras traspasar lo que no debió ser traspasado
habla en un lugar donde a todos es permitido hablar,
pero antes abstente.

---

[7] Invoca a Zeus bajo este título para que los proteja de la mácula de Edipo.

[8] La forma ἵνα, línea 155, es un hermoso antecedente de la forma νά del griego moderno que caracteriza el subjuntivo. Cfr. A. Mirambel, *Grammaire du Grec Moderne*, París, 1969, pág. 124.

[9] Esta cratera se encuentra al fondo del bosque. Cfr. líneas 472-479 y 1593.

EDIPO.—Hija, ¿qué decisión tomará uno?
ANTÍGONA.—Padre, conviene comportarse igual que los de esta ciudad, cediendo y atendiéndoles en lo debido.
EDIPO.—Agárrame entonces.
ANTÍGONA.—Ya te agarro.
EDIPO.—Extranjeros, ¡que luego no vaya a recibir daño por confiar en éste y cambiar de sitio!
CORO.—Tranquilo, que nadie te sacará, si no quieres, de este sitio.

ESTROFA 2

(Se adelanta EDIPO *conducido por* ANTÍGONA.)

EDIPO *(Dando otro paso).*—¿Todavía más?
CORO.—Camina todavía más.
EDIPO.—¿Todavía?
CORO *(A* ANTÍGONA).—Hazle avanzar más, muchacha, pues tú me entiendes[10].
ANTÍGONA.—Sí, sigue, así con ciego...
EDIPO.—¡Ay de mí, ay de mí!
ANTÍGONA.— ...pie, por donde te llevo, padre.
CORO.—Acepta, extranjero que estás en tierra extraña, tú que tanto has tenido que aceptar, detestar todo lo que también esta ciudad ha consolidado como desfavorable y respetar lo favorable.
EDIPO.—Llévame entonces, niña, a donde a caballo de la piedad hayamos de decir lo nuestro y escuchar lo suyo y no nos enfrentemos a la ineluctable necesidad.
CORIFEO.—Ahí. No dobles ya tus pasos fuera del pasal este de la roca que queda frente a ti.

ANTÍSTROFA 2

EDIPO.—¿Así?
CORO.—Suficiente, como lo oyes.
EDIPO.—¿Entonces tomo asiento?
CORO.—Sí, pero echándote a un lado y agachándote un poco sobre el borde de la roca.

---

[10] Sujeto Antígona.

ANTÍGONA.—Padre, yo me ocupo de esto. Con suavidad...
EDIPO.—¡Ay de mí, ay de mí!
ANTÍGONA.—... asegura un paso con otro paso, reclinando tu cuerpo anciano en mi mano cariñosa.
EDIPO.—¡Ay de mi insensata locura!
CORO.—¡Cuitado de ti! Ahora que estás relajado aclara: ¿quién eres? ¿Quién eres tú que vienes conducido víctima de tanta calamidad? ¿Cuál es tu patria de la que enterarme?

EPODO

EDIPO.—Extranjeros, soy apátrida. Pero no...
CORO.—¿Qué es lo que vas a prohibirnos, anciano?
EDIPO.—... que no me preguntes quién soy ni tampoco indagues más con tus pesquisas.
CORO.—¿A qué se debe este tu aspecto?
EDIPO.—Terrible es la naturaleza.
CORO.—Explícate.
EDIPO (*A* ANTÍGONA).—Hija, ay de mí, ¿qué respuesta daré?
CORO.—Di, oh extranjero, ¿de qué familia eres y de qué padre?
EDIPO.—¡Ay! ¿Qué va a ser de mí, hija mía?
ANTÍGONA.—Explícaselo, pues estás cogido por todas partes.
EDIPO.—En fin, se lo diré, pues no tengo escapatoria.
CORO.—Estáis los dos dando muchas largas al asunto. Por el contrario, date prisa.
EDIPO.—¿Conocéis al hijo de Layo?
CORO.—¡Uf![11].
EDIPO.—¿Y la estirpe de los descendientes de Lábdaco?
CORO.—Oh Zeus.
EDIPO.—¿Y al infeliz Edipo?
CORO.—¿Acaso eres tú?
EDIPO.—No tengáis ningún miedo por cuanto os estoy dando a entender.
CORO.—Oh, oh, oh.
EDIPO.—¡Qué desventurado soy!
CORO.—Oh, oh.

---

[11] Esta exclamación le sale al coro con sólo oír la palabra *Layo*, porque la fama de los sucesos de Edipo debió haber volado por toda la Hélade. Esto presupone la reacción del coro en líneas 226 y ss. Cfr. también líneas 517 y ss., y 551 y ss.

EDIPO.—Hija, ¿qué ocurrirá ahora?
CORO.—Id lejos, fuera de este país.
EDIPO.—¿Y en dónde depositarás el pago que prometiste?
CORO.—No hay nadie sobre quien recaiga el castigo fatal de ser castigado por algo de que haya sido víctima anteriormente, sino que un engaño que encuentra su respuesta en otro engaño da en pago a su autor primero conseguir pena, no agradecimiento. Por eso tú, ¡fuera otra vez de estos sitios, corre de nuevo arrojado fuera de mi país no sea que impliques todavía a mi ciudad en alguna carga!

(Se interpone ANTÍGONA *entre el* CORO *y* EDIPO.*)*

ANTÍGONA.—Extranjeros respetables, sin embargo, ya que a este mi anciano padre no soportáis oír el relato de unos hechos en los que se vio envuelto sin querer, sin embargo, por favor, compadeceos, extranjeros, de mí, ¡esta miserable!, que os suplico sólo por un padre, que os suplico viendo tus ojos con los míos no ciegos como os pudiera suplicar una de vuestra propia sangre que se os presentara: que este infeliz obtenga vuestra consideración. Pues en vuestras manos estamos cual si de un dios se tratara ¡desventurados de nosotros! En fin, vamos, aprobad con un simple movimiento de cabeza este insospechado favor. Te lo suplico por lo que te sea más querido, o tu hijo o tu esposa o tus riquezas o la divinidad. Pues por mucho que mires no lograrías ver a un solo mortal que si lo empujara la divinidad pudiera escapar.
CORIFEO.—Sin embargo, entérate, hija de Edipo, sentimos compasión por ti igual que por él en consideración a la desgracia que os aqueja, pero por miedo a la venganza divina no podemos decirte más que lo que ahora te hemos dicho.
EDIPO.—¿Qué ayuda aporta entonces vuestra fama, y qué, vuestro nombre, hermoso pero que corre en vano, cuando es precisamente Atenas de quien afirma la gente que es respetuosísima con los dioses, y que es la única capaz de salvar al extranjero maltrecho, y única que puede defenderlo? Entonces, al menos para mí ¿dónde está eso, cuando vosotros, tras obligarme a levantarme de estos asientos luego me expulsáis sólo por miedo a mi nombre, pues lo que es a mi persona o a mis acciones de eso sí que no tenéis miedo, puesto que por lo menos mis acciones son víctima de des-

gracias más que agentes de ellas, como estaríais de acuerdo si fuera menester explicar las cuestiones referentes a mi madre y a mi padre, cosas por las cuales me expulsas. ¡Esto bien me lo sé yo! Y sin embargo, ¿cómo puedo yo ser ruin de natural, quien no hice otra cosa más que devolver el golpe que había recibido, cuando resulta que si hubiera actuado sabedor de la realidad ni aun así habría sido vil? Pero la realidad es que sin saber nada llegué a donde llegué, y en cambio estuve a punto de perecer a manos de quienes sí lo sabían. Por estas razones, ¡os lo suplico, extranjeros, en nombre de los dioses!, de acuerdo con la promesa con la que me hicisteis levantar salvadme ateniéndoos a ella y si honráis a los dioses dejad de tener luego a los dioses en ninguna estima sino pensad ante todo que ellos se fijan en el mortal piadoso y que se fijan en los impíos y que todavía no ha habido en parte alguna ningún hombre pecaminoso que haya logrado escapar a los dioses. Con ellos no rebajes tú el honor de la bienhadada Atenas colaborando en acciones impías sino, de la misma manera que me acogiste suplicante bajo palabra de honor, protégeme y guárdame y no me desprecies simplemente por ver mi cara odiosa a la vista. Pues he llegado santo y pío y portador de utilidad para los habitantes de aquí. Y cuando se presente el caudillo, quienquiera que sea, concretamente el que es vuestro jefe, entonces oirás y constatarás todo, pero mientras tanto no seas en modo alguno perverso.

CORIFEO.—Anciano, es de todo punto forzoso respetar trémulamente tus puntos de vista, pues no son citados con razones insignificantes. Y me basta con que el rey de este país lo decida así.

EDIPO.—¿Y dónde está, extranjeros, el que manda en este país?

CORIFEO.—Habita en la metrópoli. Pero el guarda que me trajo a mí aquí ha ido a buscarlo también a él.

EDIPO.—¿Creéis que prestará alguna atención o consideración a este ciego hasta el punto de acercarse personalmente aquí?

CORIFEO.—Y mucha, tan pronto como se entere de tu nombre.

EDIPO.—¿Y quién es el que ha de transmitirle esta última e importante información?

CORIFEO.—Largo es el trecho, pero las noticias importantes gustan difundirse con profusión entre viajeros, al enterarse de las cuales ése se presentará aquí, estate seguro, pues tu nombre,

anciano, ha llegado continuamente a todos, de suerte que aunque tenga un sueño pesado, al oír de ti llegará rápido aquí.

EDIPO.—Entonces ¡ojalá llegara en buena hora para su propia ciudad y para mí!, pues ¿qué hombre de bien no mira por sí[12]?

ANTÍGONA.—Oh Zeus, ¿qué interpretación de este hecho haré? ¿A qué enfoque acudiré para hacerme de ello una idea exacta, padre?

EDIPO.—¿Pero qué ocurre, Antígona, hija de mis entrañas?

ANTÍGONA.—Estoy viendo a una mujer que cada vez se viene acercando más a nosotros cabalgando sobre una potra del Etna[13], y sobre su cabeza un gorro tesalio que la protege del sol le cubre la cara. ¡Cómo puedo asegurarlo! ¿Es? ¿No es? Mi interpretación divaga, y lo afirmo y lo niego, y en definitiva no sé qué afirmar. ¡Cuitada, no es nadie más que ella! ¡Claro, por eso me hace señales según avanza hacia aquí y con su radiante mirada me saluda! Mira, se ve claro que no es otra más que la persona de Ismene.

EDIPO.—¿Qué acabas de decir, querida hija?

ANTÍGONA.—Que estoy viendo a quien es hija tuya y hermana mía. Ahora ya podemos reconocerla por la voz.

(Entra en escena ISMENE *acompañada de su esclavo.)*

ISMENE.—Oh, los dos saludos más dulces para mí, los dirigidos a mi padre y a mi hermana, ¡cuánto trabajo y cuánto sinsabor me costó encontraros y veros por segunda vez!

EDIPO.—Hija de mis entrañas, ¿estás aquí?

ISMENE.—Sí, padre desdichado por lo que se ve.

EDIPO.—Hija, ¿te has dejado ver?

ISMENE.—No sin poco esfuerzo.

EDIPO.—Agárrame, hija.

ISMENE.—Os agarro a los dos a la vez.

EDIPO.—¡Casta de mi misma sangre!

ISMENE.—Sí, seres desgraciados.

EDIPO.—¿Ésta y yo?

---

[12] Fórmula de la tragedia. Cfr. *Áyax*, líneas 1366-1367.

[13] Como demuestra un escolio al verso setenta y tres de la *Paz* de Aristófanes, la raza de caballos de Sicilia era especialmente apreciada así como las mulas de Etna, según Focio, *Lexicon*, pág. 73.

ISMENE.—Y también yo, la tercera desgraciada.
EDIPO.—Hija, ¿a qué viniste?
ISMENE.—Preocupada por ti, padre.
EDIPO.—¿Acaso por añoranza?
ISMENE.—Y mensajero personal de muy importantes noticias, en compañía del único servidor fiel que tenía[14].
EDIPO.—Y tus hermanos, jóvenes capacitados para los trabajos, ¿dónde están?
ISMENE.—¡Qué importa eso: están donde están! Las relaciones actuales entre ellos son terribles.
EDIPO.—Oh. Aquellos dos se comportan según las costumbres de Egipto[15] en su carácter y en la manera de vivir. Allá, en efecto, los varones están sentados en casa ocupados en el telar, y en cambio sus compañeras buscan siempre fuera de casa los sustentos de la vida. Hijas, entre vosotros quienes era natural que soportaran estos trabajos cuidan de la casa como muchachas y en cambio sois vosotras en vez de ellos quienes sobrelleváis mis propias calamidades, desgraciado de mí. Ésta, desde que dejó la tierna crianza y hubo fortalecido su cuerpo, errante siempre la pobrecilla en compañía mía, guía a un viejo, vagando constantemente, sin comer y descalza, por entre los bosques agrestes y, por otro lado, aunque fatigada por abundantes lluvias y ardores del sol que se ve obligada a soportar, considera la cuestión de su permanencia en casa secundaria con tal de que su padre consiga el sustento diario. Por otro lado, tú, hija de mis entrañas, antes llegaste trayendo a tu padre, a escondidas de los cadmeos, todos los oráculos que habían sido profetizados en relación a este cadáver que soy yo y además te constituiste en fiel guardiana mía cuando estaba siendo expulsado del país. Y ahora ¿qué otra información has venido a traer a tu padre, Ismene? ¿Qué embajada te hizo partir de casa? Pues con las manos vacías eso sí que no has venido, de eso estoy seguro, no, eso no, sin traerme a mí algún motivo de angustia.

---

[14] Se trata, sin duda, de la potra etnea, de suerte que la expresión desborda amargura y tristeza. En efecto, a veces acompañan a los señores esclavos que permanecen mudos. Pero no parece ser éste el caso, pues Antígona hace una cabal descripción de la comitiva de Ismene y allí no aparece por parte alguna ningún ser vivo más que la potra.
[15] Una vez más Sófocles coincide con Heródoto, 2,35.

ISMENE.—Yo, padre, en lo tocante a los padecimientos que sufrí al buscar los medios de subsistencia para ti donde fueras a residir[16] prescindiré de ellos y los pasaré por alto, pues no me apetece en absoluto dolerme dos veces, al padecerlos y otra vez de nuevo al recordarlos. Son las calamidades que embargan ahora a tus dos desventurados hijos las que he venido a comunicarte. En efecto, antes rivalizaban por dejar el trono a Creonte y por no manchar la ciudad, no olvidando en sus conversaciones cómo la antigua destrucción de tu estirpe hizo presa en tu desgraciada casa. Pero ahora, a instancias de algún dios y de una pecaminosa mente, les ha entrado a los tres[17] veces desgraciados una alocada rivalidad por hacerse con el mando y poder real. Y el joven y de menor edad[18] intentó privar del trono a Polinices, nacido antes que él, y ya lo ha expulsado de la patria. Pero éste, según los numerosos rumores que circulan entre nosotros, tras llegar como refugiado al valle de Argos, contrae reciente matrimonio[19] y se hace con aliados de guerra, convencido de que Argos, sin más dilaciones, o conquistará en duelo el campo de los cadmeos o elevará la gloria tebana hasta el firmamento. Esto, padre, no es un cuento de simples palabras sino hechos tremendos. Por lo demás, en qué momento los dioses van a compadecerse de tus sufrimientos es algo que no puedo saber.

EDIPO.—¿Es que todavía albergas esperanzas de que los dioses tomarán tanto interés por mí que consiga salvarme algún día?

ISMENE.—Claro que sí, padre, precisamente por las actuales profecías.

EDIPO.—¿Cuáles son ésas? ¿Qué es lo que ha sido profetizado, hija de mis entrañas?

---

[16] No se refiere, como suele entenderse, a supuestos padecimientos de Ismene por hallar en este viaje a su padre, pues ¿qué hacemos con τὴν σὴν...τροφὴν, elemento esencial de tal sufrimiento? ¿Prescindir de ello, como es habitual? Si hubiera aquí padecimientos sería ello incongruente con lo hermosa que llega Ismene, cuidadosamente vestida para evitar el ardor del sol, y cómodamente cabalgando en buena cabalgadura. Se refiere evidentemente a lo señalado por Edipo en líneas 355-356: a los cuidados de Ismene en los primeros momentos de su destierro.

[17] Sobre la función del número *tres* como el colmo o final de una acción cfr. *Edipo Rey*, nota 111.

[18] Eteocles.

[19] Polinices se refugió en Argos y se casó con Argía, hija de Adrasto.

ISMENE.—Que llegará el día en que tú serás solicitado por los hombres de allí, no sólo de muerto, sino también cuando todavía vivas, para disfrutar ellos de bienestar.

EDIPO.—¿Pero quién puede hacer un buen negocio a costa de un hombre tan desgraciado?

ISMENE.—Se asegura que su fuerza va a depender de ti.

EDIPO.—Cuando ya no existo ¿es acaso entonces cuando soy hombre de valía?

ISMENE.—Es que ahora los dioses te elevan mientras antes te destruyeron.

EDIPO.—De poco vale levantar a un viejo que de joven haya caído.

ISMENE.—Ten por seguro que, por las razones aludidas, el propio Creonte[20] vendrá en cosa de poco tiempo y no demasiado ¡de ninguna manera!

EDIPO.—¿Con qué cometido, hija? Explícamelo.

ISMENE.—Para colocar tu estela funeraria a la vera del país cadmeo, por un lado, con objeto de tener autoridad sobre ti, pero, por otro, con el fin de que no pongas tus pies dentro de los límites del país.

EDIPO.—¿Y cuál es mi utilidad si yazgo fuera del país?

ISMENE.—Es que tu tumba, al ser malhadada, es cosa grave para ellos.

EDIPO.—Lo que es eso cualquiera puede comprenderlo, incluso sin el concurso del dios, por sentido común.

ISMENE.—Pues bien, por eso pretenden darte sepultura muy cerca del país y no donde pudieras disponer de ti mismo.

EDIPO.—¿Me cubrirán también con tierra tebana?

ISMENE.—Es que no lo permite la sangre familiar[21] vertida por ti.

EDIPO.—Entonces no hay cuidado de que consigan disponer algún día al menos de mí.

ISMENE.—Entonces esa tu determinación resultará algun día de gravedad para los cadmeos.

EDIPO.—¿Por la presencia de qué circunstancia hostil, hija de mis entrañas?

ISMENE.—Por el enojo con que los tratarás tú cuando asienten sus reales sobre tu sepultura.

---

[20] Hermano de la esposa de Edipo, Yocasta, y digno embajador de Tebas.

[21] Esto es, el asesinato de su padre Layo.

EDIPO.—¿A quién oíste, hija de mis entrañas, lo que con tanto detalle indicas y tan convincentemente expresas?

ISMENE.—A unos emisarios llegados del hogar délfico.

EDIPO.—¿Fue Febo quien con su autoridad ha anunciado también esto concerniente a mí?

ISMENE.—Es lo que aseguran los que llegaron a la tierra de Tebas.

EDIPO.—Y bien, ¿alguno de mis propios hijos lo oyó?

ISMENE.—Sí, ambos por igual, y están bien al tanto de ello.

EDIPO.—¿Y entonces ellos, ¡los muy ruines!, pese a oírlo antepusieron su ansia de mando a su interés por mí?

ISMENE.—Se me hiela el alma al oír esto pero, aun así, debo admitirlo.

EDIPO.—Sin embargo, ¡ojalá que los dioses no extingan la fatal disputa en que están empeñados sino que dependa de mí su resultado y lo referente a la presente lucha entre los dos a la que ahora se aferran y en la que agitan la lanza! Porque en ese caso ni el que ocupa ahora el cetro y el trono los mantendría ni el que ha marchado fuera regresaría de nuevo alguna vez, justo quienes a mí, su progenitor, ni me mantuvieron ni defendieron cuando era expulsado tan ignominiosamente de la patria sino que, arrojado del hogar, fui por lo que a ellos toca enviado al destierro y expulsado a voz de heraldo[22]. Podrías objetarme que la ciudad no hizo sino concederme ese don conforme a mis deseos, en la idea de que era lo que yo pretendía. Pero no es cierta su preocupación por mí, porque, el día mismo del hecho, en el momento en que mi corazón hervía y lo más grato para mí era morir y ser lapidado por medio de piedras, nadie apareció a favorecer mis deseos cuando éste que aquí veis lo anhelaba ardientemente. Con el tiempo, cuando toda mi congoja estaba ya pasada y entendía yo que mi furor había corrido a actuar como verdugo de mis yerros anteriores con crueldad superior a lo que se merecían, entonces ya fue cuando la ciudad empezó a pensar en expulsarme del país por la fuerza tras tanto tiempo, mientras que los que eran sus propios hijos y que podían ayudar a su padre, ésos no quisieron ejercer su influencia sino que, por una simple palabra[23], deste-

---

[22] He aquí la figura literaria del ὕστερον πρότερον en línea 430.

[23] Que no se pronuncia, pues de haber hecho sus hijos la menor insinuación se habría impedido el destierro de Edipo.

rrado al extranjero por su culpa he vagado siempre de mendigo. En cambio, gracias a éstas dos, que son chicas pero sólo en la medida en que la naturaleza da esa condición, obtengo el sustento de mi vida, la seguridad del país y la ayuda propia de la familia. Pero ellos dos prefirieron conquistar tronos y cetros y capitanear su país, en vez de a su padre. En fin, no hay cuidado alguno de que vayan a tener la suerte de contar conmigo como aliado, y de nada les valdrá la jefatura cadmea que ahora se disputan. Esto es algo que sé yo, al oír a ésta los oráculos y al meditar en las viejas profecías enunciadas por mi causa y que Febo, a la postre, vino a cumplir. Ante esta realidad ¡que manden a buscarme al propio Creonte y a cualquier otro de prestigio en la ciudad! Pues en caso de que vosotros, extranjeros, con estas venerables diosas protectoras de vuestro pueblo aceptéis prestarme vuestro concurso, sois vosotros los que vais a conseguir para esta ciudad un valioso salvador y para mis enemigos penalidades.

CORIFEO.—Eres, Edipo, digno de compasión, no sólo tú sino también estas tus hijas. Y puesto que eres tú quien te presentas a ti mismo, según esta explicación, como salvador de este país, quiero aconsejarte lo que procede.

EDIPO.—Queridísimo amigo, ofréceme tus consejos, pues ahora he de cumplir todo lo que me aconsejes.

CORIFEO.—Alcanza ahora la purificación de parte de estas diosas a las que al principio tocaste y cuyo suelo hollaste.

EDIPO.—¿De qué manera? Extranjeros, informadme.

CORIFEO.—En primer lugar procúrate santas abluciones de la fuente eternamente fluyente tras tocarla mediante santificadas manos.

EDIPO.—Y una vez que haya conseguido esa libación inmaculada, ¿qué?

CORIFEO.—Hay unas crateras, obra de un hombre muy hábil: corona su parte superior y sus asas de uno y otro lado de la boca.

EDIPO.—¿Con ramas o con lana o de qué forma?

CORIFEO.—Sí, con mechones[24] recién trasquilados de una borrega que hayas cogido.

EDIPO.—Sea. Y a continuación de esto ¿a dónde debo ir a parar?

CORIFEO.—A verter abluciones colocándote de cara al alba.

---

[24] La lana desempeña siempre un papel particular en los ritos arcaicos. Cfr. *Las Traquinias*, líneas 675 y ss.

EDIPO.—¿Es con las vasijas de que hablas con las que debo verter las abluciones?

CORIFEO.—Sí, vertiendo tres abluciones, y el resto del contenido de la vasija todo de una vez.

EDIPO.—¿De qué lleno esta última parte para hacer la ablución? Indícame también esto.

CORIFEO.—De agua, de miel. Pero no le añadas vino.

EDIPO.—Y una vez que la tierra de negras hojas haya conseguido estos dones, ¿qué?

CORIFEO.—Al tiempo que con ambas manos vas depositando en ella ramas de olivo en número de tres veces nueve[25] reza esta súplica...

EDIPO.—Eso es lo que anhelo oír, pues es lo más importante.

CORIFEO.—Pídeles tú mismo, y también puede hacerlo cualquier otro en sustitución tuya, que según las llamamos *Bienintencionadas* reciban con bienintencionados corazones a este suplicante que trae la salvación, pronunciando la plegaria de manera imperceptible y sin elevar la voz. Luego retírate sin volverte[26]. Si cumples estos preceptos yo estaría a tu lado seguro, pero en otro caso, forastero, temería estar cerca de ti.

EDIPO.—Hijas, ¿habéis oído a los extranjeros del lugar?

ISMENE.—Los hemos oído. Asígnanos la tarea que es menester acometer.

EDIPO.—Yo no puedo caminar, pues carezco de las facultades precisas por no tener fuerza ni vista, dos calamidades. Vaya de prisa una de vosotras dos y cumpla estos encargos, pues creo que para satisfacer este débito vale una sola alma hasta por innumerables de ellas con tal de presentarse bienintencionada. En fin, es algo que debéis hacer con toda rapidez. Aparte de eso, lo único que tenéis que hacer es no dejarme solo, pues mi cuerpo no tendría fuerzas para moverse por sí solo sin un guía.

ISMENE.—En fin, iré yo a celebrar el ritual. Pero quiero saber dónde debo encontrar ese lugar.

CORIFEO.—En la parte de allá del bosque, extranjera. Pero en el caso de que tengas necesidad de algo, hay allí un vecino que te lo solucionará.

---

[25] El *tres* es un número sagrado, cuanto más sus múltiplos. Cfr. nota 17 de *Edipo en Colono* y la 111 de *Edipo Rey*.

[26] Ritual bien conocido de la *Biblia*.

ISMENE.—En ese caso puedo encaminarme ya a ese asunto. Antígona, tú cuida aquí de padre, pues aunque uno sufra por los padres no hay que tenerlo en cuenta.

(Se va ISMENE.*)*

ESTROFA 1

CORO.
Tremendo resulta, extranjero, volver a despertar
la calamidad quieta ya hace tiempo
Sin embargo anhelo enterarme...
EDIPO.
¿De qué?
CORO.
... del tremendo sufrimiento que se vio que era imposible de evitar,
con el que te encontraste.
EDIPO.
Por tu hospitalidad, no abras esta herida. Se trata de hechos ignominiosos.
CORO.
Es que necesito oír lo que hay de cierto en los numerosos rumores
que no hay forma de que cesen, oh extranjero.
EDIPO.
¡Ay de mí!
CORO.
Acepta, por favor.
EDIPO.
¡Ay, ay!

ANTÍSTROFA 1

EDIPO.
Cargué con una infamia, forasteros, cargué con ella,
sin querer, ¡testigo de ello sea dios!
Nada hay en todo ello que eligiera mi propia voluntad.
CORO.
¿Pero en relación con qué?

EDIPO.
La ciudad sin saber nada
me encadenó a una noche de bodas[27], ¡una calamidad!

CORO.—¿Entonces es verdad que entablaste, según tengo oído, relaciones matrimoniales que se resisten a ser nombradas con tu madre?

EDIPO.—¡Ay de mí, oír esto es la muerte, oh extranjero! Además, ésas dos, por un lado, mis...

CORO.—¡Qué afirmas!

EDIPO.—... hijas y, por otro, dos desgraciadas...

CORO.—Oh Zeus.

EDIPO.—... brotaron de un parto de nuestra misma madre.

ESTROFA 2

CORO.—Entonces ¡claro! son descendencia tuya y...

EDIPO.—A la vez hermanas de su padre.

CORO.—Oh.

EDIPO.—Sí oh, por las reiteraciones de innumerables calamidades.

CORO.—Fuiste víctima de...

EDIPO.—Fui víctima de algo tremendo de olvidar.

CORO.—Cometiste...

EDIPO.—No cometí.

CORO.—¿Entonces qué fue?

EDIPO.—Acepté recibir de la ciudad por los servicios que le había prestado con intrépido corazón un regalo que nunca debí aceptar.

ANTÍSTROFA 2

CORO.—¡Desventurado! ¿Y qué? ¿Cometiste el asesinato...

EDIPO.—¿Qué significa eso? ¿Qué quieres saber?

CORO.—... de tu padre?

EDIPO.—¡Ay, ay! ¡Acabas de asestarme un segundo golpe, herida tras herida!

CORO.—Mataste...

---

[27] Bien conocido de todos es que el supuesto forastero, Edipo, al llegar a Tebas y descifrar el enigma de la Esfinge, fue honrado con la mano de la reina, que resultó ser su madre Yocasta.

EDIPO.—Lo maté. Pero me asiste...

CORO.—¿Qué es ello?

EDIPO.—Alguna razón de parte de la justicia.

CORO.—¿Cuál es ella?

EDIPO.—Yo te lo explicaré: en efecto, lo golpeé y lo maté pero sin intención. Y por ley soy inocente, pues llegué a ello ignorante.

CORIFEO.—Y por cierto, nuestro soberano el vástago de Egeo, Teseo, míralo, viene hacia aquí puesto en camino por tu llamada.

(Entra TESEO *acompañado de su escolta.)*

TESEO.—Te reconozco, hijo de Layo, por haber oído referir a infinidad de personas antes de ahora las sangrientas destrucciones de tus ojos, y ahora mismo me reafirmo aún más, por haberlas oído a lo largo de este trayecto. En efecto, tu atuendo y tu desventurado aspecto nos evidencian que eres quien eres y con mi compasión hacia ti quiero preguntarte ¡desventurado Edipo! cuál es la súplica dirigida a la ciudad y a mí con la que te presentaste aquí tú y tu desdichado lazarillo. Házmela saber, pues tremendo tendría que ser el asunto que refirieras para que yo me inhibiera de él. Puesto que sé por experiencia propia que fui criado en el exilio, justamente como tú, y que, hombre por hombre, no hubo nadie que soportara más riesgos[28] que los que soporté yo sobre mi cabeza en tierra extraña, de modo que no eludiría colaborar en la salvación que sea de cualquier pobre extranjero, justo como tú ahora. Pues sé bien, porque soy humano, que el día de mañana no me pertenece en absoluto más que a ti.

EDIPO.—Teseo, tu noble generosidad llegó en su breve parlamento al fondo del asunto, de suerte que poca cosa es lo que preciso yo aclararte, pues tú lo has dicho, y por cierto muy bien, quién soy, de qué padre soy nacido y de qué país llegué, de manera que no me queda ninguna otra cosa sino decir lo que necesito, y con ello está acabada la exposición.

TESEO.—Eso mismo es lo que tienes que explicarme ahora, para que me entere.

---

[28] Los trabajos de Teseo fueron émulos de los de Heracles. Cfr. Plutarco, *Teseo*, 6-12.

EDIPO.—He venido a hacerte entrega de mi maltrecho cuerpo como regalo para ti, no apetecible a la vista pero la utilidad que de él se deriva es preferible a la de un cuerpo hermoso.

TESEO.—Pero ¿cuál es la utilidad que pretendes haber traído con tu llegada aquí?

EDIPO.—Con el tiempo quizá llegues a enterarte, pero ahora en absoluto.

TESEO.—¿Y en qué momento se verá tu aportación?

EDIPO.—Cuando yo muera y tú seas mi enterrador.

TESEO.—Me haces una petición que afecta al final de tu vida y, en cambio, de lo que media hasta él o lo mantienes en el olvido o no lo tienes en nada.

EDIPO.—Es que aquí, en lo que digo, se me condensa todo eso a lo que haces referencia.

TESEO.—Sin embargo el favor que me pides es cosa de poca importancia.

EDIPO.—A pesar de todo no lo olvides, pues la contienda esta no es asunto baladí, ¡en absoluto!

TESEO.—¿Te refieres a los problemas de tus hijos o a los míos?

EDIPO.—Aquéllos están empeñados en llevarme allá.

TESEO.—¡Bien, siempre que sea con tu consentimiento! Tampoco es agradable para ti estar desterrado.

EDIPO.—Sin embargo cuando yo lo pretendía no me lo permitían.

TESEO.—¡Tonto, el rencor con calamidades no es conveniente!

EDIPO.—Cuando me hayas entendido repréndeme, pero entretanto déjame.

TESEO.—Infórmame de todo, pues sin un conocimiento de los hechos no debo dar razones.

EDIPO.—He sido víctima, Teseo, de espantosas calamidades tras calamidades.

TESEO.—¿Es que vas a referirte a la vieja desgracia de tu familia?

EDIPO.—Ya no, pues precisamente eso es lo que todo el mundo entre los griegos a gritos propala.

TESEO.—¿Qué mal sufres tú superior al que sufre cualquier hombre?

EDIPO.—Las cosas me suceden de la siguiente manera: fui expulsado de mi tierra a impulso de mis propios vástagos y, por otro lado, no me está permitido regresar nunca más por mi condición de parricida.

TESEO.—Entonces ¿cómo van a mandar a buscarte si es para vivir separado de ellos?

EDIPO.—El enunciado del dios los ha de forzar a ello.

TESEO.—¿Por qué mal, enunciado por los oráculos?

EDIPO.—Porque forzosamente van a ser atacados por este país.

TESEO.—¿Pero cómo pueden volverse agrias mis relaciones con ellos?

EDIPO.—Queridísimo hijo de Egeo, sólo a los dioses no les llega la vejez ni la muerte jamás, en cambio todo lo demás lo arrasa el omnipotente tiempo: se agota el vigor de la tierra, se agota el del cuerpo, muere la lealtad, brota pujante la deslealtad y jamás soplan los aires del mismo sitio entre amigos y entre una ciudad con otra, pues a unos ahora y a otros en fecha posterior lo dulce se les vuelve amargo y lo amargo de nuevo amigable. También en el caso de Tebas, aunque en el momento presente sus relaciones contigo pasan afortunadamente por días de felicidad, el curso infinito del tiempo engendra en su devenir infinitas noches e infinitos días en los que los tebanos tirarán por los suelos a golpes de lanza por cuestión de poca importancia las relaciones ahora acordes, momento en que mi cadáver, dormido y enterrado frío ya, sorberá la sangre caliente de aquéllos, si Zeus todavía es Zeus y el hijo de Zeus, Febo, es verídico. En fin, dado que no es grato aludir a esa grave información que no se debe remover, quédate con lo que te dije al principio de mi parlamento y limítate a cumplir tu palabra de honor y en ese caso jamás dirás de Edipo que lo acogiste como inútil habitante de estos lugares, si es que los dioses no me han de engañar.

CORIFEO.—Soberano, hace rato este hombre se manifestaba dispuesto a cumplir estas y otras semejantes grandiosas promesas a favor de este país.

TESEO.—¿Quién entonces puede negar la benevolencia de varón tal? Quien en primer lugar tiene a su disposición entre nosotros de por siempre, por acuerdo recíproco, la hospitalidad que se deriva de una alianza bélica, y, luego, tras haber llegado como suplicante de estas divinidades, va a pagar a este país y a mí un tributo no deleznable. Yo por respeto a ello jamás desecharé el favor que nos va a dispensar sino que, por el contrario, lo acogeré en nuestro país. Y si es grato al extranjero quedarse aquí mismo *(dirigiéndose al* CORIFEO), te encargo que lo cuides. Pero si lo placentero para ti es marchar conmigo..., en fin, Edipo, te doy a elegir entre

estas posibilidades y que te quedes con la que prefieras, pues a ello me atendré.

EDIPO.—Oh Zeus, ¡ojalá concedas lo mejor a quienes son como éste!

TESEO.—¿Qué te interesa más entonces? ¿Marchar directamente a mis mansiones?

EDIPO.—Si me asistiera el más mínimo derecho a ello, así lo haría, pero es este el lugar...

TESEO.—¿Qué es lo que vas a hacer en él? Pues no me opondré.

EDIPO.—Es en este lugar donde me impondré a quienes me expulsaron.

TESEO.—Si fuera como dices, estarías refiriéndote a una enorme compensación por esta tu estancia entre nosotros.

EDIPO.—Así será, si lo que me estás asegurando permanece grabado en tu alma dispuesto a darle cumplimiento.

TESEO.—Lo que es en mi palabra, puedes confiar. No hay temor de que te traicione.

EDIPO.—Por supuesto que no te exigiré garantías bajo juramento como si de un ruin se tratara.

TESEO.—Es que no ibas a conseguir ni un poco más que por los razonamientos que te doy.

EDIPO.—Y bien, ¿cómo te comportarás?

TESEO.—¿Qué es lo que te infunde más miedo?

EDIPO.—Llegarán hombres...

TESEO.—No te preocupes, que eso quedará al cargo de mis soldados.

EDIPO.—¡Mira que si me abandonas...!

TESEO.—No me des lecciones de lo que debo hacer.

EDIPO.—Pero es que uno se ve obligado por miedo..

TESEO.—Mi corazón no teme.

EDIPO.—No sabes las amenazas...

TESEO.—Yo lo que sé es que ningún hombre te sacará de aquí porque haya podido conmigo. Efectivamente, ha habido ríos de amenazas que con furor han vertido muchas presunciones, y todo para nada, pues cuando el intelecto de la supuesta víctima logra hacerse con el control, aquellas amenazas no aparecen por parte alguna. De la misma manera, aunque ellos hayan osado manifestar terribles amenazas relativas a tu secuestro, estoy seguro de que el mar que los trae hasta este lugar se abrirá ante sus ojos demasiado extenso y no navegable para ellos. Por eso, incluso prescindiendo de mi opinión, te acon-

sejo que estés tranquilo si Febo te remitió aquí. No obstante, aunque yo no esté presente, sé que mi nombre te evitará que no sufras nada malo.

(Sale TESEO *seguido de su escolta.)*

ESTROFA 1

CORO[29].

Extranjero, has alcanzado un país
de hermosas yeguadas[30], cuyos aposentos son los mejores del mundo.
Se trata del refulgente Colono, donde entre la verde floresta
emite sus trinos el sonoro ruiseñor
especialmente abundante aquí,
quien se reserva para sí la hiedra de color vináceo
y los impenetrables pámpanos del dios Baco
que producen frutos mil, cerrados al sol
y cerrados al viento de todo tipo
de tempestades, por donde el dios báquico, Dioniso,
siempre anda metido,
cortejado por sus divinas nodrizas.

ANTÍSTROFA 1

Y crece al amparo del celestial rocío
el narciso de hermosos racimos continuamente
día tras día, guirnalda tradicional
de las dos Grandes Diosas, y también el azafrán
de áureo brillo. Y las fuentes del Cefiso,
suministradoras de corrientes de agua,
susurran sin dormirse
sino que de continuo, diariamente,
esta corriente que provoca los prontos brotes visita con su límpido rocío

---

[29] Según Plutarco, *An seni sit gerenda respublica*, 725a, Sófocles recitó este bellísimo canto coral al tribunal ante el que se solicitaba su incapacitación.

[30] La denominación de Colono llamado *Hípico* demuestra suficientemente la fama de sus yeguadas. Más aún: en su recinto se hallaba el santuario de Posidón, *Hípico*.

los campos de esta fecunda tierra.
Y tampoco los coros de las Musas
desdeñan este lugar ni Afrodita
la de áureas riendas.

Estrofa 2

Hay aquí una planta tan magnífica como no he oído
que en la tierra asiática
ni en la vasta península doria
de Pélope[31] haya brotado nunca,
nacida espontáneamente, sin intervención humana,
¡terror de las lanzas enemigas!,
que crece altísima en este lugar:
es la planta del brillante olivo, crianza de los niños.
Este árbol[32] nadie, ni el joven ni
el significado por su vejez, lo aniquilará
destruyéndolo con su brazo,
pues la órbita visual siempre observadora
de Zeus Olivarero tiene sus ojos puestos en él,
y también Atenea la de ojos brillantes.

Antístrofa 2

Y puedo entonar
a favor de esta capital otra loa valiosísima.
Me refiero al don del gran dios,
el más grande motivo de orgullo para mí:
consiste en que es una tierra de hermosos caballos, de hermosos potros, de hermoso mar.
Oh hijo de Crono, sí, tú fuiste quien colocó este lugar
en esta situación de orgullo, soberano Posidón,
al colocar a los caballos el bocado frenador
en estos parajes antes que en ningún otro.
Y la pala marinera tremenda para facilitar la acción de remar

---

[31] Esto es, el Peloponeso.
[32] Se refiere al famoso olivo de la acrópolis que, según Heródoto, 8, 55, fue quemado por los persas pero, luego, al día siguiente brotó de nuevo.

en nuestras manos avanza a zancadas, volando y dejando atrás a los demás,
al compás de las Nereidas[33] con sus cien pies.

ANTÍGONA *(Dirigiéndose al* CORO).—Campo elogiado infinidad de veces con alabanzas, ahora es el momento en que tú debes hacer palpables ya esas brillantes y altisonantes palabras.

EDIPO.—Querida hija, ¿qué novedad hay?

ANTÍGONA.—Viene cada vez más cerca de nosotros Creonte, helo aquí, y no sin escolta, padre.

EDIPO.—Queridísimos ancianos, en ese caso sólo de vosotros puede llegarme ahora la solución a mi salvación.

CORO.—¡Ánimo! Te llegará. En efecto, si bien es cierto que yo soy un pobre viejo, sin embargo el vigor de este país no envejece.

CREONTE[34].—Varones de rancia estirpe que habitáis esta tierra, observo en vuestra mirada que os habéis asustado por mi llegada aquí. Pero no tengáis prevención contra mí ni me dirijáis frases amenazadoras, pues he venido sin intención y sin deseo de cometer desafuero alguno, ya que, por una parte, soy viejo y, por otra, reconozco haber venido a una ciudad potente como la que más de la Hélade. Nada de eso, sino que lo que ocurre es que en razón de mi avanzada edad fui comisionado aquí para convencer a este hombre a que me acompañe al solar de los cadmeos. Y no fue un solo hombre quien me encargó esta misión, sino que fueron todos quienes me la encomendaron, debido a que me correspondía por razón de familia lamentar las penalidades de este hombre muy por encima del resto de la ciudad. En fin, Edipo, tú que has soportado tantas calamidades, escucha mis propuestas y vuelve a casa. Todo el pueblo cadmeo te llama, y con toda razón, y más que nadie yo, y lo hago con tanto interés cuanto que, a menos que sea por mi natural el peor con mucho de los hombres, tengo que dolerme de tus calamidades, anciano, al comprobar respecto a ti, ¡pobre desdichado!, que eres aquí un extranjero y que caminas siempre privado de los medios de subsistencia, vagabundo, y dependiendo en todo de una sola ayuda, la que ¡cuitado de mí! jamás hubiera supuesto que fuera a

---

[33] Hijas de Nereo, dios del mar, y ellas ninfas marinas.

[34] Conviene resaltar la finura de concepción de la etopeya de este astuto personaje.

caer en tal grado de bajeza como ha caído esta infeliz, cuidando siempre de ti y de tu persona con vida de mendigo y, a su edad, sin conocer el matrimonio. Al contrario, está a merced del primero que tope con ella expuesta a ser raptada. ¿Acaso, cuitado de mí, te he ofendido de mala manera a ti, a mí y a toda nuestra familia con lo que acabo de decir? En fin, puesto que no es posible ocultar estos hechos cuando están a la luz del día, en estas circunstancias, tú, Edipo, ¡en nombre de los dioses de tus antepasados!, hazme caso y evita tenerlos al descubierto, aceptando regresar a tu ciudad y a las mansiones que son tuyas, las de tus antepasados, tras despedirte afectuosamente de esta ciudad pues se lo merece, pero la de tu país en estricta justicia debería ser venerada todavía más que ésta, por ser la que te ha criado desde antiguo.

EDIPO.—Oh tú, que sin escrúpulo alguno te atreves a cualquier cosa y que eres capaz también de sacar de cualquier situación vistosas argucias propias de una causa justa. ¿A qué vienen estas tus añagazas, y por qué pretendes por segunda vez cazarme en la trampa la que, de ser cazado, me había de proporcionar más que ninguna otra un dolor que me dejaría espantado? En efecto, ya antes, en ocasión en que estaba afectado por mis calamidades personales, cuando era mi gusto ser expulsado de mi tierra, no te dignaste concederme ese favor cuando yo lo quería, sin embargo cuando ya estaba harto de mi enfado y me era grato organizar mi vida en mis mansiones, fue entonces cuando me arrojabas y me expulsabas, y entonces en modo alguno gustabas de ese alegado parentesco. Y otra vez ahora, cuando estás viendo que está conmigo una buena disposición de esta ciudad y de toda su gente, de nuevo intentas arrancarme de aquí, tratando de justificar unos objetivos que son duros con suavidad. Y sin embargo ¿qué cariño es ése que se empeña en amar a quienes no quieren ser amados? Es exactamente igual que si uno no te concediera ni aceptara ayudarte lo más mínimo por insistente que te pusieras en conseguirlo, y en cambio cuando tuvieras satisfecho tu interés de lo que te interesara sólo entonces se te regalara, cuando la concesión de esa gracia no reporta agradecimiento alguno. ¿Acaso admitirías ese vano placer? Sin embargo ese tipo de regalos son los que tú me ofreces, de palabra buenos pero de hecho malos. Y se lo voy a aclarar también

a éstos, a fin de poner al descubierto tu malicia. Has venido a llevarme, pero no para llevarme a mi casa, sino para asentarme en la frontera y para que la ciudad se vea libre e indemne de los males que la amenazan desde este país. No es para ti ese dulce, sino esta amargura: la persistencia eterna allí de mi espíritu que no olvidará vengarse de aquel país. Y a mis hijos les corresponde heredar de mis tierras tanto y no más espacio como les sea suficiente para yacer en él muertos. ¿No interpreto las cosas de Tebas mejor que tú? Infinidad de veces mejor que tú, tanto cuanto que las he oído también de fuentes más claras, de Febo y del propio Zeus que es su padre. Y ha llegado aquí tu hipócrita boca con facundia a raudales, pero pese a tu sagaz argumentación puede que llegues a conseguir más daño que tablas de salvación. En fin, pues sé que no he de convencerte con estos razonamientos, marcha y déjanos vivir aquí, pues, aun encontrándonos como nos encontramos, puede que ni siquiera así vivamos mal si ello es nuestro gusto.

CREONTE.—¿Cuál de estas dos cosas piensas, que soy yo quien pierdo más por tu culpa, o tú por la tuya propia, en la cuestión debatida?

EDIPO.—Para mí el mayor placer es que tú no seas capaz de convencerme ni a mí ni a éstos que están junto a mí.

CREONTE.—¡Infeliz de ti! ¿No vas a mostrar siquiera que con el paso de los años has adquirido juicio al fin? Al contrario, no haces sino acrecentar con la vejez tu grosería.

EDIPO.—Tú de lengua eres formidable pero no sé de ningún hombre justo que hable bien de una cosa tanto si ésta se encuentra en una situación como en la contraria.

CREONTE.—Es diferente hablar mucho y hacerlo oportunamente.

EDIPO.—¡Claro, como tú hablas poco significa que lo haces con el máximo de oportunidad!

CREONTE.—Parece que no lo ve así quien tiene una mentalidad como la tienes tú.

EDIPO.—Márchate, pues debo decírtelo también en nombre de los presentes, y deja de estar encima de mí y de preocuparte por el lugar donde debo habitar.

CREONTE.—Pongo por testigos de tu respuesta a los presentes, no a ti. ¡Con qué insultos correspondes a tus allegados! ¡Si te tuviera a mi alcance!

EDIPO.—¿Pero quién puede cogerme contra la voluntad de estos mis aliados?

CREONTE.—Incluso prescindiendo de eso te juro que tú lo vas a pasar mal.

EDIPO.—¿Al amparo de qué clase de acción has lanzado esa amenaza?

CREONTE.—De tus dos hijas una, tras hacerme con ella, acabo de mandarla a Tebas, y esta otra no tardaré en llevármela.

EDIPO.—¡Ay de mí!

CREONTE.—Pronto tendrás más motivos todavía de que lamentarte.

EDIPO.—¿Tienes en tu poder a mi hija?

CREONTE.—Y a ésta dentro de no demasiado tiempo.

EDIPO *(Al* CORO).—¡Ay extranjeros! ¿Cómo os comportaréis? ¿Acaso me traicionaréis? ¿No arrojaréis a este impío de esta tierra?

CORIFEO.—Extranjero, apresúrate a salir de este país, pues ni lo que has hecho ahora ni lo que hiciste antes lo haces de manera justificada.

CREONTE *(A sus soldados).*—Para vosotros[35] sería llegado el momento de arrastrar a ésta a la fuerza si no ha de caminar por su voluntad.

ANTÍGONA.—¡Ay pobre de mí! ¿A dónde iré a refugiarme? ¿Qué protección de los dioses o de los hombres conseguiré?

CORIFEO.—¿Qué barbaridad estás cometiendo, extranjero?

CREONTE.—A éste no lo tocaré pero sí a la que me pertenece.

EDIPO.—¡Soberanos de este país!

CORIFEO.—Extranjero, te estás comportando injustamente.

CREONTE.—Yo digo que justamente.

CORIFEO.—¿Cómo que justamente?

CREONTE.—Sí, pues no hago más que llevarme a quienes me pertenecen.

ESTROFA

EDIPO.—¡Ay, ciudad!

CORO.—¿Qué barbaridad estás cometiendo, extranjero? ¿Es que no vas a soltarla? Pronto entrarás en liza con mis manos.

---

[35] Los guardias de Creonte, aludidos en líneas 723 y a los que se aludirá en línea 847.

CREONTE.—Apártate.

CORO.—Pero no de ti, mientras insistas en tamaños despropósitos.

CREONTE.—Entonces tendrás que batirte con mi ciudad, si llegas a hacerme algo de daño.

EDIPO.—¿No lo decía yo?

CORIFEO *(A un soldado de* CREONTE).—Deja de poner tus manos sobre esta muchacha, ¡enseguida!

CREONTE.—No te asignes cometidos que no te competen.

CORIFEO.—Te digo que la sueltes.

CREONTE.—Y yo a ti que sigas tu camino.

CORO.—Llegaos hasta aquí, llegaos, llegaos, compatriotas, compatriotas: la ciudad, mi ciudad, es víctima de violencia. Llegaos aquí, por favor.

ANTÍGONA.—Estoy siendo arrastrada, pobre de mí, extranjeros, extranjeros.

EDIPO.—¿Dónde estás, hija de mis entrañas?

ANTÍGONA.—Marcho a la fuerza.

EDIPO.—Tiéndeme tus brazos, hija mía.

ANTÍGONA.—Es que no soy capaz de ello en absoluto.

CREONTE.—¿No la llevaréis vosotros?[35].

EDIPO.—¡Cuitado, cuitado de mí!

(Se van los soldados de CREONTE *llevándose a* ANTÍGONA.*)*

CREONTE.—Como ves, ya no hay cuidado de que camines jamás con ayuda por lo menos de estos dos báculos[36]. Sin embargo, ya que te obstinas en imponerte a tu patria y amigos, encargado por los cuales cumplo yo estas órdenes pese a ser el caudillo, imponte, pues con el tiempo, lo sé, te darás cuenta de que tú ni ahora haces lo mejor para ti ni lo hiciste antes, y todo ello por ir en contra del sentir de tus amigos, por dar gusto a tu cólera que es la que siempre te destroza.

CORO.—¡Alto ahí, extranjero!

CREONTE.—Te digo que no me toques.

CORO.—Hazte a la idea de que no te soltaré mientras me vea privado por tu culpa nada menos que de éstas.

CREONTE.—Entonces vas a tener que depositar pronto a favor

---

[36] Aquél por el que puede orientarse, su hija Antígona.

de mi ciudad una fianza todavía mayor, pues he de poner mi mano no únicamente sobre estas dos.

CORIFEO *(A* CREONTE*)*.—¿Qué estás maquinando?

CREONTE.—Cogeré a éste y me lo llevaré.

CORIFEO.—Lo que dices es algo tremendo.

CREONTE.—Lo que ahora se convertirá en una realidad a menos que el caudillo de este país me lo impida.

EDIPO.—¡Qué expresión más desvergonzada! ¡Tú, tocarme a mí!

CREONTE.—Te sugiero que te calles.

EDIPO.—¡Voto a dios que estas diosas de aquí no me tengan mudo ya de la siguiente maldición contra ti, tú que pretendes marcharte tras arrancarme a la fuerza mi único ojo, además de mis ojos de antes! Por eso pido al dios que todo lo ve, el Sol, que haga que llegue un día en que lleves tú y tu familia una vida tan desgraciada como la estoy llevando yo.

CREONTE.—¿Lo veis, paisanos de este país?

EDIPO.—Me ven a mí y también a ti, y comprenden que yo no hago más que defenderme con palabras de las acciones tuyas de que soy víctima.

CREONTE.—En vista de ello no reprimiré mi cólera sino que me lo[37] llevaré a la fuerza, aunque estoy solo y pesado por la vejez.

ANTÍSTROFA

EDIPO.—¡Ay cuitado de mí!

CORO *(Arrojando a* CREONTE*)*.—¡Con qué brios viniste, extranjero, si te figuras que vas a cumplir ese proyecto!

CREONTE.—Claro que me lo figuro.

CORO.—Si así fuera ya no tendré a esta ciudad por ciudad.

CREONTE.—Tienes que saber que con la razón hasta el pequeño vence al grande.

EDIPO.—¿Oís qué sofismas dice?

CORIFEO.—Pero lo que es eso no lo llevará a término, ¡de eso estoy bien seguro!

CREONTE.—El único que puede estar seguro es Zeus pero no tú.

CORIFEO.—¿No es esto insolencia?

---

[37] Creonte pone la mano sobre Edipo.

CREONTE.—Sí, es insolencia pero tienes que soportarla.
CORO.—¡Ea, pueblo entero, ea, avanzadilla de mi país, llegad deprisa, llegad, pues éstos se pasan ya de raya![38].

(Entra TESEO *con la escolta de soldados)*

TESEO.—¿Qué griterío es éste? ¿Cuál es el motivo de ello? ¿Por temor a qué me impedisteis la continuación del sacrificio de un buey en honor del dios marino, patrono de este pueblo de Colono, en torno a su altar? Explícamelo para que me entere de todo, pues en razón de ello me lancé hacia aquí más deprisa de lo que gustaban mis piernas.
EDIPO.—Oh queridísimo (pues he reconocido tu voz), acabo de ser víctima de algo espantoso por obra de este individuo.
TESEO.—¿Cual es ello? ¿Y quién, el que te hizo daño? Di.
EDIPO.—Creonte, éste que ves con tus ojos, pretende marcharse tras arrancarme la pareja de mis hijas, ¡lo único que me quedaba!
TESEO.—¿Pero qué dices?
EDIPO.—No has oído sino lo que me ha sucedido.
TESEO *(A los soldados de su escolta).*—Entonces ¿es que no procurará llegar cuanto antes alguien de mi séquito a los mencionados altares y obligará a toda mi gente, la desprovista de caballo y a los caballeros, a que dejando las ofrendas corran de inmediato exactamente a donde confluyen bifurcadas las dos rutas que siguen los caminantes, para que no se nos adelanten las muchachas y entonces sea yo la mofa de este extranjero, al ser sometido por él a la fuerza? Ve deprisa, según ordeno. En cuanto a ése, si hubiera llegado yo preso de la cólera de la que es merecedor, no lo habría dejado intacto a los golpes de mi mano. Pero, en verdad, de acuerdo con las leyes[39] con las que entró él aquí, según ésas y no otras, se le hará justicia. *(A* CREONTE.) En efecto, no saldrás nunca de este país hasta

---

[38] No se refiere al hecho material de *estar pasando la frontera* sino al hecho psíquico de *pasarse de raya*. Es habitual que al final de una discusión agria se termine así, que, en situación similar, aparece en *Áyax*, 589. La frontera parece estar lejos y desde luego no visible a juzgar por las palabras de Teseo, líneas 1019 y ss., por lo que difícilmente el coro puede suponerse si está o no está ocurriendo eso.
[39] Creonte será tratado con la misma moneda que ofrece, el secuestro por la fuerza.

que me traigas a aquellas aquí y me las pongas ante mi vista, ya que has actuado violentamente de una manera que no nos merecíamos ni yo ni aquéllos de quienes naciste tú mismo ni tu país, tú que, pese a haber entrado en una ciudad que practica la justicia y que no decide nada al margen de la ley, luego, ignorando a la autoridad de esta tierra, irrumpiendo de la manera que has irrumpido, intentas llevarte lo que te satisface y lo sacas por la fuerza. Te has figurado que mi ciudad es alguna ciudad falta de hombres o esclava y que yo soy una especie de donnadie. Y sin embargo, lo que es la ciudad de Tebas no te educó mal, pues no gusta de criar hombres injustos, ni tampoco aprobaría tu conducta si se enterara de que robas lo mío y lo de los dioses, al llevarte por la fuerza las personas de estos infelices suplicantes. Te aseguro que lo que es yo, si pisara tu país, ni aunque tuviera las mayores razones, no robaría ni sacaría nada sin el permiso expreso del caudillo del país quienquiera que él fuera, sino que sabría cómo debe comportarse un extranjero entre nativos. Pero tú deshonras a tu propia ciudad sin ser merecedora de ello, y tus abundantes años te hacen a la par viejo y vacío de juicio. Pues bien, lo dije antes y lo repito con toda precisión ahora: que se traiga aquí cuanto antes a las muchachas si no quieres ser meteco[40] de este país a la fuerza y no de grado. Y esto que te digo sale de mi boca igual que lo tengo en mi mente.

CORIFEO.—¿Te das cuenta a dónde has venido a dar, extranjero?: a que se vea que eres justo en razón de la familia de quien eres, pero a que se te descubra que estás cometiendo barbaridades.

CREONTE.—Yo, ni califico a esta ciudad de falta de hombres, entrañable hijo de Egeo, ni realizo como tú afirmas este hecho de forma irreflexiva sino sabedor de que jamás les entraría a sus habitantes pretensión alguna de hacerse con mis parientes como para mantenerlos en contra de mi voluntad. Estaba seguro de que no iban a acoger a un hombre no sólo parricida sino también impuro, ni tampoco a uno cuyo matrimonio se reveló impuro por tratarse de un enlace entre un hijo y un familiar. Yo sabía que está a disposición de la gente

[40] Extranjero que en calidad de tal vivía en Atenas dedicado al comercio fundamentalmente, aprovechando las óptimas condiciones que el Imperio Ático le ofrecía.

de este país el Areópago[41], tan sensato consejero, que no permite que tales vagabundos habiten unidos a esta ciudad. Con fe en todo esto me tomé esta presa. Y no lo hubiera hecho de no haber lanzado él hirientes imprecaciones contra mí y contra mi familia. Tras haber recibido este pago me creía con derecho a devolverle este golpe, pues a la cólera no le asiste ninguna otra vejez más que el morir, pues sólo a los muertos no les afecta ningún dolor. Ante estas mis razones puedes hacer lo que quieras, ya que mi soledad, pese a aportar yo argumentos legítimos, me pone en situación débil. Pero, sin embargo, a tus acciones aunque soy viejo intentaré responder con hechos violentos.

EDIPO.—Oh, ¡qué bríos más insolentes! ¿A quién crees ofender con esa insolencia, a mí que soy un anciano o a ti mismo? Pues vomitaste por tu boca imputándome asesinatos, matrimonios y desgracias con que, ¡cuitado de mí!, cargué sin querer, pues así era el gusto de los dioses, irritados seriamente con mi familia[42] desde antiguo, ya que, al menos en lo que a mi persona respecta, no encontrarías reproche alguno de error personal por culpa del cual hubiera cometido estos fallos contra mí mismo y contra los míos. Porque, explícame: si a mi padre le había respondido el oráculo divino con la profecía de que había de morir a manos de sus hijos, ¿con qué razón me lo reprocharías a mí, que todavía no tenía ni raíces nacidas de mi padre ni de mi madre sino que estaba todavía sin nacer? Y a su vez, si, traído al mundo hecho un desgraciado, como yo fui traído, llegué a las manos con mi padre y lo maté sin suponer ni por lo más remoto el crimen que cometía ni quiénes eran aquéllos contra quienes lo cometía, ¿cómo puedes reprocharme razonablemente este hecho totalmente involuntario? Y respecto a mi madre, oh tú, osado, ¿no te da vergüenza, pese a tratarse de tu hermana carnal, obligarme a explicar un matrimonio, que fue tal como yo diré enseguida, pues, por supuesto, no me callaré, sobre todo cuando tú has salido con esta andanada desvergonzada? Sí, era mi madre, era mi madre, ¡ay por mis calamidades!, madre mía sin saberlo yo y sin saberlo ella, y siendo madre mía me dio hijos para vergüenza suya. Sin embargo estoy seguro, sí, de

---

[41] Es habitual en la tragedia el elogio de este cuerpo.

[42] Idea de la transmisión hereditaria de la culpa, común a muchas culturas.

una cosa, de que cuando tú vomitas esos insultos lo haces deliberadamente contra mí y contra ella, mientras yo me casé con ella sin querer, y también sin querer estoy pronunciando estas palabras. Sin embargo, es un hecho que no seré motejado de ruin en lo que respecta ni a este matrimonio ni al asesinato de mi padre que tú constantemente me recuerdas con tus crueles reproches. O si no, respóndeme con una sola palabra a lo que te pregunte: si de repente se te acercara uno aquí y fuera a matarte a ti, ¡el honrado![43], ¿cuál de las dos cosas harías, te dedicarías a preguntarle si es tu padre quien va a matarte o reaccionarías contra él al punto? ¡En mi opinión, si es que gustas de la vida, reaccionarías contra el culpable y no pararías mientes en lo que está regulado al respecto. Sin embargo, todo lo que yo hice no fue sino venir a dar en tales desgracias por impulso de los dioses. Y en relación con estas cuestiones presumo yo que ni siquiera el alma de mi padre si viviera había de contradecirme. Pero tú, pues no eres honrado sino uno habituado a referirse a cualquier cosa que sea con bonitas palabras tanto a las cosas que se pueden decir como a las que deben guardarse en secreto, me lanzas tan duros reproches delante de éstos.

En este sentido te beneficia halagar el nombre de Teseo y también la ciudad de Atenas, diciendo que se vive en ella maravillosamente, y luego, después de alabarlos así, te olvidas por completo de ello, de que si hay algún país que sabe prestar acatamiento a los dioses con honores éste lo supera. Y es precisamente este país de donde intentaste raptar tú a este pobre viejo suplicante que soy yo y pusiste sobre mí tus manos y pretendes irte con mis hijas. En respuesta a estas tus acciones, ahora yo llamo en mi ayuda a las diosas de este lugar y les suplico y encargo con mis súplicas que acudan en mi auxilio y prestas a defenderme, para que aprendas qué valerosos son los hombres por quienes está guardada esta ciudad.

CORIFEO.—El extranjero, oh soberano, es hombre de bien. Y estas desgracias que han significado su ruina total merecen que se las ponga fin.

TESEO.—Basta de palabras, porque los secuestradores se dan prisa, mientras nosotros, sus víctimas, estamos parados.

CREONTE.—¿A este insignificante hombre que soy yo qué le ordenas entonces hacer?

[43] Forma irónica. Cfr., *Edipo Rey,* nota 52.

TESEO.—Que emprendas la marcha hacia allá, al tiempo que yo te acompaño, para que si mantienes en estos lugares a nuestras muchachas me las muestres personalmente. En cambio, si sus secuestradores han escapado, no hay por qué apurarse lo más mínimo, pues los que van a resolver el asunto son otros, a quienes no hay cuidado de que se les vayan a escapar de este país, ni de que, en consecuencia, vayan a agradecer ese éxito a los dioses. En fin, guía y empieza a darte cuenta de que tú que eres un ladrón has resultado aprehendido, y de que tú que eras el que andabas a la caza has resultado apresado por el destino. Es que las ganancias logradas con trampas deshonrosas no se conservan a salvo en modo alguno. Y no contarás con nadie en esta dificultad. Te digo esto porque estoy seguro de que no has llegado ni a la ligera ni desarmado a tan alto grado de insolencia que encierra la osadía que te asiste ahora, sino que hay alguien en quien tú cifrabas tus esperanzas y, por ello, cometías esas barbaridades. A todo ello debo estar yo muy atento, y también debo cuidar de no hacer a esta ciudad inferior a un solo hombre. ¿Te enteras de lo que te digo o te figuras que son vanas mis palabras, ahora y cuando tramaste este ardid?

CREONTE.—Nada de lo que me digas te lo voy a criticar, cuando tú estás en tu país, pero cuando estemos en nuestra ciudad también nosotros sabremos lo que tenemos que hacer.

TESEO.—Ponte en marcha ahora mismo, y continúa con tus amenazas. Y tú, Edipo, quédate tranquilo aquí, seguro de que a no ser que muera yo antes no pararé en modo alguno hasta que te haga dueño de tus entrañables hijas.

EDIPO.—¡Dios te lo pague, Teseo, tanto por tu hombría como por tu justa atención a nuestra causa!

(Salen TESEO *y un séquito con* CREONTE.)

ESTROFA 1

CORO.

¡Ojalá estuviera yo donde
los varones enemigos, revolviéndose,
pronto trabarán combate en el que resonará
el bronce de sus armas junto a las riberas

píticas o junto a las de las resplandecientes antorchas[44],
lugar este en el que las *Señoras* miman sus venerables ritos
para bien de aquellos mortales en cuya lengua se ha afianzado
la áurea llave que les han impuesto los servidores de esas diosas, los Eumólpidas!
Es allí donde presumo que el instigador a la lucha,
Teseo, y la pareja de hermanas solteras
pronto se unirán al estruendo belicoso que les va a traer su propia salvación,
por los mencionados parajes.

ANTÍSTROFA 1

¿O acaso, habiendo partido desde la pradera de Eea,
están a punto de alcanzar
el lado occidental de la roca nevada
huyendo en potrancas o
en carruajes que compiten con los de sus perseguidores en velocidad?
Será cazado: terrible es el Ares que lo persigue
y terrible el vigor de los hijos de Teseo.
Sí, refulgen todos los frenos
y se lanza a rienda suelta
toda la cabalgada
de jóvenes que consagran sus preferencias
a la hípica Atena
y al dios marino, de subterráneos carruajes,
el querido hijo de Rea.

ESTROFA 2

¿Atacan ya o están a punto de ello? Porque
presiente en algún modo
mi intuición que pronto recuperarán sana y salva
a la que fue víctima de algo espantoso y que se encontró
de parte de sus parientes con espantosos suplicios.

---

[44] Se refiere a la costa de Eleusis donde se celebraba la fiesta nocturna de los *Grandes Misterios* de las *Grandes Diosas,* a cargo de los cuales estaba la familia de los *Eumólpidas.*

Va a coronar, va a coronar Zeus una empresa importante en el día de hoy:
soy adivino de afortunadas contiendas.
¡Ojalá yo, paloma dotada de la potente velocidad propia de un vendaval,
pudiera alcanzar la celestial nube,
para hacer a mis ojos espectadores
de estas contiendas!

ANTÍSTROFA 2

Oh Zeus omnipotente entre los dioses,
omnisciente, oh, ojalá concedieras
a los valedores del pueblo de este país
ultimar con fuerza victoriosa
el asedio que le proporcione aquella hermosa presa,
y junto contigo tu venerable hija, Palas Atenea.
También apetezco que el cazador Apolo
y su hermana[45], perseguidora de los
velocípedos ciervos provistos de abundantes motas,
se den prisa a llegar
con su doble ayuda para este país y sus ciudadanos.
Oh errante forastero: a juzgar por mi tino en dar en el blanco[46] no has de decir que soy falso adivino. En efecto, veo a tus hijas, helas ahí cerca, regresar de nuevo hacia aquí.

EDIPO.—¿Dónde, dónde? ¿Qué es lo que afirmas y que yo no puedo creer? ¿Cómo dijiste?

(Entran ANTÍGONA *e* ISMENE *con* TESEO *y su escolta.)*

ANTÍGONA.—Padre, padre, ¿no habría un dios que te concediera ver a este extraordinario hombre que nos mandó aquí a tu lado?

EDIPO.—Hija de mis entrañas, ¿estáis las dos a mi lado?

ANTÍGONA.—Sí, pues estas manos de Teseo y de su queridísima hueste nos salvaron.

---

[45] Artemis.

[46] No puede interpretarse como suele hacerse *vigilante de Edipo,* pues no hay nada que aluda a este hecho. En cambio sí suele acompañar al μάντις o ψευδόμαντις la imagen del arquero y del arco y el blanco o punto de mira (σκοπός), por ej., Esquilo, *Agamenón,* 1194-1195.

EDIPO.—Acercaos, hijas, a vuestro padre y concededme que levante entre mis brazos los cuerpos que en modo alguno esperaba que habían de volver.

ANTÍGONA.—Lo que pides lo tendrás, pues se juntan tus anhelos con nuestros deseos.

EDIPO.—¿Dónde, pues, dónde estáis?

ANTÍGONA.—Aquí, nos estamos acercando a ti.

EDIPO.—¡Queridísimos retoños!

ANTÍGONA.—Para un padre todo lo de sus hijos es grato.

EDIPO.—¡Báculos de este hombre!

ANTÍGONA.—Sí, báculos desventurados de un desventurado.

EDIPO.—Estoy abrazando lo que más quiero y aunque muera ya no voy a ser totalmente desgraciado si vosotras dos estáis a mi lado. Apretad, hijas, vuestros costados al tiempo que los acojo yo uno a cada lado, pegaos bien las dos a vuestro padre, y dad fin a la anterior inquietud de este triste solitario. Y contadme lo ocurrido con la mayor concisión, porque a muchachas tan jóvenes basta una breve exposición.

ANTÍGONA.—Aquí está nuestro salvador. Es él a quien conviene que oigas, padre, y así según tu gusto mi intervención será concisa.

EDIPO.—Extranjero, no te extrañes de mi insistencia si alargo en exceso mis comentarios relativos a la aparición inesperada de mis hijas, pues sé que este mi júbilo por estas mis hijas no me ha sido revelado por ningún otro más que por ti. Sí, tú fuiste quien logró salvarlas y no otro alguno, y ¡ojalá que los dioses te concedan a ti lo que yo quiero que te concedan a ti y a este país!, porque lo que es piedad sois vosotros los únicos de todos los hombres en los que la he encontrado, y lo mismo amabilidad y el no ser farsantes. Y yo que sé esto te pongo al abrigo de cualquier censura con estas palabras que te estoy diciendo. Y pues tengo lo que tengo gracias a ti y no a otro alguno, dado esto, tiéndeme, oh soberano, tu mano derecha para que la toque y, si no hay inconveniente, bese tu cara. Pero, ¡bueno!, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo, siendo yo desgraciado de nacimiento, puedo pretender que llegaras a rozar a este hombre con quien no hay mancha alguna de cualquier tipo de infamia que no comparta con él la vivienda? Yo a ti no te tocaré ni tampoco, por supuesto, te dejaré que me toques tú, pues sólo a los hombres experimentados en ello les es posible soportar esta mi situación. Al contrario, tú acepta des-

de ahí mis saludos, y en lo que resta cuida de mí correctamente, exactamente igual que hasta el día de hoy.

TESEO.—No me ha extrañado que te hayas entregado a un parlamento un tanto excesivamente largo embargado de alegría por estas tus hijas, ni tampoco que hayas preferido la información que de los hechos te proporcionaran ellas a la que te proporcionara yo. En efecto, no nos embarga pesar alguno por esta tu actuación, pues intentamos hacer brillante nuestra vida no con palabras sino mucho más por hechos. Y lo demuestro: en efecto, de lo que te prometí no hay nada en lo que te haya mentido, anciano, pues aquí estoy trayéndote vivas a tus hijas indemnes de las amenazas de que fueron objeto. Y en cuanto a cómo fue trabada la contienda esa, ¿qué necesidad tiene uno de jactarse de ello, cuando te vas a enterar de todo tú mismo por éstas en vuestras conversaciones? En cambio, respecto a la noticia que hace un instante me ha llegado al dirigirme aquí, danos tu opinión, ya que es breve en enunciado pero trae en sí algo extraño. Y es bueno que un hombre no desdeñe asunto alguno.

EDIPO.—¿Cuál es ello, hijo de Egeo? Infórmame, porque no sé nada de lo que preguntas.

TESEO.—Aseguran que un hombre, que no es conciudadano tuyo pero sí pariente, irrumpió como fuera y se ha refugiado suplicante en el altar de Posidón, en el que me encontraba yo haciendo un sacrificio en el momento de correr aquí.

EDIPO.—¿De dónde es? ¿Qué pretende con su postura de suplicante?

TESEO.—No sé más que una sola cosa: según me explican es a ti a quien solicita una respuesta de poca importancia, exenta de dificultad.

EDIPO.—¿De qué tipo es ella? Pues esta clase de súplicas no son de irrelevante significado.

TESEO.—Asegura que ha venido a solicitar entrar en conversaciones contigo y luego regresar con plena garantía del viaje que lo trajo aquí.

EDIPO.—¿Quién entonces puede ser el que mantiene esa actitud suplicante?

TESEO.—Mira si hay por Argos algún pariente vuestro que esté interesado en conseguir eso de ti.

EDIPO.—Queridísimo, no digas más.

TESEO.—¿Qué te ocurre?

EDIPO.—No me pidas...

TESEO.—¿Qué cosa? Explícate.

EDIPO.—Deduzco por una información que me ha llegado por ésta quién es el suplicante.

TESEO.—En ese caso ¿quién es él? Pues deseo reconvenirle su conducta.

EDIPO.—Soberano, es mi detestable hijo. Tener que oír su voz me causaría más dolor que oír la de cualquier otro.

TESEO.—¿Por qué? ¿No es posible escucharlo y luego no hacer lo que no te interese? ¿Qué te importa escucharle lo que sea?

EDIPO.—Oh soberano, esa voz suya es lo más odioso que le llega a su padre. Y no me pongas en la necesidad de tener que acceder a ello.

TESEO.—Sin embargo mira bien si te fuerza a ello esa su actitud suplicante, no sea que debas andarte con cuidado con el dios.

ANTÍGONA.—Hazme caso pese a ser una joven quien te aconseja. Deja a este hombre que dé satisfacción a su conciencia y al dios, como guste, y a nosotras dos concédenos que llegue aquí nuestro hermano. Pues, ¡tranquilo!, por la fuerza no te apartará de tu forma de ver las cosas si lo que te diga no va de acuerdo con tus intereses. En oír unas palabras ¿qué daño hay? Tienes que saber que las acciones que malmente[47] se da con ellas se denuncian en cambio solas cuando interviene una conversación. Tú fuiste quien lo engendró, de modo que ni aunque él cometiera contra ti, padre, las peores faltas de respeto es lícito que precisamente tú llegues a devolverle mal por mal. También han nacido más criaturas ruines a otros padres y la irritación de éstos fue agria, sin embargo hechos entrar en razón por el concierto de sus amigos vuelven a entonar su instinto de padres. Por lo demás, tú ten en cuenta no los males presentes sino los que sufriste por culpa de tu padre y de tu madre. Y si te fijas en ellos reconocerás, estoy segura, cuán nefasta te ha resultado la consecuencia de tu nefasta irritación, pues dispones de motivos de reflexión no deleznables por privarte de tus ojos que ahora no ven. En fin, accede a nuestra propuesta, pues no está bien que tengan que insistir quienes solicitan algo justo ni que uno mismo reciba bien y que, en cambio, después de haberlo recibido no esté dispuesto a devolverlo.

---

[47] κακῶς ηὑρημένα, líneas 1187-1188, no lo entendemos al estilo habitual *hallados malos* sino *hallados, descubiertos malamente*, esto es, con dificultad, semejante a κακῶς εἰδῶτες que es igual a ἀγνοοῦντες.

EDIPO.—Hija de mis entrañas, me vencéis al hablar de un placer que ahora me resulta molesto[48]. En fin, sea como os place. Sólo que, extranjero, si él ha de llegar aquí, nadie trate jamás de imponerse a mi persona.

TESEO.—Los encargos que me haces no necesito en absoluto oírlos dos veces, con una sola vez me basta, anciano. No me gusta en modo alguno jactarme pero tú has de saber que estás a salvo con sólo que un dios me salve también a mí.

(Salen TESEO *y su escolta.)*

ESTROFA

CORO[49].

Todo el que esté interesado en una vida más larga
prescindiendo de la normal
ése será claro para mí
que oculta torpeza,
porque la prolongación de los días
ha puesto ya multitud de hechos
más cerca del dolor que de otra cosa, mientras
lo deleitable no lo verá por parte alguna
cuando uno llega a una edad mayor
de la debida. En cambio, cuando los derechos propios de Hades
hacen acto de presencia, sin cantos nupciales,
sin sones de lira y sin danzas,
no hay más que un auxiliar igual para todos:
la muerte al fin.

ANTÍSTROFA

No haber nacido aventaja
a cualquier otra consideración, y, de haber nacido,
volver cuanto antes allá precisamente de donde se ha venido
es con mucho lo segundo mejor,

---

48 Se refiere al razonamiento último de Antígona, esto es, al placer experimentado por Edipo al recibir tantas atenciones de Teseo, pero ese placer lo obliga ahora a corresponder a las demandas de Polinices, lo que le resulta *molesto*.

49 Canto coral que revela bien a las claras las precauciones íntimas de Sófocles en la antesala de la muerte, a sus noventa años.

porque una vez que pasa la juventud
llevándose consigo sus ligeras imprudencias
¿qué trabajo merodeó muy lejos?,
¿qué fatiga no está presente?: al contrario, allí están
muertes, levantamientos, contiendas, luchas
y envidia. Y al fin nos alcanza
la reprochable, invencible, intratable
vejez sin amigos, en la que
convive todo lo peor de lo peor.

EPODO

En ésta se halla inmerso este cuitado, no sólo yo.
Y como un acantilado orientado al norte es azotado
de todas partes por los golpes de las olas y por los temporales,
así también azotan a éste con permanente insistencia y de arriba abajo
espantosas desgracias que a oleadas lo baten,
las que le llegan unas de la postura del sol,
otras del oriente,
otras de la parte del mediodía solar
y otras de los nocturnos montes Ripeos[50].

ANTÍGONA.—Y por cierto, nuestro extranjero, al parecer, es éste que camina hacia aquí sin compañía de hombre alguno, querido padre, vertiendo lágrimas a raudales por sus ojos.

EDIPO.—¿Quién es él?

ANTÍGONA.—Quien se presenta y tenemos ya aquí es el que desde hace rato nos figurábamos, Polinices.

(*Entra* POLINICES.)

POLINICES.—¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cuál de las dos desventuras lloraré antes, hermanas, las mías propias o las que estoy observando, las de este anciano padre? Al que he encontrado en tierra extraña con vosotras dos, arrojado aquí, envuelto en harapos tales cuya mugre desagradable se ha impregnado vieja ya en un viejo, apagando el brillo de su carne, mientras en su cara privada de ojos el viento agita su cabellera despeinada.

[50] Montañas siempre nevadas, cuya localización imaginaria se situaba al norte de los países conocidos de Europa.

Y, al parecer, no difiere de su aspecto el medio de sustento de su sufrido vientre. Y yo, ¡maldito de mí!, me entero de esto demasiado tarde, y confieso haber resultado el peor de los hombres para tus cuidados: no necesitas informarte por otros de mi conducta. Sin embargo, puesto que *Clemencia* comparte con Zeus la presidencia de todos los problemas, se sitúe también, padre, a tu lado. Te lo pido, porque los errores que cometí admiten enmienda pero adición de otras más ya no. ¿Por qué callas? Pronuncia algo, padre. No me vuelvas la espalda. ¿No me contestas nada? ¿Me vas a despedir, por el contrario, con el mayor de los desprecios, sin sugerirme nada y sin indicarme siquiera el porqué de tu enfado? Oh retoños de este hombre, vosotras por cuyas venas corre la misma sangre que por las mías, intentad al menos vosotras mover la lengua inabordable e intratable de nuestro padre, para que a mí que soy suplicante nada menos que del dios no me arroje así con tanto desprecio, sin contestarme siquiera ni una sola frase.

ANTÍGONA.—Explica tú, desgraciado, la razón de tu llegada. Pues tienes que saber que unas simples palabras, bien porque alegren o bien porque molesten algo o bien porque sin saber cómo infunden compasión, hacen hablar multitud de veces incluso a los mudos.

POLINICES.—En fin, pues tú me aconsejas bien me explicaré, solicitando primeramente el auxilio del dios de cuyo altar me levantó para que viniera aquí el adalid de este país, concediéndome junto con una salida segura dar las razones y escucharlas. Y eso me gustaría ver confirmado de vuestra parte, extranjeros, de estas dos mis hermanas y de mi padre. Y a lo que vine me dispongo a explicártelo ya, padre. He sido expulsado de la tierra patria desterrado, por el simple hecho de que consideraba justo sentarme en tus tronos todopoderosos por haber venido al mundo con un nacimiento de más edad. En pago a estas mis legítimas aspiraciones, Eteocles, aunque es más joven de edad, me expulsó del país violentamente, no por haberme vencido en razones ni por haber llegado a una confrontación de fuerzas ni de poder, sino por haberse ganado a la ciudad. La responsable de ello tengo razones para afirmar que es más que nada tu Furia, y además así es como lo tengo escuchado también a los adivinos. Pues bien, cuando llegué a la Argos doria, luego de tomar por suegro a Adrasto puse en pie de guerra y me prestaron juramen-

to de fidelidad cuantos son llamados los príncipes de la tierra *Apia*[51] y han sido colmados de honores por su lanza, con objeto de, tras completar con ellos el cuerpo expedicionario de las siete compañías contra Tebas, o morir yo con todo honor o expulsar del país a quienes osaron cometer tamaña felonía. Bien. Y entonces ¿cuál es la razón de que haya venido ahora? Por presentarte, querido padre, súplicas y ruegos, míos propios y de mis aliados, quienes ahora con siete secciones y con siete compañías tienen cercado todo el campo de Tebas, como, por ejemplo, el blandelanzas Anfiarao[52], que consigue el primer puesto por el manejo de la lanza, y también el primero por la interpretación del vuelo de las aves.

El segundo es un etolio, el hijo de Eneo, Tideo, el tercero Eteoclo, de raza argiva. Al cuarto, Hipomedonte, lo envió su padre Tálamo. El quinto, Capaneo, promete reducir a escombros por el fuego la ciudad de Tebas. Y el sexto que se ha lanzado es Partenopeo, arcadio, así llamado según la antes virgen y con el tiempo su madre de la que él nació, el leal hijo de *Atalanta*. Y yo, producto tuyo y, si no tuyo, entonces del maldito Destino pero, al fin y al cabo, tuyo considerado, conduzco el intrépido ejército de Argos contra Tebas. Quienes, oh padre, te suplicamos en bloque por estas tus hijas y tu vida, encareciéndote que renuncies a tu dura cólera contra el hombre que te habla, pues me lanzo en busca de venganza contra mi hermano que me expulsó con malos modos y me privó de mi patria. Pues si hay que prestar alguna credibilidad a los oráculos, éstos reiteradamente aseguraban que se alzarían con el triunfo aquéllos a quienes tú te unas. Así pues, por nuestras fuentes, por nuestros dioses familiares, te pido que me hagas caso y que accedas a ello porque soy mendigo y exiliado, y exiliado también tú, y así nos vemos obligados a vivir halagando a otros, tú y yo, tras haber obtenido el mismo destino. En cambio él está en casa y es rey ¡cuitado de mí!, y se da mu-

---

[51] El Peloponeso.

[52] Casado con la hermana de Adrasto, *Erífile*, no quería participar en la expedición de los *Siete contra Tebas* porque, dotado del poder de vaticinio, conocía de antemano su desventurado final, pero su esposa, seducida por Polinices, lo forzó a ello. Murió en Tebas fulminado por un rayo de Zeus y en su tumba nació el oráculo de Anfiarao. Por otro lado, Sófocles presenta aquí una enumeración de individuos similar a la de *Electra*, líneas 701-708.

cho postín riéndose a costa de nosotros dos por igual. Si tú haces causa común con mi postura, con escasa molestia y tiempo lo destrozaré. Y en consecuencia te llevaré y estableceré en la casa que sólo a ti pertenece, y allí me estableceré yo tras expulsarlo por la fuerza. Y del éxito futuro de que te hablo si accedes a mis deseos, me es dado vanagloriarme, pero sin tu concurso ni siquiera tengo fuerzas para salvarme.

CORIFEO.—Edipo, en atención a la persona que te envió a este hombre despídelo de nuevo tras contestarle lo que te convenga.

EDIPO.—Sin embargo, varones valedores de la gente de esta tierra, si no se hubiera dado la casualidad de habérmelo enviado aquí Teseo considerando justo que escuchara mis explicaciones, jamás, ¡por supuesto!, habría percibido mi voz. Pero en estas circunstancias regresará cumplimentado y tras haberme oído, sí, injurias tales que jamás alegrarán su vida. *(A* POLINICES.) Precisamente fuiste tú, ¡el colmo de la ruindad!, quien cuando ocupabas el cetro y el trono que ahora ocupa tu hermano en Tebas expulsaste a tu propio padre que aquí está y lo hiciste apátrida y lo obligaste a usar estos harapos que lloras al verlos sólo ahora cuando se da la casualidad de que estás metido a la fuerza en la misma dificultad que yo. Pero no es cosa que deba yo lamentar sino que he de soportarla mientras viva, al tiempo que recuerdo que fuiste tú mi asesino. Pues tú hiciste que alimentara mi vida con estos trabajos, tú fuiste quien me expulsó sin consideración, y por ti ando errante y mendigo a otros el sustento de cada día. Y si no hubiera engendrado a estas hijas que son mis nodrizas, te aseguro que, en lo que de ti depende, no existiría. Pero la realidad es que éstas me van sacando a flote, éstas son mis nodrizas, éstas que son varones, no mujeres, por capacidad de compartir mis penalidades. En cambio, vosotros dos habéis nacido de otro y no de mí. Por eso tienes que saber que el destino te tiene echado el ojo, ¡y todavía nada en comparación de como te lo echará dentro de poco!, si es que se están moviendo los referidos batallones hacia la ciudad de Tebas. Pues en modo alguno derribarás aquella ciudadela, sino que caerás tú antes manchado en sangre y de igual manera tu hermano. ¡Tan duras Maldiciones como éstas emití antes contra vosotros dos, y ahora vuelvo a llamar a que vengan a coaligarse conmigo, para que aprendáis a tener a gala respetar a vuestros progeni-

tores y no los despreciéis porque hayáis nacido tan apuestos jóvenes de un padre ciego! Pues éstas que ves no cometían esos desafueros. Por eso las injurias que he imprecado van a vencer a tu súplica y tus tronos, si es que Justicia, venida de antiguo a la luz, es consejera de Zeus en las prístinas leyes. En fin, tú, vete en mala hora, despreciado y desposeído de un padre que soy yo, tú el peor de los peores, tras haber recogido las Maldiciones siguientes que invoco contra ti así: ¡que ni logres con la lanza el dominio de la tierra de nuestra raza ni consigas regresar jamás al valle de Argos sino que mueras a mano de tu hermano y con la tuya mates a quien te expulsó! Esas son mis duras Maldiciones, e invoco lo primero a la detestable obscuridad del Tártaro para que te destierre allí, e invoco además a las diosas de este lugar, e invoco también a Ares, que es quien ha inculcado en vosotros dos este terrible odio. Y tras haber oído esto, márchate y al llegar transmíteselo también a todos los cadmeos al mismo tiempo que a tus leales aliados, diciéndoles que ésos son los dones que Edipo repartió como herencia a sus propios hijos.

CORIFEO.—Polinices, no me congratulo por el resultado de tu viaje, y ahora ve de regreso cuanto antes.

POLINICES.—¡Ay por este mi viaje y mi fracaso y ay por mis aliados! Por lo visto ¡qué fatal es el resultado del viaje al que partí desde Argos, cuitado de mí, tan aciago que no es posible que yo lo aclare a ninguno de mis aliados ni tampoco que los obligue a dar marcha atrás, sino que sin sugerir nada de esto tengo que ir al encuentro de la fatalidad que se me anuncia! Oh muchachas por cuyas venas corre la misma sangre que por las mías, al menos vosotras, ya que habéis oído a padre aquí presente imprecar tan duras maldiciones, por favor, en nombre de los dioses, si llegan a cumplirse las maldiciones de padre aquí presente y os acontece acaso el regreso a casa, por lo menos vosotras no lleguéis hasta despreciarme sino depositadme en la tumba y en disposición de recibir honras fúnebres. Y la actual alabanza que os granjeáis por lo que lucháis por este hombre os reportará otra más no inferior, por el servicio que me prestéis a mí.

ANTÍGONA.—Polinices, te ruego que me hagas caso en una cosa.

POLINICES.—Oh queridísima, ¿en cuál, Antígona? Explícate.

ANTÍGONA.—Cuanto antes te sea posible vuelve el ejército a Argos y no acabes contigo y con la ciudad.

POLINICES.—Pero es que ello no es posible, pues ¿cómo conseguiría volver a arrastrar otra vez en el futuro el mismo ejército cuando esta mi retirada será de efectos definitivos?
ANTÍGONA.—¿Pero qué falta hace que vuelvas a enfadarte, mi niño?[53]. ¿Qué ventaja obtienes con destruir la patria?
POLINICES.—Es vergonzoso huir y que yo, que soy el mayor, sea ridiculizado así sin más por nuestro hermano.
ANTÍGONA.—¿Ves entonces cómo te llevan derecho los vaticinios del aquí presente, que ha pronunciado sobre vosotros dos una mutua muerte?
POLINICES.—Es que él está interesado en mi muerte pero yo no debo hacerle caso en absoluto.
ANTÍGONA.—¡Ay cuitada de mí! ¿Pero quién osará seguirte cuando se entere de qué calamidades os vaticinó el hombre aquí presente?
POLINICES.—Tampoco voy a comunicar malas noticias, pues es cosa de un buen general referir sus ventajas y no los fallos[54].
ANTÍGONA.—¿Entonces, mi niño, tienes tomada tu decisión en este sentido?
POLINICES.—Y no me retengas ya. En fin, a mi cargo correrá el viaje que proyecto, desdichado y calamitoso según el deseo de padre aquí presente y de sus Furias. Y en cuanto a vosotras dos, ¡que Zeus os lleve a buen puerto si me cumplís esas ceremonias una vez muerto, porque no volveréis a toparos conmigo al menos vivo! Soltadme ya, y adiós las dos para siempre, pues ya no volveréis a verme en ocasión en que pueda yo veros.
ANTÍGONA.—¡Pobre de mí!
POLINICES.—Por favor, no llores por mí.
ANTÍGONA.—¿Quién no lloraría por ti, hermano, cuando corres a caer en las redes de la Muerte que se deja adivinar?
POLINICES.—Si es preciso moriré.
ANTÍGONA.—Por favor, tú no, al contrario, hazme caso.
POLINICES.—No intentes convencerme de lo que no se debe
ANTÍGONA.—¡Desgraciada de mí entonces si me veo privada de ti!

---

[53] Palabra cariñosa de hermana a hermano. Cfr. *Electra*, 1120.
[54] Este principio estratégico fundamental será recogido por los teóricos de la estrategia (Onesandro, *Estratégico*, cap. XIV b), como indica Mazon.

POLINICES.—Sólo en manos del destino está que mi empresa salga de una manera o de otra. Pero, en fin, en favor de vosotras dos invoco a los dioses para que nunca os encontréis con calamidades, pues a juicio de todo el mundo no os merecéis ser desafortunadas.

(Sale de escena apresuradamente POLINICES.*)*

ESTROFA 1

CORO.

Me han llegado de nuevo, helas aquí, nuevas
calamidades de triste sino de la mano del ciego extranjero,
a menos que el responsable de todo ello sea el Destino que
está recogiendo algo importante que le corresponde.
Pues ningún dictamen de estas diosas
puedo indicar que resulte vano.
Ve, ve siempre el cumplimiento de estas maldiciones
el *Tiempo,* sacándolas a flote
unas después de un año
y otras, por el contrario, al cabo de un día[55]. *(Se oye un trueno.)*
Retumbó el cielo, oh Zeus.

EDIPO.—Hijas de mis entrañas, hijas de mis entrañas, si está con vosotras algún lugareño ¿no podría traernos aquí al excelente en todo, a Teseo?

ANTÍGONA.—Padre, ¿cuál es la razón por la que solicitas su presencia?

EDIPO.—Este alado trueno de Zeus me llevará en un instante al Hades. En fin, traedlo cuanto antes.

(Se oye un trueno aún más fuerte que el anterior.)

ANTÍSTROFA 1

CORO.

Mirad: un indecible y muy grande estruendo se abate,
oidlo, provocado por Zeus, tanto que
se estremeció hasta la punta del cabello de mi cabeza.
Tengo anonadado el corazón, pues por el cielo
refulgen de nuevo los relámpagos.

---

[55] Se refiere a las calamidades que esperan a los hijos de Edipo fomentadas por éste.

¡Ea! ¿Qué descargará[56] al fin?
Esto me tiene horrorizado, pues nunca estalla[56]
para nada, nunca viene sin acompañamiento de una desgracia.
Oh extenso firmamento, oh Zeus.

EDIPO.—Hijas, le ha llegado a este hombre el final de su vida vaticinado por el dios, y ya no hay escapatoria.

ANTÍGONA.—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué razón has sacado esa conjetura?

EDIPO.—Lo sé muy bien. En fin, que corra alguien cuanto antes y me traiga al soberano de este país.

(Se oye tronar.)

ESTROFA 2

CORO.
Oh, oh, mirad, de nuevo nos rodea
un estruendo estremecedor.
Sé benévolo, oh dios, sé benévolo si acaso
te dispones a traer a esta tierra, que es mi madre, algo tenbroso.
Ojalá alcance tu favor
y que no obtenga en modo alguno un pago con pérdidas
por culpa de haber visto a un hombre nefasto[57].
Zeus soberano, a ti te hablo.

EDIPO.—¿Está cerca acaso nuestro hombre? ¿Me encontrará, hijas de mis entrañas, todavía vivo y coordinando las ideas?

ANTÍGONA.—¿Qué secreto querrías infundir en su mente?

EDIPO.—Quiero devolverle en toda su efectividad, por lo bien que fui tratado, justamente el favor que le prometí cuando trataba de ganármelo.

ANTÍSTROFA 2

CORO.
¡Eh, eh, hijo, ven, ven! Bien te encuentres...
o bien allá al fondo del valle
estés santificando en honor del dios marino, Posidón,
su hogar mediante el sacrificio de un buey, llégate aquí.

---

[56] El sujeto de ἀφήσει, línea 1468, y de ἀφορμᾷ línea 1470, no es nada concreto sino todo el conjunto de la tormenta. Cfr. *Filoctetes,* 1451.

[57] La contemplación de un ser horrendo como Edipo puede contaminar y, por lo mismo, reportar castigo al espectador.

Pues el forastero tiene a gala ofrecerte
a ti, a tu ciudad y amigos,
el justo agradecimiento, por haberlo recibido él antes.
Date prisa, corre, oh soberano.

(*Llega* TESEO)

TESEO.—¿Qué es lo que produce el estruendo que encuentra a su vez eco unísono en vosotros, claro el vuestro y evidente el del extranjero? ¿No será un rayo de Zeus o una granizada lluviosa que se haya desencadenado? Pues cuando el dios sacude una tormenta de tal magnitud cabe imaginarse todo.

EDIPO.—Soberano, te me has aparecido cuando te echaba de menos, y algún dios te ha hecho afortunada la incógnita de este viaje.

TESEO.—¿Qué otra novedad hay recientemente surgida, hijo de Layo?

EDIPO.—El desmoronamiento de mi vida. Y quiero morir sin defraudarte a ti y a esta ciudad el cumplimiento de lo que os prometí[58].

TESEO.—¿En qué dato te basas que sea prueba de tu muerte?

EDIPO.—Los propios dioses son los que, en calidad de heraldos, me lo están anunciando, sin falsear ninguna de las señales preestablecidas.

TESEO.—¿Cómo dices, oh anciano, que se está verificando esto?

EDIPO.—Lo verifican los numerosos y continuos truenos y los numerosos proyectiles relampagueantes lanzados por la invencible mano.

TESEO.—Me convences, pues compruebo que haces multitud de profecías y ninguna con falsos vaticinios. En fin, di lo que hay que hacer.

EDIPO.—Yo te informaré, hijo de Egeo, de aquellas cosas que, impasibles a la vejez, quedarán a favor tuyo y de tu ciudad. Y ahora mismo yo solo, sin tocar a lazarillo alguno, te guiaré al lugar donde debo morir. Pero no se lo enseñes jamás a nadie ni dónde se guarda ni en qué lugar se halla, para que éste que te habla te dé siempre capacidad de rechazo en el

---

[58] Desde el primer momento (cfr. líneas 551 y ss.) Edipo ha tratado de ganarse a Teseo para su causa ofreciéndole el señuelo de su protección *post mortem*.

enfrentamiento con oleadas de escudos y de lanzas invasoras[59] de tus vecinos. Por otro lado, de las cuestiones que por su condición de sacratísimas ni siquiera son removidas con palabras te enterarás tú solo cuando llegues allí, ya que no las desvelaría a ninguno de estos tus conciudadanos ni a las hijas de mis entrañas a pesar de lo que las quiero. Al contrario, guárdalas tú solo únicamente, y cuando llegues al final de tu vida indícaselas sólo al mayor y que él las muestre al siguiente y así sucesivamente. Y de esta manera mantendrás esta ciudad libre de todo daño procedente de la raza de hombres sembrados[60]. Pues son innumerables las ciudades que aunque se las dirija bien se insolentan con facilidad, porque los dioses observan perfectamente pero tarde cuando uno, dejando de lado las normas divinas, se dedica a hacer locuras, falta en la que tú, hijo de Egeo, debes cuidar no incurrir. La verdad es que estamos dando lecciones a quien se sabe todo esto. En fin, pues me urge la insistencia del dios, marchemos ya directamente al lugar y no nos andemos con más rodeos. Niñas, seguidme así, pues a diferencia de antes resulto ser yo ahora el novedoso guía que os conduce a vosotras igual que antes érais vosotras quienes conducíais a vuestro padre. (EDIPO *da unos pasos hacia adelante con resolución y firmeza.*) Caminad y no me toquéis sino dejad que yo solo llegue a dar con la tumba sagrada en la que le está asignado a este hombre ser enterrado en esta tierra. Venid por aquí, así, por aquí, pues por aquí es por donde me empuja Hermes[61] el mensajero y la diosa de ultratumba. Oh luz que te substraes a mi contemplación: antes me pertenecías más o menos, pero ahora mi cuerpo toma contacto contigo por última vez, pues me dirijo ya a ocultar el final de mi vida en la mansión de Hades. En fin, oh tú, el más querido de los extranjeros, ojalá os acompañe la suerte a ti personalmente,

---

[59] ἐπακτός, línea 1525, implica en tragedia la actuación no *desde dentro*, sino *desde fuera*. Por tanto, aquí no se trata de fuerzas de Teseo, sino del exterior, de los tebanos. Cfr. Esquilo, *Siete*, 583 y Sófocles, *Las Traquinias*, 259.

[60] La raza *sembrada* es la tebana, que lo fue por los dientes del dragón a manos de Cadmo.

[61] Hermes es el mensajero pero también (lo que conviene mucho a este lugar) es el dios que guía las almas de los muertos.

a este país y a tu séquito, y acordaos para vuestra felicidad de mí una vez muerto, con lo que seréis permanentemente afortunados.

(Sale EDIPO *y tras él sus hijas,* TESEO *y los servidores.)*

ESTROFA

CORO.
Si me está permitido honrar con ruegos
a la diosa invisible y a ti,
rey de las tinieblas,
Edoneo[62], Edoneo, te ruego
que el extranjero no vaya a dar
con una muerte recargada de trabajos ni excesivamente dolorosa
en el campo subterráneo de los muertos
que a todos oculta
y en la mansión de la Estigia[63].
Pues cuando lo han alcanzado infinidad
de penares, posiblemente incluso sin razón,
¡ojalá que un dios justo lo levantara de nuevo!

ANTÍSTROFA

Oh diosas infernales y cuerpo de la invencible
fiera[64] que la tradición mantiene de siempre
que en calidad de indómito guardián pernocta
en casa de Hades ante las puertas referidas, abiertas a la afluencia de gente que llega,
y que ladra desde aquellas cavernas:
encarecidamente te suplico,
hija de la Tierra y del Tártaro,
que te apartes a un lado dejando libre el paso
al forastero cuando llegue
a los campos subterráneos de los muertos.
Sí, a ti te invoco, el dios del sueño eterno.

---

[62] Otro nombre de Hades o Infierno.
[63] Laguna del otro mundo.
[64] El *Cancerbero*, que cuida las puertas de entrada al Hades.

MENSAJERO.—Varones conciudadanos, acertaría si digo de la forma más concisa que Edipo ha muerto. Pero cuál fue el desarrollo de los acontecimientos, ni los dichos ni los hechos que allí hubo se prestan para explicarlos en términos breves.

CORIFEO.—¿Que ha muerto, el pobre?

MENSAJERO.—Hazte a la idea de que él ha obtenido la vida eterna.

CORIFEO.—¿Cómo? ¿Acaso murió ¡el cuitado! con suerte divina y sin agonía?

MENSAJERO.—Eso es algo que se presta ya incluso a la estupefacción. En efecto, cuando marchó de aquí sin que ningún amigo lo guiara (y tú que estabas presente lo sabes muy bien, creo yo) sino que, al contrario, era él quien nos guiaba a todos nosotros, pues bien, una vez que alcanzó el abrupto suelo enraizado en tierra con bancos de bronce[65], se detuvo en uno de aquellos caminos con infinidad de bifurcaciones, cerca de la cóncava cratera[66] en la que se hallan garantes por siempre los acuerdos entre Teseo y Pirito. Tras situarse en medio, a igual distancia, de la referida cratera y de la roca de Toricio y del hueco peral silvestre y del sepulcro de piedra, se sentó. Luego se despojó de los mugrientos harapos y a continuación, lanzando un grito, ordenó a sus hijas que le trajeran de algún sitio los medios para lavarse y las abluciones de aguas corrientes. Y ellas dos, tras ir deprisa a la colina, que allí cerca se divisaba, de Deméter, patrona del verde hermoso, cumplieron estos encargos a su padre en breves instantes y lo prepararon con un baño y con ropa, según es de ritual. Y cuando estaba satisfecho por la actuación de toda la gente y nada de lo que pretendía estaba ya sin hacer, retumbó Zeus Infernal y las muchachas se quedaron estremecidas al oírlo y acurrucándose entre las rodillas de su padre lloraban y no cesaban en sus golpes de pecho ni en sus excesivas lamentaciones[67]. Y él, en el instante que oyó un sonido agudo, plegando sus brazos en torno a ellas, dijo: «Hijas de mis entrañas, ya no tenéis en el día de hoy padre. Pues ya está acabado todo lo mío y ya no tendréis

---

[65] Por ser zona minera.

[66] Según Pausanias, 1,30,4, esta cratera sería una cavidad en el suelo en que habría sido derramada la sangre de las víctimas cuando se juramentaron los dos inseparables amigos, Teseo y Pirito, a bajar a los Infiernos para traer a este mundo a Perséfone.

[67] Ritual en honor del dado ya por muerto.

que soportar penosos trabajos por cuidarme a mí, duro cuidado, lo sé, hijas mías, pero es que todos esos sinsabores los explica una sola pero grandiosa expresión. En efecto, no hay nadie de quien hayáis conseguido más cariño que del hombre que os habla, privados del cual pasaréis ya el resto de vuestra vida.» Abrazados de esta manera entre sí lloraban todos entre sollozos. Y cuando llegaron al final de los gemidos y ya no se levantaba griterío, había silencio, pero de pronto la voz de alguien gritó de tal suerte que de repente se estremecieron todos, aterrorizados de miedo. En efecto, el dios lo llamó con insistencia y de muy diversos tonos así: «Eh, tú, eh tú, Edipo, ¿a qué viene tanta demora en partir? Ya hace tiempo que tus cosas se conducen con lentitud.» Y él, cuando percibió que era llamado por el dios indicó al rey del país que corriera a su lado. Y una vez que se acercó le dijo: «Oh cabeza[68] amada, he aquí una petición que te hago: da a mis hijas tu mano, vieja garantía de seguridad, y vosotras, hijas, a él. Y promete que jamás las traicionarás de tu grado, más aún, que cuanto hayas de hacer lo harás siempre plenamente convencido de que les conviene. Y Teseo, sin llorar como hombre de temple que es, prometió al extranjero bajo juramento que así lo haría. Y como hubiera hecho esto, al punto Edipo, tocando con sus ciegas manos a sus propias hijas, les da estas explicaciones: «Hijas mías, conviene que marchéis de estos lugares conteniendo vuestro noble impulso con sensatez y que no os consideréis con derecho a contemplar lo que no está permitido ni tampoco a oír lo que hablamos nosotros. En fin, marchad cuanto antes. Solamente se quede aquí quien está legitimado para ello, Teseo, enterándose de lo que se vaya realizando.» Absolutamente todos le oímos decir esas palabras. Y luego llorando a raudales acompañábamos a las muchachas en grupo compacto. Y un breve instante después de habernos alejado, volvimos la mirada y comprobamos que de nuestros dos hombres uno ya no se encontraba en parte alguna y que el rey, solo ya, apretaba contra su cara la mano que cubría de sombras sus ojos, como si se le hubiera aparecido un terror espantoso e insoportable a la vista. Sin embargo, un momento después, cuando todavía no ha-

---

[68] Por ser la parte más noble de la persona. Expresión sustitutiva de toda la persona, muy del gusto de Sófocles, que implica especial cariño. Cfr. *Antígona,* línea 1.

bía pasado un instante, observamos que rinde culto a la vez, con igual consideración, a la Tierra y al Olimpo vivienda de los dioses. Con qué clase de muerte acabó él, no hay mortal alguno que pueda indicarlo excepto la persona de Teseo. Lo que es un hecho es que no acabó con él ni el ignífero rayo del dios ni una ráfaga que se levantara del mar en el momento aquel, sino que tuvo que ser o un emisario de los dioses o el suelo obscuro de la tierra, dominio de los dioses infernales, que se hubiera resquebrajado benévolo con él. También es un hecho que el hombre se despedía sin gemidos y no dolido por enfermedades sino de forma maravillosa como el que más de los mortales. Pero si os doy la impresión de que hablo sin estar en sano juicio, no puedo admitir que están en el suyo aquéllos a quienes les parece que no lo estoy yo.

CORIFEO.—¿Pero dónde están las hijas y los amigos que las acompañaron?

MENSAJERO.—Ahí, no lejos, pues los sones fácilmente reconocibles de sus gemidos nos dan a entender que vienen hacia aquí.

(Llegan ANTÍGONA *e* ISMENE.*)*

ESTROFA 1

ANTÍGONA.
¡Ay, ay, tenemos, tenemos que lamentar ya
nosotras dos, desdichadas!, no por un lado sí y por otro no,
la infundida en nuestro ser sangre maldita que nos viene de padre,
aquél por quien en otro tiempo
soportábamos aquellas numerosas y constantes penalidades,
y ahora al final tendremos que soportar
ver y sufrir lo indecible.

CORO.—¿Qué ocurre?

ANTÍGONA.—Es fácil imaginárselo, amigos.

CORO.—¿Se ha ido a la otra vida?

ANTÍGONA.
Y de la forma que uno más añoraría.
¿Cómo no?: ni Ares
ni el océano se enfrentaron con él
sino que fueron unos invisibles campos quienes lo arrebataron
y lo llevaron con una muerte que no se dejó ver.
¡Cuitada de mí!, porque, por lo que a nosotras dos toca,

ha asentado sus reales sobre nuestros ojos la funesta
noche, pues ¿cómo vamos a obtener lo que es tan difícil de conseguir, el sustento
de nuestra vida,
errantes por tierras lejanas
o por las olas del mar?

ISMENE.
No lo sé. ¡Ojalá que Hades
asesino se hubiera apoderado de mí,
a fin de compartir, ¡cuitada de mí!, la muerte
con nuestro anciano padre, porque, lo que es para mí,
la vida que nos espera no merece la pena de ser vivida!

CORO.
Oh pareja de hijas la mejor de todas,
sobrellevad dignamente vuestra carga
y no os consumáis en exceso.
Pues debéis saber que hasta ahora habéis recorrido un camino irreprochable.

ANTÍSTROFA 1

ANTÍGONA.
Ahora vemos que había cierta añoranza incluso de las calamidades pasadas,
pues hasta lo que en sí en modo alguno era grato grato resultaba
al menos cuando lo teníamos a él entre nuestros brazos.
Padre, ser querido,
tú, pese a estar recubierto de la sombra eterna en el mundo de ultratumba.
sábete que ni aun así hay cuidado de que te quedes nunca
sin mi amor y el de ésta.

CORO.
Consiguió...

ANTÍGONA.
Sí, consiguió lo que pretendía.

CORO.
¿Cuál es ello?

ANTÍGONA.
Murió en la tierra extranjera que
quería. Y tiene allá abajo

el descanso repleto de sombras para siempre
y no dejó tras sí llanto sin lágrimas[69],
pues estos mis ojos prorrumpen
en lágrimas por ti, padre, y no sé
cómo es bueno que yo, ¡cuitada de mí!, ahogue dolor
tan grande por ti[70].
¡Ay de mí! Estabas interesado en morir
en tierra extranjera, sin embargo
te me moriste así sin mi presencia.

ISMENE.
¡Cuitada de mí! En estas condiciones ¿qué destino nos espera a ti y a mí, querida mía,
privadas así de padre?

....

....

CORO.
Sin embargo, dado que resolvió tan afortunadamente
el final de su vida, queridas,
cejad en vuestro dolor, pues
nadie es ajeno a las calamidades.

ESTROFA 2

ANTÍGONA.
Querida hermana, corramos de nuevo.

ISMENE.
¿Para hacer qué?

ANTÍGONA.
Deseo...

---

[69] Un elogio para el muerto, pues las lágrimas vertidas por él implican nostalgia por su persona. Cfr. Solón fr. 21.

[70] Esta expresión se suele interpretar *y no sé cómo podré poner fin a tanto dolor* pero, en nuestra opinión, eso dista mucho de ser una exacta interpretación. El error procede de pasar por alto el significado propio de χρῆ, *es bueno, es conveniente*. En efecto, el sentido es *y no sé cómo es bueno que yo ponga fin al enorme dolor que siento por ti*. En efecto, que esta interpretación es la correcta lo demuestra el hecho de que se trata de una fórmula o lugar común de la tragedia. Nuestro pasaje es una réplica a las palabras del coro, líneas 1693-1695. Cfr. en el mismo sentido *Electra*, 121-152.

ISMENE.
¿Qué?
ANTÍGONA.
... ver el hogar subterráneo...
ISMENE.
¿De quién?
ANTÍGONA.
... de padre, ¡cuitada de mí!
ISMENE.
¿Pero cómo puede ser lícito eso? ¿Es que no te das cuenta de ello?
ANTÍGONA.
¿A qué viene ese reproche?
ISMENE.
Y tienes que darte cuenta también de esto otro, de que...
ANTÍGONA.
¿Cuál es ello otra vez más?
ISMENE.
... se hundió sin inhumación y solo de todos.
ANTÍGONA.
Llévame allá y luego mátame.
ISMENE.
....
ANTÍGONA.
....
ISMENE.
¡Ay, ay, desgraciada de mí!
¿A dónde, pues, así, solitaria y sin recursos,
iré en el futuro a pasar mis desventurados años?

ANTÍSTROFA 2

CORO.—Queridas, no temáis nada.
ANTÍGONA.—Sin embargo ¿en dónde me refugiaré?
CORO.—También antes se evitó...
ANTÍGONA.—¿Qué?
CORO.—... que a vosotras dos no os sucediera nada malo.
ANTÍGONA.—Ando pensando...
CORO.—¿A qué le das tantas vueltas?
ANTÍGONA.—No veo manera de correr nosotras a nuestra casa.

CORO.—No lo intentes siquiera.
ANTÍGONA.—Me acucian los problemas.
CORO.—Ya antes te acuciaban.
ANTÍGONA.—Entonces eran insolubles, pero ahora todavía más.
CORO.—Por lo visto os tocó en suerte un mar tormentoso.
ANTÍGONA.—Sí, sí.
CORO.—En eso estoy de acuerdo también yo.
ANTÍGONA.—¡Ay, ay! ¿A dónde acudiremos, oh Zeus? Pues lo que es ahora ¿dónde hay una esperanza a la que me lleve el hado en estas circunstancias?

(*Se presenta* TESEO.)

TESEO.—Acabad las lamentaciones, muchachas, pues cuando nos es dispensado a todos por igual el favor de las fuerzas subterráneas no hay que lamentarse, pues ello atrae el enfado de los dioses.
ANTÍGONA.—Oh hijo de Egeo, nos postramos ante ti.
TESEO.—Queridas muchachas, para que os satisfaga ¿qué necesidad?
ANTÍGONA.—Queremos contemplar personalmente la tumba de nuestro padre.
TESEO.—Pero es que no está permitido acudir a allí.
ANTÍGONA.—¿Qué es lo que acabas de decir, soberano, adalid de Atenas?
TESEO.—Queridas muchachas, él me indicó a mí la prohibición de que no acercara a los referidos parajes ni indicara la tumba sagrada que él ocupa a ningun mortal. Y afirmó que si yo cumplía bien estos encargos mantendría incólume para siempre el país. Pues bien, este acuerdo nos lo escuchó el destino y el que todo lo oye, el juramento hijo de Zeus.
ANTÍGONA.—Pues bien, si este proceder se ajusta al sentir de aquél eso puede bastamos. Pero mándanos a nosotras a Tebas, la de rancio abolengo, a ver si hay alguna manera de que logremos atajar la hecatombe que se cieme sobre nuestros hermanos.
TESEO.—Me ocuparé de hacer realidad ese deseo, y todas las cosas que deba realizar por conveniencia para vosotras y para satisfacción del que está bajo tierra y que se acaba de ir no debo dejar de hacerlas por esfuerzo que exijan.
CORO.—En fin, acabad y no suscitéis más lamentaciones, pues esta cuestión tiene su definitivo fallo.

ÍNDICE

Sófocles (496-406 a. de C.) nació cerca de Atenas, en la época turbulenta, pero exuberante, de formación del imperio ático. Los datos que tenemos de su vida nos dibujan un personaje humano y comprometido con los problemas de sus conciudadanos.



Siete tragedias tan sólo nos han llegado de su producción dramática. Sófocles aprendió su arte —es tradición— de manos de Esquilo, pero alteró la arquitectura del género descargando al coro de su estatismo. Su perfección literaria y hábil empleo de la ironía han dado a sus obras un gran puesto en el teatro clásico.

ISBN 978-84-376-0507-4



LETRAS UNIVERSALES

0120013


Gran Biblioteca
de Pérgamo


Gran Biblioteca
de Pérgamo
PERGAMON